UNA PRINCESA CONDENADA POR EL DESTINO.
UN DIOS QUE BUSCA EL PERDÓN.
UNA MALDICIÓN QUE ACABARÁ CON TODO...



EL VIENTO DEL SUR

ALEXANDRIA WARWICK

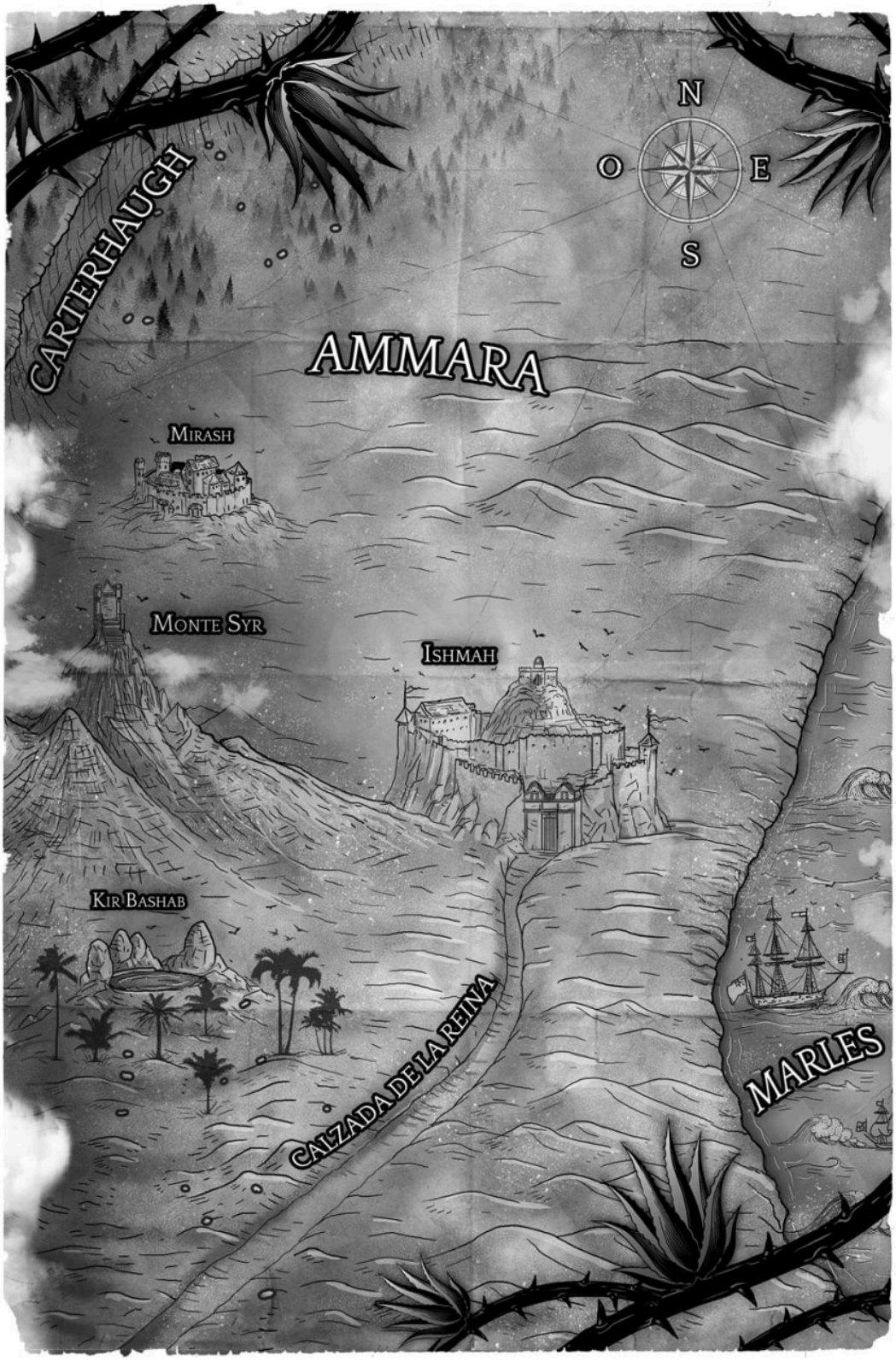
ALEXANDRIA WARWICK

EL VIENTO DEL SUR

Traducido del inglés por Jesús Jiménez Cañada

FAERIS

Para el señor Simmons, que me entregó la música


N
O
E
S
CARTERHAUGH
AMMARA
Mirash
Monte Syr
Ishmah
Kir Bashab
Calzada de la Reina
MARLES

PRÓLOGO

La niña nació en silencio.

En un primer momento, la comadrona pensó que había nacido muerta. No hubo ningún llanto que rompiese aquel ocaso bañado en oro, ningún poderoso anuncio de llegada. Unas gruesas pestañas se posaban sobre sus mejillas redondeadas, que parecían haber sido desprovistas de todo color y calidez. Y, sin embargo, se percibía un leve movimiento, el débil aleteo de un pulso. Estaba viva, pero por poco.

La niña necesitaba que la atendiese de inmediato una sanadora. Pero su madre, enferma y frágil tras aquel parto largo y farragoso, alzó una mano temblorosa y le hizo un gesto a la comadrona para que se acercase. Esta le colocó a la niña en brazos. «Qué pequeña es mi hija.» Ese fue el último pensamiento de la reina, que hizo una inspiración final y quedó inmóvil.

Cuando el rey se enteró de que su esposa había fallecido, gritó y arrancó las cortinas de sus varas. Elevó súplicas a las más altas deidades y lloró. Llevaron al bebé a toda prisa al médico del palacio, quien, a pesar de todos sus esfuerzos, no consiguió estabilizar a la débil recién nacida. El tono azul de su piel, las respiraciones esporádicas y convulsivas de su pecho… No sobreviviría a la noche.

El rey se sentía impotente. No comprendía por qué había caído la desgracia sobre él, precisamente sobre él. ¿Era el destino? ¿Una venganza? ¿Por qué había llegado al mundo su hija solo para abandonarlo a la fuerza justo después de su esposa?

Y así, el rey fue al Monte Syr, el lugar sagrado que se alzaba sobre las abrasadoras arenas de Ammara. Al llegar a la cumbre rocosa y desnuda, cayó de rodillas ante la tarima sobre la que

descansaba un trono vacío. Fue allí donde el rey llamó al Señor de la Montaña, el más poderoso de esos dioses primordiales.

Cuando un hombre envuelto en una capa se materializó ante el rey, este se postró en el suelo. El Señor de la Montaña era enorme y ancho. Llevaba el rostro oculto bajo la capucha. Durante las siguientes horas, el rey negoció para salvar la vida de su hija. Riquezas, poder e incluso el reino en sí mismo… El rey ofreció todo lo que tenía. Y el Señor de la Montaña se mostró compasivo. Accedió a salvar la vida de la niña… a cambio de un precio. Embargado por la desesperación, el rey aceptó el trato sin dudarlo. Y así, la trampa quedó sellada.

Más tarde, después de que se hubiese cerrado el trato, el rey entró en el dormitorio de sus hijos, que dormían plácidamente sin saber que su madre había fallecido. Les besó la frente y se aproximó a la cuna en la que yacía su hija recién nacida. Estaba despierta. El color volvía a iluminar sus mejillas marrones. Con la pequeña boca fruncida, el bebé lo miraba con unos ojos anchos y oscuros. Pensando que estaba solo, el rey empezó a llorar. No se fijó en una figura tenebrosa que se cernía sobre la cuna, a su lado. Tampoco se fijó en que aquel fantasma acercaba una mano sombría a la frente de su hija.

«Duerme», arrulló la voz. «Duerme, bella mía.»

PARTE UNO



BROTE

1

Se me encoge el estómago al verlo, pero, aun así, consigo marcar con cuidado una equis sobre el número; uno de los muchos que he registrado por docenas en mi diario. Mañana vendrá el día cuarenta y seis, y luego el cuarenta y cinco, seguido del cuarenta y cuatro. Me pregunto si no debería acabar con todo ahora, en este pequeño despacho junto a mi dormitorio. Podría volcar la vela que titila sobre el escritorio, entregarme al humo, derrotar a la maldición antes de que esta me derrote a mí.

Suena una campana cuyo eco reverbera en los resplandecientes tejados del próspero anillo superior de la ciudad hasta los regios y erosionados pilares de la Calzada de la Reina. Aliso las arrugas de mi vestido con mano temblorosa, pues ha llegado la hora antes de lo que habría deseado.

Me pongo en pie y me acerco a la ventana. Un enemigo se acerca a la frontera de Ishmah. Desde esta posición elevada puedo ver toda la Ciudad Roja. Atisbo una fila de soldados que serpentea por entre la tierra cruda y abrasada. La luz del sol destella sobre un millar de escudos forjados.

Las puertas de la ciudad se abrirán en cuanto llegue el príncipe Balior. Se celebrará un festín en su honor. Las calles se atestarán de ciudadanos, se arrancarán adelfas de los jardines públicos y se arrojarán flores sobre los caminos polvorientos y agrietados. Porque a este enemigo se le da la bienvenida.

Alzo la mano y apoyo la palma en el cristal de la ventana. Durante los veinticuatro años que llevo con vida, mi mano izquierda ha estado desprovista de la runa de ópalo que, de tenerla, me identificaría como mujer casada. Sin embargo, se acerca mi

vigesimoquinto día del nombre. Si he de cumplir con el papel que se espera que desempeñe en la supervivencia de mi pueblo, tendré que casarme con este príncipe de quien no sé nada.

Todos hemos de hacer sacrificios.

Regreso a mi escritorio y veo que el diario sigue abierto. Contiene hilera tras hilera de números escritos con tinta negrísima. Me recorre una oleada de total y absoluta desesperación. Cuarenta y siete días parecen una eternidad, pero las mañanas frías darán paso a las tardes sofocantes. El tiempo no se puede cambiar ni ralentizar.

Me acerco a toda prisa a mi guardarropa. Abro las puertas y queda a la vista una colección de vestidos marrones, grises y negros. Totalmente apagados, dolorosamente anodinos. Los echo a un lado para revelar un grupo más pequeño de vestidos de tonos relucientes. Soy la princesa Sarai Al-Khatib de Ammara, y aun así no se me permite llevar ni una nota o una chispa de color. La palabra de padre es la ley.

A regañadientes, saco dos vestidos sin color del armario. Me giro y derribo accidentalmente la funda del violín que descansa en el fondo del armario, donde yo la había dejado. Cae sobre la alfombra con un golpe sordo. Me encojo y luego me arrodillo y me coloco la funda de cuero en el regazo. Fahim me regañaría por ser tan descuidada. Pero Fahim no está aquí.

Se me hace un nudo en la garganta. Dejo el instrumento en su lugar, al fondo del armario, y alzo los dos vestidos frente al espejo. Lino de un apagado color marrón, que casa con el tono caoba de mi piel; o marfil, una promesa de pureza. Tuerzo la boca con gesto amargo. Marrón, sin duda.

Me recojo los profusos rizos de mi cabello color ébano y me ato un lazo para sujetar la trenza que cae de mi coronilla. Con mano firme, me aplico kohl en el rabillo de los ojos. Me echo una fina capa sobre los hombros y me pongo unas sandalias en los pies aceitados.

Después de soltar una lenta y reconfortante exhalación, me dirijo a la puerta, murmurando:

—El deber hacia el propio reino es el deber hacia el propio corazón.

Por supuesto, he de cumplir con mi deber de darle la bienvenida al príncipe Balior. Pero ahora no. Aún no.



Escapo del palacio a toda prisa.

El inmenso edificio rodea una colina entre los regios hogares del anillo superior. A pesar del apodo de Ishmah —la Ciudad Roja—, los muros del palacio son de un pálido tono alabastro: mármol resplandeciente y caliza erosionada. Ascienden hasta formar techos abovedados y arcadas tan profundas como románticas; todo ello cubierto con exquisitos mosaicos.

Se suceden los corredores ribeteados de columnas, con cámaras espaciosas y abiertas, ocultas en nichos astutamente diseñados, sus techos expuestos a los elementos. De vez en cuando aparece algún que otro patio oscurecido por altos árboles. Por los pasadizos cubiertos y estanques quietos se cuelan resplandecientes rayos de luz amarilla.

Giro un recodo y capto por el rabillo del ojo un movimiento. Aminoro la marcha y me vuelvo hacia una sombra oscura cerca de las enormes puertas dobles que dan a la biblioteca de Ishmah. Se trata de un hombre de pecho ancho, sumido en una quietud antinatural. Lleva pantalones holgados de tono marfil y una túnica esmeralda que le llega a las rodillas. Se envuelve los cabellos con un turbante blanco cuyo extremo protege la parte inferior de su rostro del hirviente sol. Aunque no puedo ver los ojos del hombre, sí que experimento la intensidad de su mirada. Es como si las flechas más afiladas me punzaran el pecho.

No puede ser. El paso de los años ha erosionado buena parte de mi pasado, pero aún retengo algunos recuerdos con claridad. Podría jurar que lo conozco.

—Disculpadme…

Pero el hombre se retira por un corredor lateral. Cuando llego al final de la sala, ya se ha desvanecido. Los latidos de mi corazón tardan un instante en calmarse. Debo de haberme equivocado. Seguramente, ese hombre no era más que un viajero que se había perdido. Dado que no vuelve a aparecer, dejo atrás la biblioteca a toda prisa y me dirijo a los establos. Lo que haría normalmente sería sobornar a los guardias de las puertas del palacio para que me dejaran pasar, pero hoy no. Como el príncipe está a punto de llegar, han doblado la guardia del palacio. Nadie puede entrar ni salir sin el permiso del rey, incluyéndome a mí.

Sin embargo, un pasadizo secreto escondido en los muros del establo me permite entrar en un túnel fresco y oscurecido, que me lleva más allá de los terrenos del palacio en el anillo superior. La Calzada de la Reina recorre Ishmah de norte a sur, mientras que la - Calzada del Rey la atraviesa perpendicularmente, de este a oeste. Bordeo las calles, las casas de una sola planta hechas de arcilla roja. Gloriosos vitrales multicolores tiñen la luz que se derrama por la calzada pavimentada. La sequía ha afectado a todos los que viven en Ishmah, incluidos los ricos. En su día, los pastos verdes estaban decorados con setos, de los que ahora solo quedan ramas marchitas.

Cubierta con mi anodina capa, me mezclo sin dificultad entre los viandantes. Los caminos se estrechan. Las ventanas engalanadas se desvanecen. Los adoquines se agrietan hasta dar paso a la grava, la tierra aplastada, el polvo. En el anillo inferior se multiplican los carromatos y los puestos amontonados por las calles. Hay mercaderes que anuncian a voz en grito sus artículos, y niños revoltosos que juguetean persiguiendo a un rebaño de cabras por entre la multitud.

Al cabo, el camino se estrecha al máximo. Por aquí solo pueden pasar viandantes. Una arcada señala la entrada al zoco.

Este lugar resulta desordenado en el mejor de los casos, y en el peor, una absoluta locura. Más allá del muro medio derruido se extienden callejones entre bruscos recodos; toda la zona está tan repleta de carromatos, tiendas y puestos que resulta imposible

atravesarla sin chocar con algo. La mercancía es variopinta y numerosa. Todo tipo de colores asalta mi visión; en el aire flotan aromas tan potentes que marean. Frutas, frutos secos, grano, cazuelas, tapices y baratijas inútiles.

—¡Las mejores alfombras de la Ciudad Roja! ¡Compradlas ya!

—… si no puedes bajar el precio, me temo que tendré que irme a otro puesto…

—¿Qué te he dicho de comer cosas del suelo?

Manos extendidas intercambian monedas. Una joven madre intenta arrastrar a sus cinco niños en medio del bullicio. Más, siempre hay más. Cuencos bajos de cobre batido que contienen pequeñas colinas de especias recolectadas por la Ruta de la Especia: el fuego rojo del zumaque, el ocre del comino, la cúrcuma, el jengibre. Giro un recodo y choco accidentalmente con un joven que desplaza un cajón lleno de gallinas vivas. Me suelta un rugido, al que yo respondo con otro. Luego, reprimiendo una sonrisa, sigo avanzando a la carrera.

Una puerta pintada de un descascarillado color amarillo descansa entreabierta al final del callejón. Me deslizo al interior, en una fresca oscuridad por la que flota un cálido y terroso aroma a madera de sándalo.

Esta pequeña habitación en la que me encuentro está ocupada por niños sentados en alfombras coloridas. En la parte delantera hay una anciana arrugada y envuelta en un chal deshilachado. Se llama Haneen. Está sentada en un taburete de tres patas. Sus ojos lechosos miran al vacío, ciegos. Como si hubiera percibido mi llegada, la anciana curva los labios. Pero, por supuesto, algo así es imposible. ¿Cómo va a saber una rapsoda ciega que la princesa de Ammara asiste a su hora semanal de contar historias?

—Bueno —empieza, y su voz es como un crujido de madera vieja—. ¿Dónde me había quedado?

El aire se detiene; toda la habitación contiene el aliento.

—La semana pasada, nuestra fiera y leal Aziza se enroló en el ejército de Ammara tras disfrazarse de hombre y asumir la identidad

de su abuelo. Se acercaba la guerra. Y si Aziza quería salvar a su abuelo de la obligación de alistarse en el ejército, ella misma tendría que ser su reemplazo.

»El entrenamiento fue implacable. Aquellos soldados eran fuertes y ágiles, puros vencedores. Aziza era de lejos la más débil. Nadie sabía que era una mujer. Tenía que bañarse lejos del campamento, a altas horas de la noche, y regresar a pie antes del alba. Pero Aziza no se rindió. Pasó un mes, y luego otro. Sus músculos se endurecieron. Su voluntad se convirtió en hierro irrompible.

Escucho la historia de Aziza con la desesperación de quien teme que le arrebaten algo preciado. Esta narrativa me transporta, me ofrece un atisbo de lo que podría ser. La historia avanza despacio y el nudo corredizo de la hora se va cerrando. Yo me asombro ante esa mujer valiente y desprendida que consiguió vencer con todas las probabilidades en contra.

—Una noche —prosigue Haneen con tono más oscuro — Aziza no fue tan cuidadosa. No se dio cuenta de que Omar, uno de los hombres de su unidad, la había oído salir de la tienda para ir a lavarse. Se preguntó a dónde iría y decidió seguirla.

Los niños ahogan una exclamación. Hasta a mí se me corta el aliento. No quiero que descubra a Aziza. Es valiente…, más valiente de lo que yo seré jamás.

—Tras llegar al pequeño oasis en el que se lavaba, Aziza se quitó la ropa y empezó a meterse en el agua, cuando, de pronto, el ruido de una bota la detuvo en seco.

»—¿Yousef? —susurró el hombre.

Hay una pausa. Espero a que Haneen prosiga, pero se limita a quedarse ahí sentada, más satisfecha que el gato más gordo del mundo tras hartarse de leche.

—¿Y qué pasó luego? —exclama un chico joven—. ¿Qué le pasó a Aziza?

Ella sonríe.

—Tendrás que volver mañana para enterarte.

El repiqueteo de mis sandalias reverbera por toda la longitud del corredor del palacio, con el ritmo de percusión de un tambor de piel. Casi he llegado al salón del trono cuando alguien dice, arrastrando las palabras:

—Me he enterado de que tienes mucho que celebrar, princesa Sarai.

Aminoro la marcha y giro a la derecha. Una mujer de pecho generoso, envuelta en sedas amarillas, se apoya contra una de las suaves columnas…, y no está sola. La flanquean tres mujeres nobles. Mi buen humor se agria de repente. Dalia Yassin.

De algún modo, me las arreglo para esbozar una sonrisa de labios apretados.

—¿Y qué es exactamente lo que hay que celebrar? —«Con ese vestido pareces una cabra vieja.»

Dalia bate las pestañas.

—Pues tu inminente pedida de mano por parte del príncipe Balior, por supuesto. —«No te lo mereces, bruja.»

Mi sonrisa se desvanece. Eso no ha sido anunciado públicamente. Por otro lado, hay incontables cocineros, ayudas de cámara, criadas y mozos de establo a sueldo de otros miembros de la corte para espiar y sonsacar información. Eso incluye también a la familia de Dalia, una de las más antiguas y ricas de toda Ammara.

—Aunque no estoy segura de si «celebración» es la palabra adecuada —prosigue la mujer. Se aparta de la columna y estira un brazo en un absurdo gesto dramático. Sus seguidoras le clavan la vista, cautivadas—. El rey Halim debe de estar verdaderamente desesperado por buscarte esposo, porque te está vendiendo al enemigo.

Yo entrecierro los ojos en señal de advertencia.

—Eso no es…

—Pero ¿quién podría echarle la culpa? —me interrumpe con suavidad—. Cada día que pasa eres más vieja. Una princesa de veintitantos años y cero posibilidades de casarse. —Chasquea la lengua—. Qué lástima.

Unas furiosas llamaradas me pintan las mejillas de rojo. ¿Qué es peor, el veneno que vierte Dalia o el hecho de que yo no pueda negar su veracidad? Cuando era más joven, estaba demasiado ocupada estudiando música como para buscarme una pareja estratégica.

—Yo misma tuve que elegir entre varios nobles. —Se mira las uñas, de un vívido rosa brillante—. Suerte tiene mi esposo de que lo eligiese a él.

«Suerte» no es exactamente la palabra que yo usaría.

—Creía haber oído que tu marido se casó contigo para ayudar a pagar las deudas de juego de su padre.

Nuestro público se tapa la boca con la mano y se deshace en risitas nerviosas. Dalia se pone tan roja que estoy convencida de que podría morir de fiebre.

—Que sepas que de niña recibí clases junto con una de las primas del príncipe Balior —dice, echando humo—. Yo en tu lugar elegiría bien mis palabras.

Le muestro una amplia sonrisa.

—Deberías haber mantenido el contacto con ella.

Las exclamaciones ahogadas de las nobles me siguen mientras me dirijo a zancadas decididas hacia la sala del trono. Dos enormes puertas pintadas con el pálido tono azul del cielo de media mañana se abren con un quejido. Esta cámara es enorme; el gran vientre del palacio. Numerosos guardias decoran las paredes. Arqueros, ocultos por completo excepto por las puntas de sus flechas listas para disparar, dominan la segunda planta. Resplandecientes baldosas de mármol arrojan luz desde las altas ventanas al techo cubierto de mosaicos.

Una larga alfombra conecta la entrada con el pedestal al otro extremo de la estancia. El rey Halim ocupa el asiento más

impresionante: un sillón profusamente acolchado y cubierto de joyas. A su derecha hay otro trono igual de impresionante aunque algo más pequeño. Lleva vacío desde que mi madre falleció hace casi veinticinco años. A su izquierda, tres tronos adicionales: el mío, el de Amir y el de Fahim.

Al llegar al pedestal, me arrodillo.

—Padre.

—Llegas tarde.

Se me encoge el estómago, una sensación que conozco bien. Alzo la cabeza y miro en derredor. La cámara está vacía.

—Nuestros invitados aún no han llegado.

Él se queda rígido.

—¿Disculpa? —Su voz es grave, peligrosa.

—Mientras esté sentada antes de que lleguen —digo—, ¿qué importa que aparezca con unos instantes de retraso?

—Importa porque yo sé que llegas tarde. Ya he hablado contigo de esto.

Contemplo a padre con una mirada fría. El rey Halim fue en su día un hombre impresionante. La amplitud y solidez de sus hombros, brazos y espalda. La curva de su orgullosa barriga. Era más alto que la mayoría de los hombres, y su barba negra era profusa y resplandeciente.

Sin embargo, el hombre que ahora me escruta no es sino una sombra de lo que fue mi padre. La enfermedad ha debilitado su musculatura. Bajo los pliegues de su túnica color marfil, parece frágil. La piel de sus carrillos le cuelga suelta a causa de la edad.

—¿Y qué pasa con Amir? —insisto—. Tú y yo sabemos que también le cuesta ser puntual.

Al rey no le complace oír eso.

—Hoy Amir no llega tarde. Como bien sabes, está de luna de miel. ¿Esperas que tu hermano se encuentre en dos lugares a la vez? —No me da la oportunidad de responder, sino que añade—: Para alguien de tu estatus, llegar tarde es inaceptable. Asegúrate de que no vuelva a pasar.

Yo me mordisqueo la carne tierna del interior del carrillo. Con mucha facilidad, se me afila la lengua, con pullas que amenazan con salir a borbotones. Me recuerdo lo que me estoy jugando: mi reino y mi vida.

—Tomo nota —digo entrecortadamente.

Padre gruñe y yo me pongo en pie, para ocupar mi lugar en el trono más pequeño. Una vez que he tomado asiento, las puertas vuelven a abrirse.

—Se presenta el príncipe Balior de Um Salim ante su majestad, el rey Halim Al-Khatib de Ammara.

Un hombre alto y de buena complexión cruza las puertas. Lo flanquean doce hombres vestidos con holgadas túnicas de color ébano. De sus cinturones cuelgan cimitarras. Supongo que se trata de su guardia personal.

El príncipe es joven, ronda los treinta años. Es guapo, aunque incluso el continente más agradable puede esconder por debajo la podredumbre. Tiene una mata de pelo negro rizado y pómulos afilados ligeramente sonrojados a causa del asfixiante calor. Es más claro de piel de lo que estoy acostumbrada, aunque si pasase algo de tiempo al aire libre, a buen seguro su tez se pondría tan marrón como la mía.

Durante muchos años, los reinos de Ammara y Um Salim han estado en guerra. ¿Quién podría echarle la culpa al reino de mayor tamaño por intentar invadir al otro? Ammara es muy rica, sobre todo su capital, Ishmah, aunque el pueblo de Um Salim no tiene ni idea de hasta qué punto ha disminuido su prosperidad. Veinticinco años de una sequía de la que yo soy culpable. Y también está la amenaza creciente de los umbrandantes.

El príncipe Balior es un estudioso de renombre que ha investigado los mitos más antiguos de la región. Padre espera que sus hallazgos resulten útiles a la hora de encontrar un modo de romper mi maldición, de poner fin a la sequía y de evitar que los umbrandantes sigan invadiendo nuestra tierra. Si las negociaciones entre el príncipe

Balior y el rey Halim son favorables, nuestros reinos independientes se unirán pronto mediante un matrimonio.

Por supuesto, el príncipe no debe saber que su prometida está maldita ni que el reino que espera gobernar algún día está condenado. Tendré que andarme con ojo a la hora de abordar el tema de sus investigaciones. Este secreto me pesa. Padre es el único que también está al tanto.

—Majestad. —Nuestro huésped se arrodilla. Su turbante azul acaricia el níveo suelo de baldosas—. Es un honor.

Padre recorre con la vista la silueta postrada del hombre. Tras un momento, dice:

—Poneos en pie, príncipe Balior. Nuestro Señor de la Montaña os ve con buenos ojos. Confío en que hayáis tenido un buen viaje.

Balior se pone de pie con una fluidez que no suelo ver a menudo.

—Así ha sido. Mis hombres y yo agradecemos humildemente vuestra bienvenida.

—¿Y dónde están ahora mismo vuestros soldados?

—Al otro lado de las murallas de Ishmah. Esperan a que deis permiso para que entren.

El rey Halim une las puntas de los dedos de ambas manos.

—Por desgracia, príncipe Balior, no puedo permitir que vuestro ejército entre en la capital, al menos hasta que la ceremonia de la boda se haya celebrado. Es por la seguridad de mi pueblo, no tengo duda de que lo comprenderéis. Por supuesto, vuestra guardia personal puede alojarse dentro del palacio.

El príncipe frunce el ceño. En sus ojos aletea alguna emoción indescifrable. No se esperaba esto. Aunque yo estoy de acuerdo con la decisión de padre, no puede decirse que sea una bienvenida hospitalaria. Aun así, el príncipe Balior se inclina y dice:

—Lo comprendo, pero ha sido un viaje muy largo… No puedo pedirles a mis hombres que regresen a Um Salim ahora que acaban de llegar.

—Naturalmente —replica el rey en tono suave—. Pueden acampar al otro lado de las murallas mientras esperamos a que se celebre la

ceremonia. —Padre me señala con un gesto, aunque no mira en mi dirección—. Mi hija, la princesa Sarai Al-Khatib.

El príncipe me contempla con curiosidad. Yo le hago un cabeceo, con una sonrisa fina y afilada.

El rey Halim prosigue:

—Espero que, en las próximas semanas, lleguemos a un acuerdo que beneficie tanto a Ammara como a Um Salim.

Entregar mi mano en matrimonio. Mi libertad a cambio de la supervivencia de Ammara. Dentro de menos de treinta días, el tatuaje que marca la mano izquierda de toda persona casada quedará grabado en mi piel.

—Gracias, majestad. Ammara tiene mucho que ofrecer…

Aunque el príncipe Balior sigue hablando, mi atención se ve atrapada por un movimiento repentino en medio de la quietud de la cámara. Una figura se desliza al interior por una de las puertas laterales, tras los guardias. Es ancha, de pasos seguros. Se trata del hombre con el turbante blanco que vi deambulando frente a la biblioteca.

Una oleada desafiante me obliga a ponerme de pie.

—¡Quieto! ¿Qué queréis del rey?

Los arqueros ubicados en la segunda planta dirigen sus flechas hacia el intruso. Un centenar de cimitarras salen de sus vainas. La guardia del príncipe Balior se apresura a formar un escudo alrededor de su soberano.

Los ojos de padre destellan en mi dirección.

—Sarai. Este hombre es nuestro invitado.

—Un invitado que se cuela por una puerta trasera —rujo yo—, como si fuera un zorro entre matorrales. —¿Cómo ha dejado atrás a los guardias? ¿Los habrá matado? Por las grietas cada vez mayores del reino se cuelan los disturbios. A medida que la sequía se aproxima a su tercera década, la desesperación del pueblo aumenta—. Acercaos.

Para ser tan ancho, el intruso se mueve con alarmante ligereza. Algo en sus andares me provoca un extraño escalofrío que me

recorre hasta la cabeza.

—¡Sarai! —La rabia del rey Halim es absoluta—. Si no tomas asiento en este mismo instante…

Debo de estar soñando y despierta al mismo tiempo, pues, aunque el rostro del hombre está parcialmente velado, estoy segura de haberlo visto antes.

—Quitaos el embozo, señor.

Él alza una mano y atrapa la tela entre los dedos. La desenrolla: nariz, boca, mandíbula. Su rostro queda al descubierto; es horriblemente familiar. Se me encoge el estómago cuando el Viento del Sur habla con una voz que recuerda a una corriente profunda e incesante:

—Hola, Sarai.

2

Un escalofrío lento y helado me congela la sangre, me sobrecarga las extremidades y atrapa tanto mi corazón como mis pulmones bajo un cristal impenetrable. Soy tanto la Sarai del pasado como la Sarai del presente. Tengo dieciocho años y también tengo veinticuatro. Me siento inspirada, apreciada, adorada; y también engañada, rota, sola. Se me cierra la garganta con tanta fuerza que me da miedo desmayarme.

Pero no me desmayo. No, eso no va a pasar. La vulnerabilidad es el enemigo.

Notos —conocido por todo el mundo como el Viento del Sur— me contempla con unos ojos que son estanques claros y profundos. Hace cinco años que no veo su rostro, aunque no ha envejecido ni un solo día. He tocado esa cara, he besado esa cara, he amado esa cara, he despreciado esa cara. Me resulta pasmoso que aún me siga pareciendo guapo. Tiene la piel del más profundo tono marrón y negro; unos ojos impenetrables; un torso recio y ancho, cubierto con ropajes de tono esmeralda y crema. El Viento del Sur, que ve mucho y habla poco.

—¡Sarai!

La voz de padre es lejana, un sol tembloroso al otro lado de una densa niebla. Me obligo a mover las piernas. Bajo los escalones y cruzo el suelo embaldosado, con una intensa repulsión en el semblante. Las tiras de cuero en la empuñadura de la cimitarra de Notos parecen nuevas, recién colocadas. Es el único cambio que percibo en él.

—¡Guardias! —grito, y me detengo a un brazo de distancia del Viento del Sur—. Llevad a este inmortal a las mazmorras, que espere

allí a mi llegada.

La llamarada que asoma a los ojos de Notos me recuerda a piedra volcánica que se forma por un calor abrasador. Una súbita punzada me deja sin aliento. Me apresuro a aplastar la emoción que siento.

—No tienes autoridad para dar esa orden, Sarai —espeta padre, con la voz contrariada—. Notos ha venido por orden mía. Por ello, habrás de tratarlo con respeto.

—Debes de estar equivocado, padre. Recuerda que se escapó de Ammara hace años. Según nuestras leyes, la deserción se castiga con la muerte.

Se hace el silencio en la sala.

Cuando el rey vuelve a hablar, lo hace con una escalofriante falta de calidez:

—¿Te atreves a poner en duda mi decisión?

—No, padre —respondo sin apartar mi atención del Viento del Sur. No me va a ver flaquear ni romperme—. Pero existe un motivo por el que tenemos leyes. Sugiero que lo usemos como ejemplo.

A fin de cuentas, el Viento del Sur es inmortal. Como dios que es, solo puede matarlo un arma tocada por los dioses. La única espada de esta estancia que podría matarlo es la suya propia. Vaya, yo podría atravesarle el pecho con esa cimitarra si así lo desease. Pero darle una muerte rápida… es algo que no se merece.

—Vuelve a tu asiento, Sarai.

La orden de padre es tan cortante que me encojo. He de obedecerla, aunque parte de mí teme que el Viento del Sur se desvanezca si me giro.

—No hay necesidad de tratarme como si fuera una niña —digo—. Solo estoy intentando ayudar.

—Si te portas como una niña, te trataré como a una niña. La presencia de Notos no es de tu incumbencia. Vuelve a tu asiento. ¡Ahora!

Muchos de los guardias se revuelven en sus puestos, incómodos. Hasta el príncipe Balior me mira con compasión.

De algún modo, a pesar del peso que siento en las piernas, -regreso al pedestal con pasos delicados, sin flaquear. Vuelvo a sentarme en el inmenso trono. Durante toda mi vida he despreciado este asiento. Y justo hoy soy agudamente consciente de que se me está tragando.

Me giro hacia el rey.

—Padre…

—Ni una palabra más. —Y entonces, en tono bajo—: Eres una deshonra.

El comentario me acierta de lleno. El calor me sube por el pecho y me pinta la cara de un vergonzoso tono rojo. No pretendía deshonrar a padre. Solo quería protegerlo de este dios desterrado.

Notos sigue escrutándome con expresión impasible. La fuerza necesaria para mantener semejante máscara es demasiado grande… Es una fuerza que yo misma no poseo. Bajo los ojos. Después de esta vergüenza, dudo que el príncipe Balior se muera de ganas de unir su vida a la mía. ¿Habré echado a perder antes de tiempo la única oportunidad que tenía de salvar mi vida y la de mi pueblo?

Una levísima brisa agita el dobladillo de mi vestido. Mi atención vuela de nuevo hacia Notos. Eso también lo recuerdo: sus emociones y el viento están entrelazados para siempre. Contemplo sus manos, de las que brotan esos vientos. Las palmas anchas y callosas de piel marrón. Incluso ahora, mi cuerpo recuerda su peso.

El rey Halim da por excusado al Viento del Sur con la promesa de discutir un asunto más tarde. No lo veo irse. Las puertas se abren y vuelven a cerrarse de golpe. Pasa una eternidad hasta que el rey habla de nuevo.

—Príncipe Balior, quiero disculparme por esta escena tan deplorable. —Contempla a ese hombre mucho más joven que él con sentido remordimiento—. Mi hija…

—No hay necesidad de disculparse —replica el príncipe Balior, y alza las manos en gesto de buena voluntad. Su guardia personal ha retrocedido, los soldados vuelven a ocupar sus puestos—. Gobernar un reino es siempre un engorro, como estoy aprendiendo poco a

poco. No veo falta alguna en que vuestra hija quiera proteger vuestros intereses.

Una oleada de inesperada gratitud me calienta por dentro. Es un gesto amable que no merezco. Él prosigue:

—Si nos casamos a final de mes, diría que sería una necedad no dar este incidente por zanjado. —Una sonrisilla furtiva asoma a los labios del príncipe—. Me encantará pasar tiempo juntos, princesa Sarai.

Yo asiento, aunque mi atención, por un desliz, se desplaza hacia las puertas de la sala del trono, por las que Notos ha salido hace unos instantes. Obligo a mis ojos a centrarse de nuevo en los del príncipe Balior.

—A mí también me encantará.

El rey Halim alza una mano, y un criado da un paso al frente.

—Ilan os llevará a vuestras habitaciones. Imagino que estáis cansado después de tan largo viaje. Mañana daremos un festín para celebrar las inminentes nupcias.

El príncipe hace una larga reverencia.

—Aprecio vuestra hospitalidad, majestad. Me encantará comer con vos y con la princesa Sarai. Buenas noches.

Dicho lo cual, se marcha.

En cuanto nos encontramos a solas, me giro hacia padre.

—¿Por qué?

Él se echa hacia atrás en su asiento, con un suspiro. El tiempo ha desvaído los cojines, ha convertido su tono escarlata en el color del óxido.

—¿Qué me estás preguntando, Sarai? Necesito más detalles. «Por qué» no me basta.

El rey Halim no es ningún idiota. Me va a obligar a decirlo. Pues muy bien.

—¿Por qué has permitido que Notos regrese sin ningún castigo?

—Porque lo necesito. Porque nuestro reino lo necesita. Esta misma mañana ha aceptado un puesto en la guardia real.

—¿En la guardia? —Intento recuperar el aliento—. ¿Por qué colocas a Notos en un puesto de poder?

¿Por qué le da la bienvenida a nuestro hogar con los brazos abiertos? Me tiemblan las manos. Aprieto los puños entre los pliegues de mi vestido.

—¿De verdad he de explicar algo tan evidente? —espeta—. Fahim nunca era tan lento a la hora de entenderlo todo, y no malgastaba el aliento haciendo preguntas.

Siempre me sorprende la rapidez con la que regresa la pena. A pesar de que han transcurrido ya cinco años, aún siento que mi hermano murió ayer mismo. El brillante y amado Fahim, el primogénito de padre.

—No me había dado cuenta de que mis preocupaciones eran un modo de malgastar el aliento —replico en tono rígido—. Me aseguraré de moderarlas la próxima vez que crea que nuestro reino está bajo amenaza.

Él se pellizca el puente de la nariz, como si mi dolor fuese inconveniente.

—Ya sabes a lo que me refiero.

Pues no, la verdad es que no. Pero me guardo ese pensamiento amargo para mí.

—Es que no veo dónde está lo evidente en permitir que un desertor entre en la guardia real.

—Sea o no desertor —explica padre—, Notos es la persona más fuerte de este reino. Sabes tan bien como yo que la sequía ha debilitado a Ishmah. Llevamos años de cosechas fallidas. No podemos permitirnos alimentar a nuestro pueblo, mucho menos a un ejército. Los umbrandantes se vuelven más fuertes cada día que pasa. Mucha gente ha caído víctima de sus ataques.

Lo sé, por supuesto que lo sé. Ishmah, tallada estratégicamente en las paredes de arcilla del valle, en su día aprovechó las inundaciones anuales para nutrir su enorme sistema de irrigación, incluyendo numerosos pozos, reservas y canales. Sin embargo, hace más de dos décadas que no llueve en Ammara. Las altas murallas de

la capital, talladas con runas que repelen a los umbrandantes, proporcionan una protección adecuada frente a esas bestias. Y sin embargo, cada año que pasa, estas parecen multiplicarse. Hay quien afirma que los umbrandantes ya han entrado en la ciudad, pero yo no he visto pruebas de ello.

En cuanto al Viento del Sur, padre tiene razón. Notos es la única persona que ha entrado en el laberinto y ha regresado con vida. Su poder ayudará a mantener a raya a los umbrandantes…, aunque eso implique admitirlo como miembro de la guardia real.

—Los tiempos están cambiando, Sarai. —El rey me escruta con ojos teñidos de fatiga—. A veces hay que tomar medidas drásticas para resistir lo peor que ha de venir.

Parece derrotado. Quizá no debería haberme portado de forma tan imprudente en presencia del príncipe Balior. A fin de cuentas, padre lo arriesgó todo para salvar mi vida cuando era un bebé enfermizo. Le debo lealtad.

—Lo comprendo, pero ¿cómo puedes confiar en que Notos no nos abandonará por segunda vez?

—Confío en él, Sarai. Eso es lo único que importa.

—¡Le dio la espalda a nuestro reino!

«A mí.»

Su expresión se endurece. A pesar de mis preocupaciones, a pesar de mi dolor, mis sentimientos siempre serán insignificantes a ojos de un rey.

—No lo he olvidado —replica—, pero sí que lo he perdonado. Quizá es hora de que hagas lo mismo.

3

«Roshar Hammad. Sastre real.»

La placa está tallada con letra pulcra en la pálida textura de la madera. Tuerzo la boca al ver las florituras ornamentadas del nombre. La placa original era modesta, uniforme, anodina. En otras palabras, demasiado aburrida para el gusto de Roshar. Al otro lado de la puerta se oye una conversación amortiguada.

—Te dije un dobladillo de dos dedos, no de tres —ladra un hombre—. No me mires así, vuelve a hacerlo. No importa el tiempo que tardes. —Hay una pausa—. ¿Estás insinuando que no sé la diferencia que suponen dos centímetros? Querido, llevo una década vistiendo a la familia real. Yo he creado las modas de cada estación entre los oficiales de mayor rango del Gobierno, los mercaderes más ricos y las familias más influyentes. ¿Te atreves a insinuar que no manejo algo tan esencial en sastrería como los centímetros? —Quienquiera que sea su interlocutor, emite una respuesta en tono quedo—. Sí, ya me parecía.

Alzo un puño y llamo a la puerta, que se desplaza apenas una rendija antes de abrirse de par en par. Unos ojos grandes y castaños, impregnados de irritación, me contemplan desde detrás de unos anteojos de montura de alambre. El hombre parpadea y frunce el ceño.

—¿Sarai?

—¿Es mal momento? —susurro.

Por encima de su hombro veo a tres mujeres y dos hombres que rodean una pieza de ropa desplegada sobre una gran mesa. Todos

me contemplan con inquietud; probablemente se preguntan por qué ha venido la princesa.

—¿Para ti? Jamás. —Roshar chasquea los dedos—. Todo el mundo fuera.

Un revuelo de algodones, una ráfaga de aire con aroma a limón, y de pronto estamos solos. El silencio se aplasta contra mis oídos. Con apenas espacio para respirar, entro en la sala y me derrumbo sobre un sillón mullido cerca de una de las muchas ventanas. El cielo al otro lado está brutalmente despejado. No recuerdo la última vez que las nubes pespuntearon su tela azul.

Echo la cabeza hacia atrás y cierro los ojos. Inspiro profundamente y luego suelto el aire. Otra vez.

—¿Has tenido un día duro? —pregunta Roshar.

Ay, si él supiera. Me pinzo el puente de la nariz en un intento de disipar la tensión que siento entre los ojos.

—Ya te lo he dicho antes y te lo volveré a repetir: me cambiaría por ti en un latido.

Roshar chasquea la lengua como si yo acabase de admitir algún delito horrible.

—No lo dices en serio. Puede que yo sea el sastre real, pero, a fin de cuentas, no soy más que un sastre.

Y aun así, no tiene ninguna carga. Es libre. Paseo la vista por la habitación. Todo es una explosión de colores: rubí, citrino, ámbar, jade. Rollos de tela descansan sobre largas mesas contra las paredes. Varios modelos aún en proceso cuelgan del techo, incluida una túnica larga de tono marfil embellecida con hilos de plata.

Roshar está igualmente embellecido: pantalones escarlata, jubón leonado, turbante blanco. Siempre me maravilla ver lo lejos que ha llegado mi amigo. Hace diez años no era más que un aprendiz de tres al cuarto. Y ahora es el sastre de la familia real.

—¿Qué estás pensando, querida?

Una energía nacida de los nervios se crispa bajo mi piel y me pasa por el brazo izquierdo, bajo las puntas de los dedos. Empiezo a tamborilear sobre el reposabrazos del sillón, siguiendo un ritmo en el

que no pensaba desde hacía años. Ahora mismo, la melodía que acompaña a ese ritmo reverbera en mis tímpanos, un fantasmal eco del pasado. Me encojo y aprieto el puño.

—Una vez más —digo—, me temo que le he fallado a mi padre.

—¿Eso es todo? —pregunta en tono sabio, y toma asiento en el sillón colindante.

No. No es ni la mitad.

—Jamás digo nada correcto. No dejo de deshonrarlo. Mis actos son humillantes, una desgracia indeseable. —Aprieto la mandíbula en un esfuerzo por sofocar la creciente vergüenza—. A veces me pregunto si mi padre no preferiría que Fahim estuviese aquí en mi lugar.

Y que yo estuviese enterrada bajo tierra.

La expresión de Roshar adquiere un desacostumbrado cariz sombrío.

—No lo dices en serio.

—Sí que lo digo en serio, sí —susurro.

Vaya si lo digo en serio. Roshar alarga el brazo y toma mi mano entre sus dedos finos y vendados. Tienen manchitas de sangre en la tela, donde se ha pinchado con alguna de las muchas agujas que maneja. Las costumbres mandan que ningún hombre toque a una mujer soltera, pero ¿por qué no habría yo de aceptar consuelo de quien me lo ofrece? Voy a morir dentro de algo más de un mes y necesito desesperadamente el afecto de un amigo. Además, Roshar prefiere tener hombres en su cama, no mujeres.

Se pone en pie de un salto, se dirige al otro extremo de la habitación y regresa con un plato en el que descansa una pequeña tartaleta de granadillas. Sin decir una palabra, me coloca el plato entre las manos y me pasa un tenedor.

—Tienes aspecto de necesitarla.

Esbozo una temblorosa sonrisa de gratitud.

—Gracias.

Nací con privilegios. Las riquezas de Ammara me pertenecen por derecho. Y sin embargo, solo tengo un amigo. No confío en las

mujeres de la corte, que meten los dedos entre los barrotes de mi prisión como si yo fuese un pájaro enjaulado para ofrecerme miguitas y bocados. Al parecer, solo valgo para hacer favores.

—Está bien. —Roshar se deja caer en un taburete tapizado de tela verde olivo, con una taza de refrescante té de menta en la mano—. Cuéntame lo que ha pasado.

Suavemente, tamborileo con las púas del tenedor en el plato.

—Esta mañana he conocido al hombre con el que me van a casar.

—Ya veo. —Da un sorbo—. Deja que lo adivine: era pavorosamente aburrido.

Me encojo de hombros.

—Aún no me he formado una opinión de él. —Aunque sí que aprecio el intento del príncipe Balior de protegerme de la ira de padre. Durante las próximas semanas, el príncipe me cortejará hasta que se formalice el compromiso. Y entonces nos casaremos—. Pero… hay más.

—Ah, ¿hay más? —Roshar alza la vista y da otro sorbo.

Dejo de lado mis modales y me meto toda la tartaleta en la boca. Con los carrillos llenos, consigo decir:

—Notos ha vuelto.

Roshar escupe el té por todas partes.

—¡¿Qué?!

Con un pañuelo me limpio el té que me ha llovido en la cara. Tuerzo la boca.

—¿Quieres que lo repita?

Él se pone en movimiento: cruza la habitación, va hacia la puerta, pasa a la ventana, regresa al taburete.

—Por los dioses, Sarai. No me puedes soltar semejante bomba sin previo aviso. —Poco a poco, su asombro se convierte en una vívida y ansiosa curiosidad—. ¿Cuándo ha sucedido? ¿Por qué? ¿Lo has visto? Necesito todos los detalles.

Le respondo mientras paladeo el sabor agridulce de la mermelada de granadilla.

—Nos hemos visto esta mañana. No, no sabía que había regresado. Sí, padre está al tanto de su presencia. Ah, y ha nombrado a Notos miembro de la guardia real.

—¿La guardia real? Ay, necesito sentarme. —Se desploma en el taburete y se abanica con uno de sus bocetos—. ¿Lo sabe Amir? —Se lleva la mano a la boca y reprime una exclamación ahogada—. ¿Te imaginas el derramamiento de sangre que va a haber?

Se me encoge el estómago de inquietud. Dejo el plato a un lado. Quizá no debería haber comido tanto y tan rápido.

—No —contesto—. Sigue de luna de miel. —Qué suerte tiene; le han dado la oportunidad de ver el mundo mientras que de mí se espera que me quede aquí, atada para siempre al príncipe—. Estoy segura de que todo irá bien. Amir tiene cosas más importantes de las que preocuparse más allá de una insignificante venganza.

La mirada de Roshar me comunica que no está de acuerdo, pero, por suerte, no insiste en el tema.

—¿Y cómo te encuentras de verdad? —Sus ojos se suavizan tras los anteojos—. Han pasado años desde que se fue, pero…

Pero el tiempo es traicionero. Puede que hayan transcurrido las estaciones, pero hace pocas horas estuve delante del Viento del Sur y me sentí otra vez como si fuese una chica de dieciocho años.

—¿Sinceramente? —Trago dolorosamente saliva—. Confundida.

Tardé años en volver a construir mi vida. Durante ese tiempo, no solo pasé un duelo por Notos, sino también por Fahim. Decidí que la vulnerabilidad no volvería a tener poder sobre mí. Mi corazón me pertenecería solo a mí y a nadie más.

Roshar me apretuja los dedos en gesto de solidaridad.

—Es válido sentirse así. Es esperable, incluso. —Frunce el ceño, quizá al darse cuenta de cómo me tiembla la mano—. ¿Cuál es tu plan?

—¿Qué plan?

—Supongo que estarás ya planeando la mejor manera de asesinar al Viento del Sur.

Mi boca esboza la más leve sonrisa.

—¿Cómo lo has sabido?

—¿Cómo quieres que lo hagamos? Cuéntame. —Se inclina hacia delante, ansioso como un cachorrillo—. Sabes que siempre estoy aquí si hay que ayudarte a enterrar un cadáver.

Sí que lo sé. Y le doy las gracias por ello. Pero no le deseo la muerte a Notos. Solo quiero que sufra.

—Necesitaré tiempo para pensármelo —digo.

Al ver que estoy ligeramente de mejor humor, Roshar se acerca a una ventana algo más apartada y se detiene junto a ella.

—Ay, no. —Se lleva la mano al pecho y la luz destella en sus anillos—. Sarai, ¡es él! Está más guapo de lo que recordaba. —Mira por encima del hombro, se percata de mi expresión agria y se encoge—. En serio, querida, tienes dos ojos. Dime que no es uno de los hombres más deliciosos que has visto en tu vida.

A pesar del nudo que siento en las tripas, algo tira suavemente de mí, con insistencia, hacia la ventana desde la que se ve el patio central, donde hay una estructura redonda y medio derruida del color del hueso. Desde hace veinticinco años, el laberinto ensombrece el mismísimo corazón del palacio. Lo construyeron justo después de que el rey Halim cerrase el trato con el Señor de la Montaña. A cambio de mi vida, el Dios todopoderoso exigió un bastión lo bastante seguro como para contener a una bestia durante toda la eternidad. Ahí debería haber acabado todo.

Sin embargo, cuando al año siguiente no hubo crecidas, padre empezó a sospechar que algo iba mal. Regresó al Monte Syr y exigió una explicación. Fue entonces cuando el Señor de la Montaña le contó el verdadero precio de su benevolencia.

A cambio de mi vida, Ammara iba a sufrir una lenta descomposición. Las lluvias de verano ya no enriquecerían la tierra, no llenarían las presas ni abastecerían las granjas. Yo viviría, pero sería una existencia maldita, pues al cumplir los veinticinco años el Señor de la Montaña vendría a cobrarse también mi vida.

Centro mi atención en el extremo más alejado del laberinto. Notos rodea el patio. Cada pocos instantes, lleva la mano a la

empuñadura de su cimitarra. Esa mirada tranquila no deja de buscar, nunca está quieta.

Una vez cada década se sacrifica a siete hombres, que son entregados a la bestia aprisionada dentro del laberinto. Una criatura blasfema. Su apetito ha de ser saciado siempre. Por más que se ha intentado, nadie ha podido matarla. Notos, sin embargo, llegó hace seis años a Ishmah y prometió acabar con la bestia. No lo consiguió. Hasta el día de hoy, es el único que ha podido escapar del laberinto. En cierto modo, tiene sentido que sea él quien lo vigile.

—Mira esos hombros. Y esos «muslos». —Roshar me da un golpecito de cadera—. No me importaría que me apretase con ellos la…

—¡Roshar!

Suelta una estruendosa carcajada ante mi grito ultrajado. Niego con la cabeza y luego lo aparto de un empujón. Solo consigo que se ría más. De repente, se endereza y aplasta la nariz contra el cristal.

—¿Y ese quién es? —Las ansias aflautan su tono de voz—. ¿Tu futuro príncipe?

Mis ojos vuelan a la izquierda. Veo al príncipe Balior, que emerge del ala de invitados del palacio. En el mismo momento en que entra en la línea de visión de Notos, este aminora la marcha. Los dos se miran desde ambos extremos del patio de piedra recalentado. El príncipe Balior le echa un vistazo al laberinto, frunce el ceño y se acerca a Notos. Yo me inclino más, con el rostro aplastado contra el cristal caliente. Dios y príncipe, antiguo amante y futuro marido. Los dos mantienen una conversación durante un rato incómodamente largo.

Roshar se gira hacia mí, con la boca apretada.

—Una mujer atrapada entre dos hombres. Hay situaciones peores en la vida.

Yo no estoy tan segura. El dios que me rompió el corazón o el hombre a quien me debo atar durante el resto de mis días quiera o no quiera.

El príncipe Balior se dirige hacia la arcada por la que se entra al laberinto, pero Notos da un paso lateral y bloquea su avance. Aunque no consigo ver la expresión del Viento del Sur bajo el embozo que le tapa la cara, me imagino que su respuesta es una orden grave, calmada y reverberante. Nadie puede acercarse. Es la ley.

Al cabo, el príncipe Balior se rinde y regresa al ala de invitados. Yo me aparto de la ventana. El aire se ha vuelto más pesado, si tal cosa es posible. Las paredes se ciernen sobre mí, me sofocan la piel.

—Necesito aire —murmuro, y me dirijo a la puerta.

—¡Espera! —Roshar viene tras de mí a la carrera—. Llévate esto. —Me da otra tartaleta de granadillas. Lo contemplo con exasperación, pero él dice—: La vas a necesitar.



Amir debería volver a Ishmah con su esposa en cuestión de semanas. El momento no podría ser peor. Entre el regreso del Viento del Sur, la llegada del príncipe Balior y mi propia muerte inminente, no tengo capacidad mental para sumar otra preocupación a las que ya me aquejan. Me da miedo lo que vaya a pasar cuando Amir y yo volvamos a vernos. No nos separamos en los mejores términos. Le supliqué que no se fuera, pero no hubo manera de hacerle cambiar de opinión. Tuvimos una discusión acalorada. Yo me burlé de su falta de liderazgo y Amir se burló de mi incapacidad para arreglármelas sin él. Y luego se fue. Sin una despedida en condiciones, sin… nada. Han pasado tres meses y el recuerdo sigue siendo amargo.

El personal del palacio ya está preparando el regreso de mi hermano. Era de esperar. Algún día, Amir llevará el peso de la corona en la cabeza y un reino sobre los hombros. No era responsabilidad suya, pero así es la vida, que cambia de forma tan inesperada como las arenas. No envidio ese destino.

Un muro de calor abrasador me golpea al salir al patio. Varios criados corretean entre las diferentes alas, con cestos de colada o

suministros de limpieza. La luz del sol hierve las losas de piedra bajo mis pies. El laberinto desprende un brillo de alabastro.

Rodeo dos veces la estructura, pero Notos está extrañamente ausente. ¿Será posible que el rey lo haya mandado llamar en el tiempo que he tardado en llegar desde el taller de Roshar? El laberinto rara vez se queda sin vigilancia. Aun así, la bestia sería capaz de matar y arrastrar al interior a algún centinela. No sería ni mucho menos inaudito. Antes de llegar Notos, al rey Halim le costaba mantener a los guardias. Se veían atraídos fácilmente por el laberinto.

Su puerta no está hecha de arcilla, arena, metal ni piedra. Un símbolo que parece una luna o un sol ha sido tallado sobre ella, con un triángulo en el centro. Apoyo la mano en su superficie y una ráfaga de aire gélido sopla contra mi piel.

«Hola, Sarai.»

Doy un respingo y giro en redondo.

—¿Notos?

Aquí no hay nadie.

La inquietud me recorre, y me apresuro a regresar a mis aposentos. Una vez allí, me siento frente a mi escritorio y saco mi diario. Lo abro por la página más reciente de números. Una línea infinita de equis que pronto dejará de existir. Mañana es el día cuarenta y seis. Mi corazón palpita al pensarlo.

Miro hacia la ventana. El ocaso es inminente. Llego tarde a mis lecciones.

El pasadizo principal que va al ala sur da a un atrio luminoso, un enorme jardín que se extiende desde la primera planta. Alberga una colección de glicinas trepadoras, fragantes laureles y estanques ribeteados de guijarros. Al girar un recodo, lo oigo: la amortiguada reverberación de unas cuerdas de violín, seguida de una escala ascendente de notas musicales que se suceden lentamente.

Se me corta la respiración y aminoro la marcha al llegar a la sala de música. Me asomo por la puerta parcialmente abierta.

Un anciano arrugado y vestido con una túnica de color amarillo pálido está sentado cerca de la ventana que da a los jardines florales del palacio. Es Ibramin, el músico más virtuoso de su generación. Iluminado por un rayo de la menguante luz del sol, con el instrumento acunado entre el hombro y la barbilla, Ibramin cambia de primera a tercera posición. El arco extrae del violín un sonido de profunda angustia; las notas se suceden con lenta vibración. Me llevo la mano al pecho y aprieto los dientes. Me pican los ojos con lágrimas de emoción.

He tocado todo tipo de conciertos, sonatas, romances, caprichos, partitas y piezas. He dominado cada estudio y he memorizado todas las escalas en todas las claves. Pero esto… no lo reconozco.

Aun así, no puedo negar su belleza ni el dolor que transmite. Cuando la música llega a su resolución, me veo liberada de su doloroso hechizo. Me enjugo los ojos y suelto un aliento largo y tembloroso. Una vez que mis emociones se encuentran bajo control, entro.

Ibramin me dedica una sonrisa a modo de saludo.

—Buenas tardes, Sarai. —Acerca rodando su silla de ruedas hacia mí—. Imagino que te has estado aplicando diligentemente esta semana.

Cada semana, sin excepción, mi profesor me hace esta pregunta. Y cada semana, sin excepción, respondo:

—Así es.

Da igual que ni siquiera haya rozado mi instrumento desde hace años. No puedo ni contemplar de pasada el violín sin pensar en Fahim. A él también le encantaba, y era un músico mucho más prodigioso que yo. A menudo solíamos dar clase juntos, antes de que sus deberes como heredero lo obligasen a abandonar la tarea. Cierto es que mi carrera como violinista resulta inusual, teniendo en cuenta mi posición social. Aun así, padre me alentó a estudiar música. Creo que así se sentía más cerca de nuestra madre, que en su día también fue una violinista notable.

Atravieso la estancia y tomo asiento en una silla frente a Ibramin. Una desvaída alfombra verde decora el suelo. Una de las paredes está cubierta de anaqueles repletos de partituras. Mi vida puede medirse en recuerdos de este lugar y de todo lo que he conseguido:

Tengo cuatro años. Me colocan en las manos regordetas un violín diminuto.

Tengo ocho años. Me paso cuatro horas al día memorizando escalas y estudios.

Tengo doce años. Debuto con la Orquesta Sinfónica de Ishmah.

Tengo quince años. Mi reputación me precede. Toco en los auditorios de más prestigio de toda Ammara, en todas las ciudades principales de la Ruta de la Especia. Conozco lugares en los que nunca había estado, cosas que jamás había visto.

Tengo dieciocho años. Estoy enamorada. Practico con un frenesí que me resulta nuevo. Mi alegría se despliega por cada una de las notas.

Tengo diecinueve años. Me ahoga la pena. Cuando me coloco el violín bajo la barbilla, la música no viene a mí. Coloco el instrumento en su funda y lo dejo en el fondo de mi armario. Lo abandono y me abandono a mí misma.

—¿Sarai?

Doy un respingo. Ibramin me contempla con preocupación.

—Mis disculpas, señor —digo—. Me había distraído. ¿Habéis dicho algo?

—Te he preguntado si te apetece tocar algo. *¿Nana de invierno?* —Escruta mi rostro, aunque no estoy segura de qué es lo que busca—. Esa siempre te ha encantado.

Yo me muevo incómoda en la silla. Tiene razón. Me encanta. Me encantaba.

—Creo que no tengo muchas ganas de tocar —respondo, como cada vez que me pregunta—. Ha sido un día agotador.

—¿Quieres intentarlo, al menos?

No se me escapa la súplica en su voz. Intentarlo. No parece una palabra muy peligrosa. En realidad es inofensiva, no lleva implícita

ninguna expectativa.

Normalmente, Ibramin y yo dedicamos nuestras lecciones a repasar teoría musical y contrapunto. La mayoría de los días los pasamos sentados en silencio. Yo finjo que estudio y él finge que no he abandonado por completo la música. Pero a veces… a veces me pide que toque. Yo me niego siempre. Pero hoy… hoy pasa algo distinto.

Asiento con un gesto de aquiescencia. Ibramin rueda hasta colocarse a mi lado y me tiende su instrumento. Un barniz de color rojo oscuro cubre la templada madera de arce trasera. En comparación, el color de mi violín es mucho más claro, de un uniforme tono dorado con remolinos más oscuros cerca del cordal.

Acepto el instrumento y siento su peso conocido. Se me hace un nudo en la garganta y recuerdo todo aquello que desearía olvidar. Ahí está el rostro de Fahim, el destello perlado de su boca en plena carcajada mientras yo lo veía tocar. Y años después, la fatiga que apagaba sus ojos antaño brillantes. Ahí está la inquietud del silencio durante las comidas en las que antes reinaba la alegría. Ahí está la puerta de su dormitorio, mi mano apoyada sobre la fría madera, la confusión y el miedo entrelazados después de que Fahim no hubiese bajado a desayunar. Ahí está lo que aguarda tras esa puerta. Eso que embruja mis días incluso ahora.

—¿Vas a tocar? —pregunta Ibramin.

Con gesto delicado, meto el violín en su funda.

—No.

4

A la mañana siguiente, alguien llama a mi puerta.

—De su majestad —anuncia el mensajero.

Le arranco el pergamino de las manos al hombre. El sello de cera del rey sigue aún caliente.

«El príncipe Balior cenará con nosotros esta noche. Espero tu llegada a las siete en punto. No te retrases.»

Me muerdo el interior del carrillo y arrugo el pergamino en el puño.

—Por favor, hazle saber al rey que asistiré —le informo al mensajero, y cierro la puerta.

La quietud se adueña de mis aposentos, se desliza entre las grietas del suelo. El eco de un pánico antiguo me come por dentro. Me acerco a la ventana y contemplo la Ciudad Roja. Una abrasadora llamarada de color recorre el horizonte. Una tormenta de arena que se encuentra a kilómetros de distancia, pero que lo cubre todo con una neblina rojiza. El momento perfecto para que ataque un umbrandante.

Contemplo los terrenos del palacio ahí abajo. Una figura, difuminada a causa de la luz menguante, se desliza por el patio con los andares resueltos que solo pertenecen a los seres divinos. Por supuesto, el Viento del Sur está practicando con la espada; y, por supuesto, lo hace desnudo de cintura para arriba. A esta hora, el aire sigue siendo gélido, pero su musculoso torso reluce de sudor. Tiene mechones de cabello negro pegados al cuello. He de admitir que jamás he conocido a nadie que maneje mejor la espada. Su cimitarra es para él lo mismo que el violín fue en su día para mí. Veo cómo se flexionan sus músculos cuando corta en dos a un oponente

invisible. Siento calor en la cara. Puede que desprecie a este inmortal, pero ni soy de piedra ni estoy muerta… aún.

Me obligo a apartar la vista, por muy atractiva que sea la escena. Ishmah me llama. No puedo quedarme aquí.

Me cubro con mi capa y desciendo rápidamente las escaleras. Me interno por unos cuantos corredores poco conocidos para llegar hasta la puerta occidental, más pequeña. De adolescente solía escaparme a la ciudad cuando las expectativas de padre empezaban a pesarme demasiado. Me pasaba horas explorando los jardines públicos, las aceras atestadas del zoco. Cuando padre se enteró de mi desobediencia, selló las puertas y me prohibió entrar en la ciudad sin escolta. Como venganza, yo soborné a sus guardias.

—Alteza.

Un hombre de mediana edad llamado Mohan inclina la cabeza en señal de saludo. El guardia a su lado, un tipo más joven llamado Emin, me dedica una amplia sonrisa. Le pongo cinco monedas de oro en la palma de la mano a cada uno, una detrás de otra.

—Regresaré dentro de aproximadamente dos horas. —Clinc, clinc—. Si padre pregunta por mí… —clinc—, ya sabéis qué decir.

Mohan me enseña los dientes en cuanto el oro descansa dentro de su puño. Emin está exultante, con los bolsillos más llenos.

—La última vez que os vimos estabais leyendo en los jardines y nos pedisteis que no os molestásemos.

Les he enseñado bien.

No tardo mucho en llegar al barrio viejo. Con la cabeza agachada y cubierta con la capucha para ocultar mi rostro, me interno en la intensidad del zoco. Paso por la zona donde se juntan los granjeros, con carros y carretas amontonados como si de juguetes en un arcón se tratase. Flotan en el aire aromas a cebolla, ajo y pimienta entre el bullicio de clientes y el olor delicioso de la carne a la parrilla.

Y, sin embargo, la producción ha menguado por culpa de la enfermedad. El grano está marchito, los frutos son escasos y están picados. Los granjeros se ven obligados a viajar muchos kilómetros hasta el oasis más cercano en busca de agua, y cada vez hay menos

a medida que pasan los años. No es suficiente como para abastecer a la ciudad. Pero hacemos lo que podemos.

Un puesto cerca del final del callejón me llama la atención. Me detengo y me recorre una oleada de sorpresa que me deja plantada en el sitio. Hay una mujer sentada detrás de una colección entera de iris negras, mordiendo tranquilamente un melocotón picado. Pétalos de terciopelo que pintan la negrura de un pozo profundo. Flores prohibidas.

El rey Halim ordenó hace décadas que se erradicase la iris negra de toda Ishmah. Fue una tarea larga y concienzuda. Se arrancó cada capullo oscuro de cada parterre, de cada jardín, de cada maceta pequeña que disfrutaba del sol en los alféizares de las cocinas. Se prohibió permanentemente toda importación. Si se descubre que cualquier ciudadano tiene iris negra, se considera un delito que se castiga con la muerte.

Pues, según nuestro Señor de la Montaña, por la iris negra habré de morir: un pinchazo de una espina de la flor más querida de toda Ammara. Lo cual me lleva a la siguiente pregunta: ¿cómo ha conseguido esta mujer cruzar las puertas de la ciudad con esas flores mortales? Miro en derredor. Nadie parece ver las flores, a nadie parece importarle. Esta mujer está infringiendo la ley, aunque yo no le deseo la muerte. Ganarse la vida en esta tierra afectada por la sequía es muy difícil. Mientras yo no toque la flor en sí, estaré a salvo.

Me alejo y le echo un vistazo a otro carromato. El mercader vende finos collares de cobre forjado y plata, entre otras cosas. Frunzo el ceño y paso un dedo por la superficie de un pequeño espejo con rubíes incrustados. Estoy segura de que he visto algo moverse en el reflejo. Lo contemplo más de cerca y mi mano se queda inmóvil.

No necesito ver al Viento del Sur para sentir su presencia. La percibo como una nube de calor en la nuca, un aroma a sal y piedra caliente. Aprieto los dientes a causa de un dolor inesperado. Mi cuerpo recuerda visceralmente ese olor.

—Si planeas acosarme sin que me dé cuenta —digo, arrastrando las palabras—, no te está saliendo bien.

—¿Sabe tu padre que estás aquí? —pregunta él con tono grave y profundo, más una vibración que un sonido.

—Frecuentas la compañía del rey Halim. —A pesar de mi pulso acelerado, sigo echándole un vistazo a la mercancía del vendedor—. Imagino que podrás responder tú solo a esa pregunta.

En ese momento, Notos se coloca en mi campo de visión. Un hombre grande, ancho y recio que, a pesar de ser apenas igual de alto que yo, abruma con su presencia el espacio que nos rodea. Me da rabia que siga teniendo este efecto sobre mí. Aparto esa sensación, la reprimo tanto como puedo y aplasto el sentimiento bajo el tacón de mi bota hasta reducirlo a polvo.

—Los guardias están poniendo tu vida en peligro al permitirte entrar en la ciudad sin escolta —dice en tono de desaprobación—. No es un asunto para reírse.

Me paso la lengua por el interior del carrillo. Está claro que el oro no basta para garantizar su silencio.

—Soy la princesa Sarai Al-Khatib —afirmo al tiempo que cojo el espejo de la mesa y lo alzo hacia el sol—. Puedo hacer lo que me venga en gana.

—Tu posición te garantiza ciertos privilegios, de eso no hay duda. Pero también has de considerar los peligros, Sarai…

Mi cabeza latiguea hacia él.

—No me tuteéis, buen señor. No resulta formal.

Creo que el Viento del Sur ni siquiera respira. Por otro lado, yo tampoco.

Lentamente, coloco el espejo sobre la mesa con sumo cuidado. Envaro la columna por fuerza de voluntad, como si estuviera hecha de ladrillos. Obligo a mi mente a convertirse en piedra. Y sin embargo, mi corazón está herido. Lo siento llorar entre las costillas, pues mirar a este inmortal es recordar todo aquello que he perdido. En su día creí que yo era suficiente para el Viento del Sur. Él, desde luego, era suficiente para mí. Y ahora, todo lo que quiero es

preguntarle por qué. ¿Por qué no fui suficiente? ¿Tuve demasiado ímpetu, demasiada ambición, demasiado orgullo?

Al cabo, Notos inclina la cabeza en gesto de obediencia.

—Perdonadme, princesa Sarai.

Siento en la garganta un inesperado nudo de pesar. Hubo una época en la que fui la princesa Sarai para todo el mundo menos para él.

—Me habéis estado siguiendo —consigo decir con voz estrangulada—. ¿Por qué?

Una mujer que carga con un enorme barril de grano pasa entre los dos en un intento de cruzar por la fuerza el bullicioso mercado. El Viento del Sur se aparta a un lado hasta que ella pasa.

—Vuestro padre me pidió que os tuviese vigilada.

—¿Ese es el único motivo por el que estáis aquí?

Notos no responde, y a mí se me encoge el corazón. Es toda la respuesta que necesitaba.

Paso junto a él y me interno aún más en el caos del zoco. Se acerca la hora de la contadora de historias. La rabia le pisa siempre los talones al dolor. ¿Quién se cree que es para hablar de peligros? Él no comprende lo altos que son los muros del palacio.

Notos, tan frustrante como siempre, me sigue. Se abre camino con facilidad entre la muchedumbre. Pasamos al lado de un grupo de mujeres que tiñen telas en enormes cubas de madera. Yo decido desafiarlo:

—¿Y sois capaz de formaros vuestra propia opinión o debéis obedecer siempre lo que diga el rey?

—La prioridad del rey es vuestra seguridad.

Yo resoplo y paso por encima de un perro desnutrido antes de girar un recodo e internarme por un camino más tranquilo entre los edificios.

—Resulta irónico.

—¿Qué resulta irónico de esta situación?

—Si padre quisiera mantenerme a salvo, os habría alejado de mí tanto como fuera posible.

A pesar del obvio insulto, el tono de voz de Notos permanece neutral.

—Le estáis complicando la vida al poneros así en peligro. ¿Creéis que una capucha evitará que alguien os reconozca o que os haga daño?

¿En peligro? Valiente estupidez.

—El barrio viejo es de las zonas más seguras de la capital —replico—. Aunque me reconocieran, nadie se atrevería a ponerme una mano encima. A todo el mundo le interesa mantener la seguridad.

A fin de cuentas, Ishmah es el corazón de los negocios de Ammara. Debido a nuestra escasez de recursos, la mayoría de sus ciudadanos depende de la mercancía que llega desde aldeas muy lejanas. Si aumentan los delitos, los negocios se verán afectados. Nadie se arriesgaría a perder su sustento por hacerme daño.

—No estáis tan a salvo como creéis. —Se coloca detrás de mí. Su amplia complexión es una barrera contra la creciente marea de viandantes. Eso también lo recuerdo, cómo su cuerpo solía moverse como un reflejo del mío—. Se sabe que esta misma semana han desaparecido dos mujeres; sus familias han informado de las desapariciones. El mes pasado se encontró a un joven mutilado en un callejón. Prueba suficiente del ataque de un umbrandante. —Mi sangre chisporrotea con una energía oscura, un pulso apagado de rabia creciente—. E incluso hoy…

Giro en redondo. Lo único que evita que Notos choque contra mí son unos rápidos reflejos.

—Basta —siseo—. Estáis intentando asustarme, pero no os saldrá bien. Esta es mi casa, mi reino. Vos sois, en el mejor de los casos, un visitante. Y, en el peor, un extranjero.

Notos me lanza una mirada firme, con los ojos marrones vigilantes por encima del embozo que le cubre la cara. En ellos aletea una emoción que desaparece al instante. Es pesar, si no me equivoco. Añado:

—Dejadme ser absolutamente clara. —Me echo a un lado para que pase una madre muy alterada que carga con dos bebés—. Dentro de las murallas de Ishmah no hay umbrandantes. Jamás han abierto brecha. Basta de crear un miedo innecesario.

Aprieto el paso y sigo avanzando. Ya no esquivo limpiamente a quienes se cruzan conmigo. No, ahora aparto a quienes son más pequeños y débiles que yo. Me abro camino a codazos entre mujeres que cargan con grandes madejas de algodón y lana. Notos, por su parte, me pisa los talones, una sombra a mi espalda cuya presencia no es bien recibida.

—¿Vais a decirle al rey que he salido? —pregunto por encima del hombro al tiempo que giro en otro callejón.

Notos me mantiene el paso con una facilidad frustrante.

—Eso depende. —Suena levemente sin aliento—. ¿Vais a seguir explorando el mercado a pesar de las órdenes de vuestro padre?

—Haré lo que me venga en gana.

—Entonces no tendré más remedio que informarle de vuestro paradero.

En este momento me encantaría perderlo de vista, informe o no a padre. La puerta de color amarillo desvaído al final del callejón es una estampa reconfortante. Me dirijo a toda prisa en su dirección cuando, de pronto, Notos me agarra del brazo.

—¿Adónde vais? —exige saber.

A pesar del poder de su agarre, sus dedos me aprietan apenas lo suficiente como para detener mi avance.

—Dejadme seguir —espeto—. Llego tarde a la historia.

—¿A la historia?

Me libro de él de un tirón. ¿Quiero que sepa que me siento a los pies de una abuela para escuchar sus historias? No. Pero no he conseguido quitármelo de encima.

—Suelo venir a escuchar a una rapsoda. Empecé a venir cuando… —Niego con la cabeza; no quiero mencionar la muerte de Fahim—. Es algo inofensivo. Un puñado de niños que escuchan hablar a una

anciana. Si queréis serle de utilidad a mi padre, quedaos aquí montando guardia.

Notos le echa un vistazo a la baqueteada puerta, con una profunda desconfianza. Se le ha descolgado un extremo del turbante, pero se lo vuelve a recolocar. Por entre la tela asoman mechones de cabello negro.

—Preferiría acompañaros dentro. ¿Y si alguno de ellos supone una amenaza?

Yo resoplo.

—Son niños, Notos. Estaré bien.

Él se limita a clavarme la vista.

—Lo digo en serio.

—Y yo también. Esta gente no sabe quién soy. Y quiero que siga siendo así. Quedaos aquí.

Giro en redondo y entro. Doy las gracias por la oscuridad que enfría mi creciente frustración. En silencio, ocupo un espacio en la parte trasera de la estancia. Haneen ya ha empezado a hilvanar los hilos de la historia. Espero no haberme perdido mucho.

—Aziza cogió de golpe su camisa y se la puso a toda prisa para tapar su desnudez.

»Omar la contempló, pasmado.

»—Eres una mujer.

»Aziza alzó la barbilla en señal de desafío. Sí, era una mujer vestida de hombre entre las filas del ejército de su nación. El castigo por ello era la muerte.

»—¿Y? ¿Me vas a delatar?

»—Sabes que debo hacerlo.

»Ella torció el labio en gesto de disgusto.

»—De no ser por mí, habrías perdido la vida en la última batalla.

»En las primeras semanas de entrenamiento, Aziza se había preguntado si sobreviviría. Pero había aprendido. Se había esforzado, mientras que otros no tanto. Se había negado a aceptar la derrota.

»Omar escrutó el entorno, como si ahora mismo se hubiese dado cuenta de lo aislados que estaban. Aziza miró hacia el lugar donde había apoyado la espada, contra un peñasco cercano. Omar también miró el arma.

Algunos niños ahogan exclamaciones de pánico. Una sonrisa aparece lentamente en mi boca; me inclino hacia delante y veo un atisbo travieso en los ojos lechosos de anciana.

»—No lo hagas —advirtió Omar al tiempo que llevaba su mano a su propia espada.

»Por algún motivo, la desconfianza de Omar después de tantos meses codo con codo en combate consiguió que a Aziza se le encogiera el corazón.

»—Pues mátame —susurró.

»Omar frunció el ceño, pero no se acercó. Quizá estaba recordando que Aziza le había salvado la vida.

»—¿Por qué iba una mujer a escoger la vida de soldado?

»—Adopté la identidad de mi abuelo para protegerlo. No habría sobrevivido a la guerra.

»Omar guardó silencio durante un momento, contemplando el río. Al cabo, dijo:

»—¿Y qué pasará cuando tu secreto salga a la luz? Pensarán que yo he colaborado en el engaño. Yo también me enfrentaría a una muerte segura.

»—Entonces hemos de mantener el secreto entre los dos.

Cuando Haneen da por concluida la historia por hoy, los niños empiezan a marcharse, hablando emocionados entre sí con la promesa de la historia de la semana que viene. Veo a Notos cerca de la puerta, entre las sombras. Aprieto la boca y me acerco a él.

—Os dije que esperaseis fuera.

El Viento del Sur pasea la vista por la estancia. Hay pocos muebles, el entorno es frugal. La anciana rapsoda sigue sentada en el taburete, con la cabeza girada en nuestra dirección. A pesar de mis esfuerzos para obligarlo a salir, Notos ni se mueve.

—¿Aquí es a donde venís cuando salís del palacio?

Contengo las ganas de darle un golpe en la cabeza. Capaz sería de gritar que soy la princesa de Ammara, para que todo el mundo se enterase. Miro de reojo hacia la rapsoda y veo que está sonriendo.

—Fuera —gruño—. Ahora.

Notos se deja pastorear hasta la calle, aunque no soy tan ingenua como para pensar que puedo obligarlo físicamente a moverse. Empezamos a regresar hacia el palacio cuando, de repente, se oye un tañido de latón que resuena por toda la ciudad. Es la campana de alerta. Tres tañidos indican que se acerca una tormenta de arena. Cinco advierten de la presencia de umbrandantes.

«Dos, tres…»

La campana se detiene.

Resulta impresionante lo rápido que se vacían las calles. En pocos instantes, Notos y yo somos los únicos que siguen en el callejón. Me mira. Lo miro.

—Deberíamos regresar —dice.

Está claro que sí. Un puñado de atajos estratégicamente elegidos a través del zoco nos llevan hasta la Calzada del Rey. El viento arrecia. Sus ráfagas abrasadoras recorren las calles, me revuelven el vestido y me bajan la capucha de golpe. Pronto, las puertas del palacio aparecen a la vista.

Por supuesto, Notos me sigue como una sombra. Me giro y le clavo la mirada.

—¿Esa campana no es la señal para que ayudéis a asegurar la ciudad?

Él me mira a los ojos directamente.

—Sí, y así lo haré, una vez que estéis a salvo dentro del palacio. El rey Halim no quiere que os suceda nada, después de lo que le pasó a vuestro hermano. —Pronuncia esas palabras en tono demasiado quedo—. Mis condolencias…

Yo me quedo rígida.

—¿Por eso habéis regresado? ¿Para disculparos por algo que no tiene nada que ver con vos? —Siento que se alza una barrera desportillada, ladrillo a ladrillo—. Fahim murió hace cinco años.

«Y tú no estabas», pienso. Las palabras, estranguladas, no me salen. No me atrevo a pronunciarlas.

El Viento del Sur contempla el suelo como si le fuera la vida en ello.

—No lo sabía. Me entristeció saber que había muerto —dice en tono bajo—. Disfrutaba de la compañía de vuestro hermano, aunque lo conocí poco.

Otra cosa que he intentado olvidar: la imagen de Notos y Fahim entrenando, descamisados y sudorosos. Mi hermano fue un espadachín excelente, pero el Viento del Sur era harina de otro costal. Yo sospechaba que Notos lo dejaba ganar a veces. Él prosigue:

—Es muy desafortunado que un accidente de caza se cobrase su vida siendo tan joven. Siento mucho vuestra pérdida.

Un accidente de caza. Así explicó el rey Halim la muerte de Fahim a la población de Ammara. Y sin embargo, nada más lejos de la realidad. Notos dice:

—Vuestro hermano era un buen hombre.

Se equivoca. Fahim no era solo un buen hombre. Era el mejor.

—¿Por qué habéis vuelto?

Me tiembla la voz, y me temo que se romperá en mil pedazos si lo permito. Juré que jamás volvería a revelar semejante debilidad, pero los ecos de mi pasado pesan sobre mí. Se niegan tercamente a morir.

Algo cambia tras los ojos de Notos. Algo que me asusta, que abre en dos esta herida que aún no se ha curado en mi interior. Una vez más, estoy sangrando por dentro, sin que nadie lo vea. Me apresuro a apartarme de él, sin aliento, con una presión en el pecho. Sea cual sea la emoción que ha expresado, no quiero reconocerla.

—Sarai…

—Da igual. De verdad que da igual. —Mi corazón tiembla ante el impulso de huir—. Decidle al rey lo que queráis. Solo conseguiréis reforzar lo que ya sé a ciencia cierta: que no sois más que un perro carente de voluntad propia.

Cuando cruzo las puertas del palacio, el Viento del Sur no me sigue.

5

—Se presenta la princesa Sarai Al-Khatib.

Las puertas dobles del comedor se abren simultáneamente y dan paso a una larga mesa en la que descansa toda una cubertería de plata que resplandece bajo la tenue luz de las velas. El rey Halim y el príncipe Balior ya han llegado. Este último se pone en pie cuando entro. Lleva una camisa de color gris pálido con el cuello profusamente adornado y turbante a juego. Padre ha ordenado que yo vista de rojo: el color nacional de Um Salim. Así pues, llevo un vestido de un vívido tono escarlata, tan denso como la sangre coagulada.

—Princesa Sarai. —El príncipe hace una larga reverencia. Un rizo de color caoba le cae sobre la frente.

Yo asiento a modo de saludo.

—Príncipe Balior.

La mirada desaprobadora de padre cae sobre mí. «No me decepciones», me advierte. Yo suelto un suspiro por dentro.

—Gracias por uniros a nosotros en esta velada —consigo decir—. Espero que la comida sea de vuestro agrado.

—Estoy seguro de que así será. —Me mira a los ojos y esboza una sonrisa vacilante—. Aunque admito que me interesa más la compañía que la comida.

Mi sonrisa se agria antes de tener la oportunidad de formarse del todo.

—Espero estar a la altura, pues.

A pesar de mis intentos por ser educada, el irritante encuentro con Notos esta mañana continúa rondando mi cabeza. Ahora mismo me sigue hirviendo la sangre.

Con un brusco cabeceo, cruzo la habitación sin prestar atención a los hombres que bordean el perímetro de la estancia. La campana de la torre anuncia la séptima hora. Tomo asiento en una silla almohadillada. Justo a tiempo, tal y como prometí.

El rey Halim, que se sienta a la cabecera de la mesa, parece hundido bajo esta tenue luz. Su camisa violeta le cuelga como tiras de piel vieja de los brazos. La estampa que presenta resulta dolorosa. Aunque aún no ha cumplido los setenta años, el rey no se ha recuperado del todo de una enfermedad reciente. Ha pasado meses encamado, con los pulmones llenos de líquido. A pesar de los remedios del médico real, la fuerza del rey ha seguido erosionándose. Percibo el esfuerzo que le supone asistir a esta cena. Me preocupa que se agote del todo.

Sin embargo, si manifestase estas preocupaciones en voz alta, padre se limitaría a desecharlas, sobre todo delante del príncipe. Así pues, aparto de mí esta inquietud y me centro en el tema presente, mientras los criados sirven la comida. El príncipe Balior. Treinta y dos años. El primogénito del rey Oman. Y si las negociaciones salen bien, pronto, mi prometido.

Hubo una época en la que luché contra el destino. Pero esto es un sacrificio que he de hacer. Ammara se beneficiará del enorme ejército de Um Salim, de sus terrenos ricos y fértiles. Tengo la esperanza de establecer una conexión lo bastante profunda con el príncipe Balior como para que, una vez que yo haya muerto, este haga todo lo que esté en su mano para proteger a mi reino y a su pueblo.

El rey Halim empieza a cortar su cordero especiado.

—He oído que sois un jinete avezado, príncipe Balior.

Nuestro huésped pone una expresión extrañamente divertida y algo tímida.

—Yo no me atrevería a llamarme avezado, pero es cierto que monto a caballo desde que era un niño. Padre y yo solíamos cabalgar por las montañas, a veces durante días. Esas excursiones están entre mis recuerdos de infancia más preciados.

Bueno, al menos, el príncipe es humilde.

—Quizá no lo sabéis, príncipe Balior, pero Ishmah tiene algunos de los caballos más rápidos de esta parte del desierto. —Padre se mete un trozo de carne en la boca—. Os garantizo que no encontraréis monturas más rápidas.

Y así, sin más, tiene toda la atención del príncipe.

—¿Los criais aquí?

—Así es. —El rey Halim es demasiado orgulloso—. Una camada pequeña pero sana.

El príncipe Balior se mete una cucharada de arroz con dátiles en la boca. El movimiento capta mi atención, y veo un atisbo de su lengua sonrosada. Sus ojos se cruzan con los míos y, de inmediato, aparto la vista. Me da miedo haberme pasado de la raya.

Tras un instante, el príncipe carraspea.

—Me interesaría ver la manada. Tengo cuadras en Um Salim. Quizá, una vez que acabemos las negociaciones, podríamos discutir la posibilidad de cruzar las razas.

—¿Cruzarlas? —El rey Halim suena pasmado—. Por supuesto que no, cada linaje ha de permanecer puro.

Uno de los criados vuelve a llenar la copa de vino del príncipe para luego situarse una vez más en su puesto en la pared.

—Perdonad mi ignorancia, majestad. —Su voz es pura tranquilidad, una respuesta calmante de quien intenta enfriar aquello que ha empezado a chisporrotear y arder—. Pensé que ambos nos beneficiaríamos de la transacción. La fuerza de mis caballos unida a la velocidad de los vuestros. ¿Podéis imaginar semejante criatura?

Su visión resulta convincente. ¿Qué daño haría intentarlo? Por otro lado, padre desprecia los cambios.

—Quizá —concede el rey.

—¿Y qué me decís vos, princesa Sarai? —El príncipe Balior centra su curiosa mirada en mí—. ¿Qué opinión os merece esta posibilidad?

El inesperado cambio de atención me descoloca. No me da tiempo a tejer mis palabras, a suavizarlas hasta convertirlas en algo más paladeable.

—Teniendo en cuenta que sé poco de criar caballos, seguramente no soy la persona ideal a la que preguntarle.

El príncipe parece aún más intrigado.

—Pero estáis familiarizada con los caballos, ¿no?

Yo no miro al rey Halim, aunque desde luego siento sus ojos clavados en mi cara. Seguramente me está advirtiendo de que contenga la lengua.

—Lo estoy, sí. A mi madre le encantaban, o eso me han dicho. —Incluso a pesar del tiempo que ha pasado, el recuerdo me duele—. Ella sabría responder mejor que yo.

El príncipe Balior se queda de pronto rígido al comprender que ha dado un paso en falso.

—Mis disculpas. —Mira al rey Halim, suavemente desprovisto de expresión alguna, una barrera que nadie puede penetrar—. No era mi intención despertar ningún recuerdo doloroso, majestad. Perdonad mi desliz.

Yo soy la primera sorprendida cuando el rey le ofrece su perdón. Una excepción probablemente circunstancial.

De niña, solía intentar sonsacarle a padre información sobre mi madre. El color de su pelo, el aroma de su piel. Cuáles eran los sonidos que más adoraba en el mundo. Sin embargo, padre se negaba a ofrecerme ni las más pequeñas migajas. Según Amir, la muerte de mi madre lo destruyó, pues la amaba como el sol ama a la tierra. Solo de pensarlo se me rompe el corazón.

Pincho una zanahoria caramelizada y capto por el rabillo del ojo una figura sombría. Se me queda la mente en blanco. No estoy segura de cómo puedo haber pasado por alto la presencia del Viento del Sur. Conozco su silueta mejor que la de nadie.

Va vestido con camisa color índigo y turbante ocre. Está inmóvil junto a la pared. Un pequeño alfiler de cobre en el pecho indica su puesto en la guardia real. Cuando sus ojos oscuros se cruzan con los míos, siento un agujero en el pecho.

—… y una violinista de éxito.

Me obligo a apartar la mirada de Notos y contemplo a padre, sorprendida. Él me mira expectante, con las cejas alzadas.

—¿Seguís tocando? —El príncipe Balior me estudia por encima del borde de su copa de vino.

Me esfuerzo por centrar mi atención en la charla y no en ese dios vestido con ropas de color índigo. «Violinista de éxito.» Padre ha pronunciado de verdad esas palabras. He tocado en los salones de conciertos de más renombre, he ido de gira con las orquestas más famosas del reino. Y, sin embargo, jamás he oído una palabra de orgullo sobre mis logros por parte de padre.

Con sorprendente serenidad, le contesto al príncipe Balior:

—Hace muchos años que no toco.

—Qué lástima. —Da otro sorbo. Pequeñas gotas rojas resplandecen en su boca—. ¿Me permitís preguntar por qué dejasteis de tocar?

Siento presión en el pecho, como una red de cuerdas. El príncipe no tiene manera de saber el peso de esa pregunta. Nadie me explicó jamás que, cuando muere un ser querido, parte de ti muere con él.

—Supongo que perdí las ganas —murmuro.

El príncipe Balior sigue mirándome inquisitivamente. Su interés me pone en guardia. Esbozo una débil sonrisa como respuesta.

—Confesaré que ya sabía de vuestros triunfos musicales mucho antes de conocernos —prosigue él—. En cierta ocasión, mi madre compró entradas para uno de vuestros conciertos, que no se celebró. Ibais a tocar el *Concierto Jerashi* para violín con nuestra Orquesta Sinfónica Nacional.

En aquella época, yo tocaba cinco noches por semana. Ibramin me animó a explorar oportunidades más allá de las fronteras de Ammara, incluyendo competiciones. «Ha nacido para esto», le dijo a padre. «No la recluyáis.»

Por desgracia, las conversaciones con Um Salim se agriaron debido a diferencias políticas. El rey Halim era un hombre demasiado testarudo como para dejar aparte sus opiniones a favor de mi carrera. No supo hasta qué punto se me rompió el corazón al

enterarme de que aquella oportunidad había acabado en desastre. Durante un mes entero me fui a la cama llorando.

—En aquella época había mucha tensión entre nuestros reinos —explico—. Padre creyó que era mejor circunscribir la gira a las fronteras de Ammara.

El príncipe Balior suelta una tos incómoda y da un sorbo a su vino. Yo apuro lo que me queda de bebida. Me hormiguea la piel bajo el escrutinio del Viento del Sur. El rey Halim me dedica una mirada intensa, como si me hubiese vuelto loca.

—Tendréis que perdonar a mi hija —dice al cabo—. Tiene… bastante imaginación.

Curvo los labios en una sonrisa amarga.

—Me limitaba a explicarle al príncipe Balior el motivo por el que no pude tocar.

—Basta ya, Sarai. Cuando sea necesaria tu opinión, te la pediré. Sigue comiendo antes de echar a perder el resto de la velada.

Mantengo la mirada iracunda del rey. Está pálido…, demasiado pálido. El sudor le perla la sien y el labio superior. De pronto recuerdo su precario estado de salud. Me trago la vergüenza, porque no pretendía provocarle más tensión. Me tiemblan las manos al cortar el cordero. El cuchillo raja el suave centro rosado de la carne.

Una oleada de aire caliente me roza la nuca, casi como una caricia. Mi cabeza latiguea hacia Notos. Él agarra la empuñadura de su cimitarra con una mano de nudillos blancos. Por una vez, no me está mirando a mí, sino a padre. El frío de su expresión me pone todo el vello de punta.

Uno de los criados me sirve otra cucharada de arroz en el plato. Empiezo a pensar en el mejor modo de escapar. Podría fingir que estoy enferma: una fiebre repentina, quizá, o un mareo. Sin embargo, me dan miedo las consecuencias de marcharme pronto. Aunque este príncipe me importa bien poco, entiendo la relevancia de nuestra unión.

La conversación se orienta hacia acontecimientos actuales. El príncipe Balior está al tanto de la sequía, aunque no sabe que la

causan fuerzas oscuras, y no el curso de la naturaleza. Al parecer, los umbrandantes no han llegado a Um Salim, aunque el príncipe ha oído hablar de ellos. Ambos hombres discuten el mejor modo de distribuir recursos y ayudar a las granjas de Ammara a lidiar con sus estrecheces.

Al cabo, empezamos a hablar del cortejo. El rey Halim decide cómo pasaremos el tiempo. Desayunaremos por las mañanas. Se celebrará un baile dentro de tres semanas. Haremos excursiones a los jardines públicos y al aviario para que los ciudadanos de Ishmah se acostumbren a la presencia del príncipe Balior.

Yo me apresuro a alzar la copa y darle un sorbo al vino antes de cometer ninguna imprudencia, como por ejemplo arrojarle el líquido a padre a la cara. Para sorpresa de nadie, no me ha pedido mi opinión al respecto.

—¿Y cuántos hijos queréis tener, princesa Sarai? —pregunta el príncipe.

Se me cierra la garganta en pleno sorbo y me atraganto. Escupo el vino sobre la mesa, gotas color rubí que manchan el mantel blanco.

Un bebé en mi barriga. Un niño colgado del dobladillo de mi vestido. Una piedra pesadísima en mi cuello. ¿Cuántos hijos quiero tener? Ninguno.

Siempre lo he sabido. Jamás he experimentado los instintos maternales que las mujeres de la corte afirmaban que acabarían saliendo a la superficie. Quizá, si mi madre estuviera viva, o si no me hubiese desarrollado a la sombra de una muerte prematura, pensaría de forma distinta. Pero conozco el dolor de crecer sin madre, y no se lo deseo a ningún hijo mío.

—Por supuesto, has de parir un heredero varón. —El tono de hierro de padre está dominado por la negación. Alberga la esperanza de que el príncipe Balior encuentre un modo de romper la maldición. Yo no estoy tan segura—. Una vez casados, esa será la prioridad.

Me trago mis protestas. Nada puede romperme.

—Mi voluntad es la voluntad de Ammara.

Un pequeño sonido atrae mi atención hacia el Viento del Sur, que sigue clavándome la mirada sin ninguna intención de disimular. Estoy casi segura de que ha soltado un resoplido desdeñoso. Como si supiera algo de las pruebas que me aguardan.

—Príncipe Balior —le muestro a nuestro invitado la más cálida sonrisa—, dado que tanto os gustan los caballos, ¿os apetecería ir a cabalgar mañana conmigo? Parece que el tiempo será ideal.

Cierto es que la franja de desierto que separa Ishmah de Kir Bashab —el oasis más grande de Ammara— será brutal. Pero una vez que estemos a cubierto en la densa arboleda, la temperatura será decididamente agradable.

El príncipe Balior sonríe como respuesta. Qué facciones tan agradables tiene. Si no estuviese tan distraída por la presencia ingrata del Viento del Sur, me habría dado cuenta antes.

—Será todo un honor, princesa Sarai.

Ante esto, mi sonrisa se ensancha, un poco demasiado quebradiza y un poco demasiado brillante.

—Basta de formalidades. —Miro al Viento del Sur y digo—: Llámame Sarai.

6

El alba incendia las arenas del desierto, pero la Ciudad Roja sigue dormida.

Llego pronto a las cuadras para ensillar los caballos. Las lámparas titilan en sus apliques y crean pequeñas olas de luz ambarina. Los caballos se remueven cuando paso a su lado y asoman la cabeza por los establos: Hoda, que tiene una marca con forma de estrella blanca en la cabeza de color arenoso; Khaleed, de pelaje negro como la brea. Aquí, entre las balas amontonadas de heno, yo solo soy Sarai, una mujer en las cuadras, con los caballos.

Zainab me saluda con un golpecito expectante en el hombro. Por supuesto, no he venido con las manos vacías. Le pongo por delante una manzana que llevo en el bolsillo. Se come la fruta con un crujido exuberante.

—Hola, querida —canturreo al tiempo que abro la puerta del establo—. Hace tiempo que no nos veíamos, ¿verdad?

Mucho tiempo. Desde la partida de Amir, las expectativas de padre han aumentado tanto que son imposibles de alcanzar. He de asistir a todos los eventos sociales, a todas las tediosas cenas políticas. He de responder con elegancia. He de recordar nombres, políticas, rangos, títulos. He de sonreír, siempre sonreír. Hacer preguntas. Estar feliz, anhelante, comprometida.

Siento un nudo doloroso en la garganta. Apoyo la frente en el musculoso cuello de la yegua y me esfuerzo por respirar. A veces me siento como si no fuera más que un adorno, algo pulido que debe reflejar la luz y atraer la vista durante un breve interludio.

La conversación de anoche regresa poco a poco a mí y me causa una creciente inquietud. No puedo librarme de la imagen de un bebé

en mi vientre. Si el príncipe Balior tiene las respuestas que buscamos, eso es lo que me aguarda en el futuro. Y si no…, habré malgastado mis últimos días atendiendo a la voluntad de otros.

Tardo más de lo normal en ensillar a Zainab. Ella piafa sin moverse del sitio, pues comprende que el peso de la silla significa una carrera larga y dura. No puedo culparla. Es lo que más le gusta. Ensillar las monturas suele ser responsabilidad de los mozos de cuadra, pero yo prefiero llevar a cabo la tarea por mí misma. Tengo muy poco control sobre mi vida. Me parece necesario encargarme personalmente de algunos asuntos.

Estoy cerrando la última hebilla cuando una repentina ráfaga de calor juguetea con las puntas de mi cabello. Una sensación que me provoca un hormigueo en la piel. Sin darme la vuelta, digo:

—Además de guardia, ¿también actuáis como chico de los recados de padre?

El heno cruje bajo los pesados pasos del Viento del Sur.

—No he venido a entregar ningún mensaje.

—¿Y a qué habéis venido?

Él no responde, así que me giro en su dirección. Zarcillos de cabello color ébano asoman por debajo de un turbante igualmente negro. Sus ojos destellan como escarabajos sobre piedra desértica recalentada, bajo unas gruesas y fuertes cejas. Después de todo este tiempo, sigue siendo el hombre —el dios— más guapo sobre el que se hayan posado mis ojos. El Señor de la Montaña debe de odiarme de verdad para poner semejantes pruebas en mi camino.

—Voy a acompañaros en vuestro paseo a caballo —dice.

Yo reprimo una réplica particularmente venenosa. Encantador. Absolutamente encantador.

—Si recordáis la conversación de anoche, ya sabréis que tendré una escolta en condiciones. El príncipe Balior se encargará de mi seguridad.

Le doy la espalda y aprieto más el correaje antes de ponerme a ensillar a Essam, un precioso caballo castaño de patas color carbón. Me sorprende que padre haya permitido que el príncipe cabalgue a

este animal, teniendo en cuenta su temperamento agresivo. Ni siquiera a mí se me permite montar en el preciado semental del rey Halim.

—Con el debido respeto —prosigue él—, el príncipe Balior es un desconocido. Hasta que vuestra unión como marido y mujer sea leg…

—O sea, hasta que me lo lleve a la cama, ¿no?

Un músculo se crispa en la mandíbula de Notos. Soy lo bastante mezquina como para considerarlo una victoria, aunque la sensación de triunfo va acompañada de la confusión que me provoca esta charla, porque hubo una época en la que la única persona a la que quería en mi cama era al inmortal que tengo frente a mí.

Con un esfuerzo admirable, vuelvo a centrar mi atención en Essam.

—Habrá tiempo de sobra para que el príncipe Balior y yo nos conozcamos mejor. Entiendo que no sois de este reino, pero estas son nuestras costumbres. Cortejo y compromiso. —Cosa que solo se puede romper si uno de los interesados renuncia—. Lo normal es un compromiso más largo, aunque los compromisos cortos como el mío tienen sus ventajas…

—Vos no estáis prometida —dice con voz entrecortada.

¿Y eso a él qué le importa?, me pregunto.

—Aún no —digo con una sonrisa.

El brillo en los ojos dorados del semental es la única advertencia que tengo antes de que se abalance sobre mí y lance un mordisco justo donde estaban mis dedos hace un instante.

—So, bestia, so —gruño.

Essam se aprieta contra la pared del establo, con lo cual me es imposible asegurar del todo la silla de montar. El Viento del Sur insiste:

—¿Cómo sois capaz de confiar en que las intenciones del príncipe sean nobles?

Un inconfundible filo vuelve brusco su tono de voz. Es algo tan desacostumbrado que me veo distraída de la tarea temporalmente y

no me fijo en Essam, que me da un mordisco en el codo. Lo aparto de un golpe de hombro. El semental se encabrita. La silla cae de su lomo. Unos pesados cascos se abalanzan sobre mi cara.

Una cálida ráfaga de aire me envuelve por la cintura y me propulsa contra un cuerpo duro. Notos suelta el aire, su aliento me acaricia la coronilla. Y de pronto me asalta el recuerdo: nuestras piernas desnudas enredadas entre pálidas sábanas, el ocaso en la ventana abierta en mis aposentos. La cabeza de Notos echada hacia atrás, su boca entreabierta, su gemido bajo y agónico atravesándome mientras yo jugaba entre sus piernas con manos y lengua y labios… hasta que se derramó en mi boca.

Trago saliva. Se me endurecen los pezones bajo el vestido.

Como si sintiese la reacción de mi cuerpo, Notos apoya una mano grande en mi cadera.

—Sarai —dice en voz baja e imposiblemente profunda.

Me aparto de golpe de su contacto y me alejo a trompicones hasta el otro lado del establo. He puesto mucho cuidado en evitar compartir espacio con la deidad que desechó mi corazón como si no fuese más que un trapo asqueroso. Me duele recordarlo todavía. Me duele que mi cuerpo lo recuerde.

No soy de piedra. Soy increíblemente consciente de la habilidad de este inmortal, de la amplitud de su pecho, de sus musculosos brazos. Ahora está aquí, ha vuelto entrar a la fuerza en mi vida, aunque no tengo la menor idea de por qué. Se marchó. Claramente, yo no fui suficiente como para que se quedara. Así pues, ¿por qué finge que le importo?

El Viento del Sur me estudia durante un largo instante y luego dice:

—En su día afirmaste que no querías casarte. ¿Por qué te casas ahora, después de tanto tiempo?

—No es asunto tuyo.

Y, sin embargo, Notos no retrocede. Más bien da un paso al frente y me empuja un poco más hacia el interior del establo. El seco aroma del desierto se aferra a su camisa.

—Te pliegas a los deseos de tu padre. No es eso lo que querías en la vida.

Tiene razón. Odio que tenga razón.

—El tiempo pasa. La gente cambia. No soy la chica ingenua que fui en su día. —Aprieto los dientes y me esfuerzo por contener la emoción que he reprimido a lo largo de los años, los pedazos de mí que he enterrado y que ansían liberarse—. Quizás no me conocías tan bien como pensabas.

Paso junto a él y agarro la silla caída en el suelo. Se la vuelvo a colocar en el lomo a Essam.

—Quizá —admite, y se gira hacia mí—. Pero, aun así, me cuesta creer que seas tan necia como para depositar tu confianza en un hombre a quien conoces desde hace pocos días.

—El príncipe Balior es digno de confianza.

—¿Estás segura de eso?

Algo en el tono del Viento del Sur me obliga a detenerme.

—Si el rey Halim afirma que el príncipe Balior es digno de confianza, así es. Confío en el juicio de padre. —Vacilo, y luego pregunto—: ¿Por qué fue al laberinto ayer?

Notos entrecierra los ojos con aire suspicaz.

—¿Cómo sabes que el príncipe pasó por el laberinto?

—Eso da igual —digo con voz entrecortada—. Aunque me di cuenta de que abandonaste tu puesto cuando llegué al patio.

Muevo a Essam hasta colocarlo contra la pared. Lo mantengo sujeto mientras intento afianzar las hebillas. El semental, sin embargo, es mucho más ancho que mi yegua. Me cuesta cerrar los broches.

—Deja que lo haga yo.

La mano cálida del Viento del Sur cubre la mía. Siento su palma callosa contra la piel. Debería retirarme, pero mi cuerpo traidor sigue reaccionando a su proximidad. Dioses, ¿qué me pasa?

Me aparto al instante y me giro para que Notos no se percate de mi respiración acelerada. Él acaba de ensillar a Essam con facilidad.

El animal ni siquiera intenta morderle, como si el firme y tierno contacto del inmortal lo calmase.

—¿Sabe padre que abandonaste tu puesto? —exijo saber—. Supongo que no debería sorprenderme teniendo en cuenta que lo que mejor se te da es desaparecer.

Notos se envara. El dolor oscurece sus ojos. Su expresión me destripa con una velocidad para la que no estoy preparada. No me basta con lanzar pullas ciegas con la esperanza de hacerle daño. Quiero herirlo del mismo modo que él me hirió a mí. Es lo justo. Justicia. Sin embargo, al ver su dolor, lo único que siento es una culpabilidad horrenda y cortante. He aquí la verdad: lo amaba, habría dado mi vida por él. Y entonces desapareció sin decir palabra, sin… nada.

—Comprendo que lo que hice hace años te dolió —dice con un susurro ronco—. Pero no sabes toda la verdad.

Me tiemblan los labios. Me cuesta hablar.

—¿Y cuál es la verdad?

El negro de sus ojos es una concha impenetrable.

—Preferiría explicártelo cuando tengas más control de tus emociones. Y preferiblemente, que no sea en las cuadras, donde cualquiera puede espiarnos.

Una sonrisilla mordaz asoma a mi boca.

—A mí eso me suena a excusa.

El Viento del Sur me mira con calma. Ni se acobarda ni cede. Siempre se mantiene en su sitio. Es la roca que corta el viento. Envidio esa habilidad suya.

—Me convocaron en otro lugar por orden del rey. Por eso no estaba en mi puesto el otro día. Si quieres decírselo a tu padre, tú misma. Pero no tiene sentido decirle al rey lo que ya sabe.

—¿Decirme qué?

Me giro. Flanqueado por cuatro hombres, el rey Halim se encuentra en la puerta de la cuadra. Toda su figura está desinflada, se marchita bajo este insufrible calor.

¿Debería confiar en la palabra del Viento del Sur o puede que no me lo haya contado todo? Ignoro la mirada de advertencia de Notos y digo:

—Ha habido un malentendido, padre. Al parecer, Notos cree que va a acompañarme en el paseo a caballo.

—Así es. —Al rey no parece importarle mi evidente inquietud—. Será tu carabina.

Carabina. ¿Acaso soy una niña?

—Creo que no entiendo por qué necesito una carabina además de escolta, padre. El príncipe Balior ya me va a acompañar, y he ido en muchas ocasiones a Kir Bashab, como ya sabes. Conozco bien los senderos.

—No te hagas la tonta, Sarai. No te pega. —Capto un olor dulzón que mana de la túnica de padre: el incienso que usa para librar a su cuerpo marchito de la enfermedad. Los días en los que se encuentra lo bastante bien como para salir de sus aposentos, el médico lo anima a dar paseos saludables. Por ese motivo, el rey suele visitar las cuadras—. Sabes tan bien como yo que los umbrandantes son cada vez más fuertes. No pienso correr riesgos.

—Y tú sabes tan bien como yo, padre, que los umbrandantes no suelen salir a plena luz del día —replico, aunque los últimos acontecimientos sugieren lo contrario.

—¿Por qué siempre tienes que discutir solo por discutir? —espeta—. Notos te va a acompañar, y se acabó la discusión.

Empieza a dirigirse a la salida. Yo debería estar acostumbrada a ver a padre retirarse, pero su figura tiene el inquietante poder de dejarme reducida al nivel de una niña aterrada porque se niega a quedarse.

—Llevas toda la vida apartándome a un lado. —A pesar de la rigidez de mi postura, de la terquedad que me tensa la mandíbula, me da vergüenza oír las grietas en mi voz—. Pero te comportas como si, de repente, fuese muy importante para ti.

Quiera o no quiera reconocerlo, padre recuerda mi relación con Notos claramente, porque, una vez que se hizo pública, quedó

demostrado lo poco que conocía a su propia hija. Me pregunto si esto será un castigo por haber actuado a sus espaldas cuando era más joven, por hacer caso a los deseos de mi corazón.

Despacio, el rey se gira hacia mí. Me duele contemplar su expresión.

—No sé qué te ha entrado últimamente, pero recuerda que todo lo que hago es para mantenerte a salvo. Se nos acaba el tiempo, Sarai. ¿Qué más esperas que haga?

Le lanzo una mirada de soslayo a Notos, que frunce el ceño con un desconcierto probablemente causado por la vaga afirmación del rey. Hay algo de cierto en lo que acaba de decir padre. Yo no estaría aquí de no ser por él. Lo arriesgó todo para salvarme cuando era un bebé recién nacido. Quizá me esté comportando como una desagradecida.

De pronto, el príncipe Balior aparece en el dintel. Trae el cabello peinado y la barba aceitada y recortada. El sol naciente se alza como una estrella roja sobre su hombro.

—Príncipe Balior, bienvenido seáis. —El rey Halim se acerca a él y le planta un beso en la mejilla—. Confío en que hayáis dormido bien.

—Así ha sido. —Me hace una reverencia—. Princesa Sarai.

Yo esbozo una débil sonrisa. De pronto me arrepiento de haber propuesto este plan por despecho hacia Notos, pues ahora me lo tengo que tragar.

—Príncipe Balior.

La mirada del príncipe vuela hacia el Viento del Sur y luego va a posarse una vez más sobre el rey.

—¿Puedo preguntar cómo se llaman las pastas que he recibido esta mañana para desayunar? Son deliciosas.

—Ah. —Una sonrisa desacostumbrada arruga el rostro de padre—. Son nuestras preciadas tartaletas de albaricoque. Le pediré al cocinero que os envíe una nueva remesa a vuestros aposentos en cuanto volváis.

Dicho esto, el rey se marcha y nosotros subimos en nuestras monturas. El príncipe Balior parece bastante cómodo a lomos del

semental, al cual dirige con mano firme. Notos, por su parte, ensilla a un ruano castrado. El príncipe contempla al Viento del Sur durante un rato incómodamente largo.

—¿Nos va a acompañar tu guardia?

Le dedico una sonrisa tensa.

—Por desgracia, sí.



A siete kilómetros de la capital, el paisaje cambia de piel. La arena da paso a la tierra endurecida, una roca chamuscada que tiembla bajo el aire sofocante a medida que se acercan las Montañas Ramil. En sus faldas, un anillo de sorprendente verdor interrumpe un paisaje monocromático, una densa espesura de recios árboles. Ishmah no es más que una mancha en la lejanía, un punto de color óxido sobre el fondo dorado de las dunas.

Tras dar un sorbo de mi odre de agua, meto el pequeño contenedor en la alforja de suministros atada a la silla de montar de Zainab. El sudor me empapa la parte interior de los brazos, aunque el ligero vestido de lino garantiza que no me dé un golpe de calor.

—¿Necesitas un descanso? —le pregunto al príncipe Balior, que cabalga junto a mí—. Algo más adelante hay sombra.

—No, no es necesario. —Va sentado a horcajadas sobre el ancho lomo del semental, con las riendas en una mano, sudando profusamente. El color ruboriza la piel pálida de sus mejillas—. Cuanto antes lleguemos a Kir Bashab, antes podremos regresar al palacio… para disfrutar de un refrescante vaso de té de menta.

Yo tuerzo la boca en una mueca sonriente.

—Me parece justo. —De lo que recuerdo de mis estudios, Um Salim está emplazada a mucha menos altura. Su ubicación costera proporciona una fresca brisa marina que en Ammara brilla por su ausencia—. No queda mucho —le digo a mi compañero de viaje—. Te aseguro que la excursión habrá valido la pena.

—Confío en que así sea. —Hace una pausa—. ¿Qué es esa formación en la lejanía?

Miro hacia donde señala. En lo alto de la cumbre plana de la montaña, una antigua estructura de piedra refleja la luz blanca del sol.

—Eso es el Monte Syr, el lugar más sagrado de Ammara.

Ese monumento, que se suele visitar durante el Festival Anual de la Lluvia, tiene un amplio pedestal y un enorme asiento de piedra que en su día pudo ser un trono.

—Ya veo. —Está claro que he avivado la curiosidad del príncipe Balior—. ¿Podríamos pasar a verlo un momento?

Yo me encojo. Normalmente me parecería bien, pero dudo que nuestra carabina permita ningún desvío no planeado.

—Por desgracia, no tenemos tiempo.

El príncipe frunce el ceño en señal de decepción. Una vez más, echa un vistazo al lugar sagrado antes de mirar hacia delante con un suspiro.

—El origen de muchas de nuestras creencias apunta a esos lugares sagrados. Hasta el laberinto es una maravilla, aunque tu guardia no me dejó acercarme el otro día, cuando fui a verlo.

—Te pido disculpas por ello. Es una medida de seguridad, pero estoy segura de que podremos hacer una excepción. —Le dedico una pequeña sonrisa—. Yo hablaré con padre.

El sudor sigue cayendo por la cara del príncipe Balior. Se lo limpia con la manga.

—No hay prisa. Si algún día he de gobernar Ammara a tu lado, todo lo que es tuyo acabará siendo mío. Ya habrá tiempo de explorarlo.

Me envaro ante esa elección de palabras. Todo lo que es mío *no* acabará siendo suyo. Lo compartiremos.

De repente, el príncipe baja la voz:

—Por cierto, ¿quién es? Me refiero a tu carabina.

Reprimo el impulso de mirar por encima del hombro, hacia el lugar donde está Notos, sentado a horcajadas sobre su montura.

—Es el Viento del Sur.

—Entonces, ¿es inmortal? ¿No los desterraron a él y a sus hermanos de la Ciudad de los Dioses?

Por supuesto que el príncipe Balior sabe quiénes son los Anemoi, los Cuatro Vientos. Dioses hermanos que poseen un enorme poder, un manantial siempre rebosante. Y además, el príncipe tiene razón: Ammara no es el hogar de Notos. Solo es el sitio adonde lo han desterrado.

El príncipe continúa:

—No sabía que era leal al rey Halim. —Una pequeña arruga aparece en su ceño.

Se hace el silencio entre los dos durante un rato. Yo me balanceo a un lado y a otro a medida que Zainab avanza por el camino polvoriento. Pequeñas piedras se deslizan bajo sus cascos. Al cabo, encuentro el valor para hablar:

—Te pido disculpas por la escena con mi padre hace un rato.

Él me dedica una sonrisa desconcertada.

—¿Qué escena?

Mi expresión se relaja un tanto. La vieja y conocida vergüenza se disuelve con más facilidad de lo normal. Este hombre es muy amable.

—Padre y yo no solemos estar de acuerdo. Piensa que necesito protección más allá de la capital.

—El rey Halim te ama. No se puede culpar a un padre por cuidar de su hija.

Sí, y mi mal comportamiento no le facilita en nada la vida.

Mientras avanza a lomos de Essam por una pequeña cuesta, el príncipe Balior dice:

—Los umbrandantes cada vez son más fuertes, ¿verdad? Tiene sentido que tema por tu seguridad.

Cuanto más se acerca mi día del nombre, más se aferra padre a mi vida. La mayor parte de los días no puedo ni respirar.

—Supongo que sí.

—Quizá yo pueda ayudar en algo.

Esto es lo que yo ansiaba tan desesperadamente. Una disposición, una puerta abierta. Los umbrandantes son una agrupación, sí, pero también sospecho que tienen algo que ver con mi maldición. Investigar su origen quizá sirva para descubrir pistas sobre mi destino. Sin embargo, he de andarme con cuidado, porque debo parecer ansiosa, pero no demasiado ansiosa; inquieta, pero no completamente consumida por la desesperación.

—Cualquier dato nuevo es bienvenido, príncipe Balior. Pero no querría yo cargarte con esa responsabilidad. —Bajo los ojos. Son tiempos desesperados. Soy muy capaz de usar mis encantos femeninos para manipular la situación—. Imagino que preferirías dedicar tiempo a explorar todo lo que Ishmah tiene que ofrecer. Nuestros templos son hermosos, al igual que los jardines públicos.

Algo tironea de mi vestido. Giro la cabeza, pero Notos está contemplando el infinito. Yo entrecierro los ojos. Estoy segura de que han sido sus vientos.

—No tengo objeción alguna a visitar los jardines —dice el príncipe—, pero me he traído todos los materiales de mi investigación, si te interesa echarles un vistazo. Quizá podría arrojar algo de luz sobre el problema de luchar contra esas criaturas. O, como mínimo, descubrir de dónde vienen y qué es lo que quieren.

—Estoy en deuda con tu generosidad, príncipe Balior. Gracias. Aunque había esperado que pudiéramos pasar algo de tiempo juntos sin carabina —confieso.

Él me lanza una mirada de soslayo mientras Essam tironea de la embocadura.

—¿Quién dice que no podemos?

Yo me enderezo en la silla de montar. ¿Rompiendo reglas, príncipe? Quizá hacemos mejor pareja de lo que yo pensaba.

—¿Qué tienes en mente?

—Tengo en mente que quizá podríamos encontrar un modo de darle esquinazo a tu carabina, si estás dispuesta.

Sí que lo estoy, de hecho. Reprimo una sonrisa y paseo la vista con cuidado por el terreno. Cuanto más ascendemos, más nubecillas

de polvo levantan los pesados cascos de los caballos. Por entre las grietas de la roca asoman matojos escasos y recios. Los acantilados pintan el horizonte: valles profundos, gargantas estrechas. No será fácil perder a Notos. Él observa, escucha, sabe.

—¿Ves ese desfiladero? —Señalo con el mentón hacia una formación rocosa y rojiza en la lejanía—. Es muy estrecho, solo puede pasar una persona a la vez. A mitad de camino, el sendero se divide. Ve por el de la derecha; te llevará hasta Kir Bashab. Yo alejaré a Notos y luego volveré contigo. Me conozco esta tierra como la palma de la mano, llevo la arena en la sangre.

El príncipe esboza una sonrisa decididamente traviesa.

—Esto va a ser divertido.

Notos sigue con la mirada nuestro descenso hacia el desfiladero. Es liso, de paredes rojas que se alzan impresionantes y ocultan casi todo el cielo en las alturas, excepto por una delgada franja azul. Notos pasea la vista entre el príncipe y yo, con los ojos entrecerrados para protegerse del duro resplandor del sol. No soy capaz de interpretar su expresión.

Tal y como le he indicado, el príncipe Balior va el primero. Yo hago como que estoy asegurando mis suministros para ganar algo de tiempo. Notos orienta su caballo hacia mí.

—No confío en él —murmura.

Otra vez.

—No lo conoces. —Me enjugo el sudor de la frente con un pañuelo.

—Y tú tampoco.

Aprieto los dedos en torno al cuero abrasador de las riendas. El calor es bienvenido en mi piel.

—Hablas de confianza, pero ni siquiera sabes qué significa esa palabra. ¿O acaso te olvidas de que en su día yo confié plenamente en ti?

Una emoción innombrable llamea en los pozos oscuros de sus ojos.

—Me gustaría explicártelo todo —dice en tono quedo— si tuviera la seguridad de que me ibas a escuchar.

Y de pronto, con absoluta facilidad, el pasado se convierte en presente.

—Tuviste todas las oportunidades que quisiste para decirme que te ibas de Ishmah hace muchos años, y no las aprovechaste. Ni siquiera me dijiste por qué te ibas. —Si me hubiera informado, yo podría haberme preparado. Si me hubiera dado un motivo, quizá me habría ahorrado parte del dolor—. ¿Fue por tu padre?

Si no recuerdo mal, Notos no tenía la mejor relación del mundo con su padre. Fue uno de los motivos por los que conecté tan rápido con él.

—Eso no es asunto tuyo —gruñe.

Una réplica me chisporrotea en la lengua, pero la reprimo y me la trago. Tiene razón. No es asunto mío. Pero me duele su reticencia a hablar conmigo. Giro a mi yegua y le clavo los talones para internarme en el cañón al galope.

Me inclino, pegada al cuello de Zainab, y sigo el *staccato* atronador de los cascos. El camino avanza, serpenteante. El sonido de Notos al seguirme reverbera contra las paredes del cañón. Es un jinete excelente, aunque su montura, más grande, no puede doblar los recodos con la misma velocidad que mi esbelta yegua. El camino se divide. Me interno por el de la izquierda, entre las pronunciadas curvas de la roca. Llego a una nueva bifurcación. Esta vez giro a la derecha y retrocedo hasta que el sendero desemboca en una extensa llanura. Atisbo al príncipe Balior en la lejanía, trotando hacia el bosquecillo que termina en el oasis. Me apresuro a seguirlo para darle alcance. Para cuando Notos salga del cañón, ya estaremos lejos de su vista, en las profundidades de la espesura.

Una niebla baja me besa la piel al entrar en la arboleda. Aminoro la marcha y echo la cabeza hacia atrás para asomarme a los agujeros entre el dosel de ramas, que motean el lugar de sol y sombra. Poco después llegamos al oasis. Sus asombrosas aguas claras están protegidas por gruesos muros de piedra.

Me echo a reír y bajo de la montura.

—Eso ha sido estupendo.

—Pues sí. —El príncipe Balior desmonta con una floritura. Tiene el pelo despeinado por el viento; le da un aspecto muy atractivo—. No estaba seguro de que fueras capaz de algo así.

Mi sonrisa flaquea. Ha sido un comentario inofensivo, pero el dolor que experimento es muy real.

—De niña era diferente. Tenía menos miedo.

—¿No nos pasa a todos?

Acaricio el hocico aterciopelado de Zainab antes de que esta se aleje para pastar. Essam bebe copiosamente del estanque quieto. De pronto, la mano del príncipe se apoya en la parte baja de mi espalda, y yo me pongo alerta. Me muevo para colocarme fuera de su alcance, de pronto cautelosa. En Ammara no se permite que ningún hombre toque a una mujer soltera. Y el príncipe está mucho más cerca de lo que resulta apropiado.

—¿Necesitas algo, príncipe Balior?

A mi espalda, el agua del oasis lame suavemente la orilla. Pero esta ausencia de viento resulta extrañamente espectral.

Él alza las manos con los dedos extendidos en gesto de inocencia. La confusión nubla su semblante.

—Solo quiero pasar tiempo contigo, Sarai.

—Pues tendrás que hacerlo a una distancia respetable.

—¿Respetable? —Se ríe como si yo acabase de hacer una deliciosa broma—. Diría que eso da igual teniendo en cuenta nuestro inminente matrimonio.

Esas palabras no me hacen gracia. Por supuesto, no todo el mundo en Ammara respeta la tradición —prueba de ello es mi relación pasada con Notos—, pero yo no le he dado al príncipe ninguna señal de que quiera contravenir las costumbres de mi gente ahora mismo.

—No te olvides de que, de momento, no estamos ni prometidos ni casados.

—Y sin embargo —esboza una sonrisa quizá demasiado afilada—, ¿qué importa un mes más o menos? Tu padre pretende anunciar el compromiso pronto, si no me equivoco. No resulta inaudito que los novios se toquen durante el cortejo, siempre y cuando se haga en privado.

—Un mes más o menos supone una gran diferencia —afirmo, negándome a ceder a su retorcida lógica.

El príncipe Balior me contempla. De pronto me doy cuenta de lo alto que es. Una espada cuelga de su cinto. Asumo que es diestro con el arma.

—No comprendo —dice, y da un paso al frente—. Suponía que querías burlar a tu carabina para que tuviéramos algo de intimidad.

—Y así es. —Retrocedo otro paso, más cerca del agua. Los largos peñascos que la rodean me bloquean la huida. Mi única opción es volver por donde hemos venido—. Pero no por ese motivo. ¿No quieres conversar sin que nos miren?

Él niega con la cabeza, como si mi obstinación le resultase divertida.

—Sarai —la curva de sus dedos sugiere el deseo de agarrarme posesivamente—, pronto nuestros reinos separados serán uno. ¿Por qué esperar? No hace falta que se entere nadie.

Hace años, me importaron poco las consecuencias de llevarme al Viento del Sur a la cama. Fue a Notos a quien le entregué mi virginidad. Si el príncipe Balior se entera de que soy impura, es enteramente posible que retire la oferta de matrimonio.

—No nos conocemos desde hace tanto —digo, esforzándome por calmar la alarma que se ha despertado en mi interior—, así que seré clara. Hasta que estemos casados, no pienso tocarte ni dejar que me toques. Podemos pasar el rato en compañía, eso es todo. Espero que respetes los deseos de tu prometida.

El príncipe suelta un resoplido desdeñoso.

—Has sido tú quien me ha pedido que pasemos tiempo solos. Has sido tú quien ha esquivado a su carabina. Prácticamente me *has suplicado* que te toque.

—¡Yo no he *suplicado* nada! —espeto.

—Tus ojos dicen lo contrario.

Cuando mis tacones rozan el borde del agua, una brisa fuerte rompe la superficie cristalina del oasis. El príncipe Balior está cerca de los caballos, bloqueando el camino. Lo más seguro es que reconozca la ventaja que le da esa posición, pues no hace el menor movimiento por cederme terreno.

—Apártate, príncipe Balior.

Su boca se tuerce en una expresión desagradable.

—Por supuesto. —Hace un gesto con el brazo con aire burlón—. Prometo que no te tocaré sin tu permiso.

No confío en la palabra de este hombre con quien he de casarme. Pero Zainab es mi única vía de escape. La yegua se remueve, alterada, al tiempo que el viento arrecia y comienza a aullar. El aire mismo chisporrotea, cargado de sensaciones. Essam se sobresalta y echa a galopar hacia los árboles. Yo alzo la vista a las alturas. Una repentina niebla cubre el cielo, que pasa de un brillante tono ambarino a una enfermiza palidez amarilla. Entonces, una gigantesca explosión sacude la tierra y, de pronto, el sol se oscurece.

7

Un inmenso embudo de viento atraviesa el cielo oscurecido y cae sobre la tierra. Golpea el suelo con un estruendoso rugido; una furibunda masa de aire, arena y escombros. A mi derecha, un árbol se desploma, arrancado de cuajo. Zainab retrocede antes de huir hacia la espesura.

Yo me libro de las agresivas ráfagas de viento que derriban árboles y agitan la tela de mis ropas. Entrecierro los ojos para protegerme de la arena y veo que una silueta borrosa se materializa detrás del ciclón. Es el Viento del Sur, aquel que manda sobre los calientes vientos del verano.

El remolino de escombros se divide y deja paso a Notos, que avanza entre el embudo de viento, ileso, aunque su turbante sale volando. Durante un brevísimo instante, sus ojos se cruzan con los míos. Aquí, ahora, comprendo que apenas se atisba la superficie de este dios sin edad. Qué necia he sido al suponer que conocía sus profundidades.

El aterrador vacío que alisa su expresión es del todo nuevo. Contiene un grado de rabia que yo jamás le había visto al Viento del Sur. Para mi vergüenza, siento el latido de un deseo nada bienvenido entre mis piernas.

El príncipe Balior suelta un grito y sale despedido por los aires, arrojado hacia el otro extremo del oasis. Se estrella contra la orilla opuesta y queda inmóvil. Demasiado inmóvil. Es la inmovilidad de los huesos rotos. El horror florece en mí. «Levántate.» Por los dioses, si Notos ha asesinado al príncipe…

Milagrosamente, Balior se estremece. Debería ir junto a él. A fin de cuentas, se trata de un huésped de honor, de mi prometido. Sin

embargo, su comportamiento de antes me ha dejado un sabor horrible en la boca. Me va a costar olvidarlo.

Así pues, lo miro. El príncipe Balior se pone en pie a duras penas y se tambalea. La sangre le gotea en la sien. Luego hay un destello de plata en medio del ondulante calor: el príncipe Balior ha desenvainado la espada.

Notos hace un gesto con la mano. Una ráfaga de viento arroja el arma a un lado. El príncipe Balior se bambolea, con la rabia pintada en las facciones, en la boca retorcida.

—¿Piensas esconderte detrás de tus poderes? —escupe. La furia le ruboriza las mejillas mientras rodea el oasis en dirección a su adversario—. ¿O piensas luchar conmigo de hombre a hombre?

Yo los miro de hito en hito y me pregunto si debería interferir o dejar que se hagan pedazos el uno al otro. No quiero que el príncipe Balior sufra ningún daño, pero es difícil descifrar las intenciones de Notos. Parte de mí se siente estimulada ante lo que podría suceder.

El Viento del Sur alza su profunda mirada.

—Yo no soy un hombre —dice en tono frío—. Soy un dios.

El príncipe Balior lanza el primer puñetazo. El Viento del Sur lo esquiva y le da un golpe bajo en el abdomen, que solo sirve para enfurecer más al príncipe. De nuevo, este lanza un puñetazo, enseñando los dientes. Notos lo agarra de la muñeca y lo obliga a girar en círculo para luego soltarlo y arrojarlo por los aires.

Balior aterriza en el suelo con un duro golpe. El Viento del Sur se acerca a él, con expresión atronadora y los ojos del color negro de los soles eclipsados. La fuerza de sus pasos agrieta el suelo bajo sus pies.

Se acerca aún más. Es más bajo que el príncipe, desde luego, pero más ancho, más recio, y no se amilana. El príncipe Balior alza una mano para protegerse de cualquier golpe que pueda caer sobre él. Sin embargo, Notos se limita a agarrarlo de la pechera de la camisa y ponerlo en pie de un tirón. Están cara a cara. Una parte pequeña y retorcida de mí disfruta al ver a Notos dar rienda suelta a

sus instintos más bajos. No me parece un depredador, pero, en este momento, no me cabe duda de que el príncipe Balior es su presa.

Por desgracia, estoy demasiado lejos como para oír lo que dicen. Sea lo que sea lo que esté diciendo Notos, la cara del príncipe adquiere el color de la ceniza. Notos lo sacude. El príncipe aprieta los dientes y asiente.

Tras arrojarlo de nuevo al suelo, el Viento del Sur regresa a mi lado. Tiene los hombros apretados y nudos de tensión bajo la piel.

—¿Te ha hecho daño? —pregunta. Yo lo contemplo, demasiado estupefacta como para digerir su preocupación—. Sarai —su grave gruñido me roza la piel como una caricia física. Da un paso al frente—, ¿te ha hecho daño?

Miro al príncipe, despatarrado como un trapo en el suelo agrietado.

—Estoy bien. —No estoy bien de ninguna de las maneras—. Aunque quizás deberías preguntarle al hombre a quien acabas de arrojar por los aires en mitad del desierto.

—A mí el príncipe me da igual. Quien me importa eres tú.

Ante eso no tengo palabras. Ni una.

No, eso no es verdad. Tengo unas cuantas, en realidad.

—Te has pasado de la raya.

En la lejanía, el príncipe Balior se pone en pie con esfuerzo. Se sacude el polvo de la ropa. Todas sus extremidades parecen funcionar. Yo debería sentir alivio, pero lo cierto es que no es el caso.

—No —dice Notos.

Su siguiente paso elimina la distancia que nos separa. Nuestros cuerpos prácticamente colisionan. Mi pecho roza el suyo. Inspiro, y el aire caliente y arremolinado del desierto me trae recuerdos de una época ya pasada. Si me inclinase apenas un pelo hacia delante, mi nariz le rozaría la mandíbula.

—Permíteme que sea absolutamente claro, Sarai. —Me mira a los ojos sin pestañear, y yo no me atrevo a apartar la vista por miedo a perderme esas emociones cambiantes que están formando algo

nuevo—. Si no estuviese seguro de que matar al príncipe implicaría una guerra total contra Ammara, lo habría hecho sin vacilar.

Su rabia me deja sin aliento.

—Oh.

Notos frunce el ceño y su mirada desciende hacia mi boca, que se entreabre por voluntad propia.

—No puedes casarte con él —dice.

Trago saliva con dificultad.

—¿Disculpa?

—Este hombre no respeta tus límites y amenaza tu seguridad. Su falta de decoro traería la desgracia a Ammara. —Me coloca un mechón de cabello detrás de la oreja, un gesto tan natural que no me doy cuenta de lo que ha hecho hasta que aparta la mano—. No es bueno para ti, Sarai. He visto el miedo claramente en tu rostro. Dime, ¿ese es el tipo de hombre con quien quieres unirte de por vida? ¿Y qué pasa con tu pueblo? ¿Y con tu reino?

Mi escudo está forjado de un hierro irrompible. No puede romperse, ni siquiera a causa del miedo a que Notos tenga razón, del miedo a que yo no la tenga.

—Te sigues pasando de la raya, Notos. Como puedes ver, estoy a salvo. —Señalo el entorno con un gesto. La tierra, el cielo, los altos árboles, y a mí misma. Sola, como siempre he estado—. He de ir a por los caballos y a por mi invitado. Padre me mandará decapitar si vuelvo sin ellos.



En el mismo momento en que entramos en el patio de las cuadras del palacio, el príncipe Balior desmonta. Su rostro es una mezcla de sudor, piel quemada por el sol y mugre que se acumula en las arrugas que rodean su boca. El polvo cubre el vívido tono cobalto de su camisa.

Padre se va a poner furioso.

¿Cómo será la venganza del príncipe Balior? ¿Exigirá reunirse con el rey? ¿Hará el equipaje y regresará a Um Salim? ¿Quedará anulado el cortejo antes siquiera de anunciarse?

—Ojalá pudiera decir que he disfrutado del viaje —dice el príncipe entre dientes al tiempo que le pasa las riendas a uno de los mozos de cuadra—, pero ambos sabemos que sería mentira.

«Lo siento», podría decir yo, pero ¿de verdad lo siento? Puede que no apruebe el ataque de Notos contra el príncipe Balior, pero mi prometido no respetó mis límites. De hecho, los vio como obstáculos que tenía que salvar.

Me apresuro a bajar de mi montura. Zainab aplasta el hocico contra el suelo en busca de trozos de hierba seca que asoman por entre las grietas en la piedra. Tras horas en la silla de montar, me duelen las piernas y apenas me queda paciencia. Aunque yo no acepte su comportamiento, el príncipe Balior resulta útil.

—En el nombre del rey Halim —digo—, quisiera ofrecerte mis más sinceras disculpas.

—¿Disculpas? —Una risa seca e incrédula resuena por el patio de las cuadras—. Discúlpame tú a mí, princesa Sarai, pero tus disculpas me dan igual. Lo que yo quiero es justicia —dice.

«Justicia.» La palabra rezuma crueldad.

—Comprendo —digo, con la esperanza de calmar su ira hirviente—. El Viento del Sur será castigado por esto. Tienes mi palabra.

El príncipe Balior lanza una mirada hostil en dirección a Notos, aunque el rubor de sus mejillas sugiere vergüenza por la rapidez con la que ha sido derrotado en el oasis. El Viento del Sur ha desmontado y está quitándole la montura a su caballo. Se mantiene en el perímetro del patio de las cuadras para darnos algo de intimidad. Sin embargo, su oído es más agudo que el de la mayoría de la gente.

—Si estuviéramos en Um Salim, tu carabina no habría regresado con vida a Ishmah. Pongo en duda la integridad del rey Halim si es capaz de admitir bajo su servicio a semejante animal salvaje.

Alzo la barbilla y estiro la espalda, con los pies bien plantados en el suelo frente al príncipe. Estoy preparada para lidiar con insultos personales, pero insultar al rey es inaceptable.

—Mi padre es el rey más glorioso que haya conocido Ammara —espeto—. Cuidado con lo que dices, príncipe Balior.

Él responde a mi mirada hostil con otra igual de feroz, aunque estoy casi segura de que bajo tanto aire ultrajado asoma un poco de miedo. A pocos pasos de distancia, sus guardias esperan sus órdenes. Por una vez, doy gracias por la presencia de Notos. Posee la fuerza de cien hombres. Ahora que el príncipe ha presenciado el poder del Viento del Sur, es poco probable que se arriesgue a atacar.

Al final, es el príncipe Balior quien aparta antes la mirada.

—¿De verdad quieres que esté aquí?

La pregunta me pilla tan descolocada que no respondo de inmediato.

—Por supuesto que sí.

¿Qué otra cosa puedo decir? La verdad no me alargará la vida ni salvará a mi reino.

—Sé ver cuando no se aprecia mi presencia. —Una vez más, mira a Notos—. El Viento del Sur estaba preparado para clavarme su hoja en el corazón. Me pregunto si es solo un guardia, tal y como afirmas tú, o algo más. No quiero compartir aquello que es mío.

«Mío.» Un hermoso pajarillo en una jaula. Me trago las palabras que me queman en la lengua.

—Te prometo —digo— que ahora no hay nada entre nosotros.

—Acabas de decir «ahora». ¿Significa eso que en su día sí que hubo algo entre vosotros?

No quisiera mentir. Las mentiras trazan una red demasiado compleja. Pero me temo que la verdad aleje al príncipe Balior y sus investigaciones, que regrese a Um Salim.

—Por favor. —Me duele pronunciar esas palabras, pero las pronuncio igualmente—. Ha sido una mañana muy difícil y no quiero este tipo de malentendidos en nuestras negociaciones. Los criados

te prepararán un baño. Te sentirás mejor una vez que te hayas lavado y hayas descansado. Entonces podremos hablar.

La irritación le arruga el semblante, pero asiente y se marcha del patio de las cuadras. Sus guardias lo acompañan al ala de invitados. Le paso las riendas de Zainab a un mozo y yo también me giro hacia el palacio. Me muero de ganas de darme un baño caliente y disfrutar de un poco de paz.

—Sarai —me llama Notos.

Me recuerdo quién soy: la princesa Sarai Al-Khatib de Ammara. Mi tiempo no es una obligación.

Tal y como esperaba, sus pesados pasos me siguen, recios, pero con una inesperada celeridad que imita al viento. A mi izquierda, el laberinto destella con un tono blanco alabastro. Pequeñas grietas recorren sus muros erosionados. Me fijo momentáneamente en la entrada y me detengo, contemplando el símbolo arremolinado que hay tallado en la puerta.

«Hola, Sarai. ¿Te apetece adentrarte en la oscuridad?»

Notos me agarra de la muñeca.

—No lo toques —me advierte.

Vuelvo en mí con un sobresalto. De algún modo, ahora estoy justo delante de la antigua entrada velada. Un seco escalofrío late frente a mis dedos extendidos.

Los primeros hilos de inquietud me envuelven. No recuerdo haberme acercado. No recuerdo haber extendido la mano. La voz que ha invadido mi mente se ha desvanecido.

Me libero del agarre de Notos y sigo caminando hacia el palacio. Paso junto a uno de los jardines y disfruto del fresco aroma a jazmín que flota en el aire como una invitación. Instantes después, Notos me sale al paso y bloquea mi camino. Sus mejillas endurecidas por el viento están sonrojadas. Todavía no se ha buscado otro turbante después del incidente en el oasis. Me encuentro escrutándole el rostro, el pesado contorno de la mandíbula, la inclinación de la frente. No es justo que esta estampa que tanto desprecio se presente ante mí con semejante esplendor.

—¿Piensas ignorarme durante el resto del día? —pregunta Notos.

Yo enarco una ceja. Está completamente rabioso. ¿Qué dice de mí que me resulte mucho más atractivo con esta muestra de emoción?

—Durante el resto del día y durante todos los días siguientes, hasta que te marches de mi vida.

Lo esquivo limpiamente y giro un recodo que da a un atajo hasta mis aposentos. Los pasos de Notos me siguen.

—¿Te tocó en el oasis?

Me detengo en medio del pasillo. Me late el pulso desbocado en el cuello.

—Y si me tocó, ¿qué? —Me giro despacio hasta mirarlo—. ¿A ti qué te importa?

El Viento del Sur vacila y se me acerca un paso. La altura de sus hombros eclipsa la luz del sol que entra por las ventanas altas y circulares.

—Quizá sí que me importa. ¿No se te había ocurrido?

Por supuesto que se me ha ocurrido. Y justo ese es el problema. Estoy a punto de responder cuando un movimiento al fondo del pasillo atrae mi atención. Un grupo de mujeres nobles holgazanea cerca de una de las estatuas de mármol, las cabezas inclinadas en plena conversación. Se me encoge el estómago. Reconozco de inmediato a Dalia.

—Aquí no —murmuro—. Hablemos en algún lugar privado donde no nos vayan a espiar.

Notos mira hacia el lugar donde está Dalia, que agita los dedos en nuestra dirección. Recorre al Viento del Sur con una mirada ávida que aviva mis deseos de sacarle los ojos. Por suerte, Notos me sigue sin pregunta alguna. Da zancadas más largas para mantenerme el paso.

—¿Y bien? —dice en cuanto estamos suficientemente lejos de ellas.

—Y bien, ¿qué? —espeto yo.

—No has respondido a mi pregunta. ¿Te tocó?

Niego con la cabeza con gesto frustrado. Como si le hicieran falta más motivos para atacar al príncipe. Pero bueno, responder con sinceridad se me antoja una derrota.

—No, no me tocó —gruño más maliciosamente de lo que pretendía—. ¿Quieres dejarlo ya?

—Solo intento protegerte, pero no puedo hacerlo si no me permites acercarme a ti.

—Ya te permití acercarte en su día —digo con voz estrangulada. Las palabras son como esquirlas de cristal en mi garganta—. Jamás volveré a cometer ese error.

Me giro para alejarme, pero el Viento del Sur se coloca delante de mí y me agarra del brazo.

—Para. Haz el favor…, para.

Su mano es tan grande que me cubre por completo la parte superior del brazo. Y aun así, su roce es suave. Siempre lo ha sido. Yo bajo la mirada, atraída por un destello de oro en su muñeca. Todo en mi interior se queda petrificado.

—¿Qué es eso?

Él intenta retirar la mano, pero le subo la larga manga de la camisa para revelar un delicado brazalete de oro forjado con forma de flecha. Se abre un abismo en mi interior. Un abismo que ruge y espanta todo pensamiento racional. Yo también tengo un brazalete de forma idéntica, pero hecho de plomo. Notos se los compró a un artesano hace años. Me regaló el mío en mi decimonoveno cumpleaños. Dos flechas, porque yo le había atravesado el corazón y él había atravesado el mío.

—¿Por qué llevas esto? —susurro con voz temblorosa. Mis ojos se alzan hacia los suyos—. Explícate.

De pronto alerta, Notos traga saliva. Se lleva una mano al cuello con expresión dolorida.

—Nunca me lo he quitado.

Eso no puede ser.

—Estás mintiendo.

—No estoy mintiendo. —Me aparto de él con un respingo, incapaz de soportar lo que implica que haya seguido llevando todos estos años este símbolo del amor que compartimos—. Sarai…

—Basta. No quiero hablar de esto.

—Intento hacer lo mejor para ti —dice él entre dientes—, para tu padre, para tu reino. ¿Qué más quieres de mí?

La soga se cierra en torno a mi cuello con demasiada facilidad. Lo cierto es que no tengo ninguna respuesta para él. ¿Qué es lo que quiero? Esto no. Esto nunca.

—Nada —siseo—. De ti no quiero nada.

Giro en redondo y echo a andar por el corredor. Mis pasos resuenan sobre las baldosas. El resoplido despechado de Notos llega hasta mí.

—¿Y soy yo el que está mintiendo?

Me detengo. Padre habría seguido andando, pues no es el tipo de persona que necesita decir la última palabra. Pero yo no soy padre, pienso amargamente. Me giro, con una mirada que tiene la potencia de un millar de soles del desierto. Y sin embargo, cuando mi mirada se posa en Notos, las llamas se apagan al instante, pues reconozco el pesar que anida en esos ojos negros. Es un reflejo del mío propio.

—Te conozco, Sarai —murmura—. Sé reconocer cuándo estás dolida, cuándo estás asustada, cuándo estás tan desesperada que sientes que no existes. No deseo causarte más dolor del que ya te he provocado, pero el hecho es que estaré aquí hasta que Ishmah quede libre de umbrandantes. No sé cuánto tiempo hará falta. ¿Podríamos por lo menos intentar hablar de lo que pasó entre nosotros?

Mi rencor disminuye y disminuye hasta convertirse en un trozo de carbón que arde al rojo. Si pudiera, me arrancaría el corazón del cuerpo y caminaría por la tierra sin su insufrible peso. Pero si he de discutir mis emociones destrozadas con el Viento del Sur, me temo que acabaría haciéndome pedazos, incapaz de encontrar la fuerza para mantenerme entera. Hay días en los que lo único que me ancla es la ira que llevo por dentro.

—No, no podemos —digo.

Él parece dolido, pero se marcha sin poner objeciones. Doy las gracias por ello. Qué alivio supone este corredor vacío. No hay guardias que me vean derrumbarme contra la pared, con los ojos cerrados y el cuerpo tembloroso a causa de una mezcla de rabia, confusión y autodesprecio. Han pasado cinco años, pero ha bastado un puñado de acusaciones a la cara para bajar mis defensas.

—¿Una riña entre amantes?

Alzo la vista con un sobresalto y veo al príncipe Balior. Con los brazos cruzados, se apoya en la pared. Va vestido con una túnica gris limpia y tiene el pelo húmedo tras el baño. Le dedico una mirada penetrante.

—Espiar es de mala educación.

El príncipe parece adecuadamente avergonzado.

—Estos pasillos no favorecen exactamente la intimidad. Sonabas muy dolida.

—Pues como puedes ver, me encuentro bien, solo cansada por el paseo de esta mañana. —Y necesito desesperadamente un baño—. ¿Tú has descansado?

—Sí, gracias. —Me recorre lentamente con la mirada de la cabeza a los pies—. Parece que no te llevas bien con el Viento del Sur.

Me restriego las manos contra el vestido.

—Tenías razón antes: el Viento del Sur y yo compartimos un pasado. Lo conocí siendo joven, una época en la que casi creí que estaba enamorada de él.

—Ya veo. —Me dedica una mirada firme—. ¿Y ahora?

Doy un paso al frente y me coloco una sonrisa en la cara, si bien algo hostil.

—Príncipe Balior, si eres tan observador como creo que eres, sabrás ya que lo único que siento por el Viento del Sur es repugnancia. Has venido a pedir mi mano en matrimonio, y espero que pronto estemos prometidos. ¿Te apetecería discutir los detalles de nuestras nupcias inminentes con un té?

Él ensancha la sonrisa, totalmente triunfante.

—Sarai —dice—, pensaba que nunca me lo pedirías.



—Necesito tu ayuda.

Roshar lanza una mirada de reojo hacia el diván de terciopelo azul en el que estoy repantigada. Al parecer, este diván le ha costado el sueldo de todo un mes. El precio es totalmente absurdo, pero admitiré que es el sillón más cómodo en el que me he sentado en mi vida.

—Por supuesto que necesitas mi ayuda, querida. —Aparta el pañuelo con el que se ha estado puliendo los anillos—. ¿Qué necesitas de Roshar?

Yo doy un tironcito de un hilo suelto de uno de los cojines.

—Se te da bien conversar con hombres.

—¿Bien? Sarai, de verdad. A ti se te da bien. A mí se me da de maravilla.

Bueno, eso no se lo puedo discutir.

—Voy a cenar con el príncipe Balior esta noche. ¿Sobre qué tipo de temas podríamos conversar? Si nos vamos a casar dentro de un mes, imagino que deberíamos poder hablar de algo más aparte de política.

—¿Un hombre de buena posición social como el príncipe Balior? No debería ser difícil. —Con los labios apretados, Roshar alza una mano y contempla el reflejo de sus relucientes anillos en la pared—. Dile que te gusta su pelo. Dile que huele muy bien. Dile que es muy fuerte, brillante, fascinante y listo. Inflarle el ego a un hombre es la mejor manera de ganarte sus favores.

Muy bien, pero yo no quiero los favores del príncipe. Quiero que nuestra unión sea justa, honesta, respetuosa, alentadora. Soy consciente de que lo estoy engañando, pero frente a mi muerte inminente, no puedo permitirme hacerle caso a mi conciencia.

—¿Qué me dices de aficiones y pasatiempos? —pregunta Roshar.

¿Aficiones? Hace mucho que abandoné la música. Me parece una tarea inútil ahora que mi muerte está a la vuelta de la esquina. Ah, claro, podría enseñarle al príncipe Balior mi diario lleno de números, esta obsesión que tengo con llevar la cuenta atrás hasta mi muerte. Eso sí que sería un error.

—No tengo ninguna afición.

—¿Qué me dices de… montar a caballo? —añade con aire travieso.

Yo le dedico una mirada de ojos entrecerrados.

—Escupe lo que estás pensando, Roshar.

—He oído que el príncipe y tú tuvisteis una cita esta mañana… y que Notos te hizo de carabina.

—¿Quién te lo ha contado?

—No te preocupes por mis fuentes. ¿Qué tal fue?

Una fina brisa sopla por la ventana abierta. Suspiro y me restriego los ojos. La inquietud que sentía antes no ha disminuido, pero en vista de lo chismoso que es Roshar, prefiero no echar más leña al fuego contándole el comportamiento inadecuado del príncipe Balior. Será mejor saltarme esa parte.

—Puede que Notos haya… atacado al príncipe.

Roshar se queda boquiabierto durante un latido, y luego otro. Al cabo, cierra la boca de golpe.

—¿Crees que está celoso?

—¿Del príncipe Balior?

—Piénsalo —insiste, y se inclina hacia delante—. Te vas a casar con un príncipe de otro reino, pero, si mal no recuerdo, en su día esperabas que Notos pidiese tu mano en matrimonio.

Siento una punzada muy cerca del corazón. Roshar no se equivoca. Yo nunca había querido casarme… Hasta que llegó Notos. Entonces quise atar mi vida de todas las maneras posibles al Viento del Sur. Pero Notos es inmortal. No me parecía justo prometerle la eternidad teniendo en cuenta que yo solo iba a vivir veinticinco años. A día de hoy sigue sin saber mi secreto.

En cuanto a los celos…, puede que sea mezquino por mi parte, pero quiero que el Viento del Sur se muera de celos. Que me demuestre que no soy tan olvidable como me ha hecho creer. Sin embargo, lo único que recibo de él son recordatorios de su deber hacia padre.

—No deja de decir que se limita a cumplir con su obligación de mantenerme a salvo. Además, fue él quien se marchó.

Roshar se encoge. Él estaba conmigo cuando me enteré de que el Viento del Sur se había marchado sin siquiera despedirse. Roshar recogió mis pedazos rotos y los recompuso como mejor pudo. De no ser por Roshar, me temo que jamás habría salido del pozo oscuro en el que caí. Jamás podré pagárselo del todo.

—Tienes razón —dice con un gesto despectivo de la mano—. ¿Por qué estamos hablando de Notos cuando tienes a un hombre delicioso que quiere casarse contigo? Háblame más de este príncipe tuyo.



Algo más tarde, ya de noche, llego a los aposentos del príncipe Balior. Diez soldados vigilan su puerta. Más de los que padre coloca en la suya propia, aunque supongo que no se puede escatimar en precauciones cuando se está en una nación enemiga.

La puerta se abre antes de que yo pueda llamar. El príncipe Balior asoma, vestido con una túnica que le llega a las rodillas y pantalones marrones. Va descalzo.

—Princesa Sarai. —Inclina la cabeza a modo de saludo. Sorprendentemente, no me dedica ningún cumplido dulce. No puedo culparlo teniendo en cuenta lo que ha sucedido en el desierto.

—Príncipe Balior.

Paso a su lado y tomo asiento en el salón. El príncipe ocupa un sillón junto al mío. Dos de los hombres del rey Halim se unen a los centinelas de fuera. Técnicamente, como mujer soltera, no se me

permite entrar en sus aposentos sin compañía. Sin embargo, mis guardias saben que no les conviene ir por ahí contándolo.

Entre los dos sillones hay una mesita baja con un juego de tazas de té. El príncipe vierte el líquido hirviente en una taza de cobre.

—¿Azúcar? —pregunta.

—No, gracias.

Me pasa la taza y se echa azúcar en la suya. La cucharilla repiquetea contra el borde de metal. El príncipe suelta un profundo suspiro y se echa hacia atrás, té en mano, para mirarme con ojos oscurecidos por el remordimiento.

—Me gustaría disculparme por mi comportamiento de hoy. Ha sido inaceptable. Me avergüenza haberte incomodado. Te prometo que no volverá a suceder.

Yo doy un sorbo a mi taza. Las hojas de menta dejan en el té un sabor amargo.

—Gracias por la disculpa. —¿De verdad puedo creerme que siente remordimiento? Quizá—. El calor puede volver loca a cualquier persona cuerda.

—A algunos más que a otros.

El cambio de tono indica que no se refiere a sí mismo, sino al Viento del Sur. Despacio, bajo la taza y la deposito en la mesa. Una sensación de temor lleva todo el día cerniéndose sobre mi cabeza. Es hora de hablar de ello.

—Me siento absolutamente humillada por lo que pasó en Kir Bashab —digo—. Si lo deseas, iré a hablar con padre del tema y discutiremos qué medidas tomar. Tenías razón. ¿Qué ejemplo estamos dando al permitir semejantes actos de violencia? Tiene que haber consecuencias, incluso para el Viento del Sur.

Inesperadamente, mis palabras no parecen gustarle al príncipe. Hace unas horas se mostraba contundente, agresivo, pétreo. Ahora está relajado, laxo, tranquilo.

—Lo he pensado mejor y me he dado cuenta de que quizá me dejé llevar antes —replica—. No puedo culpar al Viento del Sur por

proteger a una mujer, sobre todo si piensa que esa mujer está en peligro.

Yo enarco las cejas de pura sorpresa.

—Un cambio muy drástico de opinión —digo, aunque experimento un resquicio de alivio al saber que no quiere castigar a su adversario.

—Si, bueno… Notos vino a verme antes y se disculpó. Hemos llegado a un entendimiento. —Da un lento sorbo, un movimiento que capta toda mi atención—. No creo que vaya a haber mala sangre entre nosotros.

—Oh. —Parpadeo, estupefacta. Eso está… bien. Pero entonces, ¿por qué me siento tan inquieta?—. Bueno, me alegro de oír que se ha resuelto el tema. Pero quiero insistir en lo que te dije antes. Entre el Viento del Sur y yo no hay nada. Hace mucho tiempo que no lo hay.

—Me alegra saberlo —dice, con una breve sonrisa—. Cuando nos casemos, no habrá más hombre en tu vida que yo.

Me mira durante tanto tiempo que me siento incómoda. No es una amenaza, aunque decididamente suena como si lo fuera. Me pongo en pie y me acerco a la ventana para alejarme un momento de su atención. Piedra roja tallada bajo un manto violeta: el ocaso en Ishmah.

—¿Puedo preguntarte algo? —Me giro y contemplo al hombre con quien me voy a casar. Él me contempla a su vez, con una intensidad desacostumbrada, las piernas cruzadas. Me hormiguea la piel bajo su escrutinio.

—Claro, lo que sea —dice.

—¿Qué esperas conseguir de esta alianza? —Hago un gesto hacia el desierto más allá del cristal aún caliente—. En conjunto, Ammara es mucho más pequeña que Um Salim. Y nuestra riqueza, aunque grande, depende del comercio continuo por la Ruta de la Especia, que ha disminuido en los últimos años por culpa de la sequía. Si sigue sin llover, me temo que mi reino se enfrentará a una

hambruna. A todas luces, nuestro matrimonio será una desventaja para ti.

El príncipe frunce el ceño al tiempo que se sirve otra taza de té. Añade una cucharada de azúcar y se oye un suave clinc al agitar el líquido.

—Admitiré que, cuando el rey Halim me propuso por primera vez la posibilidad de concertar un matrimonio, rechacé la oferta. —Deja la cucharilla y da un sorbo, mirándome directamente—. Tienes razón. Una unión con Ammara supone una desventaja para Um Salim, sobre todo teniendo en cuenta que nuestras cosechas no son siempre abundantes y que más bocas que alimentar supondrán más presión sobre nuestra agricultura. Sin embargo, la vida no siempre consiste en obtener ventaja económica. —Con todo el cuidado de un niño que maneja un objeto de cristal, el príncipe deposita la taza en la mesa—. Si te parece bien, me gustaría contarte una historia.

Estoy bastante intrigada, pues me encantan las historias.

—Adelante.

—Cuando era niño, acompañé a mi padre a Ishmah. En aquella época, nuestro pueblo sufría. Una tormenta de arena había diezmado la región; las cosechas de todo el año se habían echado a perder. Nuestra única opción era acudir al rey Halim en busca de ayuda.

»Pasamos muchos días en este palacio, en estas mismas estancias. En ocasiones, las discusiones se alargaban hasta bien entrada la noche. Sin embargo, al acabar nuestra visita, el rey Halim accedió a prestar a Um Salim tanto oro como el reino pudiera necesitar en un año. Usamos ese oro para reconstruir nuestras ciudades y aldeas. Jamás he olvidado ese favor. —Inclina la cabeza hacia delante y se contempla los dedos entrelazados, con el ceño fruncido—. Me preguntas qué espero ganar de esta alianza. —Alza su mirada hacia la mía—. Espero construir un mundo más generoso y próspero.

Este razonamiento me resulta tranquilizador. Yo también creo en ese tipo de generosidad.

—Eso es admirable, príncipe Balior. Gracias por contármelo. —Hay un silencio—. Durante el paseo de esta mañana mencionaste que podíamos discutir… ciertos asuntos.

—Ah. —Sonríe—. ¿Cómo he podido olvidarme? —El príncipe hace un gesto hacia su escritorio, donde hay una pila de libros en precario equilibrio—. Tras hacer cierta investigación preliminar —dice—, he encontrado menciones a bestias sombrías en un selecto número de textos. Por lo que he podido averiguar, esas bestias absorben, o, mejor dicho, *extraen* el alma de los seres vivos. ¿Correcto?

Un escalofrío me recorre por entero.

—Sí, básicamente sí.

—¿Y no sabéis de dónde vienen?

—No.

Él se rasca la barba.

—¿Sabes por qué atrapó vuestro Señor de la Montaña a la bestia en el laberinto?

Pues no, la verdad es que no lo sé.

—¿Por qué lo preguntas?

—Según mi investigación, es posible que la bestia provenga del mismo reino que los umbrandantes. O, al menos, de un reino adyacente. Algunas fuentes indican que, en su día, la bestia ni siquiera era una bestia, sino un inmortal que fue obligado a someterse al poder del laberinto. Si descubriésemos por qué fue encarcelada la bestia, quizá podríamos arrojar algo de luz sobre el asunto. —El príncipe Balior tamborilea con un dedo sobre la pila de libros, y luego niega con la cabeza con aire lastimoso—. Diría que te estoy aburriendo con mis observaciones.

—En absoluto —le aseguro. A estas alturas, cualquier idea es bienvenida, por peregrina que sea.

Él esboza una sonrisa de gratitud, como si no fuera la primera vez que se encuentra con un público no muy interesado. Desde luego, sé cómo se siente.

—Piensa en lo siguiente: si es cierto que el poder del laberinto convierte a sus prisioneros en bestias, es asumible que la bestia

regrese a su forma previa cuando sea liberada de la prisión. ¿Cierto?

No puedo evitar que me asome una sonrisa a los labios. El príncipe está más animado de lo que lo he visto hasta ahora.

—Cierto.

—Y si la bestia proviene del mismo reino que los umbrandantes, ¿podría ser que supiese cómo erradicar a esas criaturas, o al menos cómo devolverlas a su reino natal?

Se me descuelga la boca durante un instante. Me apresuro a cerrarla.

—Excelente pregunta, príncipe Balior.

Eso me da bastante en que pensar. ¿Y si la bestia está conectada de alguna manera con mi maldición? Al descubrir más sobre el laberinto, quizá sea posible liberarme de lo que me aqueja.

Mientras el príncipe Balior busca más información en sus libros, yo echo un vistazo al material que hay en el escritorio. Me detengo al ver un libro fino entre diversos registros.

Debe de ser tan antiguo como la propia Ammara; apenas es una tela hecha jirones y cubierta de mugre. Las páginas son tan quebradizas que me temo que se desintegren al tocarlas.

Lo que capta mi atención, sin embargo, es el símbolo en la cubierta del libro. Es un círculo cerrado, como una concha, superpuesto a un pequeño triángulo. La punta de mi dedo recorre el borde de hierro del símbolo, aunque no recuerdo haber movido la mano. A medida que paso el dedo por encima, mi concentración desaparece. El metal caliente se vuelve tan frío que quema.

«Sarai.»

Aparto de golpe la mano y recupero de pronto el control de mí misma. Calor. El sol en mi cara. Estoy al lado de una ventana, aunque no recuerdo haberme acercado. El laberinto, blanco como el hueso, descansa en el patio ahí abajo. Miro por encima del hombro y veo al príncipe Balior encorvado sobre sus textos, con el rostro contraído en gesto de concentración. Mi atención vuelve a centrarse en el libro que descansa sobre mi vientre, que se encoge de inquietud. Este símbolo… lo he visto antes. Y entonces me doy

cuenta: el símbolo arremolinado de la cubierta del libro del príncipe Balior es el mismo que está grabado en la puerta del laberinto.

8

«Sarai. Se acerca la hora. Puedo concederte aquello que buscas.»

Me enderezo de un salto en la cama y miro por la habitación. En la chimenea solo quedan ascuas encendidas, vetas rojas que brillan bajo la ceniza gris.

Mi mente es agua turbia. Por más frenéticamente que tantee entre el fango de mi mente, no recuerdo qué es lo que me ha despertado. Me echo hacia atrás y cierro los ojos, pero el sueño me esquiva. Hace demasiado calor…, me quito las mantas. Hace demasiado frío…, cubro mi cuerpo tembloroso con la gruesa manta de lana. Mis pensamientos giran y giran en una espiral negra. Cuando el alba rompe la dura cáscara del mundo, no he pegado ojo desde hace horas.

Por desgracia, no tengo el privilegio de poder quedarme en la cama hasta organizar mis pensamientos. Me acerco a la ventana y me asomo al patio, donde está el laberinto, una mancha oscurecida bajo la luz perlada del alba.

Ayer por la noche vi que el príncipe Balior volvía a pasar por el laberinto. Desde la seguridad de la ventana de mi dormitorio, lo contemplé ahí plantado ante la puerta durante una eternidad, asomado al otro lado del velo entenebrecido. Al cabo, Balior regresó al palacio. Ya ha pasado dos veces por el laberinto desde que llegó a la ciudad hace una semana. A pesar de mis deseos de seguir comentando sus investigaciones, vacilo, pues me temo que mi desesperación revele la razón oculta que me impulsa a querer saber más. Por otro lado, la espera es dolorosa. Han pasado siete días y el príncipe no me ha dado más datos sobre el laberinto ni sobre la bestia que lo habita. ¿Por qué no habría yo de investigar por mí

misma ahora que se dónde he de mirar? Solo hay un lugar que, creo, podría proporcionarme la información que necesito.

Me visto a toda prisa y desciendo las escaleras hasta la planta de abajo. Unas baldosas hexagonales adornan las paredes y las pintan con tonos turquesa, azul claro y aguamarina. Al final del corredor hay dos puertas gemelas de roble.

La biblioteca de Ishmah es el legado de mi madre. En su interior descansan sus restos, su recuerdo está envuelto en pergamino quebradizo y polvo. Según padre, mi madre adoraba la palabra escrita y les leía a mis hermanos todas las noches. Tras su muerte, toda el ala sur fue reconstruida hasta formar lo que ahora es el mayor depósito de saber que ha conocido el reino.

La estructura de tres plantas es un espectáculo de madera pulida, tapices y latón deslustrado. Una enorme chimenea se alza en la cámara principal. Hay varios sillones que ofrecen un asiento cómodo para los visitantes. En este momento hay algunos investigadores en las mesas que se hallan cerca de la pared opuesta, analizando registros antiguos. Durante la última época de cultivo nos llegaron ciertas tablillas de arcilla de un reino lejano cuya capital está dominada por una enorme torre.

A mi izquierda, un hombre con anteojos, vestido con una túnica escarlata, repasa una pila de pergaminos tras un largo mostrador. Encima de ese mostrador hay un letrero que dice: «Mientras haya conocimiento, hay luz». Me acerco al archivista jefe.

—Que el Señor de la Montaña te ilumine —digo a modo de saludo.

Él se sobresalta; sus ojos se desorbitan cómicamente tras los anteojos.

—¡Alteza! Caramba, qué sorpresa. ¿Necesitáis algo de intimidad? —Contempla la estancia por encima de mi hombro. Probablemente se fija en las numerosas miradas de curiosidad—. Puedo pedirle a todo el mundo que se vaya si así lo deseáis.

—Eso no será necesario, pero sí que necesito tu ayuda… —bajo la voz— y tu discreción.

Él se envara y deja el pergamino a un lado.

—Ya veo. —Baja la voz al mismo nivel que yo—. ¿Cómo puedo ayudaros?

Dos hombres vestidos con túnicas amarillas —aprendices de archivista— reúnen una pila de documentos del mostrador y se retiran a la sección de colecciones especiales, en los anaqueles traseros. Es entonces cuando me doy cuenta de que se ha hecho el silencio en la biblioteca. No hay rumor de pergaminos ni delicados murmullos. Me giro y les clavo la mirada a quienes intentan espiarnos, que retoman sus lecturas de inmediato.

—Hace poco me crucé con un símbolo que no conozco. Me gustaría encontrar más información al respecto —le murmuro al archivista jefe—. ¿Me dejas un trozo de pergamino?

Él me tiende lo que le he pedido, junto con una pluma y un tintero. Dibujo el círculo arremolinado, y las cejas del archivista se alzan con gesto preocupado.

—¿Este es el símbolo que habéis visto? ¿Estáis segura?

—Sí. ¿Qué significa?

—Bueno, es el símbolo de nuestro Señor de la Montaña.

Ya veo. Tiene sentido, habida cuenta de que fue el Señor de la Montaña quien mandó construir el laberinto.

—¿Qué más puedes contarme sobre el símbolo?

El archivista recorre el círculo lentamente con la punta de los dedos.

—Por desgracia, no mucho. Se supone que estos remolinos representan el poder sobre la tormenta. Se cree que este pequeño triángulo simboliza el Monte Syr. —Frunce el ceño—. Ojalá pudiera contaros más.

Es más de lo que esperaba y menos de lo que soñaba conseguir.

—No pasa nada. Aun así, me gustaría investigar algo más sobre el laberinto. Supongo que tendrás documentos al respecto.

El archivista jefe se estira del todo detrás del mostrador.

—Tal y como le dije ayer mismo al príncipe Balior, alteza, todos los textos que tienen que ver con el laberinto son de uso restringido.

—¿Uso restringido? —La inquietud se adueña de mí—. ¿Y quién puede consultarlos?

—El rey Halim.

No parece propio de padre. Siempre ha apoyado sin reservas el conocimiento y el aprendizaje.

—Imagino que mi posición social me permite saltarme esa restricción.

El archivista se enjuga la frente con un pañuelo.

—Ojalá fuera así. —El pañuelo desaparece en su puño cerrado—. El decreto fue firmado por el mismísimo rey. Solo quien autorizó el documento puede tener acceso.

Echo un vistazo por el corredor tenuemente iluminado por donde los aprendices de archivista desaparecieron hace unos minutos. Padre no censuraría ningún tipo de información a menos que supusiese una amenaza para el reino.

—¿Es ahí donde se guardan los documentos restringidos?

—No puedo decíroslo, alteza. —No necesito más confirmación. Rodeo el mostrador y me dirijo a zancadas hacia los anaqueles traseros—. Alteza…

Paso a su lado. Cuanto más me alejo del atrio central, más estrechas se vuelven las estanterías. El aire se hace más frío, y la luz, más tenue.

—¿Dónde están esos documentos? ¿Aquí?

Intento abrir una de las puertas. En cuanto mi mano roza el pomo de latón, el metal se hiela. Aparto la mano con un siseo de dolor.

—Alteza, por favor. —El hombre se interpone entre la puerta y yo al tiempo que intenta subirse las gafas por la nariz sudada—. Os suplico que no intentéis entrar en ninguna habitación sin tener el permiso del rey.

Yo sigo tratando de procesar lo que acaba de ocurrir.

—¿Qué hechicería es esta? —pregunto, señalando la puerta.

El archivista jefe abre la boca y emite un pequeño sonido de inquietud.

—¿A qué os referís con hechicería? No os comprendo.

—El pomo de la puerta. Está tan frío como el hielo.

—¿Qué?

—Tócalo —insisto.

Él vacila, pero luego agarra con firmeza el pomo de latón, con la boca torcida en gesto de confusión.

—Disculpadme, alteza, pero a mí me parece que el pomo está perfectamente normal.

¿Cómo es posible? Vuelvo a alargar la mano para tocarlo, pero en cuanto mi piel roza el metal, todo el pomo se congela. Un latido después, la desagradable sensación me obliga a apartarme.

—Todas las puertas están cerradas con llave —insiste el archivista con evidente agitación—. No se pueden abrir sin el permiso del rey Halim. Yo lo solicitaría encantado para vos, pero teniendo en cuenta su enfermedad…

—¿Perdona? —Entrecierro los ojos—. ¿Qué sabes tú de su enfermedad?

El archivista no es capaz de mantenerme la mirada mucho tiempo.

—Solo que está enfermo y que descansa en sus aposentos.

Ni siquiera los consejeros de padre están al corriente de su menguante salud. Por eso ha mandado que Amir regrese de su luna de miel antes de lo esperado.

—¿Y cómo te has enterado?

—Los criados del palacio hablan. —Traga saliva y se sube las gafas con mano temblorosa—. No quiero perder mi puesto, alteza.

Yo agacho la cabeza. Qué sencillo me resultaría exigir que me deje entrar. Pero este hombre es un ciudadano de Ishmah, y yo, como princesa, soy su emisaria. Mi puesto acarrea ciertas obligaciones de las que no puedo escapar ni que tampoco puedo cambiar o desechar.

—Mis disculpas —le susurro al archivista jefe.

Acto seguido, giro en redondo y me alejo de los anaqueles traseros. Salgo de la biblioteca. No quiero que se preocupe por si me da por contravenir el decreto del rey. Y menos si hay gente en la

biblioteca. Tendré que volver a una hora en la que nadie pueda presenciar el allanamiento.



Más tarde, cuando el cielo está compuesto de franjas de seda negra, enciendo un candil. Al otro lado de la ventana de mi dormitorio, las estrellas salpican el horizonte como sal derramada, brillantes y plenas. Me pongo una fina túnica por encima del camisón, me lo ciño con un cinturón y abro con cuidado la puerta, sosteniendo el candil por encima de mi cabeza. Una luz anaranjada tiñe el pasillo. Todo está vacío, tal y como había esperado.

El camino más rápido hasta la biblioteca pasa por el corredor del este. Por desgracia, eso implica pasar por delante de los aposentos de padre, y ni se me ocurriría ir por ahí. Así pues, me encuentro recorriendo a toda prisa pasadizos más oscuros, aplastándome contra huecos sombríos para evitar que me vean. El aire está helado; flota en él un dulce aroma a jazmín. Soy una mujer sola entre altas columnas de piedra.

Dos hombres custodian la entrada de la biblioteca. Por suerte, parecen estar dormidos. Por supuesto, en cualquier otro momento, algo así sería completamente inaceptable teniendo en cuenta que su trabajo es…, bueno, vigilar la puerta. Aun así, no pienso quejarme. Contengo la respiración y paso de puntillas entre ellos. Abro la puerta con cuidado. La madera emite un suave chirrido, pero los hombres no se despiertan. Entro sin que ninguno se percate de mi presencia.

Rodeo el mostrador frontal y me dirijo a las estanterías que albergan las colecciones especiales. No me molesto en buscar entre los anaqueles. Si los documentos sobre el laberinto están restringidos, se encontrarán guardados a buen recaudo bajo llave.

Tal y como hice antes, intento abrir la puerta que hay entre dos estanterías. En cuanto rozo el pomo de latón, este me quema la piel. Aparto la mano, frustrada. No lo comprendo. ¿Por qué no puedo

abrir la puerta? ¿Y por qué el pomo le pareció perfectamente normal al archivista?

A mi izquierda hay un pasadizo aparte, estrecho y carente de estanterías. Salpican las paredes varias puertas distribuidas a intervalos regulares. Siete en total, todas con pomos de latón. Intento abrir las dos primeras y compruebo que están cerradas con llave y que el metal se congela al tocarlo.

Me interno más en el pasadizo. Mis sandalias arañan el suelo; los tablones de madera dan paso a piedra agrietada. Aquí el techo está más bajo. Intento abrir las puertas tres, cuatro y cinco. Cerradas con llave. Cuando voy a probar con la sexta, oigo un chasquido a mi espalda. Giro en redondo y alzo el candil hacia la oscuridad.

—¿Hola? —Una ráfaga de aire helado sopla desde las profundidades del corredor. Trago saliva y retrocedo un paso—. ¿Notos?

Mi voz reverbera débilmente, sin respuesta.

«Cálmate», me digo. Sin embargo, mi corazón se ha lanzado a un galope que no puedo controlar. El corredor parece cernirse a mi alrededor, cada vez más estrecho. Las paredes de piedra se comban hacia mí. Durante un instante, estoy segura de que las sombras se mueven y cambian de forma.

Aprieto con más fuerza el candil. Solo queda una puerta. A esta distancia apenas puedo atisbar el pomo curvo de latón pulido. Sea lo que sea lo que padre sabe del laberinto, no ha querido que yo me entere. Ni yo ni nadie. Razón de más para continuar.

Sin embargo, esta última puerta no es como las otras. El pomo se calienta muchísimo al tocarlo, hasta extremos incómodos. Con un leve empujón, la puerta se abre fluidamente. Los goznes no emiten ningún sonido. Al otro lado reina la oscuridad, o eso me parece. Alzo más el candil, que ilumina los largos anaqueles de una estantería. Escaso y sin ventanas, el espacio del interior alberga un escritorio repleto de libros abiertos y pergaminos desenrollados sobre el que arde una solitaria vela.

Contemplo la débil llama titilante, que emite un singular resplandor en medio de un charco caliente de cera. La vela lleva algún tiempo ya encendida. Y sin embargo, no hay huellas apreciables en el suelo, cubierto de una capa tan gruesa de polvo que solo puedo suponer que nadie ha entrado en este espacio desde hace siglos. Pero entonces, la pregunta es quién ha encendido esa vela.

Se me eriza el vello de los brazos. Si tuviese un mínimo de sentido común, me marcharía y no regresaría jamás aquí. En este lugar hay algo oscuro, algo que no quiere que lo encuentre. Mis instintos batallan contra el deseo de descubrir secretos antiguos. ¿Qué es lo que padre esconde aquí?

En cuanto cruzo el umbral, la vela se apaga. Está tan oscuro que mi candil apenas penetra en estas tinieblas densas como la sangre. Empiezo a repasar los documentos, aunque no sé bien qué es lo que estoy buscando. Hay tomos escritos en idiomas desconocidos. Otros contienen gráficos y mapas. Desato un lazo rojo que cierra un gran pergamino y repaso la letra elegante con la que está escrito. No hay mención alguna del laberinto, ni de los umbrandantes ni de la bestia. Lo dejo a un lado y elijo otro libro aleatoriamente. ¿Es un viejo diario? Lo abro por la primera página y empiezo a leer.

Al reflexionar sobre mi existencia, soy cruelmente consciente de mi propia naturaleza atroz. Y, sin embargo, mientras deambulo por los pasillos de mi prisión, siento que estoy cambiando. Mis dedos se vuelven rígidos; mis hombros, más anchos. Se me encorva la espalda y mis brazos cuelgan a poca distancia del suelo. Voy a escribir ahora mi historia, antes de olvidar quién fui en su día.

Verás, nada de esto fue culpa de mi madre, sino de su marido. El egoísta rey Minos despreció la generosidad del dios del mar al no sacrificar al toro blanco como la nieve que le fue concedido. Cuando el dios del mar se enteró de que no se le había hecho ningún

sacrificio, buscó la ayuda de nuestra querida diosa del amor. Para castigar al rey Minos, la diosa del amor sometió a la reina —mi madre— a un potente encantamiento. Cuando la reina posó la vista sobre el toro divino, se enamoró de la bestia. Y así fui yo concebido.

Fui despreciado desde que nací. La progenie de una mujer y un toro. Bestia, monstruo, animal. Estaba claro que aquel no era mi lugar. Y, sin embargo, nadie me trató peor que el autoproclamado Señor de la Montaña. Fue él quien decidió que yo era una amenaza para todo lo divino. Fue él quien exigió que me desterrasen de la Ciudad de los Dioses.

Pero el Señor de la Montaña tenía un secreto propio. Se le daba muy bien ocultarlo, aunque ¿quién osaría ponerlo en duda? Yo sabía de los horrores que se habían cometido contra él. Quizá, al mirarme, el Señor de la Montaña vio reflejada en mí su propia naturaleza degenerada y sintió vergüenza.

El Señor de la Montaña es el culpable de que yo me encuentre aprisionado en esta jaula, sin haber cometido delito alguno. Él, que decidió que una bestia como yo no podía caminar entre sus dioses inmaculados e inocentes, hizo un pacto con un patético rey mortal y le exigió que construyera una prisión de infinitos muros de piedra en la que encerrarme. Lo cierto es que no sé si llegaré a escapar jamás del laberinto. Ya he aprendido a no albergar esperanzas. Pero, si de algún modo llega hasta ti esta súplica escrita, te pido por favor que vengas a rescatarme.

Si me ayudas, te concederé aquello que deseas.

9

«Si me ayudas, te concederé aquello que deseas.»

Me tiemblan los dedos sobre el diario mientras contemplo boquiabierta la tinta que mancha el fino pergamino. Una vez por década se sacrifican siete hombres a la bestia. El rey Halim afirma que ese es el único modo de apaciguar a la criatura que mora en el laberinto. Pero ¿y si la bestia no desea devorar a esos hombres? ¿Y si lo que quiere es escapar, vengarse de quienes la aprisionaron?

Cuanto más reflexiono sobre ello, más injusta me parece la situación. La bestia tiene razón. ¿Por qué debería ser castigada por existir? ¿Por qué no fue castigado el rey, que no sacrificó al toro divino? ¿Por qué no fue castigado el Señor de la Montaña?

Hago una pausa y releo a toda prisa el último párrafo. «Patético rey mortal.»

Se me hiela la sangre.

No está hablando del rey que no sacrificó al toro. El rey con quien hizo un pacto el Señor de la Montaña para construir el laberinto, un pacto sellado para salvar la vida de su hija enferma, fue el rey Halim. Si la bestia escapa, bien podría ir a por padre por el papel que desempeñó en su encarcelamiento. No puedo permitir que algo así suceda.

Tan centrada estoy en repasar la pila de libros que no me doy cuenta de que la temperatura ha descendido hasta que me empiezan a castañetear los dientes. Un bajo y leve siseo reverbera desde una cámara lejana. Giro en redondo y enarbolo el candil como si fuera un arma.

—¿Hola?

Una oleada de frío recorre la estancia. Como si fuese una bruma nauseabunda, apesta a descomposición. Se me pone de punta hasta el último vello del cuerpo. Me quedo petrificada, plantada en medio de este suelo de piedra. Algo me roza la nuca, y me giro de golpe, balanceando el candil para estrellarlo contra lo que sea que me haya tocado.

Detrás de mí no hay nada.

Me late tan rápido el corazón que su ritmo se convierte en un apagado zumbido. Es hora de marcharse. Sin duda es hora de marcharse.

Sin embargo, no sé si voy a poder volver aquí; y estos registros son demasiado valiosos. Así pues, los recojo entre los brazos tan rápidamente como me lo permiten mis temblorosas manos. Vuelvo a oír ese siseo escurridizo, como uñas arañando la piedra: está más cerca, al otro lado del umbral.

Dejo aparte los tomos más pesados y recojo tantos libros de menor tamaño como me caben entre los brazos, aunque tengan siglos de antigüedad. Acto seguido, agarro el candil y voy a toda prisa hacia la puerta. Me asomo al pasillo, que está oscurecido por completo, sumido en unas tinieblas tan densas que me ocultan hasta las manos. Entrecierro los ojos y me esfuerzo por captar algún movimiento. Y entonces, el candil se apaga.

La oscuridad inunda mi visión. Estoy enterrada aquí dentro.

Mis dedos se crispan alrededor del mango del candil. No soy una guerrera. Soy violinista, no tengo pericia alguna en combate. Sé correr, sé encogerme, sé esconderme… y poco más. Sea lo que sea lo que se agazapa en las tinieblas, es de gran tamaño. Lo sé por el modo en que el aire se desplaza a oleadas, como si una figura enorme se moviese. No me atrevo ni a respirar. Con el corazón al galope, retrocedo hasta el interior de la habitación y, despacio, muy despacio, cierro la puerta.

Un miedo vidrioso nubla mis pensamientos. Soy un cuerpo hecho de pánico y huesos, movido por el instinto. Mis dedos buscan un cerrojo en la puerta, pero no encuentran nada. El pomo está oxidado

casi por completo; no es probable que aguante si algo intenta entrar a la fuerza.

Sigo retrocediendo, guiándome por el tacto. Rodeo el escritorio y es ahora cuando entiendo lo estúpida que ha sido esta misión. Nadie sabe dónde estoy. Mis pensamientos dan vueltas y más vueltas en espiral y amplifican mi histeria hasta que tengo un momento de lucidez tan brutal que me veo momentáneamente liberada del miedo: el candil. Se ha apagado, pero debe de haber una forma de volver a encender el pabilo.

Con cuidado, coloco los libros robados sobre el escritorio y empiezo a abrir cajones. El suelo vibra con el inconfundible ritmo de algo que se desplaza a cuatro patas. Me tiembla la mandíbula al oír el arañazo de unas garras contra la piedra. Con manos temblorosas, agarro lo que parece ser yesca y pedernal. Tras dos, tres, cuatro chasquidos, el pabilo del candil prende. La luz espanta las sombras…, pero también atrae la atención de la criatura.

Hay unos arañazos en la parte inferior de la puerta; una única garra que recorre su superficie. La peste a descomposición es más fuerte y viene acompañada de un ápice de humo de leña. Yo agarro los libros al tiempo que algo pesado empuja la puerta. La madera se comba a causa de la presión, con un quejido. Yo me encojo tras el escritorio. Me castañetean los dientes y mi mirada recorre la habitación de esquina a esquina. No hay nada. No hay ninguna ventana ni modo de escapar, y ahora…

La puerta se hace pedazos. Algo entra en tromba; una maraña de extremidades alargadas, huesos protuberantes y sombras líquidas en un cuerpo que parece haber sido destrozado y vuelto a recomponer de cualquier manera. Sus numerosos colmillos asoman, enormes, y rezuman un fluido negro.

Es un umbrandante.

Tengo la boca tan seca como la arena del desierto. ¿Cómo ha podido un umbrandante entrar en la capital? Las puertas de la ciudad, cubiertas de runas protectoras, se cierran antes del ocaso.

La cabeza de la bestia latiguea hacia mí. Yo grito y retrocedo, esquivando por poco el chasquido de sus fauces. Se me caen los libros al suelo. Agarro uno de ellos, el que ha caído cerca, y me lo aprieto contra el pecho —una pequeña esperanza que quizá me proporcione más información sobre el laberinto— antes de echar a correr hacia el lado opuesto de la sala. Dos pasos después, el umbrandante se adelanta y me corta la huida.

Giro en redondo y me agacho para evitar sus mandíbulas. Regreso a gatas hasta el escritorio, la única barrera cercana. La criatura es enorme. Abrumadora. Apenas tengo tiempo de arrojarme a un lado cuando me ataca. El umbrandante vuelca el escritorio y estampa el hocico contra la pared. Yo me enderezo y echo a correr hacia la puerta.

Giro a la izquierda en dirección al atrio principal. No me había dado cuenta de lo mucho que me había alejado de las colecciones especiales, pues el estrecho pasadizo se alarga y se alarga, una franja infinita de sombras. Mi candil oscila enloquecido en una mano; en la otra sostengo el libro. Un rugido furioso sacude el aire. Entonces introduzco sin darme cuenta el pie en una grieta del suelo y tropiezo. Sigo avanzando a trompicones, con una punzada de dolor en el tobillo. Oigo otro estruendo a mi espalda, en la oscuridad. Ya viene.

Estoy apenas a unos pasos de los anaqueles traseros cuando me envuelve un potente hedor. Dejo el candil y me obligo a correr más rápido; el dolor del tobillo es un recuerdo lejano. Girar a la derecha me llevará hasta el atrio principal, a la salida de la biblioteca. Sin embargo, el umbrandante está a pocos pasos de distancia. Si sigo hacia la cámara principal, la criatura me hará pedazos antes de que pueda ponerme a salvo. Tengo que darle esquinazo entre las estanterías.

Viro a la izquierda. La bestia, demasiado voluminosa como para hacer giros tan bruscos, se estampa contra la pared. Cae arcilla del techo, y yo corro a toda prisa por el pasillo ensombrecido. Relucientes pergaminos encuadernados pasan a toda velocidad, al

tiempo que se suceden los golpes sordos de sus pasos a mi espalda, acompañados por un quejido de madera. Las estanterías a mi derecha se tambalean.

Llego al final del pasillo. Una esquina; el peor lugar imaginable. Me asomo al recodo y veo que la bestia me busca, husmea en el aire intentando captar mi aroma. Espero a que gire la cabeza y me interno a toda prisa por otro pasillo. Si me desplazo con cuidado y en silencio, quizá pueda despistar lo suficiente al umbrandante como para llegar al mostrador principal.

Pongo tanta distancia con la bestia como puedo y, a continuación, me agacho tras una estantería que alberga pergaminos con registros históricos de Ishmah. Los umbrandantes tienen un gran sentido del olfato, no así de la vista ni del oído. Eso juega a mi favor.

Con el libro robado aún apretado contra el pecho, saco un sujetalibros de un anaquel y doblo un recodo, con el oído atento para captar hasta el más mínimo sonido. Está ahí…, a pocas filas de distancia. Sigue husmeando el aire, cada vez más fuerte. Contengo el aliento y arrojo el sujetalibros con todas mis fuerzas en dirección contraria al mostrador de la entrada.

La criatura emite un chillido y se abalanza hacia el lugar donde se estrella el sujetalibros. Yo me agacho tras otra estantería para que no se dé cuenta de que me pongo en movimiento. De no ser por las pequeñas ventanas recortadas en el techo abovedado, me estaría desplazando a ciegas.

La bestia no me encuentra, así que vuelve al lugar donde estaba antes y choca contra una estantería. Yo veo desde lejos cómo oscila. Entonces se me ocurre una idea, y decido cuál va a ser mi siguiente movimiento. Si consigo atraer al umbrandante hasta el extremo de las estanterías, podría volcarlas unas sobre otras y atrapar a la bestia bajo su peso, al menos el tiempo suficiente como para huir de la biblioteca.

Por desgracia, me encuentro en el lado contrario de las estanterías. Para atraer a la bestia voy a tener que darle algo que pueda perseguir, lo cual implica que deberé correr más rápido de lo

que tarden las estanterías en derrumbarse. Encontrar el momento adecuado va a ser esencial.

En cuanto me estrello contra la estantería con suficiente fuerza como para volcarla, el umbrandante me ve. Echo a correr pasillo abajo, guiando a la bestia hacia su ruina.

La estantería choca contra la siguiente, que también se vuelca. Se crea un efecto dominó: textos viejos y documentos con siglos de antigüedad caen al suelo convertidos en trozos de pergamino y polvo. Cuando llego a la penúltima hilera, estoy a punto de derrumbarme yo también. La última estantería cae al tiempo que yo hago acopio de las energías que me quedan para mantener la velocidad. Sin embargo, no soy lo bastante rápida. Mis dedos agarran la estantería y la inercia me detiene en seco, tan rápido que pierdo pie y caigo redonda al suelo.

Retrocedo a gatas segundos antes de que la estantería me aplaste. El umbrandante me ataca, rápido como una avispa. Yo grito y retrocedo hasta encajarme en el pequeño espacio que ha dejado la estantería derrumbada sobre la adyacente.

—¡Sarai!

Un sollozo de alivio me brota del pecho. Mis uñas arañan la piedra al impulsarme entre pergaminos, mapas y tomos. El umbrandante, a pasos de distancia, está destruyendo todo a su paso al buscarme. El pergamino se rasga tan fácilmente como hojas resecas. Yo no me detengo. Cada libro caído es un obstáculo que salvar.

—¡Notos! —exclamo como respuesta.

—¿Dónde estás?

Con los dientes apretados, intento sobreponerme a una oleada de agotamiento. Su voz está demasiado lejos. Respiro entrecortadamente, con la garganta inflamada. Me falta el aliento para responder. El plan ha fallado, y yo he bloqueado mi única salida.

—¡Estoy en los anaqueles traseros! —grito—. ¡Ven, rápido!

El umbrandante está demasiado ocupado destrozando las estanterías como para darse cuenta de que salgo a gatas por el otro

lado del pasillo. Llego a una puerta entreabierta y me abalanzo sobre ella. La cruzo, me agacho y aguanto la respiración.

La criatura emerge de las estanterías como salida directamente de mis pesadillas. Dos pozos negros en lugar de ojos, una cola dentada y rematada por un aguijón. De entre sus largos y aserrados colmillos gotea saliva.

No sé de dónde provienen estos umbrandantes, pero estoy segura de que es un lugar de oscuridad, el abismo de algún tipo de infierno demoníaco. La bestia se inclina hacia delante y alza el hocico. Yo la contemplo por una rendija en la puerta. Cuando matan a sus víctimas, les absorben el alma por la boca. «Estoy hecha de mármol», pienso. «Estoy hecha de piedra.»

Hasta mis pensamientos se han quedado petrificados por miedo a atraer la atención de la bestia. El umbrandante acerca el hocico a la rendija de la puerta y suelta un aliento repugnante.

Una ráfaga de viento destroza una estantería cercana. Vuelan pergaminos amarillentos en todas direcciones. El umbrandante gira en redondo y suelta un furioso rugido gutural.

Mi vista se ha acostumbrado lo suficiente a la penumbra como para atisbar una ancha silueta que aparece al otro lado de la estancia. Me flojean las piernas de puro alivio. De no estar apoyada contra la pared, caería al suelo convertida en un charquito. Un ciclón recorre la estancia; Notos desenvaina la espada y avanza hasta un rayo de luz de luna. Sus ojos son un fuego negrísimo; su rostro, nubes de tormenta. Es una deidad capaz de arrasar ciudades, exterminar ejércitos, condenar reinos enteros. Es el Viento del Sur, aquel que manda sobre los vientos del verano. Esta noche se derramará sangre.

Notos lanza un tajo a poca altura con la espada, y una fina hoja de aire puro atraviesa la estancia. El umbrandante la esquiva y se pone fuera de su alcance; se sube a una de las estanterías. Al llegar a lo alto, se lanza sobre Notos, que lo arroja a un lado con una potente ráfaga de viento. El umbrandante se estrella contra la pared. Una nube de polvo impregna el aire. El Viento del Sur envuelve

todos los escombros en un embudo de aire y obliga a la criatura a internarse entre dos estrechas estanterías. Incluso a esta distancia puedo sentir el calor de ese viento seco.

Notos lanza un tajo. Falla. El umbrandante lo ataca, pero él lo esquiva pulcramente y lo apuñala en los cuartos traseros. Yo me encojo al oír el rugido que brota de su boca. El poder de Notos no será suficiente. La única forma de matar a un umbrandante es con sal, o bien decapitándolo, o atravesando su corazón. El umbrandante parece saberlo e intenta mantener la distancia. Le lanza otro furibundo ataque: tres enormes uñas le abren sendos tajos en el muslo. Yo me muerdo el labio, preocupada. Sin embargo, comprendo que eso era justo lo que quería el Viento del Sur: colocarse en una posición vulnerable, avivar la sed de sangre del umbrandante, asegurarse de que sus ganas de consumirle el alma lo llevarán a cometer un desliz.

La bestia le rasga los brazos, los hombros, la espalda. La sangre mancha la tela de su túnica. El Viento del Sur no flaquea ni se frena. Aguanta los golpes mientras el frenesí se apodera de la criatura. El hedor a sangre resulta abrumador.

«No puede morir», me recuerdo a mí misma. Sin embargo, sí que puede acabar gravemente herido, tullido incluso. El umbrandante vuelve a atacar, y Notos maniobra hasta arrinconarlo en una esquina. Usa sus vientos para doblar las patas a la bestia, que ruge y chasquea las fauces. Notos se acerca, con la cimitarra alzada.

—Vuelve a las sombras a las que perteneces, bestia.

La espada desciende, con un intenso brillo de plata, como una estrella caída. El acero hiende el cráneo de la criatura, tan fácilmente como si fuera de agua. Notos le separa la cabeza del cuerpo, y el umbrandante se derrumba, convertido en un guiñapo de carne podrida. Y entonces, por fin, silencio.

Yo sigo incapaz de respirar. El Viento del Sur se lleva una mano a la cara. Una mano temblorosa, si no me equivoco.

—¿Sarai? —Se gira despacio, escrutando las estanterías derrumbadas. La luz de la luna ilumina capas de polvo que convierte

en nieve recién caída. Con la respiración alterada, Notos se acerca al desastre que es la biblioteca—. ¡Sarai!

Inspiro hondo y salgo de detrás de la puerta.

—Estoy aquí.

Notos se gira hacia mí. El miedo ha alterado tan profundamente a sus facciones que ha conseguido lo imposible: que parezca más viejo. Yo tiemblo tanto que me ceden las rodillas. Él me agarra con un juramento amortiguado, me aprieta contra su pecho y me rodea con los brazos tan fuerte que casi parece una extensión de mi mismo ser. Nuestros corazones laten al unísono: melodía y contrapunto. Poco a poco, la calidez de su cuerpo derrite mis extremidades rígidas y heladas.

—Sarai. —Le tiembla todo el cuerpo, y sin embargo, arrebujada entre sus brazos, jamás me he sentido tan segura como ahora—. ¿Estás herida?

Niego con la cabeza, la cara aplastada contra su pecho sudoroso. No puedo hablar. El Viento del Sur agacha la cabeza, su nariz me acaricia el cabello. Es muy recio, ni se doblega ni se rompe. Yo le agarro la túnica. No lo suelto.

—¿Cómo sabías que estaba aquí? —pregunto.

—Algunos guardias me son leales. Uno de ellos oyó que preguntabas ayer cómo se podía acceder a los documentos restringidos. Supuse que volverías. Coloqué centinelas frente a la biblioteca; me informaron en cuanto entraste. Luego te oí gritar… —Le falla la voz. Habla con un tono lo bastante vulnerable como para transmitir todo lo que siente, aunque sea incapaz de pronunciarlo en voz alta. Me rompe por dentro. Y odio que me rompa por dentro—. Dime lo que ha pasado.

Así lo hago. Le hablo de las investigaciones del príncipe Balior, del símbolo que aparece tanto en el libro como en la entrada del laberinto. También le hablo del corredor abandonado y de las puertas cerradas con llave. Le cuento lo que he descubierto; la historia de la bestia.

Durante un rato, Notos guarda silencio.

—¿Dónde están ahora esos documentos?

—Los dejé caer —digo—. Este es el único libro que conseguí agarrar.

Me aparto y se lo tiendo. Tiene la cubierta de un sencillo tono gris. No debe de tener más de cincuenta páginas. El Viento del Sur toca el escuálido volumen, con el ceño fruncido.

—Si estos libros nos pueden ayudar a desvelar el misterio del laberinto, volveré a por ellos.

—¡No! —Lo agarro con fuerza del antebrazo—. No puedes volver allí.

Desde que lo conozco, su semblante siempre ha estado contraído en una expresión de rigidez que, sin embargo, ahora se suaviza con un desacostumbrado y contenido humor.

—Sabes que soy inmortal, ¿verdad?

—¿Y qué pasa con tus heridas? —Señalo la sangre que le empapa la parte delantera de la túnica—. Puedes sangrar. Puedes sentir dolor. ¿Por qué deberías arriesgarte a sufrir alguna herida por algo que no sabemos si realmente nos va a ayudar? —Nuestras miradas se entrelazan. Se me encoge inesperadamente el estómago y aparto la mano. He dicho más de lo que debía—. Por favor —susurro—. Esta noche no. Si has de ir, espera a mañana.

A la luz del día es poco probable que un umbrandante se atreva a salir. Aunque, a medida que pasa el tiempo, la claridad no parece detenerlos tanto, quién sabe por qué. Y aún queda la pregunta de cómo ha podido entrar esa criatura en el palacio. ¿La han enviado aquí? ¿Ha encontrado el modo de entrar en la capital? Resulta sospechoso que yo me la haya encontrado precisamente en la biblioteca del palacio. ¿Puede que haya salido de alguna de esas puertas cerradas con llave?

—¿Qué es lo que sabe el príncipe Balior del laberinto? —pregunta bruscamente Notos.

—No estoy segura. —Contemplo su rostro en busca de respuestas. No encuentro ninguna—. No me ha contado mucho. —De nuevo, se hace un silencio que se alarga mucho más que el

anterior—. ¿Qué pasa? —pregunto. Algo ocupa los pensamientos de Notos. Me pregunto qué será.

El Viento del Sur se restriega la mandíbula, como si quisiese aflojar la tensión en ella. Parece reticente a hablar.

—¿Te has planteado que quizá el príncipe no actúa por motivos desinteresados?

Yo entrecierro los ojos, suspicaz.

—¿A qué te refieres?

—El príncipe Balior ya ha mostrado un claro interés en el laberinto. Y ahora tú has descubierto que la bestia promete concederle un deseo a quien la libere. ¿Y si lo que Balior desea es poder? ¿Por qué iba a unirse el príncipe Balior a Ammara, un reino más pequeño y débil, si no espera conseguir algo a cambio?

Su voz reverbera entre las tinieblas que rodean las estanterías derrumbadas a nuestro alrededor. Yo contemplo su expresión severa y firme, sus tonos grisáceos. Mi corazón se cierra a la posibilidad de que me hayan engañado tan fácilmente.

—Ya entiendo de qué va esto. —Me cruzo de brazos y niego con la cabeza, frustrada—. En primer lugar, te olvidas de que fue padre quien concertó mi matrimonio con el príncipe Balior, y no al revés. En segundo, el príncipe Balior es un erudito que investiga mitos en el reino, así que por supuesto que le interesa el laberinto. Y por último, si pretende atarse a este reino mediante un matrimonio, ¿por qué iba el príncipe a querer hacerle daño a Ammara liberando a esa bestia? Nada de todo eso tiene el menor sentido. El único motivo por el que sacas el tema es porque odias ver que otro hombre ha pedido mi mano en matrimonio.

Sus ojos desprenden un destello peligroso.

—No, no es por eso.

Ya, seguro.

—O sea, que mi inminente matrimonio no te supone ningún problema —insisto, con la mano apoyada en la cadera.

Notos suspira y alza la vista hacia el techo en las alturas, como si fuese a encontrar en él un poco de paciencia. Qué interesante: no

llega a replicar nada.

—¿Y si el príncipe Balior no pretende honrar ese matrimonio sino usarlo como estratagema para poder entrar en el laberinto y tener la oportunidad de llevar a cabo su plan?

Eso no me lo esperaba. Llevo todo este tiempo colocando mis propias piezas en el tablero y no me he dado cuenta de que, quizá, el príncipe Balior haya estado cambiando de sitio las suyas en secreto. ¿Y si Notos tiene razón?

¿Y si no la tiene?

Si doy por terminado el cortejo, sacrificaré la única oportunidad que tengo de encontrar el modo de romper mi maldición. Cabe la posibilidad de que todo esto sea un malentendido. Si reacciono mal…

Si creo en lo que dice Notos, permitiré que las sospechas nublen mi mirada. El ansia de conocimiento dará paso a motivos más malvados. Y mi futuro esposo será un traidor.

—Entiendo lo que dices, Notos, pero no tenemos pruebas que avalen tus sospechas. No puedo tomar una decisión basada en lo que *podría* ser.

—Me parece lícito lo que dices —afirma, porque, por supuesto, intenta considerar ambas perspectivas a pesar de que no estemos de acuerdo. Solo por eso, lo admiro—. Sin embargo, me gustaría enseñarte algo.

Lo cierto es que, a estas alturas, no tengo nada que perder.

Nos alejamos en silencio de la biblioteca y salimos del palacio. Recorremos la Calzada de la Reina, y el Viento del Sur dice:

—¿Sigue abierta aquella panadería del anillo inferior, la que hace las tartaletas de miel?

—Sí —digo, lanzándole una mirada de reojo.

A esta hora, el silencio es dueño de estas calles residenciales, aunque hay algunas ventanas iluminadas por la luz de las velas. Notos aminora el paso para ajustarlo al mío.

—¿Y alguna vez…?

—Sí, a veces.

Admitirlo me hace sentir demasiado vulnerable, pero es cierto: a veces paso por esa panadería que en su día consideré *nuestra.*

Notos sonríe, y yo sonrío a mi vez.

—Es que siempre te gustaron esas tartaletas de miel.

Sí, siempre me gustaron. Me siguen gustando. Yo preferiría no abordar este tema, pero al girar un recodo y dejar atrás uno de los santuarios de menor tamaño, me encuentro diciendo:

—Nadia pregunta por ti de vez en cuando.

La anciana veía con buenos ojos a uno de los dos, y desde luego no era mí. Tampoco puedo culparla. La naturaleza callada de Notos se gana el favor de las personalidades más gruñonas.

—Podríamos dejarnos caer por allí, si quieres —propone en tono despreocupado, al tiempo que me lanza una mirada sugerente—. No hay nada malo en ello, ¿verdad?

Mi cabeza latiguea hacia él con sorpresa. A pesar de los muros que he alzado alrededor de mi corazón, siento que en ellos aparece una levísima grieta. Nadia empieza a hornear bastante pronto, varias horas antes del alba, si no me equivoco.

—¿Y qué pasa con eso que querías enseñarme?

—Puede esperar.

Bueno, es evidente que no voy a dejar pasar la oportunidad de comerme una tartaleta de miel recién horneada.

La panadería está ubicada al final de un callejón envuelto en profundas sombras. Llamamos a la puerta. A esta hora, no espero que Nadia abra, pero, para mi sorpresa, lo hace. Una oleada de aire cálido impregnado de azúcar emana desde el interior hacia la calle. El mandil y el cabello de la anciana están cubiertos de harina. Nos echa una mirada y todo su rostro se ilumina.

—¡Princesa Sarai! Y… ¿ese de ahí es Notos? —Se le escapa una exclamación ahogada, propia de una chiquilla—. Caramba, así es. ¡Cuánto has crecido!

Yo reprimo una risa sorprendida. La anciana no tiene la menor idea de que Notos es inmortal. No ha envejecido un solo día desde que se marchó.

—Déjame adivinar —dice Nadia, con un destello travieso en los ojos—. Habéis venido por las tartaletas de miel, ¿verdad? No me he olvidado.

Notos inclina la cabeza con gesto avergonzado.

—Culpables.

Vale, su reacción me parece adorable incluso a mí. Quién sabe por qué.

—Pues tenéis suerte —dice la anciana—, porque acaban de salir del horno. Dadme un segundo.

Cuando Nadia desaparece en la parte trasera de la panadería, el Viento del Sur murmura:

—En la Ciudad de los Dioses hay una panadería famosa por sus galletas de canela. Padre solía llevarnos a mis hermanos y a mí cuando éramos jóvenes. —Se queda parado, como si estuviese ante un umbral invisible que no quiere cruzar—. Al lado estaba la armería y, tras comprar unos dulces, solíamos asomarnos a las estanterías para ver las armas. Un día, padre nos dijo a cada uno que eligiésemos una. —Su mano desciende hacia la cimitarra—. Bóreas eligió una lanza; Céfiro, un arco; y Euros, un hacha. Pero yo no quería ningún arma. No tenía el menor deseo de derramar sangre. Si me lo hubieran permitido, habría optado por pasar mis días investigando textos arcanos. Pero a padre no le gustaba la idea. A fin de cuentas, yo era uno de los Anemoi. Le resultaba inconcebible que un dios no fuese capaz de defenderse.

Fue así como conocí en su día al Viento del Sur. Hace unos años, Notos llegó a Ammara con la intención de acabar con la bestia del laberinto. En las semanas, y luego meses, que pasó en la corte, estrechamos lazos justo de este modo: compartiendo historias.

—Así fue como me topé con esta espada. —Sus dedos se crispan en torno a la empuñadura—. Decidí que me convertiría en un espadachín tan bueno que nadie podría obligarme a usarla. Esta espada sería mi escudo, y yo sería libre en todo lo que importaba.

Lo comprendo. De verdad que lo comprendo. En parte, por eso mismo practicaba yo tanto con el violín. A padre no le costó

arrebatarle su sueño a Fahim a pesar de sus grandes dotes. Yo lo presencié todo. Decidí ser incluso mejor que él, tan buena que nadie pudiera poner en tela de juicio que lo mío era la música, que la música me pertenecía.

—Si te sirve de algo —susurro—, a mí me pareces muy buen espadachín. Deberías estar orgulloso de lo lejos que has llegado.

Notos me contempla durante un largo instante, en el que ni siquiera respiro.

—Gracias —murmura.

Poco después, Nadia regresa con una bandeja repleta de tartaletas redondas de bordes crujientes. Yo cojo dos. Siguen calientes. La anciana vuelve a la parte trasera y Notos contempla su dulce con una sonrisa triste antes de metérselo en la boca. Quizá es por culpa de esta noche. Quizá es que el pasado parece ahora mismo muy presente. Sea como sea, no me gusta ver tan abatido al Viento del Sur.

—Tu padre se equivocó al presionarte para que fueras alguien que en realidad no eres —le digo.

Él se encoge de hombros. Estamos tan cerca que el más leve movimiento desplaza el aire cálido junto a mí.

—No podemos cambiar a los demás. Es una lección que he aprendido por las malas una y otra vez.

—Deberíamos permitirnos elegir lo que nos hace felices —digo, manteniéndole la mirada—, ¿no te parece?

Le doy un bocado a mi tartaleta. Los ojos de Notos descienden hacia mi boca.

—Sarai…

Siento una inesperada punzada de dolor en el corazón. Doy un paso atrás.

—Es tarde —digo, pero las palabras no me salen tan fácilmente como yo esperaba—. ¿Qué era lo que querías enseñarme?

Él asiente con aire rígido, aunque no se me escapa el dolor que le nubla el semblante.

—Por supuesto, princesa Sarai, ahora lo veremos.

Tras despedirnos de Nadia, nos dirigimos al oeste. Llegamos a la parte industrial de la ciudad; en el aire flota el olor a metal fundido de las forjas. Hay maderos apilados como nieve por la calzada agujereada. Ascendemos la cuesta de una colina y, de pronto, Notos me agarra del brazo y me obliga a aminorar la marcha.

En un primer momento, no comprendo qué es lo que estoy viendo. Pero entonces las nubes se apartan. La luna baña el terreno de ahí abajo con su luz de plata. Veo caballos, resplandecientes armaduras abolladas, la tierra aplastada bajo el peso de un millar de botas.

Un ejército.

Me giro hacia Notos y pregunto:

—¿Padre está al tanto de esto?

A fin de cuentas, el rey Halim le indicó específicamente al príncipe Balior que su ejército no tenía permiso para entrar en la ciudad hasta que se legitimara nuestro matrimonio.

—Que yo sepa, no. Yo lo he descubierto esta mañana. —El Viento del Sur se pasa una mano por el cabello negro. Recuerdo demasiado bien el tacto de esos sedosos mechones—. Es posible que el interés del príncipe Balior en el laberinto se deba solo a sus investigaciones, pero plantéate lo siguiente: ¿por qué iba a traer a su ejército a la ciudad a menos que pretenda usarlo?

Yo me veo atrapada entre el mañana y el hoy; la amenaza prometida y la amenaza presente. El Viento del Sur tiene razón. Casarse con el príncipe Balior le concedería un poder significativo sobre mi tierra y mi pueblo, independientemente de su interés en el laberinto. Su ejército es prueba suficiente de ello. Resulta demasiado arriesgado.

—Tenías razón —admito con palabras lastimosamente frágiles. Se oye un estruendo de cascos lejanos; los soldados del príncipe meten a sus caballos en un enorme redil. Dioses, ¿cómo he podido ser tan estúpida?—. He confiado demasiado pronto en el príncipe Balior. Ahora me temo que he dejado entrar en Ammara a una amenaza mucho mayor.

—No es culpa tuya —dice Notos—, pero el rey Halim ha de saber esto.

Estoy de acuerdo. Y no hay tiempo que perder.

10

—Quiero hablar con padre.

Ali, que lleva ya una década vigilando los aposentos privados del rey Halim, replica:

—Por desgracia, alteza, ahora mismo no se encuentra aquí.

Tras él hay unas puertas dobles de roble, de no menos de un palmo de grosor. Ni siquiera de niña me dejaban entrar en los aposentos de padre sin cita. Siempre tenía que llamar, como si fuera una desconocida.

—¿Y dónde está? —exijo saber.

—Se encuentra en una reunión, alteza.

¿Tan temprano? Si no ha llegado ni el alba.

A mi lado, el Viento del Sur cambia el peso de pie, con el semblante arrugado. Él tampoco se fía de esa supuesta reunión en un momento tan poco conveniente. Vamos juntos a la sala de guerra, que tiene unas puertas cubiertas con paneles bañados en oro. Las flanquean cuatro guardias. Al acercarnos, un hombre de hombros anchos que enarbola una lanza larga y puntiaguda nos sale al paso.

—El rey Halim ha dicho que nadie debe molestarlo.

—He de hablar con el rey —digo yo.

—No puedo permitíroslo, alteza.

El Viento del Sur se coloca a mi lado, hombro con hombro. Semejante muestra de momentánea solidaridad me deja pasmada.

—La princesa Sarai te acaba de ordenar que te apartes —murmura con un tono de voz no mucho más alto de lo que hace falta para mantener una conversación íntima—. Permíteme que te recuerde que ocupa una posición social diez veces superior a la tuya

y que tiene el poder de mandar que te ejecuten por obstrucción a la justicia, si así le viene en gana. Y ahora, apártate.

El aire empieza a agitarse, avivado por la ira floreciente del Viento del Sur. El guardia da un respingo y retrocede. Les lanza una mirada de soslayo a sus camaradas, que parecen igualmente asustados. Yo sonrío por dentro. Jamás he dicho que no sea una persona mezquina.

Las puertas emiten un sonoro quejido al abrirse lo suficiente como para que entremos Notos y yo. Ante nuestra presencia, los dos hombres que ocupan la larga mesa que se extiende por toda la longitud de la sala de guerra alzan la vista, sorprendidos. El rey Halim… y el príncipe Balior.

El espacio es tan grande que mis pasos reverberan contra las pálidas paredes de piedra y las resplandecientes baldosas de mármol del suelo. Ante nuestra inesperada aparición, padre nos mira con reproche. El príncipe Balior, por su parte, me lanza una mirada de curiosidad antes de contemplar a Notos. En sus ojos negros asoma una sombra de repulsión que ni siquiera intenta ocultar.

—Padre. —Con una facilidad nacida de la práctica, suavizo mi expresión, la tensa crispación de mi boca. Esbozo una cálida sonrisa en dirección al príncipe Balior, como si me disculpase silenciosamente por irrumpir aquí. A fin de cuentas, es nuestro invitado—. ¿Puedo hablar contigo en privado?

El rey Halim clava los dedos en los reposabrazos almohadillados de su sillón. El tapizado de color óxido tiñe su silueta de un tono amarillento.

—Aún no hemos terminado nuestra reunión. Tendrás que esperar.

—Se trata de un asunto urgente.

—Como urgente es esta reunión —replica él—, que ahora va con retraso debido a tu interrupción.

Un calor demasiado familiar empieza a sonrojarme la cara. Me mantengo en pie por mera fuerza de voluntad. Es cierto, las reglas están claras. Pero me estoy esforzando por hacer lo correcto.

—Por favor.

—No pienso repetirlo.

«Soy tu hija», quiero decir. Pero sé lo que sucederá si la situación se nos escapa de las manos. Y sé que luego, cuando me haya avergonzado hasta obligarme a guardar silencio, tendré que soportar la carga de mis emociones y disimularla. Cierro la boca y me trago las palabras. No digo nada en absoluto.

—Majestad. —El Viento del Sur da un paso al frente, con lo que atrae la atención de padre y, con ella, su ira—. Disculpad la interrupción, pero la princesa Sarai no irrumpiría aquí si el asunto no fuera tan urgente como afirma.

En ese momento, soy un cuerpo con dos mentes: la mujer que intenta apartar de sí cualquier cariño existente hacia Notos y la chica que se ve atraída por él como si fuese una brillante estrella. Aunque lo he tratado con desdén, el Viento del Sur sigue intentando escudarme. No me merezco su amabilidad, pero, aun así, soy capaz de apreciarla.

—Muy bien —gruñe el rey Halim, y hace un gesto con la mano—. Tienes la palabra. Cuéntame qué te preocupa.

Todos los ojos descansan sobre mí. El corazón me aletea de pura incertidumbre. Me pregunto si estoy realmente dispuesta a saltar por ese precipicio sin saber lo que me espera al fondo. Por mi pueblo, por mi reino, la única respuesta posible es sí.

—Padre, de verdad preferiría que hablásemos en privado. —La atención del príncipe va saltando entre Notos, el rey y yo misma—. Estoy segura de que no quieres que el príncipe Balior tenga que presenciar las tribulaciones de Ammara.

—Si el príncipe Balior ha de supervisar algún día el reino, debería tener la imagen completa del estado en que este se encuentra.

Lo que yo pretendía era comentar mis preocupaciones con padre, de forma tranquila y concisa. Pensaba contarle lo que hemos visto, independientemente de lo poco plausible que sea. Las implicaciones son graves y tenemos pocos detalles al respecto. Quizá estoy pensando demasiado, obligándome a atar cabos que ni siquiera existen. Sin embargo, me da miedo lo que pueda suceder con

Ammara cuando llegue mi vigesimoquinto día del nombre y me marche para siempre de este mundo. Hay un ejército ante nuestras murallas, el príncipe Balior tiene cierto interés en el laberinto y la bestia quiere escapar. Aunque me quedan pocos días de vida, he de encontrar el modo de obligar al príncipe —y a su ejército— a marcharse de Ammara.

—Padre…

—Maldita sea, Sarai. Escúpelo ya.

Está bien. Él lo ha pedido.

—No puedo casarme con el príncipe Balior.

Silencio. Un silencio asfixiante. El príncipe Balior se ha quedado petrificado en su asiento. Notos me contempla con una desacostumbrada confusión. Al rey Halim se le ha desencajado la mandíbula. Le tiemblan las mejillas. Durante medio latido, temo haberlo vuelto loco.

Pero entonces, padre alza una mano y se dirige a los guardias:

—Por favor, acompañad a nuestro invitado afuera.

El príncipe Balior se pone en pie.

—Sin ánimo de ofenderos, majestad, ¿no creéis que debería oír lo que ha venido a decir la princesa Sarai teniendo en cuenta que soy el tema de conversación?

Una fina capa de veneno cubre sus palabras.

Con gran esfuerzo, el rey también se pone en pie, apoyándose en la mesa. Me duele ver que le cuesta mantener el equilibrio, pero sé bien que es mejor no dar muestras de preocupación por su salud.

—Os pido perdón, príncipe Balior. Por favor, disculpad el comportamiento de Sarai. —A pesar de su falta de estabilidad, la voz del rey resuena con fuerza—. Últimamente no se siente bien…

—Me siento perfectamente bien, padre —digo con los dientes apretados. Y mucho más podría decirle si no hubiera testigos delante—. Si pudiera hablar contigo *en privado*…

—Este calor basta para volver loco a cualquiera —prosigue padre, dirigiéndose aún al príncipe Balior—. Pensad que justo ayer…

Siento un nudo en la garganta y le doy la espalda al rey. No sé por qué me esfuerzo tanto para que me oiga si está claro que no quiere escuchar el sonido de mi voz.

—Sarai.

El roce de una tierna mano en mi brazo atrae mi atención hacia Notos. Sus ojos se suavizan al mirarme. Me prometen refugio. ¿Cómo puedo ser tan necia como para pensarme si no debería alargar la mano y aceptar lo que se me ofrece? Jamás he querido que Notos me viese en este estado penoso y debilitado. Si no soy fuerte, si no soy asertiva, si no soy autosuficiente, si no me rodeo de una armadura…, entonces soy vulnerable. Y no puedo permitirme serlo.

—¿Era este vuestro plan, majestad? —pregunta el príncipe—. Me habéis traído aquí con la promesa de una alianza. Y ahora que he bajado la guardia, me humilláis.

Su tono de voz, que ha ido ascendiendo a medida que habla, retumba entre la piedra y el mármol de la estancia.

—En absoluto, príncipe Balior.

Entonces lo oigo: el pánico en la voz del rey, que aviva el mío propio. El príncipe camina en círculos, haciendo aspavientos, con una furia que crece abrumadora. ¿Es posible que, por intentar evitar un conflicto, yo haya acabado provocándolo?

—He viajado casi dos mil kilómetros por las arenas del desierto para llegar hasta aquí. Y ahora esperáis que me vuelva a mi casa sin esposa, sin unión entre nuestros países, como si esto no hubiesen sido más que unas vacaciones. —El príncipe suelta una risa indignada—. Desde luego, nunca me han tratado peor en ningún otro reino ni país. Me prometisteis la mano de vuestra hija —dice—. ¿Os vais a echar atrás? ¿Vais a incumplir vuestra palabra?

La cara del rey Halim está tan roja que casi espero que estalle en llamas.

—Príncipe Balior, os aseguro que nadie va a incumplir su palabra, mucho menos yo. Al igual que vos, me estoy enterando ahora de

todo esto. Mi hija está confundida, nada más… Debe de ser un golpe de calor.

El príncipe Balior esboza una sonrisa afilada.

—Sí, seguro que es eso.

Con un profundo suspiro, el rey vuelve a tomar asiento, encorvado, con gesto de derrota. Yo le lanzo una mirada a Notos, -incapaz de disimular el miedo. Si el príncipe Balior nos ataca, Notos protegerá a padre, protegerá a Ishmah, protegerá al rey. Eso lo sé.

—Os juro, príncipe Balior, que jamás os faltaría al respeto de esta manera. Solo puedo pediros perdón.

La mirada del príncipe, suspicaz, oscila entre el rey y yo misma.

—Entonces, majestad, ¿tengo vuestra palabra de que no sabíais lo que iba a decir Sarai?

—*La princesa* Sarai —gruñe Notos en tono de advertencia—. No os dirijáis a ella en tono tan informal. No sois su prometido.

El príncipe Balior estudia al Viento del Sur, con los brazos cruzados, la postura laxa y la boca torcida.

—Pues resulta que justo de eso hablábamos el rey Halim y yo cuando nos habéis interrumpido con tan malas maneras. —Pasa entre la mesa y la silla y rodea la habitación, caminando junto a los guardias apostados en las paredes. Cuando empieza a acercarse a nosotros, Notos le sale al paso, con la mano apoyada en la empuñadura de la espada. El príncipe arruga el labio superior en una mueca de desagrado—. El rey y yo hemos sellado un acuerdo. Pronto, la princesa Sarai y yo nos casaremos.

Mi cabeza latiguea hacia padre, que se niega a mirarme a los ojos. Teníamos un acuerdo los dos. Sí, yo había aceptado un matrimonio de conveniencia. Pero primero iba a conocer al príncipe y evaluar su carácter. Padre me prometió que discutiríamos el compromiso después del cortejo, antes de tomar una decisión definitiva. Y ahora resulta que ha tomado la decisión por mí, a mis espaldas, sin mi consentimiento.

Me siento muy alarmada. No puedo sacudirme esta sensación, porque, si los motivos que impulsan al príncipe Balior son tan

siniestros como sospecho, mis opciones han quedado aún más reducidas que antes. Lo cierto era que sí tenía un plan, pero ahora padre lo ha partido en dos. Ahora no funcionará. Hay que ponerle un parche…, rápido.

—¿He hecho algo para ofenderte, princesa Sarai? ¿Por eso te niegas a casarte conmigo?

La pregunta del príncipe Balior atrae mi atención. Me asomo tras la ancha espalda del Viento del Sur y contemplo con cautela al adorado príncipe de Um Salim. Durante un latido, lucho contra el absurdo deseo de apoyar la mano en la espalda de Notos y absorber su calor y su fuerza.

—No, príncipe Balior. —Mentira.

—¿Seguro? —Echa la cabeza hacia atrás con aire curioso—. Porque, si fuera el caso, me gustaría que pudiéramos discutirlo como adultos razonables.

—No es el caso —digo.

No puedo decirle por qué no quiero casarme con él. Si menciono al ejército, al umbrandante, a la bestia… ¿Quién sabe si el príncipe se vengará de alguna manera? No, para abandonar el plan he de dar una razón de peso. De hecho, esta podría ser la única decisión bien ponderada que he tomado desde que llegó el príncipe.

—No puedo casarme contigo —explico— porque Notos y yo estamos prometidos.

11

El Viento del Sur se queda como una columna a mi lado, completamente inmóvil en el sitio. Hasta el aire se paraliza. Sus vientos han muerto total y absolutamente.

—¿Disculpa? —Las facciones del rey Halim están tan torcidas que parecen haberse declarado la guerra a sí mismas.

Pienso en qué respuesta darle. Si me paso de dócil…, no, desecho esa posibilidad. La siguiente alternativa sería demasiado agresiva, impregnada de resentimiento. Esa tampoco me vale. Desecho todas las posibles respuestas porque ninguna está a la altura. Al cabo, llego al mismo centro de mi ser, a este corazón de metal pulido y endurecido.

—Creo que me has oído bien, padre.

Él se mordisquea el interior del carrillo, reuniendo fuerzas.

—No me hace gracia esta treta que te has inventado, Sarai. ¿Acaso no te he prestado suficiente atención? ¿Es por eso por lo que sientes la necesidad de caer en estas artimañas?

Los reyes son, ante todo, reyes. No importa que yo sea su hija; en la corte del rey Halim no hay espacio para las faltas de respeto.

—No es ninguna treta, padre. —He de esforzarme para que no me salga la voz cortante. Sus palabras me duelen más de lo que estoy dispuesta a admitir—. Notos y yo nos hemos prometido.

—¿Cuándo? —ladra él.

—Ayer por la noche.

Mi atención se centra en el príncipe Balior, al otro lado de la estancia. Él también se ha quedado inmóvil, estremecido, ultrajado e incrédulo a partes iguales. Era de esperar. La furia que llamea en sus

ojos oscuros, sin embargo, es tan intensa que me veo obligada a dar un paso atrás. Es como un incendio forestal.

—Sin ánimo de ofenderte, princesa Sarai, ayer por la noche estuve contigo, deambulando por los terrenos del palacio. —El príncipe se alisa la parte delantera de la túnica, un movimiento que evidencia su frustración—. ¿En qué momento tuvo Notos tiempo para pedir tu mano?

Una pregunta perfectamente lógica para la que no tengo respuesta.

—La princesa Sarai y yo nos cruzamos en los corredores —dice el Viento del Sur. Yo lo miro, sorprendida. Es la perfecta encarnación de unas aguas tranquilas; como si todo se estuviese desarrollando tal y como él pretendía—. Quería asegurarme de que llegaba sana y salva a sus aposentos, pero no pude esperar, y fue entonces cuando se lo pedí.

El príncipe Balior parece a punto de apuñalar a Notos en el corazón. Tras lanzarle una mirada hostil al inmortal, el príncipe se gira hacia mí, con la expresión profundamente herida.

—Me dijiste que no había nada entre el Viento del Sur y tú —dice—. ¿Eso también era mentira?

Soy muy consciente de la mirada acalorada con la que Notos recorre el lateral de mi cara. Me niego a mirarlo.

—No exactamente —empiezo a decir, y me humedezco los labios—. Sin embargo, tras reflexionar un poco, me pregunté si no me habría equivocado al juzgar precipitadamente sus actos del pasado…

El príncipe Balior suelta un resoplido desdeñoso y se aparta de mí.

—No puedo seguir escuchando nada de todo esto.

Dirijo la vista al rey Halim, que me asesina con la mirada, con las manos clavadas en los reposabrazos del sillón.

—Explícate.

¿Me lo está pidiendo como padre o como rey?

—No estoy muy segura de cómo explicarlo mejor —digo con notable compostura—. Ayer, Notos pidió mi mano en matrimonio. Acepté. Si los dioses así lo quieren, nos casaremos.

Padre niega con la cabeza. Su mirada es tan afilada que casi se me antoja que quiere dejar esta escena cincelada sobre una superficie.

—Ándate con ojo, Sarai. Estás atravesando arenas muy inestables.

Haber aceptado el compromiso con Notos sin que padre lo sepa —sin que lo sepa nadie— podría provocar un escándalo.

Los dedos de Notos, fuertes, se cierran alrededor de los míos. Sobresaltada, lo miro a los ojos. No comprende lo que está pasando, pero está de mi lado. Una cálida gratitud florece bajo mi esternón. La aparto de mí para reflexionar sobre ella más tarde.

—Majestad —dice el Viento del Sur, con la grave resonancia de los vientos que atraviesan una quebrada—, Sarai dice la verdad. He pedido su mano en matrimonio. Comprendo que resulte repentino y que pueda complicar la situación…

—¡Maldita sea, claro que complica la situación! —Gotas de saliva cuelgan de la boca de padre—. No sé qué costumbres maritales existen en el reino del que provienes, Notos, pero en Ammara, nuestras costumbres se respetan.

—Yo respeto vuestras costumbres, majestad. —La solemnidad con la que habla Notos suena como solo puede sonar la verdad—. Sin embargo, comprendo que mis actos puedan sugerir lo contrario. Tengo el mayor de los respetos hacia vos, hacia la princesa Sarai y hacia vuestro reino. No deseo más que hacer feliz a vuestra hija.

Mis dedos se crispan dentro de su palma. Notos me da un apretón a modo de lo que creo que es consuelo. Una versión antigua de mí misma —una versión joven e ingenua— quiso en su momento oírlo decir algo así. Ahora, no estoy segura de si el Viento del Sur dice la verdad o si me sigue el juego con la esperanza de frustrar los reprobables planes del príncipe. Sea como sea, ¿qué más da? Si me prometo con otro hombre, el príncipe Balior se marchará de

Ammara. No habrá motivo alguno para que ni él ni su ejército se queden por aquí.

Con calmada resolución, le digo al rey Halim:

—Como bien sabes, padre, las costumbres de Ammara dictan que los dos interesados han de mostrarse de acuerdo para sellar un compromiso matrimonial, pero que para romperlo solo hace falta la voluntad de uno de los dos. Si no puedes respetar el hecho de que yo ya había aceptado la petición de mano de Notos antes de esta reunión, al menos respeta las tradiciones de nuestro reino.

Mientras Notos y yo nos neguemos a rechazar el compromiso, el rey no tiene autoridad para prohibirlo. Así es nuestra ley. Sería de mal gusto por parte del rey despreciar las leyes de su propio reino delante de un príncipe de visita.

Padre parpadea una vez, dos. Luego se le escapa una risa que se convierte en roncas carcajadas de incredulidad. Notos y yo intercambiamos una mirada muda. El príncipe Balior, al otro lado de la sala, observa al Viento del Sur con los brazos cruzados y una expresión hirviente.

—Ya veo de qué va todo esto —consigue decir el rey una vez que recupera el control de sus emociones—. Es una broma, un modo de atraer mi atención. Bueno, pues ya la tienes. Admito que no he estado lo suficientemente presente, Sarai. Sin embargo, quiero que por favor entiendas que había asuntos más importantes que tratar. Basta ya de pantomimas.

—No es una pantomima, padre. En absoluto.

Me duele insoportablemente que se refiera con frivolidad a una necesidad muy real en mi vida. Una necesidad que no ha cubierto.

Él se echa hacia atrás en el asiento. Su semblante se oscurece.

—Organicé todo esto pensando en tu futuro. El príncipe Balior es la persona a quien necesitas. A quien todos necesitamos.

¿Acaso cree que no lo entiendo? Por supuesto que lo entiendo. Si no contamos con las investigaciones del príncipe Balior, los umbrandantes seguirán infiltrándose en nuestro reino. Pero, si he de

proteger a mi reino de una amenaza potencialmente mayor y más insidiosa, este es el único camino que puedo recorrer.

Despacio, digo:

—Por favor, papá.

Algo se rompe en la expresión del rey. Es pena, quizá, o dolor. No lo llamo «papá» desde que era una niña. Sin embargo, esto es lo que siempre he deseado: acudir a padre sabiendo que me recibiría.

—Rey Halim. —El príncipe Balior se gira hacia él—. Me asegurasteis que la unión entre nuestros reinos estaba garantizada. Y ahora me entero de que vuestra hija está prometida con otro hombre. —Tuerce el labio—. Vengo desde muy lejos solo para ser humillado públicamente por una princesa de tres al cuarto y un canalla extranjero…

—Basta —interviene Notos.

El aire se enrosca sobre sí mismo como una serpiente en su nido. Los ojos negros del Viento del Sur se clavan en el príncipe Balior con una muda advertencia. Al notar la tensión creciente, los guardias dispuestos a lo largo de las paredes echan mano de sus espadas.

Lentamente, Notos dice:

—Recordad de quién es la casa en la que estáis, príncipe Balior. Ni se os ocurra faltarle al respeto a la familia real.

Un profundo rubor aparece en las mejillas del príncipe.

—Todo esto apesta a engaño —gruñe.

—No hay engaño por mi parte, príncipe Balior. —El rey alza una mano temblorosa y se restriega los ojos—. No sé qué locura se ha apoderado de mi hija, pero os aseguro que este matrimonio no cuenta con mi bendición.

—¿Vuestra bendición? —sisea él—. ¿Y qué vale vuestra bendición si tenéis las manos atadas?

—Bueno, no nos adelantemos —se apresura a decir padre, intentando apaciguar a su potencial yerno—. Un compromiso se puede romper tan rápidamente como se sella. Una vez que Sarai recupere el sentido común, estoy seguro de que renunciará a su compromiso y todo seguirá tal y como habíamos planeado.

Sin embargo, no hay manera de calmar al príncipe.

—Se me prometió que la princesa Sarai sería mía.

Se abalanza sobre mí. Las puntas de sus dedos llegan a rozarme el codo, y entonces una muralla de viento lo arroja contra la pared. El príncipe choca con el muro, con una exclamación ahogada, y cae al suelo.

Un aullido quebrado atraviesa toda la sala de guerra. El viento arranca las cortinas y hace volar mapas y documentos de la mesa. Al instante, los guardias rodean al rey Halim, que contempla a Notos con una mezcla de asombro y miedo. Los remolinos de aire se acercan al Viento del Sur, que se dirige al príncipe Balior. Es algo absolutamente inviable, es viento encarnado. Notos desenvaina su espada y coloca el filo curvo bajo la barbilla de Balior.

—Si vuelvo a ver que le ponéis una sola mano encima —gruñe Notos—, conoceréis el verdadero alcance de mi ira. ¿Os queda claro?

El rostro del príncipe Balior está ceniciento. Traga saliva, asiente y vuelve a encogerse cuando Notos aparta la hoja de su cuello.

La oscura promesa del Viento del Sur insufla un sorprendente calor en mis venas. Me da vergüenza que aún tenga el poder de hacer que me tiemblen las piernas. Notos está calmado, siempre calmado… hasta que deja de estarlo. No puedo permitirme albergar la esperanza de que me esté protegiendo por algo que no sea el deber.

Padre mira al príncipe con incertidumbre. El comportamiento de nuestro huésped lo ha hecho reflexionar, al igual que a mí. No importa lo iracundo que se sienta el príncipe, agredirme no entra dentro de lo aceptable. Y sin embargo, padre es demasiado orgulloso como para cambiar de parecer. Se gira y me contempla, decepcionado.

—Eres la princesa de Ammara.

—También soy tu hija.

—Aun así, tú y yo teníamos un acuerdo. Y ahora faltas a tu palabra. —A continuación, en tono más suave—: ¿Qué pensaría Fahim de tu egoísmo?

Lo único que me permite reprimir una exclamación ahogada antes de que se me escape son los años de práctica. Las pullas de padre siempre penetran en los rincones más blandos de mi corazón. Mientras el príncipe Balior esté presente, no puedo decirle que me temo que lo están engañando.

—Piensa de mí lo que quieras, padre, pero he tomado una decisión y no pienso cambiar de idea. Notos y yo nos casaremos cuando acabe la primavera.

Tiempo de sobra para romper esta maldición y expulsar de aquí al príncipe Balior. Y, si fracaso, dará igual con quien me case, pues habré muerto.

—Te prohíbo que hables de toda esta farsa —dice el rey entre dientes—. No cuentas con mi bendición. Y tampoco tienes mi respeto. —Hace un gesto despectivo con la mano—. Puedes marcharte.



En cuanto las puertas de la sala de guerra se cierran a nuestra espalda, Notos aparta su mano de la mía. La ausencia de su contacto me provoca un escalofrío inesperado.

—Más vale que tengas una buena explicación para esto —murmura.

Pues lo cierto es que no, no la tengo.

Me limito a enseñarle los dientes con una sonrisa feroz. Entierro mi incertidumbre y mi pena con todo lo demás.

—Sígueme. —Este no es el lugar indicado para mantener una conversación privada.

En cuanto giro el recodo, Notos debe de darse cuenta de adónde nos dirigimos, pues se adelanta, desciende una escalinata cercana y se interna por el atajo que solíamos emplear en los primeros días de nuestra relación floreciente. Al cabo llegamos a un pequeño jardín, enmarcado por la sombra de unos laureles y decorado con orquídeas

nocturnas. La luz de la luna cae con tonos de nieve y plata por las ventanas circulares del techo en las alturas.

Hace un lustro que no paso por este refugio. De hecho, hace un lustro que evito toda el ala oeste. Es aquí donde estuvieron ubicados en su día los aposentos del Viento del Sur. Unos aposentos en los que me encontré la mayoría de las noches, enredada entre sábanas húmedas, apretada contra su piel acalorada.

Recuerdo nuestro primer encuentro.

La mañana estaba húmeda y pesada como lana empapada. Padre me estaba buscando porque quería que aquella noche asistiera a una cena con algún dignatario que había venido de visita. Yo me negué y fui a buscar consuelo entre las plantas, las únicas que no estaban empeñadas en darle a la plata el lustre del oro.

El roce de un zapato atrajo mi atención hacia la entrada del jardín. Había un hombre parcialmente escudado tras las enredaderas. Tenía los ojos fríos, desconocidos, bajo el embozo que le cubría la parte inferior del rostro. Yo le clavé la vista; no estaba en absoluto de humor para tener compañía. Él no iba armado. No fui capaz de decidir si era señal de arrogancia o de necedad. Horas más tarde me lo presentarían oficialmente como el Viento del Sur, pero, en aquel momento, yo no tenía ni idea de qué propósito lo había traído al palacio.

—¿Quién sois? —exigí saber.

Niego con la cabeza para apartar de mí el recuerdo y entro en el jardín. El ayer da paso al presente. No soy capaz de decir a ciencia cierta qué emoción se adueña de mí. No hay separación entre la pena y el anhelo, entre la amargura y el dolor. Todo está entretejido hasta formar un único tapiz.

Me dejo caer en un banco a los pies de una reja y suelto un suspiro.

—Bueno, ha salido tal y como me esperaba. —Me masajeo las sienes, agotada.

Notos contempla la penumbra que cubre el follaje de sombras. Un músculo le palpita en la mandíbula, el metrónomo más irritado del

mundo. No quiere mirarme. Odio la debilidad que me impulsa a desear lo contrario.

—¿Y bien? —digo—. Di lo que piensas, si es que piensas algo.

Su atención se desvía a mí momentáneamente y luego se centra en otro lugar.

—¿Por qué da la impresión de que ese ridículo espectáculo fuera culpa mía? No es que me hubieses informado de que iba a participar.

Yo lo contemplo, perpleja.

—Claro que no es culpa tuya.

—Pero estás enfadada.

—No, no estoy enfadada.

—Sí que lo estás. —Esa mirada oscura y penetrante me arranca la piel y el músculo hasta dejar solo el hueso—. Quizá es que llevas tanto tiempo viviendo junto a la ira que ya no reconoces su rostro.

Me faltan las palabras. Solo cuento con un manantial turbio que rodea mi alma. Un manantial en el que no veo nada, ni siquiera mi propio reflejo. La convicción con la que habla Notos solo sirve para solidificar mi propia incertidumbre. ¿Por qué se manifiesta el miedo tan a menudo como ira? Notos no entiende estos granos de sal que intento recoger con las manos extendidas y que se derraman entre mis dedos hasta desaparecer.

—Lo siento —murmuro.

Tiene razón, no es justo echarle la culpa a la única persona dispuesta a estar a mi lado en medio de todo este embrollo. El dolor que siento por culpa de padre es irrelevante. Padre me ha insultado en numerosas ocasiones a lo largo de los años, pero esa pulla sobre Fahim ha sido sumamente cruda. La pena es demasiado reciente.

Abro la boca para responder y, de pronto, Notos hunde el rostro entre las manos.

—Habría estado bien que me avisaras.

—Lo sé. —Me muerdo el interior del carrillo. Como mínimo, el dolor me ayuda a dejar de pensar en padre—. Seguramente te dará igual, pero no sabía lo que iba a decir hasta que las palabras salieron por mi boca. Tampoco es que tuviera otra alternativa.

—Por supuesto que tenías otra alternativa.

Aunque mi irritación asciende, hirviente, hacia la superficie, consigo reprimirla. Notos podría haber señalado que yo estaba mintiendo, podría haber renunciado al compromiso y haber acabado con todo. Pero no lo hizo. Y por ello cuenta con mi gratitud.

—Es que… no se me ocurrió nada más —susurro—. El tiempo es un lujo que no nos podemos permitir. Si el príncipe Balior quiere liberar a la bestia del laberinto, no pienso facilitarle aún más la tarea casándome con él. Esperaba que, al eliminar la posibilidad del matrimonio, Balior se viese obligado a marcharse de la ciudad junto con su ejército. No había previsto la terquedad de padre… ni que el príncipe considerase la posibilidad de quedarse para cortejar a una mujer que ya está prometida con otro.

Él alza la cabeza.

—¿Y en qué posición crees que me has puesto a mí, o a tu padre? ¿Qué pasa con las consecuencias a las que pronto me enfrentaré por haber pedido tu mano?

Siento una punzada de culpabilidad. Una vez más, Notos me recuerda que he tomado una decisión imprudente por mera desesperación.

—Puede que padre sea severo, pero no es ningún idiota. No quiere ser tu enemigo, por más que le desagrade nuestro compromiso.

—¿Piensas seguir poniendo muchas excusas?

Por segunda vez, pierdo el equilibrio, me veo expuesta, vulnerable.

—Ya me he disculpado. Asumo toda la responsabilidad por ponerte en esta situación. Entiendo que atarte a mí en matrimonio debe de ser una carga para ti. —Me atraganto, las palabras son como cristales rotos en mi garganta—. Pero no te preocupes. No es más que una engañifa hasta que el príncipe Balior se rinda y se marche de la capital.

—No era a eso a lo que me refería —dice él.

Ya, seguro.

—Y entonces, ¿a qué te referías en realidad, Notos?

La luz de la luna espolvorea sus ojos sin fondo. A pesar del tiempo que ha pasado, aún me cuesta identificar sus emociones.

—Tú no quieres casarte con el príncipe, pero tampoco quieres casarte conmigo.

La Sarai de dieciocho años habría dicho lo contrario.

Él se acerca. Los helechos que ribetean el sendero del camino le acarician los tobillos al pasar.

—Soy una herramienta —prosigue él.

Mejor ser herramienta que víctima. Mejor ser la aguja que el hilo.

—Si así deseas percibir esta situación, es decisión tuya. Pero yo pensaba que no te gustaba el príncipe. ¿No te alegra librarte de él?

Notos se acomoda en el banco a mi lado. Nuestros hombros se rozan. Una ráfaga de aire cálido y salado me sopla en la cara. Trago saliva y lucho contra el impulso de enterrar la nariz en su cuello.

—Un hombre como el príncipe Balior no aceptará la derrota.

Soy muy consciente de ello. Al rechazar la mano del príncipe, me estoy condenando a mí misma y a mi reino. El príncipe Balior iba a ser nuestra salvación. Ahora me temo que se convertirá en nuestra ruina.

—El príncipe Balior le suplicará a padre que reconsidere su postura con respecto a las tradiciones de Ammara. Amenazará con declararnos la guerra y exigirá que se celebre nuestro matrimonio. Pero yo no pienso ceder. Y padre no se opondrá a nuestra unión.

—¿Cómo lo sabes?

Como si no fuera ya obvio.

—Porque eres el Viento del Sur —le digo. Él se gira hacia mí, y descubro que nuestras bocas están separadas por la más mínima distancia, una sombra cálida especiada con nuestros alientos—. Eres formidable. Inmortal. Nuestra mayor arma a la hora de derrotar a los umbrandantes. Pero, aparte de eso, eres una deidad increíblemente poderosa. Padre no quiere enfrentarse a tu ira por miedo a que quieras vengarte.

—Yo jamás le haría daño a Ishmah —dice.

—Lo sé. —Por eso confío ahora en él, a pesar de haber jurado no volver a fiarme jamás—. Pero padre no te conoce como te conozco yo. Y eso puede jugar a nuestro favor.

—¿Y qué pasa con el ejército del príncipe Balior? ¿Quién dice que no se vengará de esta lamentable situación recurriendo a la fuerza?

Puede que deba pasar algún tiempo —días o semanas—, pero, al cabo, el príncipe Balior acabará por bajar la espada y alzar el pañuelo blanco en señal de rendición. No le interesa aumentar más la humillación.

—El príncipe Balior es demasiado orgulloso como para recurrir a amenazas —explico—. Quiere ganarse la victoria, pero no a la fuerza.

—Sarai…

—Lo sé —me apresuro a decir—. Y tienes razón: os he puesto tanto a padre como a ti en una posición muy difícil. Y lo siento, de verdad que lo siento. Sé lo que se siente al estar atrapado en una situación en la que no deseas estar. Pero lo hecho hecho está. Ahora he de encontrar el modo de proteger a Ammara lo mejor que pueda.

No es una rendición. No estoy bajando la guardia ante el dios que me rompió el corazón. Pero, por más que no desee la cooperación de Notos, la necesito. Ya no soy la chica que fui. Mi piel ya no se rompe con tanta facilidad.

—¿Me vas a ayudar? —le imploro.

La mirada del Viento del Sur se cruza con la mía. Esas pupilas brillantes resplandecen con una concentración tan aguda que, por un momento, me siento muy poca cosa. Todo esto, tanto esfuerzo, para fingir que quiero atar mi vida a la del inmortal a quien desprecio. Por Ammara. Por mi pueblo. Y por nada ni nadie más.

Al final es Notos quien aparta primero la mirada.

—¿Qué debo hacer?

12

La tarde siguiente, trasladan las pertenencias de Notos a los aposentos adyacentes a mi habitación. En las horas posteriores al anuncio de nuestro compromiso al rey me dediqué a hacer algo que rara vez hago: dejé un rastro de migas de pan por toda la corte. La historia oficial fue la siguiente: anoche se avistó a un umbrandante en la biblioteca. Nadie salió herido, aunque se han reforzado las medidas de seguridad para proteger a la familia real. La presencia del Viento del Sur es una precaución necesaria.

Yo esperaba que su proximidad nos concediese la oportunidad de desentrañar el misterio del laberinto sin interrupción. Por desgracia, Notos parece evitar mi compañía a toda costa. Algunas mañanas, cuando estoy en la cama, intento escuchar al otro lado de la pared que compartimos, mientras él se viste. Cuando consigo reunir el valor de acercarme a su puerta, Notos ya se ha marchado. No tiene ni idea de los sueños cada vez más vívidos que tengo, en los que aparecen sus anchas manos y rápidos dedos. A veces me quedo dormida con la mano entre las piernas y la piel hormigueante de sudor después de un alivio particularmente dulce.

Una semana después del avistamiento del umbrandante, informo a mis criadas de que voy a desayunar en mis aposentos en lugar de en el comedor. Es pronto, aún no ha amanecido, pero quiero pillar a Notos antes de que se marche. Se suele escapar de entre mis dedos con demasiada facilidad, pero hoy no pienso permitirlo.

Agarro un manto del armario, me lo echo por encima del camisón y me lo sujeto con un cinturón. Luego me acerco a la puerta que conecta nuestras habitaciones. Pego la oreja a la madera y escucho

el susurro de las ropas mientras él se pone el uniforme. Cuando llamo a la puerta, el rumor se detiene.

Entonces oigo las lentas pisadas del Viento del Sur, innegables, al acercarse. Aguanto la respiración y pongo una expresión neutra. Un chasquido en la cerradura y Notos abre la puerta.

Lleva unos pantalones y una guerrera tan fina que el vello rizado del pecho se aprecia por debajo de la tela. El estado desastrado de su pelo indica que se ha pasado los dedos por la cabellera repetidamente… o que otra persona lo ha hecho. En cuanto la idea me asalta, la descarto. No he oído nada que indique que Notos tenía huéspedes. Y me niego a considerar la posibilidad.

—Buenos días. —Le dedico una sonrisa—. ¿Te gustaría desayunar conmigo?

Él me contempla.

—Desayunar.

—Sí, desayunar. Hay quien dice que el desayuno es la comida más importante del día. —Hago un gesto hacia mi salón, donde hay cubiertos para dos, así como frutas, pan recién hecho, verdura en rodajas con hummus y té humeante.

Notos mira el desayuno, luego me mira a mí, luego vuelve a mirar el desayuno y una vez más a mí.

—No muerdo —le aseguro.

—Mucho.

Me quedo boquiabierta de la sorpresa y luego se me escapa una risa. Bueno, tiene razón.

—Mira —me atrevo a ponerle una mano en el pecho, sobre el duro latido de su corazón—, si hemos de convencer al príncipe Balior de que ha perdido la batalla, tendremos que ser más… convincentes.

Su mirada desciende hasta mi mano en su pecho. El tamborileo bajo mi palma se acelera.

—Una pareja perfecta de enamorados.

Alza la cabeza y sus ojos se tiñen de cautela y entendimiento a la vez.

Siento calor en el rostro y retiro de golpe la mano.

—Así fue en su día. —Decir eso en voz alta me cuesta más esfuerzo de lo que estoy dispuesta a admitir—. Evidentemente, las circunstancias han cambiado, pero diría que seremos capaces de mantener las apariencias, ¿no crees?

Él se pasa una mano por el mentón.

—Supongo…

—Genial. —Lo obligo a cruzar el umbral de un tirón—. Pues tendremos que practicar. Evidentemente.

—Por supuesto —replica en tono suave.

Toma asiento. Yo también. Estamos lo bastante cerca como para que nuestras rodillas puedan rozarse si yo me giro levemente hacia la derecha.

—¿Té? —pregunto.

Él asiente y yo le sirvo una taza. Notos me devuelve el favor. Añade incluso una cucharada de azúcar, tal y como me gusta. Lo miro con las pestañas entornadas. Da un sorbo al té. Tras un rato de silencio, deja la taza en la mesa.

—Bueno, pues… —dice.

Yo me quedo rígida en la silla.

—Pues…

—¿Cómo crees que deberíamos hacerlo?

Es una pregunta en la que he pensado mucho, desde diferentes perspectivas y todos los enfoques posibles. Y aun así, no tengo la menor idea.

—Para serte sincera, no estoy segura. —Esta conversación - requiere, como mínimo, tener el estómago lleno. Hundo una zanahoria en el hummus y me la llevo a la boca. La muerdo con un crujido satisfactorio—. Tenemos que pasar tiempo juntos. —Mis ojos vuelan hacia su cara y luego se apartan—. No quiero humillar más al príncipe Balior, pero si podemos echar sal en la herida, debería bastar para alejarlo de la ciudad.

El Viento del Sur hace una pausa en pleno sorbo. No parece entusiasmado ante la idea, pero tampoco me lleva la contraria.

—Está bien. ¿Cómo deberíamos pasar tiempo juntos aparte de compartiendo el desayuno?

—Para empezar —digo—, sería más sencillo si dejaras de evitarme. ¿Cómo podemos mantener una fachada convincente si no asistes a ninguna de las comidas del rey?

A pesar de su mala salud, padre sigue ojo avizor. Si Notos me sigue dando esquinazo, se dará cuenta de que algo no va bien.

Él aparta la vista con aire culpable. Al otro lado de las ventanas, los resplandecientes tejados de Ishmah destellan bajo el sol amarillo. El Monte Syr reluce en la lejanía, reducido a una colina borrosa de piedra yerma.

—Tengo deberes que atender.

De alguna manera, yo ya sabía que Notos iba a decir algo así.

—¿Y no puede cubrirte alguien?

Un músculo late en su mandíbula, pero asiente y dice:

—Preguntaré. Supongo… que daño no hará enterarse de si los guardias han percibido algo sospechoso en el príncipe Balior o en las inmediaciones del laberinto. Me apresuro a darle un bocado a un pepino—. Con eso podríamos decidir cuál será nuestro siguiente paso.

Asiento y mastico tan rápido como puedo. Con la boca medio llena, consigo decir:

—Quizá podríamos recabar más información sobre la b…

En lugar de la palabra «bestia», me sale una burbuja de saliva por la comisura de la boca. Una ráfaga de calor se apodera de mi cara. Por los dioses. Echo mano del paño y me limpio la saliva de la barbilla. Notos me mira y reprime una risa. Yo lo asesino con la mirada, pero él carraspea y dice:

—¿Qué pasará cuando el príncipe haya regresado a Um Salim?

Claro. Porque, una vez que nos hayamos quitado de en medio al príncipe Balior, esta farsa ya no será necesaria.

—Tendremos que romper el compromiso.

El Viento del Sur se remueve en su silla. La puntera de su bota me da un golpecito en el tobillo. Yo me esfuerzo al máximo para no

pensar mucho en ese maldito roce.

—Imagino que ya te habrás inventado algún tipo de historia para la corte.

Suena… ¿indiferente? ¿Frustrado? Difícil de decir.

—No. —Arrugo la servilleta en el puño y añado—: Pero no te preocupes. Algo se me ocurrirá.



—Sarai.

Me sobresalto. De pronto, todo a mi alrededor cobra nitidez. Estoy sentada delante de Ibramin en la sala de música. A su espalda, una ancha ventana en saliente enmarca los jardines florales del palacio. Flores rosas asoman por las ramas desnudas de los árboles.

—Mis disculpas. —Le dedico una débil sonrisa—. Me he distraído un momento. ¿Qué decíais?

Él tamborilea con los dedos sobre las cuerdas de su instrumento. Esa vívida percusión sugiere una impaciencia desacostumbrada en él. Me encojo por dentro. La lección empezó hace una hora, pero en lugar de completar mis ejercicios de contrapunto —el tema de hoy es la forma melódica—, me he pasado la mayor parte del tiempo intentando no pensar en Notos…, con niveles variables de éxito.

—La Sinfónica de Ishmah va a tocar esta noche —dice—. Me sobra una entrada. ¿Quieres acompañarme?

Mi sorpresa inicial da paso a algo mucho más tierno y doloroso. No recuerdo la última vez que fui a un concierto en el que no tocase yo misma.

—Por desgracia, padre espera que asista al baile de esta noche. Quizá en otra ocasión. —Antes de que Ibramin pueda responder, desde el campanario se oyen los tres tañidos que señalan el final de nuestra clase. Me pongo en pie y me dirijo a la puerta—. Nos vemos la semana que viene, profesor.

—No estaré aquí.

Me detengo, con los dedos cerrados alrededor del pomo de la puerta. Despacio, me giro hacia Ibramin.

—Ah, ¿no? ¿Vais a visitar a algún familiar?

—No, Sarai. —Suelta un suspiro y baja la vista hacia su instrumento—. Me marcho de Ishmah.

Los primeros zarcillos de inquietud empiezan a cerrarse sobre mí.

—Pero vais a volver, ¿no?

Él alza sus ojos hacia los míos.

—No lo sé.

Mi boca se abre y luego vuelve a cerrarse. Trago saliva y me obligo a abrir la boca de nuevo.

—¿Cuándo habéis tomado la decisión?

—El mes pasado.

—¿Y no se os ocurrió decírmelo?

—Para ser sincero, pensaba que no te importaría.

Me duele, aunque no puedo culparlo por pensar así. La distancia es mi único escudo. ¿Qué sucedería si me permitiese retirarlo? Traición, engaño, decepción, sufrimiento. Aprieto con más fuerza el pomo de la puerta. Lucho contra el impulso de arrancarlo de cuajo. En este momento, sujetar el pomo es lo único que me mantiene en pie.

—Es como si me hubieseis dado por imposible —susurro.

—No, Sarai. —Le sale la voz torcida—. No te he dado por imposible. ¿Cómo podría hacer tal cosa? Eres una violinista excepcional, una de las mejores que ha visto este mundo. Ha sido un honor y un privilegio enseñarte. —Las arrugas que surcan su rostro se acentúan. La tristeza se aplasta contra su semblante como un sello sobre cera derretida—. Me he quedado durante estos últimos años porque esperaba que encontrases de nuevo el camino hasta la música. Pero me siento más y más viejo cada año que pasa. Hay otras personas a las que podría enseñar, a las que podría formar hasta que fuesen músicos tan buenos como tú misma.

Lo entiendo a la perfección, pero me da miedo que la situación vaya a cambiar tan radicalmente. Mis piernas me suplican que huya.

Podría abrir la puerta de golpe y echar a correr por el pasillo hasta llegar a mis aposentos, a su sombrío interior. Sin embargo, pienso en estos últimos cinco años. Ibramin me ha dado clase cada semana, aunque yo no haya tocado el violín ni una sola vez. Se merece mi paciencia, mi comprensión, mi respeto.

—¿Tenéis a alguien en mente? —pregunto.

Suelto el pomo y regreso a mi asiento. Me apoyo en el borde, con los puños apretados sobre el regazo.

—Hay un chico en Mirash cuya profesora afirma que ha hecho avances más allá de su capacidad de enseñarle. La familia del chico ha solicitado que lo tome como pupilo. Tiene cuatro años.

La edad a la que yo misma empecé a recibir clases.

No debería importarme tanto. Ibramin no ha jurado enseñarme por toda la eternidad, y no es justo pedirle que se quede. Aun así, me parece una traición que elija a ese chico, que tiene todo el potencial del mundo, antes que a mí. Un fracaso.

En cualquier caso, soy extremadamente educada. Me enderezo en el asiento y digo:

—Ese chico puede considerarse dichoso por teneros como profesor.

El anciano acaricia el cuerpo curvo del violín: los hombros, la cintura y las caderas de una mujer.

—Si decidieras volver a tocar tu instrumento —dice—, me quedaría. Haría todo lo que estuviese en mi mano para ayudarte a recuperar tu pericia pasada.

Las lágrimas asoman a mis ojos ante la mera idea.

—Me duele demasiado —susurro.

—Lo sé.

Acerca la silla de ruedas y alarga una mano seca y áspera hacia mi puño. Aunque no dice nada, Ibramin lo comprende. Amaba a mi hermano como se ama a un hijo.

Pocos sabían del don de Fahim. Ibramin construyó los cimientos musicales de mi hermano del mismo modo que los míos, durante horas y días y semanas y meses y años. A los catorce años, Fahim

recibió una invitación para debutar con la Filarmónica de Ammara. Me dijo que era el día más feliz de su vida.

Una semana después, padre ordenó que Fahim se centrase seriamente en sus deberes como heredero. Nada de violín. Las horas que hasta entonces había dedicado a practicar se convertirían en clases sobre comercio, política y guerra. Recuerdo oír el llanto de Fahim al otro lado del muro que compartían nuestros dormitorios. Un corazón roto por los sueños que no se cumplirían.

Luego vino un metódico descenso hacia una oscuridad que no conocía nadie. Creo que algo murió aquel día dentro de mi hermano. Aunque siguiera sonriendo con facilidad, aunque se riese con frecuencia, siempre habría en él una ausencia, un agujero en su espíritu.

—Padre no debería haber obligado a Fahim a elegir entre la corona y la música —susurro, de pronto embargada por la rabia en nombre de mi hermano. ¿Acaso no había espacio para el amor y el deber, para la libertad y la obligación?

Los ojos de Ibramin se desorbitan ante esta frase inesperada. Aun así, dice:

—La música es dolor, pero también es sanación, maravilla y gozo. Recuérdalo. Recuerda que te ha dado forma. Recuerda que la música alimenta y cura.

Contemplo la curva de sus dedos callosos sobre los míos. Trago dolorosamente saliva y me pongo en pie.

—Agradezco vuestra preocupación, profesor, pero he de irme. Os deseo buen viaje y mucha suerte en el futuro.

La melancolía cubre su rostro al responder:

—Que el Señor de la Montaña brille sobre ti, Sarai.



En mis aposentos, coloco la funda del violín en el suelo y abro los pasadores. El instrumento es una obra maestra de madera roja curvada y sujeciones negras. Un regalo de padre. Engancho el

meñique a la cuerda de la nota mi, fina y tensa, y la taño. Ante el sonido agudo y metálico, los dedos de mi mano izquierda se curvan sutilmente ellos solos, como si quisiesen ocupar su lugar sobre el diapasón.

Acuden a mí los primeros acordes de piano de la *Sonata para violín de Lisandro.* Me coloco el instrumento en el regazo y mis dedos empiezan a moverse. Cambio a tercera posición y luego a sexta, recorriendo la compleja sucesión de dieciséis notas. Acabo por fallar en la escala, incapaz de recordar lo que viene a continuación.

Me quedo arrodillada en el sitio, contemplando el violín. Luego lo meto de nuevo en la funda y cierro la tapa. ¿Para qué voy a volver a la música si mi vida se va a acabar?

Lo cual me recuerda algo. Me acerco al escritorio, donde mi diario sigue abierto. Quedan veintiocho días. Verlo me estremece. Me apresuro a meter la blasfema prueba de lo que me queda de vida en el cajón del escritorio.

El baile comenzará dentro de pocas horas. Empiezo a prepararme. Padre cree que voy a cambiar de idea sobre el príncipe Balior, así que sigue manteniendo una fachada de celebración. Me pongo un liviano vestido del color del cielo como si de una armadura se tratase, zapatillas de seda ribeteada de diminutos ópalos y una pinza de perlas para sujetarme la compleja trenza, así como kohl en los ojos.

Meto la mano tras el tocador y saco una cajita en la que descansa un fino brazalete con forma de flecha, forjado en plomo. El brazalete gemelo del que lleva Notos. Si estamos prometidos, la costumbre dicta que la mujer ha de llevar una pieza de joyería regalo del novio, símbolo de su compromiso mutuo. También servirá para reforzar la idea del compromiso con Notos a ojos del príncipe Balior.

Con la boca fruncida, saco el brazalete de la caja y me lo pongo en la muñeca. Entonces suenan golpes en la puerta.

—¡Un minuto!

Abro la puerta y me encuentro con un hombre alto y esbelto vestido con una túnica tan lujosa que me da la impresión de que los

dioses han cortado el cielo del ocaso en franjas rosadas, anaranjadas y violetas para luego tejer con ellas esta prenda excepcional que tengo ante mí. Enmarca su mandíbula una barba frondosa y bien cuidada. Este rostro me es muy querido, aunque hace meses que no lo veía.

—Amir. —Me veo obligada a agarrarme al marco de la puerta para que no se me doblen las rodillas de sorpresa—. ¡Pensaba que no llegabas hasta la semana que viene!

—Nuestras monturas eran muy rápidas. —Sus dientes destellan en una sonrisa que he echado de menos amargamente—. Se me ocurrió darle una sorpresa a padre.

—Le encantará ver que has vuelto antes de lo esperado.

Nos miramos y yo reprimo el impulso de dar un paso hacia atrás y cerrarle la puerta en la cara.

—¿Te encuentras bien? —Escruta mi rostro, de pronto no muy seguro.

—Por supuesto. —No soy consciente de lo fuerte que estoy agarrando el marco hasta que mis uñas se clavan en la madera. Me obligo a relajarme—. ¿Por qué lo preguntas?

—No pareces muy entusiasmada de verme, nada más.

Alzo una mano y me restriego el pecho, justo donde he sentido una punzada. Amir tiene buen aspecto, los ojos brillantes. Su piel tiene el beso de la sal y del sol, del calor y del viento. Me da la impresión de que parece una persona libre.

—Por supuesto que me alegro de verte —susurro.

Esta verdad va acompañada siempre de amargura: él puede marcharse de Ishmah y buscar la felicidad más allá de los terrenos del palacio mientras que yo me quedo aquí, siempre aquí, para preguntarme dónde se habrá marchado otro de mis seres queridos y por qué.

Nos abrazamos. Aprieto mi complexión, más menuda, contra la suya. Amir huele a menta y a barniz. Su ausencia ha durado tres meses, y en ese tiempo han cambiado muchas cosas.

—Háblame de tu luna de miel —le pido—. ¿Ha sido tan maravillosa como esperabas?

—Y mucho más, muchísimo más. No estábamos listos aún para volver a casa.

Entra de golpe en mi habitación y mira en derredor. Una cálida brisa mueve las cortinas y agita el extremo de su turbante, que le cuelga del hombro. Tiene tatuada en la mano una runa color ópalo. Tuleen, su esposa, lleva tatuada la misma marca.

—¿Cómo está Tuleen?

No podría ser más educada. A fin de cuentas, se trata de mi cuñada. La futura reina de Ammara. Así intento verla, y no como la mujer que apartó a mi hermano de mi lado.

—Está bien. Ahora mismo se encuentra descansando… Ha sido un viaje muy largo. La verás esta noche. —Se gira hacia mí con una intensidad que me amilana—. ¿Seguro que te encuentras bien, Sarai?

La culpabilidad se adueña de un espacio en mi corazón. ¿Qué decirle, que me queda un puñado de semanas de vida? ¿Que me he prometido con el inmortal que me rompió el corazón solo para salvar a Ammara de un hombre que pretende destruirla? ¿Que sufro todo el tiempo, que estoy furiosa todo el tiempo, que fracaso todo el tiempo? Todo esto sería mucho más fácil si padre no me hubiese prohibido mencionarle la maldición a nadie, incluido Amir, que no tiene ni idea de mi muerte inminente.

Como no respondo de inmediato, Amir se acerca a la ventana, quizá porque ha percibido que necesito algo de espacio.

—Te pregunto porque padre me ha informado de tu compromiso —explica.

Yo me envaro, repentinamente alarmada.

—¿Cuándo?

Amir no parece enojado. Me habría esperado un aluvión de maldiciones escupidas.

—Me escribió el mes pasado. Bueno, más bien debería decir próximo compromiso. Es un alivio que las negociaciones con el

príncipe Balior hayan salido bien. Será una pareja excelente para ti.

Mi inquietud aumenta aún más.

—¿Eso es lo único que has oído? —pregunto—. ¿Nada más?

Él me mira por encima del hombro, con curiosidad.

—¿Qué más debería haber oído?

Niego con la cabeza y desecho esa pregunta. Si Amir no sabe que estoy prometida con el Viento del Sur, no seré yo quien lo mencione. No ve con buenos ojos a Notos. De hecho, puede que lo desprecie más que yo. Jamás lo ha perdonado por haberme hecho tanto daño.

Mi hermano toma asiento en uno de los sillones orejeros junto a la ventana. Yo me siento frente a él. En tono quedo, pregunta:

—¿Cómo se encuentra padre?

Soy una princesa terrible y una hija aún peor. ¿Qué conozco yo realmente de mi padre, de mi propia sangre, aparte de su capacidad férrea para gobernar? Su salud mengua, pero no voy a visitarlo.

—Se ha mantenido estable desde que te marchaste, aunque últimamente no sale de la cama.

Amir aprieta los dientes. Tuleen y él han regresado pronto de su viaje debido a la salud cada vez más precaria del rey. Padre debe enseñarle aún unas cuantas cosas a Amir antes de fallecer. Hace tiempo que sabemos que su muerte es inminente, pero aún no estoy preparada para enfrentarme al hecho de que nos dejará pronto. Al igual que yo misma.

—Te pregunto porque mencionó en sus cartas que sigue habiendo perturbaciones cada vez mayores por todo el reino.

Yo vacilo.

—En los últimos tres meses ha habido un aumento significativo de avistamientos de umbrandantes. Padre tiene motivos para estar preocupado.

Según mencionaron algunos de los asistentes a los que oí hablar por los pasillos, han desaparecido dos personas del anillo superior. Resulta bastante inusual. Los ricos viven en la parte más alejada de las puertas de la ciudad, pero, al parecer, un hombre y su hijo habían ido de excursión a una ciudad cercana y no regresaron.

—Padre afirma que tu matrimonio con el príncipe Balior podría acabar con los umbrandantes.

Asiento.

—Eso es lo que padre espera. —Y la excusa que le ha dado a Amir—. Aun así, creo que podríamos enfrentarnos a este problema nosotros solos, sin necesitad de ayuda de foráneos.

—¿A qué te refieres? La fuerza del príncipe Balior sería toda una bendición a la hora de erradicar a esas bestias. Si consiguieran entrar en la ciudad o en el palacio…

—Una de ellas ya ha entrado.

Él se sobresalta. Sus ojos se desorbitan, y aprieta las manos sobre los reposabrazos del sillón.

—¿Qué? ¿Cuándo ha sido y dónde?

Yo me encojo y me masajeo las sienes para aplacar el doloroso latido que siento en ellas.

—Fue en la biblioteca, hace algo más de una semana. Yo estaba llevando a cabo algunas investigaciones a deshora y uno de esos monstruos apareció y me persiguió por las estanterías.

Amir se queda boquiabierto. Si no se encontrase tan incómodo con este tema de conversación, yo me atrevería a decir que su expresión resulta divertida.

—Pero no resultaste herida, ¿verdad? —Me recorre de arriba abajo a toda prisa—. ¿Cómo escapaste? —Cada hueso curvado de su rostro se tensa rígidamente de pura incredulidad—. No pretendo ofenderte, pero no puede decirse que seas la persona más, digamos, atlética del mundo.

—Tú tampoco eres la persona con más, digamos, tacto del mundo, hermano. —Le dedico la más dulce de las sonrisas—. Tuve suerte. Estaba oscuro, y esas criaturas no pueden cambiar de dirección con suficiente rapidez.

Y también estaba Notos, por supuesto. De no ser por él, estaría muerta.

—¿Padre está al tanto de esto? —pregunta Amir.

La noche en la que sufrí aquel ataque, tenía intención de informar a padre de la presencia del umbrandante. Pero en aquel momento era una mujer entre la espada y la pared, a punto de morir. Me daba miedo que el príncipe Balior quisiese vengarse si descubría el motivo de mi repentino cambio de opinión. Así pues, no dije nada. Aunque dio igual. El rey Halim se enteró de lo ocurrido gracias a los guardias apostados en la biblioteca. En cualquier caso, Notos regresó a la biblioteca más tarde aquella misma noche en busca de más umbrandantes, tras encargarse del cadáver del primero. No encontró nada, aunque el archivista jefe casi perdió la cordura al ver la destrucción que se había desatado en la biblioteca.

—Por supuesto que está al tanto, Amir.

Mi hermano asiente.

—Bien. Aunque probablemente voy a pedir que se vuelvan a peinar los terrenos del palacio. No podemos permitir que esas bestias amenacen a tu prometido, ¿verdad?

«Ahora», pienso, ahora es el momento de mencionarle mis sospechas.

—Para ser sincera —empiezo a decir lentamente—, tengo ciertas reservas sobre el príncipe.

Amir se tironea de la barba y entrecierra los ojos interrogativamente.

—El príncipe Balior es un buen hombre. Honorable, de éxito, respetado. Aunque hayas oído chismorreos por la corte, te sugeriría que no les prestases atención. Ese tipo de rumores son capaces de pudrirte el cerebro.

Mi hermano tiene buenas intenciones, y yo lo quiero mucho. Pero Fahim era la única persona con quien yo me sentía lo bastante a salvo como para compartir mis vulnerabilidades. Fahim sabía bien que el palacio me ahogaba, estaba al tanto de mis ansias de aventura. Y aun así, no pude reconocer su angustia hasta que fue demasiado tarde.

Sea como sea, hago lo que siempre he hecho. Esbozo una sonrisa; mis ojos se arrugan de alegría y humor. Entierro toda la

presión que siento.

—Tienes razón —concedo—. No es propio de mí hacer caso a los chismes.

13

Una gota de sudor me recorre las vértebras. Esto ha sido un error. ¿Quién se pone un vestido de manga larga en pleno verano? Pues, al parecer, yo. Me temo que me voy a derretir entera antes de que asomen las estrellas.

Las puertas del salón de baile, que dan a los jardines del este, están abiertas de par en par. Ramas colgantes y setos podados proporcionan un alivio sombrío entre su follaje. Los invitados deambulan por los senderos de los jardines, con sus bebidas. No alcanzo a contar cuántos son. Hay dignatarios de visita desde reinos vecinos, gobernadores de ciudades lejanas de toda la Ruta de la Especia, aristócratas acaudalados.

Amir y yo nos refugiamos tras una columna en el perímetro del salón de baile. Al otro lado de la enorme cámara, padre supervisa los festejos desde su trono sobre un pedestal. La tarde se va refrescando hasta dar paso a la noche, y el rey se hunde en su opulento asiento.

El médico del palacio viene de vez en cuando a comprobar su estado. Le ofrece al rey un brebaje que este no deja de rechazar. Yo me muerdo el labio inferior, preocupada. Padre no debería estar aquí, teniendo en cuenta cómo se encuentra. Lo mejor sería que descansase en sus aposentos.

Amir parece darse cuenta. Apura su bebida —la segunda de la velada— con aire de completa congoja. Mientras tanto, yo paseo la vista por la zona en busca de unos hombros anchos; aún no he visto a Notos. Sin embargo, sí que veo a Dalia, acompañada de su pequeño séquito. La media sonrisa que curva su sinuosa boca me provoca un nudo de inquietud en las tripas.

—Y pensar que voy a pasarme la vida codeándome con esa gente a la que desprecio —gime Amir—. No me extraña que Fahim evitase siempre estos eventos.

Le lanzo una mirada de soslayo a mi hermano, olvidándome momentáneamente de Dalia. Amir tiene razón y, al mismo tiempo, se equivoca. Fahim siempre fue el más animado de los hijos del rey, pero después de que padre lo obligase a abandonar el violín, se retrajo. Sus estudios requerían cada vez más atención. Solía saltarse las comidas. En el año previo a su muerte, yo dejé de esperar que viniese a cenar. Solo puedo imaginar hasta qué punto se desequilibró su vida, aplastada para siempre bajo las expectativas imposibles de nuestro padre.

Me giro hacia mi hermano y pregunto:

—¿Estás listo?

No necesito más aclaración. A juzgar por el modo en que Amir frunce la boca, sabe de lo que estoy hablando.

—Da igual que esté listo o no —dice—. No tengo alternativa, ¿verdad? —En cuanto esas palabras salen de su boca, Amir frunce el ceño, con las facciones pintadas de una desolación que me resulta familiar—. Supongo que Fahim tampoco tuvo alternativa cuando quedó decidido que iba a ser rey.

Recuerdo haber visto una mirada parecida en los ojos de Fahim, abrumada por las responsabilidades. Empiezo a sentir pánico, porque no quiero que Amir corra el mismo destino que nuestro hermano.

—Amir —le agarro la mano con fuerza. Él me contempla, sobresaltado—, si alguna vez te sientes perdido y no estás seguro de con quién hablar, por favor, acude a mí.

Me giro hacia la reunión. En ese momento, una mujer esbelta acompañada de un hombre mayor —su padre, supongo— saluda a mi hermano con un beso en la mejilla.

—Hola, querido —dice.

Amir sonríe y estrecha a Tuleen en un abrazo. Ella se aprieta contra mi hermano con gusto. Yo intento no clavarles la mirada.

¿Esto que siento es envidia? ¿Soy consciente de mi propia pérdida, de una felicidad que experimenté en su día y que se echó a perder?

—Que nuestro Señor de la Montaña te ilumine, Sarai.

La voz de Tuleen me recuerda a los vientos del desierto: grave y etérea. Le rozo la mejilla a mi cuñada con los labios. Su aroma, perfumado con jazmín nocturno, se queda pegado a mis narices al retirarme.

—Y a ti también, Tuleen.

Ella mira de reojo a mi hermano, pero la atención de Amir está centrada en un grupo de consejeros en el otro extremo de la habitación. El grupo lo llama, y Amir se disculpa y se acerca a ellos entre la multitud que deambula, bebe y baila por el jardín.

Tuleen se toquetea uno de los botones de su ornamentado vestido verde, apenas un tono más claro que sus ojos del color del musgo.

—Felicidades. Me he enterado de que pronto te vas a prometer en matrimonio con el príncipe Balior. —Me señala con un gesto y luego baja la mano, como si ese ademán le hubiese dado vergüenza.

—Gracias.

Doy un sorbo a mi bebida y sigo paseando la vista por la sala. Por supuesto que Tuleen cree que me voy a casar con Balior. Tal y como prometimos hacer, ni Notos ni yo hemos anunciado nuestro compromiso. El rey Halim se aferra a la esperanza de que acabaré por ver mi error antes de que la corte se dé cuenta de que las circunstancias han cambiado.

—Tendremos que celebrarlo —dice Tuleen.

Yo emito un sonido esquivo. Si Tuleen quiere celebrar mi compromiso con un hombre al que ya no estoy prometida, ella misma. Por suerte, yo no asistiré a esa celebración.

Tuleen abre la boca, vacila y vuelve a cerrarla. Por dentro suelto un suspiro de alivio. No hay mayor aire malgastado que el que se va en la charla intrascendente.

No tengo ni la menor idea de por qué Tuleen decide quedarse conmigo habiendo tantas nobles ansiosas por hablar con ella. Al

igual que yo, ella creció en la corte. Pertenece a una familia aristocrática de abolengo. Y precisamente por eso me niego a acercarme mucho a ella. Estas nobles siempre buscan con ansia todo tipo de debilidad, siempre dispuestas a devorar hasta las más pequeñas migajas.

—Esta noche estás encantadora —dice de pronto Tuleen, con una desesperación que me crispa por dentro—. ¿De dónde has sacado tu vestido?

Yo tamborileo con los dedos sobre el cristal y me pregunto hasta qué punto me meteré en problemas si me marcho sin contestarle. Bastante tensión ha sufrido mi relación con Amir en las últimas semanas. No puedo arriesgarme.

—Se lo encargué a Roshar Hammad. Es el mejor sastre del reino.

Ojalá estuviera aquí. Roshar adora estas funciones…, no hay nada que le guste más que un buen escándalo.

—Su trabajo es exquisito —dice ella, contemplando mi vestido—. Me encantan los detalles cerca del corpiño. ¿Son notas musicales?

Yo bajo la mirada. Las puntas de los dedos marrones de Tuleen recorren lo que indudablemente es un conjunto de ocho notas. Me he puesto este vestido en tres ocasiones distintas, pero es la primera vez que me fijo en ese detalle.

—Bastante adecuado para una violinista —dice, e inclina la cabeza.

Dejo mi copa en un alféizar cercano. De pronto me abruma el cariño hacia mi amigo, que ha sido capaz de tejer notas musicales en mi vestido para que yo lleve la música allá donde vaya sin saberlo.

—Tú tienes un aspecto muy… —miro a mi cuñada en busca de algún cumplido— saludable.

A ella se le cambia la cara. No es ninguna sorpresa, pues he empleado una palabra que se usa más para describir al ganado que a una mujer hermosa vestida de seda.

—Gracias —replica—. Muy amable por tu parte. —Entonces lanza un vistazo hacia las puertas del salón de baile—. Tu prometido es

muy guapo.

Mi cabeza latiguea, pero… no. Quien ha entrado es el príncipe Balior, vestido de resplandeciente seda blanca. Sus ojos se centran en mí con aire depredador. Yo lo contemplo calmada, hasta que aparta la vista. Me parece bien. No es en su cara en la que he estado pensando estas noches hasta quedarme dormida.

—Lo es —concuerdo en tono brusco.

Y sin embargo, sigo mirando en derredor. Dalia se ha ido acercando, reptante, a medida que avanza la velada. Ahora empiezo a fijarme en algunas miradas de disgusto que me lanzan ciertos invitados. Bajo la vista, pensando que quizá me he manchado el vestido, pero no hay nada en él.

—¿Qué tipo de personalidad tiene?

¿Por qué estamos hablando del príncipe Balior? Deberíamos estar comentando que a los demás invitados parece ofenderles mi presencia. Cruzo la vista con una mujer noble particularmente distinguida, y su semblante se contrae de pura repulsión.

—Se merece algo mejor que tú —prácticamente escupe, para luego girar en redondo y desaparecer entre la multitud.

Yo contemplo a la gente, absolutamente pasmada.

—¿A qué ha venido eso? —susurra Tuleen, preocupada.

—No lo sé… —Un hombre con túnica color lavanda atrae mi atención. Está cruzando la estancia; se trata del médico real—. Discúlpame, Tuleen. —Me apresuro a interceptarlo. Avanzo a toda prisa; mis sandalias se deslizan por el mármol—. ¡Señor!

Él se gira con un sobresalto. Sus gafas se le resbalan nariz abajo.

—Princesa Sarai. —El médico se recoloca la túnica, avergonzado, y recorre la estancia con la mirada. Debe de tener una década menos que el rey. Lleva el pelo canoso peinado hacia un lado para cubrir la calva—. ¿Necesitáis algo?

Una pareja en pleno baile me da un empujón por la espalda.

—¿Qué es ese tónico que queríais darle a padre?

—No estoy seguro de a qué os referís.

Le lanzo una mirada firme.

—Señor.

Él suspira. Me fijo en las profundas ojeras que tiene. He oído que apenas duerme un puñado de horas a causa de lo entregado que está al cuidado de padre.

—No es nada de lo que alarmarse. Solo es un remedio para ayudarle a ganar algo de peso.

Un invitado particularmente entrometido se sitúa cerca de nosotros, pero yo le clavo la mirada hasta que se escabulle hacia alguna otra parte. Probablemente, este no sea el lugar idóneo para discutir la salud de padre. Me apresuro a arrastrar al médico hasta un hueco ensombrecido en el que tener algo más de intimidad.

—¿Y por qué no se lo bebe?

—Dice que sabe horrible.

Yo reprimo una mueca sonriente. Desde luego, suena como el rey Halim.

—¿Y es verdad?

—¡Por supuesto que es verdad! —El médico se masajea las sienes, exasperado—. Pero no puedo hacer nada al respecto. Algunos días se lo toma, pero la mayor parte de las veces no. Mientras siga negándose a bebérselo, seguirá perdiendo peso.

—Ya veo. —Sea o no horrible ese brebaje, al rey Halim no le interesa parecer débil ante sus invitados. Ningún rey querría algo así. Es el único argumento con el que cuenta mi arsenal—. ¿Y si se lo doy yo?

—Como mínimo, vale la pena intentarlo.

Me tiende discretamente un pequeño vial lleno de líquido verde. Nos separamos y yo me dirijo al rey, sentado en su asiento. Me inclino en señal de respeto.

—Padre.

—Sarai. —Mira por encima de mi hombro con patente desaprobación—. ¿Dónde está tu prometido?

—Notos vendrá.

Me lo ha prometido. Y aun así, me pregunto cómo puedo ser tan necia como para confiar en la palabra de un dios cuyas promesas se

han convertido en mentiras.

Al rey no parece hacerle gracia la situación.

—Me refería al príncipe Balior.

Contraigo la boca en algo parecido a una sonrisa. Por supuesto que se refería al príncipe Balior.

—En primer lugar —digo en tono calmado, consciente de cuántos ojos y oídos se centran en nosotros—, jamás he estado prometida con el príncipe Balior, porque ya estoy prometida con otro. En segundo lugar, sé que no apruebas mi relación con Notos, pero, por favor, ten en cuenta que solo estoy haciendo lo mejor para Ammara.

—¿Lo mejor? —sisea él—. ¿Cómo va a ser esto lo mejor? El Viento del Sur es poderoso, cierto, pero no tiene la información que necesitamos.

—Tal y como he dicho antes, estaré encantada de discutirlo todo contigo… en privado.

El rey Halim me contempla con la indiferencia que cualquiera esperaría hacia un sabueso particularmente perezoso, no hacia su hija.

—A mí me parece que ya has tomado una decisión. Tal y como yo lo veo, discutirlo sería una pérdida de tiempo.

No me resulta sencillo ocultar el dolor que me provoca ese comentario. Dolor y rabia espinosa.

—¿Así es como me ves, como una pérdida de tiempo?

—Estás poniendo palabras tuyas en mi boca.

—Me limito a afirmar lo que tú ya has dejado claro.

Padre niega con la cabeza en señal de frustración. Los escudos que ambos levantamos no dejan de chocar entre sí.

—¿Acaso no te importa tu propia vida? —susurra.

—Por supuesto que me importa.

—¿Y a qué viene esta farsa con el Viento del Sur?

Oír el dolor en su voz me ablanda momentáneamente. La maldición me aflige, pero, desde luego, a él también. A menudo me he preguntado si se echa a sí mismo la culpa por la posición precaria en la que se encuentra Ammara y por mi muerte inminente.

—No espero que entiendas mis decisiones —digo—, pero me gustaría que confiaras lo bastante en mí como para permitirme vivir una vida que tenga sentido durante el tiempo que me queda.

El rey Halim aparta la mirada. Está confundido; en cierta manera, dividido. Quizá incluso sienta el corazón roto. Pero yo no puedo asumir la responsabilidad por emociones que no me pertenecen. Aparto a un lado la tela del vestido y le tiendo el vial de medicina. Padre parpadea, sorprendido. Yo digo:

—Sé que últimamente todo ha sido muy duro, pero el médico me ha dicho que es importante que te bebas esto. ¿Podrías hacerle caso por mí?

Él entrecierra los ojos.

—Sarai…

—Por favor.

Y ahora me permito bajar esos escudos. Permito que padre vea cuánto me preocupo por él, que me quitan el sueño las pesadillas en las que me entero de que ha fallecido sin haberse despedido de mí. El rey Halim es un hombre duro, pero sigue siendo mi padre, y está dispuesto a entregar su reino a cambio de mi vida. Es algo que jamás podré compensarle.

Me gustaría creer que mi vulnerabilidad lo aplaca en cierta manera, porque me hace un gesto para que me acerque y se traga la medicina sin poner más pegas.

—Gracias —susurro, y él baja la vista—. Enseguida vuelvo para ver cómo te encuentras —prometo.

Acto seguido, me acerco al otro extremo de la sala y ocupo de nuevo mi lugar junto a Tuleen. El murmullo apagado de las conversaciones se convierte en un rugido en mi cabeza. Tuleen me contempla preocupada.

Siento la presencia del Viento del Sur antes de verlo. Una brisa caliente invade todo el espacio y arrastra consigo el aroma del desierto a mediodía. Está ahí, cerca de las puertas arqueadas que dan al jardín. Lleva una túnica de color cuarzo, pantalones negros y turbante color marfil.

Me parece inevitable que su mirada acabe cruzándose con la mía desde el otro lado de la estancia. Notos se me acerca a zancadas, y a mí se me acelera el corazón. No estoy lista para esto. Necesito más tiempo. No debe haber señal alguna de que somos algo más que conocidos. Le doy la espalda e inicio una conversación intrascendente con Tuleen.

—Princesa Sarai.

La voz ronca de Notos me eriza el vello en la nuca. Está cerca, toda mi columna siente el calor que emana de su cuerpo. Yo sigo conversando con Tuleen y lo ignoro por completo. Al cabo, Notos se aleja, aunque me resulta difícil centrarme en nada que no sea el aroma que ha dejado a su paso.

—¿Quién es ese hombre? —pregunta Tuleen.

Para responder a eso necesito tener una copa en la mano. Agarro la que dejé en el alféizar y la apuro de un trago. El alcohol me quema la garganta con una sensación tan incómoda como necesaria.

—El Viento del Sur —digo con voz entrecortada—. Trabaja para padre; protege Ammara de los umbrandantes.

Suelto un suspiro y me apoyo contra la columna a mi espalda. Los invitados de la velada deambulan amodorrados, como moscas alrededor de un cadáver. Tuleen vacila.

—Parecía enfadado porque lo has ignorado.

Bueno, pues tendrá que gestionárselo él solo.

Tras haber dado cuenta de mi vino, le hago un gesto a uno de los criados para que me traiga otra copa. La bebida me confiere una falsa seguridad. Después de apurarla también, me permito buscar a Notos en medio de la multitud. Lo distingo con facilidad. Pero no está solo.

La mujer es encantadora. Esa es la primera de mis observaciones. Un vestido de plata líquida le cae por la cintura. Un trío de alfileres de rubíes adorna su elaborada trenza. Los dos conversan en lo que, imagino, es un tono apagado; con las cabezas inclinadas el uno hacia la otra.

Un candente abanico de emociones me provoca un nudo en la garganta al ver que Notos curva los labios en respuesta a algo que ha dicho ella. No es del todo una sonrisa, pero casi. Verlo con esa mueca me parece tan desacostumbrado que me resulta difícil apartar la mirada.

Tengo varias preguntas. Por ejemplo, ¿quién es esa mujer? ¿Cómo es capaz de derretir las rígidas facciones de Notos hasta que asoma a ellas algo parecido al afecto? ¿Por qué yo no puedo hacer lo mismo? Soy su prometida. Cierto es que todavía no se ha anunciado oficialmente, pero eso da igual. Que converse con otra mujer —soltera, pues no tiene la runa de ópalo en la mano izquierda— es señal de humillación. Una falta de respeto.

—¿Sarai? —La voz se oye a mi espalda. Vívida y engolada.

Lo que faltaba. Sin embargo, compongo el semblante y me giro. Mi expresión florece como un girasol a mediodía.

—Buenas noches, príncipe Balior.

Por el rabillo del ojo veo que Tuleen pasea la vista entre los dos con curiosidad. El príncipe sostiene una copa de vino a medio vaciar.

—¿Te puedo robar un momento? —pregunta con voz baja y suplicante—. Quería comentar algo contigo.

Qué curioso que, ahora que se encuentra entre la espada y la pared, esté tan manso.

—No quiero que esto sea más difícil de lo necesario, príncipe Balior. Ya he tomado una decisión. Una vez más, mis sinceras disculpas por lo mal que te he tratado. Ha estado mal, y no te merecías…

—¿Ha sido por mis investigaciones? —Con cuidado, examina mi mirada—. Sé que no he sido sincero del todo contigo en cuanto a mi interés en el laberinto —dice—, pero espero que entiendas que no pretendía ocultarte ningún tipo de información. Me encuentro en el reino de otro rey, entre un pueblo que no es el mío, y no siempre sé en quién puedo confiar. ¿Entiendes mis preocupaciones?

—Las entiendo —replico y, para mi sorpresa, me doy cuenta de que lo he dicho con sinceridad—. Pero no se trata de eso.

—¿Y entonces de qué se trata? No comprendo cómo se puede pasar de despreciar por completo a una persona, tal y como tú afirmabas despreciar al Viento del Sur, a estar enamorada y prometida.

Tuleen hace una rápida inspiración entre dientes.

«Mierda.»

El príncipe Balior me contempla, expectante.

—¿Y bien?

Creo que no lo ha oído nadie más que Tuleen, aunque sigo convencida de que los invitados me juzgan con miradas frías y cuchichean entre sí cada vez que les doy la espalda. Esta velada no va como yo había planeado. Cómo me gustaría poder disfrutar de un poco de oscuridad y soledad.

—Si hubieras sido sincero en un primer momento sobre tu interés en el laberinto —le digo al príncipe con voz baja—, quizá sí que habría visto la situación con otros ojos.

—Pero es que sí que quiero contarte todo lo que he averiguado. —Da un paso al frente. A mi lado, Tuleen se queda rígida—. Con suficiente tiempo, creo que podría recuperar tu confianza en mí. Te pido otra oportunidad para demostrar que mis intenciones son nobles. Quiero atar mi vida a la tuya, y espero que tú quieras lo mismo.

—Príncipe Balior…

—Tu padre solo quiere lo mejor para ti. Te ama muchísimo. Ojalá pudieras escuchar los elogios que te dedica a puerta cerrada.

Siento un aleteo de incertidumbre bajo el esternón. ¿Cómo va a ser eso verdad si jamás lo he presenciado?

—¿Te lo vas a pensar mejor? —presiona, con más insistencia.

No sé qué creer, pero digo:

—Reflexionaré sobre ello.

Al menos así conseguiré que me deje en paz.

—En ese caso, hablaremos pronto.

Antes de que yo pueda responder nada, Balior se aleja y se pone a charlar con otro individuo ignorante de la situación.

El pánico recorre mis terminaciones nerviosas. ¿Cómo distinguir las mentiras de la verdad? ¿He sido injusta al juzgar prematuramente el carácter del príncipe Balior? Un matrimonio sin amor no es exactamente una condena de muerte. Creo que podría llegar a respetar al príncipe, suponiendo que tuviera tiempo para ello.

Por desgracia, Dalia aparece, probablemente invocada por fuerzas malévolas. Contempla al príncipe marcharse con una sonrisa salaz en la boca.

—Desde luego, sabes mantener el espectáculo por aquí.

No tengo tiempo para esto.

—¿Qué has oído?

—Algo sobre un compromiso. —Sus ojos vuelan hacia el Viento del Sur—. Pero no con el hombre con quien tu padre quería que te casases.

Se me acelera el pulso, que late desbocado en mi cuello. Hay un momento y un lugar para anunciar mi compromiso con Notos, y no es ni aquí ni ahora.

Doy un paso al frente.

—Dalia…

Tuleen agarra a la mujer antes que yo. Aunque es más menuda, el frío en su mirada bastaría para acobardar a los hombres más curtidos en batalla.

—¿Qué te importa a ti lo que haga la princesa Sarai? En mi opinión, tu único propósito esta velada ha sido soltar chismorreos en la corte. —Dalia se aparta un paso de la futura reina de Ammara, de pronto cautelosa. Su séquito parece haberla abandonado—. Creo que es hora de que te vayas —dice Tuleen con voz entrecortada. Mira más allá de Dalia, alza una mano y curva dos dedos en señal de «venid aquí». Tres guardias se aproximan—. Por favor, acompañad a lady Yassin fuera de la sala.

Se hace el silencio. Todos los invitados giran el cuello hacia el espectáculo. Tantos ojos y tantos prejuicios que el aire mismo se vuelve asfixiante. Hasta el rey Halim nos observa desde su pedestal.

Dalia tiene cara de haberse llenado la boca de sal.

—¿Disculpa?

Tuleen mantiene la vista fija en su belleza de amplio busto.

—Eres una mujer noble. No deberías caer en el chisme fácil. Asegúrate de guardarte para ti esos comentarios maliciosos.

Y, dicho esto, los guardias acompañan a Dalia fuera del recinto.

Tras la partida de la mujer, las conversaciones explotan. Cuando acabe la velada, todo el mundo sabrá ya que lady Dalia Yassin ha sido sacada a empujones por orden de la futura reina de Ammara. Sin embargo, nadie sabrá que ha sido por mi incapacidad para defenderme a mí misma. Resulta humillante no poder ocuparme de mis propios asuntos.

—¿Princesa Sarai?

Aprieto los dientes. No estoy de humor para fingir buenos modales. Me giro hacia la mujer de mi hermano. Cómo me gustaría que no hubiese presenciado la facilidad con la que Dalia me ha dejado fuera de combate. Yo debería ser más fuerte. Soy más fuerte, de hecho.

—¿Sí, Tuleen?

No hay rastro de la tierna futura reina, de esos ojos moteados de verde como aguas revueltas. En su lugar hay una mujer furibunda, con la mandíbula tensa y los labios apretados.

—Yo no te gusto mucho, ¿verdad?

Me paso el día socializando y halagando, sonriendo y mostrándome educada. Es totalmente agotador. No puedo más.

—No es que no me gustes. Es que no confío en ti.

Ella me contempla, calmada.

—¿Por qué no?

—Porque eres una mujer de la corte. Has nacido para urdir planes, y como tal, tú y yo jamás llegaremos a entendernos.

—Pareces muy segura de ello.

—Es que lo estoy.

—Y sin embargo, te acabo de defender de esa horrible criatura.

Mi réplica se desintegra antes de tener la oportunidad de tomar forma. Me muevo incómoda en el sitio. Tiene razón. Por otro lado, ¿para qué sirve un favor? ¿Quién dice que no lo usará en mi contra en el futuro? Ella añade, en tono suave pero no débil:

—Tienes derecho a tu opinión, pero espero que, a su debido tiempo, pueda demostrarte que te equivocas.

Antes de que yo pueda responder, Amir regresa con una copa en la mano. Engancha su mano libre a la cadera de su mujer y la aprieta contra sí. Tuleen intenta sonreír, pero su infelicidad es patente. Siento una punzada de culpabilidad.

De pronto, Amir se envara.

—¿Qué demonios está haciendo ese aquí?

Se me encoge el estómago. El futuro rey acaba de centrar la vista en Notos, al otro lado de la estancia. Yo también lo miro. La mujer vestida de plata sigue a su lado, siempre a su alcance. Una ráfaga de pura ira me hierve bajo la piel. ¿La acaba de tocar o acaso me lo he imaginado? No, estoy segura de que lo he visto acariciarle la parte baja de la espalda con la mano.

—Padre cuenta con los servicios del Viento del Sur —explico. Me salen las palabras erizadas; prácticamente las escupo—. Llegó hace tres semanas.

Amir tiene aspecto de que nada le gustaría más que prenderle fuego a Notos.

—¿Desde cuándo acepta padre que regresen traidores a nuestro reino?

Yo pienso exactamente lo mismo. Y sin embargo, sin Notos, el umbrandante de la biblioteca me habría matado y despedazado. El Viento del Sur ha venido a proteger Ammara. Y eso hay que tenerlo en cuenta.

—Ya sabes la presión bajo la que se encuentra padre. La sequía es pertinaz. El comercio mengua. Los umbrandantes se siguen multiplicando por motivos desconocidos. Ahora mismo, el poder de Notos es una bendición para Ammara.

—¿Y qué más dará que el Viento del Sur tenga poder si echa a correr ante la primera señal de problemas? Hay otros capaces de protegernos, otros más dignos de confianza.

Tiene razón y, al mismo tiempo, se equivoca. Hay otros, sí, pero ninguno posee el poder del Viento del Sur. Amir gruñe:

—Si el Viento del Sur no deja de mirarte, le voy a sacar los ojos y se los voy a echar de comer a los cuervos.

—No, por favor —digo—. Has bebido demasiado.

Y yo también.

Amir apura el resto del vino y deja la copa vacía en una mesa. Un fino barniz letal cubre sus ojos con un brillo.

—Amir —advierto. Mi hermano echa a andar hacia el otro extremo de la sala. Yo me abalanzo y lo agarro del brazo—. Espera. —Él se zafa de un tirón, y yo giro como una hoja al viento—. ¡Amir!

Corro tras él y, con las prisas, casi choco con un grupo de gobernadores. La acompañante femenina de Notos se ha marchado, para mi gozo. Y que no vuelva. El Viento del Sur saluda a mi hermano con una pronunciada reverencia.

—Amir.

La expresión del futuro rey se endurece.

—Para ti, príncipe Amir.

—Mis disculpas, príncipe Amir.

Mi hermano enseña los dientes en una mueca. Tuleen intenta llamar su atención, pero es como si tratara de derribar un muro de piedra. La voluntad de Amir es inquebrantable. Toda la familia es así.

—Demuestras muchas agallas volviendo así a Ishmah —escupe—. Puede que padre crea saber lo que necesita este reino, pero en cuanto la corona sea mía, te desterraré a las Tierras Baldías.

A estas alturas, la mayor parte de los invitados se ha reunido para presenciar el intercambio. Forman un semicírculo a nuestro alrededor. Notos no se amilana ante el antagonismo de Amir. En cambio, lo que hace es dedicarme una mirada con esos ojos negros y resplandecientes. Hay una pregunta implícita en ellos: «¿Cuánto sabe de lo que está pasando?». Me da miedo responder.

Me coloco entre los dos y le pongo a mi hermano una mano en el pecho.

—Amir, basta. Tal y como te he dicho, ha sido padre quien ha pedido que Notos regrese. No puedes culparlo por responder a la llamada del rey.

—Puedo y lo haré.

Cinco dedos me rodean suavemente el brazo. La mano de Notos es tan ancha que puede rodearlo con facilidad.

—¿Se lo explicas tú o se lo explico yo? —murmura junto a mi oído, y me provoca un escalofrío.

—Aparta las manos de mi hermana —gruñe Amir.

Notos se niega a apartar la mano y mi hermano se abalanza sobre él. Sin embargo, Amir no espera que el Viento del Sur se aparte tan rápido. Toda la noche bebiendo vino le ha atontado los reflejos. Se estampa de cara contra una mesa cercana. La mesa vuelca, y varios espectadores retroceden y chocan entre sí. Platos y cubiertos caen al suelo. Se hacen añicos las copas de cristal.

El rey Halim contempla el espectáculo con horror creciente. Mientras tanto, el príncipe Balior lo observa todo con los brazos cruzados y la boca apretada en una mueca compasiva. La princesa, el futuro rey y el Viento del Sur enzarzados en una pelea. Semejante cotilleo se contará durante años.

—Nos marchamos —digo en voz baja, y me giro hacia mi cuñada—. Tuleen, por favor, asegúrate de que Amir llega sano y salvo a sus aposentos.

Le hago un gesto a un guardia cercano para que venga a ayudarnos.

Amir se pone en pie con dificultad, con todo el rostro enrojecido bajo la barba. Desenvaina su cimitarra. Y yo me pongo en movimiento para interponerme entre la espada y el corazón de Notos.

14

El brazo del Viento del Sur me rodea el pecho y me aprieta contra su cuerpo al tiempo que una muralla de viento me envuelve por completo. Cuando alargo la mano, siento que estoy tocando dura piedra. Un temblor recorre todo el cuerpo de Notos, que respira entrecortadamente.

Entonces me doy cuenta de lo que he hecho: me he interpuesto entre un arma y su objetivo. Debería haberme dado igual. Ningún arma hecha por mortales puede matar a Notos. Y sin embargo, me he movido sin pensarlo.

—Suelta a mi hermana —sisea Amir.

La punta de su espada araña la superficie de la dura pared de aire.

—¿Te refieres a tu hermana o a mi prometida? —dice Notos en tono enojado.

Se hace un silencio tan denso que oigo el ruido de mi propia garganta al tragar saliva. Y entonces, susurros. Susurros frenéticos que reverberan por el aire hasta que no hay rincón del salón de baile que no ocupe el rumor y el rugido de sus oleadas.

«¿Lo he oído bien?»

«¿La princesa Sarai y el Viento del Sur?»

«¿Están prometidos?»

«¿Y qué pasa con el príncipe Balior?»

«No puede ser.»

Amir suelta una risotada, un sonido alto y estridente amortiguado por la cantidad de vino que ha tomado esta velada. Tuleen se encoge, avergonzada.

—Primero —dice Amir en tono desdeñoso, con la mirada fija en el Viento del Sur, por encima de mi hombro—, te niegas a obedecer una orden directa del heredero al trono. Y ahora escupes una declaración tan poco plausible que resulta ridícula. Suelta a mi hermana y no te pongas más en evidencia.

—La soltaré en cuanto bajes la espada —dice Notos con idéntico desdén.

Se suceden varias exclamaciones ahogadas por todo el salón de baile.

El Viento del Sur y yo estamos a un lado de la barrera de aire. Amir y Tuleen se encuentran al otro, con los invitados a la espalda. Son todos como polillas atraídas por el brillo de la llama de una vela. Tal y como está la situación, nadie se da cuenta de que el médico del palacio acompaña al rey Halim fuera del salón de baile. Nadie excepto yo misma.

—Recuerda con quién estás hablando —ruge Amir—. Suelta a mi hermana o mandaré que te decapiten.

—No, no lo harás —espeto yo.

Los ojos de Amir vuelan hacia mí, cargados de confusión. En este momento se parece tanto a Fahim que resulta doloroso.

—En ese caso celebraremos un duelo, y el que resulte ganador tendrá el honor de arrebatarle la vida al otro.

Notos desenvaina su cimitarra. El arma curva emite un destello brillante; su filo está cubierto de muescas de muchas batallas. He visto a Notos afilar y pulir esta hoja con agónico cuidado en muchas ocasiones. Nadie puede vencer en duelo al Viento del Sur. Tiene poderes que exceden los de cualquier mortal. Si se baten en duelo, estoy segura de que mi hermano acabará tendido en un charco de su propia sangre.

—Aparta el arma —le gruño a Amir.

—Te ha deshonrado al verter esas mentiras. —Su espada no flaquea—. No pienso permitirlo.

Paseo la vista por la estancia. Muchos ojos sedientos de sangre. Sin embargo, hay una persona en particular que se ha ausentado: el

príncipe Balior.

—Notos no miente —admito en tono quedo, con la esperanza de calmar la situación—. Estamos comprometidos.

La conmoción reverbera por entre la multitud. Amir es como una de las esculturas que flanquean el distrito de los templos, las deidades santas enterradas para siempre bajo la árida roca.

—¿Crees que soy idiota? —Aprieta tanto los labios que casi desaparecen—. No pienso permitir…

—No es ningún engaño —espeto cuando empieza a acabárseme la paciencia. Mi hermano es el más terco de los hijos del rey Halim.

—¿Padre te ha dado su bendición?

—No con esas palabras, pero siempre ha admirado y respetado a Notos. Es una buena pareja.

Este dato se filtra entre la multitud, primero reverberando y luego como una enorme ola. Los invitados empiezan a poner en duda la legitimidad del anuncio.

«¿El rey Halim les ha dado su bendición?»

Que hablen. Nadie va a dudar del rey.

Al cabo, mi hermano baja la espada apenas una fracción.

—No lo comprendo. —Buena parte de su desdén anterior se ha desinflado, demasiado abrumado por la confusión como para mantenerse—. Sabes bien el daño que te ha hecho este dios.

Vaya si lo sé. Roshar no fue el único que me ayudó a volver a pegar los añicos de mi ser después de que Notos desapareciera sin dejar rastro. Amir también me ayudó. Sin embargo, me da más miedo la amenaza hacia Ammara que acabar otra vez con el corazón roto. Puede que el Viento del Sur sea lo único que se interpone entre este reino y la ruina total.

—Amir —digo en tono suplicante—, aparta la espada, por favor.

Él pone una expresión tan ultrajada que cualquiera diría que le he pedido que se desnude.

—Solo si el Viento del Sur envaina su propia arma.

Notos me sigue rodeando la cintura con el brazo izquierdo. El derecho está extendido, con el arma en alto. Le toco la parte interior

de la muñeca, con una pregunta silenciosa. De inmediato, el Viento del Sur envaina la espada. Amir lo imita, y es entonces cuando desaparece el muro de aire. Toda la estancia suelta el aliento; numerosos invitados se abanican ante este espectáculo tan emocionante como alarmante. Desde luego, está claro que será el evento social más entretenido de toda la temporada.

Amir mira a Notos a los ojos.

—Tú y yo aún no hemos acabado.

El Viento del Sur no dice nada. Se limita a mirar a mi hermano, que sale en tromba de la habitación con Tuleen pisándole los talones.

La multitud empieza a dispersarse y yo me abro camino hacia la mesa donde descansa el refrigerio. Agarro un vaso de agua y lo apuro de un trago. Su frescura espanta la sequedad de mi garganta. Todo este espectáculo me ha alterado más de lo que estoy dispuesta a admitir. Pero ¿qué puede hacer una mujer atrapada entre la espada y la pared?

Yo esperaba que Notos me hubiese seguido, pero lo veo en medio del salón, dirigiéndose decidido hacia el pasillo. Se me encoge el corazón al verlo retirarse.

Antes de darme cuenta, me pongo en movimiento. Dejo la copa y aparto a los invitados a izquierda y derecha. Agarro a Notos del brazo antes de que llegue al pasillo.

—¿A dónde vas?

«¿Vas a encontrarte con esa mujer misteriosa?» Desde luego, iba con bastante prisa.

Él me contempla con impaciencia.

—A la biblioteca. Quiero probar algo.

A esta hora de la noche, la biblioteca está cerrada. Vacía. Una ubicación ideal para encontrarse con una mujer soltera sin el peligro de manchar su reputación. Mis dedos agarran a puñados el frontal de su túnica del color del ocaso.

—Tenemos ciertas cosas que discutir.

—Sea lo que sea, tendrá que esperar.

—No puede esperar.

Sus ojos se avivan con una advertencia.

—Sarai.

—Notos.

Es entonces cuando su atención se centra en mi brazalete. Se le oscurece la mirada. Ver su expresión me provoca una oleada de calor que me arrebata el aliento.

—Es un símbolo —explico, anticipando su pregunta—. Representa nuestro compromiso. —Me alegra hablar en tono indiferente. Hasta a mí me parece creíble—. A fin de cuentas, fue un regalo que me hiciste tú.

—Así fue —replica él lentamente—. No sabía que aún lo tenías.

De pronto soy muy consciente de nuestra proximidad, de la presión de sus duros músculos contra los míos, del roce del aire caliente contra mi piel, que asciende y fluye al compás de su respiración. Ya me he encontrado antes aquí; fue la época más delirantemente gozosa de mi vida. No augura nada bueno que me cueste tanto mantener la distancia.

—Por más que me apetezca comentar las joyas que te has puesto —dice—, tengo que hacer algo, y no puede esperar.

Tras un instante, lo suelto. Por supuesto que va a encontrarse con esa mujer misteriosa. Me imagino las manos de Notos en sus caderas. Me imagino que esa mujer le pasa los dedos por el cabello. Me imagino que sus bocas se unen, suaves, abiertas. Me llevo una mano al pecho, por encima del estruendo de mi corazón.

—¿Qué puede ser tan importante a esta hora? —Mi voz, traicionera, tiembla—. Soy tu prometida.

El Viento del Sur me estudia. Por una vez, no me parece tan terrible bajar la guardia. Confío en él, aunque me temo que eso juegue en mi contra. Notos me lleva hasta un hueco tenuemente iluminado. Baja la voz, y su ancha complexión bloquea al resto de invitados que deambulan por aquí cerca.

—¿Te has dado cuenta de que el príncipe Balior se ha esfumado durante el baile?

Asiento.

—¿Crees que ha ido a la biblioteca?

—A la biblioteca o al laberinto.

Me siento tan aliviada que casi doy un respingo cuando Notos pregunta:

—¿Qué te dijo el príncipe antes?

—Nada importante, solo que espera que podamos discutir todo este malentendido. —Vacilo, no muy segura de qué decir a continuación, hasta que suelto—: Cree que hacemos una pareja excelente y que nuestros reinos serán más fuertes unidos que separados. Quiere que hablemos de la posibilidad de seguir adelante.

El Viento del Sur se crispa por completo. Verlo me complace. Al menos no soy la única a la que le afecta su imagen buscando la compañía de otra persona.

—¿Y qué le has dicho tú?

—Que me lo iba a pensar.

—¿Y te lo vas a pensar? —Bajo ese tenue resplandor ambarino, las manchas de color agrietan los pozos negros que son sus ojos—. ¿De verdad que lo vas a pensar?

Yo frunzo el ceño y aparto la mirada. ¿Lo pregunta por el bien de Ammara o por algo más?

—Aún no lo he decidido.

Mi respuesta no parece satisfacer particularmente a Notos.

—Pero ya es cosa segura, Sarai. El príncipe Balior tiene planes ocultos.

—Lo sé.

—¿Seguro? Porque la Sarai a la que yo conozco jamás se habría planteado hacer un trato con el enemigo.

Sus palabras me duelen, lo cual significa que han de contener algo de verdad. Sin embargo, entonces mi vida era diferente. Con Notos me sentía libre. Me atreví a mostrarle a una mujer escondida en lo más profundo de mi ser, una mujer que solo ansiaba

aceptación. Cuando se marchó, me pregunté si había llegado a amar alguna vez a esa mujer… El brillante fuego de la mujer que fui.

—La Sarai a la que conociste ya no está —digo entre dientes—. Lo único que tenemos es el presente, ¿lo comprendes?

El Viento del Sur no tiene la menor idea de que una maldición me aflige. No sabe el pánico que me causa cada día que pasa. Él es eterno.

Al cabo, Notos suspira.

—Lo comprendo. —Aunque está claro que no está de acuerdo conmigo—. Si quieres que vayamos a investigar a la biblioteca, no deberíamos retrasarnos.

Nos marchamos a toda prisa del salón de baile. Hay cuatro soldados que montan guardia en la puerta de la biblioteca. Dicen que no han visto al príncipe Balior, pero cabe la posibilidad de que este los haya sobornado. Dentro, el silencio impera en el enorme atrio. Un aire de abandono ensombrece toda la zona. Los sillones están vacíos; la chimenea, apagada. No se capta el aroma del fuego. Tampoco hay señal alguna de que por aquí pululen los umbrandantes.

Enciendo un candil en el mostrador principal y me acerco junto con Notos a las estanterías traseras, con una mano pegada a su espalda. El calor de su piel por debajo de su túnica es lo único cálido en este lugar sin luz.

—Por aquí —susurro.

Recorremos el sombrío pasillo, donde el aire se vuelve helado. Me empiezan a salir nubecillas de vapor por la boca. La zona de las colecciones especiales sigue siendo un desastre; hay libros y documentos desparramados de cualquier manera por todas partes. Llevo a Notos hasta la última puerta, al final del pasillo. La llama de nuestro único candil tiembla.

La sala está vacía. Han vuelto a colocar las cosas en su sitio y a levantar el escritorio volcado. Los anaqueles están vacíos, se ven las paredes por detrás. No hay rastro de ningún libro ni pergamino.

—No habrás sido tú quien ha limpiado esta habitación, ¿verdad? —le pregunto a Notos, intranquila.

—No. Vine a buscar aquí, pero no encontré nada.

—¿Ningún documento?

—Nada.

Lo que sospechaba. Si Notos no ha vaciado esta habitación, ¿quién ha sido? ¿El príncipe Balior? ¿El archivista jefe? Podría mandar a que registrasen la habitación del príncipe, pero ¿y si me equivoco?

Notos dice:

—Supongo que podría investigar por mi cuenta, ponerme en contacto con algún que otro viejo conocido a ver si alguien tiene libros o información sobre el laberinto.

Asiento.

—Yo seguiré buscando en el libro que conseguí llevarme, por si encuentro algún otro detalle relevante.

Cuanto más averigüemos del laberinto, más probable será que nos topemos con algún dato que tenga que ver con mi maldición.

No encontramos nada más, así que regresamos con las manos vacías a los pasillos. Me voy poniendo de peor humor a medida que atravesamos el palacio. Quiero hacerle a Notos varias preguntas sobre el baile de esta noche, pero este no es el lugar para mantener una conversación privada. Estos pasillos tienen oídos.

Una puerta cercana me llama la atención. Nos servirá.

—Entra aquí. —Abro la puerta y lo arrastro conmigo.

La oscuridad nos rodea, aunque una franja de luz se cuela por debajo de la puerta cerrada. El reducido espacio está atestado de sábanas, manteles y toallas dispuestos en anaqueles.

—¿Una alacena de ropa? —dice Notos, arrastrando las palabras—. ¿En serio?

Alzo la barbilla.

—¿Se te ocurre algo mejor?

Él suelta un resoplido sobre mi rostro alzado. Su aliento especiado me resulta tan familiar que aprieto dolorosamente los dientes.

Estamos muy cerca; las puntas de sus botas rozan mis sandalias. Notos es una sombra ante mí, un fantasma de mi pasado, aunque desprende suficiente calor como para rivalizar con el sol.

Una vez más, comprendo el error que he cometido. La presencia de la deidad nubla mis ideas y me arrebata la capacidad de pensar claramente. No hay peor lugar para una conversación entre antiguos amantes que una alacena. Aquí, sus alientos se convierten en los míos.

—¿De qué quieres hablar, Sarai?

Esa sensación fea y aplastante vuelve a mi pecho, más fuerte que nunca. Pienso en la promesa de Notos, la promesa que rompió. Pienso en esa mujer del vestido de plata. Pienso en lo sola que me he sentido, en lo sola que he estado siempre, a pesar de haberme pasado la vida rodeada de gente.

—¿Recuerdas nuestra conversación al principio de esta semana? —digo.

El Viento del Sur me contempla con cautela.

—No te sigo.

Me va a obligar a deletreárselo. Pues bien.

—Hablamos de mantener la fachada de este compromiso falso. De ser un poco más convincentes.

Su silencio es elocuente. Más que ver el temblor en su mandíbula, lo presiento.

—Te pido perdón por haber revelado nuestro compromiso. Entiendo que algo así te enfade. Debería haberlo discutido contigo previamente.

—No estoy enfadada porque se lo hayas contado a toda la corte —siseo. Tarde o temprano se habría sabido la verdad, con o sin su ayuda—. Estoy enfadada porque me has ignorado durante toda la velada.

—Yo no te he ignorado —replica Notos, con voz tan acalorada como la mía—. Quien me ha ignorado eres tú.

Un lento latido me consume. Me empieza a hervir la sangre. La Sarai herida es un animal bien distinto.

—Ah, ¿sí?

—Estabas hablando con Tuleen —gruñe él—. Cuando intenté acercarme a ti, fingiste que no existía.

Yo cierro la boca de golpe, sorprendida. Tiene razón. Se me había olvidado que lo ignoré delante de mi cuñada. Y sin embargo…

—¿Por qué no te acercaste una segunda vez?

—Sarai. —Niega con la cabeza, el gesto de un hombre a punto de perder la paciencia—. Pero ¿tú te oyes a ti misma? Si me ignoras, supondré, como cualquier persona cuerda, que no quieres estar cerca de mí. Sea como sea, Amir estaba presente. Me odia, eso ya lo sabes. Estaba intentando evitar una escena, cosa que evidentemente no ha funcionado. Me comporté del modo que creí mejor para ti.

Algo me araña con una desesperación aterradora. Algo que quiere ser visto, reconocido, oído, calmado. Aunque estoy delante de Notos, me siento como si estuviera delante de padre. Intento alcanzarlo y siempre acaba por apartarme. Siento que soy una carga.

—Pues no, no es eso lo que quiero.

—¿Y qué es lo que quieres?

Mi mente retorcida tiene las agallas de malinterpretar su tono de voz, más bajo, como si fuera algo decididamente más íntimo.

—Que hubieras vuelto a mí. —Para poder enfrentarnos a ese nuevo mundo unidos en lugar de separados—. En cambio, me he pasado toda la velada viéndote flirtear con otra mujer a pesar del plan que habíamos urdido.

—¿Qué? —Se queda pasmado—. ¿Con quién?

—Tenía el pelo negro, vestido plateado, mucho pecho. ¿No te acuerdas? —Mira qué oportuno—. Le tocaste la espalda. Vi que le tocabas la espalda. —Echo los labios hacia atrás como una perra rabiosa—. ¿Quién es?

Y una vez más, ese maldito y pavoroso silencio. Me da miedo lo que vaya a responder, aunque no soy ninguna cobarde.

—No sé quién era —dice él.

—Mentira.

Notos contempla el techo y murmura lo que me parece que es una oración.

—Qué rápido lo supones todo, Sarai. Sí, parece que le toqué la espalda a esa mujer. —Entonces me mira—. ¿Te has preguntado por qué?

Valiente estupidez de pregunta.

—¡Pues porque te sientes atraído por ella, evidentemente!

—Por los dioses —murmura.

Se lleva una mano al cinto y saca un objeto largo y afilado: una daga. Yo me quedo mirando el arma.

—No comprendo.

—No sé quién era esa mujer. Nunca la había visto. —Escruta mi mirada. Quizá tiene las mismas ganas desesperadas de entenderme que yo de entenderlo a él—. Pero vi la forma de esta hoja bajo su vestido. La registré, y esto era lo que tenía.

Antes de entrar en el palacio, todos los invitados que no sirvan a la familia real deben desprenderse de sus armas. Acto seguido se registra concienzudamente a cada persona. ¿Cómo consiguió esa mujer burlar la seguridad?

—Me preocupaba que pudiera usarla contra el rey.

Notos envaina la daga y la devuelve al cinto.

—¿Dónde está ahora esa mujer? —pregunto.

—Encerrada. La están interrogando.

Ya veo. Notos debe de reconocer mi escepticismo, porque añade:

—Tengo un deber hacia la corona. Ya lo sabes.

Alzo la barbilla. La rabia, ese enérgico brote verde, siempre lleva al miedo que pudre sus raíces.

—¿Qué pasa con tu deber hacia mí? Soy tu prometida.

Notos se echa hacia atrás, apoyando el peso en los talones. Yo siento la tentación de avanzar un paso y salvar esa minúscula distancia.

—Este compromiso es una farsa.

—Para todos los demás, no.

—¿Y a ti qué te importa lo que los demás piensen de ti? —pregunta con un aspaviento de pura exasperación. Golpea sin querer una de las estanterías. Caen al suelo varias sábanas—. ¿Por qué es más importante cómo te perciban que cómo te percibas a ti misma?

Yo retrocedo de un respingo.

—Eso no es así.

—Ah, ¿no?

Hago un esfuerzo para inspirar hondo. Siento que no controlo mis propias emociones, sino que soy impotente ante ellas.

—No finjas que sabes cómo me siento —digo con los dedos apretados—. No estamos hablando de mis emociones, estamos discutiendo que no has sido capaz de mantener tu promesa.

—¿Mi promesa? —Suelta un resoplido desdeñoso—. Te repito que has sido tú quien me ha ignorado, Sarai. Esto ha sido culpa tuya, aunque ahora me pregunto por qué lo has hecho. ¿Te da vergüenza que te vean en mi compañía? ¿Te doy yo vergüenza de alguna manera?

—Por supuesto que no.

Nada más lejos de la verdad.

—Entonces, ¿dónde está el problema? —exige saber.

—¡El problema es que te necesitaba! —exclamo—. ¡Te necesitaba y no estabas ahí!

Notos se queda inmóvil. Mi exclamación ahogada reverbera por el espacio cerrado. No sé cómo hemos llegado hasta aquí, con los cuchillos en alto y el pasado enturbiando el aire con recuerdos amargos. Nos miramos a los ojos y, entonces, el Viento del Sur me aplasta contra la pared. Mi espalda choca con las estanterías. Algo se me suelta por dentro cuando su lengua hambrienta se adentra en mi boca.

Suelto un gemido, alto, largo y ansioso. Aquí, ahora, las transgresiones de nuestro pasado no importan. Somos dos cuerpos que chocan en la oscuridad, dos pares de manos que se toquetean, dos bocas y dos corazones unidos. Desprecio a Notos, y pensar en él

me duele. Lo desprecio, lo temo y lo deseo. Tengo hambre de él: de la presencia firme del Viento del Sur, de la seguridad de sus brazos, de la suave presión de su roce.

Sin embargo, ahora no hay ninguna suavidad. En la oscuridad anida el hambre, un deseo tan agudo que siento que se me doblan los huesos bajo su fuerza. El Viento del Sur me aplasta por completo, sus manos me enmarcan el rostro, me encajan la cabeza; y él me arrebata todas y cada una de las palabras afiladas que podrían salir por mi boca, cada insulto incisivo, cada comentario mordaz y cada afrenta cortante. Quiere conquistarme, pero yo no cedo a la ligera. Como de su boca al igual que él come de la mía, con lenguas penetrantes y dientes agresivos. Cada uno de los gemidos dolientes que sale de su garganta es un botín de guerra.

En este momento, Notos es mío, su cuerpo es mi reino. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que exploré su topografía, pero mis manos la recuerdan, mapean sus músculos tensos, su fuerza bruta, la larga línea de sus muslos. Reptan hasta su abdomen, pecho, hombros, cuello. Y luego descienden hasta la parte baja de su espalda, hasta los firmes orbes de sus glúteos, que agarro con firmeza entre las manos.

Las estanterías de madera a mi espalda crujen cuando Notos echa las caderas hacia delante. La longitud de su erección se aprieta contra mis muslos. Me estremezco y separo las piernas para que pueda pegar la polla a esta parte de mí que tanta hambre tiene. El placer me nubla la mente, la empapa de puro delirio. ¿Cómo puedo haberme olvidado de lo que se sentía al arder por completo ante él?

Un suspiro delicioso vibra en mi garganta. Me restriego lentamente contra él. No es justo que sea tan irresistible, teniendo en cuenta que he hecho todo lo que estaba en mi mano para mantener la distancia. Me he visto arrastrada fácilmente bajo el influjo del Viento del Sur. Pero ya he dejado de resistirme.

Con un gemido doliente, Notos aparta la boca y retrocede hasta la otra pared. Una pila de sábanas le cae sobre los hombros. Yo no consigo recuperar la respiración. Me tiemblan las rodillas. Temo que

cedan y acabe por derrumbarme, incapaz de soportar mi propio peso.

—Te pido perdón —susurra—. Eso ha estado fuera de lugar. No…

Deja morir la voz. Le faltan las palabras.

El brillo de los ojos negros de Notos me tiene sumida en un trance. En la penumbra, mi mirada se acerca a la suave mancha que es su boca entreabierta, a esa lengua con la que he soñado tan a menudo, a pesar de mis esfuerzos por apartarla de mi mente.

Esto lo sé: el deseo es un animal. Un animal que, durante años, ha dado vueltas y vueltas en su jaula. Yo no lo alimenté en un primer momento. Y así, la bestia creció cada vez más hambrienta, hasta que no cabía en la guarida. Arremetió contra las paredes y la puerta hasta liberarse.

Alargo la mano y le agarro la parte delantera de la túnica. Me lo acerco de un tirón, pecho con pecho, entrepierna con entrepierna.

—Deja de hablar —murmuro, y aplasto mi boca contra la suya.

Notos me desata la trenza. Mis mechones caen libres. Él introduce los dedos por mis rizos, me agarra el cráneo con una rudeza deliciosa. Se me endurecen los pezones bajo el vestido. Gimoteo. Curvo la espalda y me aprieto del todo contra él. El aire se humedece con el sudor creciente de dos sombras entrelazadas.

Se me escapa un ronroneo grave y gutural. Le agarro la ropa a puñados; me muero de ganas de que clave esa larga y dura asta de carne en mi mismo centro. Una de mis piernas se enrosca alrededor de su muslo, en un intento de acercármelo aún más. Él cede y me agarra entre sus brazos. Cierro las piernas en torno a su cintura, y él me sujeta contra las estanterías. Algo cae de las alturas y se hace pedazos.

Con los brazos entrelazados a su cuello, hundo la cara bajo su barba y succiono su piel acalorada. El Viento del Sur es poder puro y desatado. El aire que nos rodea se carga de estática. Sus caderas se restriegan contra mí, agresivas. Una espiral de tensión al rojo vivo se enrosca bajo mi piel.

—Sarai…

Notos se aprieta aún más contra mi piel y yo abro aún más las piernas. Una deliciosa fricción, un calor insoportable. Lo aprieto, con el más fuerte de los nudos. Ese siempre sido el problema entre los dos. Nuestros cuerpos están sincronizados, melodía y contrapunto. Y eso es lo que más temo: olvidar. Permitir que vuelva a entrar en mi vida. Y que vuelva a marcharse. Quizá ahora no, pero algún día sí. Ammara no es su hogar. ¿Qué motivo tendría para quedarse?

Rompo nuestro beso, con la respiración entrecortada.

—Bájame, por favor.

Lo hace de inmediato. Yo me aparto de él y me agarro a las estanterías con toda la fuerza que poseo. Derrumbarme hasta formar un charco de pura emoción no va a ser posible.

—¿Te encuentras bien? —pregunta Notos en tono quedo.

—Sí, estoy bien.

—Ya.

Le lanzo una mirada asesina. Notos se acerca, pero mi mano sale volando y lo detiene.

—Esto ha sido un error —digo.

Él se me queda mirando. Tiene los labios hinchados y las mejillas enrojecidas.

—¿Te refieres al compromiso?

Aprieto los dientes. Está siendo deliberadamente obtuso.

—Me refiero al beso.

—Ya veo. —Esa reacción calmada llega hasta mí en medio de una insultante contemplación—. Porque me deseas.

Casi me ahogo con mi propia lengua.

—Porque te has aprovechado de mí.

El Viento del Sur suelta un resoplido.

—No hay nadie que pueda aprovecharse de ti, Sarai, pero… está bien. Si te niegas a admitir que me deseas tanto como yo te deseo a ti, tú misma.

—Y luego soy yo quien miente.

El inmortal se queda en silencio. La oscuridad se propaga por el aire y nubla el espacio entre los dos, hasta el punto de que me

cuesta verle la cara por completo.

—¿Y en qué te he mentido yo, si puede saberse?

—Si de verdad me desearas, tal y como dices —argumento—, te habrías quedado a mi lado hace tantos años. Pero no lo hiciste.

El vacío se adueña de sus ojos y apaga el fuego que ardía en ellos. Me duele verlo desaparecer. Y me duele aún más que el pasado sea presente, que esta herida no se haya curado. Notos retrocede un paso y todo mi cuerpo se queda frío.

—Tienes razón —dice a regañadientes—. Aunque, por otro lado, sueles tenerla.

Me aparta de un levísimo roce y sale al pasillo. La repentina luz me ciega.

15

—¿Que has hecho qué?

Le clavo la vista a Roshar desde mi asiento. Estoy arrebujada en uno de los enormes sillones que ocupan su taller. Me llevo otra galleta de pistacho a la boca.

—¿De verdad tengo que repetirlo? —murmuro con la boca llena.

Mi amigo es un manojo de nervios. Sus largas piernas lo llevan a la ventana, la puerta, por entre las mesas apiladas con sedas y muselina, lana y lino. La tela esmeralda de su túnica elegantemente confeccionada ondea a la altura de sus gemelos.

—Oh, no, querida. Te he oído a la perfección la primera vez. Es que estoy empezando a preguntarme si estoy soñando o si, de hecho, he muerto.

Y sigue dando vueltas y vueltas y vueltas. Y más vueltas.

—Roshar —le digo—, me estás mareando.

—Ah, soy yo quien te está mareando, ¿no? —Se detiene y se gira hacia mí. Sus anteojos magnifican lo que ya es un par espectacular de ojos castaños, con largas pestañas, encendidos con una innegable irritación—. A ver que lo entienda: has besado al Viento del Sur…, pero estabas prometida con el príncipe Balior. ¿Me equivoco?

Con calma, dejo el plato de galletas. Ya me conozco el humor de Roshar, que cambia más rápido que las modas de cada temporada.

—El príncipe Balior y yo no habíamos confirmado nuestro compromiso. Me estaba cortejando —digo—. Estoy prometida con Notos.

Roshar niega con la cabeza.

—Ya veo lo que es esto. —Empieza a subirse las mangas con movimientos rápidos y superficiales—. Estás enfadada porque te cosí notas musicales en el vestido sin que lo supieras. Y ahora quieres sorprenderme de igual modo. Lo comprendo, querida, de verdad que lo comprendo. A Roshar le encantan las pequeñas venganzas como a cualquier otra novia despechada, pero tenía la esperanza de que reconocieses esas notas bordadas como un acto de amor.

—Roshar. —Espero hasta que me mira a los ojos—. Te estoy diciendo la verdad.

No quiere creerme, pero ha de hacerlo, así que acaba por soltar un resoplido de enojo.

—Perdóname, Sarai. Es que no se le pueden contar estas cosas a alguien que ni siquiera ha tomado el primer té de la mañana.

Se pasa los dedos por sus cabellos impecablemente peinados. Luego, como si se acabase de dar cuenta de lo que ha hecho, va a toda prisa al espejo de cuerpo entero y vuelve a recolocarse los rizos. Yo miro a los ojos a su reflejo. La expresión de Roshar es un caleidoscopio de emociones: horror, ultraje, intriga, ultraje, incredulidad y más ultraje.

Con voz susurrante, me pregunta:

—¿Cuándo os habéis prometido Notos y tú?

—La semana pasada, antes del baile.

Los ojos de Roshar se desorbitan cómicamente. Deja caer los brazos.

—¿La semana pasada? ¿Y no se te ocurrió contármelo?

—No es culpa mía que tuvieses que irte por un encargo, aunque me han dicho que en estos casos se suele felicitar a la novia.

—No intentes cambiar de tema.

Es ahora cuando veo, entre tanto aspaviento y tanto drama, la verdadera naturaleza del carácter de Roshar. Y de esa boca torcida en gesto dolido. He herido los sentimientos de mi amigo, aunque no era mi intención.

—Lo siento —digo—. Pensaba decírtelo, pero no ha sido sencillo. —Le doy un golpecito de frustración al borde del plato. No sirve de

mucho—. Para serte sincera, mi padre no apoya nuestra unión.

Él hunde los hombros y contempla su reflejo frunciendo el ceño.

—Supongo que tiene sentido —replica en tono pensativo—, dado que sus planes de casarte con Balior han salido volando.

Asiento, aliviada al ver que Roshar es capaz de asumir mi perspectiva.

—Ha sido todo muy inesperado. El príncipe Balior no está… complacido. —Decir eso es quedarse corta. Y también hay que tener en cuenta a su ejército—. De verdad que lo siento…

—Por favor. —Alza una mano—. No es culpa tuya. Sinceramente, tampoco es asunto mío. La verdad es que me estoy comportando como un idiota. Bastante grave es que me haya perdido el evento social de la temporada, y todo por coserle un vestido a una señora que está loca de atar. ¡Y pensar que yo tenía las expectativas altas! —Se aparta del espejo y se deja caer en el sillón frente a mí. La bandeja de galletas capta su atención. Agarra dos y se las mete en la boca a la vez—. Mira lo que me pasa por su culpa. Si sigo así, el mes que viene habré aumentado cuatro tallas.

Yo me arrebujo aún más entre los cojines. Por la ventana asoma una desacostumbrada bruma gris que se ha alzado por la noche y que rodea el laberinto. Estoy segura de que algo se mueve entre la densa niebla, pero si la contemplo mucho rato, me empieza a doler la cabeza y me veo obligada a apartar la vista.

Al cabo, Roshar se calma.

—¿Puedo preguntarte algo?

—No, no te voy a prestar mi lápiz de labios rojo.

Él suelta un resoplido en forma de risa.

—Tenemos un físico muy diferente, querida. A mí el escarlata me sienta fatal. —Se pone serio—. ¿Por qué has elegido a Notos? Casarte con el príncipe Balior te habría dado más seguridad que hacerlo con un dios que no tiene vínculo alguno con el reino. Además, pensaba que odiabas al Viento del Sur. —Escruta mi rostro—. ¿O aún sientes algo por él?

En realidad, la pregunta adecuada es qué es lo que no siento cuando estoy en presencia del Viento del Sur. Mis sentimientos hacia él son tan enormes como la propia Ammara, con las mismas profundidades inexploradas. Me aterra tener que llegar al fondo de sus sentimientos y enfrentarme al dolor que aún experimento por dentro.

—Lo que siento por Notos es… complicado.

—Ya sabes que siempre puedes acudir a mí, Sarai. Yo te escucharé.

—Habría acudido a ti —digo— de no haber pasado los últimos días escondida en mi habitación para evitar a padre.

Día tras día, el rey Halim me manda mensajes escritos con letra casi ilegible en los que me ordena que asista a alguna cena, me disculpe con el príncipe Balior, reniegue de mi compromiso con Notos y presente una disculpa pública. Y lo que es peor, si el príncipe Balior y yo hubiésemos respetado el compromiso, lo más seguro es que hoy mismo se hubiera celebrado la boda.

Pero nada de eso ha sucedido. Llevo durmiendo muy mal desde la noche del baile. En dos ocasiones me he despertado de pie delante de la ventana de mi dormitorio, contemplando el laberinto del patio y sin recuerdo alguno de haberme bajado de la cama. Incluso he empezado a dormir con el candil encendido, porque a veces tengo la certeza de que las sombras se mueven. Le he preguntado a Notos si ha avistado nuevos umbrandantes, pero dice que no.

—¿Sabes qué? —Roshar hace un ademán—. No importa. Sí, deberías habérmelo dicho, pero ya lo he superado. En serio. Vamos a centrarnos en temas más importantes. —Su sonrisa se ensancha, de oreja a oreja—. ¿Cómo fue el beso?

A pesar de que intento parecer impertérrita, se me ruboriza todo el rostro. Anoche me quedé dormida pensando en unas manos fantasmales que me recorrían los pechos, que me acariciaban entre las piernas.

Con calma, alargo la mano para coger una galleta. Entonces me doy cuenta de que me las he acabado todas. Me pongo la bandeja

con más galletas en el regazo.

—Estuvo bien.

—¡Ay, Sarai, no! Eso es inaceptable. —Me quita la bandeja de galletas. Yo suelto un graznido de protesta. Roshar me coloca un dedo bajo la barbilla y me alza el rostro hacia él, con un meneo de cejas—. A mí no se me escapa nada, querida. Mira esos labios, fruncidos e hinchados. —Me huele el cuello, lo cual me divierte y horroriza a partes iguales—. ¿De dónde sale ese aroma a madera que te rodea? ¿Te ha besado aquí?

Yo lo aparto de un empujón.

—Eres ridículo.

Alargo la mano hacia la bandeja, pero él la pone fuera de mi alcance.

—No, no. —Alza un dedo—. Hasta que me digas la verdad, ni una.

¿Qué es lo que prefiero, galletas o cordura? Hoy soy débil.

—Está bien, fue más que notable. Fue todo un terremoto.

Como yo ya sabía que sería. Es decir, hasta que lo aparté de un empujón. Han pasado días y aún me arrepiento. Notos me hace daño. Y yo le hago daño a él. ¿Cuándo se acabará este círculo vicioso?

Roshar se apiada de mí y me tiende la bandeja de dulces. Sin embargo, se me ha quitado el apetito.

—Me daba miedo contártelo —admito— por si te ibas de la lengua. Sin ánimo de ofender.

Él suelta un resoplido.

—¿Me estás diciendo que pensabas que yo iba a ir contando por ahí tu secreto? ¡Jamás haría tal cosa! —Yo le lanzo una mirada larga e incisiva. Los dedos de Roshar tamborilean con rapidez sobre el reposabrazos. Sus anillos reflejan la luz—. ¿Tienes alguna prueba de lo contrario?

—A los catorce años, a finales de verano, le dijiste a Jem que estaba enamorada de él.

Roshar se cruza de brazos.

—Fue un malentendido, nada más. Estaba seguro de que él sentía lo mismo. Solo intentaba ayudar.

—A los dieciséis años, le dijiste a padre que me marché del baile de primavera para practicar para un recital inminente.

Eso desencadenó una pelea particularmente amarga entre padre y yo.

—El rey Halim me preguntó dónde estabas. No podía mentirle…

—A los diecisiete le dijiste a una de las nobles que su nariz me parecía una verruga aplastada.

Roshar se ruboriza.

—No me lo tengas en cuenta. Además, ¿qué querías que hiciera?

—¡También le regalaste uno de mis vestidos!

—Me prometió un Zarqan, Sarai. ¡Un Zarqan! ¿Sabes lo difícil que es encontrar uno de esos?

Lo único comparable con la obsesión que tiene Roshar por esos bolsos de mano tan exclusivos y hermosos sería el amor de una madre por su retoño.

—Si querías un Zarqan, podrías haberte llevado uno de los que tengo en mi armario. Hay un montón de bolsos que ni siquiera he tocado.

No es poco común que la nobleza le haga regalos a la familia real a cambio de favores. Luego pasan los años y esos regalos se quedan ahí cogiendo polvo. Roshar suelta un leve sonido estrangulado, como si acabasen de empalarlo brutalmente.

—Un Zarqan no es un simple bolso. Es un ejemplar de las cotas más altas de la moda de Ammara.

Claro que sí.

«Nos encontraremos pronto, Sarai.»

Mi cabeza latiguea en dirección a Roshar.

—¿Qué has dicho?

Roshar alza una ceja con aire curioso.

—He dicho que un Zarqan es mucho más que un bolso. —Hay una pausa—. ¿Te encuentras bien? —Me pone el dorso de la mano

en la frente, preocupado—. Te noto un poco caliente. ¿Has ido a ver al médico?

—Estoy bien.

Pero acabo de oír esa voz otra vez. La oigo cuando estoy a punto de dormirme, cuando la vigilia y el sueño se funden. No es una voz que reconozca, pero debo resistirme a su atracción.

—¿Te importa que lea un poco mientras trabajas? —le pregunto.

—¿Leer? —Su semblante se arruga en una expresión de desagrado—. A veces me pregunto por qué somos amigos.

Acto seguido, se pone en pie y se retira al otro lado de la estancia. No tarda en desaparecer detrás de una pequeña montaña de telas.

Yo alargo la mano hacia el pequeño bolso que descansa a los pies de la silla y saco el libro que salvé aquella noche en que me atacó el umbrandante. Teniendo en cuenta que es la única fuente de información de la que dispongo ahora mismo, no he querido dejarlo en mis aposentos. Ya me lo he leído tres veces de cabo a rabo en busca de detalles que se me hayan pasado, de algún dato que nos sea de utilidad. Si el príncipe Balior pretende liberar a la bestia, la única opción que nos queda es acabar con ella.

Abro el libro y empiezo a leer. De vez en cuando, Roshar murmura algo que me saca del ensimismamiento de la lectura. Otras veces oigo el tintineo de una aguja de coser al caer al suelo.

Tras lo que me parece una hora, Roshar se yergue de su postura encorvada, estira los brazos por encima de la cabeza con un bostezo y se acerca a la ventana. Yo estoy leyendo una vez más la historia personal de la bestia cuando Roshar se envara bruscamente y coloca una mano en el cristal.

—Sarai. —Me mira con un aire tan severo que me enderezo en el asiento—. Me parece que te interesa ver esto.

Dejo el libro a un lado y me acerco hasta Roshar.

El laberinto, con sus paredes curvas y pasadizos en zigzag, domina el centro del patio. Notos avanza hacia la puerta con una seguridad que algunos podrían interpretar erróneamente como

arrogancia. Se detiene ante la entrada y pasa una mano sobre el velo de zarcillos oscuros que se retuercen bajo su enorme puerta.

—Por los dioses —susurra Roshar.

A mí se me eriza el vello de los brazos. Con la nariz apretada contra el cristal, mi exhalación dibuja una nube de vapor en la ventana.

El velo se aparta. La puerta se abre. Notos entra.

Ahogo una exclamación de alarma. Notos dijo que iba a llevar a cabo su propia investigación sobre el laberinto, pero no pensé que quisiese entrar a solas. Pensaba que trabajábamos en equipo.

Roshar se gira hacia mí, extrañamente mudo.

—¿A qué viene el interés del Viento del Sur en el laberinto?

Hay ciertas cosas que no le puedo contar por las buenas a Roshar. Esta es una de ellas.

—No estoy segura —digo, y me aparto—, pero me voy a enterar.

Desciendo a toda prisa por las escaleras centrales y cruzo en tromba las puertas que dan al patio. Me sale al paso un calor tan denso que me quema la tráquea a cada inspiración. El sol brilla tanto que ciega. Alzo una mano para escudarme los ojos. Los tacones de mis sandalias levantan nubes de polvo.

Y de pronto me encuentro delante del laberinto. Alto, ancho, desconocido. Notos aún no ha salido. Siento las raíces de un pánico que florece poco a poco. ¿Y si está atrapado? La última vez que se enfrentó a la bestia, no consiguió matarla. Sus poderes no bastaron. ¿Cómo saber si necesita ayuda?

Bajo las densas sombras latentes que cubren la puerta, hay palabras cinceladas en la piedra, escritas en un lenguaje que el mundo ya ha olvidado. La columna izquierda de la entrada contiene un enorme rubí redondeado. Mis ojos lo recorren con curiosidad. Qué extraño. Jamás he visto brillar así esta joya; parece iluminada por dentro.

Paseo la mirada por el patio. Algunos guardias me observan con cautela, pero no intentan acercarse, seguramente por miedo al

laberinto. Yo podría ir tras Notos, pero existe el riesgo de que me pierda en las retorcidas profundidades del laberinto.

«Hola, Sarai.»

«¿No te apetece entrar en la oscuridad?»

Esa voz canta para mí. Me conoce. Alargo los dedos y toco las sombras retorcidas. El frío me hormiguea en las puntas de los dedos. En lugar de apartar la mano, la hundo aún más en las tinieblas, permito que el frío me cubra los dedos, la muñeca, el codo. Doy un paso al frente. Las puntas de mis sandalias rozan la puerta.

Un tañido estridente capta mi atención. Alzo la vista a las alturas y retrocedo hasta caer de culo con un resoplido. Las campanas de la capital tañen. «Uno, dos, tres, cuatro, cinco…»

Ishmah está siendo atacada.

16

La campana sigue sonando, un tañido vívido y metálico que reverbera por los tejados inclinados del anillo superior. La alarma, incesante, precede a los gritos.

El rubí incrustado en el laberinto llamea. Yo retrocedo. Las sombras empiezan a derramarse por la parte inferior de la puerta, a ascender por las columnas que señalan la entrada. Se mueven con rapidez. Si no me equivoco, es el mismo tipo de sombra que rodea las siluetas esqueléticas de los umbrandantes.

«Sarai», sisea una voz grave. «Estoy esperando a que llegues.»

Se me queda la mente en blanco, sumida en un frío repentino.

—¡Princesa Sarai!

Parpadeo y vuelvo a centrar mi atención en el presente. En el patio se ha desatado el caos. Los criados huyen hacia el palacio; hay cestos con toallas y canastas de fruta tirados bajo el sol abrasador. Una puerta se cierra de golpe y se oye el chasquido de la llave desde dentro. Una mujer muy alterada empieza a golpearla con creciente desesperación. Sin embargo, las reglas son claras: en caso de que los umbrandantes ataquen, las puertas no deben volver a abrirse una vez cerradas. Tendrán que buscar refugio en otra parte.

Uno de los guardias corre hacia mí, con la cimitarra desenvainada, y me arrastra por entre los adoquines recalentados. Mientras tanto, más soldados acuden desde la ciudad para apostarse alrededor del laberinto. A mí me da vueltas la cabeza. ¿Es posible que se hayan infiltrado más umbrandantes en el palacio? De ser así, debo asegurarme de que mi familia está a salvo.

Cruzo la mitad del patio cuando, de pronto, pienso en Haneen, la rapsoda. Me freno en seco. El guardia pasea la vista en derredor,

preocupado.

—Alteza, tenemos que poneros a salvo dentro del palacio.

Este guardia es joven, quizá unos años menor que yo. Veo el blanco de sus ojos, la capa de sudor que cubre su piel… Está asustado. Y con razón.

Otra puerta se cierra con un estruendo; es la puerta del ala este. Otros dos criados consiguen entrar antes de que se cierre, pero por los pelos. Quizá yo también podría ser como Aziza, la mujer de la historia de la rapsoda, y encontrar mi valor enterrado.

—Necesito que envíes a un puñado de hombres a la biblioteca —le digo al guardia.

—Así se hará, alteza, pero primero tenemos que poneros a salvo.

Normalmente, cuando se avistan umbrandantes en el desierto, la campana suena brevemente y luego guarda silencio para señalar que la capital está segura. Sin embargo, ahora la campana suena sin cesar, lo cual solo puede significar que algo ha fallado en las puertas de la ciudad. En cuanto yo entre en el palacio, la puerta tras de mí se cerrará y se pondrá una barricada hasta que la amenaza haya pasado. Me refugiaré en mis aposentos, con las puertas cerradas con llave, las ventanas echadas con pestillo y las cortinas corridas. No menos de veinte hombres vigilarán mi puerta… Hombres que deberían estar protegiendo a los ciudadanos de Ishmah.

—Alteza —insiste con urgencia el guardia.

—Que entren los criados.

—¿Qué?

Hay una docena de sirvientes que siguen en el exterior. Se apelotonan unos sobre otros, se aferran al pomo de la puerta, piden ayuda a gritos. Verlos me encoge el estómago. El joven guardia cambia el peso de un pie a otro, incómodo.

—Son plebeyos, alteza. —Contempla a dos mujeres que forcejean con los sólidos pomos de latón. Una de ellas cae de rodillas con un sollozo quebrado. El guardia aparta el rostro—. Nuestro deber es proteger a la corona.

Plebeyos o no, son mi pueblo. Bastante ruina soportan ya por mi culpa, pienso.

—Cuanto más esperes, más vidas se perderán. Si abres las puertas, cooperaré.

Se me ocurre que resulta embriagador utilizar la propia voz. Utilizarla de verdad. El guardia se muestra en desacuerdo con un murmullo, pero gira la llave de una de las puertas más cercanas sin quejarse más. La abre de un empujón y permite que los criados la crucen en tromba antes de seguirlos. No se molesta en comprobar si voy tras él. No se da cuenta de que le he mentido.

En cuanto el guardia cruza el umbral, yo echo a correr a toda prisa hacia los establos. Oigo un grito y unos rápidos pasos que me persiguen. Me interno por el pasadizo secreto y llego en pocos minutos a la Calzada de la Reina.

El terror impera en las calles. Las puertas que separan el anillo superior y los inferiores están rotas, los recios goznes han sido destrozados a la fuerza. Todo el mundo, desde los aristócratas más acaudalados hasta las familias marginadas de los suburbios, cruza los amplios caminos pavimentados del anillo superior con la vista clavada en el resplandeciente palacio sobre la colina.

Desde este punto elevado, veo toda Ishmah, a sus miles de ciudadanos correteando como una colonia de hormigas. En la lejanía atisbo las puertas de la ciudad, abiertas de par en par. Los umbrandantes cruzan por ellas, sus huesos protuberantes envueltos en sombras. La campana no deja de sonar.

Salto sobre una pila de cajones y me zambullo entre la multitud de ciudadanos que huyen de las calles. Alguien me da un codazo en la espalda, y me tambaleo con un grito de dolor. Otra persona me agarra del vestido e intenta derribarme al suelo. Yo me giro con un rugido y aparto la mano de la mujer de un manotazo. Sus ojos se desorbitan al reconocerme, pero yo sigo avanzando entre la corriente.

Al cabo, llego al anillo inferior. La masa de cuerpos es aquí aún más horrenda, al pasar por el cuello de botella que es la entrada del

zoco. Varios puestos están derribados. Paso junto a un carromato de especias volcado de costado, del que se derraman comino amarillo y canela rojiza como si fueran la sangre de la ciudad. Un viento seco cruza los caminos serpenteantes. Huele a humo amargo y chamusquina: el olor de un incendio que lleva activo bastante tiempo.

Casi he llegado a la casa de Haneen cuando escucho unos gritos que provienen de la calle adyacente. Oigo el inconfundible sonido de la piel al rasgarse.

Corro a toda prisa por un callejón y me asomo por la esquina de un edificio medio en ruinas. Tres umbrandantes. Bloquean el camino algo más adelante y hacen pedazos a la multitud de ciudadanos en plena huida. Se derrama la sangre, la tierra seca la absorbe por sus grietas. Hay extremidades arrancadas, y los ojos de la gente se desorbitan de terror. Una mujer aparta a su hijo de un empujón y cae en las fauces de un umbrandante. Alguien intenta lanzar un tajo con una espada oxidada, pero a menos que la hoja esté cubierta de sal, no le hará daño a la criatura.

En pocos segundos, los ciudadanos caen ante el ataque de esas bestias. Los muertos alfombran la calle. Ocho, once, catorce…, más y más. Un hombre cae, se hace un ovillo de costado y se cubre la cabeza con los brazos. La bestia baja el hocico hasta su rostro e inspira. Todo sucede en menos de un latido. El umbrandante alza la cabeza y el cuerpo del hombre se desintegra con una ráfaga de viento. A mí se me rompe el corazón en dos. Me temo que su alma jamás estará en paz.

La gente intenta huir en dirección opuesta, pero las calles están tan atestadas que queda poco espacio para maniobrar, mucho menos para respirar. Esas bestias no tardarán en arrebatarles el alma a todos.

—¡Por aquí! —rujo yo.

Algunos ciudadanos se internan a toda prisa en el zoco, donde los caminos son hilos tan estrechos que los umbrandantes no pueden recorrerlos. Giro en redondo y corro por una atestada calle lateral,

luchando contra mis instintos, que me dicen que huya en dirección contraria. Giro un recodo y un suave gemido atrae mi atención. Hay dos niños arrebujados junto a una pared; me miran con rostros amedrentados bajo una capa de mugre. Supongo que son hermanos. Me agacho frente a ellos.

—¿Dónde está vuestra madre? —pregunto.

Un remolino de polvo sopla por el callejón algo más adelante y arroja a una enorme figura contra el edificio más cercano con un estruendoso crujido. Sobre la cacofonía de la ciudad se oye un gruñido inconfundible.

—Quedaos aquí —les digo a los chicos.

Tan silenciosamente como puedo, giro el recodo para investigar.

En medio de un enorme montón de escombros, un umbrandante se pone en pie sobre unas patas larguiruchas. Su cola, como un látigo, golpea a un lado y a otro. La bestia echa la cabeza hacia atrás y emite un rugido estremecedor.

En el otro extremo de la calle aparece el Viento del Sur, espada en mano. Su túnica ondea a la altura de sus piernas. Sus ojos negros, esculpidos en una cara cincelada por las manos de alguna divinidad enajenada, destellan con una rabia desenfrenada.

Yo me agacho cerca de uno de los umbrales velados de la calle, intentando recuperar el aliento. De pronto, Notos adopta una postura completamente diferente. Su espada es un borrón. El aire avanza en espiral hacia el umbrandante y lo golpea directamente en el pecho. La criatura sale disparada hacia atrás y se estrella contra el tejado de un edificio cercano. La estructura se derrumba bajo su peso.

El umbrandante sigue intentando ponerse en pie cuando, de pronto, una segunda bestia aparece, más grande y grotesca que la anterior, con una boca repleta de dientes rotos. El nuevo umbrandante baja la cabeza y se abalanza sobre el Viento del Sur.

Yo soy la única espectadora de la batalla que sigue; dios contra bestia. Sombra y sol. Una fuerza brillante que obliga a retroceder a la oscuridad.

El Viento del Sur se agacha bajo las patas de la bestia y le clava la espada en el bajo vientre. De la abertura mana un líquido. La criatura aúlla e intenta alcanzar al Viento del Sur con una enorme garra. Notos gira en redondo, pero no consigue esquivar el ataque del todo. Las uñas de la bestia se le clavan en la parte baja de la espalda, y yo ahogo un grito. Notos emite una exclamación gutural y se aleja del monstruo, esquivando otro ataque por poco. El umbrandante se abalanza sobre él. Yo chillo.

Hay un destello de plata y la hoja cercena la cabeza del umbrandante. El cuerpo de la bestia se derrumba convertido en un montón de partes separadas, en medio de un charco de sangre y entrañas apestosas.

—¡Detrás de ti! —grito.

La cabeza de Notos latiguea. Sus ojos oscuros se cruzan con los míos, y me sostiene la mirada. Incluso desde esa distancia, la tensión de su mandíbula es inconfundible.

El primer umbrandante se alza de entre los escombros del edificio derrumbado y ocupa el lugar de su compañero. El Viento del Sur le lanza una ráfaga de aire desde el otro lado de la calle. Acto seguido, utiliza su viento como si de una cuerda se tratase y le ata las patas suficiente tiempo como para clavarle la espada en el corazón. La bestia sufre un espasmo y se derrumba, inmóvil.

Entonces Notos se gira hacia mí. La emoción que se arremolina en su mirada negra me hace vacilar, pero acabo por señalar a los dos chicos agachados cerca de una puerta a medio derrumbar. Notos me sigue hasta ellos y los alza en brazos con facilidad.

—Sígueme —dice en tono brusco.

Atravesamos un camino menos transitado. Es aquí donde el Viento del Sur deposita en el suelo a los dos hermanos, que corren hacia una mujer en la lejanía. Ella cae de rodillas entre sollozos y recibe a sus dos hijos entre sus brazos.

Entonces lo recuerdo.

—Tu espalda —digo con voz ahogada—. Déjame echar un vistazo.

El Viento del Sur me aparta las manos.

—Estoy bien.

Sin embargo, la aspereza con la que responde evidencia lo que seguramente ha de ser una inmensa cantidad de dolor. Hay mucha sangre, le empapa la parte de atrás de la túnica.

—¿Seguro que…?

—Soy inmortal —me recuerda.

Yo le clavo la mirada.

—Creerás que me he olvidado.

—Ni siquiera voy a malgastar el aliento enumerando todas las razones por las que esta decisión tuya ha sido una necedad —gruñe, con voz tan grave que apenas es una vibración—. Tienes que regresar al palacio.

—Yo tampoco pienso malgastar el aliento explicándome. Regresaré al palacio cuando haya acabado aquí.

—Esto no es una discusión. —Sus ojos destellan con la potencia de un millar de soles latentes—. Cada instante que pasas en la ciudad pones en riesgo tu vida.

Tiene miedo. Pero el Viento del Sur nunca tiene miedo. Siento que me reblandezco por dentro. Alargo el brazo y le agarro la mano con gesto tranquilizador. Su silueta ancha y curtida cubre por completo la mía.

—Es por la rapsoda —digo, alzando la voz por encima del estruendo—. Tengo que asegurarme de que está a salvo.

—Me da igual la rapsoda —gruñe él—. Quien me importa eres tú.

A pesar de la locura que se ha adueñado de la ciudad, una oleada de seguridad me envuelve. Absorbo estas palabras en la piel, hasta el punto de que casi lo creo.

—Tengo que hacerlo, Notos. —Alzo la mano y le acuno la mejilla. Acaricio con el pulgar su encrespado vello facial—. ¿Me vas a ayudar? —Me mira con una intensidad casi insoportable, pero yo no me amilano. Ansío tener su misma fuerza—. No tardaremos mucho —le prometo.

Notos emite un juramento a media voz, pero me sigue sin protestar más. La puerta descascarillada de Haneen aparece ante

nuestra vista. Yo entro a toda prisa, pero la casa parece vacía.

—No está aquí.

—No me sorprende. —Recorre el diminuto interior con evidente enojo—. Lo más seguro es que haya huido al interior de la ciudad. Hemos malgastado un tiempo muy valioso. Vámonos.

—Espera.

Agarro una larga franja de tela cerca de su taburete. Es el turbante de Haneen; reconozco el dibujo. Frunzo el ceño y contemplo la mugre del suelo, solidificada bajo el peso de un millar de pies a lo largo de las décadas. Nuestras huellas son recientes, pero no veo ninguna otra huella que salga de este espacio. Entonces me fijo en una cortina que cuelga de una pared del fondo. La han apartado, y al otro lado se abre un pasadizo secreto.

El Viento del Sur me agarra del brazo.

—Voy yo primero —dice.

El pasadizo está en penumbra. Desprende un olor a mineral. Hay grietas por las paredes de arcilla endurecida. A unos quinientos metros, el túnel desemboca en una pequeña cámara. En ella está sentada la rapsoda, frente a un telar, con un chal sobre los hombros. Está tejiendo a partir de un rollo de tela liado en un cuerno de gacela, totalmente impertérrita ante nuestra presencia.

—Hola, princesa Sarai.

Notos se planta delante de mí. Un gesto dulce…, pero innecesario. Una vez que recupero la capacidad de hablar, pregunto:

—¿Cómo has sabido quién soy?

—¿He de enumerar todas las maneras por las que os he reconocido? —Asegura los hilos y empieza otra fila de color—. Vuestros pasos. Vuestro aroma. Vuestro acento y el modo de expresaros. Todo ello me indica vuestra posición social. —Su atención se centra en el Viento del Sur. Sus ojos anchos y lechosos sobrevuelan el lateral del rostro de Notos—. El hombre que os acompaña huele a desierto. Ya ha venido antes a verme, pero solo en una ocasión y desde lejos. ¿Es vuestro guardián?

El Viento del Sur se me acerca tanto que el calor de su cuerpo me hormiguea en la piel, incluso bajo el vestido empapado de sudor. Trago saliva.

—Notos es mi prometido.

Haneen sonríe.

—¿Veis? —replica—. Hay muchas cosas que aún no sé.

—Me preocupaba tu seguridad —le explico.

Su sonrisa se ensancha aún más. Jamás he visto una expresión más serena en un momento más violento. De hecho, Haneen parece bastante cómoda, descansando entre sus mantas y almohadas multicolores.

—¿Y qué pasa con vuestra propia seguridad, niña?

—Ya hay alguien que cuida de mí.

—Ya me he dado cuenta. —Gira la cabeza hacia Notos, que la contempla con ojos entrecerrados. Si no me equivoco, el escrutinio de la mujer ciega lo incomoda.

—Ven con nosotros —le pido—. Aquí no estás a salvo.

—¿Porque soy ciega? —Ante mi falta de respuesta, Haneen suelta una risita—. Yo diría que veo mejor que aquellos cuya vista no está empañada. No os preocupéis, querida. Llevo casi nueve décadas sobreviviendo a todo tipo de problemas. —Introduce otro hilo en el telar, sin prestar la menor atención a los gritos que reverberan al otro lado de los muros del pasadizo—. Los umbrandantes no me asustan.

¿Es valentía o necedad? La verdad es que me da igual.

—Aun así, no quiero que sufras una muerte brutal.

Haneen alza la cabeza. Sus manos cobrizas descansan sobre los hilos tensos de color zafiro, naranja y rojizo.

—Hay destinos peores.

El Viento del Sur da un paso al frente.

—Puedes venir con nosotros si así lo deseas, pero, si no, hemos de marcharnos. Aún podemos salvar a otros.

—Tienes razón, mi querido chico. —Al oír esto, reprimo una sonrisa, porque yo no llamaría «chico» a este dios de milenios de

antigüedad—. Marchaos. No os preocupéis por mí. No podría estar más a salvo.

Notos me agarra de la mano.

—Hemos de marcharnos —me susurra.

Sí, pero…

—Regresaré —le digo a la rapsoda.

—Lo sé —dice Haneen.



Al salir nos encontramos el zoco más atestado que hace unos minutos. Algunos caminos deben de estar bloqueados, y la gente se habrá visto obligada a internarse por senderos más estrechos. La mayoría de los puestos han quedado destrozados, aplastados en el suelo.

—Por aquí —dice Notos.

—No. —Lo detengo de un tirón de la mano. Parece a punto de agarrarme, cargarme al hombro y echar a volar, y al infierno las buenas maneras—. Algo va mal con las puertas de la ciudad. Hay que cerrarlas.

—Y se cerrarán, una vez que te haya llevado al palacio.

Yo suelto un suspiro.

—Notos.

—¿Qué, Sarai? —Alza las manos al cielo y se pasa los dedos por sus rizos despeinados. Una familia numerosa pasa junto a nosotros, seguida de un pequeño rebaño de cabras—. No vas a venir conmigo.

—No te estoy pidiendo que me lleves. —A pesar del caos que se desata a nuestro alrededor, yo mantengo la compostura—. Puedes dejarme aquí.

—Si crees que te voy a dejar aquí e ir yo solo a las puertas de la ciudad, es que has perdido el juicio.

—Pues es exactamente lo que te estoy pidiendo.

Alguien me aparta de un empellón y se dirige a toda prisa hacia un recodo. Llevo a Notos a tirones hasta un umbral medio derruido y

me aprieto contra su silueta ancha y musculosa. Él me mira. Poco a poco, como una tormenta roja que amaina, su expresión se suaviza.

—Me lo estás pidiendo —aclara—. No me lo estás ordenando.

—Así es.

Porque lo primero requiere confianza, y lo otro, obediencia. Sé bien cuál de las dos valoro más en este dios que ha arriesgado su vida y su integridad para salvarme de…, bueno, de mí misma.

Notos se acaricia la barbilla con el pulgar.

—¿Por qué?

La respuesta a esa pregunta de dos palabras no debería ser tan complicada, y sin embargo, contiene una historia que abarca toda la longitud de mi relativamente corta existencia. He vivido una vida a salvo, resguardada; una vida que, en muchos sentidos, nunca ha sido mía del todo. Creo que puedo hacer el bien antes de que se me acabe el tiempo.

—Este es mi pueblo —le explico—. Es mi familia. Es mi casa. No me voy a detener ante nada para proteger mi hogar. ¿Tú no harías lo mismo?

Notos frunce el ceño. Tal y como yo sospechaba, esto no le hace ni la más mínima gracia. Sin embargo, por una vez, no protesta. Doy las gracias por ello. Mis ojos vuelan hacia su boca. Permanecemos clavados en el sitio, en medio de la marea que atraviesa el zoco.

—Ve con cuidado —susurro.

Sus ojos se oscurecen.

—Tú también.

El Viento del Sur separa la multitud en dos mitades con un ventarrón salvaje. Echa a correr, salta y sube a lomos de una corriente de aire que lo lleva lejos de aquí, hasta depositarlo delante de dos umbrandantes. Con un rápido tajo de su hoja, las cabezas de ambos quedan cercenadas. Notos vuelve a saltar por los aires a lomos de un ciclón que lo lanza hacia las lejanas puertas de la ciudad.

En cuanto a los ciudadanos de Ishmah, necesitan un milagro. Y cuando digo milagro me refiero al palacio.

—¡Todos al palacio! —aúllo, abriéndome paso a golpes entre la multitud—. ¡Al palacio!

Grito estas palabras, esta súplica, una y otra vez, hasta que los ciudadanos se unen a mis berridos. Mi solo se convierte en un trío, en un octeto, en una orquesta cuyo *crescendo* impulsa colina arriba a quienes huyen.

Me meto la mano bajo el vestido y me arranco el pequeño colgante que llevo al cuello. La fina cadena de oro se rompe. Se la pongo en la mano a una joven cuyos ojos castaños están desorbitados.

—Enséñales esto a los guardias —le ordeno, agarrándola con fuerza—. Diles que la princesa Sarai exige que se dé refugio dentro a los ciudadanos de Ishmah.

Ella asiente y sale corriendo.

Mis pies cambian de dirección antes de darme siquiera cuenta. Voy hacia Notos, hacia las puertas. Cuanto más me acerco, más cadáveres tengo que sortear por la calzada. Cuando llego a las puertas, que aún no se han cerrado, veo que varios guardias intentan accionar lo que parece un mango atascado. Paseo la vista por la zona, jadeando. El vestido se me pega al sudoroso cuerpo. Una muralla de soldados se reparte por la entrada de la ciudad y lucha contra dos umbrandantes que intentan pasar. No hay rastro de Notos.

—¿Alteza?

Dos centinelas detienen sus intentos de sellar la puerta, boquiabiertos. Esto llama la atención de su superior, un oficial de pecas oscuras y boca fruncida.

—¿Sabe el rey que estáis aquí, alteza? —exige saber.

Yo entrecierro los ojos.

—Quizá deberías preocuparte menos por mi paradero y más por cerrar la puerta.

Una escalera cercana lleva hasta lo alto de las murallas. Subo los peldaños de dos en dos hasta llegar arriba. Desde aquí veo toda Ishmah y su palacio, el centro brillante y diamantino en el que

desembocan todos los caminos. Sin embargo, hacia el sur atisbo más umbrandantes: siluetas sombrías y borrosas entre las dunas protuberantes. Se desplazan con una celeridad horrorosa. Con un puñado de zancadas cruzan la mitad de la distancia que los separa de nosotros.

—¿Cómo vamos con la puerta? —grito.

Un hombre intenta rotar el mango oxidado.

—Sigue atascada.

La pieza emite un chirrido estridente. Mi mirada vuela hacia la amenaza cada vez más cercana. Zancada a zancada, la distancia entre los umbrandantes y la capital mengua. Zarcillos negros brotan vaporosos de sus siluetas mutantes.

De pronto, el capitán aparta de un empellón a su subordinado, agarra el mecanismo con ambas manos y apoya todo su peso contra el mango, que se desplaza apenas unos milímetros para luego volver a detenerse con otro chirrido. Yo me giro en todas direcciones, buscando a Notos. De pronto lo veo. Está ahí…, en el cielo. Se lanza hacia los tejados y se desvanece momentáneamente. Dos latidos después, alza el vuelo a lomos de una nube de viento, con la espada en alto, la hoja cubierta de un líquido negro. De la otra mano brota una ráfaga rugiente que se dirige a un trío de umbrandantes. El Viento del Sur está tan concentrado en derrotar a las bestias que ya se encuentran dentro de las murallas que no se fija en la amenaza que se acerca desde fuera. Él es el único que puede detener el caudal de monstruos, este diluvio arremolinado de oscuridad y ruina.

Mientras tanto, los arqueros en lo alto de las murallas disparan flechas con la punta cubierta de sal hacia los umbrandantes que se acercan a la capital. Una de ellas acierta en el muslo a un soldado, que se derrumba en plena carrera con un grito.

Yo me giro hacia los arqueros.

—¡Disparad solo si estáis seguros de que vais a acertar a vuestro objetivo!

En el suelo, el hombre se arrastra, con el rostro contraído de dolor. Me vuelvo hacia el centinela más cercano.

—¡Mandad un caballo a por él ahora mismo!

Sin embargo, un umbrandante llega antes al hombre. Su grito me hiela la sangre. Al final me veo obligada a apartar la vista. La muerte del soldado me deja atontada. Habrá otro, y luego otro…, hasta formar una montaña, un mar de muertos. Los soldados siguen forcejeando con el mecanismo atascado. En el tiempo en que el peso combinado de sus cuerpos consigue desplazar la puerta otro par de palmos, tres bestias más entran en la ciudad.

—¡Sacadla de aquí! —ruge el capitán.

Alguien empieza a llevarme a tirones hacia las escaleras. Me libro del agarre del guardia de un empellón.

—¡Notos!

El Viento del Sur se detiene en pleno movimiento y gira la cabeza. Examina brevemente la zona, pero no ve más que la matanza. No sabe dónde estoy.

Una vez más, el guardia intenta agarrarme.

—Princesa Sarai…

—Si me tocas otra vez —escupo—, mandaré que te decapiten.

El hombre se detiene, pasmado. No intenta detenerme. Yo me agarro a los peldaños de madera de una escalera de mano y empiezo a subir a una de las torres. Ahí abajo, quienes no han podido llegar a la Calzada de la Reina se apelotonan en sus hogares o se refugian entre callejones. Otros se desangran bajo el asfixiante calor; sus débiles súplicas se sumen poco a poco en el silencio.

A medio camino, un peldaño podrido se rompe bajo mi peso. Caigo con un grito y me agarro a los maderos. Me balanceo con fuerza y mi hombro choca contra el muro de piedra. Desde ahí abajo, la voz atronadora del capitán resuena por encima del estruendo de la batalla.

—Subid ahí y bajadla antes de que se rompa el cuello.

—Pero es que ha dicho…

—Me da igual lo que haya dicho —ruge él—. Si cae, nos decapitarán a todos.

Mi pie encuentra otro peldaño. La escalera se tambalea, pero aguanta. Llego hasta lo alto. Ammara se extiende a mis pies, una alfombra dorada bajo un cielo azul como una joya. Notos lucha contra un grupo de umbrandantes a los que ha aprisionado bajo una enorme cúpula de aire arremolinado. Las bestias atacan con sus garras engarfiadas la barrera transparente, sin éxito alguno. Notos aprovecha para abalanzarse sobre el monstruo de menor tamaño y atravesarle el corazón con la espada.

—¡Notos! —Hago embudo con las manos y grito con más fuerza—. ¡Notos!

Otro umbrandante cruza las puertas a medio cerrar. Se me hiela la sangre en las venas.

«Sarai», susurra una voz. «¿Por qué huyes?»

Se me nubla la vista. Todo se vuelve oscuro a mi alrededor. ¿Se trata de un sueño? ¿De un espejismo? Una figura encapuchada se materializa ante mis ojos. Retrocedo un paso; las suelas de mis sandalias arañan la mugre del suelo de la torre.

—¿Quién eres? —digo con voz estrangulada—. ¿Qué quieres?

«Sabes bien lo que quiero, Sarai.»

La figura encapuchada desaparece en un parpadeo. Yo retrocedo, confundida, y no llego a ver lo cerca que estoy del hueco de la escalera. Mi pie resbala en el borde y, de pronto, caigo.

17

Me despierto tumbada y contemplo un cielo color ala de cuervo. Mi pecho asciende y desciende. Me hormiguea la piel bajo la caricia de un viento seco que sopla de alguna abertura fuera de mi vista. Parpadeo una vez, dos veces. No veo estrellas, ni nubes, ni luna. Es como si estuviera bajo tierra, aunque no sé cómo va a ser algo así posible. Con cautela, me enderezo hasta quedar sentada. Recuerdo la caída. La curva plateada de la hoja de Notos. Y luego… nada.

—¿Hola?

El sonido se apaga en cuanto sale por mi boca. Sea lo que sea este lugar, el aire aquí dentro tiene un peso desacostumbrado; sabe a óxido y humedad. Al cabo de un rato, mis ojos se acostumbran a la penumbra. El espacio es pequeño, rodeado por todas partes de pálida piedra. En la pared de enfrente hay un espejo de cuerpo entero con marco de plata. Siento una atracción que no puedo negar, que me obliga a ponerme en pie y acercarme a su resplandeciente superficie. Alargo una mano para tocar el ornamentado marco, pero mis dedos lo atraviesan. Así pues, nada de esto es real. Es un sueño.

«Es real, Sarai.»

Me sobresalto. Mi cabeza latiguea a un lado y a otro, pero estoy sola. Excepto que… ¿estoy realmente sola o es que no veo a quienquiera que ocupe este espacio?

—¿A qué te refieres? —pregunto, y sigo examinando el entorno.

«Al espejo», dice esa voz que está en todas partes y en ninguna. «Vuelve a mirar.»

Mi atención se centra una vez más en el espejo. No hay reflejo alguno, sino imágenes que emergen desde debajo de su superficie plateada. Al cabo, estas imágenes cambian de color y de forma. Me veo a mí misma, asomada a la ventana de mi dormitorio, vestida de luto. Tengo los ojos hinchados y enrojecidos. Debo de estar viendo los primeros días tras la muerte de Fahim.

—¿Qué es esto? —exijo saber—. ¿Por qué me enseñas algo que ya ha sucedido?

«El espejo muestra lo que ha sido, lo que es y lo que será.»

—¿Y qué será?

«Asómate al espejo y lo descubrirás.»

La imagen desaparece y se convierte en algo distinto. Retrocedo, horrorizada. Veo al Viento del Sur, tumbado de espaldas con los ojos cerrados. La mugre y la sangre de la batalla le manchan la túnica. Parece que no respira.

Esto no tiene sentido. Notos no puede morir si no es mediante un arma tocada por los dioses. Si su caída ha sido presagiada, ¿qué objeto está destinado a matarlo? ¿Cómo es que la mera idea me provoca tanta angustia que no puedo ni respirar?

Miro con más atención. No, sí que respira. Pero está… ¿dormido? Entonces me doy cuenta de algo más: Notos descansa sobre una cama. Mi cama.

La imagen se desvanece y yo me encuentro contemplando mi propio reflejo. Apoyo una mano contra el espejo y, para mi alivio, compruebo que es sólido. Entonces, algo se mueve a mi espalda. Giro en redondo. Se ha materializado ante mí una figura de hombros anchos cubierta con una capa de lana oscura. Una holgada capucha le cubre el rostro.

—¿Quién eres? —me atrevo a preguntar.

«No recuerdas la primera vez que nos encontramos. Por aquel entonces eras un bebé enfermo.»

Mis ojos se desorbitan.

—El Señor de la Montaña —susurro.

«Así que lo recuerdas.» El Señor de la Montaña se desliza hacia mí. Bajo la capucha atisbo una abertura, como una boca. Hay un destello blanco… ¿Dientes?

«No te preocupes, Sarai. No he venido a cobrarme tu vida… aún.»

Quiero responder, pero hay otra voz más lejana que me exige que me despierte. Esta voz me es conocida, me promete paz. Estoy segura de que grita mi nombre. Una vez más, miro en derredor. Contemplo estos muros desconocidos. Este cielo que no es ningún cielo. El aroma almizcleño de la tierra aplastada. Debo de estar soñando. Es la única explicación lógica.

—¿Por qué me has traído aquí? —le pregunto al Señor de la Montaña—. ¿Para asustarme? Tendrás que esforzarte más. —Debo de estar loca para encararme con un dios—. Padre prohibió la iris negra en Ammara hace mucho.

«¿Crees que la política del rey evitará que reclame como mío lo que se me prometió?» Hay una pausa. «Asómate al espejo y lo verás.»

El impulso nace del mismo centro de mi ser. Me asomo al espejo y mi reflejo desaparece. En su lugar veo la Ciudad Roja. Sus arcadas curvas y sus templos ribeteados de columnas. La hierba y las flores de dulce aroma de sus numerosos jardines. Y sin embargo, al parpadear todo se convierte en sombras, en residuos humeantes entre los resplandecientes tejados y las estatuas de mármol: los umbrandantes inundan las calles.

El Señor de la Montaña se asoma por encima de mi hombro. Sus labios fríos me rozan la oreja al decir:

«Cada vez queda menos.»



Abro los ojos de golpe y ahogo una exclamación. Un destello blanco y estelar inunda mi vista. Estoy tumbada sobre un suelo duro y caliente que me abrasa toda la espalda. Capto el sonido del caos, un

ataque directo a mis oídos tras la quietud de ese extraño lugar ultraterreno.

Una mano grande se posa sobre mi corazón desbocado.

—Tranquila.

Ese tono grave y firme me envuelve con su calidez. Me calma.

El brillo mengua hasta que mi vista se acostumbra al color azul de las alturas. El Viento del Sur se inclina sobre mí, con un halo del sol de mediodía iluminando sus rizos oscuros. Hay una emoción tan profunda en sus ojos agitados que, por un momento, los muros que he levantado alrededor de mi corazón flaquean. Notos nunca pierde el control, pero ahora… Jamás lo había visto tan desequilibrado.

Despacio, me enderezo hasta quedar sentada.

—¿Qué ha pasado? —grazno.

Notos aparta la mirada, con la mandíbula apretada. Estoy tumbada a la sombra de uno de los edificios cercanos. A poca distancia de nosotros hay un puñado de soldados, mientras que otros guardias dirigen a los ciudadanos por la calle. Como Notos no responde, les dedico a ellos una mirada interrogativa.

Solo uno de los soldados tiene la valentía de acercarse.

—Habéis caído, alteza.

Contemplo lo alto de la torre. Es una gran caída, yo diría que de más de sesenta metros. Nadie sobreviviría a algo así.

No me doy cuenta, pero debo de haber alargado la mano hacia Notos, porque, de pronto, mis dedos están entrelazados con los suyos. Con la misma rapidez, él se envara y se aparta. Aprieto el puño y me lo llevo al estómago crispado. Si no quiere tocarme, allá él. No pienso ir suplicándole migajas.

—El Viento del Sur os agarró antes de llegar al suelo —añade el soldado. Ante la mirada afilada de Notos, el hombre guarda silencio.

Comprendo lo que ha sucedido. ¿Cuánto poder debe de haber necesitado el Viento del Sur para viajar desde un extremo a otro de la capital en el tiempo que tarda un cuerpo en caer desde esa altura? No se trata de volar más rápido que el viento. Se trata de convertirse en el viento.

—Dejadnos —ladra Notos.

Los guardias se retiran; algunos cargan con compañeros heridos en camillas. Yo contemplo las puertas, que ahora están cerradas y bloqueadas. Algo enorme golpea contra ellas desde el exterior. Las puertas se estremecen, pero aguantan.

Hubo una época en la que los umbrandantes solo aparecían bajo el amparo de la noche; la luz del sol era veneno para su existencia. Pero algo ha cambiado. Ahora son más fuertes. Me temo que algún día las runas protectoras de las puertas fallarán.

—Notos —digo en tono quedo.

El Viento del Sur se incorpora.

—Vas a tener que ir a ver a un sanador —dice con voz entrecortada, sin querer mirarme a los ojos—. Es posible que hayas sufrido heridas en las que no me he fijado.

Acto seguido, me alza en sus brazos y me aprieta contra su amplio y sólido pecho. La multitud se aparta para dejarle paso. Echa a caminar hacia el palacio.

—Notos…

—En el nombre de los dioses, ¿cómo se te ha ocurrido acudir a las puertas de una ciudad que está siendo atacada? ¿Acaso quieres morir?

Las palabras le salen estranguladas, apenas un gruñido. A pesar de su tono, me sostiene con ternura.

—¿Y acaso tú crees que voy a quedarme cruzada de brazos mientras mi pueblo es masacrado? —espeto—. ¿Ese es el tipo de persona que crees que soy?

—Ha sido una decisión imprudente. —La Calzada de la Reina describe una curva. Resulta imposible ignorar el alcance de la destrucción. Muchas personas ya han empezado a rebuscar entre los escombros de las casas derrumbadas, intentando localizar a familiares y pertenencias—. Te creía más lista.

Aunque el comentario me duele, paso por alto ese juicio de valor. Lo único que yo quería hacer era ayudar a mi pueblo. ¿De qué le iba a servir a nadie escondida tras unos altos muros?

—Piensa de mí lo que quieras —le digo—, pero no lamento lo que he hecho. Volvería a hacerlo otra vez. Ishmah es mi hogar, y estoy dispuesta a hacer lo que sea para protegerla.

Él vacila, y parte de esa rabia salvaje disminuye, desciende hasta convertirse en un talante algo más calmado. Aun así, el torbellino de emociones que me recorre no amaina.

—Te pido disculpas —murmura Notos—. No debería haberlo dicho.

Para eso ya es tarde.

—Bájame.

Hemos llegado a las puertas del palacio.

—Te bajaré cuando hayamos llegado al dispensario.

—¿Quién va? —pregunta alguien desde lo alto de las murallas.

—Soy Notos. Tengo a la princesa Sarai. Necesita ver a un sanador inmediatamente.

Las puertas se abren con un ominoso quejido. Entramos en el patio principal y los criados y mozos se detienen a vernos pasar. Si estuviese menos agotada, quizá insistiría en ir por mi propio pie. Sin embargo, parece que estoy perfectamente cómoda en brazos del Viento del Sur.

El bamboleo de sus pasos me tranquiliza. El aroma de su piel resulta embriagador. En contra de mi propia voluntad, mis ojos se cierran. Luego oigo el repiqueteo de los tacones de las botas de Notos sobre un suelo de mármol. Tras girar un par de recodos, un olor levemente astringente me inunda las narices. Abro los ojos de golpe cuando Notos me suelta en uno de los catres del dispensario como si yo no fuese más frágil que un saco lleno de arroz.

—Tengo que asegurarme de que la capital está a salvo —dice, contemplando la puerta por la que acaba de entrar la sanadora real, cuyos ojos se desorbitan al verme.

Me acerco al borde del colchón y planto los pies en suelo firme.

—Antes de que te vayas, hay algo que quiero discutir contigo.

—¿No puede esperar?

Si fuese posible prender fuego a alguien con la mirada, me atrevería a decir que ahora mismo el Viento del Sur quedaría reducido a cenizas.

—No —digo apretando los dientes—. No puede esperar.

La situación es del todo desesperada. La sanadora real se marcha tan rápido como ha llegado; seguramente se ha percatado de hasta qué punto se ha vuelto denso el aire en la habitación. Notos le lanza una mirada anhelante a la puerta, pero toma asiento en una silla cercana.

Y aquí estamos, dios y mortal, dos antiguos amantes atados por la falsa promesa de nuestro compromiso. Por más que intente relajar la postura, la tensión se crispa bajo mi piel.

—¿Por qué entraste en el laberinto sin decírmelo? —inquiero con palabras roncas.

El Viento del Sur se echa hacia atrás, sorprendido.

—No sabía que tenía que pedir tu permiso para entrar.

—Y no tienes que pedirlo —digo, avergonzada por lo rápido que me sonrojo. Notos tiene razón. No necesita pedirme permiso, pero ¿tan malo sería que me informase de sus intenciones, sobre todo en una situación tan peligrosa?—. Pensaba que habíamos acordado trabajar juntos en esto.

—Y así fue. —Sus ojos oscuros son cautelosos.

No, cautelosos no. Confundidos. Dolidos, incluso, porque así le agradezco que me haya salvado la vida, con acusaciones agresivas.

—Si no te hubiera visto entrar en el laberinto —explico con tono algo más suave—, jamás habría sabido que estabas ahí dentro. ¿Y si no hubieras salido?

El cambio en su expresión es sutil. Se me acelera el pulso, porque sé lo que me va a preguntar antes siquiera de que abra la boca.

—¿Estabas… preocupada por mí?

Ya estoy acostumbrada a mentir. ¿Qué más da una mentira más al fin y al cabo? Sin embargo, me conozco a mí misma. Sobre esto no puedo mentir.

—Sí, estaba preocupada. —Inspiro por la nariz y aliso la manta sobre mi regazo—. Así que…, por favor, tenlo en cuenta la próxima vez.

Con aire grave, austero, Notos asiente.

—Siento haberte preocupado.

—Disculpas aceptadas. —Y ahora, al tema en cuestión—: ¿Has encontrado algo?

—No. —Se pasa una mano por la cara. Tiene una palidez gris e inconfundible en la piel—. Los pasadizos son demasiado complejos. Temí que fuera a perder el sentido de la orientación. Aún no he encontrado el modo de marcar el camino para poder regresar a la entrada.

—¿Y cómo pudiste escapar la primera vez?

Él agacha la cabeza en lo que me parece un gesto de vergüenza.

—¿Me creerías si te dijera que fue un golpe de suerte?

Se me descuelga la boca. Luego, suelto un resoplido y niego con la cabeza, incrédula. Me inunda el alivio al ver la sonrisa en la boca de Notos. Desde luego, es una imagen desacostumbrada.

—Ya suponía que la suerte había desempeñado algún papel —lo chincho y, para mi absoluto gozo, veo que se le sonrojan las mejillas.

Hablando de lo cual…

—Creo que los umbrandantes salen del laberinto —digo.

El Viento del Sur no parece ni un poco sorprendido.

—A decir verdad, ya había pensado en esa posibilidad —dice, apoyando la columna en el respaldo almohadillado de la silla—. Pero, aparte de los que han entrado en la capital, el único umbrandante con el que me he cruzado en Ishmah fue el de la biblioteca. Así pues, ¿qué te hace pensar eso?

—Me encontraba en la entrada del laberinto cuando sonó la campana de alarma. Bajo la puerta se filtraban unas sombras…, las mismas sombras de las que están hechas esas criaturas. Me pregunto si estarán escapando del laberinto bajo tierra, quizá por un túnel que lleve al exterior de la ciudad.

El propio palacio tiene numerosos túneles, muchos de ellos olvidados desde hace tiempo. Notos se masajea la sien, perdido en sus pensamientos, con los muslos separados.

—Como mínimo vale la pena investigarlo. —Centra su atención en mi cara—. ¿Has descubierto algo más sobre el laberinto?

Por un lado, está la conversación que he tenido con el Señor de la Montaña, claro, pero dado que tiene que ver con mi maldición, de momento prefiero no hablar de ello. Quizá sí debería contárselo a Notos, pero… no sé. Me parece inútil. Quizá es que ya he aceptado lo inevitable. A fin de cuentas, no se puede escapar al destino. He sido una necia al pensar que podría ganarle por la mano a un dios.

—No —le digo—. Nada.

Él me contempla con atención. Quizá perciba que no estoy siendo del todo honesta.

—Te pregunto porque uno de mis conocidos de Mirash se puso en contacto conmigo esta mañana. Sabe algo que pensó que nos interesaría. Cuanto antes podamos hablar con él, mejor.

—El Festival de la Lluvia empieza la semana que viene —le recuerdo.

—No se me ha olvidado —murmura él.

Ojalá no me complaciera tanto ver que se acuerda de las costumbres de Ammara, pero no soy tan indiferente como intento aparentar. Sí que me complace. Me complace muchísimo.

—La capital cierra sus puertas durante los días previos al festival. —Me muevo y el catre suelta un chirrido—. No podemos salir hasta que el festival haya terminado.

En realidad, ¿qué más dan otros cinco días?

—No debería ser problema —dice Notos.

Yo vacilo, irritada ante mi repentina indecisión. Me apresuro a desterrarla.

—Teniendo en cuenta que estamos prometidos, lo adecuado a nuestra situación sería que me acompañases durante los festejos.

Ahora más que nunca, mi pueblo necesita certezas. Necesita fuerza y guía. No lo decepcionaré.

Notos alza la cabeza. Sus ojos están muy oscuros. Siento como si contemplase mi propio reflejo, como si su dolor fuese mi dolor, como si esta herida la compartiésemos los dos. Agarro la manta en mi regazo a puñados, de pronto insegura.

—Estaría a tu lado —susurra el Viento del Sur— si creyese que quieres que esté a tu lado.

—Es que quiero que estés a mi lado —digo. Y luego me apresuro a añadir—: Por el bien de Ammara, por supuesto.

El Viento del Sur me mira, reflexivo, durante un largo momento. Lo bastante largo como para incomodarme.

—Si así lo deseas…

No tengo la más mínima idea de lo que deseo.

—¿Sigues enfadado conmigo? —pregunto.

—No estaba enfadado contigo, Sarai.

—Ah, ¿no?

—Puede que se manifieste como ira —admite—, pero, en esencia, se trata de miedo, tristeza y vergüenza. Jamás había conocido el miedo hasta que te vi caer de la muralla y creí que no llegaría a tiempo hasta ti.

Yo consigo esbozar un leve:

—Oh.

Y despacio…, muy despacio, esa herida dentro de mi corazón que tanto tiempo lleva ahí empieza a cerrarse. Le importo. Le importo mucho, creo. Quizá ha llegado la hora de que deje de preocuparme por lo que pasó y empiece a preocuparme por lo que podría pasar.

—¿Eso es todo? —dice, y se pone de pie.

Lo es y no lo es. Siempre estoy hambrienta, siempre tiendo las manos, jamás me calmo, jamás me sacio. El Viento del Sur llega a la puerta y yo le digo:

—¿Notos? —Se detiene, se gira y me mira. Mi corazón se encoge y se para—. Sé que estás enfadado conmigo —susurro con un sentido remordimiento—. Sé que no me he portado de la manera más sensata. Y sé que es tu deber protegerme, pero… gracias —digo— por salvarme la vida.

Un viento suavísimo me acaricia el pómulo, parecido al roce de sus dedos callosos.

—No te he salvado la vida porque fuera mi deber, Sarai. Te la he salvado porque… —inspira hondo— porque no quiero vivir en un mundo en el que no estés tú.

Sus palabras me curan y me asustan a partes iguales. Lo sé. Creo que siempre lo he sabido. Pero no estaba preparada hasta ahora para aceptar la verdad.

—Ve con cuidado.

Dicho esto, se marcha.

La sanadora real regresa para examinarme de la cabeza a los pies. Me obliga a beber algún tipo de horrible brebaje que, según afirma, me ayudará a aclarar la cabeza. Si supiera lo que anida en ella: una sombra oscura…, el Señor de la Montaña, que ansía mi vida.

Una hora más tarde, me deja marchar con orden de descansar e hidratarme. Regreso a mis aposentos para lavarme y luego abro el diario que descansa en mi escritorio. Veintitrés días. Cuanto más contemplo ese número escrito con tinta, más me aprieta el pecho. Otro recordatorio de lo impotente que me siento.

Comprendo que no voy a poder descansar en este estado de alteración, así que voy a buscar a padre. Lo encuentro en sus aposentos, en la cama. Amir y Tuleen están sentados a su lado, hablando en voz baja.

Los aposentos del rey Halim son el triple de grandes que los míos. Incluyen un despacho, dos salones, una impresionante biblioteca, un dormitorio y una espaciosa cámara de baños. En la pared del otro extremo hay una puerta que lleva a las habitaciones de la reina. Llevan veinticuatro años vacías.

Al verme, Amir se pone en pie de golpe.

—¿Dónde estabas? —Rodea la cama y me inspecciona en busca de heridas—. Te buscamos en tus aposentos, pero no estabas allí. Me daba miedo que te hubieras ido a la ciudad.

—Me refugié en la biblioteca —le digo a Amir—. Salí en cuanto me pareció seguro.

—Gracias a los dioses por ello.

Despacio, me acerco a la cama del rey. Está encogido, es lo que queda cuando un cuerpo se marchita. Su piel suelta parece más bien pergamino mojado. Mi preocupación aumenta más allá de los límites que me he puesto y me amenaza una oleada de pánico en espiral. Sigue respirando…, de momento. Me pregunto quién dejará antes esta tierra: padre o yo.

Me duele contemplar este lento deterioro. He llorado, he gritado, he suplicado y exigido milagros a los dioses. Todo ha dado igual. Cuando el Señor de la Montaña exige una vida, no hay nada que pueda cambiar su decisión.

—¿Cómo te encuentras, padre?

Él suelta un resuello.

—Estaba discutiendo las leyes de Ammara con Amir. Aún tiene mucho que aprender.

—¿Por qué hablas ahora de esas cosas?

Me inclino hacia delante, con el puño apretado, como si pudiera estrellarlo contra esto que se está desarrollando ante mí, esa realidad en la que mi hermano gobierna y mi padre yace muerto en el suelo.

—Porque la suerte ya está echada, Sarai. Ya no puedo retrasarlo más; me da miedo dejar a Amir mal informado. No podemos permitir que nuestro pueblo sea vulnerable.

«¿Y qué pasa conmigo?» Es un grito mudo, que formulo solo en mi mente.

—Padre…

—Basta. Ya no hemos de hablar más del tema. ¿Entendido?

Yo miro a Amir, que me devuelve la mirada.

—Entendido —murmuramos los dos al unísono.

Mientras Amir le da más charla al rey, yo ocupo el asiento libre junto a mi cuñada y la saludo con un cabeceo.

—Tuleen.

Ella sonríe, aunque su sonrisa carece de la despreocupación que yo esperaría de alguien que se alegra genuinamente de verme. Lo cierto es que me lo merezco. No le he mostrado ningún tipo de amabilidad voluntaria a Tuleen; ha sido un error por mi parte. Hay días en los que, sin ninguna duda, me vendría bien tener una amiga en el palacio.

—Quería ofrecerte mis disculpas —digo. Tuleen se mantiene cautelosa, pero me hace un cabeceo para que prosiga—. Te he juzgado injustamente. No has demostrado más que amabilidad hacia mí…

—¿Y por qué lo has hecho? —Brusca, clara, pero amable.

Yo bajo los ojos.

—Me daba miedo que me tratases como las otras mujeres de la corte. —Sin embargo, alzo la cabeza y la miro con respeto—. Pero eres mejor que ellas. Y mejor que yo. Siento haberte tratado tan mal. Quiero que sepas que me alegro de que seas parte de nuestra familia.

Tuleen aparta la vista y parpadea rápidamente. Traga saliva y luego se gira hacia mí.

—Gracias —susurra.

Que esté tan dispuesta a perdonarme es más de lo que merezco. Y no es solo su perdón lo que necesito. Se hace un silencio -incómodo, roto solo por las voces de Amir y el rey. Le pregunto a Tuleen:

—¿Has ido ya a ver a Roshar para que te haga un vestido para el festival?

—¿A Roshar Hammad? —Se le desorbitan los ojos—. Pero si es el sastre real.

—Y tú la futura reina de Ammara. Tienes todo el derecho a solicitar sus servicios.

Tuleen se inclina hacia delante en el asiento. Mechones sedosos de sus cabellos descompuestos le acarician los hombros.

—No sé…

—Es amigo mío. Le enviaré un mensaje —digo—. Vamos a encontrarnos con él dentro de, digamos, dos días. Yo también necesito un vestido para el festival.

—¿Estás segura? —pregunta Tuleen—. No quisiera entrometerme en vuestra amistad.

—No te estás entrometiendo. Te mereces un vestido digno de una reina. Mi cuñada habrá de tener el mejor vestido de toda Ammara.

Esbozo una sonrisa que, esta vez, es genuina.

—¿Hemos conseguido rechazar a los umbrandantes? —pregunta de pronto el rey Halim con voz áspera y un borboteo líquido en la garganta.

Centro mi atención en padre y alargo el brazo para agarrarle la mano. Sus dedos se crispan al rozarlos, pero no se apartan. Se me hace un nudo en la garganta; no recuerdo una época en la que no haya ansiado un poco de su afecto.

—Sí, gracias a Notos.

—Me alegro de que haga bien su trabajo —dice Amir en tono sarcástico, arrastrando las palabras. Me contempla con los brazos cruzados desde el otro lado de la cama—. ¿Puede decirse lo mismo de su papel como prometido tuyo?

No le hace nada de gracia que no se lo haya contado yo.

—Pues lo cierto es que sí —respondo con falsa dulzura.

Agarro un paño de la mesa de noche, lo mojo en un pequeño cuenco de agua a mis pies y empiezo a enjugar el sudor del cuello del rey.

Amir me clava una mirada cargada de enojo infantil. Típico.

—Deberías habérmelo contado.

Yo suelto un resoplido.

—¿Para que pudieras desacreditarlo a la primera oportunidad que se presentase? Creo que no.

—¿Para qué iba a necesitar yo desacreditarlo? —replica Amir—. Para eso se basta y se sobra él solo.

No le falta razón. Pero, aun así, siento el inexplicable impulso de proteger al Viento del Sur de la indignación de mi hermano. La

historia que compartimos Notos y yo es nuestra, de nadie más. Amir no tiene nada que ver con ella.

—Hablando del Viento del Sur. —Vuelvo a mojar el paño y estrujo la tela para escurrir el agua—. Nos acompañará durante el Festival de la Lluvia.

El rey Halim intenta enderezarse en la cama, pero le tiemblan los brazos a causa del esfuerzo y vuelve a hundirse en las almohadas con un sonido de frustración.

—¿Cómo voy a explicarle su presencia al príncipe Balior? Piensa que vas a entrar en razón.

Otra vez con lo mismo. Con delicadeza, enjugo la clavícula del rey, donde se acumula un charco de sudor. Con las cortinas corridas, el aire está enrarecido.

—Ya te lo he dicho, padre, la decisión está tomada. No voy a cambiar de idea.

—Sarai. —Suspira—. Por el bien de nuestra gente, has de rechazar la mano del Viento del Sur. Por favor. Si muestras verdadero remordimiento por tus actos, quizá aún estemos a tiempo de convencer al príncipe Balior.

—Ah, ¿soy yo quien debe mostrar remordimiento? —Suelto un resoplido y dejo caer el paño—. ¿Por qué, exactamente? Accedí al cortejo del príncipe Balior, pero cuando Notos pidió mi mano en matrimonio, él y yo no estábamos formalmente comprometidos. Notos y yo no hemos hecho nada malo.

—Excepto hacerme quedar como un idiota y debilitar a nuestro reino.

Todo se reduce siempre a la imagen de padre. No hace mención alguna a mi vida, a mi muerte inminente. Aunque supongo que no sería capaz de mencionarlo con Amir y Tuleen aquí delante.

—Sabes bien que esa no era mi intención…

—¿Y cuál era tu intención? —inquiere—. Porque, a juzgar por lo que veo, todo lo que has hecho ha sido completamente egoísta.

«Egoísta.»

Un tintineo resuena en mis oídos. Lo miro, lo miro y lo sigo mirando, pero continúo igual de pasmada. Mi asombro no disminuye, solo se transmuta, se convierte en algo distinto, algo al rojo vivo bajo mi esternón. «Ahora no», pienso. «Espera hasta que estéis a solas, sin público. No es adecuado. Es una falta de respeto. Es justo lo que padre querría.» Pero ¿qué pasa con lo que quiero yo? Y así, todo lo que he enterrado en mi interior durante estos largos largos años me rompe por dentro y sale a borbotones.

—Si hay alguien aquí que es egoísta —escupo, y le clavo un dedo—, eres tú, padre. No has hecho nada más que menospreciarme, insultarme y hacerme pedazos. Te importa más impresionar a un soberano visitante que el bienestar de tu hija. Ni una sola vez has conseguido que sienta que puedo ser yo misma. Ni una sola vez has conseguido que sienta que me quieren por ser quien soy.

Se hace el silencio. Amir y Tuleen se han quedado petrificados. Las lágrimas emborronan demasiado mi vista como para distinguir la expresión de padre. Mejor así. No quiero ver más semblantes de decepción.

—¿Acaso disfrutas aplastando a tus hijos? —resuello, con un nudo de emoción en la garganta—. ¿Acaso te han prometido los dioses tratarte bien en la otra vida si consigues moldear a tus hijos hasta que tengan la misma personalidad severa y rígida que tú?

Una inspiración suave y temblorosa rompe el silencio. El rey Halim niega con la cabeza.

—Sarai…

—Una cosa te voy a decir, padre: he hecho todo lo que he podido para convertirme en la princesa ideal, en un perfecto reflejo de ti mismo. Y mientras tanto… —Me ahogo, inspiro e intento hablar de nuevo—. Y mientras tanto siento que cada vez soy menos yo. Está claro que jamás estaré a la altura de tus imposibles expectativas. Así pues, me pregunto: ¿por qué te molestaste en salvarme la vida? Por lo que se ve, no ha sido más que una pérdida de tiempo.

Tuleen ahoga una exclamación.

Se me escapa un aliento tembloroso, y luego otro. Los sollozos no tardarán en hacer acto de presencia. Cuando eso ocurra, pretendo estar muy lejos de esta habitación.

—Habría sido mejor que me dejaras morir. Al menos, así no habrías vivido en un perpetuo estado de decepción.

El rey Halim jamás ha tenido un aspecto más diminuto bajo las mantas. Tiene la boca abierta en gesto pasmado y un remolino oscuro en los ojos.

En silencio, salgo de la estancia.

18

—¿Seguro que no supondrá un problema? —me pregunta Tuleen, estudiando con incertidumbre la placa ante nosotras.

«Roshar Hammad. Sastre real.»

—Segurísimo. —Doy unos rápidos golpecitos en la puerta—. Y quería disculparme otra vez por el retraso —digo.

Teníamos que habernos encontrado con Roshar hace tres días, pero el príncipe Balior insistió en que saliésemos a cabalgar por la ciudad. Luego se vio a otro umbrandante por los terrenos del palacio, por lo que Tuleen y yo tuvimos que refugiarnos en nuestros respectivos aposentos hasta que se anuló la amenaza.

—No pasa nada, de verdad —replica ella—. Me alegro de que Roshar haya encontrado un hueco para nosotras.

En menos de un latido, la puerta se abre. Las gafas de montura ancha de Roshar amplían sus ojos de largas pestañas. Lleva una túnica de un vívido color anaranjado y pantalones de tono azul como contraste. Esboza una gran sonrisa en presencia de Tuleen.

—Su alteza. —Le hace una profunda reverencia a mi cuñada—. Y su otra alteza.

Y me hace una reverencia aún más profunda a mí, el muy cretino.

—Tuleen, me gustaría presentarte formalmente a Roshar Hammad. —Lo señalo con un gesto al tiempo que él se yergue y se recoloca el pelo—. No solo tiene un gusto excelente en moda, sino también en repostería.

Tuleen esboza una sonrisa tímida.

—Llámame Tuleen, por favor —dice.

¿Tutearse con la futura reina de Ammara? Roshar parece a punto de desmayarse.

—Pasad. Roshar tiene que ver con qué hay que trabajar.

Dentro de su taller, mi cuñada examina con curiosidad los numerosos modelos sin terminar. Una túnica de cuello alto y perlas incrustadas le llama la atención. La anchura de los hombros indica que se trata de una prenda masculina, y los adornos sugieren que se va a lucir en algún acontecimiento importante, probablemente una boda o un funeral. Roshar, por su parte, agarra la cinta de medir y empieza a dar vueltas alrededor de Tuleen, mordiéndose el labio inferior.

—Tienes una figura preciosa, muy menuda. —Se detiene y ladea la cabeza aquí y allá—. Estoy pensando en una cintura imperio, y tela fina en el corpiño. Nada de plisado. No queremos que la futura reina de Ammara parezca anticuada.

Sin dejar de hablar, se saca un cuadernito del bolsillo y empieza a anotar ideas con carboncillo. Luego cierra de golpe el cuaderno.

—Querida, voy a tomarte las medidas y a sacar algunas muestras de tela, ¿te parece?

Aturdida, Tuleen asiente. Roshar corretea hasta el otro extremo de la habitación.

—Suele tener ese efecto en la gente —le digo yo.

—¡Ah! —Tuleen se sobresalta, y se lleva ambas manos a la boca—. Me he olvidado de decirle cuál es mi color favorito.

Yo la agarro del brazo antes de que pueda acercarse a Roshar. Niego con la cabeza en gesto de desaprobación.

—Yo no lo haría —susurro.

—¿No? —Baja la voz al mismo tono que el mío—. ¿Por qué no?

—Solo hay dos cosas que tienes que saber sobre Roshar. La primera es que odia el color gris. Lo desprecia por completo. —Curiosamente, jamás vuelve a oírse hablar de quienes le encargan un vestido o una túnica gris—. La segunda es que no le gusta que le digan lo que tiene que hacer.

Mi cuñada da un paso atrás, sorprendida.

—Pero yo no le voy a decir lo que tiene que hacer. Solo he pensado que, si sabe cuál es mi color favorito, el proceso le resultará más fácil… —Tuleen deja morir la voz al ver que yo niego lentamente con la cabeza—. ¿No?

—No. —Le paso un brazo por la espalda y la alejo de Roshar, por si acaso se le ocurre cometer alguna imprudencia—. Esta es la decisión correcta —le aseguro—. Confía en mí. Roshar jamás me ha fallado. Tiene un don. Tu vestido será asombroso, independientemente del color o el estilo que tenga.

Mientras Roshar se entretiene cortando telas, Tuleen y yo tomamos asiento en los sillones junto a la ventana. Más allá de los muros del palacio, las calles ya han empezado a transformarse para el festival. Miles de flores decoran las aceras y los tejados de las tiendas. Yo echo un vistazo al patio ahí abajo y se me encoge el corazón. No hay señal alguna de Notos.

—¿Desde cuándo conoces a Roshar? —pregunta Tuleen, acomodándose en el sillón.

—Desde hace más o menos una década. Era la única persona aparte de Fahim dispuesta a aguantarme.

Y diez años después, sigue siendo mi amigo.

Tuleen mira por encima del hombro y lo ve sacar una pila de telas, con el carboncillo entre los dientes. Roshar rodea la mesa, murmurando para sí, e inclina la cabeza para garabatear un breve esbozo en su cuaderno.

—Parece que su trabajo le apasiona.

—En general es una persona apasionada, sobre todo en cuanto a la moda. Por cierto, ¿tienes un Zarqan?

Tuleen me mira, claramente confundida.

—Sí.

—No se lo digas. Está obsesionado con esos bolsos y podría quitártelo sin que te des cuenta. —Hago una mueca sonriente para demostrarle que estoy más o menos de broma. Tuleen se ríe—. No digas que no te he advertido.

Roshar le pide a Tuleen que se acerque para tomarle las medidas. Yo me quedo sola mirando por la ventana, sumida en mis pensamientos. No he hablado con padre desde ese arranque emocional. Me he pensado si debería disculparme, pero gritar al vacío me duele. Y me duele aún más saber que es posible que jamás se oiga mi voz.

Unos minutos después, Tuleen vuelve a tomar asiento en el sillón.

—¿Qué tal va tu compromiso? —pregunta en tono quedo.

Ay, dioses. Mi compromiso —mi falso compromiso— no es el tipo de tema de conversación en el que quiero entrar. Sin embargo, he tratado bastante mal a Tuleen desde que regresó a Ishmah. No se merece el veneno que yo misma me he tragado.

—Sinceramente —me hundo aún más en el mullido sillón—, no va muy bien.

Tuleen parece sorprendida ante esta respuesta tan honesta, aunque hace lo posible por disimularlo.

—Siento mucho que sea así.

Me pongo de mal humor. Las últimas semanas han sido un absoluto suplicio. El tormento de dormir en los aposentos adyacentes a Notos, de oír cada ruido de su colchón al otro lado de la pared… No he dormido bien desde que se instaló.

—Es normal, ¿no? —Alzo la mano en un ademán indiferente—. Las relaciones necesitan esfuerzo. Todos tenemos malas rachas, ¿no?

La futura reina de Ammara no parece estar de acuerdo.

—Discúlpame si esto está fuera de lugar, pero… me da la impresión de que el Viento del Sur y tú ya habéis tenido malas rachas. —Escruta mi rostro, con ojos amables pero inquisitivos—. ¿Me equivoco?

Me sorprende que Amir no se lo haya contado todo a su esposa. Por otro lado, a mi hermano no le gusta hablar del Viento del Sur.

—Hace años fuimos amantes. No nos… no nos separamos en buenos términos. —De hecho, yo no supe que nos habíamos

separado hasta que Notos desapareció—. No esperaba que regresase.

Mi mandíbula se tensa. La obligo a relajarse.

El rostro de Tuleen se suaviza con una compasión que no he presenciado a menudo. Siento su calidez al tiempo que reprimo el impulso de salir huyendo a esconderme.

—Estás enfadada con él.

Estoy enfadada con Notos, con padre y con mis circunstancias. El Viento del Sur no se merece mi ira. Eso lo sé. Intento ser mejor persona, dejar atrás el pasado. Sería mucho más sencillo si parte de mí —una parte más grande de lo que quiero admitir— no siguiese ansiando su afecto.

—Prefiero no profundizar mucho en ello —digo—, pero traicionó mi confianza. Y sí, ahora estamos comprometidos, pero ya aprendí la lección en su día. ¿Cómo puedo confiar en que no vaya a romperme de nuevo el corazón?

Qué patética debo de parecerle a Tuleen. No pretendía abrirme en canal y mostrarle mi alma, pero lo he hecho igualmente.

Mi cuñada se reclina, cruza las piernas y ladea la cabeza con aire pensativo.

—Desde mi punto de vista, parece que Notos se está esforzando mucho en reconstruir la confianza entre los dos. —Le dedico a Tuleen una mirada interrogativa, y ella se explica—: Cuando te mira, veo que le importas muchísimo. Pero a mí me parece que estás poniendo distancia entre los dos. Es tu prometido. Tarde o temprano tendrás que aprender a confiar en él. De lo contrario, esa falta de confianza destruirá con toda probabilidad tu matrimonio.

Tuleen no tiene la menor idea de que no nos dará tiempo a celebrar la boda.

—Hay mucho más de lo que parece a simple vista, Tuleen. Tú dices que Notos intenta reconstruir la confianza entre los dos, pero yo no lo veo.

—¿Y por qué habría de acercarse a una puerta que está cerrada y creer que puede volver a entrar?

—Es que no lo entiendes —digo con voz estrangulada, resistiendo la punzada que siento en el pecho—. Por supuesto que no quiero que vuelva a entrar. Me abandonó. —Y yo no tenía a nadie. Mi madre había muerto. Fahim había muerto. Amir estaba sumido en su propio dolor. Padre también se distanció de mí, como siempre había hecho—. Está claro que no me quería.

—¿Se lo has preguntado? —Me mira con aire calmado.

No, no se lo he preguntado. Me da miedo lo que podría responder. Supongo que una pequeña parte de mí siempre se aferró a la idea de que se marchó por algo sobre lo que yo no tenía ningún control. Algo que no tenía nada que ver conmigo.

—Ya me dio su respuesta hace mucho tiempo —le digo.

Ella alza una ceja finamente delineada.

—¿Has pensado que quizá él también sufra? Quizá también tenga miedo al rechazo.

Quizá. Pero yo ya he estado ciega antes. No me atrevo a cerrar los ojos por miedo a que vuelva a suceder.

Durante un rato, Tuleen se limita a mirar por la ventana. Al cabo centra su atención en el laberinto. Contempla la estructura frunciendo el ceño, pero prosigue:

—Sé lo difícil que es colocarte en una posición vulnerable, Sarai. Lo creas o no, yo pasé por algo muy parecido con Amir al principio de nuestra relación. Tardó mucho en abrirse a mí. Creí que jamás llegaría a hacerlo. Supongo que lo que digo es que… no quiero que te pierdas al amor de tu vida por culpa del miedo.

Me tiemblan los labios. Los aprieto hasta que casi desaparecen.

—Notos podía entrar —digo con un gruñido grave y ronco—. Siempre pudo entrar. Yo quería ser su casa. Pensé que lo era.

Le di mi corazón. Se lo di todo.

—Quizá lo sigas siendo —murmura Tuleen.

Tengo ganas de gritar, o de huir. Correr hasta que se me arruguen los pulmones y me cedan las piernas, y que el desierto haga lo demás. Pero… basta. Ya basta de tantas posibilidades. No se puede

cambiar el pasado. No puedo gastar más energía poniendo en duda algo que sé que no es cierto. Notos no es mío. Jamás lo ha sido.

Me pongo en pie con aire rígido y me aliso las arrugas del vestido.

—Discúlpame, he de atender un asunto.

Me planto en el otro lado de la estancia en tres zancadas. Roshar nos mira a las dos, confuso. Si alguien se da cuenta de las lágrimas que me corren por la cara, me limitaré a decir que se deben al sol.



El Festival Anual de la Lluvia llega con un tajo de luz rojiza que asoma por entre las densas nubes del este. Empieza a mediodía, en el Monte Syr, donde se hace una ofrenda al Señor de la Montaña, una plegaria para invocar las lluvias que Ammara necesita tan amargamente. Concluye al quinto día con un gran baile que se celebra en honor de nuestro dios más querido.

Me pongo un ligero vestido de lino y me coloco una corona de laureles en la sien. Aplico algo de color a mis mejillas y kohl bajo los ojos. Aprieto los labios ante el espejo. No hay manera de disimular estos mofletes hinchados. Anoche me desperté dos veces. Una de ellas, porque el Señor de la Montaña me susurraba al oído, recordándome que se acerca mi hora. La otra fue por el sonido de los pasos de Notos al dar vueltas por su habitación. Me pregunté qué se habría puesto para dormir, si solo llevaba los pantalones, o bien nada en absoluto. No estoy segura de cuál de las dos imágenes rondó más mis pensamientos.

Pero no puedo evitar el día de hoy, así que me preparo para lo que está por venir y me giro hacia la puerta que conecta nuestras habitaciones. Me encuentro a Notos ya en el umbral, su silueta rodeada de un halo de luz ambarina.

Parpadeo, sorprendida, y se me hace un nudo en el estómago.

—Me has asustado. —Se me ocurre otra idea de repente—: ¿Me estabas mirando?

Como respuesta, Notos me recorre de arriba abajo con la vista. Siento calor en el rostro.

—Ya estás vestida.

No llego a descifrar su tono. ¿Sugiere acaso que preferiría que no lo estuviese? En cuanto se me ocurre esa idea, me apresuro a descartarla.

Notos entra en la habitación, una sombra más en medio de la oscuridad. Yo retrocedo hasta la ventana. La luz anacarada del alba asoma por el cristal polvoriento. Desde este ángulo, el sol naciente derrama un resplandor naranja por toda la estancia y se refleja en la túnica verde de Notos, en los rizos de su cabello despeinado.

—¿Por qué me has estado evitando? —pregunta.

Con los brazos cruzados, le dedico una mirada fría.

—Qué raro —digo—. Me daba la impresión de que eras tú quien me evitaba a mí.

Desde que pasé por el dispensario, no le he visto el pelo. Y no porque no lo haya intentado.

Él me contempla, confuso.

—¿Y qué motivo tendría yo para evitarte, aparte de cumplir con mis patrullas?

No me digno a responder, porque me temo que tiene muchos motivos y no quiero saberlos.

—¿Eres consciente de que hay una puerta que conecta nuestras habitaciones? No es difícil llamar si deseas mi compañía.

—Tú tampoco has llamado.

—¿Esperabas que llamase?

Se me escapa la pregunta. Trago saliva, consciente de que no puedo respirar. Notos tamborilea con un dedo en su muslo, junto a la espada envainada.

—¿Pasa algo si lo esperaba?

Sus ojos oscuros se cruzan con los míos. Eso sí que no me lo esperaba. No sé qué responder. Este inmortal me exaspera muchísimo. No consigo obligarme a ceder, por mera cabezonería.

—Si quieres pasar tiempo conmigo, lo único que tienes que hacer es llamar a la puerta —digo, contenta de sonar impertérrita en medio de esta conversación tan incómoda.

—Me resultaría más sencillo acercarme a ti —dice— si no actuases como si pudiese contagiarte la viruela.

«¿En serio?»

—Yo no actúo como si pudieses contagiarme la viruela. —Él me lanza una mirada incisiva. Está bien, quizá sí que me comporto así, un poco. Un poquito. Una pizca. Pero es solo para evitar los impulsos de mi cuerpo cuando está cerca…, tan cerca como ahora—. Está bien. ¿Deberíamos ir de la mano?

Notos cambia el peso de un pie a otro, claramente tenso.

—¿No se ve eso con malos ojos en tu cultura? Me refiero a las muestras públicas de afecto.

Sigo notando que me ruborizo, por las mejillas y el cuello.

—Las parejas de prometidos pueden agarrarse de la mano, incluso en Ammara. Pero tienes razón. Ha sido una idea estúpida. Olvida que lo he mencionado. —«Estúpida, estúpida, estúpida»—. Acabemos con esto, ¿te parece? Si desempeñamos bien nuestro papel, convenceremos al mundo (y al príncipe Balior) de lo mucho que nos amamos. El príncipe acabará por darse por vencido. Aceptará la derrota y se marchará con su ejército.

Juntos descendemos las escaleras hasta el patio frontal, donde ya están padre, Amir y Tuleen, con los caballos listos para ir hasta el Monte Syr. Se oyen vítores al otro lado de las puertas cerradas; los ciudadanos de Ishmah se han reunido por las calles. Tras ellos hay guardias dispuestos en hileras de a dos, al menos cuarenta hombres.

Mi cuñada lleva un sencillo vestido color oliva que acentúa el verde de sus ojos avellana. Me dedica una sonrisa tímida y yo se la devuelvo, avergonzada por el modo en que me marché del taller de Roshar a principios de semana. Tendré que pedirle disculpas cuando pueda.

No sé si Amir y Notos han llegado a hacer las paces desde que mi hermano amenazó con atravesar al dios con su espada, el muy

necio. Para mi absoluto horror, el príncipe Balior ya está sobre su montura y me observa con una mirada intensa. Cuando su atención cae sobre el Viento del Sur, Balior frunce el ceño, aunque capto un pequeño aleteo de pánico en su semblante.

El Viento del Sur se inclina ante el rey.

—Majestad.

—Padre. —Con un tenso cabeceo, cojo las riendas de Zainab que me tiende un mozo de cuadra. Mi yegua golpea el suelo con los cascos sonoramente.

El rey Halim pasea la vista entre Notos y yo. Me retumba el corazón, enfermizo, pues espero alguna pulla hiriente o mirada de desaprobación. Sin embargo, en la boca del rey asoma una mueca triste. Si yo fuese menos cínica, casi creería que es remordimiento.

—Sarai…

—Será mejor que no lleguemos tarde al inicio de la ceremonia, ¿verdad, papá?

Mantengo su mirada acuosa hasta que padre la aparta. Este es el último lugar donde yo querría abordar el tema de nuestra última discusión, sobre todo porque está presente el príncipe Balior. Bastante difícil va a ser ya este día. He de mostrarme dichosa, entretenida, contenta, independientemente de la culpabilidad que rodea a este falso compromiso, del rencor que siento hacia mi padre.

—Sí —grazna padre, de pronto dubitativo—. Tienes razón. Sería de mal gusto llegar tarde, y no quiero ofender al Señor de la Montaña.

Por fin, se dirige al frente de la procesión y me deja algo de espacio para respirar.

El Viento del Sur se inclina hacia mi oreja.

—¿A qué ha venido eso? —murmura.

Yo niego con la cabeza, demasiado inundada por las emociones como para hablar. Zainab me da un golpecito en el hombro con el hocico. Yo le acaricio el cuello; el movimiento me calma. Con Zainab puedo ser yo misma.

Me dirijo al frente de la procesión y, de repente, una mano cálida y sólida cae sobre la mía. Mi cabeza latiguea hacia Notos, que me contempla con esos ojos tan profundos. Oigo aquello que no dice: «Estoy contigo». Su mano y la mía están fuertemente agarradas. El gesto significa para mí mucho más de lo que puedo expresar con palabras.

—Pensaba que no querías llamar la atención con muestras públicas de afecto —digo, aunque esbozo una mueca sonriente. No hay animadversión en mis palabras. Solo son cálidas.

Notos esboza una media sonrisa, reflejo de la mía.

—He pensado que podríamos hacer lo que haga falta para acelerar la partida del príncipe Balior.

Me da un tierno apretón en la mano y me ayuda a montar en Zainab. Segundos después, se sube a la silla de montar, a mi espalda. Sus fornidos muslos se pegan a los míos y su ancho pecho me acaricia la espalda.

A mí se me desorbitan los ojos. Me quedo rígida.

—¿Qué haces? —Intento deslizarme hacia delante, pero la curva de la silla de montar me obliga a pegarme a él. Me quedo quieta, manteniendo incómodamente la postura, envarada—. ¿Dónde está tu caballo?

—Vamos a cabalgar juntos.

—¡Eso no es una respuesta!

Veo que Amir nos contempla con interés —y quizá un poco de repugnancia hacia el Viento del Sur—, así que modero mi expresión y aparto la sorpresa y el pasmo de mis facciones.

Se supone que Notos y yo estamos enamorados. Que somos felices. Que cada uno está cómodo en compañía del otro. Buena parte de mí desearía que así fuese, que no tuviésemos que actuar frente a miles de espectadores. Que alguien pudiera amarme solo por ser Sarai.

—Pretendo mantenerte cerca —me explica. Yo muevo la cabeza y sus labios rozan la cuenca de mi oreja. Me muerdo la lengua para

reprimir el gimoteo que amenaza con salir de entre mis labios—. Tras el último ataque, no pienso arriesgarme.

Sí, sí, todo tiene mucho sentido, pero son dos horas de camino hasta el Monte Syr. ¿Cómo voy a soportar estar pegada al Viento del Sur como si fuera un sello de cera?

Las puertas se abren, como gigantes de antaño. Se suceden los vítores, los rostros más brillantes de Ishmah saludan a nuestra procesión con gritos gozosos y flores arrojadas a las calles. La Calzada de la Reina serpentea por la colina central, flanqueada por miles de ciudadanos que se han reunido aquí para celebrar el festival. Hay flores que adornan cada puerta, cada carromato, cada carreta. Incluso han engalanado con guirnaldas los cuellos de cabras y perros.

Notos y yo nos balanceamos a lomos de la yegua. Yo me esfuerzo por ignorar el roce de su pecho contra mi espalda, pero este tiene el extraño poder de arrebatarme los pensamientos. El Viento del Sur apoya una mano en mi muslo; la noto pesada y caliente. Con la otra agarra las riendas.

Amir y Tuleen cabalgan al frente, con padre. Vaya suerte la nuestra: el príncipe Balior cabalga junto a nosotros a lomos de un capón de color castaño.

—Qué buen tiempo hace hoy —comenta el príncipe.

Yo le dedico una sonrisa con los labios apretados.

—Pues sí.

Espero que con esto concluya la conversación, pero entonces el príncipe Balior dice:

—¿Tendrás tiempo esta semana para tomar una taza de té?

—Lo dudo —interrumpe el Viento del Sur, irritado—. La princesa Sarai y yo vamos a estar muy ocupados. Supongo que lo entendéis.

El príncipe Balior aprieta los labios.

—Por supuesto.

Pasea la mirada entre los dos, con expresión dubitativa. Notos y yo descansamos rígidos sobre la silla de montar. Parecemos dos arbustos espinosos más que dos personas. Me estoy pensando cómo

responder cuando la mano de Notos sube por mi muslo y se aposenta en mi cadera. Casi me ahogo con mi propia lengua. Es un gesto posesivo. Viene a decir: «mía».

El príncipe arruga el labio y mira al frente. Azuza a su capón para que se lance al trote. Espero que Notos aparte la mano ahora que el príncipe Balior tiene la atención en otra parte, pero la deja donde está. Soy dolorosamente consciente del tacto de sus dedos, del calor que transmiten por encima de la tela de mi vestido.

Nos acercamos a la puerta que separa el anillo superior de los inferiores. Alguien lanza un ramo al suelo. Pétalos negros que la luz baja tiñe de violeta. Antes de que pueda digerir lo que acabo de ver, pasamos al trote y giramos un recodo del camino adoquinado.

La inquietud empieza a dominarme. Eran iris negras. Me acuerdo de esa mujer en el mercado hace más de un mes. Mi deber era denunciarla, pero… no le estaba haciendo daño a nadie, y mientras yo me mantenga lejos de esas flores mortales, no hay motivo para preocuparse.

Las ventanas engalanadas y las casas regias del anillo superior dan paso a las puertas agrietadas y los porches medio derruidos del inferior. Hay basura amontonada en los callejones más estrechos. La capital sigue en pleno proceso de reconstrucción tras el ataque de los umbrandantes. Ayer, Amir y yo asistimos a una reunión con el consejo del rey para discutir lo que podríamos hacer para dar cobijo a quienes han perdido su hogar. Se asignarán fondos para proporcionar refugio temporal hasta que se reconstruyan los edificios.

Como si percibiese mi inquietud, el Viento del Sur me pasa un brazo por el vientre y me da un apretón destinado a calmarme. Yo me retuerzo, pero al cabo me permito apoyarme contra su pecho con un suspiro agradecido. El latido de su corazón retumba en mi espalda. Si no me equivoco, se le acelera el pulso.

Dos horas más tarde, ascendemos por el Monte Syr, donde la tierra está agrietada y enrojecida y el viento convierte la arena en cristal en lo alto del farallón. Hace muchísimo calor. El sol es de una

blancura brutal que se refleja por las colinas y aplasta las dunas de Ammara. La procesión se detiene formando una medialuna alrededor del trono. El rey Halim se arrodilla frente al pedestal, con la cabeza inclinada. ¿Estará suplicando, tal y como hizo hace un cuarto de siglo? ¿Estará negociando o exigiendo? Sea lo que sea lo que le ofrece al Señor de la Montaña, no lo dice en voz alta.

Amir y Tuleen son los siguientes. Una vez que elevan su plegaria, despejan el área y yo me arrodillo para luego inclinarme hasta que mi frente roza el primer escalón de piedra tallada.

«¿Señor de la Montaña?»

Un viento brusco sopla en mi espalda. Me estremezco al sentir su presencia, aunque no aparece.

«Hola, Sarai. ¿Qué has venido a ofrecerme?»

Por el rabillo del ojo veo que el príncipe Balior se acerca al Viento del Sur. Los dos conversan y el príncipe hace un gesto de evidente frustración con las manos. Para sorpresa de nadie, Notos mantiene la calma.

Centro mi atención en la tarea que tengo entre manos y digo:

«No he venido a ofrecerte nada. Estoy aquí para suplicar tu clemencia.»

El viento deja de soplar de repente. Varios miembros de la guardia real miran en derredor, inquietos. Aquí, en lo alto del farallón, el aire siempre está en movimiento, fraguando tormentas lejanas. Yo espero, con un hormigueo en la nuca, a que llegue la represalia del Señor de la Montaña. Quizá debería haber formulado mi petición con algo más de reverencia.

«Por favor», insisto. «No quiero morir. Quiero vivir. Quiero…» Mis uñas trazan medias lunas en las suaves palmas de mis manos. «No me debes nada. Eso ya lo sé. Pero mi padre es un buen hombre que solo quería salvarme. ¿Por qué he de ser castigada por algo sobre lo que no tenía control? No era más que un bebé.» Un aliento brusco golpea la parte posterior de mis dientes apretados. «Por favor, te lo suplico. ¿Puedes ayudarme?»

Pero el Señor de la Montaña no responde.

Al volver al palacio, al rey Halim le sale al paso una mujer muy alterada que sostiene un bebé contra su pecho. El niño está enfermo, tiene el rostro pálido y los ojos amarillos. A pocos pasos tras el rey, yo me quedo petrificada sobre el caballo que comparto con Notos.

—Por favor —dice la madre, y alza al bebé hacia el rey—. Os pido vuestra bendición, majestad. He suplicado al Señor de la Montaña, pero ignora mis ruegos. Sois la última esperanza que me queda de que mi hijo viva.

Uno de los soldados empieza a apartar a la mujer, pero padre alza una mano.

—Esperad. —Encorvado sobre su silla, contempla pensativo a la mujer y luego se vuelve hacia uno de sus guardias—. Ayúdame a bajar del caballo.

El Viento del Sur también desmonta y se coloca cerca del rey como medida de protección. Yo veo que padre alza al bebé en sus brazos. Recuerdo una época en la que dispensaba bendiciones con toda generosidad. Iba una vez al mes a la ciudad. Jóvenes, viejos, sanos y enfermos: a nadie le negaba su bendición. Sin embargo, tras la muerte de Fahim, dejó de procesionar por las calles. Prefirió encerrarse tras los muros del palacio.

Padre le planta un beso al bebé, y empieza a formarse una cola. La bendición del rey tiene más valor que el dinero. Lentamente, padre avanza por la cola hasta que perdemos de vista su corona.

Mientras tanto, la gente deja de prestar atención al rey Halim y se centra en el Viento del Sur. En un primer momento no capto qué es lo que dice la multitud. Los sonidos de la ciudad ahogan cualquier voz que no esté muy cerca. Al cabo, sin embargo, entiendo cuál es el tema de conversación: mi compromiso con Notos.

Vacilo y luego me bajo de Zainab. La guardia real está obligando a retroceder a la gente.

—Tienen mucho interés en ti —le murmuro al Viento del Sur.

Desde sus sillas de montar, Amir y Tuleen contemplan las bendiciones que dispensa a sus ciudadanos el rey Halim.

—¡Que le dé a la princesa un beso! —grita alguien.

La multitud se agita, incapaz de controlar la boca. «¿Un beso? ¿Lo he oído bien?» Ir de la mano como pareja de prometidos es inofensivo. Besarse es harina de otro costal. El príncipe Balior sigue sentado a horcajadas sobre su caballo, con la mandíbula tensa y expresión ultrajada.

—¿Decís que estáis prometida de verdad con el Viento del Sur? —exclama otra persona—. ¡Demostradlo!

Pronto, una segunda voz se une a la primera, y luego una tercera, hasta que el cántico resuena a nuestro alrededor:

«Que se besen, que se besen, que se besen, que se besen.»

Yo carraspeo y centro mi atención en Notos, cuyos ojos se han posado en mi cara. De su turbante asoman mechones de cabello oscuro. Tiene aspecto… no exactamente amedrentado, pero sí cauteloso. Siento calor en las mejillas a medida que transcurren los instantes. Habíamos hecho un trato. Notos juró ayudarme hasta que el príncipe Balior se marchase de Ammara. Si este ve que la mujer que le prometieron le da un beso a otro hombre…, eso podría bastar para que se marchase de Ishmah de una vez por todas.

No estoy segura de quién se pone primero en movimiento, pero, de alguna manera, de pronto me encuentro entre los brazos del Viento del Sur, como si hubiésemos acordado irrevocablemente hacer todo lo necesario para mantener esta farsa, y al infierno con las consecuencias. Se me nubla por un momento la vista cuando su aroma me rodea. Suelto un suspiro pegada a su pecho. Notos se pone rígido.

—Esto no significa nada —murmuro, solo para sus oídos.

«Que se besen, que se besen, que se besen, que se besen, ¡que se besen!»

—Claro. —Deposita su ancha mano en mi cadera—. No es más que una farsa.

Yo le agarro el frontal de la túnica cerrando el puño para que no me tiemble la mano.

—Exacto.

Sus ojos se acaloran. Creo que no me lo estoy imaginando.

—¿Y si…?

Me quedo sin aire en los pulmones.

—¿Qué?

Notos niega con la cabeza y la barba que cubre su mandíbula me raspa la mejilla. Se me encoge tanto el estómago que temo que desaparezca.

—Da igual —murmura él.

No puedo evitar sentir decepción. Había pensado que…, pero no, qué estupidez. Habíamos prometido mantener esta pantomima. Si lo que quiere el pueblo es ver un espectáculo, pues un espectáculo habrá de ver.

Alzo la cabeza y lo miro con ojos entornados. Nuestras bocas están separadas por apenas un pelo.

—Hazlo —murmuro.

Un beso casto. Apenas un roce pequeño e impersonal. Eso era lo que pretendíamos. Y sin embargo, en cuanto los labios de Notos tocan los míos, me abro para él, lo traigo hacia mí con la facilidad con la que la aguja enhebra el hilo, hacia la oscuridad aterciopelada del recuerdo.

En cuanto mi lengua toca la suya, algo se le rompe por dentro. Suelta un gruñido bajo y me aprieta contra sí. Me pasa los dedos por el cabello. Echa mi cabeza hacia atrás y devora mi boca hasta la última gota. Su hambre es idéntica a la mía: un pozo sin fondo. Me lleva hacia las profundidades, y yo me dejo llevar, olvidado cualquier recato.

No me esperaba esto, pero… es lo que deseo. Lo deseo a él, del mismo modo que un río desea llegar al mar. Las circunstancias que nos han obligado a unirnos no son ideales, pero no puedo negar que aún siento algo por este inmortal. Que lo ansío.

Resuena un «ooooh» colectivo, y nos separamos como dos conejos sobresaltados. La multitud que nos rodea es un borrón de colores. Siento la boca reblandecida, como un moratón. El Viento del Sur tiene el rostro casi tan rojo como el mío.

—¡Otra vez! —grita alguien—. ¡Otro beso!

—Creo que ya está bien por hoy —digo en voz alta para que me oigan desde el otro lado de la calle.

Notos me mira a los ojos, pero yo me apresuro a apartar la vista, porque me da miedo que perciba mi respiración alterada.

Desde luego, va a ser un día muy largo.



—Princesa Sarai, ¿podemos hablar un momento?

Me giro hacia el príncipe Balior. Hemos llegado al palacio hace menos de una hora. Aún siento la boca entumecida tras el beso de Notos. El Viento del Sur ha huido a sus aposentos como si lo persiguiese la mismísima muerte. Me digo a mí misma que no he de tomármelo como algo personal.

—Disculpa, príncipe Balior, pero tengo que cambiarme para la cena. ¿Te importa que hablemos mientras damos cuenta del cordero esta noche?

—Solo necesito cinco minutos de tu tiempo. —Da un paso al frente y yo capto un penetrante aroma a clavo, tan fuerte que me lagrimean los ojos—. Por favor.

A su semblante asoma una sinceridad que no he visto hasta ahora. Casi parece desacostumbrada en sus facciones. En cuanto hayamos tenido esta conversación, podré volver a *no* pensar en el beso. Asiento y señalo hacia un salón vacío. El príncipe se deja caer en un sillón. Yo ocupo el vecino, de color turquesa. Al otro lado de los altos ventanales arqueados de una pared se atisba el Monte Syr, que se alza hacia el cielo azul.

—En primer lugar —dice—, quería disculparme por mi comportamiento últimamente. —Se endereza en el asiento y me

dedica una mirada directa—. Ha sido difícil aceptar el hecho de que hasta los planes mejor trazados se pueden torcer.

Asiento en señal de entendimiento, a pesar de la inquietud que se abre paso en mi interior.

—Disculpas aceptadas.

El príncipe parece aliviado. Se relaja entre los cojines.

—También quería pedirte disculpas por no haberte contado nada de mis investigaciones, tal y como te dije en el baile. Te prometí ayudarte a encontrar una solución para el problema de los umbrandantes que atacan Ammara. —Da un golpecito con el pie en el suelo y luego otro, y después lo deja inmóvil—. Me considero un hombre de palabra y no he mantenido mi promesa.

—No te preocupes —lo tranquilizo—. Los dos hemos estado muy ocupados. No esperaba que dejases todo de lado para atender mis necesidades.

—Aun así, estoy decepcionado conmigo mismo. —Se inclina hacia delante y apoya los codos en los muslos, con los dedos entrelazados suavemente entre las piernas—. No me he esforzado al máximo y, como consecuencia de ello, he saboteado nuestra relación antes de que esta tuviese oportunidad de florecer. Y ahora, los umbrandantes han atacado la ciudad… Me siento fatal. Podrían haberte matado.

Que yo sepa, no ha habido hombres del príncipe Balior entre las bajas. ¿Significará eso que no se involucraron demasiado en la defensa de la ciudad? Es difícil de decir. En cuanto al resto, entiendo que siente remordimientos, pero lo hecho hecho está.

—Príncipe Balior…

—¿Puedo preguntarte por qué rompiste nuestro cortejo? —Me estudia con aire reflexivo, como si fuese un animal al que debe diseccionar. Yo siento el absurdo impulso de cubrirme el pecho con los brazos—. Cuanto más pienso en el tema —prosigue—, más me cuesta creer que todo se haya estropeado por culpa de mis investigaciones. A fin de cuentas, te había contado con toda sinceridad que me fascina el laberinto, ¿no?

—Así es.

El príncipe Balior asiente, satisfecho al ver confirmadas sus sospechas.

—¿Fue por algo que dije? ¿Te ofendí de alguna manera, o a tu cultura, o a tu pueblo?

Esta conversación parece más peliaguda de lo que yo había esperado. No quiero seguir ofendiendo al príncipe Balior y tampoco lo quiero enfurecer. Bastante inestable está ya Ammara; no puede defenderse de más tensiones. ¿Ha traído el príncipe Balior la oscuridad al corazón de Ammara?

—Sé que puede ser difícil de aceptar —digo—, pero el Viento del Sur y yo ya tuvimos una relación. Aunque una unión con Um Salim supondría ciertas ventajas, el Viento del Sur sigue siendo el ser más poderoso del reino. Atar mi vida a la de él proporciona ventajas innegables.

El príncipe Balior niega con la cabeza, con la boca torcida en un gesto que, decididamente, no es de humor.

—Eso es lo que no tiene sentido para mí, ¿entiendes? El rey Halim intentó unir nuestros reinos de forma bastante vehemente. Él también se enfureció al descubrir tu engaño. Me dio la impresión de que ahí residía otro de los motivos por los que rechazaste mi propuesta.

Desde nuestra conversación durante el baile, he estado pensando en cuál debería ser mi siguiente paso. ¿De qué serviría librarme yo si mi pueblo acaba conquistado a manos de Um Salim? Pero quizá estoy gestionando mal todo este asunto. He actuado basándome en meras suposiciones, no en la verdad. No tengo pruebas. Y por ello, no le he dado al príncipe la oportunidad de defenderse.

—Si llegásemos a ser marido y mujer —empiezo a decir lentamente—, yo esperaría que actuases con integridad. Tendrías que ser alguien en cuya palabra puedo confiar.

—¿Y no puedes confiar en mi palabra?

«Respira hondo. Inspira, espira.»

—Vi algo que me llevó a poner en duda tus motivos para querer casarte.

—Ah. —Inclina la cabeza hacia delante, con una mano en la boca—. El ejército.

Luego alza la mirada, y yo experimento la sensación inconfundible de estar arrinconada, a pesar de que estamos sentados en una estancia espaciosa y que una brisa caliente sopla por las ventanas abiertas. Cuento con pocos segundos para decidir cómo reaccionar.

Replico con dos sencillas palabras:

—¿Por qué?

Él esboza una sonrisa un poco afilada y un poco maliciosa.

—Por el mismo motivo por el que tu padre apostó guardias en mis aposentos. Por el mismo motivo por el que sus hombres me siguen a cada paso que doy. No puedo olvidar la historia de nuestros reinos. Entre Ammara y Um Salim hay tensiones políticas desde hace décadas. ¿De verdad me vas a culpar por desear un poco de seguridad al visitar un reino enemigo?

No, la verdad es que no puedo culparlo.

—¿Y por qué no le hablaste del ejército al rey?

—Claro que le hablé del ejército al rey.

—¿Qué?

—Con tantos ataques de umbrandantes, le pedí al rey Halim permiso para que mis hombres se refugiasen en la capital. Y aceptó.

Ni en mis sueños más alocados habría pensado que padre permitiría que un ejército entrase en Ishmah. A medida que avanza su enfermedad, me temo que su mente también se deteriora.

—Si sirve para calmar tus preocupaciones —dice el príncipe—, esta noche, durante la cena, le recordaré que mis hombres siguen en la ciudad. Si me pide que saque a mis tropas de la capital, ordenaré que se marchen sin discutir.

Desde luego, eso serviría para calmar un poco mis nervios.

—Gracias.

—¿Bastaría con eso para que te replantearas nuestro compromiso?

Apoyo las manos en el regazo. El brazalete emite un destello apagado.

—No lo sé —digo con toda honestidad. Es lo más que puedo decirle de momento—. Aunque esto haya sido un malentendido, sigo prometida con el Viento del Sur.

—Y ya has demostrado lo fácilmente que puede romperse una promesa. —Me dedica una mirada afilada.

Eso también es verdad. Tendré que pensarme qué es lo que quiero de verdad, qué es lo mejor para el futuro de Ammara.

—Me lo pensaré.

—Es todo lo que te pido. —El príncipe se pone en pie y me saluda con un cabeceo. Parece de mejor humor que antes de esta conversación—. Que tengas buen día, princesa Sarai.



Y así, el festival se va desarrollando. Cada noche, tras pasar tiempo en la ciudad, colocar ofrendas y pasear por los mercados, regreso a mis aposentos, deshidratada y quemada por el sol, pero contenta por haber pasado tiempo con mi pueblo. Una noche, Notos llama a la puerta que conecta nuestras habitaciones. Casi me tropiezo con las prisas para ir a abrir.

—Hola —digo sin aliento, apartándome mechones de pelo de los ojos.

El Viento del Sur alza una ceja con curiosidad.

—El rey Halim requiere nuestra presencia en sus aposentos.

Se me encoge el corazón. Bueno. Por supuesto que era el único motivo que Notos tenía para llamar a mi puerta. Lo último que necesito es que padre vuelva a poner en duda nuestro compromiso. No estoy preparada para hablar con él ahora.

—¿Y no podemos… no podemos sencillamente dar un paseo?

Algo así me gustaría. Creo. Caminar junto al Viento del Sur por las calles de Ishmah. Intentar unir el pasado con el presente.

Pronto estamos recorriendo la Calzada del Rey en dirección a los jardines públicos. Todo está en silencio, excepto por los sonidos que ascienden desde Ishmah. Los cascos de los caballos. La cháchara de

los mercaderes que cierran sus puestos. El rumor de telas, la colada ondeando en tendederos de pelo de cabra desplegados entre edificios.

—Me he enterado de que el príncipe Balior y tú hablasteis en privado el otro día —murmura Notos, con las manos a la espalda, cuando giramos un recodo.

La luz de la luna ilumina los adoquines y derrama su resplandor de plata por los tejados. Yo reprimo el impulso de mirarlo.

—Así es. —Mis sandalias arañan el duro suelo.

Él vacila, y por el rabillo del ojo veo que también está reprimiendo el impulso de mirarme.

—No es asunto mío, pero no puedo evitar preguntarme por qué sigues dándole el beneficio de la duda teniendo en cuenta lo que sabemos de él.

No estoy segura de si sentirme satisfecha porque a Notos no le guste que hable con el príncipe o molesta por su falta de confianza en mí.

—El príncipe Balior no se rinde con facilidad y, dado que pretende quedarse, pongo mucho cuidado en no enfadarlo. Prefiero que crea que tiene una oportunidad de conseguir que cambie de opinión en cuanto al compromiso.

—¿Y podría suceder? —Me obliga a detenerme en medio de la calle. La entrada del jardín está a pocos pasos de distancia; sus puertas de hierro forjado son un escudo sobre hojas entrelazadas—. Que cambiaras de opinión, digo.

—¿Qué? —Lo contemplo, completamente desconcertada—. ¿Te refieres a cambiar mi opinión sobre Balior?

Él me mira con algo que creo que es temor.

—No es una pregunta tan difícil, ¿no?

Cuanto más estudio al Viento del Sur, más segura estoy de algo: le importo. Le importo más de lo que yo pensaba, más de lo que él está dispuesto a admitir. La mera idea me provoca calor de la cabeza a los pies.

—No —digo suavemente—. Supongo que no es difícil.

—¿Sientes algo por él? —Su mirada regresa a la mía, implorante.

—¿Aparte de desconfianza? No.

Entonces hago algo completamente estúpido: bajo la mirada hasta su boca, que se curva levemente en una media sonrisa, como si Notos se hubiese percatado de que mi atención ha cambiado.

—Lo cierto es que yo también quería hablar contigo —dice.

—Ah, ¿sí? —Estoy calmada, estoy absolutamente calmada—. ¿Sobre qué?

—Sobre el beso.

Ladeo la cabeza con curiosidad.

—¿Cuál de los dos?

El Viento del Sur escruta mi cara. Sus ojos descienden por mi cuello desnudo hasta el escote de mi vestido. Y siguen descendiendo hacia la curva de mis pechos y mi cintura. Se me queda la boca seca. Consigo no desmayarme por mera fuerza de voluntad.

—¿Importa eso?

No estoy hecha de piedra. He pensado una vergonzosa cantidad de veces en ambos besos. Pero me niego a decírselo. No quiero contárselo a este inmortal que tiene más poder sobre mí del que sospecha. Ahora me pregunto si el error ha sido mío, por haberlo invitado a dar un paseo por la ciudad al ocaso y haberme colocado tan cerca de su calor y su aroma.

—No dejo de decirme que debo dejarlo pasar —murmura—. Que no he de analizarlo todo con tanta profundidad. Pero… — Alza la cabeza. Sus ojos están oscurecidos—. Lo deseaba. Y tú también lo deseabas.

La tierra tiembla repetidamente bajo mis pies. El mundo entero se tuerce.

—¿Estás seguro de eso? —Es lo primero que me sale por la boca…, y no tiene nada que ver con lo que siento.

Notos echa la cabeza hacia atrás y se pasa la mano por el rostro con fuerza. Yo apenas llego a captar su expresión herida, porque empieza a caminar a zancadas.

—Otra vez te marchas —espeto, con el estómago encogido al verlo alejarse—. Es lo que mejor se te da.

—Eso no es justo. —Gira en redondo y me clava una mirada de ojos ardientes—. Da igual cuántas veces intente comunicarme contigo, o cambias de conversación o me echas una culpa que no me merezco.

—¿Que no te mereces? —Casi se me salen los ojos de las órbitas—. ¿Lo dices en ser…?

—La mitad del tiempo no sé lo que quieres —me interrumpe con un aspaviento—. Quieres que me acerque. Quieres que me vaya. Quieres que te bese. Quieres que pare. Quieres mi compañía y al mismo tiempo la desprecias.

¿Acaso cree que es el único que se siente confundido?

—¿Te crees que para mí es fácil? —siseo—. Quiero estar cerca de ti, pero, a veces, siento que necesito echar a correr. No lo puedo explicar. Es como si mi cuerpo recordase lo que sentí cuando te marchaste, como si necesitase abandonarte antes de que decidas hacerlo tú por mí.

Él suelta un resoplido.

—Así que lo que estás diciendo es que es culpa mía.

—¿Qué? ¡No!

—Entonces, ¿qué es lo que quieres?

—No lo sé —digo entre dientes—. Lo que intento decirte es que…

—Claro que lo sabes —dice él—. Pero te da miedo.

¿Por qué no consigo hablar a las claras? Valiente estupidez de pregunta. Ya sé por qué. ¿Qué pensaría Notos si viera lo mucho que me aterroriza que me vuelva abandonar? Que me abandone cualquiera, en realidad.

El Viento del Sur contempla la calle desierta, con la expresión envuelta en sombras. El jardín público, tan cerca y sin embargo tan lejos. Ojalá hubiéramos llegado hasta las puertas de hierro. Quizá así se habría aclarado de alguna manera este malentendido.

—Creo que lo entiendo —dice.

¿Cómo lo va a entender? Si supiera lo que siento jamás se habría marchado. Seguramente vio algo que no deseaba, alguna flaqueza en mi interior.

—¿Sabes qué? Todo esto ha sido un error. —Me cruzo de brazos y me aparto de él—. Deberíamos regresar al palacio y hablar con padre. —Solo de pensarlo me pongo de peor humor aún—. Quizá sería mejor que hablásemos con él por separado.

Notos niega con la cabeza. Si no estuviese tan convencida del absoluto control que tiene, me preocuparía que fuera capaz de abrir un agujero en la pared de alguna tienda cercana de un cabezazo.

—¿Qué impresión dará eso ante la gente? —pregunta, alzando la voz—. Estamos comprometidos.

—¡Eso da igual! —grito—. ¡Nuestro compromiso nunca ha sido real!

Acabo de meter la pata. Me queda absolutamente claro al ver los ojos de Notos, que retrocede unos pasos. Se le escapa un gemido de dolor de entre los labios, demasiado roto como para ser una risa.

—¿Sabes por qué volví, Sarai? No fue porque tu padre me hubiese mandado llamar. Fue porque pensé que nuestra historia no había terminado. Pero desde el mismo momento en que entré en el salón del trono, dejaste claro que no tengo hueco en tu vida. No sé por qué sigo luchando —dice entre dientes, obligándose a sacarse cada palabra rota de la garganta—. No sé por qué sigo aferrándome a la esperanza.

Yo me esfuerzo por respirar. Me duele contemplar su dolor.

—¿La esperanza de qué?

—Como si no lo supieras.



Irrumpo en tromba en mis aposentos, con la ira de una tormenta. La puerta se cierra tan fuerte que tiemblan los cuadros de las paredes. Un único candil derrama un resplandor ambarino sobre las alfombras y las pesadas cortinas.

Veo la funda de mi violín en el armario abierto. Descansa junto a mi atril, bajo el peso de numerosos estudios, sonatas, algún concierto entero, todo ello cubierto de polvo. Me arrodillo junto a la funda y paso la mano por su forma oblonga. Hubo una época en la que las emociones particularmente tempestuosas me obligaban a colocarme el violín bajo la barbilla y a pasar horas concentrada en la música hasta calmarme. Sin embargo, en el momento en que mis dedos rozan los cierres de metal, algo se derrumba en mi interior. Aparto de mí la funda.

Suelto un gemido de frustración y me dejo caer sobre el colchón, despatarrada, para contemplar el techo. Tengo toda la piel ruborizada, los pezones endurecidos. Siento un apagado latido entre las piernas. Cierro los ojos y me llevo las manos a los pechos. Doy un leve apretón. No estoy segura de qué me resulta más humillante: que Notos haya sido capaz de destrozar mis defensas o que aún lo desee a pesar de su tajante negativa a explicarme por qué se marchó hace tantos años.

Vuelve a mí ese beso hambriento que nos dimos en público. Este compromiso es una farsa. En cuanto alguien lo examine con suficiente atención, toda la fachada se derrumbará. Y sin embargo, queda lo que tuvimos Notos y yo en su día. Eso perdura a pesar de mis intentos por destruirlo.

A veces, la mejor cura para la frustración sexual es la venganza sexual.

Me estoy levantando el vestido cuando un tablón chirría al otro lado de la pared. Lentamente, me enderezo hasta quedar sentada entre las almohadas. El suelo vibra bajo el peso de los pasos del Viento del Sur. Se detiene, quizá cerca de la ventana. Imagino que está contemplando el laberinto, tal y como he hecho yo antes, y cuestionándose su propósito y su presencia. Poco después vuelvo a oír sus pasos, y a continuación el chirrido de su cama al sentarse en ella.

Nuestras habitaciones tienen una disposición espejada, lo cual significa que su cama comparte pared con la mía. Al pensarlo, se me

dispara el pulso. Si hiciera falta, yo podría dar unos golpecitos en la pared y Notos podría responder. Me estoy irguiendo sobre las almohadas cuando un sonido áspero llama mi atención. Vuelve a oírse. Es un sonido de pura tensión, un gemido amortiguado.

Se me eriza todo el vello del cuerpo. Mis oídos reconocen lo que mis ojos no alcanzan a ver. Vuelvo a enderezarme, con las mantas arrebujadas entre las manos.

Al otro lado de la pared, el Viento del Sur se está tocando.

Mi mano sudorosa se desliza por mi torso. Aprieto el puño sobre mi vientre tembloroso. Cuando era más joven, me tumbaba despierta en la cama e imaginaba lo que sucedería si el Viento del Sur entrase en mi habitación. Imaginaba el destello caliente de su lengua. Anticipaba el calor de su aliento, la tersura de sus músculos, la embestida de sus caderas.

La cama de Notos empieza a chocar contra la pared a ritmo lento. Yo me apresuro a quitarme el vestido y la ropa interior y a agarrar un pequeño frasco de aceite del cajón de la mesa de noche. Dioses, qué retorcida soy. El Viento del Sur es un adulto; tiene derecho a su intimidad. Pero yo he de calmar mis propios apetitos. Una mujer tiene necesidades. Nadie podría culparme por atenderlas.

Separo las piernas y me paso los dedos aceitados por mi abertura empapada. Mi carne tiembla de excitación. Llevo la mano hasta la pequeña protuberancia de carne oculta bajo una mata de vello oscuro. El más leve roce me provoca una oleada de placer. Suelto un gemido.

Contemplo el techo e imagino el torso musculoso del Viento del Sur sobre las mantas. Ha de estar desnudo, su piel bronceada salpicada de ese escaso vello negro. Su sexo cuelga, pesado, entre sus fornidos muslos. Sus ojos tienen las pupilas dilatadas.

Mi entrepierna se contrae al imaginarlo, pero yo no dejo de trazar círculos con la mano. La imagen me impulsa, más alto, más fuerte, con una sensación más vívida. Encojo los dedos de los pies, clavo los talones en el colchón. El sudor me empapa la piel, me pega las

sábanas al cuerpo sofocado. Una punzada me recorre en espiral la pelvis, como la cuerda tensa de un arco.

Ahí están sus manos: anchas, de dedos gruesos y encallecidos. Imagino que se introducen entre mis muslos, que se deslizan por mis húmedos pliegues. Sus dedos penetran lentamente en mi abertura con una sensación de plenitud. Un temblor me recorre la entrepierna, me muerdo el labio y aprieto las caderas contra la mano. Más presión. Aprieto con firmeza mi protuberancia de carne y suelto una exclamación. El deseo enroscado en mi pelvis explota con una oleada de cálido e hirviente placer.

Saciada, me dejo caer sobre el colchón, entre las mantas de lana y las sábanas de algodón. Mis párpados empiezan a cerrarse.

Alguien aporrea la puerta que conecta los dos cuartos. Yo me sobresalto y se me escapa un grito.

—¿Sarai? —me llama Notos—. ¡Sarai, abre la puerta!

Yo me enderezo en la cama, rígida, con el rostro ruborizado y las manos entre los muslos. Aprieto los dientes de pura frustración.

—¿Qué quieres?

—Déjame entrar.

—Ah, ahora sí quieres hablar conmigo. —Se me quiebra la voz—. Ya es tarde, Notos.

—Si no me dejas entrar, voy a echar la puerta abajo.

Reclino la cabeza contra las almohadas y cierro los ojos con fuerza. El calor del clímax empieza a dispersarse a medida que pasan los instantes.

—Un momento —grazno.

«Mierda.» Echo mano de un paño limpio del armario, me lo paso por la entrepierna y las axilas húmedas y luego lo arrojo sobre la mesita de noche. Me apresuro a recolocarme el vestido. Forcejeo con la cerradura y abro de golpe.

Su ancha figura se recorta contra el interior sombrío de sus aposentos. Lleva unos pantalones holgados que le cuelgan de las caderas. Su musculoso abdomen está injustamente tenso. La -

extensión desnuda de su pecho ocupa toda mi vista. No veo nada más.

—¿Qué quieres? —pregunto sin aliento.

—¿Te encuentras bien?

Cuando por fin aparto mi atención de sus musculosos pectorales, consigo que mi mente aturdida le dé sentido a esa pregunta.

—¿Disculpa?

Notos me contempla como si fuese una disminuida mental.

—He oído un grito. —Al ver mi confusión, explica—: Sonaba como si tuvieses algún problema.

Un calor sutil me sube por las mejillas. «Problema.» Sí, es un modo de llamarlo. No me había dado cuenta de que había hecho tanto ruido al…, bueno, al aliviarme.

—Como puedes ver, estoy bien. —Señalo mi vestido arrugado con gesto impaciente—. Y ahora, si me disculpas…

Empiezo a cerrar la puerta. Él encaja un pie en la jamba. Nuestros ojos chocan: los míos, cautelosos; los suyos, escépticos. De un fuerte empujón, Notos entra a la fuerza.

Yo me cruzo de brazos y sigo con la vista su poderosa silueta por la habitación. Bajo el vestido, se me endurecen los pezones.

—Que compartamos puerta no significa que seas libre de entrar y salir como te plazca. ¿He de llamar a los guardias?

Notos no responde. Se interna en mi despacho; al parecer, está buscando algo. Instantes después regresa y entra en mi baño, para luego pasar a mi salón. Sin embargo, se detiene al centrar la atención en la cama desastrada. Yo me doy cuenta horrorizada de que el paño que he usado para limpiarme descansa hecho una bola sobre la mesita de noche, junto al frasco de aceite.

Carraspeo y doy un paso al frente para apartar su atención de las pruebas incriminatorias.

—¿Qué es lo que quieres, Notos? No me gusta que vengan a perturbar mi descanso.

—¿No hay nadie aquí? —insiste—. ¿Estás sola?

Yo alzo una mano y vuelvo a bajarla.

—Claramente.

Una vez más, Notos vuelve a centrar su atención en el paño. Siento el impulso de arrojarlo por la ventana, pero eso solo serviría para reforzar la verdad de su propósito. Por otro lado, ¿por qué habría de avergonzarme? No he hecho más que cumplir con la voluntad de los dioses. ¿Por qué no podría cualquier mujer darse placer en la intimidad de sus habitaciones, al igual que hacen los hombres?

Lentamente, Notos se gira hacia mí. No me doy cuenta de que estoy aguantando la respiración hasta que un pinchazo bajo mi esternón me obliga a soltar el aire.

—¿Te estabas dando placer?

El calor incendia mi pecho. No está bien que unas palabras tan sucias se pronuncien con una voz tan vívida.

—Así es —afirmo—. Y tú también. —Bajo los ojos hacia sus pantalones y me encuentro con la inconfundible dureza de su erección—. ¿Acaso lo niegas?

Y el Viento del Sur dice:

—No lo niego.

Un placer oscuro me recorre. He aquí numerosas riquezas inexploradas. Yo quiero descubrirlas todas, apurar hasta la última y deliciosa gota.

—¿Estabas pensando en mí? —pregunto, y alargo el brazo hacia Notos para sujetar su erección por encima de los pantalones. Aprieto el pulgar sobre la ancha cabeza. Su sexo se crispa bajo mi contacto, un calor duro y latente—. ¿Pensabas que mi boca recorría tu cuerpo? ¿Pensabas en qué sentirías si nuestros cuerpos volvieran a encontrarse, a descubrirse? Y pensar que podríamos habernos aliviado juntos en lugar de buscar el placer por separado.

Bajo mi contacto, su voluntad se debilita. Me alegro. Voy a derrumbarlo piedra a piedra. Y cuando lo único que quede sea polvo y ruinas, volveré a hacerlo de nuevo.

—Permíteme que te deje algo absolutamente claro —dice él—. Solo hay una persona a quien desee en esta vida, y esa persona

eres tú. —La textura grave y terrosa de su voz recorre mi piel como crudos granos de arena—. Las cosas que imagino contigo…

Yo trago saliva.

—¿Qué es lo que imaginas?

Sus ojos se vuelven completamente negros.

—Quiero ocupar todas tus curvas con las manos. Aferrarme a tu piel dispuesta y marcarla con mi boca, para que todos los que te miren sepan que eres mía. —Yo entreabro los labios; sus palabras me sorprenden y me tambalean—. ¿Quieres saber lo que deseo? —Prosigue, acercándose. Me coloca una mano en la curva de la cadera—. Deseo que viertas la dulzura de tu garganta en la mía. Deseo que me aprietes la polla con tu sexo. Quiero que tus extremidades me obedezcan. Quiero dejarte sin aliento y que tu corazón se desboque junto al mío. Lo que deseo es… —su voz se vuelve aún más baja, si tal cosa fuera posible— todo lo que puedas darme.

No puedo moverme, ni hablar, ni respirar. Él prosigue:

—¿Acaso no ves el hambre que siento por ti, Sarai? ¿No reconoces las vueltas que doy en esta jaula, ansioso por cualquier resquicio de afecto que quieras compartir conmigo?

Siento una punzada bajo las costillas. Me falta el aliento al comprender el dolor que le ha ocasionado tanto deseo, tantas vueltas por la habitación, tanta espera, tanto anhelo. Mis defensas se ven completamente sobrepasadas.

—¿Y por qué me abandonaste? ¿Fue porque yo no era suficiente para ti?

Me mira como si lo hubieran abofeteado.

—No, Sarai —dice, de repente frío—. No es por ti. Es por mí. Es que…

Notos retrocede un paso. Solo uno. A mí se me encoge el corazón.

—Te vas a marchar.

Lo único que quiero es una explicación. Sinceridad. Pero él no deja de escaparse.

Su mirada se cruza con la mía. Me falta valor para interrumpir el contacto.

—Viajaremos a Mirash a finales de esta semana —me recuerda—. No lo olvides.

—No te preocupes —murmuro mientras él ya se retira—. No lo olvidaré.

19

—¿Basta con esto para comprar tu silencio?

El guardia, de rostro sombrío, contempla mi mano tendida con incertidumbre.

Yo suelto un suspiro por dentro. Este sabe negociar. Está bien. Se oye un suave tintineo cuando dejo caer otra moneda en la pila que se amontona en mi mano. Hacia el este, el cielo empieza a palidecer. No tengo mucho tiempo.

—Alteza…

—¿Qué te he dicho, Emin?

Entiendo su preocupación. De verdad que la entiendo. Es muy temprano, una hora inusual para alejarse del palacio. La capital entera duerme. No tardo mucho en alejarme de mis aposentos sin que me vean y en preparar a Zainab en los establos desiertos. Mi yegua espera calmada a mi lado, meneando la cola perezosamente para espantar las moscas. Notos no vendrá a buscarme hasta las siete, la hora a la que hemos decidido partir. Para entonces pienso estar ya muy lejos de las puertas de Ishmah. No necesito ninguna escolta. Lo que necesito es libertad. Mirash está a medio día de camino al noroeste. Soy perfectamente capaz de viajar yo sola. Una vez que llegue a nuestro destino, esperaré a Notos en la entrada. Si no sufrimos ningún retraso, regresaremos a casa al anochecer.

Al joven guardia le tiemblan los labios. Apenas ha empezado a salirle la barba, algo despeluchada en la barbilla.

—Que no he de dirigirme a vos por vuestro título oficial.

—¿Y?

—Y que tenéis el poder de dificultarme muchísimo la vida si no os obedezco.

Le he enseñado bien.

—Excelente. —Añado otra moneda a la pila creciente.

Emin clava la vista en el montón de oro. Yo echo una mirada por encima del hombro, pero el patio está desierto. Nada interrumpe los sonidos nocturnos excepto algún que otro relincho de los caballos en los establos cercanos. Refugiada como estoy bajo las sombras de los muros del palacio, es poco probable que cualquier guardia de patrulla me vea.

—¿Emin? —Él se sobresalta, y yo hago un gesto hacia la puerta cerrada—. Date prisa, por favor.

Sus ojos vuelven a sobrevolar el oro y yo reprimo un resoplido en forma de risa. Por supuesto, primero hay que pagar. Sin embargo, cuando tiendo la mano hacia la suya, una mano aún más grande y fuerte me aferra de la muñeca y detiene el movimiento.

Los ojos de Emin se desorbitan. Mi cabeza latiguea y me quedo petrificada en el sitio. Dos ojos oscuros destellan bajo un turbante de un tono rojo flamígero. Se me encoge el corazón con tanta fuerza que me parece que se me ha subido hasta encajarse en mi garganta.

—Si mal no recuerdo —dice Notos lentamente, con esa paciencia controlada que tan bien conozco—, decidimos que íbamos a viajar juntos a Mirash. —Me contempla sin parpadear—. ¿Has cambiado de opinión?

Ambos sabemos la respuesta a esa pregunta.

Notos se adelanta un paso, y su calor llega hasta mí a través del frío de la noche del desierto. Me hormiguea la piel ante su proximidad. Maldito sea este cuerpo traicionero. Aun así, me quedo clavada en el sitio; no quiero ceder terreno.

Emin pasea la mirada entre los dos, confuso. Es verdad: se supone que Notos y yo estamos prometidos. Perdidamente enamorados.

Agarro con el puño la tela color marfil que le cubre el pecho y miro a mi prometido con ojos entrecerrados. El Viento del Sur no esperaba esta muestra de afecto. Quizá está mal por mi parte, pero

el poder que tengo sobre este inmortal me da placer. Ladeo la cabeza y me doy unos golpecitos en la mejilla, con aire expectante.

Notos le lanza una mirada al joven guardia, que se apresura a apartar la suya para darnos un poco de intimidad. El Viento del Sur se inclina y yo le planto un beso en la mejilla.

Su aliento especiado me abruma. No puedo negar que parte de mí quiere girarle la cabeza y hacerse dueña de su boca, tal y como deseé hacer tras enterarme de que se había tocado pensando en mí en su dormitorio.

—¿Cómo sabías que estaba aquí? —pregunto.

—Porque te conozco —murmura.

A estas alturas, no lo puedo negar. Notos entiende que necesito libertad. Y yo entiendo que él necesita compartir, ser transparente.

—¿Hasta qué punto me conoces? —pregunto, desafiante. De pronto me siento valiente.

Él reprime una sonrisa.

—Te has olvidado de tu capa. —Me la tiende y dice—: Echa un vistazo a los bolsillos.

Así lo hago, y saco dos tartaletas de miel envueltas en tela. Aún están calientes. Ahora me toca a mí reprimir una sonrisa. Qué gesto tan inesperadamente atento. Debe de haber ido hace un rato a la panadería en la ciudad; ha llamado a la puerta de Nadia y ha comprado las dos tartaletas para el viaje.

Alzo los ojos y le pregunto a Notos:

—¿Te he llegado a contar cómo descubrí la panadería de Nadia?

Juraría que nos hemos acercado sin darnos cuenta. Él me acaricia el brazo con la mano.

—Recuérdamelo.

Oh, dioses. Me llevo la mano a la frente y se me escapa una risa burbujeante al recordarlo.

—Padre prohibió los dulces en casa después de que Fahim se comiese una bandeja entera de una sentada. La prohibición no detuvo a mi hermano. Se iba a escondidas a la ciudad y los compraba él mismo. Cuando me trajo una de estas tartaletas de

miel, le exigí que me enseñase dónde estaba la panadería que las horneaba. Se me hacía la boca agua al probarlas, las necesitaba.

Y así, la primera vez que llevé a Notos a la panadería, le estaba diciendo sin palabras lo que significaba poder experimentar ese placer sin restricciones. A partir de entonces, me traía a menudo esas tartaletas de miel. Las iba dejando por mi dormitorio, en el aula de música, en el jardín. Era un pequeño juego privado, nuestro secreto, un hilo más de la madeja de nuestra historia. Por aquel entonces yo sentía por él lo mismo que siento ahora.

Carraspeo y retrocedo un paso. El cielo ha empezado a desprenderse de su palidez gris.

—Abre la puerta —le ordeno a Emin, y luego vuelvo a centrar mi atención en el Viento del Sur—. ¿Vienes o no? No debemos retrasarnos.

No sabría decir durante cuánto tiempo me escruta el rostro. Quizá él también haya reconocido este deseo que no dejo de reprimir. ¿Cuál de los dos se romperá? ¿Cuál de los dos cederá? Yo no. Jamás.

Me quita las riendas de la mano y se las tiende al guardia.

—Lleva el caballo a los establos —dice—. Vamos a ir en mi navío.



A un kilómetro de distancia de la muralla exterior, el navío de Notos descansa bajo la escasa sombra de una palmera abrasada. Es esbelto, con forma de flecha. Tiene dos mástiles gemelos y velas blancas de lienzo. Parece fuera de lugar entre las dunas del desierto, anaranjadas y rojizas como el óxido.

La arena sisea bajo nuestros pasos mientras ascendemos por una duna particularmente inclinada. A pesar de mis esfuerzos, el Viento del Sur me mantiene el paso, a mi lado, y de hecho tiene que acortar sus zancadas para ajustarse a las mías. Un gesto que me enternece y enfurece a partes iguales.

Subo a bordo mientras Notos desata las velas. Hay varios cajones amarrados con cuerdas al suelo para afianzarlos. El crujido de la madera me despierta un recuerdo particularmente vívido, que se alza como una hoja sobre las aguas de un oasis olvidado. El viento, el mundo convertido en un borrón de luz y de color. Una sensación más cercana a volar de lo que yo haya experimentado jamás.

Me siento en la proa con las piernas cruzadas y me encojo al notar el sudor pegajoso que me empapa las axilas. Saco el odre de mi zurrón y doy un largo trago de agua. La humedad me limpia el polvo de la boca, el amargor de una era pasada.

Estar sentada aquí, en este lugar que tan bien conocía en su día, me duele más de lo que estoy dispuesta a admitir. Sé que esa época ya no regresará.

Contemplo la popa, donde Notos agarra el timón. Nuestras miradas se cruzan, y el mundo guarda momentáneamente silencio. «¿Te acuerdas de esos días?» Quiero preguntarle. «¿Te acuerdas de las risas que compartíamos, del futuro que estábamos construyendo? ¿Te acuerdas?»

Una nube sobrevuela la expresión del Viento del Sur. Percibo su necesidad de hablar, pero al final se limita a mirar al frente y afianzar las piernas. Una potente ráfaga de viento hincha las velas y nos ponemos en marcha a toda velocidad hacia el alba.

El navío se desliza por el suelo para luego ascender por el lateral de la duna. Subimos más y más. Mis manos se agarran al borde del casco a medida que nos acercamos a la cumbre. El viento ruge en mis oídos. La luz del sol asoma para dar la bienvenida a un nuevo día, y es entonces cuando despegamos.

La risa me hormiguea en el pecho. La intento reprimir, pero no consigo evitar que salga a borbotones de su jaula. Nos elevamos, ingrávidos, por el aire. Nada puede detenernos. Yo me maravillo ante lo que estamos haciendo.

Llegamos a una duna vecina y nos deslizamos ladera abajo. Yo miro por encima del hombro al Viento del Sur. Sus dientes, que rara vez están a la vista, destellan bajo los pálidos rayos de la mañana. El

tiempo me transporta. Vuelvo tener dieciocho años y navego en el navío del Viento del Sur bajo un cielo repleto de estrellas.

Fue la primera vez que paladeé la libertad. La posibilidad de otra vida se desplegó demencialmente a través de mí. ¿Y si no hubiera muros tras los que resguardarse y toda la tierra fuese mi legado? ¿Qué podría yo encontrar en ella? ¿Qué podría aprender de mí misma? Sin embargo, esa vida jamás fue mía. Solo pude verla desde lejos.

De pronto, mi risa se hace añicos. Aprieto los dientes, pero no puedo evitar un sollozo.

—Sarai. —Notos se agacha a mi lado. El navío se desplaza a buena velocidad sobre una llanura. Yo inclino la cabeza. Las lágrimas me corren por las mejillas y caen sobre mis muslos cubiertos. Con suavidad, Notos me alza el rostro, preocupado. Lo orienta hacia el suyo—. ¿Por qué lloras?

Me tiemblan los labios en cuanto otro recuerdo se escapa de sus confines. La ternura de Notos en esos callados instantes, enrollados entre las sábanas, uno en brazos de la otra. El recuerdo me calma, aunque una herida sin fondo dentro de mí se abre aún más que antes.

—Porque el mundo es hermoso —digo con voz estrangulada—. Y soy una extraña para mi propio reino.

No, para mi reino no. Para mí misma.

Eso me lleva a preguntarme si me he conocido de verdad en algún momento. Durante toda mi vida me han dicho cómo he de vestirme, cómo he de actuar, qué he de decir, qué he de comer, cuándo he de irme a dormir, qué debo estudiar, quién debo ser. He sido impecable en todos los sentidos. Pero no he sido yo.

Notos parece entristecido. Me enjuga las lágrimas, pero me deja llorar. No intenta sofocar mis emociones. Les deja espacio, como siempre ha hecho. Recuerdo la facilidad con la que me enamoré del Viento del Sur. Sigue siendo el mismo dios atento que siempre ha sido.

—Estoy bien —afirmo, y sorbo por la nariz. A pesar del impulso que siento de enterrar la cara en su pecho, me aparto de su abrazo.

Él me contempla durante un largo momento. Luego, como si decidiese que tampoco estoy tan mal, se pone en pie y vuelve a ocupar su puesto en el timón. Orienta el navío en dirección a Mirash. Yo apoyo la espalda contra los cajones y recuerdo lo que se siente al estar viva y ser libre.



Si Ishmah es un corazón rojo encajado en arenas doradas, Mirash es ébano pulido, carente de imperfecciones. Antes de que Ishmah tuviese el honor de ser la capital de Ammara, fue Mirash la que ostentó ese título. Sin embargo, cuando sus oasis se secaron, sus residentes abandonaron la resplandeciente ciudad. Levantaron - Ishmah en los acantilados cercanos, usando altas piedras rojas. Las lluvias humedecieron el suelo y la Ciudad Roja prosperó, mientras que Mirash quedó enterrada en el polvo.

Detenemos el navío bajo un grupo de palmeras datileras y desembarcamos. Tengo el cabello desaliñado. Con una mueca, intento recomponerme los mechones despeinados por el viento.

Al igual que sucede con todas las ciudades importantes de Ammara, Mirash está rodeada por altas murallas. En las puertas hay talladas runas protectoras para alejar a los umbrandantes. Desde esta posición elevada puedo ver toda la región. Buena parte de la antigua capital está tallada en la enorme ladera de un acantilado que se extiende del este al oeste: pequeñas casas de ventanas cuadradas, escalinatas erosionadas por los elementos. Atisbo las puertas más grandes y ornamentadas de templos y santuarios. El mayor de ellos se ha levantado en honor al Señor de la Montaña.

La parte sur de Mirash se extiende por una llanura dispersa. Hay numerosas tiendas de campaña de lienzo blanco esparcidas por el terreno; un número incalculable de ellas. Son familias desplazadas que se refugian bajo esas coberturas insustanciales. El oasis es una

mancha verde que se marchita en la esquina noreste de la ciudad. Debido a la pertinaz sequía, apenas queda de él un pequeño y fangoso estanque.

Notos y yo nos situamos al final de la cola de gente que espera para entrar en la ciudad. Yo me remuevo y alzo una mano para escudar mis ojos. Siete años. ¿De verdad ha pasado tanto tiempo desde la última vez que vine a Mirash? En aquella época iba de gira de conciertos. Pasé aquí una única noche y luego me dirigí al oeste, donde también tenía que actuar. Apenas tuve tiempo para explorarla.

—No has de revelar tu identidad —me murmura Notos al oído—. Deja que me encargue yo.

Me sube la capucha. Yo giro la cabeza para descubrir que nuestras bocas quedan a un pelo de distancia. Me lamo los labios. La cola avanza, pero el Viento del Sur no hace ningún amago de apartarse. Yo tampoco. Centro la vista en su boca, en ese grueso labio inferior, y luego la aparto.

—¿Y bien? —Carraspeo—. ¿Vamos?

Notos retrocede un paso, con una mirada indescifrable. Una vez que mira de nuevo al frente, yo dejo escapar el aire que contenía en los pulmones.

Llegamos con rapidez al frente de la cola. Tras inventarnos un cuento sobre venir a visitar a unos parientes en la ciudad, los guardias nos hacen un gesto para que entremos, completamente ignorantes de que la princesa de Ammara camina entre ellos. A decir verdad, prefiero el anonimato. Es una libertad que no suelo experimentar. Aquí puedo deambular sin que me reconozcan.

A esta hora, la vía principal, que se extiende paralela a los acantilados, está atestada. Debido a la falta de espacio disponible en el perímetro, unos cuantos artesanos han montado sus quioscos en medio de la calle, para frustración de los habitantes de Mirash. En cierto momento, un granjero atraviesa la calzada con sus vacas y bloquea todo el trasiego de gente.

Avanzamos por la calle repleta de personas y no puedo evitar darme cuenta del interés que despierta Notos. Sobre todo en mujeres, incluso en las que están casadas, con runas de ópalo tatuadas en la mano izquierda. Las miro con toda la ira que soy capaz de reunir, hasta que se alejan.

Notos se lleva un puño a la boca y tose, aunque a mí me parece más una risotada.

—¿Qué? —espeto.

—Nada.

Pero él esboza una media sonrisa.

—No deberían ir mirando lo que no les importa. —Sorbo aire por la nariz. A fin de cuentas, Notos y yo estamos prometidos. Es perfectamente aceptable reclamar para mí al inmortal con quien me voy a casar, sea o no una farsa.

—Ándate con ojo —murmura—, no sea que alguien piense que estás celosa.

—Si así sucede, es que estoy desempeñando bien mi papel, porque eso es exactamente lo que sentiría una mujer prometida si una extraña se comiese con los ojos a su novio.

Como siempre, Notos atraviesa la multitud con una facilidad que a mí me cuesta imitar. No deja de buscar en todo momento. Su consciencia recorre el entorno y absorbe todo tipo de detalles insignificantes que a mí se me pasan por alto.

—¿Has estado antes aquí? —le pregunto, tras apartar de un golpecito a un anciano atrapado en la corriente humana del mercado.

—Hace años que no vengo. —Notos me guía por un callejón atestado entre dos estructuras de piedra con tejados planos—. No sé si lo recuerdas —dice por encima del hombro—, pero en cierta ocasión te pedí que me acompañaras.

Así fue. En aquella época, yo no confiaba en él, pues era un dios cuyo poder yo no podía comprender. Y sin embargo, tampoco podía evitar buscarlo con la mirada a cada oportunidad que se presentaba.

—Lo recuerdo.

—Me dijiste que no.

Me llevo el brazo a la nariz al pasar junto a una pila de detritos sobre la que revolotea un millar de moscas. Desprende un hedor a trozos de animal podridos.

—Para ser sincera —digo—, pensaba que me lo habías pedido por hacerle un favor a padre.

—No fue el caso.

—Eso lo sé ahora. —Dejamos atrás los detritos y bajo el brazo para respirar aire más limpio. Algo más adelante, una mancha de luz señala el final del callejón—. Aquella mañana llegué a ir a los establos —confieso.

Notos se detiene y se gira en redondo hacia mí, con el semblante arrugado de confusión. Una gota de sudor le pasa por el lateral del cuello. Yo reprimo el demencial impulso de quitársela de un lametón.

—¿Cuándo?

Una vez más, experimento las ganas de huir a toda prisa, lejos, durante tanto tiempo como aguanten mis piernas. Y sin embargo, esas ganas vienen acompañadas del deseo de que me consuele, de que me apriete contra sí. Si fuese más valiente, quizá acariciaría con el dedo la comisura de la boca del Viento del Sur. Solo puedo imaginar que su mero contacto me abrasaría.

—Poco después del alba.

—Fui a por ti —dice, y busca mi mirada en la penumbra bajo los edificios—. Pero no te vi.

—Según el guardia de la puerta, no me crucé contigo por apenas unos minutos.

Al oír esto, Notos parece experimentar sentimientos encontrados. ¿Habría sido diferente de haberlo sabido?

—Yo pensé que no querías viajar conmigo —dice—. De haber sabido que aparecerías, no me habría ido.

Yo acababa de cumplir diecinueve años. No entendía que aquel inmortal terrenal me pidiese que lo acompañase a una ciudad cercana, aunque en aquel momento ansiaba desesperadamente ser

digna de su atención. El certamen de violín era inminente, y no podía permitirme dejar de practicar, pero me dio igual.

—Sí que te habrías ido —digo, incapaz de moderar mi amargura.

—¿Por qué dices eso? —Parece más curioso que otra cosa.

—No me habías jurado lealtad ni nada parecido. Quizá pensaste que yo no era más que una molestia.

Notos parece absolutamente perplejo.

—No era eso lo que sentía por ti… en absoluto.

«No preguntes.» Pero rara vez hago caso de mis propios consejos.

—¿Y qué es lo que sentías?

Él cambia el peso de un pie a otro y tamborilea en la empuñadura de su espada. Si a mí me cuesta mostrarme vulnerable, más le cuesta aún al Viento del Sur, un dios que rara vez habla de su pasado o de sus sentimientos.

—Valoraba mucho lo que teníamos —dice—. Sentía que estábamos construyendo algo que nos pertenecía solo a nosotros.

«Sentía.» Una palabra firmemente arraigada en el pasado.

Pero ¿qué pasa con lo que me ha confesado hace poco? «Solo hay una persona a quien desee en esta vida, y esa persona eres tú.» No podemos volver a nuestra antigua vida, eso lo comprendo. La situación ha cambiado demasiado. Yo misma he cambiado.

Y sin embargo, en este momento, permito que caiga mi armadura. Pieza a pieza, todo sucede. Notos no sabe cómo me sentí cuando se marchó, pero permito que lo vea. Me asomaba cada día a la ventana y contemplaba toda Ishmah con la esperanza de ver un atisbo del Viento del Sur. Jamás me había sentido tan obsesionada, tan sola, tan débil.

Me encojo de hombros y esbozo una sonrisa dolorida.

—Remordimientos inútiles —digo, pero cuando intento pasar a su lado, Notos me agarra del brazo.

Siento que el aire cambia entre los dos, una ráfaga sutil que me endurece los pezones. De inmediato, me libro de su agarre de un

tirón y me cruzo de brazos con fuerza. Él me mira el pecho. Si no me equivoco, algo en su mirada se oscurece.

—¿Lamentas no haberme acompañado? —murmura en voz baja.

La verdad me sale aunque no quiera.

—Lamento muchas cosas, Notos, incluyendo no haberte acompañado aquel día.

Pero ahora estamos aquí, en Mirash, juntos. Quizá podamos aprovecharlo al máximo.

Tras una hora deambulando, llegamos al distrito de ceramistas, repleto de artesanía de barro y ollas de arcilla endurecida. Los puestos están incómodamente apretados entre sí, atestados de tazas pintadas con un arcoíris de colores cetrinos, rubíes, turquesas, aguamarinas. Dejamos el distrito atrás y la ciudad empieza a deteriorarse gradualmente. Hay familias jóvenes agazapadas en los rincones; algunas se han instalado entre montones de escombros o en las pocas estructuras que aún tienen paredes. Me duele verlas. Hay muchas personas sin casa, comida o ropa limpia. Si las lluvias regresaran, sanarían buena parte de lo que está destrozado.

—¿Qué sabes exactamente de esta nueva pista? —le pregunto a Notos tras girar un recodo. De vez en cuando tengo la certeza de sentir el roce de su mano en la parte baja de la espalda, un pálido toque de consuelo. Seguramente me lo estoy imaginando.

—Amad es un joyero bastante conocido en toda la región. Es de confianza.

—¿Estás seguro?

Giramos y nos internamos por una calle desierta. Nos detenemos ante un edificio anodino de tejado hundido.

—La reputación se construye sobre la propia palabra. Jugármela solo serviría para arriesgarse a algo más que a sufrir mi ira. Pondría en riesgo todo su modo de vida.

Hace un gesto con la barbilla para que lo siga y entra antes que yo en la tienda. La mañana está muy clara, aunque las persianas están echadas en las ventanas. El aire aquí dentro está incómodamente enrarecido. Hay estanterías en las paredes con

pequeñas esmeraldas y cuarzos pálidos como la luna. Una única vela brilla en una mesa cercana, sobre un charco de cera caliente.

El hombre al otro lado del mostrador nos mira con la cautela de quien no puede permitirse bajar la guardia. Lleva dos cuchillos al cinto. Una desagradable cicatriz atraviesa la piel de una de sus mejillas bronceadas.

—Solo recibo a clientes con cita —dice mientras pule un pequeño óvalo color turquesa—. Tendréis que venir en otro momento.

Notos se quita la capucha y murmura:

—Amad.

El joyero suelta un gruñido de reconocimiento. Sin embargo, cuando yo me quito mi propia capucha, se endereza de pura sorpresa.

—Alteza. —Inclino la cabeza a modo de saludo. De inmediato, Amad me hace una reverencia—. Mis disculpas, no sabía que vendríais.

A toda prisa, rodea el mostrador y cierra la puerta con llave.

—Confío en que no hayas hablado de nuestro encuentro con nadie —dice Notos mientras el joyero, Amad, regresa tras el mostrador.

—Claro que no.

Habla con una sonrisa sincera, pero, si no me equivoco, hay cierta tensión alrededor de sus ojos. Está incómodo; no se me escapa ese detalle. Me inclino sobre el mostrador y digo:

—Notos dice que sabes algo del laberinto. ¿Qué sabes y cómo lo has averiguado?

Me da igual la reputación de este hombre, yo no lo conozco personalmente. Ha de demostrar que es digno de confianza.

Amad se echa hacia atrás con aire despreocupado. Me mira con seguridad… Es buena señal.

—Tengo un cliente que posee una buena cantidad de textos poco conocidos y oscuros. —Deja a un lado la joya turquesa y coge una gema amarilla del tamaño de la uña de mi pulgar—. Hicimos

negocios, y cuando Notos me preguntó si sabía algo sobre la bestia del laberinto, resultó que tenía en mi poder ese pergamino.

Entrecierro los ojos. Yo también percibo el escepticismo del Viento del Sur.

—¿*Resultó* que tenías ese pergamino en tu poder? —digo—. ¿Así, sin más? Me parece muy oportuno.

—Y a mí —dice Notos.

Estamos juntos, codo con codo. La princesa Sarai Al-Khatib y una deidad. El joyero debe de darse cuenta de a quién se enfrenta, porque baja la vista.

—Está bien —concede—. Es cierto que ya tenía el pergamino en mi poder, pero es que había otra persona investigando sobre la bestia del laberinto.

Ahora sí que estamos llegando a alguna parte.

—¿Quién?

—El príncipe Balior de Um Salim.

Cierro los ojos en medio de una oleada de inquietud. Notos suelta una maldición en voz baja. Y yo que pensaba que íbamos un par de pasos por delante del príncipe cuando en realidad le estamos pisando los talones.

—¿Le dijiste al príncipe Balior que nos interesaba la misma información? —le pregunto al joyero.

—No. —Niega con la cabeza firmemente—. Me reuní con el príncipe antes de que Notos me escribiera.

El Viento del Sur y yo intercambiamos una mirada sentida. Al menos estamos a salvo…, de momento.

Amad saca una caja de madera pulida de debajo del mostrador.

—Al príncipe no le hizo gracia lo que le conté. Quizá para vosotros sea de más interés.

La madera es bastante vieja. Está descolorida y cubierta de grietas. En la parte frontal hay remolinos grabados. Paso un dedo por la pulida superficie y noto un latido en los oídos, una grave vibración que recorre la estancia. Ni Notos ni el joyero parecen captarla.

La tapa se abre con un suave chirrido. En el interior hay un pergamino atado con una tira de cuero. Despacio, lo saco de la caja. Un trozo del pergamino se desprende cuando desato la atadura y lo abro.

Se me hace un agujero en el estómago. Alzo una mano temblorosa y recorro las notas musicales escritas en el pergamino: cuartas, octavas, accidentes y pausas que crean una melodía que reconozco de inmediato. Era una de las piezas favoritas de Fahim. De algún modo, está conectada con el laberinto, aunque no tengo la menor idea de cómo. Notos está igualmente perplejo.

—¿Qué me dices del cliente a quien le compraste este pergamino? —digo, alzando los ojos hacia el joyero—. ¿Sabes su nombre?

Debe de haber algo que no estamos captando, algún punto débil. Todo me resulta espectralmente familiar y, sin embargo, se escapa a mi comprensión.

—Siento decir que no. No era más que un mercader de paso.

El calor y la anchura de Notos a mi lado atraen momentáneamente mi atención.

—¿Me permites? —pregunta.

Yo asiento y le tiendo el pergamino. Él arruga la frente y lo estudia. Me permito esbozar una pequeña sonrisa. Muchos no saben que la música es un lenguaje. Un lenguaje que pocos dominan. Notos mira con atención una de las esquinas del pergamino.

—¿Ves esto?

—¿El qué? —Por encima de su hombro, me fijo en el lugar al que señala. Es un pequeño dibujo en tinta negra. No me había fijado antes en él. Representa lo que me parece que es un hombre alado—. ¿Lo reconoces?

—No estoy seguro, pero… —Niega con la cabeza y pasa un dedo marrón por la ilustración. La luz ambarina de la vela cercana incide sobre el pergamino—. Creo que tengo que mandarle un mensaje a mi hermano.

—¿A Bóreas?

—A Euros —replica.

Interesante. Es una de las pocas veces en que Notos menciona a su familia. En el pasado, cualquiera de mis intentos por saber algo más de sus parientes fue recibido con un silencio de piedra, lo que me provocaba una infinita frustración.

—¿Crees que tiene algo que ver con el laberinto?

—No estoy seguro. —Las arrugas en su ceño se acentúan—. Podría ser.

Yo había albergado la esperanza de que pudiéramos descubrir alguna posible debilidad de la bestia, una pista sobre el poder que pueda poseer una vez que salga del laberinto. ¿Qué tendrá todo eso que ver con notas musicales?

Entonces reflexiono un poco más sobre el tema. Aquí hay algo. Hay algo que no estoy viendo.

—¿Tendrá algo que ver con mi maldición?

La cabeza de Notos latiguea en mi dirección.

—¿Qué maldición?

Mis ojos se desorbitan. No pretendía decirlo en voz alta.

—Esto…

Suenan golpes en la puerta. El joyero se envara. El Viento del Sur se queda rígido, al igual que yo. Una voz dice:

—¿Princesa Sarai?

La puerta se sacude. Quienquiera que se encuentre al otro lado, está intentando abrirla.

Notos desenvaina la espada con un movimiento fluido.

—Me dijiste que nadie sabía de nuestra presencia —le gruñe a Amad.

La tensión que emana de su cuerpo es prácticamente física. Repta bajo su piel, se acumula en esos ojos de pupilas oscuras. Por fin, la rabia abre una grieta en esa fachada de piedra. Es un espectáculo digno de ver.

Notos avanza hacia Amad, que suelta un gañido y retrocede para poner algo de distancia con el Viento del Sur. Se parapeta tras el mostrador a modo de escudo.

—¡No era mentira! —exclama—. ¡Lo juro!

El viento se arremolina entre mis piernas y me tironea de la capa. Una de las piedras preciosas de las estanterías cae de su lugar y rebota en el suelo con un tintineo. Amad contempla la joya con expresión alterada.

—¿Y por qué aparece alguien en tu tienda y pregunta por la princesa?

Un hilo de aire latiguea y se cierra alrededor del cuello de Amad antes de alzarlo por los aires. Él se asfixia y dice con un resuello:

—Te prometo que…

—Perdón por interrumpir —dice el visitante tras la puerta—. Tengo un mensaje para la princesa Sarai del príncipe Amir. Alguien me ha dicho que la ha visto entrar en esta tienda.

Yo me quedo boquiabierta por la sorpresa. ¿Amir? Me acerco rápidamente a la puerta. Alargo la mano hacia el pomo, pero Notos me la agarra antes de que pueda abrir.

—Deja que abra yo —dice en tono quedo.

Yo asiento y me echo a un lado. Él abre la puerta. Un golpe sordo a nuestra espalda nos indica que Amad ha caído redondo al suelo.

Se trata de Emin. Al pobre chico le falta el aliento; está empapado de sudor.

—Alteza. —Hace una reverencia, con las manos apoyadas en las rodillas, y me transmite el mensaje—: Un emisario del príncipe Amir apareció por las cuadras poco después de que os marcharais. Os estaba buscando. No quise traicionar vuestra confianza, así que no le hablé de vuestro paradero. De todos modos, el emisario tenía una carta urgente para vos, así que accedí a entregarla yo mismo.

A cambio de un buen dinero, no me cabe duda. Niego con la cabeza, incrédula.

—¿Y cómo me has encontrado?

—Notos y vos mencionasteis que veníais a Mirash —resopla—. He venido a caballo tan rápido como he podido. He preguntado por la calle si alguien había visto a una mujer que viajaba con un hombre armado. Me han indicado este lugar.

Con poco tiempo que perder.

—Gracias, Emin.

En cuanto el pergamino roza mis dedos, rompo el sello de cera y empiezo a leer.

Sarai:

No estoy seguro de si esta misiva llegará a tiempo. Se trata de padre. Se nos va. Por favor, ven. Me temo que ya sea tarde.

Amir

20

Se me escapa el aliento. No recuerdo haberme puesto en movimiento, pero de pronto estoy cruzando el umbral a trompicones. Salgo a la luz y me envuelve un viento brusco y caliente. El estruendo a mi alrededor no me alcanza, porque estoy lejos, en otra parte, en las profundidades de mi mente. Mi corazón gorjea de miedo: «demasiado tarde».

La última ocasión en que vi a padre se arremolina ante mí como una columna de humo. Los trozos rotos de su corazón, que yo misma hice añicos con mis palabras crueles. Recuerdo lo diminuto que parecía, encogido bajo las sábanas de su cama. Me vi atrapada y ataqué. Quería herirlo al igual que él me había herido a mí. Y ahora…

El polvoriento camino cruje bajo mis sandalias. Me detengo; todo me da vueltas. Notos me agarra del brazo y murmura:

—Calma.

Me libero del agarre del Viento del Sur de un tirón y echo a correr ciegamente en la dirección en la que creo que está la entrada de la ciudad. Las piernas me impulsan por el camino, hasta la parte más atestada del mercado. La multitud se ha multiplicado desde esta mañana. Me interno entre carromatos y pedigüeños vestidos con harapos. Notos y yo hemos pasado antes por aquí, y sin embargo, por el motivo que sea, nada me resulta familiar.

—Sarai. —La sombra del Viento del Sur se alarga mientras este intenta alcanzarme—. ¿Qué sucede? Habla conmigo.

El enjambre de paseantes bloquea el camino algo más adelante, así que me interno a toda prisa por un callejón lateral para rodear a la masa. Aún tengo el mensaje de Amir arrugado en mi puño

sudoroso. Mientras siga en movimiento, no caerá sobre mí el pesado miedo de lo que podría pasar.

—Sarai. —Notos me agarra del brazo.

—¡No me toques! —rujo.

El Viento del Sur retrocede un paso y alza las manos, con el semblante pintado de confusión. Ahora reconozco mi propia postura. Los pies firmes, afianzados, como para recibir una andanada de golpes. Nos hemos detenido en medio del camino; la multitud nos mira, hostil. Notos no es mi enemigo. Creo que eso ya lo hemos dejado atrás.

—Lo siento. Es que… —Noto un nudo en la garganta y trago saliva para detener mi creciente vergüenza—. Lo siento. No debería haberte gritado.

«Mantén la calma», me digo. Pero no tengo nada con lo que estabilizarme. No cuento con ningún ancla más allá de mis pensamientos desbocados.

—Quiero ayudarte —murmura él—, pero no puedo hacerlo si no permites que me acerque. —A continuación, en tono callado y sentido, añade—: Deja que me acerque, Sarai.

Un granjero que pastorea dos cabras me aparta de un empujón por la espalda. Yo caigo hacia delante, cerca de Notos, que es una roca alrededor de la cual fluye la corriente de gente. He aquí lo que sé: el Viento del Sur es mi prometido solo en apariencia, y sin embargo, esto que hemos reparado y vuelto a construir podría ser lo más auténtico que he tenido en mi vida. Está aquí, creo. Y eso ya es suficiente en sí mismo.

Sin pronunciar palabra alguna, le tiendo el mensaje con mano temblorosa. Él lo lee a toda prisa. Un latido después, baja la nota.

—Mi padre…

Notos asiente, aunque con aire frío. Se niega a mirarme a los ojos.

—Por aquí.

Resulta que estaba avanzando en dirección contraria. Desandamos nuestros pasos tan rápido como podemos. Sin

embargo, a mediodía en Mirash, las calles están atestadas y el espacio entre la gente es tan estrecho que no cabe entre ella ni una hoja de pergamino. Al cabo, nos vemos obligados a detenernos.

—¿Qué sucede? —pregunto—. ¿Por qué no nos movemos?

Intento poner algo de espacio entre quienes me rodean y me llevo un codazo en la espalda.

—No estoy seguro —dice Notos.

La gente estira el cuello con curiosidad, incluido un chiquillo vestido con mugrientos harapos.

—¿Qué pasa, mamá?

—Shhh, pequeño —lo manda callar, pero se lo acerca.

Un grito atraviesa el aire. De pronto, la multitud se divide, todo el mundo empieza a desplazarse en dirección contraria a la entrada. Yo intento resistir la marea; Notos me protege por la espalda. El primer grito da paso a otros tres, que dan paso a otros siete, que dan paso a otros diez. Una bota me pisa los dedos de los pies. Un hombre cae y es aplastado. Entonces lo huelo: hay humo en el viento.

—Umbrandantes —dice Notos.

Una fría oleada de desesperación me salpica. Los umbrandantes campan por toda Ammara, pero yo había albergado la esperanza de que, justo hoy, no tuviéramos que enfrentarnos a ellos. Tardaremos horas en llegar a Ishmah. Se nos acaba el tiempo.

Notos se gira hacia mí.

—Dirígete a la entrada —dice—. Espérame en el navío. Tengo que enviarle un mensaje a Euros, pero primero me encargaré de esto y luego estaré allí lo antes posible.

Yo reprimo el impulso de arrojarme a sus brazos. Me recuerdo que es un dios, que puede cuidar de sí mismo.

—Ten cuidado —susurro.

Él asiente.

—Y tú también.

El Viento del Sur echa a volar por los aires a lomos de una ráfaga de viento bajo sus botas. Desaparece tras los edificios y yo echo a correr hacia la entrada, esquivando lo mejor que puedo a quienes

huyen. Al cabo, paso bajo la arcada. Ammara se extiende ante mí. Ahí está el navío. Sus velas gemelas se sacuden bajo una brisa sorprendentemente fuerte.

Camino arriba y abajo frente al navío, intentando recuperar el aliento. Pienso en padre. Pienso en Amir y en Tuleen. Debería estar junto a su cama, pero me encuentro lejos, como siempre he estado. Por más que lo intente, jamás podré salvar la distancia que nos separa.

El sol brilla hirviente en las alturas y me abrasa la piel. No estoy segura de cuánto tiempo ha pasado. ¿Una hora? ¿Dos? Mis ojos escrutan el cielo. No hay rastro del Viento del Sur. Poco después, los gritos se apagan. Pero yo sigo caminando en círculos.

Entonces, una figura borrosa cruza la arcada. Yo la contemplo con ojos entrecerrados, en la lejanía.

—Gracias a los dioses. —Ahogo una exclamación y echo a correr hacia el Viento del Sur—. Empezaba a creer que te había pasado algo.

Notos pasa cojeando a mi lado sin dar señas de haberme visto. Yo me coloco a su lado, deslizándome por la arena.

—¿Te encuentras bien? —pregunto.

—Todo bien.

«Todo bien» son las palabras que yo misma uso cuando nada va bien.

—No tienes aspecto de que vaya todo bien. Te han herido. —Lo sigo hasta el navío—. Estás en condiciones de llevarnos hasta Ishmah, ¿verdad?

Notos aminora la marcha y me lanza una mirada afilada por encima del hombro. Luego sigue andando. Yo abro la boca y la vuelvo a cerrar.

—No pretendía…

—Seguro que no.

Esas palabras me duelen. Estaba preocupada por el Viento del Sur, pero al fin y al cabo es inmortal y poderoso. Mi padre, en

cambio, se está muriendo. No se puede comparar un pez con un ave. Pertenecen a mundos completamente diferentes.

—Toma. —Le tiendo el odre de agua. Él da un gran trago y me lo devuelve—. Vamos.

Subo al navío y me coloco en la proa. Las velas, sin embargo, cuelgan laxas. Me giro en redondo. Notos está apoyado contra el casco, con los brazos cruzados, contemplando las lejanas dunas.

—¿No me has oído? —pregunto.

Él alza la cabeza, con los ojos entrecerrados bajo el duro resplandor del sol. No veo diferencia alguna entre sus iris y sus pupilas; solo hay una negrura arremolinada, una furia tan hostil que me veo obligada a retroceder un paso.

—Dame un maldito minuto, Sarai.

Yo me encojo y me cubro el vientre con las manos.

—Lo siento. Tienes razón. Es que… se nos acaba el tiempo, y…

—Entiendo que estés asustada —gruñe él—, pero estoy intentando ayudar.

Hay que tener eso en cuenta, sí. Notos está haciendo todo lo que puede para ayudarme, pero hasta los dioses tienen sus límites.

—Lo comprendo —le digo—, y lo Siento. Descansa un momento si lo necesitas. Avísame cuando estés listo para regresar.

Sin embargo, Notos pregunta:

—¿Seguro que tanta prisa por volver es por tu padre o se trata de algo más que yo no sepa?

—¿Qué? —Lo contemplo boquiabierta—. ¿Es que no has leído la nota?

Él frunce el ceño.

—Sí, pero aquí está pasando algo más que no me estás diciendo. En cuanto me lo cuentes todo, podremos regresar a Ishmah.

De pronto lo veo todo rojo. De no estar segura de que Notos podría desarmarme, le quitaría la cimitarra y la clavaría en la palmera más cercana.

—¡Que mi padre se muere, Notos!

—¿Quieres que coopere? Pues necesito respuestas. —El fuego brilla en sus ojos de ébano—. Empecemos por la maldición.

Algo se rompe dentro de mí, esta imagen de múltiples facetas de mí misma. Me abruma un rugido; es el viento, que ha empezado a azotar con ferocidad creciente. ¿O acaso se trata de mi propio corazón atronador? No puedo salir de Mirash sin la ayuda del Viento del Sur. Tampoco puedo evitar derrumbarme ante él. Lo único que puedo hacer es retrasar mi inevitable derrumbe.

—Nací enferma. —Hablo con voz baja, rápidamente—. Según el médico, no iba a sobrevivir a la primera noche. Padre fue al Monte Syr a suplicar por mi vida. En un primer momento, padre creyó que el Señor de la Montaña se había apiadado de mí. Me salvó la vida y crecí saludable. Pero ese mismo año, las sequías diezmaron el reino y la mayoría de las cosechas se estropearon. —Me pongo en pie en la proa y miro al frente. El cielo azul, despejado; y bajo este, la tierra de bronce—. Padre sospechó que algo iba mal. Regresó al Monte Syr a interrogar al Señor de la Montaña, quien a su vez le contó partes del trato que no le había revelado en un primer momento. —Por el rabillo del ojo, veo que Notos se endereza, con toda su atención centrada en mi perfil—. A cambio de mi vida, se quedó con las lluvias nutrientes de Ammara. —El sudor me corre por la línea del pelo. Me lo enjugo con la manga de la túnica—. He ahí mi maldición, la carga que llevo —digo—. El sufrimiento que le he ocasionado a mi pueblo.

Durante un rato, el Viento del Sur me contempla, con el rostro carente de emoción.

—¿Eso es todo?

Aunque no quiero engañarlo, no veo otra opción. Quedan pocos días, y me parece que no tiene sentido hablarle de mi muerte inminente. Quizá sea hora de aceptar las cartas que me han tocado en la vida. No quiero que le duela.

—Sí.

Una ráfaga de viento particularmente violenta me revuelve el vestido. Notos se esfuerza por parecer impertérrito, pero a medida

que pasan los segundos, veo las grietas de su fachada, al igual que veo las de la mía.

—Entenderás lo terrible que es —insisto—. Si las lluvias no regresan, mi pueblo perecerá. Nuestras últimas cosechas se echarán por completo a perder. Nuestro ejército quedará debilitado, y Ammara, indefensa.

Cualquier conquistador podría cruzar como si tal cosa las puertas de Ishmah y hacerse dueño del reino sin siquiera alzar un arma. No habrá nadie que se oponga a cualquier enemigo ni a los umbrandantes.

Notos se lleva una mano a los ojos para escudarse del intenso brillo de mi confesión. Luego la aparta y aprieta el puño.

—¿Cuánto hace que lo sabes? —Yo no respondo, y él gruñe—: ¿Cuánto?

—Desde siempre. —El mundo arde como una cerilla encendida en mi garganta—. Siempre lo he sabido. Padre me prohibió que hablase de ello.

Él niega con la cabeza, la mandíbula apretada, y contempla los tablones de madera bajo sus pies.

—No lo sabía. —Pronuncia las palabras con un tono tan suave que, en un primer momento, creo que me las he imaginado—. El rey Halim me pidió que regresara para luchar contra los umbrandantes, pero no sabía que existía una amenaza mayor. —Frunce el ceño—. ¿Por qué crees que hay una conexión entre la maldición y el laberinto?

Esto, al menos, no es ninguna falsedad.

—El símbolo sobre la puerta del laberinto es el mismo símbolo del Señor de la Montaña.

Notos frunce aún más el ceño. El silencio se alarga.

—¿Has advertido a tu pueblo sobre lo que está por venir?

La culpabilidad se adueña de mí con gran ferocidad.

—No.

Padre y yo hemos discutido amargamente sobre esto. Yo quería contarlo todo. El pueblo se merece saber que la sequía se debe a

fuerzas oscuras. Pero el rey Halim quería mantener ese dato en secreto, en la familia. Si una maldición amenaza la vida de Ammara… No podía permitir que hubiese ni un resquicio de duda o debilidad acerca de su reinado.

Y sin embargo, ahora pienso en Haneen, la rapsoda. Pienso en Roshar, mi queridísimo amigo; en Ibramin, profesor y padre. Pienso hasta en Tuleen, cuya amistad conmigo apenas ha empezado a florecer.

—Creo que deberías contárselo —dice Notos.

—¿Y a ti qué más te da?

Él alza la cabeza de golpe.

—¿Te has parado a pensar que quizá Ammara no es solo tu hogar, sino también el mío?

—Eso no es verdad.

—¿Y quién eres tú para decir lo que es verdad y lo que no? —La furia con la que habla me obliga a retroceder un paso. Una fuerte ráfaga de viento me despeina los cabellos y agita las ralas hojas de palma a nuestra espalda, arrojando largas sombras por el árido suelo—. En su día también fue mi hogar —gruñe—. He sido un necio por creer que podría volver a serlo.

Esa frase me atraviesa el pecho con la celeridad de una flecha. Es una emoción bien enterrada en mi interior, tan antigua como la misma tierra y erosionada a causa de mucha tensión.

—No lo comprendo —me obligo a decir—. Jamás habías dado muestras de que te importara.

—Ah, ¿no? —Me clava la mirada hasta que yo bajo los ojos—. Luché para proteger a tu pueblo. Adopté vuestras costumbres. Presenté mis respetos a vuestros dioses.

Sí que lo hizo. Supongo que jamás me he planteado cómo convierte cualquiera un lugar nuevo en su hogar. Siempre supuse que el hogar es donde se nace. Notos prosigue:

—Cuando fui desterrado, no tenía ningún lugar al que ir. Quizá quise creer que merecía tenerlo…, que te merecía a ti.

Se me encoge el corazón.

—¿A mí? —susurro.

El Viento del Sur me contempla con una franqueza que he ansiado muchísimo a altas horas de la madrugada. Este poderoso inmortal, este dios eterno, puede ser muchas cosas, pero vulnerable no es una de ellas.

—El hogar no es un sitio, Sarai. Para mí, no.

—Yo no soy tu hogar —digo con voz temblorosa—. No puedo serlo.

No me doy cuenta del brillo que había en sus ojos hasta que este desaparece, como una estrella que se apaga.

—En ese caso, no nos queda nada que decirnos.

Notos sube a bordo y ocupa su puesto al timón. Yo me acomodo en la proa, con algo parecido a la vergüenza enroscado en el estómago. No sé si gritar o llorar, si suplicar o permanecer muda.

Partimos en silencio y nos lanzamos por las dunas. Contemplo mi brazalete con forma de flecha y recorro su delicada curva de plomo. Los vientos arrecian y sacuden el bote. Ni el calor ni el resplandor del mediodía consiguen alcanzarme. Imagino que estoy en una habitación fría y oscura, con las cortinas corridas y la puerta bloqueada. Si me entierro lo suficiente bajo las sábanas, quizá la realidad tampoco me toque.

He aquí lo que Notos no comprende: en su día, yo perdí a dos personas a las que amaba. Por ello, me propuse vivir una vida en la que no tuviera futuro. Viviría una vida en la que no amaría a nadie, porque si no amaba a nadie, tampoco perdería a nadie. Y eso es lo que hice. Cerré mi corazón. Les di la espalda a mis deseos y mis anhelos. Le pertenecí solo a Ammara, pero no al mundo, que no me debía nada. Puede que Notos vea, o viera, un hogar a mi lado, tal y como yo veía un hogar junto a él.

Nuestro navío atraviesa los enormes valles arenosos. El silbido del viento se convierte en un aullido penetrante. Mi cabeza latiguea. A la espalda de Notos se empieza a reunir una enorme masa roja que se propaga por el cielo.

—¡Una tormenta roja! —grito.

El Viento del Sur aprieta los dientes y se esfuerza por mantener el rumbo. El viento es tan potente que hincha al máximo las velas con un fuerte crujido. Todo el velero se sacude. El silbido es ensordecedor. Notos intenta guiar el navío entre dos dunas, pero se ve obligado a cambiar de dirección cuando la nube arremolinada nos envuelve y el sol se oscurece.

Viramos a un lado y a otro, incapaces de mantener el rumbo. Yo alzo la vista y veo que las velas se han hecho pedazos; un millar de granos de arena las ha destrozado.

—¡Notos! —Señalo las velas.

Él asiente con lúgubre resolución.

—¡Agarra el timón!

La popa da una sacudida y yo caigo de golpe contra el mástil. Impacto con el hombro y reprimo un grito de dolor. Consigo engarfiar un brazo alrededor del mástil lo suficiente como para que Notos me acerque hacia su pecho de un tirón y me coloque las manos sobre el timón.

—Lo tengo —digo.

Él se esfuerza por arreglar las velas hechas jirones mientras yo apoyo mi peso en el timón para mantenerlo firme. Suena como si el mismísimo cielo se hiciera añicos en las alturas. Las tormentas rojas más violentas pueden extenderse hasta ochenta kilómetros. Nuestra única esperanza es salir de ella antes de que nos destroce… o, aún peor, nos entierre vivos.

Giramos con brusquedad y otra ráfaga me arroja de lado por los aires. Me estrello contra unos cajones. Una de las cuerdas de sujeción se rompe. Dos cajones salen volando y un tercero explota contra el casco. Llueven trozos de madera sobre mi rostro. Me da un vuelco el estómago; la fuerza del golpe me arrastra bocabajo hasta el borde del navío.

Algo sólido sujeta mi hombro contra el bote. Me cuelgan las piernas por encima de la barandilla; los dedos de mis pies rozan la superficie de la arena. A pesar de que la tormenta de residuos le oculta la cara, los ojos ardientes de Notos se clavan en los míos con

un miedo inconfundible. Me sube de un tirón de nuevo al navío y me lleva hasta el mástil.

—Agárrate —gruñe.

Una vez que me he sujetado bien, Notos regresa al timón. El aire está tan cargado de partículas que apenas veo a medio metro de distancia. Aceleramos de pronto hacia lo alto de una duna. Salimos volando de su cúspide, atravesando los detritos, y otra violenta ráfaga de aire sacude el navío. Empezamos a dar vueltas. Pierdo el agarre del mástil y, de pronto, estoy cayendo.

—¡Notos!

Lo último que veo son los ojos del Viento del Sur. La tormenta también se lo traga.

21

Mi hombro se estrella contra el suelo. Siento una punzada de dolor que estalla en mi articulación. La borrasca se traga mi chillido, me clava dagas en los ojos, revuelve la tela de mi vestido con manos afiladas y ansiosas, golpea una y otra vez contra mi cuerpo, me entierra más y más en la arena. La densa nube de partículas me araña la piel. En cuestión de segundos acabo enterrada.

Mis pensamientos quedan borrados. Me pongo en pie a trompicones y me esfuerzo por mantener el equilibrio en medio de las violentas ráfagas. Doy un paso al frente y se me doblan las rodillas. La arena empieza a acumularse sobre mi cuerpo con temible velocidad. La tierra exige carne.

Niego con la cabeza. Agarro arena a puñados en un intento de estabilizarme. «¡Céntrate!» Tengo que llegar a algún punto elevado. Estoy atrapada en los valles entre las dunas; aquí se acumulará la arena y no me permitirá subir hasta quedar libre. Inspiro hondo, doy un fuerte empujón y vuelvo a liberarme de la arena. Estoy en pie. Me deslizo hacia delante, en alguna dirección sin nombre. No puedo ver, ni oír, ni hablar. Al cabo, el terreno empieza a ascender.

Con los ojos entrecerrados para protegerme de los residuos, paseo la vista entre la bruma rojiza y gris en busca de una figura ancha. Notos debería estar en algún lugar cercano. No puede haber caído muy lejos. Y sin embargo, no veo nada.

—¡Notos! —chillo, aunque el viento también se lleva mi voz.

Una vez más, grito su nombre. El rugido de la tormenta reverbera tan concienzudamente por el terreno que haría falta un milagro para que me oyese.

—¿Sarai?

El bramido me llega muy amortiguado, lejos, pero es el ancla que he estado buscando tan desesperadamente.

—¡Notos!

—¿Dónd… tás?

Giro en todas direcciones, desesperada.

—¡Estoy aquí! —No veo rastro alguno de él. Avanzo a trompicones en dirección a su voz, enterrada hasta las rodillas en la arena—. No te veo.

Encorvada para protegerme de los brutales vientos, sigo avanzando por la arena, que me devora las pantorrillas y me lame la cara y el cuello con una lengua rasposa.

«Sarai.»

Me detengo y alzo una mano para protegerme los ojos. El aire se agita sin cesar. Ahora, la voz viene de detrás de mí…, creo. Echo un vistazo por encima del hombro. La nube se aparta momentáneamente. Y ahí aparece una forma oscura justo en el límite de mi vista: el Viento del Sur.

«Vas en dirección contraria.»

—¡Bueno, sería de gran ayuda que siguieras llamándome para saber dónde estás! —chillo.

«Por aquí, Sarai.»

Me abalanzo hacia el frente, agitando los brazos para mantener el equilibrio. Siento como si no avanzase nada hacia la figura borrosa, la cual, extrañamente, parece ahora más alta que el Viento del Sur, aunque el aire se desplaza tan rápido que no puedo confiar en mi vista.

—¡Estoy aquí!

¿Es un espejismo? ¿Una ilusión?

«Rápido. No tenemos mucho tiempo.»

Lo lógico sería pensar que el Viento del Sur me ayudaría en lugar de quedarse ahí, fuera de mi alcance. Él también domina los vientos, pero se limita a contemplar cómo avanzo a duras penas.

—¡Sarai!

Mi cabeza latiguea.

—¿Notos?

Esta voz suena diferente, con una textura parecida a la piedra cruda y sin pulir. Me tambaleo de pura incertidumbre; me tiemblan las piernas a causa del esfuerzo. Necesito descansar, pero descansar es morir.

Algo me golpea por la espalda. Caigo de boca al suelo. Un objeto pesado me aplasta las piernas; quizá un árbol o un bloque de madera. La arena se alza con rapidez; mis piernas quedan enterradas, igual que mi estómago. La arena sube y sube; me cubre los pechos, los hombros, el cuello. Me revuelvo para salir, pero solo consigo hundirme aún más.

—¡Notos! —Toso y escupo un puñado de arena—. ¡Notos!

No hay respuesta alguna, solo un rugido, un temblor de energía que se me clava en los oídos. Cierro con fuerza los ojos. Que los dioses me ayuden, no quiero morir. Así no. Dudo que nadie vaya a encontrar mi cuerpo jamás.

Sin embargo, cuando vuelvo a abrir los ojos, se me escapa una exclamación ahogada. En la lejanía, el Viento del Sur avanza hacia mí, usando sus poderes para apartar las ráfagas más crudas de viento. Sus ojos se cruzan con los míos y siento que me va a estallar el corazón a causa de una oleada abrumadora de alivio. Es el Viento del Sur y ha regresado.

Con los brazos extendidos, Notos aparta los residuos volantes. Al fin, consigue crear una pequeña burbuja de aire frente a la fuerza de la tormenta. Al otro lado de la barrera transparente, la borrasca clava sus temibles dientes.

Notos me tiende de golpe la mano. Una corriente de aire alza el pesado tablón de madera que me aplastaba el cuerpo y lo arroja a otra parte. El peso sobre mis piernas desaparece para dar paso al dolor. En cuanto estoy libre, Notos me atrae hacia sí de un tirón y me abraza.

—¿Estás herida? —Su boca roza mi oreja. Habla con tonos graves y profundos en los que palpita el poder.

—No. —Le agarro la túnica cerrando el puño. El calor de su cuerpo atraviesa la tela y me empapa la piel—. Te estaba buscando, pero la tormenta…

—Lo sé. —Me aprieta con más fuerza entre sus brazos, de músculos deliciosamente duros—. Ahora estás a salvo.

Poco a poco, dejo de temblar. El castañeteo de dientes se desvanece.

—¿Dónde está el navío?

Él me apoya los dedos en la parte baja de la espalda.

—Ha sido destruido. Hecho pedazos.

Se me encoge el estómago y se me hunde el corazón. Ese navío era el único modo que teníamos de llegar a Ishmah antes del anochecer. Antes de…

Entierro el rostro en su hombro. Un sudario oscuro cubre mis pensamientos. Esto no puede ser el final. Hay cosas que he de decirle a padre. Han sido muchos meses de enfermedad en los que no me he sentado a su lado, no he comido con él, no he hablado con él, no lo he consolado. ¿Y si abandona este mundo sin que hayamos sanado por completo nuestra relación?

—No podemos retrasarnos. —Me aferro a la cordura con uñas y dientes—. Si el navío ha quedado destruido, tendremos que ir a pie.

—Sarai —dice él—, sabes que es imposible.

Quizá sea improbable, pero imposible no. Si Notos puede mantener esta burbuja protectora, deberíamos poder cruzar las dunas con relativa facilidad. Lo más preocupante es el agua. Tendremos que esperar hasta la noche para usar las constelaciones como guía. Me temo que para entonces habrá pasado ya demasiado tiempo.

Latido a latido, nos mantenemos juntos, abrazados. No me he sentido tan segura desde hace años.

—Mira —digo—, hay circunstancias desesperadas que requieren tomar decisiones difíciles. Puede que una tormenta roja pase con rapidez o que se mantenga en el mismo lugar durante días. Pero a

padre ya no le quedan días. Podemos atravesar la tormenta usando esta burbuja como medida protectora.

—No es posible —dice Notos.

Yo aprieto los dientes. Ni siquiera está intentando verlo desde mi perspectiva.

—Pues yo digo que lo es.

—Mis poderes no son infinitos —explica él—. Se agotarán tarde o temprano, seguramente antes de que hayamos llegado a Ishmah. Cuando eso ocurra, no tendremos ninguna protección contra los elementos, ni frente a los umbrandantes que podamos encontrarnos por el camino. Preferiría buscar refugio y conservar mi poder para cuando lo necesitemos de verdad.

—Y yo prefiero correr el riesgo.

No hay refugio alguno. Solo están las dunas, un eterno ascenso y descenso de arenas requemadas por el sol.

—Para —espeta—. No digas necedades.

Me pongo rígida.

—Así que mis necesidades son necedades.

—Sabes bien que eso no es lo que he dicho. —Un resoplido de aire, hecho de dolor o de frustración, le brota del pecho—. Si te internas en esa tormenta, morirás.

No le falta razón.

—¿Y si te digo que haré lo que me venga en gana?

—Te lo prohíbo.

Mis ojos llamean, y me aparto del refugio de sus brazos.

—Soy la princesa Sarai Al-Khatib. Eres tú quien se inclina ante mí.

Si así lo desease, podría ordenar que clavasen su cabeza en una pica y nadie me llevaría la contraria.

Notos se restriega la cara con la manga de la túnica. Se produce un cambio sutil: nuestra pequeña burbuja abovedada empieza a hundirse hacia dentro.

—Piensa en todo lo que nos estamos jugando, Sarai. Esto es una tormenta roja, capaz de arrancarles la piel tanto a hombres como a bestias. Hasta a mi poder le cuesta mantenerla a raya…

—¡Padre se está muriendo! —grito—. ¡He de ir con él!

—¡Me da igual tu padre! —exclama él—. A mí me importas tú. —Se pasa los dedos por los rizos negros despeinados—. ¿De verdad crees que voy a permitir que te adentres en una muerte segura? Si te sucediese algo que yo podría haber evitado, jamás me lo perdonaría.

—Basta. —La palabra tiembla en mi boca—. No lo dices en…

—No pongas palabras en mi boca. No me digas lo que siento.

Estoy inmóvil. Petrificada por mis propios sentimientos, por esa sensación de insuficiencia, por las mentiras que cuento. Notos, en tono quedo, pregunta:

—¿Por qué te cuesta tanto creer que me importas?

Para mi horror, unas lágrimas calientes se derraman por mis mejillas erosionadas por el viento. Notos alza la mano y recorre con el pulgar la senda acuosa que trazan.

—Porque tengo miedo —digo con voz ronca.

—¿De qué?

No puedo decirlo. Y sin embargo, me parece inevitable. Cada una de nuestras interacciones nos ha traído aquí, a este momento de peligro, de pánico, de corazones rotos.

—¿Y si vuelvo a dejar que te acerques a mí y te marchas otra vez?

La tristeza contrae la boca del Viento del Sur. Hubo una época en la que me habría ocultado esa emoción, pero quiero pensar que los dos hemos evolucionado en cierta manera.

—Sé bien que me marché —susurra—. Y sé lo mucho que te dolió. Y lo siento. Siento muchísimo el daño que te he hecho. Lo lamento a diario. —Da un paso al frente. Noto la atracción que me provoca, el impulso de caer, de hundirme en él, de olvidar. Necesito emplear todo mi valor para no retirarme—. Pero voy a protegerte lo mejor que pueda, y eso implica retrasar el viaje a Ishmah hasta que pase la tormenta.

Tiene razón. Sería una decisión imprudente, pero…

—Es que no lo entiendes —digo con voz estrangulada, y me restriego los ojos—. Le he dicho a padre todo tipo de cosas horribles. Tengo que disculparme. Tengo que decirle… —Que lo quiero. Que jamás he entendido por qué no me sentía amada—. Tengo que verlo antes de que sea demasiado tarde.

—Lo entiendo, Sarai, de verdad que lo entiendo. Viajaremos hasta Ishmah en cuanto sea seguro. Pero ni se te ocurra escabullirte tú sola. Si te marchas de este refugio —dice con expresión pétrea—, te encontraré. No cometas el error de pensar que tu vida no le importa a nadie.

Me tiemblan las rodillas. Despacio, me hundo hasta caer al suelo. Estoy agrietada por completo, y todo lo que tanto me he esforzado por contener se filtra por entre las fisuras de mi ser. De momento, solo puedo esperar y rezar para que la tormenta pase rápido.

«Aguanta, padre. Aguanta.»



Cae la noche, pero la tormenta sigue aullando. Se cierne sobre nuestro frágil refugio como una bestia territorial. La ausencia de sol provoca un frío que se adueña de la tierra. Yo me estremezco. La cúpula protectora está intacta, y Notos consigue recuperar trozos del navío, que luego hunde profundamente en la arena para formar tres paredes inestables. Milagrosamente, ha recuperado mi zurrón, que aún contiene el odre de agua y dos melocotones magullados. No sé si dará igual. Lo más seguro es que esta borrasca me mate antes de que pueda llegar hasta padre.

Sentado a mi lado, con la espalda apoyada en el casco, el Viento del Sur recorre la zona con la mirada. Su hombro roza el mío, y yo reprimo el impulso de apoyarme contra él y recurrir a parte de su fuerza para estabilizarme. La presencia de este dios ha causado estragos en mi vida y, sin embargo, Notos está dispuesto a ofrecerme algo de consuelo si así se lo pido.

Meto la mano en el zurrón y saco el odre. Se lo tiendo; hace horas que no bebe nada. Él me recorre con la mirada con algo casi parecido a una expresión ofendida.

—Soy inmortal —gruñe—. Bebe tú.

—Qué quisquilloso —murmuro, pero me bebo el agua templada. Apenas quedan un par de tragos. Habrá que racionarlos con cuidado.

De vez en cuando, el casco se sacude a nuestra espalda. Yo intento ignorar esas sacudidas, con diferentes niveles de éxito. A lo largo de las horas, nuestra burbuja protectora disminuye. El poder de Notos es enorme, pero también finito. Me pregunto cuánto aguantará.

—Sigo enfadada contigo —espeto.

—Lo sé.

—Deberías haber dejado que me marchara.

Él niega con la cabeza.

—Ya cometí ese error una vez. No pienso volver a repetirlo.

En los rincones más lejanos de mi corazón, quiero creerlo.

—Si dices que fue un error, ¿por qué lo hiciste?

«Porque no te quiero.»

Me quedo rígida; las palabras se me clavan como unos dientes afilados. Aprieto tanto la mandíbula que siento una dolorosa punzada en la sien. Añado:

—Si eso es de verdad lo que sientes, ¿por qué estás aquí?

Notos me mira, confundido.

—¿De qué hablas?

—Acabas de decir…

—Yo no he dicho nada. —Escruta mi rostro con una mezcla de desconcierto y preocupación—. ¿Te encuentras bien?

«No creas lo que te dice este dios. Te llevará por mal camino.»

Hundo los dedos profundamente en la arena, en la frescura que anida bajo la superficie. Esa voz me ha venido a ver en sueños y durante la vigilia. Es la figura envuelta en sombras de mis visiones.

El Señor de la Montaña. ¿Cómo no me he dado cuenta de lo mucho que se parece su voz a la del Viento del Sur?

—Sarai.

Me sobresalto.

—¿Qué?

—¿Dónde estás? —pregunta Notos.

Cuando era más joven, a veces oía la voz del Señor de la Montaña. Aunque en aquel momento no sabía reconocerlo. En los últimos meses, sin embargo, su voz aparece cada vez más a menudo, en ocasiones varias veces a la semana. Me da miedo pensar en lo que eso significa.

—Aquí.

Me aparto de su contacto y me apoyo del otro lado. Mi cuerpo se ajusta a la blanda arena del suelo. Mi cabeza no deja de dar vueltas. He estado tan centrada en el Festival de la Lluvia, en el viaje a Mirash, en descubrir posibles pistas sobre el laberinto, que me he olvidado por completo de a qué día estamos. Quedan ocho días para el día de mi nombre. El Señor de la Montaña no quiere que se me olvide.

Duermo un poco, aunque no es un sueño reparador. El frío del desierto se mete por debajo de mi vestido, me pone la piel de gallina. Ni siquiera el calor que emite Notos puede desterrarlo.

Al cabo de lo que apenas parece un instante, me despierta una sacudida. Abro los ojos y los entrecierro para protegerme de un resplandor inesperado. El alba asoma tras el horizonte.

—La tormenta ha pasado —dice Notos.

—¿Y qué? —Reprimo un gemido al enderezarme hasta quedar sentada. Todos los dolores de la caída del día anterior se han asentado en mis articulaciones—. El navío sigue roto.

Y en cuanto a mi padre, no sé si habrá sobrevivido a esta noche.

El Viento del Sur no se aparta de mí, tal y como yo había esperado. En lugar de eso, me pone una mano en la nuca y me apoya el pulgar en la mandíbula apretada.

—¿Te importa mirarme, por favor? —susurra.

Lo pregunta con tanta compasión que no puedo negarme. Cambio de postura e inclino mi rostro hacia el suyo. Tirabuzones oscuros caen despeinados por entre sus orejas. En los primeros compases de nuestra relación, recuerdo cómo caían estos mechones sedosos entre mis dedos. También recuerdo la callada fuerza de su mirada. Me da miedo el poder que tiene sobre mí. Sus ojos me prometen toda una vida de paz. No ansío más que eso.

—Lo siento —dice—. Siento mi comportamiento de ayer. Intentaba protegerte del único modo que sé; pero me temo que a mis métodos les faltaba la comprensión adecuada. No estuve dispuesto a oír lo que te preocupaba.

Esa disculpa supone un bálsamo inesperado.

—Mi padre se muere, Notos —digo con tono débil y suplicante—. He de ir con él.

—Llegaremos hasta tu padre —dice, y aprieta mi mano con la calidez de la suya, mucho más ancha—. Te lo prometo.

Me ayuda a ponerme en pie y examina los restos de nuestro refugio. Yo paseo la vista por el paisaje bañado por la luz del sol matutino. Las dunas han cambiado de posición; yacen aplastadas como perros bajo el calor abrasador. Las imperfecciones de Ammara, pulidas.

Notos arranca un travesaño de madera del casco con un sonoro crujido. Yo lo contemplo con los brazos cruzados.

—¿Qué haces?

Él se quita la túnica y empieza a anudar las mangas de la prenda alrededor del extremo del tablón.

—Aprovechar lo que tenemos.

Acto seguido, saca de los restos del navío una plataforma, el mástil y la vela. Bajo la túnica lleva una fina camisa que le llega hasta el muslo; está empapada de sudor y pegada a su piel. Intento con todas mis fuerzas apartar la mirada, pero caigo presa de aquello que tanto deseo. El cuerpo del Viento del Sur es hermoso, y yo admiro todo lo bello.

—Siéntate aquí. —Hace un gesto hacia la plataforma improvisada, lo suficientemente grande como para que la ocupen dos personas. Una vez que me siento, él se coloca a mi espalda—. Pega las rodillas al pecho. Y ahora, échate hacia atrás. —Un brazo fuerte me rodea la cintura. Encajada entre sus fornidos muslos, me aprieto contra él—. Intenta no hacer ningún movimiento brusco.

El viento infla la vela improvisada y nos impulsa hacia delante. Yo me agarro con fuerza al brazo en mi cintura. Cruzamos las dunas en dirección a Ishmah. En dirección a casa.

22

Llegamos a Ishmah antes del ocaso. Yo bajo enseguida del navío improvisado y echo a correr hacia las puertas de la capital. Me sale al paso una barrera de centinelas que se extiende codo a codo bajo la gran arcada. Me arranco el turbante y les muestro el rostro.

—Fuera de mi camino —rujo.

Los ojos de todos se desorbitan al reconocerme. Se inclinan al momento y me dejan pasar. Corro a toda prisa hacia el pequeño patio de las cuadras, oculto en la sombra de la muralla.

—¡Necesito un caballo!

A los pocos segundos me traen uno. Una yegua malhumorada, vivaz, de un intenso pelaje color caoba que casi resplandece bajo la luz menguante. Subo y agarro con fuerza las riendas con una mano temblorosa. Uno de los soldados, un capitán, da un paso al frente con aire preocupado.

—Alteza…

—Despejad los caminos —ordeno.

Él se aparta a toda prisa y empieza a rugir órdenes. Yo intento guiar a la yegua calle abajo, pero el animal sacude la cabeza y se desplaza lateralmente presa de los nervios.

—Maldita sea —siseo—. ¡Muévete!

Alguien agarra las riendas. Estoy a punto de abofetear a quien sea cuando, de pronto, la niebla del pánico desciende. Me encuentro con la mirada impertérrita de Notos, con la piel del semblante pintada de gris. Las largas horas de viaje lo han desprovisto de la mayor parte de su poder.

—Deja que lo haga yo —dice.

No me opongo. Lo cierto es que es un gran alivio dejarle la responsabilidad de atravesar la ciudad. Una vez que el Viento del Sur se ha sentado a mi espalda, le clava los tacones a la yegua y echamos a cabalgar. Atravesamos a toda prisa la calle con un veloz repiqueteo de cascos.

Subimos sin cesar hacia el anillo superior, por la ancha Calzada de la Reina. Notos no se dirige hacia las puertas centrales del palacio, sino hacia una entrada más pequeña cerca de los aposentos del rey. En cuanto cruzamos, bajo de un salto de la silla de montar.

—Sarai.

Le lanzo una mirada a Notos. Presenta una estampa magnífica sobre la yegua. A sus ojos profundos asoma una emoción que no puede poner en palabras. Quizá él también se arrepiente de lo que se dijo en el desierto. Entonces niega con la cabeza y dice:

—Ve.

Es el último instante en que lo veo, pues me abalanzo hacia el fresco interior del palacio. Paso junto a nichos de verdor y fuentes burbujeantes. Me tiemblan las piernas a causa de la fatiga, pero subo los escalones de tres en tres hasta el tercer piso. Rodeo una columna y, cuando llego a los aposentos del rey, estoy a punto de desmayarme. Entro como una exhalación, jadeando.

Las cortinas están corridas. Los candiles humean, sus pabilos abrasados. Los aposentos del rey Halim son muy lujosos, repletos de opulentas sedas colgantes. El aire está estancado a causa del hedor a sudor viejo. A pesar del letargo cálido que impera en la estancia, la cama del rey está repleta de mantas bajo las que descansa padre. Amir está sentado a su lado, con la cabeza inclinada y las manos unidas, pegadas a la frente. Es una sombra y un hombre, todo a la vez.

Yo doy un paso al frente.

—Amir. —No hay movimiento alguno. Se me encoge el corazón. Me llevo un puño al pecho e intento mantener a raya la histeria—. ¡Amir!

Él se revuelve y alza la cabeza. Bajo el tenue resplandor de un candil cercano, veo que tiene hinchada la piel alrededor de los ojos a causa de lo que seguramente han sido horas llorando. Al verlo, se me escapa el poco aire que me quedaba en los pulmones.

Mi hermano consigue ponerse en pie con esfuerzo. Tiene toda la túnica arrugada y desastrada. Me pregunto cuándo ha sido la última vez que se ha bañado.

—Sarai.

Por fin, salvo la distancia que nos separa y digo:

—He venido en cuanto he podido. —Le acaricio el hombro a mi hermano con gesto vacilante. Mi hermano es un ser frágil. Pronto, su vida cambiará. La corona descansará sobre su sien—. ¿Dónde está Tuleen?

—Le he pedido que se vaya —murmura, con la vista gacha—. No quiero que me vea así.

Eso me entristece, aunque entiendo cómo se siente Amir. Así maneja siempre nuestra familia las emociones incómodas. Lo que hacemos es arrancarlas de nuestro semblante. Nos restregamos la piel hasta quitárnoslas.

Le lanzo una mirada a padre.

—¿Está…?

—No. —Amir mira hacia la ventana, a pesar de que las cortinas están echadas—. Pero no le queda mucho.

Me da miedo asomarme a ver el cuerpo que se descompone bajo las gruesas mantas, un miedo que me pesa en la mente. Pero no puedo evitar el momento. Así pues, me giro y contemplo al rey de Ammara.

Tiene los ojos cerrados y el ceño cubierto de sudor.

—Padre. —Una palabra demasiado rígida. Jamás me ha sentado bien pronunciarla—. Papá.

Él entreabre los ojos. Una película blanca le nubla las pupilas.

—Sarai —dice con voz entrecortada—. Esperaba que vinieras.

Yo me muerdo el interior del carrillo. ¿Cuántas veces habré esperado oír esas palabras? Jamás imaginé que las oiría en su lecho

de muerte.

El pecho del rey tiembla con un sonido líquido en los pulmones.

—¿Dónde está Amir? —resuella.

—Estoy aquí, padre.

Él asiente con un movimiento discontinuo.

—Me alegro. Estáis… juntos. Así ha de ser.

Yo tomo asiento en una silla vacía y agarro con ambas manos la mano de padre, como si así pudiera resguardar su fragilidad, los anillos opacos que brillaron en su día entre sus dedos.

—Siento no haber podido venir antes. Notos y yo sufrimos un retraso. Una tormenta roja destruyó su navío y…

Esto es un regalo que he estado a punto de no disfrutar jamás: la posibilidad de despedirme de padre. Hay cosas más importantes que discutir que mi retraso, pero no tengo ni idea de por dónde empezar.

Despacio, Amir ocupa la silla junto a la mía. Yo inspiro hondo.

—Papá…

—¿Sabes lo que me gustaría, Sarai?

Contemplo a nuestro padre, quien me mira sin parpadear. La fuerza total de su atención me inquieta.

—No, papá.

—Me gustaría tener la certeza de que estarás a salvo cuando me vaya. Que Ammara y Amir también estarán a salvo.

Entreabro los labios y los vuelvo a cerrar. No me salen las palabras. Ya entiendo de qué va esto.

—Admito que he complicado mucho la situación.

—Si te casaras con el príncipe Balior…

—No voy a casarme con él. Por favor, papá… —Suelto un suspiro y cierro los ojos—. Tendrás que confiar en que estoy haciendo lo que creo que es lo mejor. Si tú supieras…

No estoy segura de si es el mejor momento para revelarle lo que anida en las sombras. Probablemente no servirá para hacer más sencilla su partida.

—¿Qué? —insiste el rey Halim—. ¿Si yo supiera qué?

Miro a Amir, que me devuelve una mirada intensa.

—¿Qué es lo que nos estás ocultando, Sarai? —exige saber mi hermano.

Aprieto los puños de puro miedo y los apoyo en el borde del colchón. No es así como quería pasar mis últimos momentos junto a mi padre.

—Papá, sé que estabas convencido de que lo mejor era casarme con el príncipe Balior, pero no confío en él. Creo que alberga motivos ocultos para casarse conmigo.

Amir me contempla boquiabierto.

—¿De qué estás hablando? —Jamás ha pensado que el príncipe Balior fuese el enemigo. Ninguno de nosotros lo había pensado.

—Déjanos solos —le dice el rey Halim a Amir.

Mi hermano no se mueve.

—Sea lo que sea lo que Sarai sabe, ¿no crees que yo también debería saberlo teniendo en cuenta que soy tu heredero?

—Déjanos —repite padre con más fuerza.

La lenta palpitación en la mandíbula de Amir es la única señal de su indignación. Para mi sorpresa, no protesta. Nos lanza una última mirada amarga a los dos y se marcha. Cierra la puerta con suavidad al salir.

—Papá —digo con voz queda, como si estuviese hablando con un niño—, creo que el príncipe Balior pretende liberar a la bestia del laberinto.

—¡¿Qué?! —El rey intenta con esfuerzo enderezarse hasta apoyar la espalda en el cabecero—. Sarai, eso es ridículo.

Yo lo ayudo con suavidad a volver a tenderse en el colchón, mientras él me clava la mirada.

—Pero es cierto.

Padre niega con la cabeza y aparta la mirada. Al cabo, como si fuera incapaz de negar lo absurdo de mi afirmación, vuelve a centrar su atención en mí.

—El príncipe Balior es un hombre honesto. No quiero que los chismorreos mancillen su reputación. ¿Tienes alguna prueba de lo que dices?

Así pues, empiezo por el principio. A estas alturas, no me queda nada que perder. Le hablo de los registros que encontré, de la información que averigüé sobre la bestia, de su relato personal sobre los acontecimientos que desembocaron en su encarcelamiento, del interés del príncipe Balior en el laberinto. Sin embargo, a pesar de todas las pruebas que le presento, las dudas del rey Halim son palpables.

—Sarai…

—Ha traído a su ejército hasta Ishmah —afirmo, la última carta que puedo jugar en esta terrible partida de argumentaciones.

Hasta la última gota de color desaparece del rostro del rey Halim.

—¿Qué?

Siento náuseas. El príncipe Balior me ha mentido, aunque no debería sorprenderme. No llegó jamás a pedir permiso al rey para que su ejército pudiese entrar en Ishmah, y por lo tanto ese permiso no fue concedido. Lo demuestra la conmoción de padre.

—Yo lo he visto —digo—. Miles de sus hombres están acampados en los aledaños occidentales de la ciudad. Dime, ¿por qué iba el príncipe a traer a su ejército a la ciudad si no pretende usarlo? Una vez que libere a la bestia, me imagino que utilizará su ejército para sofocar cualquier posible venganza por su parte. Se hará con el control. Creo que ahora ya queda claro que no pienso casarme con él, así que ¿por qué sigue deambulando por el palacio si no es para entrar en el laberinto y liberar a la bestia?

Durante un rato, todo queda en silencio. La luz del candil tiembla.

—Esto… no es bueno. —Con un profundo suspiro, el rey Halim se hunde aún más en las almohadas, apenas un saco de piel y huesos—. Si acuso al príncipe Balior, lanzará a su ejército sobre Ishmah sin dudarlo. —Frunce el ceño, con expresión reflexiva—. Dudo que vaya a atacar pronto. Como mínimo, esperará hasta que yo me haya ido. —Sigue otra larga pausa—. Es posible que lleve a cabo su jugada durante la coronación de Amir. Advertiré a los centinelas. Contamos con pocos hombres. Buena parte de la ciudad estará desprotegida durante la ceremonia.

Se me escapa un sonido distorsionado de la garganta, a medio camino entre una risa y un sollozo.

—¿Y qué pasa conmigo? —Como siempre, estoy sola en medio del frío—. Mi vida acabará dentro de ocho días, papá. ¡Ocho! Debería haber muerto al nacer. Ese era mi destino. No se puede cambiar.

—Tu destino no era morir aquel día. Tu destino era vivir, Sarai. Llevar una vida plena. Eso era lo que yo esperaba para ti.

Niego con la cabeza. Me sale la voz grave y ronca:

—En ese caso, te he fallado.

La quietud se adueña de la estancia. Pienso en las cabras degolladas en el mercado, un goteo lento y constante de vida que se escapa.

—¿De qué modo me has fallado? —pregunta con una suavidad que rara vez he presenciado.

Las lágrimas me abren senderos salados por las mejillas. Intento mantener la fuerza, pero no lo consigo.

—Lo he intentado, papá. Durante todos estos años he intentado ser la princesa que necesitaba Ammara. —Con tacto, diplomacia, perfección, buen juicio. Una líder sobresaliente. No podía arriesgarme a tener ni una sola imperfección—. Pero me temo que no he estado a la altura de mi pueblo. Ni de ti.

—¿Qué…? —Intenta por segunda vez enderezarse en la cama, y fracasa. Se hunde en las almohadas—. ¿Qué dices de no estar a la altura? Por supuesto que has estado a la altura. El pueblo te ama, como debe ser. Y Amir, en el trono… necesitará todo tu apoyo.

Asiento, muda, aunque noto que me doblo por dentro. Por una vez me gustaría saber cómo me sentiría si el hombre que me crio me oyese de verdad.

—¿Puedo preguntarte algo? —Él asiente, aunque con cautela, como si presintiese un cambio en mis emociones—. ¿Qué es lo que amas de mí?

Padre se reclina sobre la almohada empapada de sudor.

—¿Qué tipo de pregunta es esa?

—Responde, por favor.

El rey Halim tiene aspecto de estar sufriendo una gran injusticia, como si yo lo hubiese ofendido por atreverme a hacerle esta pregunta. No tiene ni idea de lo desesperada que estoy por oír sus palabras.

—Te amo por diligente —dice en tono gruñón—. Te amo porque eres una líder. Amo la complejidad de tu mente, tu entrega al pueblo de Ammara.

Con cada uno de los rasgos que menciona, mi corazón se va encogiendo más y más. Niego con la cabeza y me aparto de él.

—Pero es que esa no soy yo.

Él se me queda mirando.

—No comprendo.

—Soy todas esas cosas —digo— porque me sentía presionada para ser una versión inmaculada de ti.

Papá suelta un resoplido. Su incredulidad me duele.

—No tiene sentido que pienses eso, Sarai. ¡Piensa en todo lo que he hecho por ti y por tus hermanos a lo largo de estos años! Ha sido todo para asegurarme de que te cuidaban, de que te sentías amada.

—Esa es mi verdad —digo—. Siempre ha sido mi verdad. No he querido aceptarla por miedo a fallarte.

Qué triste que padre nunca me haya conocido, que no sepa quién soy, que solo conozca aquello que en realidad no soy.

—No entiendo qué es lo que quieres —dice entre dientes.

Una sensación desenfrenada se apodera de mi pecho. Jamás he pronunciado esas palabras en voz alta. Las he atesorado, albergado, doblado sobre sí mismas hasta reducirlas a la nada. Las he llevado dentro todos los años de mi vida. Y ahora dejo que salgan:

—Quiero ser libre —susurro con voz temblorosa. Caen más lágrimas. Padre me aprieta la mano mientras yo siento que los pedazos inadecuados de mi ser encajan en su sitio—. Quiero conocer el mundo —digo—. Quiero cultivar una vida de valor y autenticidad. Quiero desprenderme de las obligaciones de mi linaje.

El rey Halim parece terriblemente entristecido.

—¿Por qué no me lo has dicho nunca?

—Porque tenía miedo —digo con voz estrangulada—. Me daba miedo que, hiciera lo que hiciese, jamás fuese suficiente para ti. Lo único que yo quería era tocar el violín, pero hasta eso dejó de atraerme.

Porque, cuando Fahim se quitó la vida, mi amor por la música murió con él.

Empiezo a sollozar con tanta fuerza que caigo sobre la cama. Me siento tan perdida, tan completamente sola… Padre se muere. Jamás hemos estado de acuerdo, pero no quiero que se vaya.

—Sarai —un suave roce en la parte de atrás de mi cabeza—, mírame.

Yo alzo la cabeza y me restriego la nariz. Para mi asombro, en los ojos de padre hay lágrimas. Dulcemente, dice:

—Eres mi hija. Mi regalo más grande y más inesperado. Si de verdad crees que no eres suficiente, es que te he fallado como padre. Siempre he estado orgulloso de ti, Sarai. Siempre. Siento mucho no haber sido capaz de decírtelo jamás.

Yo asiento, incapaz de hablar en pleno llanto. Él dice:

—¿Me preguntas qué necesita el reino? A Sarai. Solo a Sarai. Es a Sarai a quien necesita Ammara, a quien necesita Amir, a quien necesita Notos.

Notos. Me pregunto dónde estará.

—Me hizo daño cuando me abandonó. Me temí que jamás le hubiese importado.

Me temí que jamás me hubiese amado como yo lo amaba.

—Comprendo que sientas rabia hacia Notos, pero la culpa no es solo suya. Fahim desempeñó un papel importante en su partida.

Lo único que interrumpe el silencio es el resuello de los pulmones de padre. Un entumecimiento peculiar empieza a extenderse por mi cara.

—¿De qué hablas? ¿Qué tiene que ver Fahim con la partida de Notos de Ishmah?

—¿No lo sabías? —Padre me escruta los ojos—. Fahim le pidió a Notos que se marchase. Yo no supe que habían hablado hasta que el propio Fahim me lo contó aquella misma noche.

—Pero… —Tiemblo, de pronto insegura—. ¿Fahim le pidió a Notos que se marchase? —Siempre pensé que Notos había decidido irse. Padre jamás lo refutó. Aparto mi mano de la suya—. ¿Por qué? —grazno—. ¿Por qué iba a pedirle Fahim que se marchase? Sabía lo que Notos significaba de mí. Sabía que lo amaba.

Aún lo amo.

—No sé qué era lo que pensaba Fahim —dice con voz cada vez más débil—, pero sé que se arrepintió de haberlo hecho. Envió a varios exploradores en busca del Viento del Sur a las semanas siguientes, con la esperanza de convencerlo para que volviese, pero ninguno encontró a Notos.

¿Por qué tomó Fahim esa decisión? No se trataba de su vida. No era asunto suyo. Quizá temía mi felicidad, temía a la persona en la que yo me convertía cuando me amaban, cuando era libre. ¿Fue porque Fahim no podía experimentar lo mismo por ser el heredero? ¿Fue porque el amor era otro de los aspectos de su vida a los que debía renunciar por ser rey?

Mi ira crece, pero me desinflo. ¿Qué más dará? Fahim ya no está. Lo que se hizo ya no puede deshacerse. Me pregunto por qué Notos no me lo habrá contado, por qué no habrá rebatido mis palabras hirientes al respecto. Permitió que impactasen en él y le causasen un gran dolor.

—¿Por qué no me hablaste nunca de esto? —susurro.

A padre le faltan momentáneamente las palabras. Rara vez se me permite presenciar una emoción tan profunda como la tristeza y el remordimiento que pintan ahora su semblante.

—Cuando encontramos el cadáver de Fahim —dice, con temblor en las palabras—, todo mi mundo cambió. El mundo de todos nosotros. No me pareció importante obsesionarme con el pasado sabiendo que ya no regresaría. Y… supongo que parte de mí quería protegerlo de tu ira, aunque ya no estuviera con nosotros.

Pasa un largo instante antes de que yo reúna la fuerza para - hablar.

—¿Lo sabe Amir?

—No. La muerte de Fahim fue un gran impacto para él, como bien sabes. No quise mancillar la imagen que tenía de su hermano.

Es demasiado. Enterarme de que toda la ira y el resentimiento que he albergado iban dirigidos hacia el lugar equivocado…, que Fahim es el responsable de este agujero que tengo en mi vida… Y sin embargo, Notos no se opuso a mi hermano. Se marchó, a fin de cuentas…, sin mí. ¿Cómo podría yo reparar ese daño? ¿Cómo podría curarme?

—Papá —me restriego la nariz con el dorso de la manga—, ¿qué pasará cuando tú ya no estés? ¿Quién enseñará a Amir a gobernar? ¿Quién guiará a Ammara en medio de la oscuridad?

¿Y qué sucederá cuando llegue mi día del nombre? ¿Cómo voy a proteger nuestro reino si no sigo viva? ¿Cómo voy a interponerme entre el príncipe Balior y el laberinto?

—Sarai —aprieta mi mano con una fuerza sorprendente—, la más brillante y fiera de mis hijos. Estoy seguro de que encontrarás la manera.

—No sé… —Me recorre un escalofrío y se me escapa de entre los labios un sonido ronco y herido—. No quiero enfrentarme a esto yo sola.

—Eres fuerte. Más fuerte de lo que crees. Estoy seguro de ello. —Alza nuestras manos unidas y las lleva hasta mi mejilla húmeda—. Prométeme que no te enterrarás en dolor cuando me haya ido. He vivido una vida plena, más de lo que creía posible. Amir y tú encontraréis el camino cuando llegue el momento.

Por más que lo intente, no consigo controlar este llanto roto. Hay muchas cosas que no nos hemos dicho el uno a la otra.

—Papá…

—Prométemelo.

De repente, se me quitan de golpe las ganas de luchar. Apoyo la cara contra su pecho hundido.

—Está bien —susurro—. Te lo prometo.

23

El rey Halim exhala su último suspiro en una mañana gris y opaca. Amir y yo estamos junto a su cama. Las lágrimas mojan las mejillas de mi hermano, pero yo evito mirarlo a los ojos para brindarle algo parecido a intimidad. En cambio, contemplo el bulto que es el cuerpo de mi padre bajo las mantas. Estoy hueca, desprovista de cualquier sentimiento. Este hombre no es mi padre. El rey Halim era fiero, animado, amado por todos. Esto… no es más que una pila de huesos viejos.

Nos quedamos sentados en silencio hasta que el sacerdote da la bendición que le asegurará al rey una transición segura al más allá. Poco después, el sacerdote se marcha. Yo no estoy segura de qué decir. He perdido a una madre, a un hermano y, ahora, a un padre. Pronto la maldición se cobrará mi vida. Amir se verá obligado a gobernar solo sobre la tierra donde estarán enterrados nuestros cuerpos. Ya me duele por él.

Alargo la mano y tomo la de mi hermano. Él me la aprieta con tanta fuerza que podría romperme los huesos.

—Lo echo de menos —dice Amir con voz estrangulada, y vuelve a romper a llorar.

Lo entiendo, porque yo llevo toda la vida echando de menos a papá. Él siempre dedicó sus mayores esfuerzos a sus hijos. Aun así, le acaricio la espalda a Amir. Lo consuelo con palabras murmuradas que no significan nada. Le digo que todo saldrá bien, quizá ahora no, pero algún día. Le recuerdo que es fuerte, resistente y, sobre todo, que lo aman.

Con la muerte del rey Halim, el periodo oficial de luto comenzará esta misma noche al ocaso. La coronación de Amir tendrá lugar al

final de esta semana. Necesitará toda su resiliencia, toda su fuerza. No tiene tiempo de procesarlo todo ni de pasar un duelo. Yo no le desearía semejante deber a nadie.

Llaman a la puerta, que se abre. Tuleen asoma la cabeza.

—El consejo quiere hablar contigo, Amir. Cuando tengas un momento.

El futuro rey de Ammara me agarra con más fuerza, con el rostro apretado contra mi cuello.

—No quiero que me vea así —murmura.

Eso les sucede a todos aquellos que protegen su corazón con tanta fiereza como los hijos del rey Halim.

—Tienes que confiar más en Tuleen —susurro como respuesta, y miro a la futura reina a los ojos por encima del hombro de Amir—. Es compresiva y amable. Y lo que es más importante, es tu esposa. Deja que te ayude a llevar esta carga.

Un estremecimiento lo recorre por completo. Tuleen se queda en la puerta, insegura. El dolor afila sus delicados rasgos. Con suavidad, me separo de los brazos de Amir. Él me mira con los ojos enrojecidos y el rostro cubierto de mocos y lágrimas. Yo digo:

—Amir, no hay vergüenza alguna en sentir dolor. Todos experimentamos algo parecido en algún momento de la vida. Deja que Tuleen te ayude. Deja que tu esposa —repito— te ayude. —Le limpio las mejillas y digo con voz tranquilizadora—: Vamos, todo irá bien.

Amir, vacilante, se acerca a Tuleen, quien lo rodea en un abrazo. Ella lo aprieta contra sí y lo consuela como se consolaría a un niño. Los dos conversan en tono bajo y yo me acerco a una de las ventanas abiertas. El aire está fresco, a pesar del sol naciente. Me reconforta saber que lo último que vio papá antes de que se lo llevase la oscuridad fue la gloriosa extensión de las dunas doradas.

El chasquido de la puerta aparta mi atención del desierto. Amir se ha marchado. Tuleen, en cambio, sigue aquí.

—¿Me permites? —dice, con un gesto hacia las sillas.

Yo asiento y ocupo una que da la espalda a la cama de padre. Tuleen se sienta frente a mí. Lleva un vestido color marfil y un fino turbante de perlas sobre su suave frente. Aprieta los puños sobre el regazo, con tristeza en esos ojos del color del musgo.

—Lo siento mucho, Sarai.

Yo cierro los ojos ante una nueva oleada de dolor. Se me escapa una lágrima y me la enjugo.

—Hace meses que la salud de padre iba empeorando —susurro—. Pensé que estaba preparada. Pensé que le había comunicado todo lo que quería que supiera. Ahora que se ha ido, me doy cuenta de que habría necesitado tres, cinco, siete años más para hablar con él, para conocerlo, para am… —abro los ojos y me llevo una mano a la boca al ver que se me rompe la voz— amarlo.

Tuleen, sin decir nada, me tiende un paño de tela, que uso para limpiarme los ojos.

—Te entiendo. Mis padres ya fallecieron. Los echo de menos cada día.

Así es el dolor, comprendo. He estado en la orilla del dolor, he sentido sus aguas oscuras en los tobillos, espinillas, gemelos. Durante un tiempo estuve libre de dolor. El regreso de Notos trajo de nuevo la frustración, la confusión; pero también la calidez, la seguridad y la sanación. Sin embargo, la marea siempre cambia.

—Esto va ser un gran golpe para Amir —la informo, aunque es más que probable que ya lo sepa—. Él… —Dios, cómo odio esto— admiraba muchos aspectos de nuestro padre y su relación se estrechó mucho durante los años posteriores a la muerte de Fahim.

—Lo sé. —La atención de Tuleen se centra en el juego de té que descansa sobre una mesa cercana—. ¿Té?

No espera a que responda. Me parece bien. La veo servir el té de una tetera de plata de hermosa factura. Me tiende una taza. Está amargo. Las hojas llevan demasiado tiempo dentro.

Tuleen se sirve y se reclina para decir:

—Me preocupo por él. —Tap, tap, tap, hace su uña contra la taza de porcelana. Al final, deja su té en la mesa sin haber bebido—. El

rey Halim era un buen hombre: honorable, muy respetado, admirable. Eso ya lo sabes. Por eso sus hijos son ciudadanos tan notables en el reino.

Siento un aleteo en el corazón ante su elogio, pues no me lo esperaba. Aun así, me mantengo en silencio y espero a que continúe.

—Pero quiero que sepas el enorme impacto que esto ha tenido en Amir. No quiere que te lo diga, pero yo creo que necesita más apoyo del que quiere admitir, sobre todo durante esta transición…

Tuleen vacila.

—Vamos —la insto—. Te escucho.

—Amir habla a menudo de Fahim. Aunque yo no lo conocí, veo cuánto lo amaba nuestro pueblo. Era encantador, sobresaliente, diligente. Estaba claro que contaba con el favor del reino. Amir jamás pensó que heredaría el trono. Nunca quiso algo así. Por desgracia, las circunstancias han cambiado. Cree que es una decepción, que no puede ocupar el puesto de Fahim. A tu hermano lo aterraba regresar y que se demostrase que era un fracasado.

Estudio con la mirada a mi cuñada durante un instante y luego aparto la vista.

—Ya veo.

No me había dado cuenta de que la inseguridad de Amir era el motivo que subyacía a esa luna de miel extendida. Y yo sintiendo rencor por su libertad cuando él también estaba huyendo de las imposibles expectativas de padre.

—El rey y yo tuvimos varias conversaciones —prosigue Tuleen— en las que le mencioné lo mucho que me preocupaba la presión a la que estaba sometiendo a Amir.

Mi cabeza latiguea. Alzo completamente las cejas.

—¿Desafiaste a padre? —Pensaba que yo era la única que se atrevía a desafiarlo.

—Pues sí. —Inclina la cabeza, sin dejar de mover los dedos, jugueteando con un pliegue de su vestido, tironeando de un hilo suelto—. Aunque no estoy segura de que haya hecho mucho bien.

Tu padre no parecía entender que Amir no es Fahim. Es más sensible, menos intrépido. Por desgracia, dado el estado avanzado de su enfermedad, el rey Halim no pudo permitirse el lujo de liberar a Amir de su deber. Ha sido… mucho. —Se acaricia la sien con gesto agotado—. Demasiado, diría yo. Amir no ha tenido suficiente tiempo para aprender todo lo necesario para guiar al reino antes de la muerte del rey.

—Nunca hay suficiente tiempo.

Suelto un suspiro. Pobre Amir. Le queda un largo camino por delante. Hay muchas cosas que hacer. Durante los próximos siete días, los habitantes de Ammara colocarán ofrendas en los templos y santuarios. Las puertas de la capital se cerrarán. Los mercados permanecerán cerrados hasta que otro herede la corona.

—Soy consciente de que no tenemos una relación estrecha —murmura Tuleen—, pero quiero que sepas que estoy aquí si me necesitas. —Y ahora toma mi mano en la suya y me da un tierno apretón. Acepto este consuelo como lo que es: un regalo—. Eres mi familia, pero más allá de eso, eres mi amiga. Si en alguna ocasión no sabes a quién acudir, por favor, piensa en mí.

Una oleada de gratitud me recorre. Me muerdo el interior del carrillo tan fuerte que me hago sangre. En mi familia no se habla de estas cosas. No comentamos las durezas de la vida. No demostramos infelicidad ni sufrimiento. Qué alivio que esta mujer haya entrado en nuestras vidas y nos haya permitido recorrer nuevos caminos.

—Te lo agradezco —susurro. No sabe cuánto.

«No está tan mal tener una hermana», pienso.

El tiempo pasa, y yo empiezo a refugiarme en los jardines. Al alba y al ocaso me encuentro envuelta en verdor, haciendo todo lo posible para evitar cualquier interacción. El banco de mármol níveo está frío bajo mi cuerpo, la fuente burbujea tras un escudo de hojas de laurel

entrelazadas. Las buganvillas ascienden por la fachada de la pared de piedra a mi espalda, sus capullos tienen tonos de ocaso: anaranjados, rosados y lavandas.

Hoy ha sido un día particularmente pesado. Yo no aguantaba ni un momento más en mis aposentos. Son demasiado grandes, hay mucho espacio para que mis pensamientos den vueltas y vueltas en espiral. Aquí, el denso follaje se acumula y asciende. Me rodea con aromas de tierra y dulce néctar.

El crujido de los guijarros en el suelo atrae mi atención hacia la entrada. El Viento del Sur, con una túnica violeta que se mezcla con las sombras y la mano en la empuñadura de la espada, está ahí plantado, bajo un racimo de flores con forma de trompeta. Incluso en la penumbra en ciernes, sus ojos oscuros poseen un notable brillo.

—Es tarde para estar despierto —digo. La medianoche pasó hace una eternidad.

—Estaba completando mi ronda —dice con ritmo lento, grave y cuidadoso—. Pensé que estarías aquí.

El comentario me provoca una sonrisa pequeña y triste. Porque me conoce, comprendo. Quizá mejor de lo que yo me conozco a mí misma.

—No podía dormir.

—Es comprensible. —Hay una pausa; siento su indecisión, la misma que tengo yo por dentro. Notos es una de las personas que me he esforzado por evitar—. Roshar te está buscando —dice.

—Lo sé.

Roshar llamó a mi puerta hace un rato. Yo no respondí. Me dejó una nota, junto con una tartaleta de albaricoque, en la que decía que vendría a buscarme al día siguiente. La tartaleta descansa sobre mi escritorio, intacta.

El Viento del Sur avanza un paso. Solo uno. La franja de oscuridad que nos separa parece estar viva. Entre nosotros siempre está ese tira y afloja, ese impulso de caer o huir. La realidad es que no quiero estar sola. Su presencia es bienvenida.

—¿Puedo sentarme? —pregunta.

Siento un nudo en la garganta, pero asiento y me deslizo hacia un extremo del banco para dejarle espacio.

—Habría venido antes —susurra Notos, girándose hacia mí—, pero quería respetar tu necesidad de intimidad. —Su expresión se contrae con gesto impotente—. Lo siento mucho, Sarai.

Yo hago un gesto con la cabeza, entumecida. He pasado estos últimos días organizando el funeral, preparándome para la coronación de Amir. Un rey por otro. Apenas he dormido.

—Gobernó Ammara durante cincuenta y siete años —digo.

Papá apenas era un chico de doce años cuando heredó el trono.

—Fue un rey honorable.

Pues sí, el rey Halim fue honorable, leal, justo. Los ciudadanos de Ammara recordarán su generosidad y su buena voluntad. En cuanto a mí, me aferraré a los pocos recuerdos de las escasas veces en las que tuve un padre más que un rey.

Al ver que no respondo, Notos pregunta:

—¿Cómo se encuentra Amir?

—Tan bien como puede estar, dadas las circunstancias. —Las siguientes palabras me salen antes de tener la oportunidad de procesarlas del todo—: Sé que no te cae muy bien, pero es importante que demostremos que el reino presenta un frente unido, al menos hasta que Amir se haya asentado en su nuevo papel. —Aunque yo no estaré aquí para presenciarlo—. Sé que te agradecería mucho tu apoyo.

—¿Eso te lo ha dicho él?

—Bueno, no. —Aprieto los puños sobre el regazo—. Pero he hablado con Tuleen, y quiero que sepas lo difícil que va a ser la transición para él. Es demasiado orgulloso como para pedir ayuda, y si aceptas, aliviarías muchas de sus preocupaciones.

El Viento del Sur suspira.

—Amir y yo nunca hemos estado de acuerdo, y lo más seguro es que nunca lo estemos. Pero eso no significa que no piense que es bueno. Eso no significa que no vaya a apoyarlo. —Con toda

sinceridad, dice—: Amir supondrá un cambio positivo para Ammara. Construirá un legado del que tu padre se sentiría orgulloso. Estoy seguro.

Qué pocas palabras, y sin embargo, cuánto ayudan a aliviar mis preocupaciones antes de que estas tengan oportunidad de arraigar demasiado. Asiento, ligeramente azorada.

—Perdón.

—No me has ofendido.

¿Cómo consigue perdonar con tanta facilidad? He insultado su talante, no una vez, sino constantemente, desde que regresó. Los dioses deben de tener la piel muy dura.

—Sarai. —Por fin, la mano de Notos cubre la mía y derrite el hielo de mi fría piel. Se me encoge el corazón. Su contacto siempre me ha estabilizado—. ¿Qué necesitas?

Quizá he estado esperando esta pregunta. Hubo una época en la que habría respondido con mentiras de toda forma y color. Pero, en este momento, confío en que no me deje de lado.

—Me gustaría tener compañía, aunque no hablemos.

—Pues me quedaré aquí sentado tanto tiempo como necesites.

Y eso es exactamente lo que hace. Esto también sirve para curarme. Le muestro una herida profunda y él la recibe. Me ve.

—¿Quieres hablarme de tu familia?

Durante nuestra relación previa, le pregunté en múltiples ocasiones por su familia. Notos jamás se dignó a responder en profundidad. Aquello me frustraba, pues quería saber más de este dios incognoscible. Quería saber todo lo que pudiera darme y más.

—Si estás buscando un relato de consuelo y amor familiar —me advierte—, no lo encontrarás en la historia que estoy a punto de contarte.

Lo cierto es que no. Yo solo busco algo real. Con suavidad, le aprieto la mano. Sus ojos saltan hacia los míos, arremolinados, vulnerables, temerosos de ser vistos. Lo entiendo, lo veo, lo conozco como me conozco a mí misma.

—Nunca tuve una relación estrecha con mi padre —empieza el Viento del Sur—. Bóreas era el mayor, el favorito. Céfiro era muy astuto, siempre se pasaba de listo. Solía meterse en los asuntos de los demás… Aunque nunca lo castigaban por ello. Euros era… problemático. Despreciaba a nuestro padre y hacía todo lo que estaba en su mano para hacerle la vida tan difícil como fuera posible. De los cuatro, Euros era quien sufría más maltrato.

Al decir esto, el Viento del Sur guarda silencio. Si no me equivoco, parece intranquilo, quizá incluso culpable, aunque no me imagino por qué.

—Yo, por mi parte, no era como mis hermanos. Era un dios que decidía pasar tiempo entre libros, sin combatir. —Curva la boca en una expresión amarga—. Me llamaban débil, blando.

Notos es la última persona a la que yo consideraría débil. Tiene partes blandas, al igual que cualquier persona. A mí me gustan esas partes, porque son las más estables y seguras.

—Eres un espadachín soberbio —le aseguro—. Eres un protector en todos los sentidos de la palabra. No hay nadie más fuerte que tú, nadie en quien confiaría más para proteger Ammara.

O mi corazón.

Él tiene la cabeza inclinada, pero sus ojos se arrugan de un modo que sugiere cierta emoción.

—No tomé la espada por la gloria —dice—. La tomé por necesidad. Sin un arma en la mano, me habrían despreciado, habría caído en el ostracismo. Pero caí en la trampa de cambiar para encajar en la personalidad que los demás habían creado para mí. Por eso sufrí tantas dificultades en la infancia. Jamás sentí que perteneciese de verdad a la Ciudad de los Dioses.

»Cuando me desterraron a Ammara, me dediqué muchos años a deambular por ahí. Pero un día oí que se iba a realizar un sacrificio a la bestia del laberinto. Siete hombres enviados a morir. Pensé que, si podía matar a la bestia, le demostraría a mi padre que era un gran líder. No estoy muy seguro de por qué lo hice. Después de que lo derrocásemos, mi padre quedó atado al Abismo y jamás llegó a salir.

Pero parte de mí aún buscaba su aprobación, incluso en aquel momento.

—Jamás entendí por qué te quedaste —digo—. Eres inmortal, más poderoso que el más poderoso entre los mortales. ¿Por qué arrodillarte ante un rey que no era el tuyo?

Él me estudia durante un rato.

—Quizá no era mi rey al principio, pero acabé respetando a tu padre. Era inteligente, justo, si bien excepcionalmente duro con sus hijos. —Suelta un suspiro—. Pero, por responder a tu pregunta, yo creía que tu padre quería a un hombre como Euros o Bóreas: un luchador nato. Le dije que a mí no me interesaba derramar sangre. Lo que quería era ayudar al pueblo de Ammara. Tu padre respetaba mi postura, no intentó cambiarme.

Yo no tenía ni idea de las dificultades por las que había pasado Notos. Y yo que me estaba montando mi propia historia triste sin compartirla con alguien que quizá podría haberme entendido verdaderamente…

—¿Y tus hermanos? —pregunto—. ¿Qué les sucedió?

—Admito que perdimos el contacto hace mucho tiempo.

—¿Cuánto tiempo?

—Muchos siglos —dice.

Asiento, con una gran tristeza por él. Me parece importante que se haya abierto así, que haya compartido conmigo estos trozos sombríos de sí mismo. Me gustaría conocer a Notos completa y profundamente. Me gustaría tocar su corazón del mismo modo que él ha tocado el mío.

—¿Echas de menos a tus hermanos? —le pregunto.

—A decir verdad, resulta difícil echarlos de menos sin haberlos conocido genuinamente. Por supuesto que conocía en cierta medida a mis hermanos, pero de manera superficial. Jamás permitieron lo contrario.

Pienso en eso a veces. Conozco de mis hermanos solo lo que estos me han enseñado. Me gustaría que Amir y yo tuviésemos una relación más estrecha. Me habría gustado que Fahim hubiese

confiado en mí lo suficiente como para compartir conmigo sus tribulaciones.

Alzo unos ojos dolidos y repletos de lágrimas y susurro:

—¿Por qué no me dijiste que Fahim te pidió que te marcharas?

Una inspiración repentina y brusca corta el aire. En un primer momento me parece que Notos no va a responder, pero entonces dice:

—¿Te lo dijo tu padre?

Asiento. Notos me agarra ambas manos.

—Porque —dice, con voz tan queda que casi se diluye bajo el ruido de la fuente— sabía que te dolía mucho su pérdida. Era un buen hombre que solo hacía lo que pensaba que era lo mejor para ti.

Pero Fahim debió de darse cuenta de que había cometido un error. ¿Fue por eso por lo que se suicidó? ¿Quizá la culpabilidad ante mi desesperación fue demasiado para él? ¿O fue quizá alguna otra carga? La presión de nuestro padre, la imposible búsqueda de perfección…

—Fahim no sabía lo que era lo mejor para mí —digo—, y tú tampoco.

Él asiente, con expresión demudada.

—Tienes razón. Tomar esa decisión por ti no fue justo. Debí pensármelo mejor.

—¿Qué fue exactamente lo que te dijo?

Aunque Fahim le hubiese ordenado a Notos que se marchase, yo habría esperado una despedida. Notos y Fahim se llevaban bien, al menos hasta que —supongo— mi hermano descubrió mi relación con él.

Este inmortal, este dios, se escruta las manos, que descansan sobre su regazo. Unos dedos fuertes y marrones cubiertos de cicatrices blancas. Aprieta los puños.

—En aquel momento te estabas preparando para un certamen —murmura—. Fahim me dijo que era el último año en que serías elegible. A partir de la siguiente primavera no sería posible. Si no

ganabas —dice, y alza los ojos hacia los míos—, probablemente perderías tu única oportunidad de ver el mundo.

Lo que decía era verdad. La Competición de Violín del rey Idris, fundada por el primer soberano de Ammara, atraía a cientos de violinistas de élite de tierras cercanas y lejanas. Quien ganase tendría la oportunidad de hacer una gira con orquestas más allá de Ammara, incluso hasta Um Salim; hasta reinos al norte, este y oeste. En uno de esos reinos, Marles, tocaba la famosa Sinfónica de San Laurent. Yo había soñado con tocar con ellos desde que era una niña.

Notos prosigue con una urgencia que me impulsa a prestarle toda mi atención.

—Fahim fue brutalmente sincero conmigo. Me dijo lo doloroso que era para él haber sacrificado la música por su deber hacia la corona. Aquello lo había destruido, Sarai…, y yo no habría podido encajar la idea de haber sido la causa de que perdieras tu sueño.

Niego con la cabeza, incrédula. Lo entiendo, pero…

—Podrías haber hablado conmigo de ello. Se nos podría haber ocurrido un plan.

—Tu hermano tenía razón. No era justo obligarte a quedarte teniendo en cuenta que era probable que yo me marchase. Ammara no era mi hogar, por más que quisiese quedarme. Romper por lo sano era lo mejor para todo el mundo.

—¿Lo mejor para todo el mundo —replico— o lo mejor para Fahim?

Notos abre la boca, hace una pausa y la vuelve a cerrar. Una dulce brisa agita los árboles de laurel cercanos.

—Sé que no fue justo —dice—, pero tenía la esperanza de que la carta que te escribí lo explicase todo.

Me pongo en guardia de repente.

—¿Qué carta?

—La carta que le pedí a Fahim que te diese.

Se hace el silencio, roto solo por el burbujeo de la fuente.

—Notos —digo—, jamás recibí ninguna carta.

Su semblante se contrae en una expresión confusa. Yo dejo escapar un aliento afligido. Aquel mensaje es otro de los secretos que se guardó Fahim. Recuerdo la angustia que sentí tras la partida de Notos, una angustia que me comía viva, preguntas para las que no tenía respuesta. Recuerdo la falta de sueño, los días malgastados. Perdí años de vida en esos meses. Todo un verano perdido.

—Si hubiera recibido la carta —susurro—, quizá habría podido seguir adelante con mi vida. Pero… no fue justo marcharte sin decirme siquiera adiós.

—Sarai, yo no quería irme. No quería abandonarte. —Su expresión está compuesta de diferentes capas: remordimiento y dolor, vergüenza y arrepentimiento. Me agarra de la mano. Yo no tengo fuerzas para apartarla—. Tienes que entenderlo. Era un extraño en tierra extraña. Como princesa que eres, se espera de ti que te cases a cambio de influencia y poder. Yo no podía ofrecerte nada parecido a la seguridad. Sí, soy un dios, pero no tengo ningún vínculo con tu cultura, tu pueblo, tu reino. Y… la gente hablaba. Parte de lo que se decía no era nada amable. Pensé que lo mejor era apartarme por completo de la situación.

—¿Desde cuándo te importa lo que digan los demás de ti? —Me sale la voz ronca, cada palabra es una esquirla de cristal en mi garganta.

—No me importa. —Me mira directamente a la cara, desafiante—. Lo que me importa es lo que digan de ti.

Es típico de él pensar en mí antes que en sí mismo. Así resulta muy difícil enfadarse de verdad con él.

—No tienes ni idea de cómo me sentí después de que te marcharas. —Un grave lamento se acumula en mi garganta. Cinco años de angustia, dolor, remordimiento—. Aquel año no pude competir. No podía ni cruzar la puerta del dormitorio. Primero te marchaste y luego Fahim murió…

—Ya me enteré de lo del accidente.

—No fue ningún accidente.

Notos guarda silencio.

—¿De qué estás hablando?

Dioses, me va a obligar a decirlo.

—Fahim no murió en un accidente de caza —digo con voz estrangulada, aunque esa fue la historia que divulgó mi familia. Fahim Al-Khatib, el brillante primogénito, se cayó de su caballo y se rompió el cuello. Un modo honorable de morir—. Se ahorcó.

El Viento del Sur se queda tan inmóvil que resulta difícil distinguirlo de las sombras a su espalda. Sus ojos oscuros son perlas, brillantes de pura pena.

—Sarai —jadea.

Se me escapa un ronco gemido de dolor. Me inclino sobre el banco y me cubro el rostro con las manos al tiempo que Notos me rodea con sus brazos. No me resisto. Lo cierto es que estoy lejos de este lugar, de este verdor sombrío.

—Dos semanas después de que te marcharas —susurro—, Fahim no bajó a desayunar. —A día de hoy, el olor del fuul, judías con limón y sal, me sigue revolviendo el estómago—. Aquello era inusual. La mayoría de las mañanas era el primero en sentarse a la mesa.

Y allí estábamos sentados Amir, padre y yo. Cuatro sillas colocadas en una mesa lo bastante grande como para dieciséis - comensales. De vez en cuando, alguno de los consejeros del rey entraba en el comedor para entregar un mensaje. En aquel momento, padre estaba negociando con Um Salim un posible acuerdo de matrimonio: mi enlace con el príncipe Balior.

Ojalá se detuviera aquí el recuerdo. Pero no se puede detener una inundación en movimiento. Despacio, prosigo:

—Después del desayuno fui a los aposentos de Fahim a ver cómo se encontraba. La semana anterior había mencionado que no se sentía muy bien. —Qué necia fui, creí que se trataba de una enfermedad, no de algún veneno arraigado en su corazón y su mente, una oscuridad que le pertenecía a él y a nadie más—. Lo

encontré colgando de los travesaños del techo —me obligo a decir—, con una soga al cuello.

Notos me contempla con las facciones petrificadas de puro horror.

—Sarai.

Y así, sin más, me rompo.

Padre jamás hablaba de la muerte de Fahim, Amir tampoco y yo tampoco. Todos seguimos adelante, cada uno con esa carga invisible, tan pesada que yo creía que se me rompería la espalda de soportarla.

Cinco años después del suicidio de Fahim, no estoy más cerca de la curación de lo que estaba entonces. ¿Qué es lo que he estado haciendo todo este tiempo, pues? Corriendo. Huyendo. Después de tanto tiempo, estoy cansada. Solo quiero descansar.

Notos me aprieta con más fuerza contra sí. Yo suelto un sollozo, pegada a su pecho.

—Lo siento mucho. —Aparta con suavidad los húmedos mechones de cabello que me caen por las mejillas estragadas de lágrimas—. Sé que no podemos volver atrás en el tiempo, pero ahora estoy aquí —dice—. Estoy aquí.

Las lágrimas fluyen sin cesar. Lloro por Fahim. Lloro por padre. Lloro por mi madre, a quien nunca llegué a conocer. Pero, sobre todo, lloro por mí misma. Por todo el caos, el dolor, la inestabilidad y las imposibilidades a las que me he enfrentado. Por todas las batallas. Permito que el Viento del Sur me consuele. Le doy la bienvenida. Sus brazos son sólidos y seguros. Gradualmente, mis sollozos disminuyen y mi cuerpo se calma.

Me aparto, apenas lo suficiente como para que el aire corra entre nosotros. Mis ojos bajan hasta la boca de Notos. Él entreabre los labios y su aliento especiado me sopla en la cara. No hemos terminado.

—Notos.

Alzo una mano y le rozo con dos dedos el carnoso labio inferior. Recorro su boca hasta una comisura, y luego hasta la otra. No quiero pedir permiso. Quiero tomar, conquistar, reclamar para mí.

Quiero dar, alimentar su hambre al igual que él ha alimentado la mía. Quiero dar vida… y recibirla.

Me inclino hacia delante y acaricio su nariz con la mía, un roce aterciopelado. Él parpadea, y un grave gruñido de ansia le brota de la garganta. El sonido me recorre la columna vertebral como una uña afilada. Se me endurecen los pezones, y un calor me recorre el vientre… hacia abajo.

Nuestras bocas se abren y se convierten en una sola. Sus dientes romos. Mi lengua ansiosa. El Viento del Sur desliza las manos por mi espalda y me agarra cerrando los puños. Yo gimo y me aprieto contra él. Notos tiene un sabor único en el mundo. Es como el sol, un latido de luz en torno al que gravitan todas las criaturas grandes y pequeñas. Lo he echado de menos más de lo que estoy dispuesta a admitir.

Me besa con más intensidad, se introduce en mis profundidades secretas. Se me queda la mente en blanco. Me olvido de lo que ha sucedido hasta este momento. Solo conozco el impulso de mis latidos, mi sangre hirviente. Suaves mechones de sus cabellos se enredan entre mis dedos. La presión de su cuerpo me arrastra hacia el recuerdo. En su día disfrutamos de esto mismo. Compartimos la intimidad de estar juntos, de pertenecernos. En aquel entonces teníamos confianza y amor.

—Espera. —Notos se echa de pronto hacia atrás y yo pierdo el equilibrio. Me agarro a su hombro para no caer de espaldas sobre un arbusto cercano—. Creo que no es buena idea —dice, con la respiración alterada a pesar de no haberse movido del sitio donde está sentado.

Eso me duele. A pesar del dolor, consigo esbozar una sonrisa de victoria.

—Estamos prometidos, Notos. Podemos hacer lo que nos plazca.

Él tiene la expresión lúgubre.

—Estás en pleno duelo, Sarai. No pienso aprovecharme de ti.

¿De qué duelo habla? ¿Del de hoy o del de todos los días de mi vida?

—No te estás aprovechando de mí.

Si hay alguien que se está aprovechando de esta situación, soy yo.

Él niega con la cabeza, férreo.

—Necesitas tiempo para curarte.

—¿No debería tomar yo esa decisión? Necesito que hagamos esto. —Mis dedos se deslizan por la suavidad gastada de su túnica. Agarro en el puño el algodón; me anclo a él—. Necesito sentirme viva.

—Lo comprendo, pero…

Rozo el frontal de sus pantalones con la palma de la mano, recorro la longitud de su deseo, siento cómo se endurece ante mi tacto.

El Viento del Sur tiembla. ¿Quiere apartarse? ¿Acercarse? Comprendo esas necesidades contradictorias. No es el único que las experimenta.

Sin embargo, lo que hace al final es apartar mis manos de su cuerpo con expresión triste.

—Esta no es la respuesta.

Me arde el rostro. Estoy tan embargada por la humillación que he de resistirme físicamente al impulso de huir del jardín. Notos tiene razón. Odio que tenga razón. Quizá me sienta bien momentáneamente si entregamos nuestros cuerpos el uno a la otra. Pero no quiero que la pena enturbie la intimidad que podríamos compartir. Al final, el rechazo es igual de doloroso.

Con la boca fruncida, me pongo en pie y me ajusto el vestido.

—Muy bien. Buenas noches, Notos.

Él me contempla con una tristeza que no intenta ocultar.

—No quiero que te marches —murmura—. No deberías estar sola. Esta noche no.

«Pues pídeme que me quede.» Sin embargo, me da miedo poner voz a este deseo. Me da miedo de muchas maneras, y este dolor nuevo no es más que otra complicación. Quizá sería mejor para ambos que me diese algo de espacio.

Me marcho del jardín sin decir adiós y pensando en todo aquello de lo que me arrepiento.



Más tarde, tras quedarme dormida llorando, me despiertan unos golpes en la puerta. Mis ojos hinchados se abren apenas una rendija. Parpadeo y oteo con ojos empañados en la penumbra. ¿Qué hora es? Con las cortinas echadas, es difícil de decir. No vuelven a oírse los golpes. Mis articulaciones crujen al bajarme de la cama y atravesar la habitación. Sigo llevando puesto el vestido de antes; estaba demasiado exhausta para cambiarme.

—¿Hola? —Pego la oreja a la puerta.

No hay respuesta. La abro y me encuentro un pequeño ramo de flores silvestres en el suelo, junto con una nota atada a los tallos. Recojo las flores y abro el mensaje.

«Lo siento.»

Es la letra de Notos. Me tiembla la boca y aprieto los labios en un intento de recuperar el control de mis emociones. Quizá me haya comportado de forma demasiado rígida, demasiado hostil. Tiene razón. Estoy pasando un duelo. Quería sentirme cerca de él, pero en ese momento la desesperación anuló la lógica. Me alegro de que me detuviese antes de que la situación fuese a peor.

Estoy colocando el ramo en una vasija de agua cuando noto una punzada en el dedo. Bajo la vista y percibo vagamente la gota de sangre que me brota del pulgar, donde me he pinchado. Entonces reconozco las flores que estoy sosteniendo. Pétalos aterciopelados, de un tono tan violeta que casi son negros.

«Iris negra.»

Me abalanzo hacia la puerta, pero se me nubla la visión, convertida en sombras. El pomo se me escapa de la mano. Me estrello contra el suelo. Mi pulso acelerado empieza a ralentizarse, y es entonces cuando aparece el Señor de la Montaña.

«Duerme, Sarai», me arrulla. «Duerme, bella mía.»

PARTE DOS



LA FLOR

24

Tengo seis años. Estoy frente a la ventana de mi dormitorio, contemplando el patio de abajo. Al otro lado del amodorrado laberinto, el rey Halim habla con un hombre menudo que carga con una funda oblonga de cuero a la espalda. Los pierdo de vista cuando ambos entran en el palacio.

—Sarai. —Mi criada, una señora mayor llamada Hoda, sale del baño; acaba de terminar de llenarme la bañera—. Ven. Hay que ponerte como una señorita en condiciones.

No comprendo qué significa «en condiciones». ¿Por qué no puedo ir a conocer a ese hombre, al violinista, vestida con pantalones? ¿Por qué tengo que ponerme un vestido?

Hoda me lleva al baño, donde me lava y restriega hasta que me resplandece la piel.



Tengo doce años. Violín en mano, tiemblo en los laterales del enorme salón de conciertos. Los ojos de un millar de espectadores resplandecen bajo la luz menguante del sol poniente. Una orquesta completa domina el escenario. Casi han acabado de afinar los instrumentos.

Me corre el sudor por el interior de los brazos. Me he preparado para este momento. Seis años de lecciones semanales, hora tras hora afinando mi técnica. Mis dedos se conocen bien las escalas. El arco en mi mano es capaz de componer cualquier tipo de articulación. Y aquí, ahora…, va a ser mi debut. La obra, llamada

adecuadamente *Cháchara* por su rápido *spicatto,* es un vívido zumbido en mi pulso.

—¿Estás lista?

Me giro hacia mi profesor, Ibramin. A los ocho años, él ya había tocado con las orquestas más distinguidas del reino. Ahora, tras décadas desarrollando una carrera en solitario, es el pedagogo más requerido de toda Ammara.

—Tengo náuseas —susurro.

Unas suaves arrugas se marcan alrededor de los ojos negros y amables de Ibramin.

—Es normal. Si no estuvieras nerviosa, significaría que no te importa.

El maestro entra en la parte central del escenario en medio de un eufórico aplauso. Hace una reverencia y sube al podio. Cuando me mira a los ojos, esboza una sonrisa de ánimo. A mí se me encoge el estómago.

—No sé si puedo hacer esto —le murmuro a Ibramin.

—¿Qué es exactamente lo que te da miedo?

—Equivocarme. Que todo este trabajo haya sido en balde, que me rompa delante de miles de testigos.

—¿Que todo el mundo sepa que eres imperfecta?

Aprieto el mástil del instrumento. El sudor de mis manos empapa el diapasón del violín. Correcto. Pero ¿qué espera si no Ibramin? Padre ha ordenado que practique un mínimo de cuatro horas al día. No recuerdo la última vez que tuve un descanso.

Intento templar los nervios y busco a la familia real por entre el auditorio. Ahí están Fahim y Amir, ambos vestidos para la ocasión. La silla del rey Halim está vacía.

—No veo a papá.

—Estoy convencido de que llegará —me asegura Ibramin.

Sin embargo, el maestro mira hacia los bastidores. Yo hago una inspiración lenta y profunda, y luego otra. Me dirige un cabeceo de ánimo y entro en el escenario en medio de un aplauso atronador.



Tengo quince años. Llevo un vestido de manga larga color zafiro. Toco el segundo movimiento del *Concierto para violín de Harimir* en re menor. Las cuerdas se me clavan en los dedos callosos, un leve vibrato sacude las notas a medida que el adagio se convierte en un pausado grave, contrapunto de los instrumentos de viento. No puedo liberar la presión del mástil por miedo a perder la resonancia de las cuerdas. El sonido debe propagarse hasta el fondo del auditorio.

Cuando llego al emotivo clímax del movimiento, cuando la orquesta se me une en un *crescendo* arrollador que reverbera por todo el anfiteatro, se me saltan las lágrimas, pues siento alegría y dolor, asombro y sufrimiento, maravilla y angustia, paz y pena. La gente sabrá de Sarai Al-Khatib. Y conocerán la música.



Tengo dieciocho años. El salón del trono es tan frío como enorme: mármol blanco y piedra roja. Me muevo incómoda en mi silla. Debería estar practicando. Tengo un certamen antes de que acabe el año. Si no estuviera segura de la ira de padre, me habría escabullido hace horas.

Amir reprime un gemido y echa la cabeza hacia atrás, con los ojos cerrados con fuerza.

—No sé si voy a poder sobrevivir a dos horas más de esto —murmura.

Yo resoplo.

—Ni tú ni yo.

Una vez al mes, el rey Halim se reúne con los ciudadanos de Ammara para escuchar sus problemas; un acontecimiento que suele alargarse hasta bien entrada la noche. Fahim, Amir y yo tenemos

que asistir. Es una soberana estupidez, teniendo en cuenta que no se nos permite participar.

—Esto es lo que te espera, Fahim. —Amir hace un gesto hacia la mujer que ahora mismo se queja ante el rey, con todo lujo de detalles, porque sus cosechas se han vuelto a estropear—. Yo, personalmente, doy gracias por ser el segundo hijo.

Se echa hacia atrás con un suspiro de gratitud.

La falta de respuesta de Fahim me llama la atención. Su silueta está tallada en granito; el rostro, petrificado y vacío. Llevamos cinco horas aquí sentados y no ha pronunciado palabra.

Alargo la mano y la apoyo en su brazo. Aunque Fahim me saca seis años, compartimos bastantes cosas, incluyendo la tendencia a protegernos del mundo.

—¿Va todo bien? —Pasan dos latidos antes de que sus ojos vuelen hacia los míos. Algo doloroso aletea en esos iris moteados de puntos dorados. Se me encoge el estómago de inquietud, porque la angustia se ha asomado a sus ojos a menudo durante los últimos meses. Y a cada ocasión, la mancha oscura parece más pronunciada, más profunda—. ¿Fahim?

—Estoy bien. —Aparta el brazo de un tirón.

Yo contemplo a Amir, que está demasiado ensimismado limpiándose las uñas como para fijarse en el mal humor de Fahim. A pesar de lo que ha dicho mi hermano, sí que me preocupo. Me preocupo bastante.

Ya he aceptado mi pena de muerte por aburrimiento cuando, de pronto, las puertas de la sala del trono se abren y dan paso a una ráfaga de aire del desierto. Me enderezo con interés. El hombre que entra tiene un físico impresionante, de hombros anchos y amplio pecho bajo la tela color marfil de su túnica. Su fuerte torso me recuerda a un recio roble. La parte baja de un turbante le tapa el rostro. Unos ojos del color vívido de la tierra destellan bajo unas cejas negras.

Lentamente, el rey Halim se pone en pie.

—Así que tú eres el hombre que se cree lo bastante fuerte como para matar a la bestia.

Yo frunzo el ceño en respuesta a este dato inesperado. Hace semanas que se rumorea que un recién llegado ha prometido acabar con la bestia aprisionada en el laberinto. Yo creo que es una locura. Fahim también frunce el ceño ante este anuncio. Incluso Amir parece interesado en la conversación.

El hombre hace una profunda reverencia.

—Así es, majestad.

Su voz es profunda y resonante. Un tañido que me recuerda a las campanas más graves del templo de Ishmah. Aunque no es más que una persona, posee la presencia de un millar de hombres.

—Te ruego que me digas cómo pretendes hacerlo —inquiere el rey Halim.

Con la mano izquierda empiezo a tamborilear sobre el reposabrazos de la silla, siguiendo un ritmo. Es una petición razonable. Este visitante podría ser un necio, o bien lo estamos subestimando. Ya se ha seleccionado a siete hombres para saciar la creciente hambre de la bestia. Siete hombres cada década. Van a entrar en el laberinto dentro de menos de cuatro meses. ¿Y este hombre se cree capaz de matar a la bestia? Tal cosa no es posible.

—Preferiría discutir este asunto en privado con vos, si no os importa, majestad.

Padre contempla al visitante, reflexivo, durante un largo instante. Y luego, como si accediese a la petición del hombre, hace un gesto con el brazo.

—Mis hijos. Mi primogénito y heredero, el príncipe Fahim, el mejor jinete que ha visto jamás Ammara.

Fahim hace un cabeceo a modo de saludo. El hombre le devuelve el gesto con respeto.

—Mi segundo hijo, el príncipe Amir.

Amir pone los ojos en blanco con aire divertido, pues jamás ha recibido los elogios que recibe Fahim. Tal es la condena y la bendición de ser el segundo.

—Y por último, mi hija, la princesa Sarai.

La mirada del hombre se alza hacia la mía. Se me corta la respiración.

—Princesa Sarai. —La voz del visitante, un sonido creciente y complejo, es una música que me encantaría conocer a fondo—. En su día tuve la oportunidad de asistir a uno de vuestros recitales. Tocasteis las *Variaciones sobre el tema de los tres bailes ammaranos,* si mal no recuerdo.

Parpadeo de sorpresa, pues ese recital tuvo lugar hace casi tres años. Me gusta particularmente esa pieza.

El visitante vuelve a centrar su atención en el rey, pero yo me siento extrañamente descolocada.



Dos días después me entero del nombre del visitante: Notos.

Es como humo en los pasillos. Hay días en los que apenas consigo captar un atisbo de sus hombros al girar un recodo, o bien oigo el chasquido de sus tacones sobre el suelo de mármol. Con eso me basta para buscarlo en medio de la grisura que precede al alba cada mañana. Me asomo por la ventana de mi dormitorio y contemplo el lugar donde entrena en el patio. Es todo un estudio del movimiento. Con la espada desenvainada y el pecho descubierto, no deja de lanzar tajos, retroceder, agacharse, girar en redondo, apuñalar, bloquear. Su cuerpo es hermoso. Y me resulta particularmente atrayente cuando está cubierto de sudor.

En la semana siguiente, me obsesiono tanto con Notos que empiezo a faltar a mis lecciones. Es bastante raro que me salte un día, pero ahora pasan tres mañanas seguidas sin que toque el instrumento. Los criados hablan: el rey le ha ofrecido unos aposentos a Notos en el palacio hasta que se adentre en el laberinto. Por supuesto, he de comprobar por mí misma si es verdad.

Una mañana en la que el sol abrasa las dunas y las convierte en ondas bruñidas de un tono ocre oscuro, me pongo mi mejor vestido

y bajo las escaleras hasta el patio central. Las campanas matutinas anuncian las siete. Una fresca niebla humedece las piedras grises del suelo.

Notos es una silueta más oscura en medio de las sombras que arroja el laberinto. Gotas de sudor le recorren las hendiduras del abdomen. Da un paso lateral, de espaldas a mí, y traza un brutal arco de plata derretida. Los músculos protuberantes de sus hombros cautivan mi atención por completo. Me detengo a una distancia segura y carraspeo.

—Buenos días, Notos.

Él se queda inmóvil en medio del ejercicio, con el brazo extendido. Resulta casi antinatural lo rápido que se gira hacia mí y hace una reverencia.

—Princesa Sarai.

Su voz, vívida y grave, me hormiguea por la piel. Tiene un acento que no consigo ubicar.

—Entiendo la necesidad de esas formalidades en presencia del rey —digo—, pero cuando estemos solos, con Sarai será suficiente.

Con un movimiento fluido, Notos envaina la cimitarra. Ni siquiera tiene la respiración alterada.

—No sabía que teníamos tanta confianza como para dejar de lado los formalismos.

Tengo que hacer un gran esfuerzo para mantener la atención por encima de su cuello. Eso sería mucho más fácil si no tuviese un cuerpo esculpido tan perfecto.

—La tenemos. —No le doy la oportunidad de negar esta afirmación, y continúo con toda la sutileza de un toro—. ¿Me equivoco al asumir que no has nacido en Ammara?

Aunque tiene un tono de piel parecido al de mi gente, la forma más estrecha de sus ojos me sugiere que nació en otro lugar.

—No te equivocas.

No añade nada más. Pero torres más altas han caído.

—Bueno, ¿y qué te ha traído aquí? —pregunto.

No puedo evitar que mis ojos recorran su brazo, todo su cuerpo. Sus dedos son fuertes y anchos, del color del pan recién horneado. Hacia el este, la luz opalescente del sol revolotea sobre la Ciudad Roja e ilumina su mejilla izquierda.

—Supongo —dice, frunciendo el ceño— que ya no soy bienvenido en el palacio en el que nací.

Bueno, ya es un comienzo. Pero ansío saber más.

—¿Y eso por qué? —Ante esto, no me da ninguna respuesta. Está bien—. Si prefieres no responderme, explícame mejor por qué, de entre los miles de personas que viven aquí, te crees capaz de acabar con la bestia.

Sus ojos —estrellas de ébano parapetadas tras gruesas pestañas— resplandecen sobre el turbante que le tapa la parte baja de la cara. Más allá de sus hombros, el laberinto se cierne sobre nosotros, como siempre. Siento un leve tirón en las tripas que me impulsa a acercarme. Lo ignoro.

—Soy un dios —dice.

—Un dios. —De alguna manera, sé que es cierto, a pesar de que no tengo ninguna prueba que apoye esa afirmación—. ¿Y un dios de qué, exactamente?

Él afianza los pies y varios guijarros repiquetean por el suelo. Nuestros hombros se rozan brevemente y a mí se me encoge el corazón en el costillar. Acto seguido, Notos alarga el brazo. El aire se arremolina en la palma de su mano.

—Muchos me conocen como el Viento del Sur —dice—. Soy el responsable de los vientos del verano.

Yo lo contemplo, asombrada. Él envía una leve brisa que agita los cabellos en mi cuello. Mis ojos vuelan hacia los suyos. Él no aparta la mirada.

—Si eres un dios —insisto—, supongo que eso significa que eres inmortal.

—Correcto.

Durante unos instantes, todo se sume en el silencio, en medio de la densa niebla.

—Cómo me gustaría saber lo que piensas.

Notos me mira con una sorpresa apenas velada. Imagino la curva sonriente de su boca tras el turbante. Me encantaría apartar esa barrera para poder ver su expresión al completo.

—Lo que pienso es que este sitio es muy tranquilo —dice—. No estoy acostumbrado a este peso en el aire, a esta… planicie tan extensa.

El viento sopla; un timbre hueco que reverbera en mis oídos, con tonos agudos y graves entrelazados. Cruzo los brazos a la altura del vientre para darme calor. De vez en cuando pasa un guardia que hace la ronda.

—¿Y qué más? —inquiero, ladeando levemente la cabeza. Me gustaría saber todo lo que pueda contarme.

Él me mira.

—Pero si te lo acabo de decir.

—Pues dímelo otra vez.



—Sarai.

Me sobresalto y centro mi atención en Ibramin. Está sentado en su silla de ruedas cerca de la ventana del aula de música, con el violín apoyado en la rodilla. Yo tengo el mío propio encajado entre el hombro izquierdo y la barbilla, con el arco situado sobre la cuerda.

—Tus escalas —dice con evidente irritación—. Re menor armónica, por favor.

Obedezco; asciendo y desciendo por la escala con facilidad. Mis lecciones diarias siempre empiezan con escalas. Después de casi una hora, pasamos a los estudios. Dedicamos tanto tiempo a la técnica que la lección de hoy acaba antes de que hayamos podido repasar mi concierto.

Meto el violín en su funda, e Ibramin se acerca con su silla de ruedas, el rostro serio.

—Sarai, la competición será pronto. Debes centrarte.

—Sí, lo comprendo. —Meto el arco también en la funda.

—No estoy yo tan seguro.

Me envaro y miro a mi profesor con otros ojos. No estoy acostumbrada a ese tono brusco y mordaz.

—¿Os preocupa algo, señor?

Él pasa las manos por las grandes ruedas de su silla, como suele hacer cuando está sumido en sus pensamientos.

—Pues sí: me preocupa que el tiempo que pasas con el Viento del Sur esté distrayendo tu atención.

Necesito algo de esfuerzo, pero consigo suavizar la brusquedad de mi respiración. El anciano no tiene la menor idea de lo que está hablando.

—Os agradezco la preocupación, pero lo tengo todo bajo control.

—¿Seguro? —Ibramin me contempla con una desaprobación que yo habría esperado por parte de mi padre—. ¿Puedes mirarme a los ojos y decir con total confianza que estás dedicando todos sus esfuerzos y tu atención a la competición?

Pues la verdad es que no, no puedo. El Viento del Sur va a entrar en el laberinto mañana. Nos hemos ido acercando durante estos últimos meses, y he empezado a temer por su vida. Menuda tontería. A fin de cuentas, es inmortal. No puede morir excepto mediante un arma tocada por los dioses. Así me lo ha dicho. Pero ¿quién sabe los poderes que tendrá esa bestia?

Anoche no volví a mis aposentos hasta el alba. Cómo me habría gustado que la noche durase eternamente. Hacía frío. El cielo estaba negro, cubierto de mil estrellas heladas. Junto a Notos en el patio, me abrí de un modo que no me había abierto con nadie. Le hablé de mi infancia, de la música, de mi deseo de ver el mundo. Eliminé las ataduras que me empequeñecen.

—Solo quiero la grandeza para ti, Sarai —dice Ibramin—. Tu don no ha hecho sino consolidar el compromiso del rey con tu éxito en esta tarea. La Competición de Violín del rey Idris te abrirá muchas puertas.

No hace falta que me informe de las intenciones de padre. Siempre las he sabido. Sin embargo, hay algo que no le he contado a nadie. A veces quiero más de la vida. Me gustaría que fuera mía, solo mía, para poder pintarla con los colores que me apetezca. O, quizá, para no usar ningún color, sino herramientas de escultora, o rueca de tejedora, o la pluma y el tintero de una rapsoda.

Sin embargo, todo eso pertenece a otro momento y otro lugar.

—Me esfuerzo al máximo, señor. Me aplico a mis estudios. Sabéis que no hay nada más importante para mí.

—Me alegro de que tú también te des cuenta. Todo lo que te distrae acabará por pasar, pero la música permanecerá. Tú eres la única responsable de tu futuro.

Cierro la funda con un golpe sordo e intento recuperar el aliento. Por primera vez en años siento una conexión con alguien tan incognoscible como yo misma. No puedo soportar la idea de dejarlo.

—Aprecio vuestra preocupación, señor —digo—. Sin embargo, os olvidáis de que soy la princesa del reino. Haré lo que crea conveniente.

Me marcho sin más dilación y cierro la puerta al salir con un leve chasquido.



Paso una noche larga, incapaz de dormir.

Hace unas horas, el Viento del Sur ha entrado en el laberinto con la cimitarra en las manos. Nos separamos con un sentido abrazo. Yo lloré. Nunca lloro. Seis hombres lo siguieron en busca de su destino.

No estoy segura de si saldrá ni cuándo será. En el interior hay un complejo tapiz de corredores serpenteantes, o eso he oído. Cabe la posibilidad de que no regrese en absoluto. La mera idea me quita el aliento. Yazco despatarrada en la cama y contemplo el techo oscurecido, recordando los meses gloriosos que he pasado en compañía del Viento del Sur. Todo se ha desarrollado con

reticencia… por ambas partes. Pero siento que esta deidad me ve. Y es algo que atesoro.

Tras un rato, me bajo de la cama y me acerco a la ventana. Debido al sacrificio, se han colocado guardias adicionales en el patio iluminado por la luz de las antorchas. Están esperando a ver si las sombras que se arremolinan bajo la puerta del laberinto se calman. Si la bestia ha quedado saciada por otra década.

Y entonces…, algo se mueve. Notos sale a trompicones por entre la tenue luz del laberinto. Cae al suelo. Su espada repiquetea sobre la piedra. Yo ahogo un grito y salgo volando de mi estancia. Recorro a la carrera el pasillo y las escaleras y salgo al patio, donde los guardias se han reunido a su alrededor. Los aparto de un empujón. No veo más que las heridas abiertas que cubren el rostro purpúreo del Viento del Sur, su túnica hecha jirones, el ángulo antinatural en el que tiene doblado el brazo derecho. Nada más.

Él me acuna la mejilla con una mano. Incluso herido, su roce es tierno. Al hablar, solo pronuncia una palabra:

—Sarai.



—¿Puedes escabullirte?

Parcialmente escudada bajo un denso manto de enredaderas, me giro hacia Notos, que ha aparecido en la entrada del jardín, entre sus abundantes y olorosas flores y altos arbustos. Normalmente, esta parte está despejada por la noche, pero hoy es el día del nombre del rey Halim. El palacio ha abierto sus puertas. Acaudalados aristócratas, oficiales del Gobierno, familias de abolengo de la corte…, todos están presentes. El Viento del Sur es el invitado de honor de padre. No ha conseguido matar a la bestia en el laberinto, pero ha sobrevivido… Es la única persona que lo ha conseguido.

Notos se gira para oír mejor, aunque sigue paseando la vista entre los invitados que deambulan por el patio que separa el jardín

del salón de baile, tras unas puertas abiertas a la brisa de la noche.

—¿No estás cansada de ir siempre a hurtadillas? —murmura—. Tu padre se enterará pronto.

Ocultar mi relación con Notos es el único modo de asegurarme de que siga siendo mía y de nadie más.

—Se lo pienso contar, pero… ahora no.

—¿Y cuándo?

—Después de la competición.

Cuando haya ganado el primer premio —cosa que pretendo hacer—, padre estará más receptivo ante la idea de mi relación.

—Sarai.

Me sobresalto y giro en redondo.

—Fahim. —Mi espalda choca contra el seto con un crujido de hojas—. Pensaba que estabas con papá.

Mi hermano mayor da un paso al frente. A su espalda, las parejas se reparten por el patio con sus atuendos refinados y vestidos elegantes.

—Tengo que hablar contigo de algo. —Parece dolorido, aunque no tiene herida alguna que yo vea—. Por favor.

Miro a Notos, que desempeña a la perfección su papel: mira al frente y finge que no acabamos de hablar.

—Claro. ¿Me das… me das un minuto?

Fahim pasea la mirada entre Notos y yo, de pronto suspicaz. Lo sabe. ¿Cómo no va a saberlo? El deseo que siento hacia el Viento del Sur es palpable.

—¿Quieres contarme algo? —inquiere.

A mí se me encoge el estómago. Estos setos son muy altos, demasiado como para trepar por ellos.

—Por favor, no se lo digas a papá —susurro. Esta flor aún es muy frágil. Es demasiado joven como para soportar cualquier fuerza exterior.

Fahim ordena a Notos que se vaya con un gesto brusco de la mano. Yo reprimo un comentario de protesta. Como heredero, Fahim

tiene autoridad sobre el Viento del Sur, pero a mí no me gusta que lo trate con tan poco respeto.

Una vez que nos quedamos solos, Fahim pregunta:

—¿Cuánto tiempo lleváis así?

Yo me envaro.

—No es asunto tuyo.

—¿Cuánto tiempo?

Está crispado y agresivo, un humor que cada vez es más frecuente. Fahim suele ser muy dócil, pero en los últimos seis meses ha empezado a desarrollar mal temperamento, frustración y arrebatos nacidos del desdén.

—Te lo acabo de decir —replico en tono frío—. Es asunto mío.

—Ibramin afirma que habéis estado pasando mucho tiempo juntos.

Es cierto, y solo sirve para alimentar más sus llamas.

—Ibramin no debería ir contando detalles sobre mi vida privada.

—Es su obligación informarme de sus preocupaciones acerca de tus estudios —replica Fahim. Las siguientes dos palabras salen en tono grave—: ¿Y bien?

Con los brazos cruzados, le clavo la mirada. Yo no le debo nada a nadie. Pero se trata de mi hermano, a quien quiero, y que me quiere.

—Si de verdad quieres saberlo, Notos y yo hemos desarrollado una amistad a lo largo de los últimos meses.

Mi hermano reflexiona sobre este dato. La oscuridad que veo en sus ojos me resulta totalmente ajena.

—¿Te ha tocado?

Me pienso si debería ignorar la pregunta, pero me da miedo que Fahim vaya a hacer algo imprudente, como atacar a Notos.

—No.

Y ha sido de lo más frustrante. El Viento del Sur es muy honorable. Siempre se mantiene a una distancia correcta. Sus ojos no me recorren ni se centran en ciertas partes. A veces me pregunto si la atracción que siento hacia él no será unilateral.

Sin embargo, cuando nos quedamos charlando hasta tarde, veo que el dios se transforma. Es cálido y recio, amable y abierto. Lenta, muy lentamente, le arranco trozos de su historia, siempre que me lo permite. Me gustaría saber todo lo que es.

Al cabo, Fahim suelta un suspiro y se masajea la frente con la palma de la mano.

—No permitas que se convierta en una distracción, Sarai. Tienes que centrarte en la música.

A veces me pregunto si Fahim me guarda rencor por vivir su sueño en su lugar.

—Agradezco que te preocupes, pero no pasa nada…

—¡Sí que pasa! —exclama. Varias cabezas se giran hacia nosotros, así que Fahim me agarra y se interna conmigo más profundamente en el jardín—. Quedan unas semanas para tu competición —susurra, bajando la voz hasta convertirla en un siseo flamígero—. Esta es tu oportunidad. No… no quiero que el Viento del Sur interfiera en tus aspiraciones.

Agarro la mano de mi hermano y aprieto con fuerza. Yo también lo comprendo.

—Sabes que jamás permitiría que algo así sucediese.

—Sarai…

—Por favor, Fahim. Sé lo que estoy haciendo. No hace falta que te preocupes por mí.

Él guarda silencio, y a mí se me acelera el pulso por motivos desconocidos. En este momento, lo veo pequeño, doblegado, derrotado. Sin despedirse siquiera, se aleja hasta perderse en la noche.

Más tarde, cuando todo el palacio ya se ha ido a dormir, alguien llama a mi puerta. Los guardias se han retirado durante la noche, no hay nadie que me vea abrir y dejar entrar a Notos. Giro la muñeca y cierro con llave.

Me duele el pecho cuando me giro hacia el Viento del Sur. Es inmortal. Va envuelto en zafiro y sombras. Ya no puedo negar esta atracción. Como si estuviera en trance, alargo la mano y la apoyo

sobre su corazón. Su ritmo estoico y constante me estabiliza. Tan firme como la tierra.

Notos se me acerca y baja la boca. Sus labios abren los míos con un hambre que me atonta, porque hace mucho que pierdo el sueño anhelando su contacto. Sus anchas manos tocan mi cintura, la parte baja de mi espalda. Yo caigo en espiral. Caigo y caigo y caigo y sigo cayendo. Con un suave tirón, me lleva a la cama.



Me despierto deliciosamente dolorida, carente de huesos, con la boca dulcemente magullada. Me giro de lado y contemplo las mantas arrebujadas, la huella del lugar donde ha dormido Notos. Alargo la mano, toco la suave seda blanca. Está fría.

Un pequeño agujero se abre en mi vientre. No esperaba que Notos se quedase hasta la mañana, pero quizá albergaba la esperanza de que me hubiese dejado algún recuerdo como prueba de que pensaba en mí como yo pensaba en él.

Cuando llego al salón del trono, estoy de un humor horrible. Fahim y Amir ya han llegado. Este último dormita en su asiento mientras que el primero parece desacostumbradamente perturbado.

—¿Estás bien? —le susurro a Fahim al sentarme en mi silla.

Él se encoge de hombros sin mirarme.

—Sí, no es más que otro día igual.

Quiero hablar con él de nuestra conversación de anoche, pero padre llega antes de que tenga la oportunidad de hacerlo. Nos pasamos la mañana entre reuniones y hacemos una pausa para el almuerzo. Aprovecho la oportunidad para ir a buscar a Notos. No se encuentra junto al laberinto. Tampoco en sus habitaciones. Decepcionada, regreso sola a mis aposentos.

Apenas he cerrado la puerta cuando llaman desde el otro lado. Notos entra en la habitación. Me agarra del frontal del vestido y la presa ardiente de su boca marca mi cuello y mi mandíbula. Cierra de una patada a su espalda. Un aliento después, me levanta las faldas,

me coloca las piernas alrededor de su cintura y entra en mí con una dura embestida.

Yo suelto un grito. Le muerdo el hombro mientras él arremete contra mí. Esta forma de hacer el amor no es suave, pero yo no me rompo con facilidad. El chasquido de nuestras pieles corta el silencio. Mis jadeos salen amortiguados contra su hombro. Él me embiste con una desesperación idéntica a la mía.

Y cuando acaba, su semilla me gotea por la pierna. Notos me agarra en brazos y me aprieta contra sí más de lo que yo creía - posible.

—Te espero en la puerta sur del palacio —jadea—. Después de medianoche.

Yo me reclino y busco sus ojos, que albergan un miedo que no comprendo.

—Notos…

—No tardes.

Apenas me he recolocado el vestido cuando él ya ha salido por la puerta. Me llevo el dorso de la mano a la boca. Me palpitan los labios. No permitiré que las dudas que despierta en mí este extraño comportamiento mancillen lo que acaba de suceder. Paso el tiempo practicando hasta que la campana anuncia la medianoche. Me pongo una capa. Las sombras me escudan de los guardias que hacen su ronda. La puerta está ahí delante. Aprieto el paso para cubrir la distancia que me queda.

Está todo desierto.

Un viento helado me envuelve. Las estrellas señalan la primera hora de la madrugada. Paseo la vista entre las siluetas del patio en busca de Notos. ¿Habré confundido la hora a la que teníamos que encontrarnos? «Después de medianoche» es lo que dijo. «No tardes.»

Pasan las horas. La luna asoma, blanca y llena, y se marca en la fina piel negra del cielo. Camino en círculos ante la puerta, peino la penumbra, los nichos oscurecidos, los umbrales del palacio. Las campanas anuncian la quinta hora de la madrugada. Empiezo

a perder los nervios, pues temo que algo terrible le haya ocurrido a Notos. Más tarde, las campanas vuelven a sonar y el alba tiñe de color el lienzo negro. Sigo esperando. Y esperando. Pero el Viento del Sur no viene.



Han pasado dos semanas desde la abrupta marcha del Viento del Sur. Padre me dijo que Notos se marchó de Ishmah antes del alba, a lomos de un caballo que robó de las cuadras. Exigí respuestas, pero el rey no tenía nada más que decir. A fin de cuentas, Notos no había conseguido matar a la bestia aprisionada en el laberinto, aunque eso daba igual. «No hay nada que lo ate aquí», dijo padre. No sabía el daño que me haría oír eso.

Hui a mis aposentos y cerré con llave. Estaba rabiosa. Lloré. Llamé a gritos al Viento del Sur. Luego exigí justicia y sangre a chillidos. En los días siguientes, el silencio fue mi único acompañante.

Y ahora estoy frente a la ventana de mi dormitorio, preguntándome qué fue lo que hice mal.

—No temas, querida —murmura Roshar a mi espalda.

Intenta darme un abrazo, pero yo me pongo fuera de su alcance. No soporto que me toquen. Le tiembla el semblante y pone una expresión decepcionada, aunque se esfuerza al máximo para mantenerse jovial. Se tironea de los voluminosos pliegues de su túnica escarlata.

—¿Un dulce? —me pregunta, y me tiende una bandeja de pastas.

—No tengo hambre.

No, estos días estoy vacía por completo.

—Sarai…

—No quiero hablar de ello.

Él deja la bandeja.

—Muy bien —dice con voz baja y sombría—. ¿Me voy?

No sé. Estoy paralizada, soy una hoja que gira en el viento. No sé dónde ni cómo aterrizaré. Dado que no respondo, Roshar dice:

—¿Y qué me dices de Fahim? Quizá él pueda consolarte.

Frunzo aún más el ceño. Esta mañana, Fahim no ha venido a desayunar. De hecho, lleva días evitándome. No me había dado cuenta, sumida como estaba en mi dolor por la desaparición sin motivo de Notos. Quizá Fahim sepa algo que yo ignoro.



Subo las escaleras hasta las habitaciones de Fahim. Abro la puerta y su nombre muere en mis labios. Está ahí, colgando, con una soga en el cuello. Se mece adelante y atrás, adelante y atrás.



—Por favor, Sarai, toca para mí.

Estoy derrumbada en el asiento. El violín descansa sobre mi regazo; ni lo he tocado. Miro por la ventana de la sala de música; entra una brisa templada. En la lejanía, unas nubes insólitas oscurecen el horizonte. Estos días me encuentro a menudo haciendo eso mismo: oteando lo que hay más allá. Mi mirada siempre acaba buscando las puertas del sur del palacio, como si fuera a ver una figura oscura cruzándolas a caballo.

Centro mi atención en Ibramin, que está sentado al otro extremo de la gran alfombra que cubre el suelo. Me duele contemplar sus ojos marchitos, ver cuánto me he echado a perder. La Competición de Violín del rey Idris estaba al alcance de mi mano. Y fallé. No conseguí ni salir de la cama. No pude reunir el valor, la inspiración, la motivación. Ni siquiera asistí.

—¿Puedo preguntaros algo, señor?

Ibramin me estudia con preocupación. Ojalá no lo hiciera. No me lo merezco.

—Lo que sea —dice.

En los últimos tres meses he sido incapaz de colocarme el violín en el hombro y pasar el arco por las cuerdas. Primero, el abandono de Notos. Luego, la vida truncada de mi hermano. Si yo hubiese prestado más atención, ¿se podría haber evitado la muerte de Fahim? ¿Podría haberle aliviado la carga que llevaba encima?

—Mencionasteis que en cierta ocasión dejasteis de tocar —digo con voz ronca—. ¿Por qué fue?

Ibramin contempla el violín en su regazo. Una donación de lo más generosa del Consejo de las Artes de Ammara. El instrumento en sí tiene casi doscientos años de antigüedad.

—Mi esposa y yo nos casamos siendo muy jóvenes, antes de ganarme un nombre en el reino. En aquella época éramos felices. —Se le escapa un suspiro largo y cansado, que invoca un recuerdo que la edad ha vuelto quebradizo—. Sin embargo, a medida que pasaban los años y mi popularidad crecía, empecé a pasar cada vez menos tiempo en casa. Mi calendario de giras era tan riguroso que no lo permitía. Cuando cumplí veinticuatro años, estuve ausente casi un año entero. Fue entonces cuando vi a mi esposa por última vez.

El silencio se extiende. Trago saliva una vez, y luego otra, antes de poder hablar sin que se me rompa la voz.

—¿Falleció?

Él tañe la cuerda del mi. La vibración se desvanece, rodeada por la brisa.

—Se marchó. Decidió que no valía la pena esforzarse tanto por nuestro matrimonio. Que no valía la pena esforzarse tanto por mí.

—Oh. —Me quedo boquiabierta—. Lo siento mucho.

—No lo sientas. Fue culpa mía. —Ante mi confusión, explica—: Me abordó en varias ocasiones y me pidió que pasásemos más tiempo juntos. Yo no la escuché. —Una nube de tristeza se extiende por sus facciones—. Cuando se fue, no toqué el violín durante más de dos años.

Una vez más, miro por la ventana. La tormenta lejana se ha disipado. Ya no hay nubes. Ni una.

—¿Y qué consiguió que volvieseis a tocar?

Él se encoge de hombros.

—En última instancia no fue una elección. La música me llamó y yo respondí. —Durante un rato incómodamente largo, Ibramin me contempla—. Algún día te asaltará el impulso de tocar. Y tu alma quedará en paz.

Es una idea encantadora, la verdad. Pero estoy cansada. Solo ansío el olvido tras el velo del sueño. Y así, meto el violín en su funda, donde se quedará durante el resto de mis días.

25

¿Estoy muerta?

El suelo traza una línea fría por mi espalda. Parpadeo. Oscuridad. Una oscuridad que ni se alza ni se aligera; una franja perpetua de negrura frente a mi vista. Mi respiración brusca se eleva al aire entre nubes plateadas de vapor que se disipan. Y entonces, más oscuridad.

He reflexionado sobre este momento durante muchos años. Me pregunté qué encontraría al otro lado, cómo me sentiría, qué podría decirle al dios que me había concedido veinticinco años de vida. No esperaba sentir dolor: un pálpito que me sube por la columna y se cierra con fuerza alrededor de mi cuello.

A medida que transcurren los instantes, sin embargo, la penumbra se empieza a disipar. Mis extremidades se mueven con facilidad. Me enderezo hasta quedar sentada y miro en derredor. Tierra desnuda. Polvo gris que cubre mis dedos, parecido a ceniza.

No hay ningún candil, ninguna vela, ningún fuego que mantenga a raya las sombras agazapadas. Sin embargo, sí que existe una suerte de resplandor, aunque no sé de dónde proviene. Ahora veo las paredes: curvas, excavadas en la piedra pálida, cubiertas de símbolos tallados. La luz parece provenir del otro lado de un recodo. Brilla hacia mí y estimula mi confusa curiosidad hasta que me pongo en pie y me acerco.

Se trata de un espejo. El mismo espejo al que me asomé la última vez que hablé con el Señor de la Montaña.

Una mujer ocupa el reflejo. Su mirada afilada y desconfiada se cruza con la mía, entrecerrados esos párpados hinchados y las mejillas estragadas por la sal de las lágrimas derramadas. Pero aún

hay más: veo la inclinación derrotada de su cabeza, su boca crispada en una mueca de desagrado. Esa capa se aparta, deja espacio a otra. La tensión resuelta de su mandíbula, la columna erguida, la desconfianza que da paso a un corazón frío, duro y resplandeciente de pura fuerza. Esa mujer no ha sido derrotada. Yo no he sido derrotada.

Me pellizco las mejillas, un movimiento que imita el espejo. Siento una punzada de dolor y me encojo, tras lo cual bajo las manos. No tengo aspecto de estar muerta y tampoco siento que lo esté. Siempre pensé que en la muerte se disiparían las cargas, que no sentiría hambre, tal y como siento ahora. Que no me dolería el dedo donde he recibido el pinchazo de la flor mortal. Pero ¿quién sabe de verdad cómo es el rostro de la muerte? Que yo sepa, la maldición ha tenido éxito. He fallecido en el día de mi vigesimoquinto cumpleaños.

Entonces, la superficie del espejo tiembla. Me recuerda a un estanque poco profundo de agua, no tanto a vidrio reflectante. Mi reflejo desaparece y da paso a la imagen de una enorme cámara de suelos de mármol y opulentos sillones sobre un pedestal alzado: el salón del trono.

Hay mucha gente en el salón, sentada en largas bancadas dispuestas en hileras. Una alfombra azul se despliega por el pasillo. En la entreplanta superior hay arqueros con los arcos tensados; las mortales puntas de hierro de sus flechas reflejan la luz. El consejero principal se encuentra a los pies del pedestal. Detrás de él hay un lujoso cojín de terciopelo sobre el que descansa la corona.

De pronto comprendo. Se trata de la coronación de Amir.

—Se presenta el príncipe Amir Al-Khatib de Ammara.

Todo el público se pone en pie y las puertas se abren. Ahí está mi hermano, vestido con una resplandeciente túnica esmeralda. Lleva las mangas y el cuello adornados con una banda de plata dolorosamente bella. No tiene la postura encorvada; no se aprecia en él un ápice de dolor. Es una máscara de lo más convincente.

Hasta sus andares son deliberadamente lentos. Los nobles de Ishmah, los dignatarios, los mercaderes, los panaderos —gente de todos los estratos sociales— se inclinan a su paso. Tuleen espera al frente, con un vestido violeta. Sus ojos destellan de amor y orgullo al mirar a su marido. No hay rastro del Viento del Sur. Yo frunzo el ceño. ¿Me está enseñando el espejo lo que sucede o lo que sucederá? ¿Siente Amir algún dolor por mi pérdida?

Mi hermano se arrodilla. Alzan la corona.

—Salve, rey Amir Al-Khatib de Ammara.

Cuando el círculo de oro descansa sobre los densos rizos de su cabello, Amir se pone en pie y se gira hacia los ciudadanos de Ammara, que lo saludan con crecientes vítores.

La imagen desaparece, se convierte en otra cosa.

Las cúpulas curvas y las altas torretas de Ammara salpican de rojo óxido las dunas doradas. Una fea mancha atrae mi atención hacia el cielo. Una nube negra se alza en el horizonte. ¿Es humo? No, son sombras. Sombras que devoran los tejados y que ocultan lo que hay en su interior: umbrandantes.

Son demasiados como para poder contarlos. Una horda. Una estampida. Se abalanzan sobre la población de Ishmah, sedientos de sangre. Arrancan las almas de los cuerpos rotos de la gente desparramada por la calle. Veo las túnicas rojas de los soldados del príncipe Balior por entre las aceras atestadas y los caminos agrietados, espadas en alto. Están obligando a los ciudadanos de Ishmah a desplazarse hacia el anillo inferior. Sin embargo, lo más extraño son las puertas de Ishmah. Están cerradas, probablemente debido a la coronación. Eso significa que los umbrandantes han entrado en la ciudad de otro modo.

Acaricio el reflejo con dedos temblorosos y noto un repentino calor, como si alguien sostuviese una vela justo detrás del espejo. Mi ciudad ha sido tomada, destrozada. La gente ha sido asesinada, violada, esclavizada. Cierro los ojos y los vuelvo a abrir a causa de una oleada de inquietud. Los ciudadanos de Ishmah siguen huyendo de las bestias y de los soldados. Mientras tanto, esa misma densa

oscuridad brota de la tierra polvorienta, lame la base de los edificios y se alza por las paredes y los tejados hasta asfixiar a quienes están dentro.

Me inclino hacia delante y apoyo la palma de la mano en el espejo. Esto no es real, me digo. Si así lo deseo, quizá podría volverse real. Pero entonces capto el olor a carne abrasada y aparto la mano con un siseo de dolor. Me contemplo la palma enrojecida, perpleja. Me están saliendo ampollas en la parte inferior del pulgar.

Se me encoge el corazón. Si estoy muerta, ¿cómo es que puedo sentir dolor? ¿Por qué está cayendo Ishmah ante la oscuridad? A menos que…

¿Habrá conseguido el príncipe Balior liberar a la bestia de su prisión? ¿Habrá liberado también a los umbrandantes al hacerlo?

La imagen vuelve a transformarse. Ahora estoy contemplando uno de los corredores del palacio. Sus finos pilares están emborronados a causa de las sombras parecidas a humo que reptan al interior por las ventanas. Alguien aparece en el extremo del corredor, a toda prisa. Reconocería ese físico de ancho pecho en cualquier lugar.

Notos gira un recodo y empieza a correr. Como si yo corriese a su lado, veo por el espejo que sube los peldaños de tres en tres hasta el tercer piso. Jamás he visto el palacio tan vacío. ¿Dónde están los centinelas? ¿Estarán luchando contra los umbrandantes que aterrorizan las calles?

Ocho hombres salvaguardan los aposentos de Amir. Notos alza una mano y aparta a los hombres como si fueran cerillas. Derriba las puertas con una ráfaga de viento tan formidable que las arranca de sus goznes. Se estrellan contra la pared contraria.

Amir está frente a la ventana que da a la ciudad, en postura defensiva, con la espada en la mano. Tuleen se agazapa tras él. El Viento del Sur, este dios desterrado de facciones gélidas y escalofriantemente vacías, cruza el umbral. Un viento recorre la estancia, arranca libros de las estanterías y derriba una silla cercana. Se me seca la boca al verlo.

Amir mira a Notos y frunce el ceño. No baja el arma.

—¿Qué es lo que quieres?

—¿Dónde está Sarai?

Avanza hacia el nuevo rey de Ammara. Me imagino que los tablones del suelo tiemblan bajo el poder de su paso. Amir lo señala con la espada.

—No te acerques.

El Viento del Sur se mueve más rápido de lo que consiguen registrar mis ojos mortales. Cuando proceso lo que ha pasado, ya ha desarmado a mi hermano y apoya su propia cimitarra en el cuello de Amir. Los ojos de Tuleen se desorbitan por completo. Le corren dos lágrimas por las mejillas.

—Dónde… está… Sarai —gruñe Notos.

Amir enseña los dientes, pero no se resiste.

—¿Quién?

—Sarai. Anoche estaba en sus aposentos y ahora ha desaparecido. No hay rastro de ella.

Con una calma impresionante, Amir alza la mano y cierra los dedos en torno a la muñeca de Notos. De niño, Amir solía tener arranques de ira. Era el hijo menor, el más débil, siempre con algo que demostrar. Pero ahora hay hierro donde en su día hubo arena. No piensa acobardarse. La corona ya lo ha cambiado.

—Aunque supiera de quién hablas —dice entre dientes—, no te lo diría. Desde que entraste en nuestras vidas no has traído más que muerte y destrucción.

—¿De qué estás hablando?

—Estábamos bien antes de que llegaras a Ammara. Y sin embargo, pocos meses después de tu llegada, Fahim murió. Luego volviste y quien murió fue padre. Ahora la oscuridad se expande por nuestro reino. —El rey enseña los dientes—. Dime que no has tenido nada que ver con ello.

El Viento del Sur adopta una expresión tormentosa.

—Estoy intentando salvar Ammara, necio.

—¿Y por qué no estuviste presente en mi coronación ayer?

Notos está pasmado, eso queda claro. Frunce el ceño y baja apenas un resquicio el arma.

—Me… convocaron en otro lugar.

Una sonrisa afilada aparece en la boca de Amir.

—Ya, claro.

La punta de la espada vuelve a pincharle el cuello y Notos - escupe:

—Mi hermano me llamó para pedirme ayuda. Salí brevemente de Ishmah para ayudarle, pero ahora estoy aquí, y no pienso vacilar a la hora de atravesarte el pecho con la espada, seas o no rey. —Gira la punta de la cimitarra. Una gota roja florece justo bajo la punta y mancha la tela—. Fahim intentó apartarme de Sarai. No permitiré que tú hagas lo mismo.

En los ojos de Amir bulle una ira desenfrenada. En ese momento se parece más que nunca a nuestro padre.

—Si me matas, jamás saldrás de este lugar con vida.

—Mi vida no me importa —dice Notos—. Nunca me ha importado.

El Viento del Sur gira en redondo y alza la espada para bloquear las hojas de los guardias que acaban de irrumpir en la habitación. Tuleen suelta un gañido y se encoge en un rincón cerca de las cortinas, con el rostro pálido en medio de la penumbra que empieza a asfixiar la habitación.

Amir intenta apuñalar al Viento del Sur en medio de la refriega, pero entonces una ráfaga de viento recorre la estancia y desparrama todos los pergaminos como si de un millar de hojas se tratase. La intensidad del viento obliga a Amir a arrodillarse. Tuleen se agarra al borde de una estantería para no salir volando y estrellarse contra una pared.

Yo siento un doloroso latido en el corazón. Trago saliva. A esto hemos llegado. Notos va a destruir a Amir, el palacio, el reino, si - sigue pensando que son un obstáculo para dar con mi paradero. Yo solo puedo contemplar cómo se desarrolla todo el desastre.

Los soldados se reagrupan y cargan. Ahogo un grito. Notos esquiva un tajo brutal y evita por muy poco otro golpe por la

espalda. Libera un pequeño ciclón de aire que arroja a los hombres hacia las paredes y derriba varios muebles. Dos guardias quedan inconscientes. Un jarrón explota en una lluvia de fragmentos de arcilla.

Yo estoy completamente apoyada contra el espejo, con las manos sobre su superficie y la nariz pegada al cálido vidrio reflectante, como si me asomase por la ventana. Pocos latidos después, Notos ya ha desarmado a todos los guardias. Amir alza la espada, preparado.

—Amir, basta. —Tuleen agarra el brazo de su esposo, desesperada—. Notos no es nuestro enemigo.

—Te equivocas, Tuleen. —Intenta librarse de su agarre de un tirón, pero la mujer lo sujeta con fuerza. Es más fuerte de lo que yo creía—. Por culpa de este inmortal, mi familia ha muerto, está hecha pedazos.

—Si no entiendes que Notos ama a Sarai —le espeta Tuleen a su esposo—, es que te ciega algo más que el orgullo. —Está temblando… de furia, sospecho—. Lo que inunda Ishmah son los umbrandantes y las fuerzas del príncipe Balior. Sabes que no podemos luchar solos contra ellos. Si piensas enemistarte con este dios, pongo en duda tu intelecto y tu capacidad para gobernar.

Amir contempla boquiabierto a su esposa. Yo sonrío en señal de aprobación. Tuleen tiene agallas. La admiro por ello. Al cabo, Notos baja el arma.

—Por favor —le dice a mi hermano—, dime dónde está Sarai.

Amir mira a su esposa, frustrado. Luego suspira y envaina la espada.

—Ya no está —dice, y empieza a caminar en círculos.

—¿Cómo que ya no está? —El Viento del Sur mira a Tuleen y luego a Amir—. ¿Dónde está?

La túnica de mi hermano latiguea alrededor de sus piernas cubiertas con pantalones. Se dirige hacia la ventana y contempla la ciudad ahogada en sombras. El sol tiembla como una esfera sucia tras esa nube opaca.

—La vida de mi hermana estaba destinada a acabar en su vigesimoquinto día del nombre. —Despacio, se gira hacia el Viento del Sur, con la expresión manchada de dolor—. Ha muerto.

Notos se queda petrificado, hueco de pura conmoción. Pasan cuatro, cinco, seis latidos. Despacio, muy despacio, alza las manos y se lleva los dedos a las sienes.

—Si esto es una broma…

—No es ninguna broma —dice Amir. Una vez más, se asoma por la ventana—. Yo no sabía que sobre Sarai se cernía una maldición. Nuestro padre me lo contó poco después de regresar a Ammara. Y ahora es demasiado tarde.

Notos niega con la cabeza, cada vez más rápido. Veo en sus ojos el dolor de su corazón roto, una devastación total, una tormenta que descarga sobre él. Me llevo la mano a la boca con un suave gemido de dolor.

—No puede haber muerto —dice Notos en tono débil—. La maldición solo afectaba a la sequía. Me dijo…

—La sequía solo era parte de la maldición.

El Viento del Sur no parece estar escuchando. Está perdido en sus pensamientos más profundos, en un lugar donde nada puede hacerle daño.

—Nos peleamos —susurra, y la agonía que contrae sus facciones refleja la mía propia—. Quería más cercanía, pero yo la mantenía a distancia. La muerte de vuestro padre fue un golpe durísimo. Yo no quería apartarla de mí, pero… —Titubea, y mira por la habitación con una confusión casi pueril—. Intenté hacer las paces. Anoche le dejé flores frente a su habitación a modo de disculpa. Esperaba poder hablar de ello hoy.

Amir endereza la espalda con repentino interés.

—¿Qué tipo de flores?

Notos parpadea, perplejo ante la pregunta.

—Iris negras.

Todo queda en silencio, excepto por los gritos en la lejanía. Yo cierro los ojos. El dolor me volvió descuidada. Debería haber

reconocido las flores. Debería haber reconocido muchas cosas. Pero lo que más lamento es haber herido tanto a Notos. ¿Habría sido distinto entre nosotros si hubiera estado al tanto de mi muerte prematura?

Entonces mi hermano se deja caer contra una pared, con los ojos enrojecidos.

—Lo que estaba destinado a matarla era el roce de una iris negra —explica con voz ronca—. ¿Dónde las encontraste? Padre las había prohibido en toda Ammara.

El Viento del Sur se lleva las manos a los ojos. Se le escapa un sonido quebrado de la boca, y luego otro. Pasan varios latidos hasta que consigue hablar.

—Me crucé con el príncipe Balior por los pasillos. No me encontraba lo bastante sereno, puede que mencionase que Sarai y yo habíamos discutido. Él me dio esas preciosas flores; dijo que eran las favoritas de Sarai. Yo no sabía que estaban prohibidas. De haber sabido que eran un peligro para ella, jamás habría…

Se le quiebra la voz. A mí me corren lágrimas por las mejillas. Ojalá pudiera cruzar este espejo y consolarlo en condiciones. Es lo que él haría por mí.

Para mi sorpresa, es Tuleen quien da un paso al frente e inclina la cabeza con curiosidad.

—Afirmáis que Sarai está muerta, pero yo no estoy tan segura.

Me envaro y presto atención a sus palabras. Notos y Amir hacen lo mismo.

—Si Sarai tocó la iris negra —dice Amir—, ha de estar muerta. Así fue predicho.

Su esposa lo mira con calma.

—Entonces, te ruego que me digas dónde está su cadáver.

—¿Cómo que dónde está su cadáver? —espeta él—. Está…

Deja morir la voz al comprenderlo: no tiene la menor idea. Yo también intento digerir las implicaciones de lo que ha dicho Tuleen. Mi cadáver debería estar en mis aposentos, pero Notos ha pasado por allí y no ha encontrado nada.

Ambos hombres contemplan a la reina de Ammara con estupefacción. Resulta casi cómico ver sus ojos desorbitados y sus bocas descolgadas.

—Cuando Amir me habló de la maldición de Sarai —explica Tuleen—, decidí llevar a cabo mi propia investigación. A fin de cuentas, la biblioteca de Ishmah es una de las instituciones académicas más importantes del reino…

—¿Tú? —Notos se la queda mirando. Rara vez baja la guardia, pero esta mujer menuda ha conseguido desarmarlo—. ¿Eres tú quien estaba en las zonas de uso privado de la biblioteca?

Tuleen se yergue, alta como una columna.

—Así es.

La vela. Durante todo este tiempo he pensado que quien había estado investigando en aquel despacho pequeño y desierto era el príncipe Balior. Qué equivocada estaba.

—¿Te llevaste algún libro? —inquiere el Viento del Sur, con las cejas fruncidas.

Tuleen sonríe y dice:

—Tantos como pude cargar. Y también vacié la estancia después del ataque del umbrandante. Prefería que esa información no cayese en malas manos.

Amir pasea la mirada entre los dos. El sudor le corre por el lateral de la cara y le empapa el cuello de la túnica. Se gira hacia su esposa.

—¿De qué estás hablando, Tuleen?

Un cálido aleteo de esperanza nace en mi pecho. Tuleen se dirige hacia el despacho y conduce a los dos hombres hasta una impresionante colección de estanterías que cubren de una pared a otra. Va sacando gruesos volúmenes uno tras otro, documentos anudados, algún que otro pergamino. Lo coloca todo sobre el escritorio.

—El rey Halim afirmaba que el Señor de la Montaña regresaría para cobrarse la vida de Sarai —dice—. Pero, como podéis ver, el día del nombre de Sarai ha pasado y no se ha encontrado ningún

cadáver. Eso me lleva a pensar que la maldición ha cambiado su curso… o que se ha malinterpretado.

Malinterpretado. Eso no se me había ocurrido. ¿Acaso no es esto el más allá? ¿No es este espejo un modo de observar lo que sucede en el reino de los vivos? Sin embargo, la argumentación de Tuleen es impecable. Si yo estuviese muerta de verdad, ¿dónde está mi cadáver?

—¿A qué te refieres con malinterpretado? —pregunta Notos.

—De mis investigaciones se desprende que hay una conexión entre Sarai y el laberinto —responde ella mientras hojea uno de los documentos—. Sin embargo, me topé con una traducción que me ha llevado a preguntarme si es posible que el rey Halim hubiera malinterpretado el trato que cerró. —Clava un dedo en una página—. En esta traducción no se dice que el Señor de la Montaña volvería para llevarse la vida de Sarai, sino que volvería para llevársela a ella. Lo cual me lleva a creer que, de hecho, Sarai no está muerta.

—Y si no está muerta —interviene Amir—, ¿dónde está?

Tuleen alza la cabeza con expresión grave.

—Está atrapada en el laberinto.

26

¿Esto es el laberinto?

Me giro en el sitio y escruto la zona, rodeada de sólidas paredes. La oscuridad acaricia mi piel con su frío primario. Huele a tierra y a descomposición; el árido perfume del desierto queda aquí ahogado por la podredumbre.

Me llevo una mano al esternón. El miedo está tan entrelazado con el alivio que no estoy segura de qué he de sentir. No estoy muerta, tal y como yo había creído: alivio. Aún hay tiempo para salvar a Ishmah: alivio. Estoy atrapada en el laberinto: miedo. Y la sensación más pesada y potente: no sé si saldré de aquí con vida.

Vuelvo a estudiar el espejo. Notos está caminando en círculos.

—¿Cómo puedes estar segura de que Sarai está atrapada en el laberinto? —le pregunta a Tuleen.

Amir, sin embargo, sigue contemplando a su esposa con gesto confuso y traicionado a partes iguales.

—¿Por qué no me has hablado de esto hasta ahora? —insiste—. ¿Por qué me lo has ocultado?

Tuleen es una mujer menuda, de huesecillos de pájaro y, pensaba yo, quebradiza. Y sin embargo, en lo que dura un aliento parece crecer un metro.

—Tu padre estaba enfermo. No quería echarte otra carga a los hombros. —Empieza a toser, y parpadea rápidamente en medio de la humareda cada vez más densa—. No tenemos tiempo para dramas, querido. Los umbrandantes ya están reduciendo la ciudad a escombros; las forjas del oeste ya se han derrumbado. Ishmah está ardiendo ahora mismo. Ya lo sabes, con eso basta.

Cierto, hay temas más acuciantes. La nueva reina de Ammara se gira hacia el Viento del Sur con gran interés.

—¿Qué sabes del laberinto, Notos? Tú has recorrido sus pasadizos, ¿verdad?

Él se acerca a la ventana, gira sobre sí mismo y regresa a la puerta, con la cabeza gacha, sumido en sus pensamientos.

—Sé que el laberinto se construyó para contener a la bestia, que proviene de la Ciudad de los Dioses. Se hacía un sacrificio a la bestia cada diez años.

—Sí, un sacrificio. —Tuleen pasea la mirada entre Notos y Amir, pensativa. Este último parece totalmente aturdido ante la conversación—. ¿Nunca os habéis fijado en las marcas de rubíes de la entrada del laberinto?

Amir frunce el ceño, pero Notos dice:

—Sí que me he fijado. —Sigue dando vueltas, nervioso, con las manos a la espalda. Sus botas gastadas parecen fuera de lugar sobre esas opulentas alfombras que embellecen el suelo—. ¿Por qué las mencionas?

—Según lo que he descubierto, se supone que el rubí está vinculado con el hambre de la bestia. —Tuleen abre un pequeño diario en el que ha garabateado algunas notas—. Cuanta más hambre tiene —dice, escrutando su propia letra—, más brillan los rubíes. Sin embargo, cuando pasé ayer por la entrada, vi que los rubíes están apagados y carentes de luz. Creo que se ha colocado algo dentro del laberinto para alimentar a la bestia.

A mí se me encoge el estómago. Algo o a alguien. Dioses. ¿Este ha sido mi destino todo este tiempo? ¿He de estar encerrada en esta tumba sin esperanza alguna de escapar? Por motivos desconocidos, siempre me he sentido atraída por el laberinto. Si la maldición realmente fue malinterpretada, mi destino ha sido siempre quedar atrapada en esta prisión.

—¿Crees que Sarai ha sido llevada al laberinto como sacrificio para la bestia? —dice Amir en tono bajo—. ¿Eso es lo que estoy escuchando?

Se enjuga el sudor de la frente. Su esposa sufre otro ataque de tos, y él le tiende su propio turbante. Tuleen se lo enrolla alrededor de la cara para protegerse del humo.

—Sí, querido —resuella, con el dorso de la mano pegado a la boca—. Es justo lo que estoy diciendo.

Una risa nerviosa se me escapa de la garganta. Esto no tiene gracia. No tiene gracia en absoluto. Pero si no me río, me temo que me romperé, cosa que ahora mismo es sencillamente inaceptable.

Mi hermano suelta un juramento y se lleva las manos a los ojos. Se reclina en el borde de su enorme cama. Su túnica de seda roja ya lleva el beso de la ceniza que llueve sobre nosotros.

—¿Y qué hacemos? —Baja las manos. Tiene los ojos húmedos—. No puedo permitir que Sarai muera en el laberinto, pero el príncipe Balior ha soltado a su ejército sobre Ishmah, y los umbrandantes están destrozando el anillo inferior. La gente recurrirá a Tuleen y a mí para que los guiemos y los pongamos a salvo.

—Yo iré a buscarla.

Tuleen y Amir giran la cabeza hacia el Viento del Sur, que está inmóvil en medio de la estancia, con los labios apretados en un semblante de lúgubre determinación. Me late el corazón de pura gratitud. No me merezco a este inmortal valiente y leal.

La joven reina saca otro libro de la pila que descansaba precariamente en una esquina del escritorio.

—Antes de tomar ninguna decisión, creo que deberías leer esto.

Le tiende el fino volumen a Notos. Este lo acepta y lo abre por una página marcada. Lee lo que hay escrito y alza la cabeza con gesto confundido. Tuleen lo mira, expectante. Notos sigue leyendo.

—Según este relato, hay más de una entrada al laberinto. Justo en el centro hay una puerta que lleva al reino de las almas que ya han abandonado esta tierra…

—Las Tierras Yermas —informa Tuleen—. ¿Has oído hablar de ellas?

Notos suelta un resoplido en forma de risa incrédula. Niega con la cabeza y se muerde el interior del carrillo.

—Las Tierras Yermas. —Cierra el libro de golpe—. Es el reino de mi hermano mayor, aunque hace siglos que no veo a Bóreas.

Tuleen le quita con suavidad el libro de las manos al Viento del Sur y explica:

—Creo que el laberinto está conectado con las Tierras Yermas. Es posible que haya otros reinos de los que no sabemos nada. En nuestra cultura existe lo que llamamos «zonas ocultas», lugares donde el velo entre los reinos se estrecha. La tierra sobre la que está construido el laberinto debe de ser una de esas zonas.

—Eso explicaría la invasión de los umbrandantes en Ammara —dice Notos—. Están utilizando la puerta del interior del laberinto para entrar en Ishmah. Provienen de alguna otra parte. Y dado que el laberinto está dentro de las murallas de la ciudad, han podido saltarse las runas protectoras de las puertas.

Detrás de Notos, fuera, el cielo continúa ennegreciéndose. El humo se alza en nubes cada vez más densas sobre los tejados. Apenas se ven franjas azules.

El Viento del Sur se acerca de nuevo a la ventana. De pronto es como si yo pudiese ver por encima de su cabeza, pues contemplo el patio, espectralmente desierto, con pequeñas lagunas de luz tenue entre la sombra y el humo. Notos observa el laberinto con una intensidad inquietante, como si fuese a derrumbar toda la estructura con un solo pensamiento.

—Voy a ir a buscarla.

Tuleen asiente. Es probable que se esperase esa decisión. Amir, que sigue sentado en la cama, se pasa ambas manos por los cabellos cubiertos de ceniza.

—Una vez que entres en el laberinto —dice mi cuñada—, existe la posibilidad de que te quedes atrapado dentro con ella.

—No hay dios, hombre ni bestia que me impida llegar hasta Sarai. La sacaré de ahí, lo prometo. —La atención de Notos oscila entre el rey y la reina—. ¿Estaréis a salvo?

Un viento perpetuo puede erosionar hasta las superficies más ásperas. Amir descarta todo lo que ha sucedido hasta ahora, el

veneno nacido de la sospecha.

—Tuleen y yo nos retiraremos —replica mi hermano—. Tenemos un lugar seguro donde podemos escondernos mientras pido ayuda a nuestros aliados. Si Ishmah cae, huiremos a Mirash y nos reagruparemos allí. —Vacila, y mira a Tuleen. Ella asiente en un gesto de ánimo—. Gracias por tu sacrificio, Notos. Cuando encuentres a Sarai, dile que la quiero.



Poco después de la marcha de Notos, el espejo se oscurece. El resplandor que ilumina la sala, sin embargo, permanece, latiendo desde el marco de plata forjada. Yo toco la superficie opaca del vidrio. ¿Cómo sabía el espejo que quería ver a mis seres queridos por encima de todo? ¿Siente el laberinto los deseos de mi corazón?

Estas últimas semanas han sido muy turbias para mí, pero al fin tengo algo de lucidez. Durante estos meses, el príncipe Balior ha ido colocando sus peones. Y ahora se encuentra en una posición ideal para hacerse con Ishmah. Ha dispuesto a su ejército para terminar aquello que han empezado los umbrandantes. Me pregunto si, al haber tocado la iris negra, no habré abierto también el laberinto y su oscuridad arremolinada, la misma que en estos momentos se filtra por las calles de Ishmah. Pero ahora la pregunta es si habré liberado también a la bestia o si seguirá dando vueltas en su jaula.

Me encuentre o no Notos en este laberinto traicionero, no puedo arriesgarme a quedarme parada. Puede que se me presente la oportunidad de escapar si tengo el suficiente valor como para enfrentarme a la oscuridad desconocida. Opto por una dirección cualquiera y empiezo a caminar.

El aire se cierne sobre mí mientras recorro los pasillos tenuemente iluminados. No dejo de toparme con callejones sin salida. El susurro de mis sandalias ya no se ve amortiguado, sino que resuena cada vez más potente, reverberando entre las paredes cercanas. Al cabo, el sendero desemboca en una cámara con una

mesa redonda en el centro. Ahí, para mi sorpresa, descansa un violín dentro de una funda abierta, encajado entre terciopelo gris. Se me llenan los ojos de lágrimas, pues esto también es una puerta cerrada con llave. Recuerdo este barniz, rojo como las arenas al ocaso. No se trata de mi violín, sino del de Fahim.

Engancho el meñique en la cuerda del la y la hago sonar levemente. Está desafinado. Si mal no recuerdo, la clavija de la cuerda del la siempre estaba algo suelta y solía aflojarse con una frecuencia que frustraba a menudo a mi hermano mayor. Se me corta la respiración al recordarlo. Yo no fui la primera niña prodigio de mi familia. Solo fui la primera que se hizo famosa.

Acaricio las clavijas de ébano, recorro el diapasón con los dedos y luego el mástil, la curva de la barbada. Pienso en lo doloroso que debió de ser para Fahim contemplar desde lejos mi ascenso, este destino que debería haber sido suyo.

Algo roza el suelo a mi espalda. Me giro en redondo e inconscientemente protejo el violín con el cuerpo. No llevo ningún arma. No sé combatir. Sea lo que sea a lo que me enfrente en este laberinto, lo haré yo sola.

Una criatura grande y deforme se agazapa en las zonas sin luz, demasiado oscuras como para que penetren mis ojos mortales. Se me escapa una lenta exhalación. No estoy muerta. Aún no.

—¿Quién eres? —exijo saber—. ¿Qué quieres de mí?

—Me sorprende que no lo sepas —responde una voz.

Qué fría. Qué familiar.

Una figura se inclina hacia delante. Aparece una nariz afilada, seguida de la suave curva de una boca incapaz de sonreír y dos ojos ambarinos. Yo retrocedo, conmocionada.

—¿Príncipe Balior?

Su larga túnica esmeralda se separa a la altura de sus piernas al dar un paso hacia mí y dejar las sombras a su espalda.

—¿Esperabas a otra persona?

—¿Cómo…? —Pero no, esa no es la pregunta correcta. Más bien he de preguntar por qué. Excepto que ya sé la respuesta. O al

menos creo saberla—. No viniste a casarte conmigo. Viniste por el laberinto.

Él ladea lentamente la cabeza. Siempre me pareció guapo, pero en el interior oscurecido del laberinto, la superficie de su rostro parece casi esquelética. Tiene las mejillas hundidas y los pómulos tan afilados que podrían cortar.

—Al contrario. Yo estaba dispuesto a proteger Ammara mediante nuestro matrimonio. Esta tierra tiene sus defectos, pero hacerme con tu reino ayudaría a extender mi visión de un nuevo mundo.

—No he sido más que una herramienta para ti.

—Bueno, sí y no. —Extiende los brazos y esboza una media sonrisa espasmódica—. Eres encantadora, voluntariosa, leal en extremo. ¿Por qué no iba a querer una compañera a mi lado cuando por fin voy a conseguir lo que se me prometió hace tantos años?

El aire es frío. Las palabras del príncipe me provocan una inquietante sensación aciaga y afilada.

—¿De qué estás hablando?

¿Qué es lo que se le prometió? ¿Y quién se lo prometió?

El príncipe Balior se presiona las puntas de los dedos y empieza a rodear en círculo la estancia, con pasos tan suaves que parece estar deslizándose sobre hielo. Yo giro con él para evitar darle la espalda.

—Mis investigaciones sobre el laberinto se remontan a más de una década. Desde que era joven, su existencia me fascinó. La prisión de una bestia infernal. Siete hombres para saciar su hambre. Es toda una historia.

»En cierta ocasión me topé con un manuscrito algo oscuro que encontré en un pueblo fronterizo al sur de Um Salim. A día de hoy sigo sin entender cómo pudo un joyero hacerse con semejante documento. En cualquier caso, el tipo estuvo encantado de desprenderse de él… por un precio. Fue en ese manuscrito donde descubrí la verdadera naturaleza del laberinto: una puerta a otro reino.

Sus ojos afilados se deslizan hacia los míos. Yo retrocedo un paso, y el talón de mi sandalia lanza un guijarro repiqueteando hacia la

pared. El guijarro choca contra la piedra con un chasquido agudo. Balior esboza una sonrisa terriblemente hambrienta y dice:

—Ya veo por tu expresión que estás al tanto. Mejor, así será más sencillo.

Si yo pensase que existe una posibilidad de escapar del príncipe Balior, ya me habría escapado. Pero he herido su orgullo. Lo he insultado, lo he avergonzado, lo he engañado al igual que él me ha engañado a mí. Tiene todo el derecho a querer hacerme daño. Pero matarme enseguida sería demasiado fácil. Imagino que quiere verme sufrir.

—Puede que no te acuerdes —prosigue—, pero vine de visita a Ishmah hará unos diez años. El rey Halim invitó a mi padre a la celebración de su día del nombre como gesto de buena fe, para mejorar las relaciones entre nuestros pueblos.

Tengo un vago recuerdo, sí. Se habló mucho en la corte sobre el príncipe que venía de visita, aunque en aquel momento yo apenas le presté atención. Estaba más preocupada por mi inminente recital.

—Llevabas un vestido color marfil y el pelo trenzado formando una corona en la cabeza. Ibas a tocar para los invitados del rey aquella noche. Mientras todo el mundo se reunía allí, yo aproveché la oportunidad para escabullirme hasta el laberinto. Los guardias estaban medio dormidos. Qué holgazanes, qué irresponsables. Entré sin que nadie se diera cuenta.

»Allí encontré a la bestia. Había calculado el momento a la perfección. Hacía pocos días se había realizado el sacrificio. La bestia estaba saciada, y con la barriga llena, pudo adoptar su forma humanoide el tiempo suficiente como para hablar conmigo. Me dijo lo que necesitaba. Le dije lo que necesitaba yo. Llegamos a un acuerdo entre los dos.

No pienso darle la satisfacción de preguntar cuál es ese acuerdo. Sé que está ansioso por contármelo. Así pues, espero.

—Al combinar nuestras fuerzas, podríamos conseguir muchísimo más. La bestia quería librarse de sus ataduras. Yo buscaba poder e influencia, seguridad para el futuro de Um Salim, todo ello crucial en

la región. La bestia accedió a darme poder si yo juraba ayudarla a escapar. Y así, puse mi plan en marcha. Necesitaba que volvieran a invitarme a Ammara. Por aquella época yo ya era un erudito de renombre. Lo único que tenía que hacer era crear un problema que solo pudiese resolver un erudito. Así pues, con ayuda de la bestia, abrí la puerta que daba a las Tierras Yermas y deje entrar en Ammara a los umbrandantes.

El pánico se adueña de mí. El príncipe Balior sigue rodeándome como un buitre rodea un cadáver podrido. Cada vez es más evidente que he sido una necia en muchos aspectos.

—Con el tiempo, los umbrandantes se multiplicaron. La sequía seguía amenazando tu reino. Al cabo, resultó demasiado. El rey Halim esperaba descubrir una solución para los problemas de Ammara en mis tomos antiguos; propuso que nuestros dos reinos se uniesen. Era la oportunidad que yo había estado esperando. Regresaría al laberinto, y por fin la bestia cumpliría la promesa que me había hecho hacía tantos años.

Yo niego con la cabeza, pues veo dónde desemboca este camino largo y traicionero: en cenizas y ruina. Padre había albergado la esperanza de que el príncipe Balior acabase con los umbrandantes, que alterase el destino. Y en cambio, lo que hizo fue invitar a un traidor a su reino.

—Piensa en lo que estás haciendo, príncipe Balior. Si la bestia está aquí atrapada, debe de ser por una buena razón. —Aunque la bestia no fuese encerrada por culpa suya, no dudo de que sea peligrosa—. Aún estás a tiempo de cambiar la situación.

—Esto ya no puede detenerse —dice, extendiendo las manos—. Mi plan ya se ha puesto en marcha. —Y, como en respuesta a sus palabras, el suelo tiembla. Cae polvo del techo. Yo me apresuro a cerrar la funda del violín para proteger el instrumento—. Podríamos haber sido felices, Sarai. Una vez cumplida mi promesa a la bestia, podría haberte mantenido a salvo de la ruina. Pero decidiste despreciarme, y todo por un hombre cuyas promesas valen menos que virutas de cobre.

—Una promesa de Notos vale más que tu palabra —espeto—. Tu palabra es veneno.

—Un veneno que te has tragado encantada, no lo niegues.

No niego nada.

—¿Sabes lo que sucede al confiar en los inmortales? Que se aprovechan de ti. En cuanto la bestia no necesite tu ayuda, acabará contigo.

—Yo no estoy tan seguro de eso. —Se acerca a mí y me obliga a retroceder hasta la pared. Cambio de dirección para que no me arrincone—. Verás, una vez que la bestia haya escapado —dice—, poco a poco recuperará su forma humanoide y los poderes que tuvo en su día como semidiós. Sin embargo, durante la transición será vulnerable. Yo he prometido proteger a la bestia hasta que pueda vengarse de quien lo atrapó aquí.

—¿Y qué sucederá cuando hayas conquistado Ishmah? —Le clavo la mirada al príncipe. Ojalá tuviese el poder de prenderle fuego solo con la vista—. Puede que Um Salim sea enorme, pero sigue siendo finita. ¿Cómo esperas mantener el control de Ammara mientras te ocupas de ayudar a la bestia? ¿De verdad crees que mi pueblo se rendirá a tus espadas?

Ante mis palabras, el príncipe Balior emite una risita grave. No me puedo creer que en algún momento me haya parecido atractivo. Está podrido hasta lo más hondo.

—Si en algo valoran sus vidas, se arrodillarán.

Yo me muerdo el interior del carrillo con tanta fuerza que noto sangre en la lengua. Le enseño los dientes, e imagino que están manchados de escarlata.

—No saldrás de Ishmah con vida —gruño—. Puede que yo no sobreviva al laberinto, pero Notos te encontrará. No se detendrá hasta que hayas muerto.

El príncipe se encoge de hombros, como si esa amenaza le diese igual.

—Consuélate pensando que, mucho después de que tu cuerpo haya perecido aquí, tu mente seguirá viviendo en el laberinto,

embrujada para siempre por tu pasado. A fin de cuentas, la eternidad dura muchísimo.

Yo me abalanzo sobre él con un grito e intento arañarle los ojos. Él me esquiva y alza una mano. De su palma brota una esfera de oscuridad que me alcanza en el pecho y me impulsa hacia atrás. Me derrumbo en el suelo.

Se me acerca con unos pasos deliberadamente lentos. Una nueva oleada de dolor se instala en mis articulaciones al ponerme en pie con cautela, vigilando ese extraño poder que tiene Balior. Nunca he visto nada parecido. ¿Cómo podré luchar contra algo que no comprendo?

—No puedes arrebatarme Ammara —exclamo con voz ronca—. No lo permitiré.

El príncipe Balior me contempla con una mirada compasiva.

—Sarai —dice—, ya te la he arrebatado.

Hace un gesto hacia un espejo apoyado en la pared. Estoy segura de que no estaba ahí antes. La superficie se rompe en un millar de ondas. Cuando se calma, contemplo horrorizada que Amir y Tuleen intentan bloquear la puerta de su dormitorio. Algo la golpea desde el otro lado. Se abre una grieta en la madera y un zarcillo negro se desliza al interior de la habitación hasta cerrarse alrededor del tobillo de Tuleen. Ella grita y golpea el tentáculo con un libro que tiene en las manos.

Amir se coloca delante de ella, con la espada desenvainada. La puerta se comba con un crujido. Hay un enorme chasquido y la madera se hace pedazos. Tuleen retrocede e inspecciona rápidamente la estancia en busca de sal, el único modo de protegerse contra los umbrandantes, aparte de las runas. No encuentra nada parecido.

Mi cuñada se abalanza hacia la ventana abierta y se asoma. Va a saltar. Está en un tercer piso, pero va a saltar. Tras ella, Amir apoya el hombro contra la puerta y apuñala con la espada a las bestias que salivan al otro lado. ¿Dónde están los guardias? ¿Muertos? ¿Les

habrán arrebatado el alma? Veo que Tuleen se sube al alféizar, y la imagen desaparece del espejo, que se oscurece.

De repente me quedo sin aliento. «No.»

Giro en redondo y me abalanzo sobre el príncipe Balior con un grito feroz, pero este se desvanece antes de que pueda alcanzarlo. No estoy segura de cómo consigue desaparecer. Solo sé que, cuando las sombras lo envuelven, ya no está.

Se me desboca la respiración, mi cabeza da vueltas. Tuleen y Amir son la única familia que me queda. Alguien ha de saber que los monarcas de Ammara están en peligro. Si no… si no, he de confiar en la pericia de Amir con la espada. Y rezar para que alguien, de alguna manera, vaya a ayudarlos hasta que yo pueda llegar hasta ellos.

Pero no hay salida. Las sombras por las que ha escapado el príncipe Balior han conseguido sellar de alguna manera los túneles del laberinto. Inspecciono la estancia y mi atención vuelve a caer sobre el violín de Fahim. He pasado toda la vida permitiendo que otros dicten cómo he de vivir, qué he de comer, qué he de ponerme, cómo he de hablar, por dónde puedo deambular, cuándo y con quién. Pero recuerdo las palabras de despedida de Ibramin hace tantas semanas:

«La música es dolor, pero también es sanación, maravilla y gozo. Recuérdalo. Recuerda que te ha dado forma. Recuerda que la música alimenta y cura.»

Mis manos se mueven antes de que me dé cuenta siquiera. Abren la funda y acarician las cuerdas envueltas en plata. Sacan el arco y aprietan las anillas. Luego, el violín en sí. Me resulta tan familiar como mi propio nombre; es una sensación que llevo pegada al corazón.

Me coloco el instrumento bajo la barbilla y paso el arco por las cuerdas, ajustando lentamente las clavijas. Las cuerdas son viejas, pero suenan como si las acabasen de colocar; resuenan con una profundidad aterciopelada. Entonces empiezo a tocar.

He aquí lo que sé: el dolor nunca se va del todo. Puede que cambie de forma, de piel, pero por más que una se esfuerce por vivir la vida con el hueco de lo que fue, inevitablemente el dolor penetra en los escudos que se alzan. Yo no me había dado cuenta de que, al levantar una barrera, había protegido mi corazón de la alegría y la curiosidad, de la sombra y la ternura. Me convertí en un ser severo, amargo, lleno de piedras afiladas. No había manera de suavizar mis bordes. Y yo no quería que la hubiera. No pedí ayuda.

Y sin embargo, aquí, mis escudos se derrumban. La música me envuelve con su suave presencia y fluye sin impedimentos. Calma mi cansado y afligido corazón.

Si pudiese hablar ahora con Fahim, esto es lo que le diría: lo siento. Te quiero. Te comprendo. Te echo de menos.

A medida que la melodía asciende, mis dedos se desplazan hacia arriba y las lágrimas corren por mis mejillas. Y eso también implica sanar.

Casi he llegado al final de la pieza cuando algo se mueve en mi periferia. Me giro y contemplo las sombras. Nada. Quizá solo me lo he imaginado. Aun así, sigo tocando y vuelvo a captar un destello y un movimiento de luz. Una puerta de madera con forma de medio arco se ha materializado al otro lado de la estancia. Sin embargo, en cuanto dejo de tocar, se desvanece. ¿Es una señal? ¿Será la música la clave para escapar del laberinto? De ser así, me gustaría pensar que es Fahim, que me guía hacia la libertad.

Así pues, empiezo a desgranar una enérgica melodía que se escapa de mi control y que desemboca en una de las piezas principales que Fahim solía tocar cuando éramos jóvenes. Cuando llego a su conclusión, me palpitan los dedos, reblandecidos al tacto. Sin embargo, la puerta sigue ahí, resplandeciente como una niebla al alba. Hace mucho tiempo que el miedo me ha empequeñecido. Pero ahora estoy preparada para enfrentarme a lo que quiera que me espere al otro lado. Abro la puerta y cruzo el umbral antes de que me abandone el valor. Y me llevo el violín conmigo.

27

Algo me está siguiendo.

No sabría decir cuántas horas llevo atravesando estos pasadizos en zigzag, los recodos quebrados del laberinto. De vez en cuando llego a un callejón sin salida y me veo obligada a retroceder. El tiempo se mueve de forma extraña en esta oscuridad desconocida. Sin embargo, poco después de empezar a explorar capté unos golpes constantes y rítmicos: tic, toc, tic, toc. Como un metrónomo.

Aprieto la funda del violín contra mi pecho. Es bastante pesada, podría usarla como arma si es necesario, aunque me da miedo dañar el instrumento en su interior. Qué estupidez preocuparme más por este violín que por mi propia vida. Cuanto antes me escape de este lugar, antes podré ayudar a mis seres queridos.

Al cabo llego a una bifurcación. Izquierda o derecha. Las paredes de los pasadizos, talladas con símbolos de un lenguaje antiguo, se alzan como acantilados y ocultan lo que hay más allá de la piedra blanca. El sonido se desvanece pero siempre regresa: tic, toc, tic, toc.

Aguzo los oídos. Suena más cerca que antes. Giro a la izquierda. Mi mano sudada sujeta el mango de cuero de la funda del violín. Giro en un recodo y luego en otro. Sea lo que sea lo que me sigue —¿la bestia?—, suena enorme.

Me escondo tras una pared y veo una zona en la que parte de la piedra se ha derrumbado en un muro, formando una grieta lo bastante grande como para ser un buen escondite. Consigo encajarme en el estrecho espacio, con los ojos fijos en el túnel más adelante. Escruto mi entorno rápidamente y veo varias piedras de

menor tamaño esparcidas junto a la base de la pared. Agarro una y contengo la respiración.

De entre las sombras lejanas emerge la bestia.

Su cuerpo es un bloque de músculos apoyados en cuatro patas alargadas y huesudas, curvas y rematadas por cascos de ébano. Un pelaje encrespado cubre su hocico y el interior de sus anchas y rosadas fosas nasales. Sus hombros parecen peñascos que asoman por entre su inclinada espalda. Tiene el cuerpo salpicado de vello negro. Parece un toro, aunque por la extraña forma de su cabeza comprendo que en su día tuvo apariencia de hombre. Olisquea el suelo junto a la pared de enfrente. Está demasiado cerca.

Esa criatura poseyó en su día suficiente lucidez como para dejar por escrito sus pensamientos, la vergüenza de su existencia. Esta bestia, a la que se ha sacrificado a más de una docena de hombres…, ¿llegó a tener nombre en su día? ¿Llegó a tener familia? Al contemplarla ahora, entiendo que su mente esté demasiado trastornada como para razonar. Aquí soy su presa.

Con una breve plegaria, lanzo la piedra tan lejos como puedo. El súbito repiqueteo atrae la atención del toro, que embiste en esa dirección.

Yo me pongo en pie y obligo a mis débiles piernas a correr a toda velocidad. Llego a una bifurcación, giro a la derecha. Otro pasadizo, otra bifurcación, otra elección que podría llevarme a la salvación o la ruina. En el siguiente recodo me estrello contra algo sólido envuelto en sombras.

Con un grito, araño con las uñas la enorme figura, que me agarra de la muñeca y me aprieta contra sí. Unos brazos me rodean el torso para intentar amortiguar mi forcejeo.

«Sarai», me arrulla una voz.

Un estremecimiento me encoge el corazón, los pulmones, las costillas.

—Suéltame. —Me retuerzo en brazos de la criatura. Me estoy quedando sin aliento.

«¿Por qué forcejeas, Sarai? ¿Por qué forcejeas, hija mía?»

Me quedo helada. El frío empieza a adueñarse de mi piel. ¿Hija? Aparto la figura de un potente empujón. Se trata de una mujer.

La conozco, aunque nunca nos habíamos encontrado. Reconozco su cara, con esa regia forma ovalada y los labios rosados. El ceño alto y el cabello negro y ondulado. El hoyuelo en la barbilla. Su retrato cuelga del salón del trono junto al de padre. Se trata de la reina Khalise de Ammara, que murió a los treinta y tres años.

Sin embargo, esta no es mi madre. No se trata sino de una versión retorcida de ella. Su piel no es más que jirones de tela que le cuelgan de los huesos. Lleva un vestido blanco y deforme. Su largo cabello de ébano le cae formando mechones mojados por la espalda esquelética.

«Te he estado esperando, Sarai.» Alarga la mano hacia mí. «¿Dónde has estado todo este tiempo? ¿Por qué te escondes del destino?»

Me aparto de esa mano huesuda y tendida. Ella entreabre la boca y emite un lamento grave y burbujeante. Un fluido negro mana por sus encías podridas. Yo grito, retrocedo y compruebo que ha cerrado esos dedos huesudos alrededor de la funda del violín.

Un ruido repentino me obliga a girar la cabeza hacia el túnel del que he venido. Incluso a esta distancia, oigo que la bestia se desplaza en algún lugar más allá de mi vista. Debe de haber captado mi aroma. El repiqueteo de sus cascos retumba, sonoro. Intento liberar la funda de un tirón. El fantasma avanza; la piel se le derrite sobre los huesos, tan blanda como la cera de una vela. «No es mi madre», me recuerdo, y le arreo un puñetazo en la cara. La criatura cae al suelo con un chapoteo.

Agarro bien la funda y echo a correr por otro pasillo lateral, intentando poner tanta distancia como pueda entre el toro y yo. No estoy segura de cuánto podré seguir corriendo. La funda me ralentiza bastante.

Aunque quizá lo estoy enfocando de manera equivocada. El violín me ayudó antes, quizá todo está conectado: el laberinto, el violín de Fahim y yo. No sé cómo ni por qué, y me da bastante igual. Me

detengo en medio del pasadizo y abro los cierres de la funda. Saco el instrumento y acerco el arco a las cuerdas. La respiración entrecortada de la criatura se oye al otro extremo del pasadizo.

¿Qué es lo que necesito? Protección. Un modo de defenderme. El violín creó una puerta que me trajo hasta aquí. ¿Qué más podría invocar? Voy a construir un muro de sonido, de música. Tocaré hasta que rompa el techo oscurecido en las alturas.

Entonces recuerdo la pieza de notas musicales que nos enseñó el joyero de Mirash. Evoco la melodía y empiezo a tocar. Resuena, como una campana, por la garganta que es el corredor. Le doy forma con toda intención, y entonces aparece una barrera de piedra bajo un resplandor nebuloso, que empieza a crecer y a crecer más.

En la parte superior de la barrera, la piedra se transforma, se vuelve transparente. Es vidrio, lo suficientemente grueso como para formar una pared. Casi he acabado de construirlo todo cuando el toro aparece, corriendo a toda velocidad por un recodo. La melodía termina, pero yo vuelvo al principio de la pieza. Atravieso las medidas, las notas, rezando para que no me fallen los dedos. A pocos pasos de la pared, el monstruo se detiene. Sus ojos son amarillos, como la luz del sol entre la niebla. De sus fosas nasales brotan nubes retorcidas de vapor.

La bestia camina en círculos frente a la barrera. Un grave gruñido de frustración sale de su pecho. Me temo que, en el mismo momento en que deje de tocar, la barrera se desvanecerá. Una vez que el muro queda fortificado, centro mi atención en crear una lanza larga y brutal, que flota encima del suelo a mi derecha. Tiene una punta afilada y un asta recia. Servirá.

—¡Sarai!

Mis dedos vacilan. El muro tiembla y la bestia golpea con su ancha cabeza la barrera. Me apresuro a seguir tocando, y la pared se solidifica, mezclándose con las sombras en las alturas.

—¿Notos?

—Sigue llamándome —exclama—. Te encontraré.

El corazón se me hincha con un amago de esperanza. Su voz. La he echado de menos, aunque siento que no han pasado más que un puñado de horas desde la última vez que hablamos. Con esfuerzo, me concentro en la tarea que tengo entre manos: acabar con esta bestia oscura.

Lentamente, la lanza se alza por los aires. Utilizo una serie de rápidas semicorcheas para echar el arma hacia atrás y arrojarla. La lanza cruza el aire limpiamente. Permito que el arma atraviese la barrera, y así lo hace. Se hunde profundamente en el protuberante hombro del animal. Un grito gutural se escapa de la boca de la bestia, que retrocede a trompicones. La sangre se acumula bajo sus cascos. Luego embiste el muro y aplasta su fiero rostro contra la superficie.

Mientras siga tocando, estoy a salvo. El problema es que es imposible centrarse en dos tareas a la vez. Con la atención fija en la lanza, no consigo reforzar el muro. El toro golpea la barrera con sus cuernos romos y la atraviesa en medio de una lluvia de esquirlas de cristal.

Yo echo a correr, tan deprisa que me olvido de agarrar la funda del violín. Resulta imposible tocar y correr al mismo tiempo, pero me las arreglo para meterme el instrumento bajo el brazo derecho mientras agarro el mástil con la mano izquierda. Hago sonar las cuerdas con la mano derecha, un sonido frenético. El instrumento se me clava en el costado. Me tambaleo, intentando respirar.

Y entonces, de repente, el sonido de los cascos que me persiguen se detiene.

Aminoro la marcha y miro hacia atrás, con la garganta abierta intentando tragar aire. La saliva se acumula en las comisuras de mi boca. No tengo ni idea de si estoy más cerca de escapar que hace unos momentos. ¿Me atreveré a aventurarme en el laberinto, en estos corredores que me embrujan? En última instancia, no me queda alternativa.

Vuelvo por donde he venido, con el violín encajado bajo la barbilla, por si acaso. Giro un recodo y veo a la bestia, cuya enorme

forma está envuelta en sombras mientras lucha contra el Viento del Sur.

Con la cimitarra en la mano, Notos arremete contra el monstruo. Su arma es apenas un borrón. Lanza un tajo vertical de brillante plata en medio de la penumbra y, sin embargo, el arma no alcanza a la bestia; ni siquiera puede tocarla. La conmoción paraliza el semblante de Notos. El toro se lanza sobre él. El Viento del Sur salta para esquivarlo, a lomos de una ráfaga de viento. Si no me equivoco, su espada no ha conseguido penetrar en la piel de la bestia. La ha atravesado como si la criatura estuviese hecha de humo. Pero… es que no está hecha de humo. Chocó contra el muro que yo había levantado y mi lanza sí que la hirió. ¿Cómo es posible?

Y de pronto lo comprendo. La música. Lo único que le ha hecho daño es lo que ha conjurado el violín. Y por lo tanto, la hoja de Notos no surte efecto.

El toro retrocede para tomar impulso. De sus cascos se alza una nube de oscuridad hacia Notos, que la recibe con las piernas bien plantadas en el suelo y la espada alzada. La sombra colisiona con el árido aire del desierto. Un estruendo reverbera por las paredes de la gruta; tanto el dios como la bestia se ven arrojados en direcciones opuestas. Notos gira en el aire y aterriza de pie. El toro se estrella contra una pared distante. La mugre cubre su silueta derrumbada.

El Viento del Sur se enjuga la frente con el antebrazo. Tiene el pelo color ébano despeinado, cubierto por una fina capa de polvo. Una vez más, envía una poderosa ráfaga de viento a la bestia, pero esta rebota sobre sus cuartos traseros, completamente inofensiva. Notos suelta una maldición, impotente ante su enemigo. Esto es lo más cercano a la mortalidad que seguramente haya experimentado el Viento del Sur.

—No va a funcionar —grito. Notos se sobresalta y gira en redondo hacia mí. Sus ojos se desorbitan—. Arrincónala contra la pared —le ordeno—. Si puedes mantenerla ahí el suficiente tiempo, voy a poder enviarla a otra parte.

Él asiente, con los labios apretados hasta formar una severa línea. Usando su poder, acorrala a la criatura contra un rincón, mientras yo empiezo a tocar. Tres, cuatro, cinco cuerdas vibran en el aire. Un vacío aparece a espaldas de la bestia: un abismo. Notos le arroja al monstruo un viento en espiral que lo lanza al interior de la cavidad. El vacío se cierra en el mismo momento en que dejo de tocar. No tengo ni la menor idea de dónde lo he enviado ni de cuánto tiempo se quedará allí.

—Sarai. —Notos se me acerca a toda prisa, con la túnica empapada de sudor y los ojos desorbitados—. ¿Te encuentras bien? ¿Estás herida?

Un sonido grave y destrozado me brota de la garganta. Este inmortal… que me robó el corazón…, a quien creí haber perdido.

—Has venido —sollozo, y me derrumbo en brazos del Viento del Sur.

Él inclina la cabeza hacia mí. La fragancia de su aliento me calienta la boca. Inhalo ansiosa, desesperada por captar su aroma. Está aquí. Estamos aquí, juntos, y él me murmura palabras de consuelo y ánimo. Me rompo por dentro. No puedo ni mantenerme en pie. No puedo protegerme de un viento todopoderoso.

—Pensaba que habías muerto —susurra.

—Si sirve para que te sientas mejor —consigo decir con palabras confusas—, yo también lo pensaba.

No se oye más sonido que mis sollozos quebrados. Siento su deseo de eliminar esta frágil barrera entre los dos. Quizá yo también lo haría si no me recorriese por completo la adrenalina, esta unión de vida y muerte que me domina.

—No sabía lo de la iris negra —dice—. Has de saber que jamás te haría daño intencionadamente.

—Lo sé. —Su preocupación me roza la piel como un dolor físico. Él lo sabe, lo ve, y yo no puedo soportarlo. No puedo soportar esa sensación de estar desnuda hasta los huesos—. Debería haber imaginado que mi destino me traería hasta el laberinto. —Niego con la cabeza—. Dilo —sollozo con total sinceridad—. Di que he sido una

idiota por haber confiado en el príncipe Balior. Dímelo. —Un vívido lamento se escapa de entre mis dientes, un sonido de tensión continua—. Dime que no he aprendido nada.

Mi cuerpo se tensa, preparado para el golpe inevitable.

Sin embargo, el Viento del Sur no hace más que rodearme con más fuerza entre sus brazos y decir:

—Estoy aquí, Sarai. No estás sola.

Y con eso, aparta de mí una carga insoportable. Porque me he sentido muy sola todos estos años, y no me considero fuerte, ni sabia, ni lista, ni completa. ¿Cómo podría sentirme así si toda mi vida me han dicho que he de ser otra persona? Qué idea tan horrible, cuánto daño puede hacerle a una niña pensar que, en lo más profundo de su ser, es defectuosa.

Y sin embargo, este hombre, este dios, este inmortal generoso y clemente, que se ha metido en mis asuntos como si tuviese todo el derecho…

—Ya no puedo resistirme —susurro.

Él guarda silencio.

—¿Resistirte a qué?

—A ti.

Su boca roza mi oreja. Un escalofrío me corre por la columna.

—Pues no te resistas —dice Notos. Como no respondo, se echa hacia atrás, aunque no tanto como para soltarme. Tiene el rostro manchado de mugre, que se acumula en las arrugas que rodean las comisuras de su boca—. Durante mucho tiempo he estado convencido de que en realidad no pertenecía a ninguna parte. Y así, cuando llegué a Ammara, me dejé llevar. Acepté la idea de que no iba a tener jamás un hogar. De que quizá no me merecía tenerlo.

—Oh, Notos. —Se me rompe el corazón por él.

—Pero se puede construir un hogar —susurra, y me sorprende el temblor de su voz, una corriente subyacente del miedo que lleva consigo—. Se puede encontrar y construir en otra persona. —Sus ojos oscuros se cruzan con los míos, y dice—: He encontrado un hogar contigo.

Yo parpadeo rápidamente, pero las lágrimas asoman de todos modos. Sus palabras son hermosas. En ellas veo todo su corazón. Un corazón que es mío. Un corazón que pienso atesorar y defender. Un corazón que resguardaré, si él me permite ese honor.

—Siento haberte apartado de mí. —Reprimo esa antigua vergüenza que me dice con total certeza que no soy digna de Notos, de este único aspecto positivo de mi vida. Sin embargo, a fin de cuentas, no soy más que humana. Soy imperfecta. No estoy completa, y jamás lo estaré—. No estaba pasando por un buen momento, como bien sabes, y supongo que me sentía insegura sobre mí misma.

Él acuna mi rostro entre sus anchas manos. Sus pulgares enjugan los riachuelos de lágrimas de mis mejillas.

—¿Insegura por qué?

A pesar de mis intentos de reprimir la emoción, esta me sale a borbotones. Las palabras brotan como un graznido.

—Temía que me abandonases, que no me quisieses.

Los ojos de Notos se vuelven tiernos, cálidos.

—Sarai. —Mi nombre es un sonido de alivio y completitud, de profundo entendimiento. Me tiemblan las rodillas—. Jamás he querido nada en mi vida, pero entonces te vi a ti y caí rendido por completo. Ni siquiera los dioses pudieron detenerme.

La pétrea emoción que obstruye mi tráquea se diluye. Trago saliva. Él dice:

—Siempre te he amado. —Apoya su frente contra la mía—. Creo que no comprendes lo profundos que son mis sentimientos por ti. Me tienes cautivado. Estoy enamorado completa, estúpida y locamente de ti. De ti, tal y como eres en este momento. Tal y como siempre has sido. —Tuerce la boca al tiempo que frunce el ceño, y escruta mi mirada—. Pero me he pasado muchas noches despierto preguntándome si esos sentimientos eran recíprocos.

Eso es culpa mía. No le he dado a Notos razón alguna para confiar en mi palabra. A fin de cuentas, mis actos no siempre han

demostrado mis verdaderos sentimientos…, sino más bien lo contrario.

—¿Quieres que te diga la agónica tortura que ha supuesto para mí tu regreso? —empiezo a decir—. Te veía practicar antes del alba, entre la niebla, y fingía que no veía el sudor que lamía tu piel. Te buscaba en los pasillos, intentaba oír el ritmo de tus pasos tras cada recodo, en cada habitación. Había días en los que creía que me iba a volver loca por culpa de esta obsesión.

Una breve risa sella mis palabras. Me veo atrapada por los ojos del Viento del Sur, cubiertos al igual que los míos de una emoción demasiado grande como para contenerla. Prosigo:

—¿Quieres que te diga que tu ternura ha ido haciendo pedazos poco a poco mi armadura? A veces tu paciencia ha sido lo único que me ha mantenido estable. Me has inspirado más allá de toda medida para crecer y enfrentarme a mis miedos. Y he visto lo mucho que te importa mi pueblo. Lo mucho que crees en mí, dioses… —Sin Notos, ¿me habría llegado a plantear marcharme de Ishmah? ¿Habría sabido reconocer lo mal que me trataba padre de no haber recibido el amor, la aceptación y la amabilidad del Viento del Sur?—. Me has robado por completo el corazón, Notos. No hay otro modo de decirlo. Te amaba hace años y te amo ahora. Y te amaré mañana, y mientras me sigas aceptando. Eres todo lo que quiero. Y… espero que no sea demasiado tarde para decirte que…

Su boca se estrella contra la mía. Nuestros dientes chocan. El dolor me recorre las venas. Él me abre los labios con la lengua, me lame profundamente. Y mis pensamientos se esparcen por el viento.

Siento hambre. Un ansia que me consume, un descenso a la locura. Su sabor, su aroma, el poder de su silueta… Todo ello se combina para crear la más embriagadora impresión. Nuestras lenguas danzan y nuestros labios se dan un festín. Saca de mí embarazosos sonidos de pura hambre. Y yo arranco gruñidos deliciosamente graves de su garganta. Los mismos que provocan vibraciones en mi esternón. Me acerco más a él, mis pechos se aplastan contra su torso. No tenemos más que nuestro pasado,

nuestros corazones expuestos. No hay necesidad de escudarse, no hay razón para fingir. Mi apetito florece; quiere más. Y lo alimento con ansia.

Mientras tanto, mis manos recorren al Viento del Sur. No hay resquicio de su cuerpo que yo no toque. Las alas de sus omoplatos bajo el algodón de su túnica, que dan paso a la columna vertebral, que desciende hasta las tensas curvas de sus glúteos y que yo agarro sin vergüenza alguna con ambas manos. Son agradablemente redondos, de músculos firmes. Reprimo el absurdo impulso de morderle.

—Siempre me ha encantado tu culo —le susurro, pegada a su boca.

¿Absurdo impulso? No es tan absurdo teniendo en cuenta que ya lo he hecho antes. A Notos se le escapa una cálida risa entre dientes.

—No se me olvida. —Las puntas de sus dedos recorren mi cadera, la curva baja de mi espalda, y se detienen en la inclinación de mi trasero. No va más allá, y con eso no hace sino aumentar mi deseo, agudizarlo, afilarlo—. Creo haberte dicho muchas veces lo mucho que a mí me gusta el tuyo.

Sí que me lo ha dicho, ¿verdad?

—¿Me miras a menudo el culo?

La calidez que siento en el vientre aumenta. Mis pezones endurecidos duelen y rozan el frontal de su túnica. El Viento del Sur esboza una sonrisa que se contagia a sus ojos.

—Por los pasillos, cuando subes las escaleras… —Nuestras narices se rozan. Él respira directamente en mi boca—. ¿Te enfada?

—No —murmuro—. Pero me voy a enfadar si no me tocas ya.

Él me pasa los labios por la mandíbula. Un hormigueo me recorre y anula por completo mi concentración. Espero, conteniendo el aliento, anticipando el momento en que Notos descienda. Su mano caliente me acaricia uno de los glúteos. Luego me da un repentino cachete, con una vívida punzada de dolor sobre la piel. Me aprieto contra él y se me escapa una risa sin aliento. Una risa que se ve

interrumpida cuando se vuelve a adueñar de mi boca y me introduce la lengua.

La parte inferior de nuestros cuerpos se alinea. Su erección se aprieta entre mis muslos. Yo me aparto, jadeando. Sus ojos negros destellan bajo la niebla del deseo.

—¿Qué tenemos aquí? —murmuro.

Acaricio con la palma de la mano su carne turgente, que se alza aún más, caliente. Notos reprime un juramento, un sonido que para mí lo es todo. El Viento del Sur, siempre tan cuidadosamente contenido, se descompone por completo al tirar de un simple hilo.

De forma completamente instintiva, aprieto las caderas contra él y me encajo en la longitud protuberante que tiene dentro de los pantalones. Una de sus manos me agarra del pelo; dedos recios me sujetan los mechones a puñados y dan un tirón. Siento un delicioso dolor en el cráneo. El deseo es tan poderoso que impregna el aire. Mi pulso se acelera aún más a medida que los besos van adquiriendo una carnalidad aterciopelada. Nuestras bocas están tan unidas que se confunden los bordes; nos vemos reducidos a sombra y humo y noche.

Porque el Viento del Sur y yo nunca debimos estar separados. Somos el sol y la luna, la tierra y el cielo, atrapados para siempre en un ciclo eterno, un tira y afloja perpetuo. El destino colocó las piedras de este camino hace mucho tiempo. Oh, cómo me he resistido a cada curva serpenteante. Pero no ha servido de nada.

El tiempo gira sobre su eje, pero yo me aferro al Viento del Sur. He aquí lo que sé: el mañana no está garantizado. No existen los momentos perfectos. Nuestras vidas son caóticas, desagradables, desordenadas. No sé lo que nos espera más allá del laberinto. Ni siquiera estoy segura de si saldremos con vida. Pero no pienso malgastar el tiempo que se me ha concedido. Siento que me curo por dentro al entregarme a este inmortal de todas las maneras posibles, en mente, cuerpo y alma. No volveremos a separarnos. Ya no.

Después de un rato, me aparto e interrumpo suavemente nuestro beso. Notos me escruta los ojos durante uno, dos, tres latidos.

—Has de comprender —digo despacio, acariciándole la ceja con el pulgar— que cuando se trata de ti, soy muy egoísta. —Siempre ha sido así. Su tiempo, su contacto, su voz, su presencia, su aroma a desierto—. No quiero una vida contigo, Notos. Quiero mil vidas juntos. Tantas como puedas darme.

Pero se me encoge el corazón, pues, aunque Notos tiene ese privilegio, yo solo cuento con una vida. Como si percibiese mis pensamientos, me acuna las mejillas entre las manos. Le pregunto:

—¿Qué pasará cuando esto acabe? Si sobrevivimos, quiero decir.

Él me recoloca varios mechones sueltos tras las orejas. Paciente, siempre paciente.

—¿Piensas alguna vez en el matrimonio?

Yo me echo hacia atrás, de pronto cautelosa.

—¿Con el príncipe Balior, dices? Creí que habíamos dejado claro que no quiero tener nada que ver con él, sobre todo ahora que Ammara está en peligro y que él es la semilla podrida bajo su suelo.

—No, no me refiero al príncipe Balior —aclara con una extraña timidez—. Hablaba de mí.

Mis ojos se desorbitan y cierro con fuerza la boca antes de tragar saliva.

—Oh.

Lentamente, las cejas de Notos se alzan.

—No pareces muy entusiasmada.

—No, no se trata de eso. —Casarme… con el Viento del Sur. Era lo que quería a los dieciocho años y lo que quiero ahora a los veinticinco, al margen de todo pragmatismo—. Es que me pregunto cómo funcionaría, siendo realistas. Tú eres inmortal y yo… no.

Cuando era más joven, resultaba más sencillo ignorar ese resplandeciente obstáculo, sobre todo al saber que no viviría más de veinticinco años. Pero ahora he soportado la muerte de demasiados seres queridos. Yo misma he cruzado ese umbral. No puedo cargar a Notos con ese dolor. Es un peso demasiado grande.

Notos me planta un beso tranquilizador en la mejilla.

—No me da miedo que envejezcas, Sarai. Sería un privilegio pasar la vida junto a ti durante el tiempo que vivas.

—Pero te acabaré dejando —le digo—. Quizá ahora no, pero algún día sí.

—Todo el mundo me acaba dejando tarde o temprano. —Y eso lo dice con una pequeña sonrisa—. Pero contigo valdría la pena. —Antes de que pueda protestar, me da un beso en la otra mejilla, en la frente, en la punta de la nariz. Su contacto me calma—. Cuando todo esto haya acabado —dice, y me agarra la barbilla—, me gustaría cortejarte en condiciones. Quiero que seas mía de todas las maneras posibles. Quiero que el mundo sepa que nos pertenecemos el uno a la otra.

Dioses, yo también quiero eso. Más de lo que puedo expresar correctamente con palabras.

—¿Y cómo va a ser posible algo así? —inquiero. Él ladea la cabeza en una pregunta silenciosa. Yo me explico—: Ya estamos prometidos, ¿te acuerdas?

—Pero no es de verdad.

—Claro que es de verdad, Notos. —Le acaricio la mejilla con la mano—. Créeme, es de verdad. —Y yo no podría estar más orgullosa de atar mi vida a la suya de todas las maneras posibles—. Me encantaría que me cortejases. Y un compromiso en condiciones. Y sí —añado—, casarnos.

La sonrisa del Viento del Sur es la más intensa de las luces. En ella hay seguridad, en ella hay apoyo, en ella hay generosidad, en ella hay perdón, en ella hay humildad, en ella hay evolución. Notos me planta una lluvia de besos acalorados por los pómulos, la mandíbula, la barbilla y la curva del cuello, donde empieza a acumularse el sudor. Y mientras tanto, no deja de murmurar promesas pegado a mi piel:

—Te quiero. Te adoro. Te amo. No quiero separarme nunca de ti.

Son más que palabras. Son una declaración, la promesa de un mañana. Sé que el Viento del Sur dice la verdad. Me quiere. Me

ama. Y valgo más que mi estatus social. Qué alivio saber que Notos me acepta como Sarai, nada más que Sarai. Me dejo caer contra su pecho y me siento segura al saber que no volveré a necesitar alzar mis muros. Ya pueden derrumbarse. La lengua de Notos se entrelaza dulcemente con la mía y mis dedos se zambullen bajo su túnica para clavarse en su piel caliente. Es todo un placer presenciar cómo se le nubla la vista, oír su respiración temblorosa. Puede que yo no sea inmortal, pero mi tacto tiene suficiente poder como para debilitar a este dios.

Le aparto la ropa y dejo su erección desnuda al aire. Su color oscuro y la mata de vello negro en la base me atraen todavía más. Su sexo se estremece solo de mirarlo, como si anticipase mi contacto.

Caigo de rodillas ante él. Notos inspira entrecortadamente. Me lleva la mano a la nuca y me guía hacia delante. Sus poderosos muslos enmarcan mi cabeza. La línea de su abdomen me bloquea la vista del resto del laberinto. Bajo la barbilla y le deslizo la lengua por el glande para atrapar la gota de líquido que asoma ya en la abertura. Notos sisea con los dientes apretados. Yo lo miro con ojos entornados y pregunto:

—¿Bien?

—No tengo palabras —dice con voz estrangulada y los ojos negros de deseo—. No tengo… —se estremece, con las mejillas sonrojadas— palabras, excepto que he soñado con esto, con tenerte de rodillas ante mí para darme placer.

Percibo en mi rostro la calidez de la satisfacción. Resulta que nada me complace más.

Agarro la base de su erección y me la trago hasta el fondo. Notos suelta un juramento bajo y me agarra el pelo con más fuerza, manteniéndome quieta durante un instante. El denso vello negro alrededor de su sexo me acaricia la nariz; relajo la garganta y acepto toda su longitud.

Los años han pasado, pero recuerdo su sabor, a tierra y sal. Lo acaricio bajo el glande con la lengua y un músculo se crispa. Me lo

voy trabajando despacio, primero con la boca, luego con la mano y después con una combinación de ambas. Un gemido brusco y torturado se le escapa. Empieza a mover las caderas.

Yo lo aprieto con más fuerza. Hago una succión larga y deliciosa hasta la base y me retiro. Todo su sexo resplandece con mi saliva. Repito el movimiento una vez y otra. Notos aprieta las rodillas, con la expresión contraída y la cabeza echada hacia atrás.

—Sarai —dice mi nombre, y a continuación suelta un gemido tortuoso.

Se hincha aún más bajo mi contacto. Su olor florece, y yo me sigo esforzando hasta dejarlo a punto. Justo un momento antes de que termine, lo suelto con un fuerte sonido de succión y una sonrisa de oreja a oreja.

El Viento del Sur me contempla, aturdido. Luego cae de rodillas y me toma en sus brazos. Me quita toda la ropa, prenda a prenda. Me saca el vestido de un suave tirón por la cabeza y luego pasa a desenredar la cinta que me rodea los pechos y a quitarme la ropa interior. Me siento como si fuera una figurita de cristal a la que alguien va despojando lentamente de su protección para colocarla en una estantería o en una repisa alta. Es por el modo en que Notos me mira, el modo en que contempla mi cuerpo desnudo. Como si fuese algo precioso.

Por supuesto, malo sería que yo no le devolviese el favor. Lo desnudo a placer, dejando expuesto su cuerpo increíblemente formado. Notos no es particularmente alto, pero sí recio, cuadrado, poderoso. Unas cicatrices pequeñas y blancas le salpican la piel. Toco una medialuna por aquí, un anillo asimétrico por allí. Me pregunto qué armas habrán ocasionado esas pequeñas cicatrices. Bajo aún más la mano y acaricio el hueso de su cadera. Frunzo el ceño y me acerco a examinar una parte donde la piel está más áspera.

—Esta no la recuerdo —digo, y recorro el borde de la cicatriz, su opaca textura. Debe de ser tan ancha como la hoja de una espada, si no estoy muy equivocada—. ¿Quién te la hizo?

—Mi hermano.

La preocupación lleva mi vista hacia su cara. De algún modo, entiendo que no fue un accidente.

—Oh. —Mi dedo la recorre adelante y atrás—. ¿Cuál de ellos?

—Euros.

—¿Y puedo saber por qué?

El Viento del Sur se inclina hacia delante y me mordisquea el cuello. Entrecierro los párpados al sentir el calor de su aliento, que me humedece la piel.

—Te lo contaré —murmura junto a mi oído—. Pero no ahora.

Mi sonrisa se ensancha aún más, dispuesta. Supongo que tiene razón, ahora no es el momento. Mis dedos descienden aún más y rozan levemente su fornido muslo derecho, hacia la cara interior, cerca de su sexo protuberante. Notos se estremece ante mi contacto.

—¿Acaso intentas matarme, mujer?

—Eres inmortal —le recuerdo con tono de falsa modestia.

—Eso da igual, porque tu contacto es letal —murmura él—. Tu lengua es el veneno más dulce.

Luego, su mirada desciende hacia mi boca. Apoya el pulgar en mi mejilla y me atrae hacia sí para plantarme un suave beso en la boca hinchada.

Un beso da paso a otro, más largo, más húmedo, más profundo. Cuando nos separamos, me cuesta respirar, encajar mis pensamientos hasta darles algo parecido a orden. Tengo la piel tan ruborizada que el aire frío casi me parece un bálsamo.

—Hace tanto que ansío esto —susurro, temblorosa. Dioses, cuánto lo he deseado—. Y ahora que ha llegado…

—Lo sé. —Notos me acuna la mejilla con la mano—. ¿Puedo decirte lo que yo ansío? —Asiento—. Lo que ansío —dice, acariciándome la mejilla acalorada con el pulgar— es darte el placer que he deseado proporcionarte desde que nos separamos.

Al oírlo, mi pulso se acelera.

—¿Qué tienes en mente?

Como respuesta, él me introduce las manos bajo los brazos y, con delicadeza, me tumba de espaldas. El suelo me abrasa. El techo es un agujero negro en las alturas. Y sin embargo, el laberinto desaparece cuando Notos se coloca a mi lado, con el brazo bajo mi cabeza y mi cadera apoyada en su abdomen. Se acerca, pero no lo bastante. Las puntas de sus dedos rozan mis pechos desnudos. Me tiembla la piel, cálidas oleadas de sensaciones me recorren los brazos y las piernas. Me da un pellizco en un pezón y lo acaricia firmemente con el pulgar hasta que me late dolorosamente, hinchado de sangre.

Luego pasa al otro pecho y le da un tierno apretón. Contemplo su mano, hipnotizada. Un suave sonido de ansia me sale de la garganta. Notos se lleva el pezón a la boca y chupa suavemente, sin apartar sus ojos de los míos.

Me muerdo la lengua y echo la cabeza hacia atrás, pero se me escapa un gemido. La sensación es… increíble, maldita sea. Su lengua juguetea con la punta, da vueltas y vueltas y vueltas, una densa espiral de calor. Otro suave mordisco, y siento un latido entre las piernas a modo de respuesta. Estoy a punto de prenderme fuego. No me cabe duda.

Sus dedos bajan y bajan, callosos, y se me pone la piel de gallina. Alzo las caderas, buscando la penetración. En lugar de eso, él introduce dos dedos por mi carne empapada y toquetea la pequeña y sensible protuberancia con otro, trazando círculos a su alrededor. La fricción me contrae por dentro, me provoca un vacío que necesita ser llenado.

—No apartes la vista de mí —dice.

Una risa delirante se me escapa.

—Como si quisiera mirar otra cosa.

Sus ojos llamean de satisfacción, las pupilas le titilan bajo la luz de las velas. Siento otra oleada de calor que me abrasa la cara, el cuello, el pecho. Él sigue jugando conmigo y yo no me atrevo a apartar la mirada. Tiene la expresión arrebatada, presa de una exaltación reservada solo a los dioses.

Mis intentos de mover las caderas hacia su mano se ven frustrados. Su risa grave y retumbante es un gozo para los oídos. Sigue recorriendo la zona pero luego aparta la mano durante un momento. Yo frunzo el ceño y lo maldigo. Él se ríe aún más fuerte, lo cual a su vez provoca mi propia risa… Hasta que me toca de un modo que me provoca un exquisito escalofrío por la columna y me arrebata el aliento.

Abro aún más las piernas. El roce del aire frío contra mi centro desnudo me causa una dulce agonía arremolinada y tensa en la pelvis. Notos acaricia mi abertura, una vez, dos veces. Me sale una exhalación entrecortada. Clavo los talones en el suelo.

—¿Más? —pregunta.

—Sí. Más abajo. Ahí. Oh. —Encojo los dedos de los pies al tiempo que la quemazón se intensifica y el placer aumenta—. Por favor, no pares.

Acelera el ritmo, describiendo círculos y más círculos. Luego me introduce un dedo y, a continuación, otro. Notos se retira; mi humedad le proporciona suficiente fricción por mi carne hinchada. Es una agonía. Es un éxtasis. El Viento del Sur me lleva hasta el límite. Estoy justo en el filo de la navaja, entre el placer y el dolor.

—Eres, sin duda, la mujer más hermosa sobre la que jamás haya posado la vista —susurra—. Ver cómo te deshaces…

Arqueo la espalda hasta separarla del suelo. «Sí, esto. Más.» Estoy muy muy cerca. Lo agarro del brazo y tiro de él hacia arriba.

—Necesito que te metas dentro de mí. Ahora.

El Viento del Sur se apoya en las rodillas. La amplitud de sus hombros arroja una sombra más oscura contra la pared del laberinto. Su cuerpo es hermoso. Ese vientre duro y tenso. Los fornidos muslos se separan cuando se mueve para que los dos nos giremos, de modo que él descansa bocarriba y yo quedo sentada encima, con las piernas abiertas sobre su musculoso abdomen.

Nuestros ojos se entrelazan, y yo caigo en el recuerdo de la primera vez que hicimos el amor. En aquel momento todo era nuevo, por descubrir. El futuro estaba cubierto por las sábanas revueltas de

nuestra unión. Lo que sucedió entonces se repite ahora, pues dudo de lo que nos espera si escapamos del laberinto. ¿Habrá caído Ammara entre cenizas y ruina? ¿Nos espera el alba de un nuevo día?

Entonces Notos dice:

—Sarai.

Una palabra sencilla, y sin embargo jamás se ha pronunciado nada con tanto amor, confianza y compromiso. Mi inquietud mengua, y me centro en la fuerza de su cuerpo entre mis piernas separadas, en los rizos densos que le cubren los pectorales. Lo alineo justo sobre mi abertura y dejo que se hunda en mí, despacio.

Es un gozo inexplicable experimentar tanta tensión por dentro, sentirme viva, deseada, vista. Esta postura me da más control sobre la velocidad y la profundidad de nuestra unión, y la aprovecho. Me echo hacia atrás y me hundo con deliberada lentitud, disfrutando por completo de los sonidos de placer que consigo extraer del Viento del Sur. Contemplo su expresión al tiempo que mi cuerpo aprieta su sexo. El destello en sus ojos está nublado de ansia. Tiene los tendones del cuello tensos.

Y despacio, muy despacio, este calor empieza a prender, a llevarnos poco a poco hasta el final. Notos me clava los dedos en la cintura, sube hasta mis pechos, los aplasta con gesto posesivo. Juntos nos elevamos y juntos caemos. Mi trasero choca una y otra vez con sus muslos, siguiendo el ritmo.

—Sí —gruñe Notos, lo cual me motiva a aumentar la velocidad.

El Viento del Sur y yo jamás hemos estado destinados a apagarnos como se apagan las ascuas. Estamos destinados a ser fuego, a la luz blanca de la completitud. Me mareo, embriagada por el fuego vivo de sus manos, por el olor almizcleño de su excitación, por el sudor que le cubre la piel y el pesado perfume de nuestro apareamiento.

Su glande impacta en lo más hondo de mi ser. Profiero una exclamación ahogada y me giro para alargar aún más el contacto. Él inclina la cabeza y atrapa uno de mis pezones entre los labios. Me lo

chupa y echa las caderas hacia arriba, para crear dos latidos gemelos entre mi pecho y mi centro empapado.

Un sonido de delirio ininteligible me sale de entre los labios, estrangulado.

—Notos.

—Qué bien me siento dentro de ti, Sarai. —Contempla su propio sexo al extraerlo de mi cuerpo, el brillo de la humedad—. Me siento increíblemente bien.

Dicho esto, se introduce en mi interior con una poderosa embestida. Alcanza un punto que consigue ponerme los ojos en blanco. Yo lo aprieto con los muslos, muevo las caderas y las coloco para que la protuberancia entre mis piernas roce el hueso de su cadera, de manera que la tensión ascienda, más dulce y más intensa.

Una de sus grandes manos se clava en mi trasero. Me agarra, me pega contra sí, no me deja espacio para separarnos. Este era otro de los detalles que había olvidado: la dualidad entre el Viento del Sur amable y el dominante, el apasionado y el sabio. Moldea mi carne con su posesividad. Sus ojos son como estrellas oscurecidas.

Con otro duro empellón, Notos suelta un gemido pegado a mi boca. Seguimos moviéndonos, enloquecidos. A punto de terminar. Y mientras nos movemos, comprendo lo difícil que es encontrar el amor, no una, sino dos veces en la vida. Ya perdí en su día a Notos. No sé si podría volver a sobrevivir a algo así. Y sin embargo, he ahí la fuerza de nuestro vínculo, forjada y rota y vuelta a forjar a lo largo de los años. No somos brotes verdes recién florecidos. Hemos aguantado mucho. Nuestras raíces son profundas.

Cuando al fin nos corremos juntos, los dos cuerpos alineados, suena la música más hermosa.

28

Yazco pegada al cuerpo curvado de Notos. El calor me cubre la columna y el duro latido de su corazón reverbera contra mi espalda. Su ritmo lento indica que está sumido en un profundo sueño, pero a medida que transcurren los instantes, se acelera, pasa de grave a andante y a *allegro.*

—Estás despierto —digo.

Me planta un suave beso en el hombro.

—Lo estoy.

No puede evitarlo: sonríe. Está despierto, al igual que yo. Nuestros cuerpos están entrelazados, apoyados el uno en el otro junto al muro medio derruido del laberinto. Su mano coge la mía. Los brazaletes de nuestras muñecas resplandecen, plomo y oro. Ha cubierto nuestros cuerpos con su capa para mantener el calor. Siento el aire vivo contra la piel.

Notos deja escapar lo que me parece que es una risa en forma de resoplido. Mi sonrisa se ensancha.

—¿Qué?

—Que roncas.

Me quedo boquiabierta y luego cierro la boca.

—Lo dudo mucho. En todo caso, quien ronca serás tú.

—¿Estás segura de eso?

Me giro hasta quedar frente a él y le clavo una mirada hostil.

—Bastante segura.

El Viento del Sur tiene la frente, las mejillas y la boca arrugadas por el sueño. Sus párpados entornados son cálidos, siempre cálidos. Levanto la cara y le planto un beso en la boca. Nos recorremos con las manos y nos besamos, amodorrados. Sería todo un lujo poder

seguir explorándonos los cuerpos, pero el tiempo avanza y la oscuridad amenaza todo aquello que me es querido. No puedo ceder. Resistiré. He de hacerlo.

Después de apartarme de él, me siento y lo miro, con las piernas cruzadas.

—No queda mucho para que Ishmah caiga.

El Viento del Sur pone una expresión sombría.

—El fracaso no es una opción.

He aquí la verdad: puede que el Señor de la Montaña no haya reclamado mi vida, pero la posibilidad de que muera igualmente en el laberinto es muy real. Quizá yo no pueda decidir cómo ni cuándo morir, pero Amir seguirá aquí. Ammara seguirá aquí. Mi pueblo, mis costumbres, mi historia; todo ello seguirá, y Notos también. Es el único que tiene una posibilidad real de salvar el reino.

—Quiero que me prometas algo.

—No.

Yo parpadeo.

—¿No?

—Sea cual sea la promesa que estás buscando, búscala en otra parte. No pienso concedértela.

Lo veo muy tenso; aprieta con fuerza el puño derecho.

—Bueno —digo con voz entrecortada, y le arrojo la túnica—. Me alegra saber dónde reside tu verdadera lealtad.

Él se pone la prenda.

—Puede que tú tengas prisa por aceptar la derrota, pero yo no. Si centramos nuestros esfuerzos en escapar del laberinto, podremos regresar a Ishmah…

—¿Y entonces qué? La última vez que lo comprobé, Ishmah estaba repleta de umbrandantes. —Y también está el ejército del príncipe Balior—. ¿Cómo vamos a escapar de aquí? Y la bestia… No sé exactamente qué ha hecho, pero le ha concedido al príncipe Balior algún tipo de poder oscuro. Esto es peligroso, Notos.

Él niega con la cabeza. Al hablar, a su voz le falta esa cualidad segura de sí misma que he llegado a esperar de él.

—La biblioteca…

—Ya hemos extraído de ahí toda la información que podíamos.

Él se queda en silencio. Algo se ablanda en mi interior. He visto cómo morían mis seres queridos, pero yo al menos tendré la posibilidad de volver a verlos en el más allá cuando mi tiempo se acabe. ¿Qué se sentirá al presenciar siempre el final de la vida de los otros y no morir nunca?

—Doy las gracias por el tiempo que me ha sido concedido. Veinticinco años —digo—. Muchos no tienen ese privilegio.

—¿Y no quieres alargar tu vida? —inquiere, más tenso a cada momento que pasa—. Hay un modo de salir. Tiene que haberlo.

—No se puede alterar el destino, Notos. La maldición se me llevará, te guste o no.

—¡No lo permitiré! —ruge.

El Viento del Sur se ha puesto en pie. Una brusca ráfaga de aire arrastra la tierra por el largo y sucio túnel. Su pecho se contrae como un fuelle. Empieza a caminar en círculos. Yo contemplo, calmada, sus largas zancadas. De pared a pared. Va a acabar abriendo un surco en el suelo.

—Notos. —La siguiente vez que pasa junto a mí, lo agarro de la mano—. Por favor, siéntate. Me estás mareando.

Está prácticamente vibrando.

—No pienso aceptarlo, Sarai. No.

Cuanto más se mueve, más segura estoy de que algo se desplaza por las sombras a su espalda. Me quedo parada y oteo en la lejanía, con los ojos entornados. Él no parece darse cuenta.

—Notos —susurro. Él hunde la cabeza entre las manos con un gemido—. ¡Notos!

Se gira hacia mí con frustración.

—¡¿Qué?!

—Hay alguien aquí.

Notos se gira en redondo y desenvaina la espada en medio latido. Una poderosa ráfaga brota en espiral y recorre el helado pasadizo.

Una expresión extraña cruza la cara del Viento del Sur. Baja la espada.

—¿Euros?

Mis ojos se desorbitan. Una figura alta y ancha se nos acerca un paso, envuelta en tinieblas como si de una segunda piel se tratara. Lleva un largo manto oscuro que revolotea alrededor de sus piernas, con la capucha echada. Es el Viento del Este. El hermano pequeño de Notos. Este envaina la espada.

—Recibiste mi mensaje.

La figura encapuchada da un paso al frente, un movimiento tan espectralmente parecido al de una serpiente que un sudor frío recorre mi columna. Se detiene justo al alcance de nuestra mano. No es un simple mortal. Se eleva, enorme, sobre nosotros. El aire a su alrededor vibra con una energía que le pertenece a él y a nadie más. Ni siquiera a esta distancia consigo ver sus facciones. La oscuridad dentro de la capucha lo consume todo, no resalta sus ojos, ni la nariz, ni la boca. Es un cráter, un abismo.

—¿Qué puedo hacer por ti, Notos?

La voz grave y rasposa del Viento del Este me reverbera por la piel. Ya la he oído antes.

Es el Señor de la Montaña.

Examino a este dios encapuchado, con la boca tan seca como el polvo. Sí, se trata de él. Estoy segura. Recuerdo el momento en que Notos estudió la notación musical en Mirash y la expresión de confusión que asomó a su semblante al ver el esbozo de un hombre alado en la esquina inferior del pergamino. Le envió un mensaje a Euros para que se reunieran. Y aquí está.

—Estamos buscando información sobre la maldición —responde el Viento del Sur, y se coloca a mi lado. Yo me apresuro a ponerme en pie y sacudirme el polvo del vestido—. Una información que creemos que tú posees.

—Una maldición. —Euros ladea la cabeza, un gesto inconfundiblemente depredador—. Cuéntame más, por favor.

—Notos —susurro, y le agarro el brazo al Viento del Sur—. Es él.

—¿Quién?

Me cuesta tragar saliva, tengo un nudo de inquietud en la garganta. No sé qué ocurrirá si confirmo su identidad.

—Es el Señor de la Montaña.

Durante un momento, todo queda en silencio, excepto por el ritmo acelerado de mi corazón. Al cabo, Notos susurra:

—¿Qué?

Entonces le hablo de la voz que he estado oyendo cada vez con más frecuencia durante los últimos meses. Le cuento lo que ocurrió cuando caí por las murallas exteriores. Me desperté, sin saberlo, en el laberinto. Jamás habría imaginado que el Señor de la Montaña fuera en realidad el Viento del Este, a quien Notos me describió en cierta ocasión como un dios reservado, casi violento. Alguna especie de corriente oscura reverbera bajo la superficie de esta deidad. Un pasado tumultuoso le ha dado forma.

Una ráfaga de aire del desierto se propaga por el espacio y obliga a retroceder a esta humedad que huele a mar.

—¿Maldijiste a Sarai? —gruñe Notos—. ¿Tú?

El Viento del Este se yergue cuan largo es, más alto que antes. El hueco de su capucha se orienta hacia mí. Mi cuerpo entero hormiguea bajo ese escrutinio que no puedo ver, que solo puedo sentir en forma de incómodo picor que me recorre el cráneo.

—Pareces sorprendido, hermano —replica con una perturbadora falta de emoción fiera—. ¿Acaso no es por eso por lo que me has mandado llamar?

—Pensaba que podrías tener alguna información sobre el laberinto. ¡No era consciente de que fuiste tú quien la encerró aquí! —ruge Notos—. ¿Cómo es posible? ¿Cómo es posible que tú seas el Señor de la Montaña?

Se pasa los dedos por los densos rizos de su cabello oscuro.

Con las manos a la espalda, el Viento del Este empieza a rodearnos en círculo. El dobladillo de su manto sisea al rozar el suelo de piedra gris. Al pasar, un sutil aroma a salitre me quema en las narices. Me acerco más a Notos, con mirada cautelosa. Y pensar en

todo el sufrimiento que este dios me ha hecho pasar, en todo el sufrimiento que ha hecho pasar a mi familia, a mi reino. Es absolutamente repugnante.

—Le mentiste a mi padre —le rujo a Euros—. Pensó que eras benevolente, que salvarías mi vida a cambio de la construcción del laberinto que aprisionaría a la bestia. Pero lo que hiciste fue aprovecharte de un hombre desesperado. Nos robaste la lluvia. Me maldijiste para que muriese en mi vigesimoquinto día del nombre. Lo más probable es que tú hayas enviado también a los umbrandantes a Ammara. —Tenso la mandíbula—. ¿O acaso lo niegas?

—¿Te maldije para que murieras? —Suena curioso.

—Sí —digo entre dientes—. Me maldijiste para que muriese por el pinchazo de una espina de iris negra, solo que, en vez de morir, aparecí en este laberinto. ¿Por qué?

La teoría de Tuleen de que la profecía fue malinterpretada es interesante, pero necesito pruebas. Quiero la verdad, y quiero que me la diga la deidad que me colocó aquí.

Por fin, el Viento del Este se detiene.

—No estoy seguro de lo que te contó el rey, pero la maldición no requería tu muerte, Sarai Al-Khatib. La maldición estipulaba que serías el sacrificio para la bestia. La iris negra fue el modo de traerte aquí dentro, y aquí estás. Si consigues derrotar a la oscuridad de tu corazón, el laberinto te dejará marcharte libremente. Si fracasas, sin embargo, quedarás atrapada aquí por toda la eternidad.

—Cabrón.

El Viento del Sur afianza los pies y extiende una mano. Una ráfaga de viento explosiva arroja a Euros por el túnel. Sin embargo, antes de que su hermano impacte en el suelo, en su espalda se despliega un par de alas enormes, cubiertas de diminutas escamas de ébano. Yo ahogo un grito. Euros aterriza sobre sus talones, y las alas se desvanecen.

—Cálmate, hermano. —El Viento del Este alza una mano, aunque el gesto no parece en absoluto conciliador—. ¿Qué son las victorias que no se ganan con esfuerzo?

Yo apoyo una mano en el antebrazo de Notos. Músculos tensos, huesos rígidos. Si luchan a golpes, no estoy segura de cuál de los dos hermanos vencerá. Desde luego, Euros es mucho más grande y musculoso, pero carece de toda emoción; su talante es espectralmente neutro. La furia de Notos podría granjearle la victoria.

—En cuanto al resto de tus preocupaciones —dice el Viento del Este—. Sí, me llevé vuestras lluvias. Teniendo en cuenta que controlo las tormentas y sus vientos, esa es mi potestad, y requería ese poder durante un tiempo. Pero yo no tengo nada que ver con los umbrandantes. Tu padre construyó el laberinto en una zona donde el velo entre los reinos es débil. Una ubicación desafortunada, pero yo no tuve nada que ver con ello.

No es solo que Euros carezca de la menor piedad, es que se niega a aceptar su responsabilidad en el papel que ha desempeñado en los sufrimientos de Ammara.

—¿Y cuánto tiempo te vas a quedar con nuestras lluvias? —insisto—. Nuestro reino se muere. No podemos sobrevivir a la sequía indefinidamente.

Él se encoge de hombros. Lo que fácil llega fácil se va.

—Hasta que ya no las necesite. Puede que sean meses, puede que sean años. Ese fue el precio por tu vida, el precio que tu padre estuvo dispuesto a pagar.

Al contrario, el rey Halim fue engañado. Pero no tengo tiempo para discutir sobre semántica.

—¿Y qué pasa con la oscuridad que ha desatado el príncipe Balior? —inquiero—. La bestia aún no ha escapado, pero escapará si el príncipe se sale con la suya. Le ha concedido a un hombre mortal un poder increíble, y me da miedo la destrucción que pueda desatar. Fuiste tú quien la aprisionó aquí. La responsabilidad es, en parte, tuya.

Aunque no puedo ver los ojos del Señor de la Montaña, siento que se centran en mí.

—¿Y eso tú cómo lo sabes?

Ya, como si le debiera una respuesta. Puede que el Viento del Este sea el hermano de Notos, pero no me fío un pelo de él.

—No es asunto tuyo de dónde he sacado ese dato.

—Euros —dice Notos en tono suplicante—, jamás te he pedido nada, pero ahora te pido esto: ayúdanos a encontrar la salida del laberinto. Ayúdanos a evitar que la bestia escape. Ayúdanos a derrotar al príncipe Balior… antes de que sea demasiado tarde.

El Viento del Este se sume en una inmovilidad que sugiere que algo así le resulta impensable. Me pregunto qué tipo de rostro se oculta dentro de la oscuridad de su capucha.

—Aunque quisiera ayudaros, no puedo —replica—. El trato se cerró hace años. Ahora tu destino está en tus propias manos.

Tengo ganas de bajarle de golpe la capucha y apuñalarlo en los ojos. Amir y yo hemos tenido nuestras disputas, pero jamás se me ocurriría ejercer poder sobre él. No me sorprende que Notos apenas mencione a Euros. Su hermano es un gilipollas redomado.

—No lo comprendes —digo, y se me quiebra la voz—. En cuanto la bestia esté libre, se vengará. Su oscuridad se propagará por todas partes. Consumirá este reino y todos los demás.

Una bestia aprisionada desde hace décadas. No le bastará un dios, ni un reino, ni un rey.

—Eso no es asunto mío. —Aunque ya no parece tan seguro como antes.

Yo niego con la cabeza y me muerdo el interior del carrillo.

—Valiente elemento está hecho tu hermano —le murmuro a Notos.

Él suelta un resoplido casi inaudible. Me lo tomo como que está de acuerdo conmigo.

—¿De verdad no vas a ayudarnos? —le pregunto a Euros.

—Tal y como he dicho antes, has de conquistar la oscuridad de tu corazón si es que quieres escapar viva del laberinto.

—¿Y cómo hemos de hacer tal cosa? —espeta Notos.

La capucha del Viento del Este se gira en mi dirección.

—Tu destino no es mío —me dice—. No puedo alterar el camino que ya estás recorriendo.

¿Se refiere Euros a una oscuridad literal a la que hemos de vencer? ¿A una manifestación física? ¿O a algo simbólico? ¿Qué tipo de dios sería capaz de maldecir a un bebé? Pues un dios cuya moral brilla por su ausencia.

De pronto, un estruendo reverbera por el túnel. La tierra tiembla, cae polvo del techo. El suelo se sacude, y me sujeto contra una pared. Un latido después, el Señor de la Montaña ha desaparecido.

Se me acelera el corazón, y la penumbra aumenta. El suelo se abre con un rugido estremecedor, una gran grieta se despliega ante nuestros pies. Yo retrocedo tambaleándome. A mi izquierda, otra enorme grieta recorre el laberinto. El polvo se propaga por el aire.

—¡Sarai! —Notos, al otro lado de la grieta del suelo, se ve borroso tras las sombras cada vez más densas. Agita los brazos…, creo—. Vas a tener que saltar. ¡Rápido!

La grieta es ahora más ancha. Yo afianzo el violín en la mano y me preparo para saltar por la abertura. Con otro gemido ensordecedor, el borde del suelo de piedra vuelve a temblar y se derrumba; el espacio entre ambos es ahora demasiado grande. Segundos después, una pared cae entre los dos y me separa del Viento del Sur.

—¡Notos! —Doy una palmada contra la áspera piedra y aguzo el oído. Varios guijarros repiquetean contra el suelo. Los ecos se suceden. Si me está llamando, no lo oigo. Voy a tener que encontrar otra manera de llegar hasta él.

Me interno por el túnel a mi espalda, con el violín y el arco apretados contra el pecho para protegerlos de las rocas que caen. Soy una mujer, soy mortal, soy una presa. Soy una princesa doliente y perdida. Soy una música sin instrumento, un caballo sin manada. Me siento cada vez más pequeña, rodeada de todo tipo de cosas que no puedo cambiar. Mi cuerpo me pide que me rinda. Hay paz en la rendición.

Aprieto la mandíbula. «No.» Rendirse no es una opción. Voy a encontrar a Notos, no importa cuánto me cueste. Venceré a la oscuridad antes de que esta me venza a mí.

—¿Notos? —Una vez más, grito su nombre y no recibo respuesta alguna. Ni siquiera del viento.

Pero percibo un sonido, un sonido muy extraño. Aprieto con más fuerza el mástil del violín y dejo escapar el aliento. Me giro y me quedo petrificada. Tres umbrandantes. Sus ojos vacíos brillan en la penumbra arremolinada.

Mi corazón retumba con tanta fuerza que temo que se vaya a empalar con una costilla. Un rugido atraviesa el aire. Y entonces, cargan contra mí.

El arco del violín se desliza por las cuerdas y emite un potente lamento. Yo imagino un muro que me rodea. El arco se desplaza una y otra vez, desgranando una multitud de acordes que resuenan discordantes. Aparece un muro. El primer umbrandante se estrella contra él. Yo me encojo, pero no dejo de tocar.

La segunda bestia, más grande, con colmillos tan largos como mis dedos, choca contra su belicoso compañero. Se abren grietas en la pared transparente. La tercera bestia se une a sus hermanos. A pesar de que la estructura se debilita, yo sigo desgranando acordes. «Solidez», pienso. «Muros, piedra, defensa, inquebrantable.»

Y sin embargo, las grietas se multiplican y se extienden. Miro en derredor, en busca de una salida. Cuando el muro ceda, voy a tener que correr. Una vez más, el trío de monstruos se prepara para cargar contra la barrera.

Y de pronto, un potente ciclón atraviesa el pasadizo y cruza de golpe la barrera. Atrapa a las bestias y las arroja contra las paredes. Se dispersan; cada una desaparece por un corredor distinto. Oigo unos pasos en el suelo a mi espalda. Dos manos, cálidas y seguras, me rodean.

—Soy yo —me tranquiliza Notos.

Me quedo inmóvil, temblando, paralizada por el hielo que se extiende por mis músculos. Sin embargo, la calidez del Viento del

Sur derrite mis extremidades heladas. Me giro y me apoyo contra él, apartando el instrumento para no aplastarlo entre los dos. El corazón de Notos martillea contra mi mejilla sudorosa.

—¿Estás herida? —pregunta.

—No. —Miro por encima de su hombro. Nada. No veo nada.

Y sin embargo, en medio del silencio se percibe el lento repiqueteo de unos cascos. Se acerca, con un ritmo tan espectralmente preciso que cualquiera podría confundirlo con un metrónomo. A mí no se me ha calmado el corazón desde que me desperté atrapada dentro de estos muros, pero ahora se me encoge. Estoy cansada. No sé cuánto tiempo más podré evitar a aquello que ha sido enviado para matarme.

Notos y yo nos agarramos de la mano. Huimos en silencio y a toda prisa por el túnel más cercano. En la siguiente bifurcación, giramos a la derecha y llegamos enseguida a un callejón sin salida. Damos media vuelta y regresamos a la carrera por donde hemos venido. Giramos a la izquierda, y una vez más a la izquierda. Avanzamos a ciegas en busca del siguiente recodo. Al cabo, el insistente galope se une a nuestros rápidos pasos. Notos se coloca frente a mí cuando, algo más adelante, una figura amorfa se materializa en medio de la penumbra.

La bestia da un paso al frente y bloquea nuestro camino. Su piel rezuma sombras. Yo me estremezco. Gira esa cabeza negra hacia mí, y Notos desenvaina la espada. La hoja atraviesa la oscuridad con un zumbido de advertencia hacia la bestia: no te acerques.

Entonces, algo se mueve a la espalda del toro. Cuatro, cinco, seis umbrandantes se materializan. Hocicos abiertos por los que asoman colmillos goteantes de saliva. Notos suelta un juramento, con el rostro contraído de pánico.

—Vete, Sarai. Yo los contendré.

—Pero…

—¡Vete!

El miedo es una hoja. Una hoja que me abre un tajo, rápido y limpio, en el corazón.

Echo a correr.

29

Mis sandalias chocan contra el suelo. La oscuridad se expande ante mí. Giro a toda prisa bruscos recodos y me deslizo por esquinas que aparecen de repente. Oigo un grito lejano, seguido de un rugido quebrado. Aprieto los dientes. Aunque quiero volver junto a Notos, sería una necia si me olvidase de mi propia mortalidad. Notos tiene sus vientos, su fuerza, su velocidad. Mi única habilidad reside en el violín y el arco que aprieto en una mano sudorosa.

Llego al final de un pasadizo y me interno por otro a trompicones. Poco a poco, la voz del Viento del Sur se desvanece, devorada por las sombras. Mi respiración entrecortada es cada vez más ronca. Tengo la garganta despellejada. En ciertos momentos me parece que la bestia se acerca.

No puedo seguir corriendo así para siempre. Mi cuerpo ya me suplica a gritos que descanse. Necesito un refugio temporal. Algún hueco, un nicho resguardado que me dé suficiente tiempo para desgranar más notas que formen una defensa.

Giro otro brusco recodo y me detengo para respirar. Estoy casi segura de que he visto una figura en el túnel por el que acabo de pasar. Me giro y voy tras ella. Mis sandalias arañan la piedra gris. Con cuidado, vuelvo a girar el recodo.

En el centro del pasadizo hay un hombre de espaldas a mí. Ahogo una exclamación y se me vuelve a desbocar aún más el corazón. Siento una esperanza y una incredulidad tan unidas entre sí que no las puedo diferenciar. El hombre se gira. Sus ojos son idénticos a los míos, a los de padre, a los de Amir.

—Fahim —susurro.

Mi hermano sonríe.

—Hola, Sarai.

Doy un paso al frente, aturdida, tan aturdida que ni siquiera comprendo la imposibilidad de su presencia. La penumbra del laberinto se desvanece y de pronto estoy en el dormitorio de Fahim. Sus sábanas están revueltas; el escritorio, atestado de documentos.

—¿Cómo…?

Me faltan las palabras. La verdad es que me da igual cómo es posible que Fahim esté ante mí. Está aquí. Eso es todo lo que deseo.

—Cuánto tiempo, ¿no? —pregunta con vacilación, y se mete las manos en los bolsillos.

Las aristas de su semblante —mejillas, nariz, mandíbula— se ven suavizadas por la luz tenue. Esbozo con la comisura de la boca una media sonrisa en la que hay más tristeza que otra cosa.

—Pues sí —digo—. Tienes buen aspecto. —Lleva un turbante amarillo y pantalones a juego, así como una holgada túnica color dátil que le llega hasta la mitad de los muslos. Sus ojos, sin embargo, me llaman la atención. No contienen sombras, aunque hay algo muerto en ellos. Son ventanas sin luz—. La vida ha sido muy dura sin ti.

—Lo sé —dice—. Lo siento.

—Pero no nos ofusquemos con el pasado, ¿de acuerdo? Volvemos a estar juntos. —Otro paso al frente—. Podemos recuperar el tiempo perdido.

«¡Sarai!»

Frunzo el ceño. Es otra voz, profunda, cálida y firme. Parece reverberar desde una gran distancia. Pero eso ya da igual, porque mi hermano está aquí conmigo. Sujeto el violín y el arco con la mano izquierda y cruzo el resto de la distancia que me separa de Fahim. No parece particularmente entusiasmado de verme, que me duele. Como mínimo, yo habría esperado un abrazo, el alivio de volver a encontrarnos.

—Te has perdido muchas cosas. Hay muchas cosas que me gustaría contarte —murmuro. Y ahora tenemos tiempo, un regalo

del que no quiero desprenderme—. Me he comportado como una necia en muchas cosas. Ya no sé en quién confiar. Ammara está en peligro. Los umbrandantes son cada vez más fuertes y… —Vacilo, y luego digo—: Ibramin se ha marchado del palacio. He pensado que deberías saberlo. Se ha ido a enseñar a un chico prometedor. No puedo evitar sentir que me ha abandonado.

Fahim no responde, y yo alargo la mano para acunar la mejilla de mi hermano mayor. Su piel es como el hielo.

—Estás muy frío —le digo con preocupación. Bajo el brazo—. ¿Estás enfermo?

—Sarai —me mira directamente a los ojos—, deja mi violín.

Miro el instrumento. Por algún motivo, mis dedos se crispan alrededor del mástil.

—Lo he encontrado… —digo, algo confundida. ¿Dónde ha sido exactamente? Sé que no debo entrar en los aposentos de Fahim sin permiso. No recuerdo haberme acercado a su puerta. Tampoco recuerdo haber llamado. Niego con la cabeza—. Lo siento, sé que no te gusta que toquetee tus cosas. —Por supuesto que me iba a decir que dejase el violín. No estoy segura de por qué me cuesta tanto ahora mismo—. ¿Quieres tocar para mí?

Nuestro entorno se emborrona durante un brevísimo instante. Vuelvo a parpadear y todo parece normal. Debo de habérmelo imaginado. Pero Fahim… se ha convertido en otra persona totalmente distinta, con el rostro hundido, duro, desconocido.

—No fue justo —gruñe—. ¿Por qué tuve yo que renunciar a mi don mientras que a ti se te permitió desarrollarlo? —Se lleva las manos al pecho con un aleteo de mangas—. Para luego enterarme de que lo echaste todo a perder. Por un hombre a quien apenas conocías.

Yo retrocedo ante el inesperado veneno de sus palabras…, ante la verdad que enarbola como si fuera un arma.

—Yo no eché nada a perder —protesto—. Tú ni siquiera hablaste conmigo sobre mis sentimientos hacia Notos ni sobre la música. Tomaste una decisión sin tener en cuenta lo que yo sentía.

Sin embargo, Fahim no escucha.

—Hay algo que debes entender, Sarai. Tengo ciertos deberes, ciertas responsabilidades. —Una vez más, mira de reojo al instrumento—. Pero no voy a poder hacer nada hasta que sueltes el violín. —La sonrisa desaparece de su boca—. Deja que lo coja yo.

Contemplo con más atención a mi hermano, inquieta. ¿Por qué están tan vacíos sus ojos? ¿Por qué quiere que suelte el violín?

«¡Sarai, es una trampa!»

El entorno tiembla; un manto de oscuridad de repente borra de la vista a mi hermano y sus aposentos, pero se retira al instante. Ahora Fahim ha desaparecido y yo me encuentro contemplando uno de los amplios y resplandecientes corredores del palacio.

El sol del ocaso es una joya que pinta de llameantes tonos anaranjados, amarillos y rojos el mosaico de la pared del otro extremo. Al final del pasillo veo a Fahim, vestido con una ornamentada túnica amarilla, caminando encorvado. Tiene la piel pálida, enfermiza, y el pelo despeinado.

—Fahim. —Se me cierra la garganta al pronunciar su nombre, y me quedo sin aliento.

Veo que mi hermano avanza hacia su dormitorio al final del pasillo. Me fijo en sus manos, fuertemente apretadas, y en la curva inclinada de su columna vertebral. Todo está a punto de echarse a perder. ¿Dónde están los guardias?

Fahim llega hasta la puerta y yo grito:

—¡Fahim!

Mi hermano se detiene, con una mano en el pomo, y mira una única vez por encima del hombro. Frunce el ceño, como si hubiese oído mi voz. Pero lo que más me llama la atención son sus ojos. Están vacíos, como si hubiesen perdido ya toda luz. Me abalanzo hacia él, pero me detiene una barrera invisible. Con voz temblorosa, vuelvo a llamar:

—Fahim…

Una túnica amarilla con el dobladillo cosido en hilo negro. La misma prenda que llevaba el día que lo encontré colgando de los

travesaños.

La imagen se desvanece. Vuelvo a estar en el laberinto. La desesperación que siento es mucho mayor en ausencia de Fahim. He vuelto a perder a mi hermano. ¿Este es el plan del laberinto? ¿Quiere obligarme a vivir una y otra vez los días más oscuros de mi vida hasta que pierda la cordura?

Un estremecimiento de inquietud me recorre, pero empiezo a caminar a toda prisa por el pasillo, aguzando el oído en busca de algún sonido inusual. Giro un recodo y luego otro. A este ritmo, no me sorprendería estar caminando en círculos. Y sin embargo, algo más adelante capto un cambio en la penumbra. Aprieto el paso, con el violín apoyado en la barbilla y el arco dispuesto para empezar a extraer música de sus cuerdas. Las paredes medio derrumbadas desaparecen, y vuelvo a entrar en otra imposibilidad: un tapiz de enredaderas, ramas colgantes y olorosas flores. El jardín oriental del palacio.

Miro en derredor con cautela. En la lejanía hay dos siluetas, masculina y femenina. Es de noche. La luz de la luna se derrama por el techo de cristal en las alturas y salpica las hojas entrelazadas, pintando su superficie cerosa con un brillo plateado.

Me acerco y reconozco el vestido que lleva la chica. Es de un intenso color rojo ribeteado de oro. Lleva el pelo recogido en una trenza. En este instante, soy presente y pasado a la vez. Una Sarai de veinticinco años y otra de doce, en la noche después de su debut como solista. Y eso significa que el chico con quien estoy hablando es Amir.

«No es real.» Pero en su día lo fue. Este recuerdo, que en su día reprimí, vuelve a abrirse de par en par.

Después de mi debut, volví al palacio con mis hermanos y con Ibramin. Estaba eufórica por el concierto pero sentía el corazón roto a causa de la ausencia de padre. Lloré, por supuesto. Había ansiado desesperadamente que padre presenciase aquel logro monumental. Y sin embargo, al ver mis lágrimas, lo único que dijo fue «deja de

llorar» antes de acercarse a su escritorio, sacar un paño y arrojármelo con un «límpiate».

Y así lo hice, con mano temblorosa. Reprimí todas las emociones que intentaban salir a la superficie. Las aplasté hasta reducirlas a polvo.

Después fui en busca de un respiro al jardín, pues estaba desierto, calmado. Amir me encontró ahí horas después. Estaba enfadado. Al parecer, mi actuación había molestado a Fahim, que no quería verme.

Ahora, escudada entre las hojas, veo cómo se desarrolla esta conversación.

—No te creo —dice la joven Sarai, y de repente vuelvo a experimentarlo todo a través de los ojos de mi yo más joven.

Mi hermano se encoge de hombros. Lo que pasa entre Fahim y yo le da igual.

—Créete lo que quieras, pero me parece que Fahim jamás va a perdonarte por arrebatarle la música. Era lo que más amaba en el mundo.

Algo tiembla en mi corazón, pues me preguntaba si Fahim me guardaba rencor ahora que era la única que se dedicaba a la música.

—¿Por qué eres así? —gruño, con los puños apretados a los costados. Si no me diera miedo hacerme daño en los dedos, me atrevería a decir que sería capaz de arrearle un puñetazo a Amir en la cara—. No es culpa mía que papá haya obligado a Fahim a dejar el violín. Cualquiera diría que estás celoso.

—¿Celoso? —Suelta una risa en forma de ladrido.

—Sí. Celoso de que todo el mundo me conoce, de que todo el mundo conoce a Fahim, mientras que tú sigues en segundo plano.

Fahim y Amir son príncipes, pero solo uno de ellos llevará la corona.

«Sarai, ¿me oyes? ¡Di algo!»

Ignoro esa llamada lejana, incapaz de apartar la vista de la expresión ceñuda de Amir. Transcurre un largo momento hasta que replica

y, al hacerlo, su voz está tan preñada de amargura que corroe sus palabras:

—Tienes razón. El heredero es Fahim, no yo. —Me recorre de arriba abajo con la mirada, con patente desagrado—. Por otro lado, no soy yo quien le ha robado la música. No soy yo quien le ha restregado mis logros ni la vida que se le había prometido. No soy yo quien lo obliga a enfrentarse a ese dolor a diario.

Gira sobre sus talones y aparta las enredaderas para internarse por el camino del jardín hasta desvanecerse de la vista.

Yo alzo la mano y me la llevo al pecho, justo sobre la punzada de dolor que siento ante sus palabras. «No es verdad. Fahim se alegra por mí. Me lo ha dicho en numerosas ocasiones.»

La joven Sarai se derrumba en el banco del jardín y yo atravieso el sendero, dispuesta a cantarle las cuarenta a Amir. Sin embargo, las piedras bajo mis sandalias se rompen y el aroma del verdor se pudre. Dos pasos más y el jardín empieza a desaparecer. La densa penumbra cambia la escena. Veo altos ventanales cubiertos con cortinas echadas, un impresionante escritorio que ocupa el centro del despacho de padre. Una versión más joven de mí misma espera en el umbral de la puerta. A través de la abertura por la que me asomo, veo que padre escribe un mensaje, y los nervios me revolotean en el vientre. Ya conozco las reglas. No he de molestar a padre en su despacho, pero esto es importante. Alzo la mano y llamo a la puerta.

Padre levanta la cabeza y frunce el ceño.

—Sarai, ¿qué te he dicho de interrumpir mi trabajo?

Veo a esta niña con toda claridad. Le tiembla la mandíbula. Veo la incertidumbre de entrar en el despacho de padre y la necesidad de enterrarse en su abrazo. «No es justo», piensa la joven Sarai.

Y sin embargo, inspira hondo para infundirse valor y entra.

—Lo siento —susurro—. Sé que estoy rompiendo las reglas, pero quería preguntarte algo.

—¿Dónde está Ibramin? —Mira más allá de mí, con el rostro contraído de desagrado—. ¿No deberías estar practicando?

—Ya he acabado la lección de hoy. Papá…

Padre toca una campanita que descansa sobre su escritorio. Dos guardias entran.

—¿Señor?

—Por favor, llevad a Sarai a sus aposentos.

Vuelve a centrarse en su correspondencia, sin molestarse en ver cómo me sacan al pasillo.

La imagen cambia.

—¿Papá? —Estoy sentada en la cama, con las mantas apretadas contra mi escuálido pecho. La oscuridad del dormitorio se cierne sobre mí—. ¡Papá!

Unos pasos rápidos. Me giro aliviada hacia la puerta, con las mejillas empapadas de lágrimas, pero quien entra es Fahim, no padre. Se me encoge el corazón.

—¿Otra pesadilla? —pregunta mi hermano, y se acerca a mi cama. Es joven, pero está a punto de llegar a la adultez; se tambalea en el umbral que separa al niño del hombre.

—¿Dónde está papá?

—Está ocupado, Sarai. —Fahim me restriega la cara con la manga de su túnica—. Túmbate. Me quedo contigo hasta que te duermas.

Por tercera vez, la imagen cambia. Estoy corriendo hacia el comedor. Las pálidas columnas pasan a toda prisa. En cuanto cruzo las puertas, el rey Halim se gira hacia mí desde su asiento al frente de la mesa, con la expresión torcida de frustración.

—Llegas tarde.

Amir y Fahim centran su atención en sus platos, intentando ser tan invisibles como sea posible. Yo me enjugo el sudor de la frente e intento calmar mi respiración alterada.

—Lo siento, la lección se ha alargado…

—Siéntate —espeta el rey.

Miro a mis hermanos en busca de apoyo, pero saben lo que pasa cuando alguien le lleva la contraria al rey, y no es nada bueno. Cierro la boca de golpe. Tomo asiento, tal y como me ha mandado padre, y no digo nada durante el resto de la comida.

«Sarai, por favor. ¡Tienes que librarte de esas imágenes!»

¿Por qué suena como la voz de Notos? ¿Por qué imagino su voz precisamente ahora? Me doy cuenta de que el comedor parece diferente, como si lo estuviese viendo a través de un filtro, nublado tras el tiempo perdido. El olor a humedad es real y no pertenece a la imagen que veo ante mis ojos.

Notos. El laberinto. Parpadeo, y el comedor se desvanece.

El toro se encuentra en el extremo opuesto del pasadizo sombrío donde me hallo. Sus enormes hombros y su gran altura ocupan todo el espacio. Unos ojos amarillos hierven como pústulas febriles. En ellos detecto una pena herida. Es un inmortal atrapado injustamente sin haber cometido ningún crimen. Un viejo dolor se alza en mi interior, un caleidoscopio de recuerdos que emergen de la tierra en la que los he enterrado. En el centro de todo está padre.

«Ahora no, Sarai.»

«Una princesa jamás ha de mostrar debilidad.»

«Vete.»

«Basta.»

«¿Qué te he dicho?»

«No tengo tiempo para esto.»

Las enormes fosas nasales de la criatura expulsan vapor. Durante un momento, estoy casi convencida de haber captado algo humano en su cara.

Un repentino estallido de aire obliga al toro a retroceder. La bestia se gira, patea con los cascos y se abalanza sobre el Viento del Sur, que ha aparecido en el otro extremo del pasillo, chorreando sudor e increíblemente aliviado de encontrarme ilesa. En segundos, rechaza a la bestia con una columna de viento que la inmoviliza entre latigueos y golpes. El viento azota mis cabellos; me veo obligada a sujetarme contra la pared.

«Has de conquistar la oscuridad de tu corazón si es que quieres escapar viva del laberinto.»

Por supuesto. No sé cómo no me he dado cuenta antes. Comprendo que no se trata de ninguna bestia. Es una manifestación

de nuestras propias sombras. De aquello en lo que nos convertimos cuando permitimos que otros dicten nuestro carácter, nuestro destino. Mientras yo siga huyendo, la bestia me perseguirá, seguiré estrellándome contra más muros. Encontraré el camino bloqueado. Recorreré este laberinto de punta a punta, con la mente destrozada en un intento de librarme de mi yo roto, de la pena, el resentimiento y la amargura, de la agonía y las dificultades.

Contemplo el violín en mi mano mientras el Viento del Sur sigue estrellando su poder contra el toro sin éxito alguno. La música es mi protección, pero en última instancia, aunque matemos a la bestia, no podremos escapar del laberinto. Creo… creo que he encontrado el violín de Fahim para recordarme que sigo aquí, que sigo luchando. En su día tuve mis sueños. Creí que estos murieron con mi hermano, pero en realidad murieron conmigo. Porque no luché por mí misma. Porque acepté mis circunstancias. Porque permití que otros escribieran mi inicio, mi nudo, mi desenlace.

—¡Sarai, ayúdame!

Notos no va a poder mantener ese poder indefinidamente. Está esperando a que toque, a que cree una melodía con contrapunto capaz de materializar algún artefacto lo bastante fuerte como para atrapar al toro por segunda vez. Sin embargo, cuando sus ojos se cruzan con los míos en medio de la penumbra, me pongo con suavidad el violín bajo la barbilla y, en lugar de tocar la melodía de Fahim, toco otra que representa el dolor y la pena encerrados dentro de mi corazón. Una música que es Sarai, nada más que Sarai.

El Viento del Sur le lanza un tajo tras otro a la criatura, sin éxito alguno, con las facciones contraídas de horror.

—¿Qué estás haciendo? —Lanza una maldición y vuelve a arrojar hacia la pared a la criatura, que se estrella contra la piedra con un bramido.

—Todo va bien, Notos. —Me he aferrado con fuerza todo este tiempo a lo que fue y a lo que podría haber sido. Pero solo tenemos el ahora. Por primera vez en años, entiendo lo que significa dejar ir.

—¿Qué pasa con la otra melodía? ¡Tenemos que atrapar a la bestia! —Las palabras brotan de su pecho alterado.

Brevemente, dejo de tocar.

—Notos. —Sus ojos petrificados se cruzan con los míos, inundados de confusión—. No te preocupes, todo va bien —vuelvo a decir en tono suave.

La bestia aprovecha la distracción y lanza una coz que acierta en la parte baja de la espalda del Viento del Sur. Notos cae con un aullido de dolor. El toro se abalanza sobre mí y esquiva por poco la esfera de viento que Notos le arroja. El ruido de los cascos sobre la piedra resuena. Yo sonrío y dejo que se acerque.

Aquí, en las profundidades negras del laberinto, tocando una melodía que extrae la oscuridad de mi interior, siento claridad por primera vez. ¿Voy a seguir negando la verdad de mi corazón? ¿Me voy a negar a mí misma, como llevo haciendo desde la infancia? ¿O me voy a dar la bienvenida, me voy a proteger, me voy a abrazar?

La bestia no se acerca. Ahora comprendo el dolor que me he causado a mí misma al seguir perpetuando la narrativa que padre escribió para mí. Una historia que no dejaba margen de error, de exploración, de autenticidad. Pero tengo el poder de reescribir mi historia. Despojaré al manuscrito de perfecciones y precisiones. Me doy permiso para ser desordenada, abierta, cruda, vulnerable.

Me pongo de rodillas y, con un grito de horror por parte de Notos, cierro los ojos y dejo que la oscuridad me engulla.

30

Abro los ojos de golpe. La penumbra del laberinto ha desaparecido, sus rígidas paredes y pasadizos están velados por las sombras. Estoy frente a una llanura de colinas ondulantes y una hierba tan verde que estoy convencida de que la han pintado. El aire húmedo carece del polvo de Ammara. El suelo también me resulta desconocido. Es primaveral, está mojado, desprovisto de grietas y de piedra caliente.

Aunque… ¿de verdad no lo conozco? Un susurro apagado atrae mi atención hacia el este, donde el cielo ha empezado a oscurecerse. Un amplio río corta el paisaje. Su lenta corriente describe un camino serpenteante. Los árboles arrojan largas sombras sobre el agua burbujeante. Bajo ellos, agazapada junto a la orilla del río, hay una niña pequeña.

Contemplo a esa niña. Tiene el pelo oscuro y un vestido de tela azul. Una repentina punzada de dolor me sacude el corazón y el costillar. No puede ser, pero… ¿por qué no? Yo llevé ese vestido en su día. Esos ojos desconfiados, esos dedos callosos… los conozco bien. Veo la marca bajo la mandíbula donde suele apoyar el violín…

Esa niña soy yo.

Me aproximo lentamente. La pequeña Sarai alza el rostro surcado de lágrimas. Yo vacilo, de pronto no muy segura de cuál es mi lugar.

La niña se endereza y de inmediato adopta una expresión mucho más hostil. Su piel oscura está algo más pálida de lo normal. Supongo que se debe a las muchas horas que pasa practicando en el interior.

—¿Quién eres? —pregunta.

Yo reprimo un súbito resoplido de risa inesperada. Por supuesto que iba a formular la pregunta con la misma animosidad de una hoja enemiga en la garganta.

—Soy una amiga.

Ella entrecierra los ojos.

—¿Cómo podemos ser amigas si jamás nos habíamos visto?

La pregunta tiene lógica.

—En realidad nos vimos hace mucho tiempo. —La contemplo y relajo las facciones, aunque sea para que se sienta más tranquila en mi compañía—. Es que no te acuerdas. —Miro en derredor. Sea lo que sea este lugar, emana una paz que me resulta increíblemente tranquilizadora—. ¿Puedo sentarme?

La joven Sarai sigue contemplándome con cautela. Debe de rondar los diez años y ya ha empezado a alzar altos muros para protegerse.

—No. Márchate. —Se encara conmigo y se cruza de brazos.

Pues muy bien. Empiezo a caminar en dirección contraria, en absoluto sorprendida por su respuesta. A fin de cuentas, somos la misma persona. Cuando la situación lo requiere, puedo ser completamente despiadada.

Sin embargo, mientras recorro la orilla del río, pienso en la niña que en su día fui. Está sentada a solas. Algo la preocupa. Yo siempre deseé que padre se sentara conmigo, en silencio o conversando. La mayoría de los días lo único que quería era compañía.

El río se ensancha. Recojo unas flores silvestres de un montículo poco alto. Al regresar, me echo agua fría en la cara y vuelvo a buscar a mi yo más joven. La expresión de la niña se oscurece de enojo ante mi presencia. En cuanto abre la boca —seguramente para pedirme que no me acerque—, le tiendo las flores.

La desconfianza en los ojos de la niña me duele en el corazón. Sin preguntarle, ya sé que pone en duda este regalo, sus motivos, si será seguro aceptarlo. Por segunda vez pregunto:

—¿Puedo sentarme?

Al cabo, acepta las flores con un encogimiento de hombros.

—Puedes hacer lo que quieras —gruñe—. El río no me pertenece.

Y sin embargo, sus ojos se iluminan al llevarse el desaliñado ramo a la nariz.

Con un cabeceo agradecido, tomo asiento sobre la hierba. El río está tranquilo; las aguas, limpias. Toda la orilla está cubierta de lisos guijarros. Un pez plateado pasa a toda velocidad corriente arriba. Tras un rato, la joven Sarai me lanza una mirada de reojo.

—Puede que tengas razón —dice—. Puede que nos hayamos visto antes. Me resultas familiar. ¿Eres una de las damas de la corte?

Yo reprimo una sonrisa. No quiero asustarla.

—Técnicamente, sí. —Aunque nunca me ha gustado desempeñar ese papel.

Ella se echa hacia atrás, suspicaz.

—¿Qué quieres decir con técnicamente?

—Pues que tú eres una dama de la corte —replico en tono calmado— y yo también.

—¿Estabas presente en la celebración del día del nombre de padre el mes pasado?

—Así es.

—Demuéstramelo.

Si estoy en lo cierto y la chica ronda los diez años, padre debía de tener cincuenta y tantos. Ese vestido que lleva…, veo una mancha en la cintura. Ese tono rojo oscuro… Zumo de cereza. Me estrujo la mente y me zambullo en mis recuerdos. Iba a llevar ese vestido durante un concierto en la celebración del día del nombre de padre. Fue un desastre. Amir y yo nos peleamos. Me manché el vestido durante el desayuno. Fahim ignoraba a todo el mundo, excepto a una chica a la que persiguió por todo el salón de baile. Nadie prestó mucha atención a mi concierto. Excepto el rey.

—Ibramin, tu profesor, tocó contigo una pieza de violín para el rey Halim —digo—. Tu padre lloró.

La chica carraspea.

—Sí, supongo que estabas allí, pero la verdad es que no te recuerdo.

No pasa nada. No necesito que me recuerde. Me basta con recordarla yo a ella.

—Estás lejos de casa —señalo. Se oye el canto de un pájaro desde una rama cercana—. ¿Puedo preguntar qué haces aquí?

—Puedes preguntarlo. —Se apoya el ramo en el regazo—. Pero yo no estoy obligada a responderte.

¿De verdad era yo así de niña? Me encantan los duelos dialécticos, pero no me parece adecuado poner en su sitio a mi yo más joven, sobre todo sabiendo lo frágil que es en realidad.

—Tienes razón.

Me reclino y me apoyo en las palmas de las manos. Contemplo cómo ondea la hierba bajo una brisa templada que enfría el sudor que se me acumula en la nuca. Alzo la vista hacia el cielo, enorme e incognoscible, pero mi atención regresa al río, a su suave murmullo. El agua tiene su propio ritmo. Aunque intento predecir su cadencia, se me escapa en todo momento.

Por el rabillo del ojo, veo que la joven Sarai se inclina aún más hacia delante, abrazada a sus rodillas. Abre la boca, la cierra y vuelve a abrirla.

—No sé.

Me giro hacia ella. Estamos sentadas lo bastante cerca como para poder apoyar tranquilamente una mano en su hombro, si me atrevo. Sin embargo, conociendo mi temperamento de niña, creo que reaccionaría mal.

—¿Qué es lo que no sabes? —pregunto con voz tierna, maternal.

—Me has preguntado qué es lo que hago aquí. La respuesta es que no lo sé. —Se encoge de hombros y se restriega la mancha del vestido sin éxito alguno—. Vengo aquí cuando quiero estar a solas. Este sitio es muy tranquilo.

Por supuesto que esto me parece un recuerdo. Es que *es* un recuerdo. De niña, solía encerrarme en mí misma. Dejaba atrás las finas columnas y el rígido mármol para escapar a esta extensión salvaje cada vez que el mundo me superaba. Contemplaba este río

imaginario y me preguntaba adónde me llevaría. ¿Quizá lejos de las expectativas de padre? ¿A algún lugar donde yo pudiera ser libre?

—Tienes razón —digo—. Es muy tranquilo.

El canto de los pájaros, el río, las colinas cubiertas de hierba. Todo tiene su propia magia.

—Era. —Mi yo más joven me clava una mirada hostil—. Era muy tranquilo hasta ahora.

Niego con la cabeza, divertida.

—Hablas mucho.

Parece claramente ofendida.

—¿Yo soy la que habla mucho? —Hace un aspaviento con una impresionante muestra de dramatismo. Roshar estaría orgulloso—. ¡Si eres tú la que está hablando conmigo!

—¿Quieres que pare?

—¿Te he pedido que pares?

—No. —Le sonrío, pero, para mi consternación, su expresión se contrae, y se tapa la cara con las manos. Oigo un suave sollozo—. Sarai —susurro.

Alza de golpe la cabeza y me mira con ojos confundidos y llenos de lágrimas.

—¿Cómo sabes mi nombre?

Alargo la mano hacia ella. ¿Cómo no hacerlo? Agarro su manita y envuelvo el frío de sus dedos entre la calidez de los míos. Es el único refugio que puedo proporcionarle.

—¿Recuerdas lo que te he dicho? Nos conocimos hace mucho. —Le doy un suave apretón—. ¿Qué sucede? ¿Por qué lloras?

La niña niega con la cabeza. No es capaz de expresarlo. Es demasiado peligroso mostrarse vulnerable. Pero…

—Es que estoy triste —susurra.

—¿Por qué estás triste?

—Por padre. Hace poco fue su cumpleaños, ¿recuerdas? Amir y yo nos estábamos peleando y, no sé cómo, no vi a un criado que llevaba platos de comida. Choqué con él, los platos se cayeron y la comida se derramó. Amir empezó a reírse de mí y yo me puse a

llorar. Padre se enfadó mucho, muchísimo. Me dijo que yo lo avergonzaba, que era una deshonra. —Arruga la cara, las lágrimas le corren por las mejillas—. Intenté explicarme, pero me mandó a mi habitación y… —Un resuello confundido escapa de entre sus dientes—. No es justo. ¿Por qué siempre me echa a mí la culpa?

Ahora me acuerdo. Recuerdo cuánto me dolió en aquel momento. Me pregunté si estaba loca, si no habría algo malo en mi carácter. Y sobre todo me pregunté por qué padre no podía amarme.

—Solo quiero un amigo —susurra, doliente—. Un amigo o una amiga con quien poder ser yo misma.

—Yo soy tu amiga, Sarai. —Mis manos acunan su rostro dulce y triste—. Conmigo puedes ser libre. Conmigo puedes relajarte.

La rodeo con los brazos. A ella se le rompe la voz. Empieza a sollozar.

—Eres suficiente —le digo a la chica, que parece frágil e indigna, desesperada por tener alguna guía—. Te mereces que te quieran, que te protejan, que te comprendan. Eres importante. Para mí eres preciosa.

Y sin embargo, ¿de quién es la culpa en realidad de que su joven espíritu se crea tan poco importante? Padre lo hizo lo mejor que pudo. Él cargaba con sus propios traumas, con sus propios fracasos, con la paternidad. No puedo imaginar lo difícil que resultó criar él solo a tres hijos en medio del duelo por la pérdida de su esposa. Pero ¿qué pasa conmigo? ¿Qué responsabilidad tengo yo por agarrarme tan férreamente al resentimiento? ¿Seguiré pasando por la vida hecha pedazos o empezaré a esforzarme para estar completa?

He aquí lo que sé: padre ya no está. Puede que jamás consiga sanar el hueco que ha dejado tras de sí. Pero yo sigo aquí, sigo luchando. Con independencia de dónde me lleve el camino, puedo intentar arreglar la relación conmigo misma. Yo puedo ser mi propio hogar.

Y así, aprieto con más fuerza a la niña en mis brazos.

—Ahora todo es difícil —le digo—, pero saldrás adelante. No pueden romperte. Estoy aquí. Jamás te abandonaré. Me quedaré todo el tiempo que necesites.

Al oírme, la niña llora aún más. Me clava las uñas en la parte baja de la espalda. Yo absorbo su dolor en mi interior. Nos mecemos adelante y atrás una y otra vez. Le susurro al oído que es muy valiente, que es muy fuerte. Pero, sobre todo, le digo esto: «Te quiero». Pongo en palabras aquello que necesita tan desesperadamente, esta promesa que rara vez ha oído por boca de su familia. Y también pienso en Fahim. ¿Ansiaba él también oír esas palabras? ¿Seguiría vivo si padre le hubiese ofrecido un abrazo en lugar de una corona? Jamás lo sabré a ciencia cierta. Pego esas palabras a la piel de la niña del mismo modo que se pega la colofonia a las cerdas del arco de un violín, hasta que las haya absorbido y nunca vuelva a poner algo así en duda.

Cuando los sollozos se atenúan, me separo de ella y le aparto los mechones sueltos de pelo del rostro cubierto de lágrimas.

—Ven conmigo —le digo, con los ojos impregnados de coraje.

La joven Sarai suelta un hipido y frunce el ceño. No está segura. No se atreve a confiar. Y sin embargo, coloca su manita en la mía y, juntas, nos ponemos en pie.

—¿Sarai?

Me sobresalto. La voz ronca del Viento del Sur me saca de las profundidades en las que me he hundido. Una luz gris rosada baña las paredes del laberinto. Notos se cierne sobre mí, con los ojos desorbitados y la piel cubierta de sudor y mugre. Su ancho pecho asciende y desciende. El calor invade todo el espacio. Las paredes del laberinto se han derrumbado y han abierto un camino que lleva hasta una puerta lejana. A través de las grietas que han aparecido en las rocas antiguas se cuela la luz del sol.

—La bestia —jadeo—. ¿Dónde está?

El Viento del Sur traga saliva e inclina la cabeza en gesto de derrota. Se me encoge más y más el corazón. ¿He fracasado y esto no es más que otra ilusión? ¿Acaso esas grietas y la luz del sol de la puerta no son reales?

—Ya no está.

¿Ya no está?

—¿Quieres decir que está muerta o…?

—Yo diría que ha escapado —dice—. Te atravesó como si fueras un espejismo. Se perdió pasillo abajo.

Con mucho cuidado, me enderezo hasta quedar sentada y me doblo sobre mí misma con un gemido para aliviar el dolor que se adueña de la parte baja de mi espalda.

—Ha funcionado —digo.

Me llevo la mano al corazón y me maravillo de la ligereza que siento dentro, de la ausencia de peso. La bestia no me ha tocado. La oscuridad no se cernió sobre mí. Finalmente he abrazado todo lo que fui, todos los trozos escarpados de mi ser, cada esquirla rota y erosionada.

El Viento del Sur me contempla con solemne preocupación.

—Atrajiste a la bestia hacia ti. ¿Por qué lo has hecho? Sarai… —Se pasa los dedos por el cabello, como si fuese a arrancarse esos rizos oscuros de raíz—. Pensaba que te había perdido. Creía que te iba a matar. ¿Acaso entiendes…?

Emite un sonido que no quiero volver a oír. Es el dolor de un dios embargado por el miedo. Un sonido agrietado.

—Lo siento. —Le agarro la mano y me la pongo en el pecho, resguardándola, como si fuese un gorrión herido—. No había tiempo para explicártelo.

—Claramente, no. —Está temblando.

Me acerco más a él y le acaricio la parte superior de la espalda. No tenía intención de preocupar tanto al Viento del Sur. No había tiempo para decidirse. Lo único que podía hacer era actuar y esperar que saliera bien.

—Notos, mírame. —Le alzo la barbilla. A regañadientes, me mira a los ojos—. Por primera vez en años, he confiado en mí misma. ¿Tienes idea de lo que se siente? —Niega con la cabeza y tuerce la boca con amarga suavidad—. Ha sido como regresar a casa.

Sin embargo, Notos no comparte mi mismo parecer. Frunce aún más el ceño.

—¿Tanto te habría costado informarme de tus intenciones?

Intenta apartar la mano, pero yo la agarro con más fuerza y digo:

—Ha sido tal y como ha dicho tu hermano. Tenía que conquistar la oscuridad de mi corazón y… —Se me escapa un jadeo—. ¡El violín! —Miro en derredor a toda prisa, pero no hay rastro del instrumento—. ¿Ha desaparecido?

—Sarai —gruñe Notos.

¿Ha sido el violín de Fahim parte de mi viaje? De ser así, eso explicaría por qué ha desaparecido. Ha sido una herramienta para ayudarme, pero ahora que por fin me estoy ayudando a mí misma, ya no lo necesito.

—La bestia se volvió más fuerte cuanto más luchábamos contra ella. Ahí residía la trampa, ¿no lo ves? Si permitíamos que nos guiara el miedo, resultaba imposible escapar. La bestia era un símbolo, una manifestación física de la oscuridad que todos llevamos dentro. El único modo de vencerla era aceptarse por completo.

—¿Y si te hubieras equivocado?

Notos parece tan dolido que lo atraigo de un tirón y rodeo sus anchos hombros con los brazos. El peso de su cuerpo me reconforta.

—Era un riesgo que estaba dispuesta a correr.

—Eres mortal, Sarai. —En su voz rechina una creciente frustración—. Podría haber salido muy mal. La bestia… me arrebató parte de mi poder, ¿entiendes? Lo drenó. Mis poderes ya no están completos. Al ver cómo cargaba hacia ti…

—Estás enfadado conmigo, lo entiendo —le susurro, pegada a su cuello, donde el aroma a desierto es más fuerte—. Pero estoy bien. Se ha roto la maldición. Somos libres. —Me aparto de él y señalo con un gesto la puerta al final del pasadizo, por cuya rendija inferior

se filtra la luz. El príncipe Balior dijo que jamás escaparía con vida del laberinto. Pero sabía poco de mí misma y de mi voluntad—. Tenemos una oportunidad de salvar Ammara, Notos. Podemos salvar nuestro hogar.

A regañadientes, sus ojos se suavizan.

—¿*Nuestro* hogar?

Un suave calor me baña la cara, me vuelve la piel rosada. Por supuesto que Notos ha captado el detalle de una única palabra.

—Sí.

Porque lo que en su día fue mío ahora también es suyo. Porque estoy dispuesta a compartir este lugar y a construir sobre él.

—¿Qué es lo que ha pasado? —pregunta—. ¿Adónde fuiste?

No puedo evitar una sonrisa al recordarlo.

—Me vi a mí misma —digo—. De niña.

Una niña preciosa, perdida y pequeña.

—No lo comprendo.

—Pues… —¿Cómo explicárselo?—. Cuando era pequeña, a veces me refugiaba en un lugar imaginario dentro de mi mente. Me sentaba junto a un río y me hacía compañía a mí misma. Era el lugar donde encontraba mi tranquilidad, donde podía ser yo. Sin embargo, esta vez no estaba sola. Había una chica allí, sentada junto al río. Era yo. Y estaba desesperada por conectar con alguien.

Una lágrima me corre por la mejilla. Notos la recoge con el pulgar. No me había dado cuenta de hasta qué punto me había olvidado de mí misma. Inconscientemente, me había empequeñecido para conseguir la aprobación de padre. Había limado mis aristas, suavizado todas mis irregularidades. Pero esa no era yo.

—¿Cómo puedo haber estado tan ciega ante mis propias necesidades? —susurro con voz ronca—. Al sentarme junto a esa parte de mí, al abrazarla…, siento que me he sanado muchísimo.

Notos me agarra las manos, las envuelve con las suyas y se las lleva el pecho, sobre ese corazón que late al mismo ritmo que el mío.

—Me alegro de que hayas podido cerrar esa herida —dice—. Te mereces amabilidad, compasión y amor. Te mereces tener paz en la vida.

Durante mucho tiempo estuve convencida de lo contrario. Mi infancia fue un cuchillo implacable que me talló a partir de la piedra más impenetrable. Pero yo nunca decidí la forma que adopté. Y ahora, así soy. Una mujer que no se conoce, que jamás se ha conocido.

—Sé que padre quería lo mejor para mí —susurro, y el dolor de su pérdida, que sigue presente, me vacía los pulmones—. Pero a veces me daban ganas de gritar por lo poco que me conocía.

—Lo sé —dice Notos. Probablemente está pensando en su propia infancia—. Duele mucho que aquellos que nos aman no nos vean. Pero todos intentamos hacerlo lo mejor posible. Tu padre te amaba tanto como le era posible a un hombre que cargaba con el peso de todo. No permitas que el resentimiento te endurezca. —Alarga una mano grande y acuna mi mejilla en ella—. No quiero que pierdas tu luz.

—No. —Niego con la cabeza—. Ya me he endurecido durante demasiado tiempo, me parece.

El Viento del Sur me estudia durante un largo rato. Creo que es la primera vez que me siento satisfecha desde hace… no sé cuánto. Años, seguramente.

—Estoy orgulloso de ti, Sarai. Sé que encontrarás esa paz de un modo u otro.

Acto seguido, me planta un beso en la mejilla.

Me perdí a mí misma en el laberinto, pero me encontré, hecha pedazos. Pedazos que he reunido y juntado con amor hasta darles forma. Ahora parecen algo que se asemeja a mi verdadero yo. He de decidir qué va a pasar a continuación. Ammara aún está en peligro, al otro lado de la puerta al final de ese pasillo iluminado. El príncipe Balior y la bestia son amenazas demasiado poderosas como para derrotarlas. Pero no estoy sola.

Alargo la mano hacia el Viento del Sur y le pregunto:

—¿Me acompañarás?
Algo se suaviza en su expresión.
—Sarai —dice—, esa es una pregunta que no necesitas formular.

31

El cielo es una ruina carbonizada; su extensión de color zafiro está impregnada de humo y sombras que ascienden, se arremolinan y sueltan chispas rojas. La borrasca no deja de crecer y agitarse, como si estuviese viva, formando un dosel bajo el cual los resplandecientes tejados de Ishmah tiemblan, ondulantes, como si se encontrasen bajo una niebla de calor abrasador.

El laberinto no nos suelta en el patio del palacio. En cambio, emergemos de una cueva en los aledaños de la ciudad. Ishmah se extiende ante nosotros como un manto de carbones a medio apagar. Creo que estamos a kilómetros de la ciudad. A pesar de la distancia, los gritos resultan inconfundibles. El humo parece provenir de la parte occidental, una zona industrial donde se encuentra la mayoría de los talleres y forjas. Al mismo tiempo, una sombra enorme y densa descansa sobre el palacio bajo las demás emisiones, agazapada como un perro que reclama su territorio. La mera estampa me deja helada.

En algún lugar de la ciudad está mi familia. Amir, Tuleen, Roshar e incluso Haneen, cuyas historias me sacaron de esos días tan oscuros de dolor. Ibramin, bendito sea, debe de haber llegado ya a Mirash. Los que quedan aquí, junto con el Viento del Sur…, son todos mis seres queridos.

Despacio, me giro hacia el dios que me ha robado el corazón. Qué agotado parece ahora, justo en este umbral que separa la guerra de la paz, la luz de la oscuridad.

—¿Hasta qué punto estás seguro de poder derrotar al príncipe Balior y a la bestia?

Él se lleva la mano a la cara, con expresión demudada, y entrecierra los ojos.

—La bestia me ha drenado buena parte de mi poder, como bien sabes. Y ni mi espada ni el viento le afectan.

Pues sí. Jamás había visto a Notos tan exhausto. Un aleteo nervioso e irregular se adueña de mis latidos.

—Eso no responde del todo a la pregunta.

Él me mira durante un largo y tenso instante. Al cabo, solo pronuncia una palabra:

—Sarai.

Me cuesta tragar saliva. Estamos a kilómetros de Ishmah, pero el hedor a humo me irrita la nariz. Hay finos zarcillos grises que se extienden sobre la tierra sofocada de calor.

—Tu espada no pudo hacerle daño a la bestia en el laberinto, pero ¿qué pasa ahora que estamos fuera? El poder que tenía ese lugar sobre la criatura ya no existe.

Él se pasa unos dedos engarfiados por los cabellos y suelta un suspiro.

—No lo sé.

Soy muy consciente de a qué nos enfrentamos. Y también soy consciente de que, para muchos, quizá no haya un mañana. Yo misma incluida. Pero… había esperado que Notos fuese lo bastante fuerte como para derrotar a nuestros enemigos. Con apenas un resto de su poder, tendrá que calcular cuánto usa. Y en qué momento.

Asiento, a pesar del miedo que me contrae el pecho. Necesitaremos todas nuestras fuerzas para librar a Ammara de este gran mal. Cada vez nos quedan menos opciones, pero no todo está perdido. Aún no, al menos.

—Ahora que la bestia ha sido liberada, ¿crees que obedecerá la voluntad del príncipe Balior?

Notos niega con la cabeza.

—Tardará un tiempo en volver a recordar la forma que tuvo. Lo más probable es que haya huido a resguardarse en algún lugar

seguro hasta que la transformación se haya completado. La buena noticia es que será incapaz de usar su poder hasta que haya vuelto a adoptar su forma humanoide. Aun así, seguimos teniendo que acabar con los umbrandantes.

—Y con el ejército del príncipe Balior —añado yo—. ¿Cuánto poder necesitas para acabar con todos?

El Viento del Sur hace una mueca que me crispa hasta la piel de las mejillas.

—Me temo que más del que tengo ahora mismo. —La desesperación me envuelve, pero me mantengo firme. No pienso flaquear—. Es probable que la bestia no se haya alejado mucho si es que quiere que el príncipe Balior la proteja. Voy a buscarla. Mientras tanto, hemos de evacuar la ciudad. Lo más seguro sería dirigirse a Mirash. Necesitaremos navíos de arena, tantos como podamos emplear. Y caballos. ¿Crees que podríamos disponer de algunas de las monturas del palacio?

La incertidumbre se apodera de mí con facilidad. Aun así, me llevo la palma de la mano al corazón para calmar a la niña que albergo en mi interior. Le aseguro que soy fuerte, que cuidaré de ella de todos los modos posibles. «Estás a salvo», pienso. «Conmigo estás a salvo.»

—Esa pregunta la puede responder Amir —le digo—. He de encontrarlo. Si…

No. No quiero pensar en posibilidades aciagas.

—Pues lo encontraremos —dice Notos—. A él y a Tuleen. —Sus ojos llamean al cruzarse con los míos, con una promesa inquebrantable—. Nos aseguraremos de que estén a salvo.

Sí. El rey y la reina de Ammara deben sobrevivir. El futuro del reino depende de ello.

—¿Y qué pasa con los umbrandantes? —pregunto en voz baja.

Notos clava la vista más allá de mi hombro. Un viento caliente me sopla entre los gemelos. Bajo la oscuridad que se extiende, las sombras empiezan a cubrir el anillo inferior de Ishmah. A esta distancia, quienes huyen parecen tan pequeños como hormigas.

Salen en tromba por las puertas de la ciudad y atraviesan las dunas a pie o a caballo. Son el almuerzo perfecto para los umbrandantes que deambulan por el desierto.

—No podemos matarlos a todos —dice Notos—. Son demasiados.

A juzgar por la frecuencia de los gritos, mucha gente no escapará con vida. Veo ahora mismo que un grupo de ciudadanos sucumbe al beso succionador de almas de las criaturas. Sus cuerpos se derrumban en la arena. Segundos después, las cenizas de sus cuerpos resecos se esparcen con el viento. Jamás me he sentido tan impotente como ahora, al ver caer a mi pueblo. Soy mortal y soy débil. Esa es la amarga verdad.

—¿Podría pedirle ayuda al Señor…, a tu hermano?

Notos niega con la cabeza, con evidente frustración.

—Euros no tiene ninguna lealtad hacia mí, ni yo hacia él. Bastante me sorprende que haya respondido antes a mi llamada.

—¿Y qué pasa con tus otros hermanos?

—No hay tiempo. El mensaje tardaría días o incluso semanas en llegar hasta ellos. Y de todos modos dudo que respondan. Jamás hemos tenido buena relación. —Frunce el ceño, y la piel cuarteada de sus ojos se arruga, como grietas sobre arcilla endurecida—. Vamos a dirigirnos al palacio…

—Sería mejor separarnos —interrumpo.

—Será una broma.

—Tú mantén a raya a los umbrandantes —digo—. Y busca a la bestia si puedes. Yo me dirigiré al palacio en busca de Amir y Tuleen.

Y de Roshar, aunque lo más probable es que haya huido de la capital con su preciado Zarqan bajo el brazo.

El Viento del Sur me mira como si le acabase de proponer que nos desnudásemos en medio de una tormenta roja.

—No nos vamos a separar. Allá donde vayamos, iremos juntos.

—Hemos de separarnos —insisto—. Si estás ocupado protegiéndome, no podrás contener al ejército del príncipe Balior ni a los umbrandantes.

—Tampoco podré luchar contra ellos si estoy preocupado por si estás muerta en algún callejón —gruñe entre dientes.

Yo suelto un fuerte resoplido por la nariz. No lo voy a convencer. El Viento del Sur es de lo más terco.

—Notos, entiendo lo que dices, pero no hay tiempo.

Él se mece sobre los talones. Está tan alterado que tiene que mover el cuerpo de alguna manera. La arena empieza a arremolinarse entre sus piernas.

—Nos dirigiremos al palacio. Una vez que hayamos encontrado a Amir y a Tuleen, regresaremos al…

—Que no me estás escuchando —espeto. Mi voz se rompe, se hace pedazos—. No puedo enfrentarme a los umbrandantes. Sé que soy inútil en una batalla. —Puede que el violín me concediese alguna ventaja en el laberinto, pero lo he perdido. Y de todos modos, me proporcionaba música, no milagros—. No nos vamos a separar mucho tiem…

—¡No puedo volver a perderte! —ruge. Luego suelta el aliento y hunde los hombros, sin ánimo para seguir peleando—. Otra vez no —murmura.

La muerte me ha pisado los talones toda la vida. Conozco bien el miedo paralizante que provoca. Es injusto, pero es que la vida es injusta. Esto es lo que debemos hacer. Si hemos de salvar Ammara, tenemos que separarnos, aunque sea por poco tiempo.

Alargo los brazos hacia él y rodeo su cuerpo ancho y fuerte. Lo atraigo hacia mí. Está temblando.

—No me vas a perder —le susurro, pegada a su cuello—. No lo permitiré.

Me resulta tan sencillo como respirar: pego mis labios a los suyos, le ofrezco amor y consuelo sin palabras. Nuestros cuerpos encajan como azulejos de un mosaico. La fuerza de sus brazos me rodea: un exterior endurecido que protege un corazón tierno.

Cuando nos separamos, llevo una mano a su mejilla, con los ojos húmedos. Hemos llegado muy lejos los dos juntos. Es algo que no creí posible. Pero ya no soy una chiquilla herida. Y él ya no es un

dios exiliado. Nos pertenecemos el uno a la otra. Hemos construido nuestro propio hogar.

—Despéjame el camino al palacio —le pido—. Te encontraré cuando haya acabado.

Notos acuna mi rostro con sus manos cálidas y endurecidas.

—Te quiero —dice—. ¿Confías en mí?

—Sí —susurro—. Confío en ti. —Y a continuación, en tono más bajo—: Yo también te quiero.

Sus ojos se suavizan. Me estrecha entre sus brazos.

—Pues ha llegado la hora de que despliegues las alas.

Una fuerte ráfaga me impulsa hacia las alturas. Grito, y mi vestido se sacude entre mis piernas al ascender. Luego caigo en picado. Me quedo sin aire en los pulmones. El viento amortigua la caída, me acuna en medio del cielo para luego enderezarme. Desde abajo, Notos grita:

—¡Rápido, Sarai! Ya te alcanzaré.

Por supuesto, ha usado lo poco que le quedaba de poder para ayudarme. Valiente dios frustrante, maravilloso, insufrible y entregado.

Corro. El viento me impulsa, me lleva hacia delante. Me pican los ojos por el humo a medida que me acerco a la capital. Ahí abajo, Ishmah está en llamas. Los edificios son pequeños bloques de piedra roja, como juguetes. Las personas son brillantes puntos de telas de colores. Poco a poco, el viento empieza a bajarme hacia las calles de la ciudad. Me duele el corazón ante lo que veo. El caos se extiende por todas partes.

Jamás había visto tantos umbrandantes. Debe de haber cientos de ellos. Deambulan por todas partes, como moscas alrededor de carroña. Rasgan la carne, sorben la vida y el aliento de los vivos. Y mientras tanto, hordas de ciudadanos corren por la Calzada de la Reina. Arrastran carretas, cabras, niños, todo lo que puedan cargar. Algunos no tienen suerte. Son lentos, están enfermos, son ancianos. Presas fáciles. Aparto los ojos y capto destellos plateados entre las sombras ahí abajo. El ejército del príncipe Balior acorrala a los

ciudadanos de Ishmah como si fueran cabras de camino al matadero.

Mis pies aterrizan al fin sobre tierra firme y me dirijo a toda prisa al palacio, arrastrada entre la corriente de quienes huyen. Las calles están tan atestadas que es como atravesar una muralla de carne. El sudor chorrea por todos los poros de mi piel, me resulta difícil respirar por culpa de la humareda cada vez más densa. Inspiro entrecortadamente, resollando.

Me rodean manos anhelantes, desesperación cerril. Intento mantenerme en pie. Mis súplicas para que me abran paso caen en oídos sordos. Una carretilla choca contra mis gemelos. El codo de otra persona se me clava en la cadera.

El camino describe una curva al pasar por los jardines públicos. El aire se vuelve aún más abrasador, lo baña todo de luz anaranjada. Más allá de la verja de hierro, las numerosas plantas del jardín sucumben bajo las llamas, que saltan entre árboles, arbustos y parterres. Contengo una tos; me arde la garganta. Y entonces alguien grita. Mi cabeza latiguea. No veo nada detrás de mí, pero… ahí. Dos umbrandantes avanzan, lanzando golpes entre la multitud. Los chillidos son escalofriantes; el camino está bloqueado al frente. Cambio de dirección y corro por un callejón lateral.

Por desgracia, muchos han tenido la misma idea que yo. Intento colarme entre una familia numerosa cuando de pronto una mujer escuálida se gira hacia mí, con ojos enrojecidos y lacrimógenos.

—¿Dónde está mi hijo? —exclama—. ¡Tengo que encontrar a mi hijo!

Recorre con la mirada mi vestido, mi rostro desnudo y empapado de sudor. Sus ojos se desorbitan al reconocerme.

—Princesa Sarai. —Susurra mi título como si se tratase de una fortuna olvidada hace mucho—. Por favor, ayudadme.

Una mano con forma de garra me aferra del brazo. La mujer me empuja contra la pared de un edificio.

—Suéltame —gruño, pero no puedo librarme de ella.

—¡Es la princesa Sarai! —grita la mujer, entre lágrimas—. ¡Ha venido a salvarnos!

La multitud que nos rodea se abalanza sobre nosotras, se aplasta contra las paredes, trepa por montículos de residuos.

—¡Princesa!

—Mi hermana ha desaparecido, alteza…

—Haced algo para ayudarnos…

La negrura empieza a nublarme la vista, pues el humo no deja de volverse más denso. El fuego se extiende sin cesar. Aparto a la mujer de un empujón, con un jadeo. Ella vuelve a abalanzarse sobre mí, como un animal enjaulado.

—Tenéis que dejarme pasar —consigo decir.

Nadie se mueve. Mis ojos vuelan hacia un lateral y escrutan el callejón. A la izquierda, el camino está bloqueado. A la derecha también. Sin embargo, un puñado de cajones cercanos bien podría proporcionarme acceso al tejado de metal. Si no puedo avanzar ni retroceder, quizá tenga que ascender.

De un potente empujón, arrojo a la mujer de espaldas. Salto sobre el cajón más bajo y trepo hacia el tejado inclinado. Me aúpo, y el metal caliente me abrasa las palmas de las manos. El dolor me electrifica y consigue que me yerga de golpe sobre la pendiente. Me giro y contemplo a la multitud reunida. Todos me miran, esperanzados.

—Lo siento —exclamo.

No puedo ayudarlos a todos. Yo también necesito encontrar a mi familia. El sentimiento de culpa me encoge el corazón, pero giro en redondo y avanzo a saltos por los tejados en dirección a mi casa.

El camino es traicionero. He de desplazarme entre el metal candente que corona la Ciudad Roja. Pongo mucha atención donde piso, evitando agujeros y zonas debilitadas por el óxido. Por suerte, las casas están muy juntas, así que no tardo mucho en alcanzar el anillo superior. Al cabo llego a un hueco demasiado grande y me veo obligada a bajar al nivel de la calle.

Cuanto más me aproximo al palacio, más denso se vuelve este humo hecho de sombras. Estoy empapada bajo el algodón del vestido; tengo tanto calor que parece que se me vayan a derretir los huesos. El aire respirable sigue menguando, y me tiembla la vista.

Otro recodo. De pronto me tambaleo y he de apoyarme contra un edificio, jadeando. Algo más adelante, la calle está cubierta de cadáveres. Mi mirada escruta las calles y callejones. Vislumbro una estrechísima salida, apenas un sendero. Me estrujo para pasar entre dos carromatos volcados y de pronto me encuentro frente a la esquina oriental del palacio.

Corro cuesta arriba, esquivando a varias cabras perdidas, madres desesperadas, centinelas cubiertos de hollín que intentan dirigir el trasiego de gente. Algo explota a mi derecha. Los gritos son tan numerosos que se convierten en un zumbido. Y entonces… llego al palacio. Está rodeado de un enjambre de ciudadanos histéricos que aporrean las murallas exteriores. Dos mujeres me apartan de un golpe mientras corren desesperadas hacia las puertas, que están firmemente selladas.

Lo más probable es que los guardias hayan abandonado sus puestos y hayan huido de Ishmah con el resto de la gente. Nadie puede entrar, lo cual significa que debo encontrar otra vía de acceso.

Me abro paso entre la multitud hacia un grupo de edificios anodinos a la sombra de una de las enormes murallas. Sin embargo, mis pasos vacilan al ver lo que tengo delante. Oh, no. No, no, no… Aquí estaba el túnel que llevaba a los establos, pero un edificio se ha derrumbado y bloquea el camino.

—¡Alteza! —Giro en redondo y veo a una mujer a la que reconozco. Es una de las criadas del palacio. Tiene las mejillas cubiertas de ceniza—. Por aquí. —Me llama con un gesto desde un callejón al otro lado de la calle.

Las dos nos internamos por un túnel oculto cuya ubicación yo no conocía. Llegamos a una bifurcación y la mujer señala a la izquierda.

—El salón del trono está por ahí. Buena suerte, alteza.

Desaparece por el otro túnel. Yo avanzo. Después de lo que podría ser un kilómetro, el túnel desemboca en un almacén bajo las cocinas. Paredes de piedra áspera, oscura. El espacio es muy estrecho y en el aire flota un dulce olor a grano.

Poco después estoy subiendo las escaleras hasta el tercer piso. Aprieto el paso por el suelo de mármol, corro por pasillos ribeteados de columnas, dejo atrás jardines con estanques. No hay guardias. No hay sirvientes. Lo único que ocupa los salones del palacio es el humo.

A medio camino por un pasadizo me detengo, sin aliento, al ver una puerta a mi derecha. El letrero sobre la puerta está torcido: «Sastre Real.» Me meto dentro.

—¡Roshar!

Coloridos rollos de tela ocupan todo el suelo y las mesas del taller, pero aparte de eso, el espacio está vacío. La presión de mi pecho se relaja apenas un ápice. Bien. Sea donde sea donde esté Roshar, será mejor que estar aquí.

Los aposentos de Amir no están lejos. Llego en apenas unos minutos. El umbral no tiene puerta; la echó abajo Notos, como vi en el espejo del laberinto. El dormitorio, vacío. El despacho, vacío. Todo está vacío. Doy vueltas en círculos sin parar. ¿Dónde pueden haber ido? La última vez que vi a Amir y a Tuleen, los umbrandantes intentaban entrar en sus aposentos. Pero… no se trataba de estos aposentos, sino de los del rey. Amir debe de haberse instalado allí después de su coronación. Están al final del pasillo. No hay guardias junto a la entrada. El pomo cede al girarlo y la puerta se abre sobre goznes bien engrasados.

En el otro extremo de la sala hay una ventana abierta. Las cortinas se mecen bajo el viento cargado de humo. La enorme cama está pulcramente hecha. Todo está cubierto de una fina capa de cenizas.

—¿Amir? —Lentamente, me desplazo hasta la biblioteca—. ¿Tuleen?

Abro la puerta de un leve empujón. Vacía. Y también los dos salones. Una alarma creciente me lleva hasta la puerta que conecta con las estancias de la reina, que también están vacías. Vuelvo por donde he venido y giro hacia el despacho del rey. Y es ahí donde me encuentro a Tuleen, agazapada tras un escritorio junto a la ventana, con una mordaza en la boca. Al verme entrar, sus ojos se desorbitan.

La puerta se cierra de golpe a mi espalda.

32

—Gracias por unirte a nosotros con tan poca antelación, Sarai.

El príncipe Balior se acerca tan campante por el despacho hacia el rincón donde han dejado tanto a Tuleen como a Amir. Están atados, amordazados, con el rostro hinchado y magullado. Nos encontramos en la parte alta del palacio, entre las nubes y el humo arremolinado. El cielo está pintado de negro. Un aire denso y preñado de polvo entra por la ventana, pero el príncipe Balior parece totalmente despreocupado ante la grisura que se desplaza por la estancia. Yo toso a causa de la abrasión que siento en la garganta. Tras el príncipe Balior se extienden la ceniza y las llamas.

A pesar del terror que me debilita las rodillas, me obligo a enderezarme. Sin vacilación. Sin miedo.

—¿Acaso has perdido el juicio? ¿De qué te va a servir este reino si lo quemas hasta los cimientos? —Señalo al rey y a la reina de Ammara—. ¿Así piensas tratar a la gente bajo tu nuevo régimen? Eres una desgracia.

Él curva el labio superior.

—Tus intentos de avergonzarme no darán resultado. Deberías darme las gracias por haber permitido que estos dos sigan con vida. Sobre todo ella, que se ha mostrado especialmente salvaje. —Se señala un tajo cerca del ojo del que aún mana sangre.

Una profunda sensación de orgullo me hincha el pecho. Tuleen es toda una luchadora.

—Deja que se vayan. No te han hecho nada.

—¿Crees que soy un necio? —Se pasa los dedos por entre el cabello—. No, me parece que de momento los voy a dejar aquí.

Me abalanzo sobre mi familia, pero unos zarcillos sombríos se desplazan por el suelo, me agarran del tobillo y me arrojan hacia atrás de un tirón. Mi espalda choca contra una pared y caigo con un fuerte resoplido. La sombra retrocede y vuelve a la palma extendida del príncipe, donde se desvanece.

—Princesa Sarai. —Da un paso al frente y la oscuridad se acumula bajo sus botas, como si pisase sobre charcos de tinta—. Por desgracia, tus modales parecen haber empeorado durante el tiempo que hemos estado separados. Deja que te lo explique. Por la presente eres mi invitada; vas a presenciar todo lo que está a punto de suceder. Te moverás solo si yo te lo permito.

Nada de esto es real. Pero los gritos son demasiado penetrantes como para confundirlos con otra cosa. Los ojos de mi hermano y de Tuleen están desorbitados de miedo y desesperación. Con cautela, me pongo en pie. El príncipe Balior no es un dios, pero tiene el mismo poder que si lo fuera. Un regalo de la bestia a la que ha liberado.

—¿Qué quieres? —exijo saber.

Él chasquea la lengua.

—Admitiré —dice— que no te creía capaz de escapar viva del laberinto. Pero poco importa ya. Me alegra tener más público. Así de hospitalario soy.

Examino al príncipe con cuidado. Da la sensación de ser más alto de lo que era la última vez que nos vimos. Sus ojos negros parecen absorber la luz en lugar de reflejarla. Se muerde el labio inferior con unos dientes de un blanco resplandeciente. Tiene las mejillas henchidas, como manzanas maduras, y los pómulos tocados de un saludable tono rosado.

—Ya has hecho lo que viniste a hacer —digo en tono brusco—. Lo has conseguido. Márchate de Ammara, deja a su pueblo en paz. Permítenos reconstruir la capital. No te pertenece.

El príncipe Balior me contempla como se contemplaría a una niña particularmente obtusa.

—A mí Ammara me da igual. Siempre me ha dado igual. ¿De qué me sirve a mí un reino en franca decadencia? Vuestros embalses se secan. Vuestras cosechas languidecen. No tengo motivo alguno para quedarme aquí. Al contrario, Sarai. Lo que estoy haciendo es esperar.

¿Esperar a quién? Pero en realidad ya lo sé.

La más leve sonrisa asoma a su boca.

—Notos es una persona muy sensata. No querrá que la familia de su amada sea asesinada sin motivo alguno. —La sonrisa se ensancha—. Sois mi moneda de cambio, querida.

Entonces comprendo lo que he hecho. Mi presencia no hace sino contribuir al éxito del plan del príncipe Balior. Tres rehenes en lugar de dos. Siento náuseas, estoy mareada por culpa del asfixiante humo. Se me nubla la vista y me agacho en el suelo, en busca de aire puro.

—No les vas a tocar ni un pelo —siseo—. No te lo permitiré.

Con aspecto despreocupado, el príncipe Balior se mete las manos en los bolsillos de los pantalones.

—¿Y quién me va a detener?

Miro en derredor, desesperada. Amir intenta ponerse en pie con esfuerzo, pero el príncipe Balior le arrea una fuerte patada en el abdomen. Se le escapa un grito gutural, amortiguado por la mordaza que le tapa la boca. Tuleen está sentada, casi inmóvil, con expresión vacía. No tengo la menor idea de dónde está Notos, de en qué estado se encuentra. No tengo modo alguno de defenderme, ni a mí ni a mi familia. Pero no es la primera vez que me enfrento a la adversidad. Soy una superviviente de la cabeza a los pies.

Giro en redondo y agarro un candelabro de una mesa cercana. Lo arrojo con todas mis fuerzas a la cara del príncipe Balior. De la palma de su mano brota un puñado de sombras que me derriban tanto a mí como al candelabro volador al mismo tiempo.

Despacio, Balior se me acerca, con las facciones petrificadas en un rictus de rabia inhumana. Yo retrocedo a gatas hasta que mi espalda choca contra la pared.

Su poder de ébano me rodea el cuerpo y me estrella una, dos, tres veces contra la piedra. Siento un estallido de dolor en el cráneo; veo las estrellas. Un grito amortiguado se cuela entre el zumbido de mis oídos. ¿Será Tuleen o Amir?

Me hundo bajo el peso de la sombra. El dolor es tan intenso que se me encoge el estómago. Siento la cabeza a punto de estallar. Algo me gotea por el cabello…, sangre.

Cuando consigo abrir los ojos, veo las hermosas facciones del príncipe Balior a menos de un palmo de distancia.

—De verdad te digo que no quiero hacerte daño —susurra. Su aliento fresco me acaricia la boca—, pero, si sigues negándote a cooperar, no me quedará más remedio.

Me suelta. Mis extremidades se doblan y me desplomo contra la pared, gimoteando a causa del dolor que se acumula tras mis ojos, que se me clava en el cuello. Con bastante esfuerzo, consigo centrar la atención en las siluetas arrebujadas de Amir y Tuleen. Mi hermano lleva la mordaza atada con tanta fuerza que se le dibujan líneas blancas en las comisuras de la boca.

—¿O prefieres a lo mejor que castigue a tu familia en vez de a ti? —prosigue el príncipe, y se gira hacia los monarcas de Ammara—. ¿Serviría para que te lo pensases mejor?

Dicho esto, ataca con sus sombras a mi hermano. La negrura inunda las facciones de Amir, que se ve sacudido de un lado a otro, con brazos y piernas atados, incapaz de liberarse.

—¡Basta, por favor! —Caigo hacia delante y me arrastro hacia el príncipe Balior. Me tiemblan los brazos a causa de mi propio peso. Todo mi entorno se emborrona y vuelve a perfilarse—. Cooperaré…, pero no les hagas daño.

El príncipe reflexiona sobre mi súplica, pondera mi desesperación. Aprieta un puño y la sombra se desvanece. Amir se derrumba sobre el suelo, jadeando, con los ojos desorbitados. A mí se me contrae el

pecho. De no haber estado tan consumida por el resentimiento hacia Notos, ¿habría sabido identificar las aviesas intenciones del príncipe? Si no soy capaz de matarlo, ¿qué he de hacer?

—Me alegra saber que has cambiado de opinión, princesa Sarai. —Me dedica una mirada de compasión—. Lo único que necesito es una audiencia con el Viento del Sur. No puedo arriesgarme a que mate a la bestia que he liberado. De lo contrario arruinaría mis planes. Estoy seguro de que lo entiendes.

—¿Y cuáles son tus planes? —Aparte de propagar la oscuridad por los reinos mortales.

—Por desgracia, no puedo decírtelo.

Valiente necio arrogante.

—Has sido engañado —digo con voz firme—. Eres una herramienta para la bestia, nada más. Le has concedido lo que deseaba, la libertad, y ahora ya no le resultas útil.

Compruebo con satisfacción que las palabras le impactan. Capto un sutil cambio en sus facciones.

—La bestia necesita mi protección hasta que tenga pleno uso de sus facultades, hasta que se complete su transformación. Sin mi protección es vulnerable.

—¿Y qué pasará cuando se haya recuperado del todo? —insisto, y veo que las leves grietas de su seguridad se agrandan—. ¿Quién dice que no recuperará el poder que te ha concedido?

Él alza una mano, con una mirada oscura en los ojos. Entonces la puerta sale volando de sus goznes y recorre toda la estancia hasta estamparse contra las estanterías con un estruendoso crujido de astillas. Varios tomos pesados caen sobre el escritorio, que acaba volcado. Tuleen ahoga una exclamación bajo la mordaza, al tiempo que el príncipe Balior me agarra del pecho y me levanta de un tirón, rodeándome la cintura con un zarcillo sombrío.

El Viento del Sur agacha la cabeza para entrar en la habitación impregnada de humo. Un viento inmenso aúlla y se convierte en un vórtice arremolinado de humo, ceniza y escombros. Un instante después, el viento muere. En silencio, Notos recorre todo el espacio

con la mirada: los monarcas de Ammara, atados y amordazados; yo misma, inmovilizada contra el pecho del príncipe Balior. La túnica de Notos le cuelga de los hombros, hecha jirones. Trae la piel y el pelo salpicados de sangre y cenizas. Sus ojos están vacíos, completamente desprovistos de emoción.

—Te lo voy a poner fácil —gruñe Notos con una voz tan preñada de rabia que casi no la reconozco—: suelta a Sarai y a su familia y te concederé una muerte rápida.

Sin embargo, el príncipe se limita a sonreír.

—Bienvenido, Notos. Me alegro de que hayas podido venir. —Hace un gesto hacia el despacho, que ahora no es más que un puñado de muebles astillados y pergaminos. Todo está cubierto de hollín—. Me habría gustado que pudiésemos encontrarnos en, digamos, circunstancias más amigables.

Notos da un paso al frente.

—Suelta a Sarai. Ahora.

El príncipe ladea la cabeza, contemplativo. Pasea la vista entre Notos, Amir, Tuleen y yo. Luego suelta un largo suspiro.

—Bueno, eres duro negociando —dice, deshaciéndose en sonrisas—. Pero está bien. —Señala a la cintura del Viento del Sur—. A cambio de la libertad de tu prometida, me entregarás tu espada. Y tu vida.

La mano de Notos se acerca a la empuñadura. El arma cuelga, protectora, en su vaina de cuero.

—Si piensas que te la voy a dar, es que estás loco —gruñe—. Por última vez: apártate de Sarai si valoras tu vida.

El príncipe Balior se echa a reír sin parar.

—¿Quieres que me aparte de ella? Es sencillo: dame tu arma.

—Ya te he respondido —dice Notos entre dientes.

—Creo que no comprendes lo peliaguda que es vuestra situación —replica el príncipe Balior.

La sombra que rodea su cuerpo me sube por el pecho hasta cerrarse amorosamente alrededor de mi garganta. Con lentitud, la sustancia se endurece. Yo agarro su forma viscosa y forcejeo con

ella sin el menor éxito. La soga se va apretando más y más. Unas manchas negras aparecen ante mis ojos, en medio de esta luz enfermiza. Resuello, cada vez más débil.

Se oyen un rugido y un estruendo. La soga se desvanece y yo me desplomo. Una punzada de dolor me recorre el cráneo al chocar contra el suelo. Notos alza la cimitarra y le lanza un tajo al príncipe Balior, que levanta un escudo sobre el que se desliza la hoja. Notos retrocede y le arroja una fina esquirla de aire al príncipe, que se tira al suelo y rueda sobre sí mismo. Un latido después vuelve a levantarse e invoca una cúpula protectora. El viento impacta en ella con un gran estruendo. Una sombra mana del príncipe Balior, una criatura hecha de tinieblas con muchos brazos que se abalanzan sobre Notos y lo agarran de las muñecas, las piernas, la cintura, el pecho. El Viento del Sur ruge e intenta liberarse. El viento intenta cortar dos de los brazos, que se disuelven pero vuelven a tomar forma de inmediato.

Ambos hombres desaparecen tras la creciente nube de humo. Yo aprovecho la oportunidad para arrastrarme hasta Amir y Tuleen. Sus rostros cubiertos de ceniza asoman bajo las mordazas, pálidos de miedo. Casi he llegado hasta Tuleen cuando una bola de sombras destroza las estanterías. A ella se le desorbitan los ojos y empieza a sacudir la cabeza, frenética. Algo se enrolla alrededor de mi cintura y me lanza hacia atrás de un tirón. Me estrello contra el pecho del príncipe Balior.

—Basta ya —espeta, y, de pronto, una larga daga de acero se materializa en medio de la oscuridad que mana de su mano extendida.

Yo contemplo la daga. Mi hermano está apoyado contra una pared, con los brazos en una postura antinatural, porque se ha dislocado el hombro al intentar librarse de sus ataduras. Tuleen, por su parte, contempla al príncipe Balior con total repugnancia. El miedo que la ha obligado a agazaparse en el suelo se ha endurecido, se ha convertido en algo irreductible, implacable.

—¿De dónde has sacado esa arma? —pregunta Notos. Contempla como hipnotizado la empuñadura: gemas talladas y acero bruñido.

—La he conjurado del reino de los dioses. —Me la coloca bajo la mandíbula y la aprieta contra el punto del cuello donde me late el pulso. Yo me encojo ante el beso helado del metal—. Ahora ya ves que hablo en serio. Con esta arma tocada por los dioses puedo matarte yo mismo si es necesario, pero prefiero darte la oportunidad de acabar con tu existencia en tus propios términos. Si te niegas, tu amada morirá.

Aprieto los dientes e intento reprimir las lágrimas. El dolor que siento en la parte trasera del cráneo se ha vuelto insoportable. Me siento a punto de desmayarme.

—¿Por qué haces esto? —le siseo al príncipe—. ¿Por qué no te marchas de Ammara tal y como viniste? Regresa a Um Salim y déjanos reconstruir todo lo que hemos perdido.

—Pretendo reconstruirlo todo, Sarai. —Roza la herida que tengo en la parte de atrás de la cabeza. Yo me encojo con un gemido bajo—. Pero esta tierra será diferente ahora que la bestia ha sido liberada. Con el poder que me ha sido concedido, puedo gobernar sobre Um Salim y extender nuestras fronteras, compartir nuestra prosperidad con naciones menos desarrolladas. Puedo asegurarme de que nuestro reino jamás tenga que inclinarse ante fuerzas mayores.

—Necio. —La voz del Viento del Sur es puro trueno—. ¿Tienes la menor idea de lo que has hecho? La bestia hará llover fuego sobre tu reino y sobre todos los demás.

El príncipe Balior le dedica una mirada insulsa.

—La opinión que tengas de mí me da igual, Notos. Sé bien de lo que es capaz la bestia. Y sé bien que busca venganza. No puedo arriesgarme a que le claves una espada tocada por los dioses una vez que haya recuperado su forma humanoide.

Porque el poder del príncipe Balior depende de la vida de la bestia, comprendo. Aunque no es divina en sí misma, sí que es

descendiente de un toro divino. Es vulnerable a las armas tocadas por los dioses.

El príncipe desliza la punta de la daga por mi clavícula y dice:

—Podemos hacerlo por las buenas o por las malas. Tu vida o la de Sarai. Tú eliges.

El Viento del Sur se queda petrificado. Un gemido amortiguado sale de la boca de Amir, que se arrastra de rodillas hacia delante hasta que un látigo de sombras le golpea la cabeza y se la sacude hacia un lado. Verlo me estremece por completo. El príncipe escupe un juramento. Clava las puntas de los dedos justo en la articulación de mi cuello, junto al hombro, y me obliga a quedarme quieta. Yo jadeo, con los ojos desorbitados de desesperación.

—No te lo voy a volver a preguntar —dice el príncipe Balior.

El Viento del Sur estudia a su adversario. Poco importa que no sea mejor espadachín que él. Ahora mismo, el príncipe tiene ventaja.

—Acepto el trato —dice Notos—. Con una condición. No quiero morir por mi propia cimitarra, pues hace muchos siglos que me acompaña. Te la cambiaré por tu daga y me quitaré la vida a cambio de la de ella.

Yo lo miro, boquiabierta.

El príncipe Balior también se queda pasmado, a juzgar por el silencio que sigue. Sin embargo, es un hombre muy codicioso. Quiere lo que quiere.

—Acepto.

—Notos, no. —Se me rompe la voz.

Él me mira, con ojos increíblemente tristes. Mis pulmones se crispan, se me corta la respiración. El humo desciende como un denso velo entre nosotros. ¿Por qué me siento como si ya hubiera muerto?

—Si se te ocurre alguna jugarreta —advierte el príncipe Balior—, le romperé el cuello.

—¡Espera! —Vuelvo a forcejear. El príncipe Balior me clava los dedos más hondo en el hombro y me obliga a quedarme quieta. La sombra se aprieta sutilmente en torno a mi cintura—. Esta… esta no

es la solución. Notos, por favor…, piensa en lo que estás haciendo. —Mi pánico crece sin parar. Debe de haber otro modo. Una laguna en su razonamiento. Sin embargo, en este momento me siento impotente, poco más que un animal que da vueltas en su jaula—. Una vez que lo hagas, no habrá vuelta atrás.

Él agacha la cabeza, con gesto derrotado.

—Si he de elegir entre tu vida y la mía —dice—, no hay nada que elegir. Doy de buena gana mi vida por la tuya, Sarai.

El Viento del Sur le tiende la espada por la empuñadura, y la daga del príncipe flota por el aire hasta su mano extendida. Notos contempla el brillo opaco de la hoja, la punta afilada. Me mira a mí. Y entonces comprendo que ha tomado la decisión. Aprieto los dientes, temblando. Me corren lágrimas por la cara.

—No te vayas —susurro.

—Perdóname —dice Notos, y se clava la daga en el corazón.

Hay un grito.

Es un sonido estridente y quebrado que proviene de las más oscuras profundidades del dolor. El grito sigue y sigue. No me doy cuenta de que brota de mí hasta que la tensión de mi garganta me obliga a cerrarla y, de pronto, el alarido se corta de golpe.

La sangre empapa la túnica del Viento del Sur. Se le escapa una brusca exhalación, un sonido húmedo y roto. Dobla la columna hacia delante, como una torre de piedra que se desploma. Yo me abalanzo hacia él y lo agarro antes de que caiga al suelo.

El príncipe Balior contempla al dios caído con gesto desapasionado. Luego mira a Amir.

—Dile al hermano de Notos que la bestia va a por él.

Dicho esto, se confunde con las sombras y desaparece.

Siento que el corazón se me va a salir del pecho. Apoyo a Notos en el suelo; la alfombra ya está empapada de sangre. Me va a abandonar. No quiere irse, pero estoy viendo igualmente cómo desaparece.

Un juramento en voz baja aparta mi atención de Notos. Tuleen se libra de la cuerda; ha conseguido desatar el nudo. Después de

liberar a Amir, se me acerca a trompicones y se quita la mordaza de la boca.

—¿Cómo te ayudo?

El Viento del Sur me mira, con la respiración trabajosa. Sus ojos están nublados; ya no es capaz de centrar la vista.

—Busca un sanador… si puedes —susurro.

Tuleen sale corriendo de la habitación. Amir la sigue, probablemente para asegurarse de que su esposa no sufre ningún daño. Y entonces, Notos y yo nos quedamos solos. Su silueta se convierte en un borrón ante mí; las lágrimas de mis ojos la distorsionan antes de caer. El aire está cargado, afilado. Me duele respirar y necesito hacer un gran esfuerzo para alzar las manos y colocarlas sobre las ásperas mejillas cenicientas del Viento del Sur.

—¿Por qué? —pregunto con voz estrangulada—. ¿Por qué lo has hecho?

—Shhh. —Una mano grande se cierra sobre la mía para aplacar el temblor que me recorre desde el centro de mi ser—. No desesperes.

Sus ojos se cierran, temblorosos. Al verlo, me abalanzo sobre él con un agudo grito:

—¡Notos!

Abre de nuevo los ojos, y yo suelto un aliento tembloroso.

—Pensaba… —No puedo decirlo. No puedo hacerlo real—. ¿Qué hago? ¿Cómo te curamos?

Miro en derredor. El humo ahora es muy denso. Es difícil hablar y hasta respirar. Pego la boca al hombro y toso, me restriego los ojos empañados de lágrimas.

—No se puede —dice él en tono quedo—. La muerte por arma tocada por los dioses es irreversible.

Mi corazón, ese órgano incrustado de diamantes, se encoge hasta hacerse añicos.

—No —susurro—. No, no, no, no… Eres inmortal. Saldrás de esta. No es más que una estúpida hoja.

—Está tocada por los dioses.

—Pero… tú eres el Viento del Sur. Puedes hacerlo todo —susurro, cada vez más angustiada—. Lo he visto. Eres imparable, resiliente…

Se me quiebra la voz y agacho la cabeza. Tengo los ojos tan anegados de lágrimas que las facciones del Viento del Sur se han convertido en una mancha cálida.

—No es justo —lloro—. Acabo de recuperarte y… —«No puedo perderte.» Ahora que sé que voy a vivir, ¿cómo puedo aceptar que sea a este precio? Me llevo un puño al pecho para aliviar la presión que siento. Se me contrae el semblante y se me escapa otro sollozo quebrado de entre los labios—. ¿Por qué me abandona siempre la gente a la que amo?

—No te voy a abandonar, Sarai.

—Sí que me vas a abandonar.

—No, o al menos no voluntariamente. Mírame. —Me levanta la barbilla y me mira a los ojos—. Estaré aquí siempre. —Coloca dos dedos a la altura de mi corazón—. Por favor, escucha lo que tengo que decirte.

Mis dedos rozan los suyos, como un hilo fortísimo que nos atará para siempre.

—No puedo…

—Por favor. No me queda mucho tiempo.

Aprieto los dientes en un intento de reprimir el grito que martillea contra mi mandíbula apretada. Impotente, asiento.

—Hay cosas que… lamento —empieza a decir Notos, con palabras lentas y enredadas—. De haber sabido que mi hogar eras tú, le habría plantado cara a Fahim. Jamás te habría abandonado. Eres mi corazón, en todos los sentidos de la palabra. Eres la mujer con la que imaginaba que pasaría el resto de mis días.

—No pasa nada —lo consuelo, y recojo una lágrima que le brota por el rabillo del ojo—. Te perdono. Comprendo por qué te fuiste.

—Fui débil. Pensé que tu hermano sabía lo que era mejor para ti. Pensé que yo también lo sabía. Al marcharme renuncié a la persona que me era más preciada. Y ahora me voy a marchar de nuevo —susurra, a medida que la fuerza abandona su voz—. Mi única

preocupación es saber quién cuidará de ti si te marchas de Ishmah. ¿Quién te protegerá? ¿Quién te consolará? ¿Quién te amará?

Enjugo mis lágrimas, que brotan sin cesar. La verdad es que eso a mí también me preocupa. Me preocupa estar sola. ¿Cuánto tiempo iré a la deriva esta vez hasta que pueda volver a salir de esa nada negra, si es que encuentro fuerzas para hacerlo?

Pero no pienso echarle esa carga encima a Notos. Así que le digo que todo irá bien. Le aseguro que podré cuidar de mí misma. Tengo a Amir, a Tuleen, a Roshar. Tengo nuestros recuerdos.

—Sé quién soy —digo—. No tengo miedo.

Parte de la inquietud desaparece de su rostro al oír eso. Creo que he hecho lo correcto.

—No olvides nunca que eres fuerte. —Sus dedos se quedan laxos y sueltan la empuñadura de la daga que le asoma del pecho. El pomo de esmeralda está cubierto de una capa de sangre—. Eres Sarai Al-Khatib —dice con voz estrangulada y palabras torpes. Le mana sangre de la boca—. No permitas que el mundo te diga lo contrario.

—No lo permitiré —digo, con la cabeza inclinada—. Te lo prometo. Pero… quédate un poco más conmigo.

Y pensar en todas las historias que quiero contarle, en todas las risas que podríamos compartir…

La sangre fluye por entre nuestras manos unidas, se filtra por las grietas.

—Háblame de tu infancia —le digo—. Cuéntame cuál es tu sonido favorito de todo el mundo. Cuéntame… cuéntame cómo fue venir a Ammara por primera vez.

Creí que tendría el lujo de hablar de todo esto, pero ese futuro jamás existirá.

Su expresión se contrae al recordar.

—Ammara era hermosa. Jamás había visto una tierra tan enorme, tan despreocupadamente cruda. Había poder aquí, un poder más allá de mis sueños más demenciales, aunque no provenía de ningún dios que yo pudiera ver.

Le tiembla el pecho. Gira la cabeza hacia mí.

—Y entonces te vi a ti —susurra— y comprendí que la belleza que había contemplado en el desierto palidecía en comparación con el brillo de tu sonrisa, con la inteligencia de tu mirada. Me atravesaste el corazón, Sarai. Me lo sigues atravesando.

Lloro aún más, y aplasto la cara contra su hombro.

—Notos. —Mis dedos se cierran en torno a su muñeca; ese hueso es la única ancla que tengo contra esta marea creciente. Tal y como he aprendido ya, la vida seguirá. El sol se alzará, la luna completará sus ciclos. Y sin embargo, me da miedo un mundo sin la firme naturaleza del Viento del Sur—. ¿Qué puedo hacer?

—Vive la vida, Sarai. Sé feliz. —Me acaricia la cara—. Es lo único que deseo para ti.

—No quiero vivir la vida sin ti.

—Será solo por un tiempo —susurra mientras se le van cerrando los párpados—. Volveremos a vernos. Si no en esta vida, en la siguiente.

—Notos —le agarro la mano tan fuerte que bien podría dejarle un moratón—, tienes que seguir despierto.

—Sarai —dice él, arrastrando las palabras—, soñaré contigo.

Y dicho esto, el Viento del Sur se apaga.

33

A pesar de la gran esfera que es el sol, no veo más que humo.

Ishmah, abrasada y derruida, es una ruina achicharrada en las semanas que siguen al ataque del príncipe Balior. El humo es horrendo. Mis ojos se encuentran en un estado constante de irritación, aunque no sé si es por el humo o por las horas que me paso llorando. Ishmah ha soportado mucho, al igual que yo misma, al igual que todos los que tienen su hogar en la Ciudad Roja.

Hay cadáveres amontonados por las calles, tanto de personas como de umbrandantes. Desde las ventanas de mi despacho veo que la gente saca arrastrando cuerpos de los edificios derruidos: madres, primos, tíos, amigos. Seres queridos que caen de rodillas presos de la angustia. Gritan y se tiran de los cabellos. Suplican a los dioses, a cualquiera que los pueda escuchar. Cuando lo veo, me llevo una mano al corazón y les deseo la paz en el más allá.

En dos ocasiones me he internado en la ciudad en busca del consuelo de las historias de Haneen, en las que hay amistad, aventura y triunfo. Desde que la bestia escapó del laberinto, Amir se ha enterrado prácticamente en los trabajos de reconstrucción. Cuando no está en alguna reunión con el consejo o ayudando a reconstruir el anillo inferior —donde ha tenido lugar la peor parte de la devastación—, se encarga de organizar funciones para distraer a la corte de todo lo que esta ha perdido, de la certeza de que se ha liberado un mal aún mayor.

Yo no asisto a estas funciones, ni tampoco Tuleen, que está encinta. Aunque Amir hace todo lo posible para volver a recomponer nuestra ciudad, yo me mantengo encerrada. Mi mente se hace

pedazos en un esfuerzo por resolver una situación que no se puede cambiar ni alterar a fuerza de voluntad.

He escrito cartas. He depositado ofrendas en cada templo derruido, en cada santuario diminuto y olvidado. He leído cada libro, tomo, pergamino y carta de la enorme biblioteca de Ishmah. He implorado a los dioses. «Salvadle», he suplicado. «Salvad a este dios al que amo.»

El Viento del Sur sigue yaciendo en mi cama.

Tumbada en el borde del colchón, me apoyo contra él y le aparto el cabello de la frente. Su ancho pecho se hincha y se contrae con suaves exhalaciones. Su piel está caliente al tacto.

No murió, tal y como yo había supuesto cuando se atravesó el corazón con la daga del príncipe Balior. Cuando me di cuenta de que seguía con vida, derramé lágrimas de gratitud. Pero los días pasaron y no se despertó. De algún modo, se ha sumido en un sueño eterno.

Le he fallado de muchas maneras. He malgastado mucho tiempo. Muchísima amargura e ira mal dirigida. De no haber estado tan absolutamente enterrada en la cueva oscura de mi trauma, quizá el destino se hubiese desarrollado de otra manera. Tal y como ha salido todo, no hay respuestas, no hay cura.

Alguien llama a la puerta.

—¿Sarai?

Yo cierro los ojos ante una repentina oleada de agotamiento.

—Pasa.

La reina Tuleen Al-Khatib de Ammara entra en mis aposentos, vestida de negro en señal de luto. La puerta se cierra con un suave chasquido.

En lugar de acercarse a la cama, Tuleen se dirige a la ventana, cerrada tras las cortinas echadas. Agarra la pesada tela y me mira en busca de permiso.

—¿Puedo?

Me encojo de hombros, y ella aparta las pesadas cortinas. Una luz frágil se derrama por la penumbra. Acto seguido, Tuleen llena un vaso de agua de la jarra que descansa en mi mesita de noche.

—Bebe —dice, y me tiende el vaso. Lo acepto sin protestar y apuro hasta la última gota.

Tras tomar asiento en la silla frente a la cama, Tuleen me mira con preocupación.

—¿Algún cambio? —pregunta en tono vacilante.

—No.

Lo he intentado todo, pero el Viento del Sur no despierta. Ella contempla su rostro suave y terso. Tiene hinchada la piel alrededor de los ojos, señal de haber dormido poco.

—¿Qué piensas hacer?

—He hecho todo lo que he podido.

Ahora he de preguntarme qué pasará a continuación. ¿He de permitir que Notos siga durmiendo? ¿Es justo mantenerlo en este estado intermedio sin esperanza de resurrección? ¿Cómo impactaría algo así en mi vida? ¿Podré seguir adelante o me obsesionaré con lo que aflige a Notos, tal y como me obsesioné con mi propio dolor?

Tuleen se reclina en la silla.

—No sabía que eras de las que se rinden fácilmente —murmura.

Yo me envaro.

—No me estoy rindiendo. Es que…

La reina de Ammara enarca una ceja. Muy astuta. Tiene razón. No se trata de aceptar o no el estado de Notos. Se trata más bien de saber hasta dónde estoy dispuesta a llegar para que regrese. Me doy cuenta de que hay algo que no he hecho. Quizá lo único que podría despertar al Viento del Sur de ese condenado sueño.

Me pongo en pie, con la piel hormigueando por una emoción a la que no me atrevo a poner nombre.

—Volveré.

Ella hace un gesto con la cabeza, con un atisbo de sonrisa de satisfacción.

—Yo vigilaré a Notos por ti.

Sospechaba que lo haría. Pero yo…

Yo necesito un caballo.

Horas más tarde llego a la cima del Monte Syr. Un viento árido me despeina el cabello. Me apresuro a desmontar. Dejo que Zainab se ponga a pastar por entre las escasas hierbas que asoman por las grietas del suelo. El cielo en las alturas es una boca enorme que todo lo devora. En la lejanía, Ishmah resplandece bajo ondas de calor, una mancha roja y borrosa.

No hay tiempo que perder. Tal y como imagino que padre hizo hace mucho, me arrodillo ante el gran trono desde el que se ve toda Ammara, el más sagrado de sus santuarios. Estoy tan desesperada que me siento mareada. ¿Y si esto no funciona? Pero, por otro lado, ¿y si sí funciona?

—Señor de la Montaña, yo te lo imploro. ¿Me concedes audiencia, por favor?

El aire tiembla y, tras un parpadeo, el Señor de la Montaña, Euros, se hace visible, apoltronado en el enorme trono. Es portentoso, inmenso. Dos puntos brillantes relucen en el interior sombrío de su capucha.

«Hola, Sarai.» Su voz grave y áspera me pone los vellos de punta. «No esperaba verte tan pronto.»

Yo tampoco. Me inclino hacia delante y rozo con la frente la piedra erosionada del primer escalón. Hoy soy fuerte, y lo seré todos los días que me quedan.

—Señor de la Montaña, hace veinticinco años, mi padre se postró a tus pies y te suplicó que me salvases la vida. Ahora yo he venido a pedirte un favor similar.

El dios guarda silencio. Me contempla con una inmovilidad de depredador. Digo:

—Notos ha sucumbido al sueño eterno. He de saber cómo revertir su estado.

Un viento caliente sopla por esta tierra yerma. No huele a desierto, sino a dulce lluvia. Sin embargo, cuando alzo la cabeza, no

veo una sola nube que manche la franja azul del cielo.

«¿Cómo ha sucedido?», pregunta el dios.

Brevemente, le explico las circunstancias que han desembocado en el estado actual del Viento del Sur.

«Descríbeme la daga.»

—Era antigua, deslustrada. Tenía una esmeralda en el pomo.

Él se endereza…, la única señal de interés que capto.

«¿Una esmeralda, dices?»

Asiento, curiosa.

«Si eso es cierto, parece que el príncipe Balior se las arregló para hacerse con una hoja tocada por los dioses. El pomo de esmeralda distingue a las armas que pertenecen al dios Sueño, que las suele empapar con un poderoso elixir. Parece que ese elixir ha infectado a Notos. Por desgracia», prosigue el Señor de la Montaña, «eso significa que no puedo ayudar a Notos.» No suena en absoluto afectado, aunque supongo que no debería sorprenderme habida cuenta de la última interacción que tuvieron los dos hermanos. «Ni siquiera yo tengo poder para anular la influencia de Sueño.»

—¿Y quién la tiene? —pregunto, porque si hay algo que he aprendido de los dioses, es que siempre existe una autoridad mayor.

«Eso no importa. Eres mortal, no se te permite hablar con ellos.»

—¿Y eso quién lo dice?

«El Concilio de los Dioses.»

Si no ando equivocada, Notos mencionó en una ocasión al Concilio de los Dioses. Fueron los responsables del destierro de los Cuatro Vientos, los Anemoi: Notos, Bóreas, Euros y Céfiro. Fueron exiliados a los cuatro rincones del mundo. Hay pocas probabilidades a mi favor, pero me niego a aceptar la derrota.

—Por favor. —Una vez más, inclino la cabeza hasta que mi frente roza la piedra—. Sé que no tienes ninguna lealtad hacia tu hermano, pero sí que eres leal a ti mismo y a lo que es correcto.

El silencio habla. Me dice que este dios está sopesando mis palabras, aunque reticentemente.

«No puedo ayudarte», dice al cabo. La voz que resuena en mi interior está impregnada de frío, «pero quizá haya alguien que sí pueda. Bóreas…, nuestro hermano mayor.»

Me enderezo de golpe. El sol brilla en su cénit.

—¿Cómo puedo encontrarlo?

«Ya sabes cómo hacerlo.»

—Te aseguro que no lo sé.

Él pasa un brazo por el reposabrazos del trono de piedra.

«No puedo decirte nada más. El resto está en tus manos.»

Dice que ya sé dónde encontrar a Bóreas, un dios con quien nunca he coincidido. Lo único que sé de él es que gobierna las Tierras Yermas, el reino de los umbrandantes.

Y, de pronto, lo comprendo. Existe un portal que lleva a las Tierras Yermas en algún rincón del laberinto. Debo de haber recorrido hasta el último centímetro de ese lugar infernal, pero no he visto ese portal. No había ninguna salida…, excepto el espejo.

¿Qué fue lo que me dijo en su día el Señor de la Montaña? «El espejo muestra lo que ha sido, lo que es y lo que será.» ¿Y si el espejo es el portal? A fin de cuentas, me transportó a mis propios recuerdos. Me mostró Ishmah bajo el fuego y el humo del asedio. ¿Quién dice que no puede transportarme a las Tierras Yermas?

Aunque no alcanzo a ver el interior de la capucha del Señor de la Montaña, estoy segura de que sus ojos buscan los míos. Siento un hormigueo por toda la piel. Quizá el hermano de Notos no es tan frío como yo había creído.

—Gracias —digo, y vuelvo a hacer otra reverencia al tiempo que una ráfaga de viento cargado de lluvia me sopla a la espalda.

«Que tengas suerte.»

Monto en mi yegua y la guío por el sendero que bordea la ladera de la montaña. Horas más tarde llegamos al palacio. Desmonto y corro hacia el patio donde descansa el laberinto. Toda la zona está desierta. No me sorprende. Muchos de los guardias murieron durante el ataque. Otros, gravemente heridos, se están recuperando

en el dispensario. Así pues, la arcada por la que se entra en el laberinto está abierta para quienquiera que se atreva a cruzarla.

Coloco la palma de la mano sobre el símbolo tallado en la puerta y la abro con un quejido de madera vieja. He dejado atrás el miedo. Estoy ansiosa por descubrir lo que me espera en el interior, el cambio que pueda conseguir. Una oscuridad fría y susurrante me aferra, me rodea con su frígido abrazo y me arrastra hacia altos muros de piedra cubiertos de una pesada penumbra.

Ahí está el espejo, como si me esperase.

Contemplo el cristal reflectante y veo a una mujer que se ha obligado a llegar al mismísimo límite de lo que significa ser hija, princesa, ciudadana de su pueblo. Tiene veinticinco años aunque las arrugas de su rostro sugieren muchos más.

Sin embargo, lo que estudio son sus hombros. ¿Por qué no están hundidos? ¿Cómo es que no está encorvada de tantas cargas pesadas? No es el caso. Enderezo aún más la espalda y comprendo algo más. Estoy ante el reflejo de una mujer que ha vivido. Su vida ha tenido facilidades y sufrimiento, pruebas y triunfos. Una mujer que sabe lo que quiere. Y a la que ya no le da miedo exigirlo.

Extiendo la punta de los dedos y toco la fría superficie del espejo, que ondula, tiembla y revela una puerta que lleva a profundidades desconocidas. Esbozo una sonrisa.

Y cruzo.



Me encuentro en un amplio corredor de piedra ribeteado de incontables puertas. Están hechas de vidrio y madera, de yeso y barro, de hierro escarchado. Algunas poseen ventanas redondas de cristal tintado. Otras están hechas de diminutos azulejos que forman arrebatadores mosaicos. Y aún hay más, pintadas de lila y escarlata. Incluso una cubierta de enredaderas trepadoras.

El aire helado me pica en la nariz. No capto ninguna familiaridad en él, tiene un aroma foráneo, vívido y frío, que me hiela la piel.

Lentamente, giro sobre mí misma. ¿Me ha traído el espejo a las Tierras Yermas, tal y como yo esperaba?

Con un fruncimiento de ceño, empiezo a caminar. Mis sandalias se deslizan sobre las baldosas grises con un siseo. Al final del pasillo, giro a la derecha. Más puertas, docenas de ellas. Abro la más cercana, que está hecha de madera y cubierta con una mano de descascarillada pintura blanca. Contemplo el otro lado, conmocionada: montañas cubiertas de nieve, una resplandeciente cascada congelada. Cierro esa puerta y abro la siguiente. Un callejón atestado que desemboca en la plaza de un mercado. La cierro y avanzo a toda prisa. No tengo la menor idea de lo que estoy buscando.

—¿Quién eres?

Giro en redondo al oír la pregunta y veo a una mujer al otro extremo del pasillo. Lleva en brazos a un bebé envuelto en mantas. A la altura de sus rodillas, un niño pequeño se aferra a la costura de su vestido color musgo. No parece ser ammarana, aunque tiene la piel tan oscura como la mía. Da un paso al frente y a sus ojos asoma un destello de advertencia al decir:

—Si en algo valoras tu vida, más te vale que hables. ¿Quién eres? ¿Cómo has llegado aquí?

Mi postura refleja la suya: piernas bien afianzadas, hombros cuadrados.

—Soy la princesa Sarai Al-Khatib —digo, una declaración adecuada para este enorme pasillo de piedra—. ¿Con quién tengo el honor de hablar?

Ella entrecierra los ojos y me dice:

—¿Cómo has entrado en mi casa, princesa Sarai Al-Khatib?

Una pregunta excelente, aunque no ha respondido a la mía con su propio nombre. No la culpo.

—Sé que puede sonar extraño, pero he entrado a través de un portal desde mi propio reino.

La mujer tuerce la boca con gesto suspicaz. La larga cicatriz que tiene en la mejilla derecha se estira. Me fijo en que tiene las botas

muy desgastadas. Desde luego, ni ha crecido ni vive entre algodones.

—¿Y de qué reino se trata?

—Mamá. —El chico alza una manita. La mujer se la agarra con un gesto mudo de consuelo.

—Se llama Ammara —digo—. Vengo de Ishmah, la Ciudad Roja.

—Ya veo. —Frunce el ceño mientras su hijo intenta subírsele por las piernas y el bebé que lleva en brazos empieza a protestar—. Es cierto que estas puertas llevan a otros reinos. Sin embargo, eso no explica tu presencia aquí. No sabía que otras personas pudieran cruzarlas a voluntad.

Si tuviese algo que se asemejase remotamente a una explicación, se la daría de buena gana. Tal y como está la situación, solo puedo contarle la verdad:

—No sé cómo funciona el laberinto exactamente, pero he venido en busca de una persona en concreto. Creo que por eso me ha traído a este lugar. Quizá sintió que aquí podríais ayudarme.

—¿Y cómo podríamos ayudarte, Sarai Al-Khatib?

—He venido a buscar a Bóreas.

Sus ojos se entrecierran y rodea con un brazo a su hijo para escudarlo. Mira por encima de mi hombro y niega levemente con la cabeza, pero cuando yo me giro, no veo nada, apenas un destello de luz. Con voz queda, me pregunta:

—¿Para qué quieres ver a Bóreas?

En vista de que esta mujer parece a punto de apuñalarme o de pedir refuerzos, decido poner toda la carne en el asador:

—Estoy enamorada de su hermano, el Viento del Sur. Es uno de los…

—Anemoi —dice ella—. Lo sé.

Nos miramos la una a la otra con una mezcla de cautela e interés reticente. Qué extraño, qué rematadamente extraño, poder mirar a esta mujer desconocida y sentir como si contemplase una especie de reflejo mío.

—¿Qué sabes tú de Notos? —le pregunto.

La mujer vacila. Su cautela es patente, pero la curiosidad puede mucho más. Aprieta contra sí al bebé y le murmura algo a su hijo, que la suelta y se queda ahí plantado con un mohín.

—Me llamo Wren —dice—. Ven conmigo.

Me lleva por una ornamentada escalinata con una barandilla resplandeciente. Todos los pasillos que cruzamos están ribeteados de puertas. Giramos un recodo y entramos en una biblioteca de paredes esbeltas y curvas con una impresionante colección de libros. Su hijo corre entre las estanterías de la biblioteca con sus dos piernecitas rechonchas, gritando:

—¡Papá!

Un hombre se levanta de un sillón acolchado cerca de una ventana. El chico da un salto y el hombre lo atrapa en el aire y lo gira en sus brazos con una risa grave y retumbante. Sus facciones de tono alabastro están talladas en mármol, y sus ojos son del pálido color de la escarcha. Sin embargo, en cuanto me ve, su semblante se cierra en banda.

—Hola, amor mío. —Wren alza la cabeza para darle un beso, que él le devuelve con una ternura que contradice el aire agresivo que lo envuelve de repente. Ella intenta apartarse, pero él la aprieta contra sí y se coloca como un escudo ante mí para proteger a su mujer y a sus hijos.

—¿Quién es? —Su voz repta, grave y fría.

—Es Sarai Al-Khatib. —Wren no parece ni percatarse de este intento de protegerlos. Le tiende al bebé envuelto en cobijas, que suelta un pequeño chillido de enojo—. Es nuestra huésped.

—Sí, pero ¿quién es? —El hombre mece al bebé hasta que este se calla y me recorre de la cabeza a los pies con ojos entrecerrados—. Ese nombre me suena.

—Te lo acabo de decir —dice Wren—. Es nuestra huésped.

—Pero no la hemos invitado.

Wren suspira y se gira hacia mí, con la boca torcida en una expresión sardónica.

—Te presento a mi esposo, Bóreas, el Viento del Norte. —Hace un gesto hacia el hombre, que me sigue clavando la mirada, con aspecto de tener más ganas de clavarse hierros al rojo en los ojos que de hablar conmigo—. Te prometo que no da tanto miedo como parece.

Así que este es Bóreas. Es tan diferente de Notos como un pez lo es de un pájaro, tanto en apariencia como en talante. Notos es seguridad y estabilidad, mientras que su hermano está hecho de la negrura del invierno.

—He venido a suplicar vuestra ayuda —les digo—. Notos tiene problemas.

El Viento del Norte se endereza. Parece más rígido aún que antes, si algo así es posible.

—¿Qué le ha pasado a mi hermano?

Niego con la cabeza.

—Nada bueno.

—Siéntate, por favor. —Wren señala hacia un sillón cercano y luego exclama—: ¡Orla!

Una mujer de aspecto agradable y rechoncho, con un sencillo vestido, irrumpe de golpe en la biblioteca.

—¿Sí, mi señora?

—¿Te importa llevar a los niños a la cama, por favor? —Bóreas le tiende al bebé envuelto en cobijas. Su hijo hace un mohín, pero agarra obediente el vestido de la mujer, consciente de qué implica irse a la cama—. Gracias.

La mujer sale de la estancia y yo parpadeo, estupefacta. ¿Acaso me engañan mis ojos? Acabo de ver brillar la luz de una vela a través del cuerpo de la mujer. De su cuerpo transparente.

—¿Qué es esto? Puedo… puedo ver a través de ella.

—Orla es un espectro —responde Wren, y toma asiento en el sillón junto a su marido—. Al igual que todos los que trascienden al más allá. Como señor de las Tierras Yermas, Bóreas es responsable del juicio de los muertos. Te aseguro que son bastante inofensivos.

Miro a Bóreas.

—¿Siempre has juzgado a los muertos?

—Desde que me desterraron, sí. Aunque no sabemos qué sucederá una vez que fallezcamos Wren y yo. Puede que nuestros hijos reciban esa responsabilidad, o que el Concilio de los Dioses elija a un sucesor.

—¿No eres inmortal? —le pregunto sorprendida al Viento del Norte.

Él mira a su esposa y responde:

—Hace más de dos años que dejé de ser inmortal.

Ese dato se me clava por dentro con una extraña certeza. No sabía que fuera posible renunciar a la propia inmortalidad. Creía que era algo inherente, de la sangre.

El Viento del Norte se acomoda a su vez en el asiento y estira las piernas. Un rizo negro le cae sobre la frente.

—¿Qué le ha pasado a mi hermano? —pregunta en tono quedo—. Imagino que sigue con vida.

¿Cómo se puede definir eso de seguir con vida? ¿Qué sentido tiene seguir con vida sin poder despertar?

—Está atrapado en un sueño eterno. La oscuridad se ha cernido sobre mi reino.

Wren y Bóreas intercambian una mirada silenciosa. La ternura y el amor que comparten resultan evidentes. Wren enarca una ceja al tiempo que Bóreas frunce el ceño. Ella pone los ojos en blanco con gesto juguetón y luego se gira hacia mí.

—Tienes toda mi compasión —me dice, y se pasa una mano por el muslo—, pero no estoy segura de cómo podríamos ayudarte. Jamás hemos estado en Ammara. No sabemos nada de esa oscuridad de la que hablas ni de la maldición que aqueja a Notos.

—Nada de eso es asunto nuestro —añade el Viento del Norte.

—Ah, ¿no? —digo—. Pues es que, según he podido averiguar, la bestia que escapó del laberinto te conoce… y tiene una cuenta pendiente con tu hermano Euros.

—¿Euros? —pregunta Bóreas, con suspicacia afilada—. ¿Y qué es esa oscuridad de la que hablas? ¿A qué bestia te refieres?

—En mi reino hay un laberinto que fue construido hace un cuarto de siglo para aprisionar a una bestia que proviene de la Ciudad de los Dioses. La bestia culpa a Euros de su aprisionamiento. Se ha aliado con un príncipe llamado Balior al que ha concedido poderes oscuros. El príncipe Balior quiere ayudar a la bestia a cobrarse su venganza para luego extender la oscuridad por los reinos. A lo largo de las décadas, los umbrandantes se han multiplicado por Ammara. Creemos que hay un portal que conecta las Tierras Yermas con el laberinto por el que han escapado los umbrandantes.

El silencio se adueña de la enorme cámara llena de libros. Wren me contempla horrorizada. La expresión de Bóreas es más difícil de descifrar; supongo que es algo inherente a toda su familia. Tras un instante, Wren se gira hacia su marido y susurra:

—Pensaba que habíamos purgado a todos los umbrandantes.

—Y así fue.

Ella le clava la mirada.

—¿A todos?

—Que yo sepa, sí. —La confusión envuelve a Bóreas para luego dar paso a una inquietante idea—. El Abismo. —Ante el desconcierto de su esposa, explica—: Todos los umbrandantes fueron eliminados…, excepto los que estaban presos en el Abismo. Supongo que es de ahí de donde han escapado. —Se pasa una mano grande por los cabellos—. Recuerdo a la bestia. Recuerdo que despreciaba profundamente a Euros. No estoy seguro de cómo consiguió expulsarla de la Ciudad de los Dioses teniendo en cuenta que por aquel entonces ya llevaba siglos desterrado. Imagino que encontró el modo.

—Con independencia de que tu hermano consiguiese aprisionar a la bestia —digo para reorientar la conversación hacia el tema más acuciante—, hay poca gente lo suficientemente poderosa como para enfrentarse a esta oscuridad. Notos es uno de ellos. Si queremos vencer…

—Lo amas —dice Wren con ojos tiernos.

Se me escapa una repentina exhalación del pecho. Dioses, por supuesto que sí.

—Sí. —Tras un instante, prosigo—. Entiendo que nos acabamos de conocer y que no me debéis ninguna lealtad, pero os suplico que me ayudéis a salvar a Notos, a devolverle la consciencia. ¿Hay algo que podáis hacer? Lo que sea.

Wren tamborilea con un dedo sobre el reposabrazos de su asiento, con la cabeza ladeada y la expresión reflexiva. El ritmo se detiene.

—El Concilio de los Dioses.

Bóreas frunce el ceño con más animadversión de la que yo jamás haya visto en una sola persona. Resulta bastante impresionante.

—No es una opción, y lo sabes.

Ella se encoge de hombros, totalmente impertérrita ante la reacción de su esposo.

—Vale la pena intentarlo.

—Será una pérdida de tiempo.

—Siempre tan pesimista.

Me adelanto hasta el borde de la silla. Euros también mencionó el Concilio de los Dioses.

—¿Cómo puedo hablar con ellos?

—No lo entiendes —responde Bóreas, clavándome una mirada asesina—. Hablar con ellos no es una opción. Está prohibido.

Justo lo que me dijo el Señor de la Montaña. Pero si el laberinto me ha traído hasta las Tierras Yermas, es porque debe de haber un modo de saltarse esa prohibición.

—¿Por qué eres tan reticente a ayudar a tu propio hermano?

—No es que no quiera ayudarle —espeta Bóreas, con las mejillas sonrojadas de irritación—. Es que no puedo. Fuimos desterrados de nuestra tierra natal. Todos nosotros. Nuestras súplicas cayeron en oídos sordos. No hay nada que yo pueda hacer.

Aunque soy mucho más menuda que Bóreas, alzo la barbilla y le dedico una mirada altiva. Sea o no una antigua deidad, el Viento del Norte ha de saber que esto no me complace.

—O sea, que me estás diciendo que en esta empresa eres inútil.

Wren resopla y se lleva una mano a la boca.

—Me gustas —me dice, para gran exasperación de su marido.

Yo me pongo en pie y comienzo a caminar en círculos. He de hacerlo. Si me mantengo en movimiento, las sombras no me tocarán.

—Tengo que hablar con el Concilio de los Dioses.

—Lo prohíbo —gruñe el Viento del Norte.

Wren le da una patadita en la espinilla acompañada de una mirada de advertencia. Bóreas masculla un juramento y guarda silencio. Ella se gira hacia mí. Es un reflejo de mí misma. Puede que ahora tenga este hogar, este amor y esta seguridad, pero no siempre fue así. Bajo esas aristas suavizadas, veo lo que en su día fueron filos mortales.

—Mi marido lo negará —dice Wren—, pero todos los dioses tienen debilidades. ¿Qué podrías ofrecerle al Concilio que este no tenga ya?

Hubo una época en la que mi respuesta habría sido: poco, casi nada, nada. Las deidades desean el poder por encima de todo, y yo no tengo poder que regalar. Sin embargo, mis manos ya no están tan vacías como yo creía.

—Algo puedo ofrecer, sí —digo, ignorando la punzada en mi esternón. Si esto es lo que hay que hacer, que así sea.

—En ese caso, no hay tiempo que perder —dice Wren.

Los dos salen de la biblioteca y yo les piso los talones. El Viento del Norte y su férrea esposa recorren numerosos pasillos. Al cabo nos detenemos frente a una puerta forjada en oro batido entre docenas de puertas repartidas por un corredor. Bóreas estudia el ornamentado pomo con notable desagrado.

—Sea lo que sea lo que ocurra tras esta puerta —me informa—, ya sea un castigo o una recompensa, yo no seré responsable de nada. ¿Entendido?

Asiento, y noto un peligroso hormigueo de esperanza.

La puerta se abre. La cálida luz del sol se derrama desde el otro lado.

—Buena suerte —susurra Wren.

34

El templo es una extensión arrebatadora, tallada en piedra blanca. Finas columnas soportan el peso de un techo picudo. La escalinata que asciende hacia la entrada es ancha, y cada escalón se asemeja a una franja de luna creciente. Al otro lado del templo hay árboles de laurel arracimados en valles que se abren entre grandes montañas, y una ciudad que descansa sobre unas lejanas colinas y resplandece como una moneda dorada.

Por orgullosa que me sienta de la arquitectura ammarana, los templos de Ishmah palidecen en comparación con esto. No puedo sino sentir el latido del suelo bajo mis pies. Las piedras son antiguas, así como esta tierra, este bosque. Jamás pensé que tendría el privilegio de visitar el hogar natal de Notos. Nunca había visto tanto verdor en mi vida.

Sin embargo, no puedo retrasar lo inevitable. Reúno valor y avanzo. Subo la escalinata del templo hasta la cima.

En la parte trasera del templo, sobre un ancho pedestal tallado en la misma piedra blanca, hay una larga mesa a la que se sienta lo que imagino que es el Concilio de los Dioses. Las risas reverberan por entre las columnas. Una conversación animada resuena entre los árboles que rodean el lugar. Si las deidades se asemejan en algo a padre, mi llegada les parecerá maleducada en el mejor de los casos y ofensiva en el peor.

Mis sandalias rozan la alfombra de lana tejida a mano que lleva hasta el pedestal, aunque nadie se percata de que me acerco. Tienen mucho con lo que distraerse. La mesa en sí está tan repleta de comida que se comba perceptiblemente en el centro. Hay al menos cinco tipos de carne, incluyendo un jabalí asado entero, con

el vientre abierto. Gajos de fruta recién cortada en elegantes cuencos de cerámica. El surtido de panes es igualmente variado y va acompañado de todo tipo de alimentos para untar: mantequilla, hummus, mermelada, queso tierno. Una enorme tarta cubierta de bayas descansa en un lado de la mesa. Ya le han cortado un buen trozo.

Parejo a la comida va el vino. Las deidades beben con deleite de sus cálices. En cuanto acaban con una botella, otra se materializa en su lugar. Algunos han renunciado a todo resquicio de modales y comen con las manos, dejando restos por la superficie dorada de sus platos, y al infierno con los cubiertos. Veo a un robusto dios con la cara embadurnada de sangre que mordisquea el fémur de un pavo asado y succiona el tuétano.

Ahora que estoy más cerca, cuento doce deidades en total, con sillas diseñadas específicamente para cada una. Una diosa vestida con una larga túnica descansa sobre un asiento con alas; lleva una lechuza posada en su espalda. Un dios de piel gris azulada descansa sobre un trono repleto de resplandecientes joyas a modo de escamas, con un tridente apoyado despreocupadamente en el reposabrazos. Cada dios resulta igualmente impactante, encantador más allá de toda descripción posible.

Centro mi atención en el otro extremo de la mesa y me echo hacia atrás, pasmada. Me he equivocado. No todos los dioses son encantadores. Hay un individuo, con la piel cubierta de hollín, cuyas facciones son tan desagradables a la vista que me pregunto si de verdad debería estar aquí.

Me detengo a pocos pasos del pedestal. Una copa se hace añicos, las carcajadas resuenan en mis oídos. Me quedo ahí plantada tanto tiempo que llego a preguntarme si el Concilio podrá verme en realidad. Sin embargo, al cabo se fija en mí un dios vestido con ropas de seda roja que mientras mastica, pregunta:

—¿Una mortal?

El tintineo de los cubiertos se interrumpe bruscamente. Doce pares de ojos me recorren, con todo tipo de expresiones de horror e

incredulidad. Esa palabra es veneno puro: «mortal». Se extiende como un incendio por toda la mesa en el espacio entre dos alientos. Me tiemblan las rodillas. No puedo permitirme flaquear ahora. Puede que sea mortal, pero yo también he nacido entre grandeza. Sarai Al-Khatib. Princesa de Ammara.

—¿Cómo has llegado al lugar donde se reúne nuestro Concilio, mortal?

La pregunta la ha formulado un dios enorme, de hombros anchos, sentado al frente de la mesa. La luz de las velas ilumina el contorno de su torso musculoso y terso, cuya piel dorada está cubierta de tatuajes. Tiene la mirada vigilante. Un enorme carcaj repleto de destellantes rayos descansa junto a sus enormes pies embutidos en sandalias.

Mis ojos se cruzan con los del dios del rayo. Es su líder, si no me equivoco. Es un dios y un rey.

—El modo en que he llegado hasta aquí es irrelevante —digo, pues no quiero traicionar a Wren y a Bóreas—, pero vengo en son de paz con una petición.

No es una súplica. Lo último que necesito es que las deidades se aprovechen de mí.

—¡Una petición! —Uno de los dioses suelta una risotada. Se inclina sobre su comida, con la boca manchada de rojo. Alrededor de su plato se acumulan no menos de siete cálices—. Qué impudicia tan deliciosa traes a nuestra mesa.

Echa la silla hacia atrás, la apoya en las dos patas traseras y cruza los dedos alrededor de la nuca. La diosa sentada frente a él, una mujer de piel oscura con facciones suaves, pone los ojos en blanco.

El dios del rayo me mira con curiosidad.

—Evidentemente, alguien te ha dicho cómo podías encontrarnos. Sea quien sea, ¿te explicó que solo interferimos en los asuntos de los dioses?

—Así fue. —Le mantengo la mirada con firmeza—. No hice caso.

Varias cejas se alzan. Yo me mantengo firme en mi sitio, por más que esté temblando. Solo puedo luchar con fuego contra el fuego. Debo de ser lo más entretenido que les ha pasado en siglos. Añado:

—Puede que no sea de origen divino, pero mi petición tiene que ver con un dios. Si no os importa…

—Silencio, mortal —dice el mastodonte de la boca manchada de sangre—. Tus próximas palabras bien podrían ser las últimas.

Aprieto los dientes. Me pica hasta el cráneo bajo el escrutinio de tantas miradas, pero alzo la cabeza y me enfrento a sus semblantes de desdén. Llevo demasiado tiempo conteniendo la lengua. He malgastado años ociosamente. Estas deidades son orgullosas; las ciega su propia altura. No pienso hacerme de menos ni creerme ajena a ellos. Lo único que puedo exigirme a mí misma es mantenerme pura de corazón.

—Os pido que me permitáis hablar —digo con brusquedad—. ¿O acaso teméis el poder de la voz de una mortal?

El dios del rayo se endereza en la silla con una mirada oscurecida. Nadie habla, aunque, si no me equivoco, los rayos chisporrotean con creciente vigor dentro del carcaj. Su dueño alza una mano.

—Lleváosla de aquí.

Cuatro recios inmortales se materializan de pronto junto a mí y me agarran de los brazos. Se me dispara el pulso. Ellos me aferran con fuerza. Forcejeo sin el menor éxito.

—Por los dioses, dejad hablar a la chica.

Mi cabeza latiguea en dirección a esa voz. Una enorme diosa de ancho busto, con un elegante vestido que recorta su impresionante silueta, está repantingada en el extremo de la mesa, con una mano en la cadera y la otra apoyada en su superficie. Dice:

—Cualquiera diría que, tras varios milenios de la misma mierda, tendríamos mejores cosas que hacer que aferrarnos a pequeñas victorias contra los mortales. —Habla con un suave ronroneo. Tiene ojos amarillos de gato; los entrecierra bajo la luz del sol—. Qué patético.

Sea quien sea esta diosa, decido que me encantaría conocerla mejor.

El dios del rayo no parece estar de acuerdo. Suspira y alza los ojos hacia el techo abovedado. Su larga melena rubia le cae en bucles por el pecho.

—¿Hay algo que nos quieras decir, Demi?

—Pues la verdad es que sí.

Se oyen varios gemidos por toda la mesa. Algunos de los dioses se llenan las copas. La diosa de la lechuza en la espalda echa mano de una guinda en un cuenco y se la da de comer al ave, que tiene las alas grises plegadas sobre el lomo.

La diosa Demi alza los brazos en un gesto tan dramático como apasionado y exclama:

—Sé que nos encanta pensar que somos valerosos, locuaces y decididos. Pero está claro que esta mujer ha hecho un largo viaje para hablar con nosotros. No solo eso, sino que ha cruzado reinos enteros, una hazaña que pocos mortales han conseguido llevar a cabo.

—Cierto —espeta una diosa de barbilla puntiaguda con profusos rizos negros—, porque está prohibido.

La cabeza de Demi latiguea hacia ella.

—¿Cuándo fue la última vez que hiciste algo así de heroico, querida? Y no, asomarte al espejo sin cara no cuenta. —Se oyen varias risitas disimuladas. La diosa de cabellos negros pone una mirada de desdén y se cruza de brazos con aire desafiante—. Como mínimo —continúa Demi—, deberíamos oír su petición.

—Por aquí hay quien simpatiza con los mortales —murmura alguien.

Ella ignora el comentario.

—¿Por qué castigar la valentía en lugar de premiarla? La chica no pide mucho. Solo quiere una oportunidad para hablar.

Con un sonoro suspiro, el dios del rayo inclina la cabeza y se pinza el puente de la nariz con dos dedos tatuados. Yo soy la primera sorprendida cuando alza una mano ancha y dice:

—Habla, pues. —Su atención se centra en la diosa—. Siéntate, Demi.

Los ojos amarillos de la diosa se cruzan con los míos. Me guiña un ojo y toma asiento. Una vez acabada su actuación, todos los ojos de los dioses se vuelven hacia mí. Yo dejo escapar un aliento lento e inaudible. Es ahora o nunca.

—He venido a salvarle la vida al Viento del Sur —anuncio—. Ha sido apuñalado con la daga de Sueño y no puede despertar.

Un viento hueco se desliza entre las columnas.

—¿El Viento del Sur? —susurra alguien.

El dios ebrio se llena un octavo —¿o noveno?— cáliz y murmura:

—Esto no deja de mejorar.

El dios del rayo se inclina hacia delante en su asiento. Quizá se está pensando si debería atravesarme el pecho con uno de esos rayos. Los miembros del Concilio pasean la vista nerviosos entre los dos. Algunos evitan mirarnos a los ojos.

—Por desgracia —retumba la voz del dios del rayo, impregnada de desdén—, ya no reconocemos al Viento del Sur como miembro de la Ciudad de los Dioses. Has perdido el tiempo viniendo aquí.

Ya había supuesto que sucedería algo así. Soy consciente de que Notos fue desterrado. Me contó su historia, una única vez. No me he olvidado. Después de su destierro, los Cuatro Vientos fueron borrados de los anales. Se les despojó de sus títulos. Para el Concilio de los Dioses, ya no existen.

No suelo ser de las que se rinden, pero esto no es una reunión normal y corriente. Soy una mujer mortal que ha venido a suplicar la ayuda de las más altas deidades. Llevar la contraria no servirá de nada. Mis súplicas no los convencerán. Solo hay algo que puedo ofrecer: a mí misma.

—¿Dónde está el dios Apolo? —pregunto.

Mi voz reverbera en la piedra y sale del templo convertida en un eco que se desplaza por el verdor iluminado por el sol. Un puñado de los miembros del Concilio se echa a reír. Una diosa de piel oscura y cabellos trenzados en la coronilla consigue decir:

—¿Quién se cree esta mortal que es para hacernos preguntas?

Sus ojos castaños se cruzan asqueados con los míos. Una emoción muy fuerte para alguien a quien no conoce, de quien no sabe nada.

—No me habéis entendido —digo una vez que se calma el barullo—. Os lo pregunto porque quiero ofrecerle un regalo.

Los miembros del Concilio se inclinan sobre la mesa e intercambian varias frases susurradas, lanzando ocasionales miradas en mi dirección. Como mortales, lo que nos toca es suplicar, rezar, implorar. Pero nunca exigir. Al cabo, uno de ellos echa su silla hacia atrás y se me acerca.

Se trata de un dios de complexión delgada, vestido con una túnica holgada de color blanco que le llega hasta la mitad de los muslos. Lleva en la sien un aro que resplandece sobre sus mechones de cabello rubio. Es Apolo, el dios del sol, de la música y de la luz.

Notos me contó que, en su día, este dios tuvo un enfrentamiento con su hermano, el Viento del Oeste, que vive en el reino boscoso de Carterhaugh. Según me dijo Notos, Apolo perdió a un amante hace muchos siglos, un golpe del que nunca se recuperó. Pretendo sanar su dolor, reparar su pérdida. El duelo, a fin de cuentas, es como las estaciones. Puede que afloje durante un tiempo, pero después llegan las lluvias y anegan la tierra reseca para luego crecer de nuevo cuando el tiempo vuelve a cambiar.

Apolo me rodea, con las manos a la espalda. La diosa Demi agarra una baya del plato de su vecino sin que este se dé cuenta.

—¿Qué quieres de mí, mortal? —pregunta Apolo.

Qué tono tan musical. Es luz en su forma más pura.

—Si no es demasiada molestia, necesitaría un violín para enseñarte lo que quiero.

Se suceden varios susurros que se intensifican y vuelven a atenuarse. Una mortal que quiere tocar el violín… para el mismísimo dios de la música. Las deidades niegan con la cabeza. Ya han decidido que no solo estoy malgastando su tiempo: también me voy a poner en evidencia.

El dios del rayo se gira hacia mí con una expresión inesperadamente intrigada.

—¿Un violín? ¿Por qué?

Porque lo he echado mucho de menos. Porque con un violín aprendí a contar historias. Porque sin violín no soy Sarai Al-Khatib. Pero lo que digo es:

—Porque el violín es mi voz cuando no puedo hablar.

Apolo me contempla durante un largo instante. A diferencia del resto del Concilio, no rechaza de inmediato mi petición. ¿Reconocerá el dolor que ambos compartimos? ¿Verá los agujeros de mi corazón?

En su mano aparece una funda de violín. La deposita en el suelo a mis pies. Yo me agacho, abro la funda y saco tanto el violín como el arco. Tras colocarme la barbada bajo el mentón, tenso las cerdas del arco y me pongo en pie.

Miro a Apolo, y el Concilio me observa. Algunos cuchichean entre sí jocosamente. Los ignoro.

—Si me lo permites, me gustaría tocar el *Concierto inconcluso.*

—El *Concierto inconcluso.* —Apolo se pasa la mano por la barbilla, pensativo. La luz del sol destella en las puntas de sus brillantes cabellos—. Hace mucho que no lo oigo, pero… —Asiente una única vez—. Está bien. Si te crees capaz, adelante.

Yo tuerzo la boca. El destino me ha traído hasta aquí para tocar esta pieza ante Apolo. Quedó incompleta por la muerte prematura del compositor y no es muy conocida. Aun así, fue la pieza que yo pretendía tocar en la Competición de Violín del rey Idris de haber podido asistir. Es la última pieza que toqué antes de la muerte de Fahim.

Empiezo con la cuerda más grave y cierro los ojos. A pesar de los años que han pasado, mis dedos recuerdan. La música va creciendo poco a poco hasta el emotivo clímax. Es un amanecer y un ocaso. Es la erosión de la piedra. Caer rendido lentamente ante el amor, la seguridad, la confianza. Estos momentos de creación, maravilla, completitud; todo ello en forma de notas musicales. El sonido se desgrana, ni siquiera el vibrato lo puede suavizar, y yo permito que

venga. Es mi despedida de Fahim y de padre. Un último te quiero, un último adiós. Y cuando acabo, cuando la última nota se apaga, me giro hacia mi público.

Las lágrimas surcan las mejillas de las doce deidades y las mías propias. Incluso el dios del rayo, tan duro como parece, se enjuga los ojos, con la punta de la nariz enrojecida. Tal es el poder de la música: alcanzar nuestros corazones y tocar trozos de nosotros mismos que nos da demasiado miedo reconocer.

Con cuidado, devuelvo el instrumento a la funda y digo:

—Esto es lo que te puedo ofrecer si despiertas a Notos de su sueño eterno: el regalo de la música.

Apolo me contempla con los ojos de un hombre que no puede ni concebir semejante idea.

—Jamás había visto a nadie tan diestro como tú al violín. —Parece dividido entre la confusión y el asombro. Experimentar semejantes emociones precisamente hacia una mortal debe de causarle gran incomodidad—. ¿Estás dispuesta a sacrificar tu don por el Viento del Sur?

—Así es —digo.

—¿Por qué?

—Porque prefiero una vida sin música que una vida sin amor —digo—. ¿Tú no?

Apolo contempla el violín, claramente vacilante. Pasa otro instante hasta que encuentra las palabras adecuadas:

—Tras la muerte de Jacinto, temí que la música hubiese abandonado mi vida. Pero al oír lo que sabes hacer con este instrumento… —Niega con la cabeza, asombrado—. El modo en que has tocado expresa exactamente cómo me sentí en su día. Cómo me sigo sintiendo a veces. —Otra lágrima le corre por la mejilla, una gota clara sobre su piel dorada—. Puede que seas mortal —dice con voz temblorosa—, pero tú también comprendes lo que siente un corazón roto, un espíritu roto.

—Así es —susurro. Mucho más de lo que él se imagina.

Apolo inclina la cabeza y se mordisquea el labio inferior, pensativo. Contempla a los demás miembros del Concilio, quienes nos miran dubitativos e incrédulos.

—Tu interpretación ha sido mucho más de lo que yo esperaba, pero no soy más que una de las voces del Concilio. No puedo decidir yo solo.

—No es suficiente —dice el dios del rayo, y baja del pedestal. Se cierne sobre mí, enorme. Me saca más de medio metro de altura. Tengo que echar el cuello hacia atrás para mirarlo a la cara—. ¿La vida del Viento del Sur a cambio del don musical de una mortal? Te olvidas de que Notos fue desterrado porque no podíamos confiar en que él y sus hermanos no urdiesen un plan contra nosotros después de que derrocásemos a los dioses de antaño. ¿Por qué habríamos de concederle esta gracia a cambio de tan poco?

—¿Porque sois gente decente? —sugiero con un expresivo encogimiento de hombros.

Al oír mis palabras, el dios del rayo echa la cabeza hacia atrás y suelta una enorme y resonante carcajada. Todo el Concilio se ríe como respuesta.

—¡¿Quién iba a pensar que los mortales tenían sentido del humor?!

Cierto. Se me olvidaba que estoy tratando con deidades a las que poco importan las promesas de poder, amor o seguridad. Ya tienen todo lo que necesitan. ¿Cómo poder convencerlos, pues?

—¿Qué más queréis? —pregunto.

Apolo intercambia una mirada muda con el dios del rayo, que dice con una sonrisa astuta:

—Para recuperar su vida, Notos tendrá que renunciar a algo a cambio: su poder y su inmortalidad. Vivirá el resto de sus días como hombre mortal.

La mera idea de que le arrebaten algo así… me da náuseas solo de pensarlo. Sería un verdadero sacrificio. ¿Estaría de acuerdo Notos? ¿Es correcto por mi parte tomar esta decisión por él? De estar en su lugar, ¿qué querría yo que hiciera? ¿Qué querría él?

«Eres mi corazón, en todos los sentidos de la palabra. Eres la mujer con la que imaginaba que pasaría el resto de mis días.»

«Al marcharme renuncié a la persona que me era más preciada.»

Me invade una sensación de certeza: Notos haría todo lo que pudiera por compartir su vida conmigo, tal y como estoy haciendo yo ahora. Veo con total claridad nuestra vida. Los lugares a los que viajaremos, las cosas que veremos, el amor que alimentaremos. Yo no tendría que envejecer sola mientras él se mantiene joven. Tendríamos el privilegio de envejecer juntos.

—Está bien —digo—. Acepto.

Apolo se gira hacia un dios que lleva un casco de bronce, con dos alas a la altura de las orejas.

—Envíale un mensaje a Sueño —ordena—. Dile que revierta el efecto de su arma sobre el Viento del Sur por orden del Concilio de los Dioses. —Luego se gira hacia mí—. Una vez completado, mortal, este acto no podrá revertirse.

Notos vivirá. Con eso me basta.

—Gracias —susurro.

—Al contrario, te doy las gracias a ti —dice Apolo— por devolverme la música.

35

El Viento del Sur yace de espaldas, con el cabello corto bien peinado y los dedos entrelazados sobre el vientre. Una pálida y delgada cicatriz le recorre el pectoral izquierdo, donde la daga tocada por los dioses le atravesó el pecho. Incluso así, dormido, presenta un aspecto magnífico. La luz de los candiles incide sobre las suaves curvas de su abdomen musculoso, trazando oleadas de vívido ámbar. Respira tranquilamente por sus labios entreabiertos.

Han pasado horas desde que regresé de la tierra natal de Notos. El Concilio de los Dioses me aseguró que no tardaría mucho en despertar, aunque me pregunto si no habrá sido todo un elaborado engaño para arrebatarme el don de la música a cambio de una promesa vacía. Sentada junto a su cama, aguardo a su lado mientras el candil se va consumiendo. No dejo de taparlo con más y más mantas para espantar el frío. Más allá de la ventana abierta, las constelaciones se desplazan por el horizonte. La luna se aleja de la tierra.

Se oyen unos golpes en la puerta.

—¿Sarai?

—Pasa.

Roshar entra. Trae una bandeja de té, unos bocadillos y tartaletas de albaricoque. Esta noche va vestido con un camisón blanco de volantes y lleva el cabello recogido en pequeños rulos. Coloca la bandeja en una mesa cercana y toma asiento en una silla junto a la mía.

—¿Cómo está? —pregunta en un tono quedo y recatado, desacostumbrado en él.

Aparto un rizo de la frente de Notos. No dejo de escrutarle el rostro en todo momento en busca de alguna señal de vida, pero… nada.

—Tan bien como cabe esperar, supongo.

—Ya veo. —Habla en un tono que sugiere que no se cree ni una de las palabras que pronuncio—. ¿Y cómo estás tú?

Yo contemplo las almohadas en las que Notos apoya la cabeza. Parecen incómodamente planas. Las ahueco por los laterales. Mejor. Mucho mejor. ¿O quizá ahora están demasiado mullidas? ¿Qué sentido tiene todo esto? Bajo las manos, frustrada.

—Tengo miedo, Roshar.

Sus dedos agarran los míos y aprietan.

—Por supuesto que tienes miedo, querida. —Alarga la mano y me recoloca un mechón de pelo tras la oreja—. El amor da miedo. Pero has encontrado algo por lo que vale la pena luchar. Es un privilegio que no todo el mundo tiene en la vida.

¿Y qué pasa si no conseguimos avanzar? ¿Y si este es el final del camino? ¿Y si el Viento del Sur no se despierta? ¿Cómo podré seguir adelante con mi vida? No puedo pasar más años de duelo. Ya he pasado suficiente como para un centenar de vidas.

Roshar añade:

—Pero ¿te encuentras sana y salva? ¿Estás ilesa? —Le lanzo una mirada interrogativa a Roshar, que me explica—: Se cuenta que quedaste atrapada dentro del laberinto. ¿Es verdad?

Ah. Se iba a acabar sabiendo tarde o temprano, pero yo esperaba tener algo más de tiempo para prepararme antes de que ocurriese.

—Sí, es verdad.

—Por los dioses. —Se lleva una mano al pecho—. ¿Y escapaste? ¿Con vida? ¿Cómo lo conseguiste? Bueno… —Niega con la cabeza y descarta su propia pregunta—. No me hace falta saberlo. Lo que importa es que estás a salvo. —Pero ¿estoy a salvo? ¿O quizá el príncipe Balior regresará algún día y conquistará Ammara?—. Aunque… —Sus ojos destellantes vuelan hacia los míos—. Tengo curiosidad por saber qué ha sido del príncipe Balior. Nadie en palacio

lo ha visto. Algunos afirman que murió, aunque yo creo que es demasiado astuto para morir.

Se recoloca el pelo con aire satisfecho.

—¿De verdad estás prestando atención a las habladurías del palacio, Roshar?

—Bueno, no del todo. —Ante mi mirada afilada, me dedica un batir de pestañas—. Está bien, sí. ¿Quién podría culparme? Ishmah casi ha acabado devorada por culpa de una oscuridad inexplicable. ¡Es lo más emocionante que ha pasado en décadas!

Lo último que necesito es que la gente se preocupe por aquello que no comprende. Ni yo misma entiendo todo lo que implica que la bestia haya escapado del laberinto.

—Lo único que sé es que el príncipe Balior se marchó de Ishmah y que probablemente esté de camino hacia Um Salim.

Para ejecutar los planes que lleva años trazando. Ahora hemos de esperar a ver qué cartas juega.

Roshar arruga la nariz, decepcionado. Había esperado sacarme alguna noticia, alguna obra maestra del chismorreo que poder propagar por la corte. Pero yo le he dado una respuesta muy breve, demasiado corta para que valga nada.

—Ajá. Bueno, pues que se vaya con viento fresco. De todos modos tampoco era tan guapo. —Mi amigo se cruza de brazos y frunce los labios, reflexivo—. Bueno, más o menos. A ver, tenía buen trasero, pero esa nariz…, bah.

Yo suelto un resoplido. Ahora que lo menciona, la nariz del príncipe Balior sí que era demasiado grande para mi gusto. Por no mencionar los aires de importancia que se daba.

—Te lo agradezco, Roshar. Más de lo que te imaginas. —Esbozo una sonrisa afectuosa—. Gracias por cuidar siempre de mí.

—Por supuesto, Sarai. —Parece conmovido por mis palabras—. Es lo que hacen los amigos.

Centro la atención en la ventana abierta. El cielo, aterciopelado. Las estrellas, heladas.

—Ya, bueno, es que yo no tengo muchos amigos, como bien sabes.

—¿Qué me dices de la reina?

Tironeo de un hilo suelto de la manta. Esa idea me provoca una calidez que no estaba presente en mí hace meses.

—Supongo… supongo que Tuleen es mi amiga —murmuro con vacilación. Qué alegría poder reconocer algo así.

Roshar mira de reojo al Viento del Sur y se vuelve a girar hacia mí.

—Ojalá pudiera quedarme, pero ha sido una noche muy larga. Mañana voy a reunirme con un cliente nuevo y quiero tener un aspecto despampanante.

Esbozo una media sonrisa.

—Entendido.

Ni se me ocurriría interrumpir los sueños reparadores de Roshar. Se marcha en silencio y yo me como uno de los bocadillos mientras el tiempo pasa. Camino en círculos entre la ventana, la puerta y la cama. Doy cuenta de un segundo bocadillo. El candil se va consumiendo y yo me pongo cada vez más nerviosa, porque la noche casi ha acabado pero Notos sigue durmiendo. Aun así, puedo esperar. Esperaré tanto como sea necesario…

Con un suspiro grave y retumbante, el Viento del Sur se despierta. De inmediato, sus ojos buscan los míos. Su tono terroso tiene una alarmante claridad. Me muerdo el labio inferior y reprimo las lágrimas. Sin embargo, el dolor se agudiza y me deja sin aliento. Abro los puños. Mis escudos caen.

Notos frunce el ceño y alza una mano hacia mi mejilla. Con el pulgar recoge la lágrima que corre por ella.

—No me gusta verte llorar —susurra.

Oh, su voz. Cuánto la echaba de menos.

—Si sirve para que te sientas mejor —resuello con palabras quebradas—, son lágrimas de felicidad. —De alivio. De - gratitud total. Me muerdo con más fuerza el labio tembloroso. Ay, este hombre. Qué hombre tan hermoso—. Te he echado de menos.

Notos cierra los ojos al oír mis palabras, como si fuesen su propia música.

—Yo también te he echado de menos.

Y, sin más, me sube de un tirón a la cama.

Las mantas se enrollan entre mis piernas. Sus fuertes brazos se entrelazan a mi espalda. Me aplasta su cara contra el cuello y me envuelve su aroma oscuro y embriagador. No hay una única emoción que domine el espacio de mi pecho. Son muchas capas, y cada una añade nuevas profundidades a lo que ya está presente. Es más que dolor, más que la más aguda agonía. Es algo que vive y respira bajo mi piel.

—Me daba miedo haberte perdido —susurro. Me corren las lágrimas por las mejillas.

Él me aprieta con más fuerza y yo me hundo en él, en mi refugio.

—No me habías perdido —murmura con tanta convicción que me tranquiliza—. Eso jamás. Solo me fui a otra parte durante un tiempo.

Se me escapa una risa lacrimógena, pegada a su pecho. Pues sí, se había ido a otra parte durante un tiempo.

—Tienes que saberlo —susurra—. Dime que lo sabes.

Yo le acaricio la espalda con una mano para consolarnos a ambos.

—¿El qué?

Con delicadeza, Notos se aparta de mí y me dedica una mirada sincera. Por encima de su hombro, el candil se apaga, consumido todo el pabilo. Pero las sombras que emergen son inofensivas. El sol regresará pronto.

—En cualquier reino en que estemos, dan igual los obstáculos que surjan y las dificultades a las que tengamos que enfrentarnos…, te encontraré.

Me tiemblan los labios. Su rostro es fuerte, hermoso. Es el rostro de mi amado.

—No vuelvas a abandonarme.

—Jamás decidiría abandonarte. Has de saber que jamás lo haría.

Ahora lo sé. Quizá siempre lo he sabido. Quizá lo habría aceptado antes de no haber permitido que el miedo guiase mi vida. Durante

un rato permanecemos sentados en medio de un silencio acogedor. El latido de su corazón es un grave tamborileo en mi oído. Un sonido precioso. He perdido a este hombre dos veces. Creo que no podría sobrevivir a una tercera separación.

—Sarai —susurra, y algo en su voz me pone alerta: una confusión infantil—, ¿cómo es que ya no puedo sentir mi poder?

No respondo de inmediato, y su pulso se acelera. Se pregunta, duda, sospecha. Pero yo ya había pensado que sería así. En las horas de espera he conseguido dar forma a todo lo sucedido de manera palpable, fácil de digerir. A fin de cuentas, esta conversación va a ser delicada. Un cambio inesperado. Hay que tratarla con cuidado.

Me reclino y tomo sus anchas manos en las mías.

—¿Hasta dónde recuerdas? —pregunto.

Notos escruta mi mirada. Quizá es ahora cuando lo entiende. O quizá la fuerza de mi contacto le revela esta verdad tan difícil.

—Te recuerdo atada por las sombras —dice lentamente—, con la garganta expuesta a la hoja del príncipe Balior. Recuerdo sentirme impotente y el terror de tener que verte morir. Y… —Alza la mano, se la lleva al corazón y cubre con ella la fina línea blanca donde se hundió la hoja del príncipe—. Recuerdo pensar que valía la pena morir en tu lugar. Que no iba a poder vivir conmigo mismo sabiendo que habían cercenado tu vida.

Empieza a respirar entrecortadamente. Traga saliva, y veo que su inquietud crece como una inundación ante esa posibilidad que tan cerca estuvo de hacerse realidad.

Y así, el amor que siento por él se intensifica. Él refuerza mis partes más debilitadas, así que yo también puedo ser el acero de su hoja, el suelo pétreo donde se posa la arena.

—Estoy aquí, Notos —le recuerdo—. Estoy justo aquí. Estás a salvo.

El Viento del Sur suelta un aliento largo y pesado.

—En aquel momento no estaba seguro, pero la daga parecía pertenecer a Sueño, el dios responsable de la mitad de la vida de los

mortales. Esperaba que fuese el caso. Sus hojas, aunque tocadas por los dioses, no son como nuestras demás armas. Están cubiertas de un poderoso elixir que sume a quien cortan en un sueño eterno.

—El príncipe Balior no lo sabía —comprendo—. No sabía que la daga que tenía pertenecía a Sueño.

De lo contrario jamás habría accedido al intercambio.

—Al final eso jugó a nuestro favor —dice Notos—. Esperaba que el elixir no me matase, al menos en un primer momento.

Yo habría tomado la misma decisión de haberme encontrado en su lugar. Habría entregado mi vida un millar de veces. Nada me habría detenido. Tras un instante, Notos se yergue sobre las almohadas hasta quedar sentado. Le tiendo un vaso de té de menta. Se lo bebe de dos tragos.

—Deja que lo adivine —dice con cierto pesar—. El príncipe Balior encontró la manera de drenar mi poder.

Yo me encojo.

—No, no es eso lo que ha pasado.

—¿Está muerto?

Si así fuera, diría que nuestras vidas serían infinitamente más sencillas.

—Escapó. No estoy segura de a dónde ha ido. —¿Habrá regresado a Um Salim? ¿O será la bestia quien ha decidido el camino?—. ¿Tienes idea de dónde puede estar?

Con un suspiro largo y pesado, Notos vuelve a tumbarse en el colchón. Sus ojos se cierran.

—Marles. El reino de Euros.

Frunzo el ceño y lo miro.

—Porque… —Ah. Porque la bestia quiere castigar al dios que desempeñó un papel en su encarcelamiento. Ahora que el rey Halim ha muerto, el Viento del Este, es decir, el Señor de la Montaña, es el único que queda—. La bestia se vengará de Euros —digo lentamente—. Y el príncipe Balior la ayudará.

Notos mira por la ventana. Dentro de unas horas, un torbellino de colores pintará el cielo, cada grano de arena brillará como una

moneda dorada bajo el resplandeciente sol.

—Tengo que reunirme con Bóreas —dice a regañadientes—. Quizá sepa cómo enfrentarnos a esta amenaza. —Pero entonces vuelve a centrar su atención en mí—. Pero nada de esto explica cómo he despertado ni por qué ya no siento mi poder.

Entonces, le cuento la historia. Le explico que crucé el laberinto. Le hablo del espejo, que me permitió viajar entre reinos. Le hablo de las Tierras Yermas, de esa fortaleza de incontables puertas. El Viento del Sur no parece nada contento al enterarse de que he ido a ver a su hermano.

—Dime que Bóreas no intentó matarte. Conozco a mi hermano. Es de los que apuñalan primero y preguntan después.

—La verdad —digo— es que parece bastante comedido comparado con su esposa.

—Su esposa. —Notos se restriega el mentón, con ojos entrecerrados y aire escéptico—. No sabía que se había casado.

—Parece feliz. —Al menos esa fue la impresión que me dio durante los breves instantes en que no parecía comido por la sospecha—. Su esposa me gustó bastante. Se llama Wren. Tienen dos niños pequeños. Y… ahora Bóreas es mortal.

Los ojos de Notos vuelan hacia los míos, conmocionados.

—Mortal. —La mano en su pecho se crispa antes de caer sobre la manta—. ¿Y yo? ¿Yo también soy mortal? ¿Por eso me… pesa tanto el cuerpo?

Vacilo, pero en mi vacilación reside la verdad. Bueno, lo hecho hecho está.

—Sí.

Digiere este dato. No consigo descifrar su expresión. Hay tristeza en ella, tal y como yo esperaba, pero no es nada comparada con la devastación que vi en el espejo del laberinto cuando creyó que me había matado con la iris negra.

—¿Cómo ha sucedido?

—Hice un trato con el Concilio de los Dioses: te devolverían la consciencia a cambio de tu poder y tu inmortalidad. —Se me contrae

el semblante y un nudo en la garganta me impide disculparme. Me obligo a hablar, aunque sea con un graznido de vieja—: Siento que no hayas tenido la oportunidad de decidir tu propio destino. No debí hacerlo, pero… estaba dispuesta a cualquier cosa por salvarte de ese estado entre la vida y la muerte —digo, y me aprieto más contra él, escondiendo el rostro en el hueco de su cuello.

Su pecho palpita, y a mí se me encoge el corazón. No está contento. He elegido mal. No era decisión mía. Yo ya lo sabía, pero me dio igual, y…

—Lo siento, Notos —murmuro—. Sé que no es justo, pero te aseguro que tomé la decisión…

Un sonido estrangulado vibra junto a mi oído. Frunzo el ceño.

—¿Te estás… riendo? —Me echo hacia atrás, boquiabierta. El Viento del Sur intenta reprimir una carcajada. Niego brevemente con la cabeza—. No entiendo.

—No tienes que disculparte por nada —dice—. Yo habría tomado la misma decisión.

Espero, expectante.

—¿No estás enfadado?

Él se contempla las palmas de las manos, capas y más capas de callos y heridas.

—Es una pérdida, claro. Pero no tan grande como yo había pensado. Jamás reverencié mis poderes, como Euros. Nunca los usé como un escudo, como Bóreas. Ni tampoco los disfruté, como Céfiro. Lo hecho hecho está.

Tomo sus anchas manos entre las mías. Sí, pienso. Lo hecho hecho está.

De pronto, Notos frunce la boca, pensativo.

—¿Te pidió algo el Concilio a ti también? Imagino que no accederían a tu petición a cambio de nada.

El corazón me da un pálpito doloroso. Durante un momento, juraría que siento el peso fantasma del violín contra mi hombro y mi cuello.

—Así fue.

Varias arrugas asoman a su rostro. Patas de gallo y pliegues de inesperada melancolía. Notos lo sabe. Por supuesto que lo sabe.

—¿La música?

Asiento, incapaz de hablar.

—Sarai… —suspira—. Ojalá no lo hubieras hecho.

—Fue decisión mía.

—¿Pero valió la pena? —replica.

Valiente estupidez de pregunta.

—Por supuesto que valió la pena. ¿Cómo puedes preguntar algo así?

—Pues porque pienso en lo que más te conviene.

Qué manera tan extraña de demostrarlo.

—Como si estuviera dispuesta a vivir una vida sin ti.

—Qué mujer tan testaruda eres —gruñe, y agarra la manta cerrando el puño—. Así no funcionan las cosas. Todo lo que he hecho ha sido para mantenerte segura, amada, entera. Yo ya he vivido mi vida. He vivido un millar de vidas. Tú no tienes más que una existencia temporal, preciosa y sin garantías. ¿Por qué has renunciado a la música? La música lo es todo para ti.

—Y tú también —digo.

Por algún motivo, Notos baja la cabeza con expresión desgarrada. Yo le doy algo de espacio, pero sigo manteniendo el contacto.

—No puedo serlo todo para ti, Sarai. —Al cabo, separa sus manos de las mías y alisa las arrugas de la manta y se la recoloca sobre las piernas—. Eso lo entiendes, ¿no? Tienes que vivir primera y principalmente para ti.

—Creo que subestimas lo importante que eres en mi vida —le digo en tono sardónico.

Él no comparte mi humor, y mi sonrisa se va diluyendo. A fin de cuentas, tiene razón. Quien convierte a una persona en todo su mundo acaba por perderse a sí mismo.

—Tú no lo eres todo para mí —digo, en tono algo más calmado—. Pero eres el consuelo que necesito, la ternura tras años de afrentas, la seguridad en un mundo que se me antoja demasiado peligroso

como para enfrentarme a él yo sola. —Y es más, mucho más—. Durante toda mi vida solo he conocido la inconsistencia del afecto de padre. Tú eres el equilibrio, la fiabilidad, el refugio, el apoyo. Tú me ves. —Todas mis aristas irregulares, todas mis heridas escarpadas y sin cicatrizar—. Es algo que jamás quiero dar por sentado. Porque te necesito, Notos. Te necesito a ti, a un dios desterrado, sin hogar. A un hombre que comprende el dolor de tener que ganarse la aprobación de un miembro de su familia. A un compañero leal y puro de corazón.

Enderezo la espalda y, poco a poco, siento cómo se vuelve a alzar mi espíritu. La fresca brisa de la noche entra por la ventana.

—Tienes razón. No lo eres todo para mí. Pero sí que eres todo lo que quiero. La decisión que tomé…, no me arrepiento de ella.

Porque el sacrificio debe doler. La ausencia de lo que se entrega ha de ser difícil, pues solo entonces se consigue que el precio de lo perdido iguale el valor de lo ganado.

—Dime… una cosa. ¿Has visto tu violín desde que entregaste tu don?

Sus ojos escrutan mi rostro en busca de respuestas que no quiero darle. Aun así, suelto un suspiro.

—Solo una vez.

El instrumento se ha convertido en un hijo al que no reconozco. Ahora sus curvas me parecen demasiado hinchadas entre las manos; mis dedos se niegan a moverse con flexibilidad. Pasé el arco por las cuerdas y sonó un horrible chirrido de protesta. Me encogí, devolví el violín a su funda y lloré hasta quedarme dormida.

Es posible que Notos capte la nube oscura que sobrevuela mi expresión al recordar el momento.

—Sarai…

—Basta. —No pienso flaquear. Por esto no—. Ya está hecho. No tengo ningún remordimiento. Lo volvería a hacer. Lo haría mil veces más a cambio de construirme una vida contigo. —Le agarro la mano tan fuerte como puedo y le transmito la fuerza férrea que llevo dentro—. Mírame, por favor.

Un músculo se tensa en su mandíbula. Alza la cabeza, con su piel oscura templada por luz dorada. Hay muchas arrugas de tensión en su semblante contenido. Todo irá bien. Quizá hoy no, ni mañana, pero al final, con el tiempo, sí.

—Los dioses siempre han subestimado a los mortales —le digo—. La mitad del tiempo están tan cegados por su propia arrogancia que no consiguen ver ni lo que tienen delante de las narices. La otra mitad del tiempo, se comen a sus propios infantes por miedo a perder el poder o las ventajas que poseen.

Notos se aprieta el interior del carrillo con la lengua.

—La verdad es que es una descripción bastante acertada —me concede.

Por supuesto que lo es. Resulta que la realeza y las deidades comparten tendencias similares de autosabotaje.

—Creen que la música es un don singular que, una vez arrebatado, ya no se puede replicar. Pero eso no es verdad.

—Pero es que amabas la música —dice él entre dientes—. Y ahora la has perdido.

En realidad, eso es solo verdad a medias.

—Ya aprendí una vez a dominar el violín —susurro—. Volveré a aprender cuando esté lista. Pero tú… —Extiendo las manos para acunar su rostro—. Tú no puedes ser replicado, querido mío. Tú eres mi hogar. Siempre ha sido así. Y te quiero.

—Sarai. —Se inclina hacia delante y apoya su frente en la mía. Nuestras bocas se encuentran. Nos damos un beso lánguido, onírico de pura dulzura. Cuando Notos se aparta, tiene las mejillas arreboladas—. Mi corazón es tuyo —dice—. Sabes que lo es.

Sí que lo sé.

—¿Vendrás conmigo y verás el mundo tal y como yo quiero verlo?

—Mi hogar está contigo, allá donde vayas.

Queda decidido, pues. Viajaremos al oeste, al norte, al este. Subiremos montañas y cruzaremos extensas planicies. Presenciaremos el poder del mar. Y luego…, bueno. El destino es algo muy curioso. No sé a ciencia cierta qué nos depara el futuro,

pero mañana volverá a salir el sol. Quién sabe lo que traerán los vientos.

EPÍLOGO

(En el que el Viento del Sur intenta leer un mapa)

—Estamos perdidos.

Una frase pronunciada en tono de reproche. Notos escrutaba la plaza central de Marqa, con su singular pozo y su plétora de rebaños de cabras. Se giró con calma hacia Sarai.

—Al contrario, estamos exactamente donde hemos de estar.

Ella curvó la boca con una expresión que Notos conocía bien. Tras una hora dando vueltas, el polvo y el sudor le cubrían la piel. Desde luego, Sarai no estaba complacida.

—¿Y dónde hemos de estar, exactamente?

—En Marqa —dijo él con la voz entrecortada.

Sarai chasqueó los dientes. Un sonido que Notos había oído con creciente frecuencia durante los últimos meses, mientras exploraban Ammara de norte a sur, de este a oeste. Se le erizó el vello de la nuca. Él, el Viento del Sur, que en su día fue un poderoso inmortal, se echó a temblar ante la amenaza del temperamento de su esposa. Quién lo iba a imaginar.

—Ya sé que esto es Marqa —gruñó ella, con un destello oscuro en los ojos—. Lo que quiero saber es dónde está el zoco. Es ahí a donde vamos, ¿no? ¿O hemos venido a dar vueltas en círculos durante el resto de la mañana?

Marqa, una ciudad en el extremo norte de Ammara, era la última parada de la Ruta de la Especia. Debido a su ubicación remota, la visitaban pocos viajeros. Era una pintoresca aldea rodeada de oasis, con calles ribeteadas de palmeras datileras que arrojaban poca sombra como protección contra el sol que abrasaba desde las alturas. Se sabía que algunos de esos oasis tenían propiedades -

curativas, pero no era ese el motivo por el que Notos quería visitarlos.

—Sí, estamos buscando el zoco. —Se restregó la frente para limpiarse el sudor y le clavó la mirada a un viandante que se puso a espiar su conversación al pasar, aunque luego prefirió ignorarlo—. No me mires así.

Ella batió las pestañas, la viva imagen de la inocencia.

—¿Así cómo?

—Como si supieses más que yo.

Un comentario que, por supuesto, consiguió que Sarai enderezase la columna y cuadrase los hombros bajo su vestido color zafiro, con gesto desafiante. Le caían mechones ondulados de cabello por la cara, rizados por aquel insufrible calor.

—Es que resulta que sé más que tú —dijo ella con énfasis.

No tenía sentido llevarle la contraria a la verdad. Sin embargo…

—Dijiste que querías una aventura —le recordó a Sarai. Y allí los había llevado la aventura: a recorrer la Ruta de la Especia de principio a fin, todas las ciudades incrustadas en el resplandeciente trayecto, desde los áridos valles del sur hasta las planicies del este, pasando por los altos acantilados del oeste. Cada región presentaba una impresionante faceta de aquel país que consideraban su hogar.

—Sí, pero preferiría no derretirme mientras la vivimos, si no te importa.

Una sonrisa suavizó las arrugas que circundaban los ojos de Notos. Le agarró la mano izquierda a Sarai y se la puso en el pecho, sobre su palpitante corazón. La runa de ópalo que indicaba que estaban casados marcaba su piel. El brazalete de plomo, gemelo del brazalete de oro de Notos, le adornaba la muñeca.

—¿Así le hablas a tu marido? ¿Al hombre a quien más amas en todo el mundo?

Sarai soltó un resoplido.

—Te tienes en muy alta estima —dijo, aunque se ruborizó.

—¿Acaso lo niegas? —Se la acercó y le plantó un beso en la mejilla tostada por el sol. Y luego en la frente, en la nariz y en

la boca, donde la siguió besando un poco más. Sarai se relajó ante su contacto…, una rendición, si bien breve.

—No —murmuró—. No niego nada.

Le pegó el oído al pecho y escuchó los latidos de su corazón. Por las noches, Sarai solía apoyar la cabeza en su pecho, como si quisiera confirmar que seguía respirando. La idea de que no habría vuelto a despertar de no ser por su sacrificio le provocaba un nudo en la garganta, con un dolor insoportable.

Sin embargo, Notos jamás la había visto con los hombros tan relajados, tan libres de cargas, como durante ese viaje. Pensaba que posiblemente Sarai jamás se había sentido tan feliz como en aquel momento. Como él mismo bien sabía, la libertad era un regalo.

Antes de partir de Ishmah, se habían casado en los jardines palaciegos, bajo una pérgola repleta de iris negras. El rey Amir, la reina Tuleen y el recién nacido príncipe Raj fueron sus testigos. Intercambiaron votos y se besaron para sellar su compromiso mutuo hasta el fin de sus días. Notos jamás se había sentido tan completo, de corazón y de alma. Le pertenecía a Sarai, y Sarai le pertenecía a él. No quería nada más.

—Empiezo a poner en duda tu capacidad de llevarnos antes del ocaso a dondequiera que esté ese mercader —dijo su esposa con patente frustración en la voz—. ¿Quién decías que era?

—Un amigo de la familia. —Técnicamente, era un amigo de la familia real, aunque a Sarai no le hacía falta saberlo. Eso arruinaría del todo la sorpresa, un plan que llevaba meses en marcha.

—No dejas de decir lo mismo —murmuró ella, y se echó hacia atrás para escrutar a Notos—. ¿Cuántas vueltas más hemos de dar?

—Pocas.

O eso esperaba. Sarai frunció la boca, con una ceja alzada. Desde luego, no estaba convencida.

—Mira —protestó Notos—, no es sencillo recorrer estos senderos. La mitad de ellos ni siquiera se encuentra en el mapa.

Lo sabía bien. No dejaba de consultarlo cada tres minutos.

—Te recuerdo que, de no ser por mí, seguramente habríamos acabado perdidos, sin rastro alguno de civilización en cientos de kilómetros. —Sarai aguzó la sonrisa—. Dame el mapa.

Intentó quitarle de golpe el pergamino aceitado, pero Notos lo alzó para ponerlo fuera de su alcance.

—Dijiste que podía ocuparme yo.

—Eso fue antes de darme cuenta de que no sabías leer mapas.

Bueno, eso no era del todo cierto. ¿Qué necesidad tenía Notos de mapas y direcciones si el viento discernía entre el este y el norte, entre el sur y el oeste? Por desgracia, después de perder su poder y su inmortalidad, Notos se sentía extrañamente separado del entorno. El viento ya no era más que una sensación, un roce de aire contra su piel. Ya no le hablaba.

Había sido un pequeño precio que pagar por la vida que compartía con Sarai. Su esposa era alegría, consuelo, seguridad, compañerismo, afecto, identidad, hogar. Volvería a recorrer de nuevo todo el camino, volvería a entregarlo todo, para poder vivir el resto de sus días con ella.

—Soy perfectamente capaz de leer un mapa —dijo Notos, levemente indignado.

Sarai hizo un aspaviento de exasperación.

—¿Tanto te cuesta admitir que nos hemos perdido?

—Es que no nos hemos perdido.

Con la cabeza gacha, Sarai se pinzó el puente de la nariz con dos dedos.

—Bueno, pues cuando te enteres de dónde estamos, ven a buscarme.

Y se fue.

Notos la vio desaparecer por un callejón lateral. No le importó. Al menos así podría leer el mapa en paz. Que fue justo lo que hizo. El lutier debía de estar cerca…, quizá. Su tienda estaba ubicada al final de un camino al este de la plaza principal. Por desgracia, había numerosos senderos que atravesaban la ciudad entera, mientras que

en el mapa solo aparecía uno. La única esperanza que le quedaba a Notos era dar vueltas hasta cruzarse con la tienda por casualidad.

Optó por una calle al azar y empezó a caminar. Llegó a un callejón sin salida y desanduvo sus pasos. Se internó por otra calle igual de caótica, que al cabo desembocó en un recinto sin techo con un letrero de madera. No había mercancía alguna, salvo un único arco que descansaba sobre una mesa.

El lutier estaba sentado en una silla, encorvado sobre un trozo de madera, tallándolo. A juzgar por sus bordes curvos, debía de tratarse de un violín. El hombre tenía una melena desbaratada del color de las nubes de tormenta. Marcaban su piel las arrugas provocadas por un millar de sonrisas.

¿Qué probabilidades había de que hubiese varios lutieres en una aldea tan pequeña?

—¿Eres Hassan Odeh? —preguntó Notos.

El hombre dejó las herramientas.

—Lo soy.

Notos le tendió un mensaje con el sello del rey. Lo había llevado consigo todos aquellos meses, oculto en el frontal de su túnica. El lutier lo estaba esperando. El mensaje estaba destinado a confirmar su identidad.

Sin pronunciar palabra alguna, el hombre canoso sacó una funda de cuero de la parte trasera del puesto y la colocó en la mesa.

—El violín proviene del reino de Marles —dijo—. Se lo compré a un mercader ambulante el año pasado. Produce un sonido elegante, vívido y pleno, perfecto para solistas. —Vaciló, y luego dijo—: Sería un honor para cualquier lutier que Sarai Al-Khatib tocase uno de sus instrumentos.

—¿Notos?

Él se giró. Sarai se acercaba por entre la multitud. Parecía insegura; paseaba la mirada entre el lutier y él mismo, con una pregunta silenciosa. Al ver la funda, se quedó petrificada y preguntó:

—¿Qué ocurre aquí?

Habían pasado meses intercambiando correspondencia. En un primer momento, Notos había abordado a Amir antes de partir de Ishmah, hacía ya seis meses. Quería regalarle la música a Sarai, del mismo modo que ella le había regalado a él su corazón. Un instrumento que pudiese llevar consigo en sus viajes. Un modo de sanar la herida que ahora tenía.

Sarai no sabía nada. Había sido una auténtica hazaña conseguir que no se enterase. Pero Notos se había andado con mucho, muchísimo cuidado, para presenciar aquel momento: el lutier abrió la funda y mostró su contenido. En el suave interior de terciopelo descansaba un violín.

Su esposa se llevó una mano al pecho. Empezaron a correrle lágrimas por la cara. Notos sintió una punzada en los pulmones, pues recordó, como se recuerda todo lo doloroso, su partida de Ishmah. Mientras preparaban los petates, Sarai había sacado la funda de la parte trasera de su armario. Se había arrodillado en medio del dormitorio, había rozado el violín y se había echado a llorar. Aunque se mantenía firme en su decisión de haber salvado la vida de Notos, le dolía vivir sin música.

—Sé que no es igual que el violín que tienes en casa —dijo Notos, con miedo repentino a haberse pasado de la raya—. Pero es el mejor que se puede comprar.

En silencio, Sarai acarició las cuerdas. Tañó la más grave con fuerza.

Habían pasado quince meses desde que Sarai perdió el don de la música. Notos reconocía el hueco que ella tenía en el corazón, aunque Sarai lo negase. Quizá ya no tenía la aptitud de un genio, pero siempre habría un día nuevo, otra mañana resplandeciente. Podría volver a empezar.

—No es necesario que lo aceptes —dijo Notos—, pero Amir ha corrido con los gastos. Si lo quieres, es tuyo.

Una vez más, Sarai tañó las cuerdas, de la más grave a la más aguda. Le tembló la mano.

—Está afinado. —Miró al lutier—. ¿Tienes una barbada? ¿Rosina?

El hombre fue a buscar el material y Sarai aprovechó para arrojarse en brazos de su esposo.

—Te quiero —dijo con voz estrangulada y los ojos anegados de lágrimas—. No tenías que tomarte tantas molestias por mí.

Por supuesto que tenía que tomárselas.

—Haría todo lo que pudiera para hacerte feliz —le murmuró, pegado a sus cabellos—. Te prometo que lo intentaré durante el resto de nuestra vida.

Sarai tembló con un suave gemido de dolor.

—Gracias —susurró— por compartir la vida conmigo. Te… te quiero. Es que te quiero.

Él le plantó un beso junto a la oreja. Aquello no resultaba nada difícil. De hecho, amar a Sarai era lo más sencillo que había hecho en la vida.

—Yo también te quiero.

Cuando se apartó de ella, una pequeña multitud se había reunido en torno a los dos. En aquel momento, Notos captó algunos susurros emocionados, ansiosos por oírla tocar, en medio del seco aire estático. Sarai Al-Khatib, princesa de Ammara. El reino la había conocido. El mundo la había conocido. Por supuesto que la gente la recordaba.

Tras colocar la barbada en el violín, Sarai se puso el instrumento bajo la barbilla y curvó los dedos sobre el mango del arco ya preparado. Aun así, vaciló.

—Me siento… extraña. —Escrutó el rostro de Notos, con patente indecisión—. ¿Y si sueno horrible?

¿Cómo podía sonar horrible algo que nacía del corazón?

—No sonarás horrible. —Notos sonrió a su esposa con gesto tranquilizador. Sentía el corazón a punto de estallar—. Toca —le pidió.

Sarai Al-Khatib llevó el arco a las cuerdas. Y tocó.

AGRADECIMIENTOS

Este libro ha sido profundamente personal para mí. Para poneros un poco en contexto, llevo tocando el violín más de veintisiete años. Empecé a los seis años, me formé como violinista en la universidad y sigo tocando profesionalmente como música de orquesta a día de hoy. Lo amo con todo mi corazón. Soy escritora, sí, pero en primer lugar soy música, pues es en la música donde aprendí a contar historias.

La música me guio en la creación de la historia de Sarai y Notos, pero quienes ayudaron a refinar el texto fueron mis increíbles editores. Quienes lo dieron a conocer fueron los entregados y demencialmente talentosos departamentos de *marketing* y prensa, y quienes lo encumbraron fueron tanto mi editorial como mis maravillosos lectores, a quienes nunca doy por hecho.

En primer lugar, he de dar gracias infinitas a mis editores de todo el mundo. Gracias a Anthea, como siempre, por su extraordinario entusiasmo y apoyo, y por conseguir que sea tan fácil y divertido trabajar con ella. Gracias a Jéla, cuya sabiduría mejoró muchísimo esta historia, así como por sus esfuerzos por afilar esta hoja hasta convertirla en algo cortante y memorable. Gracias a Charlotte, por esa visión tan inteligente y aguda; ¡a veces me parecía que eras capaz de alguna manera de ver dentro de mi cabeza mientras la escribía! Gracias a Lizzie, por su brillante instinto de contadora de historias y por eliminar todo lo innecesario para que el corazón de la historia brillase con más claridad.

Gracias a los equipos de *marketing,* prensa, ventas y producción australianos, británicos y estadounidenses. Gracias por el duro trabajo que hacéis para llevar la serie a lectores y lectoras de todo el

mundo. Valoro mucho cada idea, cada mensaje, cada *email* y cada esfuerzo individual que hacéis para poner estas historias que tan importantes son para mí en manos de los lectores y lectoras. Tenéis toda mi gratitud.

Gracias a mi marido, Jon. Te quiero más de lo que puedo expresar con palabras. Gracias por estar siempre a mi lado. Cada día que paso contigo es un regalo.

Gracias a mi familia por su apoyo incesante, sobre todo a mi madre, por ser el pilar emocional en el que me apoyo cuando se acercan las fechas de entrega. Te quiero y te doy las gracias.

Y por último, no podría haber escrito un libro sobre música sin darle las gracias al hombre que ayudó a que esta floreciera dentro de mí. Vaya mi más profunda gratitud al señor Simmons. Ya no está usted con nosotros, pero su espíritu sigue conmigo. Que los cielos se llenen por siempre de Bach y Rachmaninoff, de Tchaikovsky, Beethoven y Mendelssohn. Con todo mi corazón, le doy las gracias por regalarme la música. Tengo muchas ganas de que llegue el día en que volvamos a encontrarnos.

Más libros de esta serie:

Libro 1 - El Viento del Norte
Libro 2 - El Viento del Oeste

Título original: *The South Wind*

Publicado mediante acuerdo con Simon & Schuster (Australia) Pty Limited Suite 19 a, Level1, Building C, 450 Miller Street (PO Box 448), Cammeray, NSW 2062 A Paramount Company, e International Editors & Yáñez' Co Literary Agency, of Còrsega 288, 1er 2 a, 08008 Barcelona España.

Mapa de Robert Lazzaretti

Edición en formato digital: junio de 2026

Copyright del texto © 2025 by Alexandria Warwick
© De la traducción: Jesús Jiménez Cañada, 2026
© Faeris Editorial (Grupo Anaya, S. A.), 2026
Valentín Beato, 21
28037, Madrid

ISBN ebook: 979-13-88108-17-4

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.

Descubre aquí el reino de Faeris: